

LA ILÍADA DE HOMERO (EN CUERNAVACA) y otros textos

Aristía de Alfonso Reyes

LA ILÍADA DE HOMERO (EN CUERNAVACA)

y otros textos

Aristía de Alfonso Reyes



EL COLEGIO NACIONAL



ALFONSO REYES

**LA ILÍADA DE HOMERO (EN CUERNAVACA)
Y OTROS TEXTOS**

**ALICIA REYES
EL COLEGIO NACIONAL
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MORELOS**

2005

ALFONSO REYES

**LA ILÍADA DE HOMERO
(EN CUERNAVACA)
Y OTROS TEXTOS**

**EDICIÓN Y NOTA PRELIMINAR
BRAULIO HORNEDO ROCHA**

**ALICIA REYES
EL COLEGIO NACIONAL
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MORELOS**

2005

Edición y nota preliminar
Braulio Hornedo Rocha

Primera coedición:
D. R. © 2005
Alicia Reyes
El Colegio Nacional
Fondo de Cultura Económica
Universidad Autónoma del Estado de
Morelos
Av. Universidad 1001. Campus Chamilpa.
Cuernavaca Mor.
Tels. (777) 329-7001

ISBN: 968-878-211-4

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

www.alfonsoreyes.org
e-mail informes@alfonsoreyes.org

Diseño de la portada: Nayeli Hornedo Farriol

Cátedra Alfonso Reyes - El Colegio Nacional -
Universidad Autónoma del Estado de Morelos

Por una humanidad culta: las culturas de la humanidad

La Universidad Autónoma del Estado de Morelos ha logrado crear un Programa de colaboración con El Colegio Nacional para establecer la Cátedra Alfonso Reyes - El Colegio Nacional, como un homenaje y recordación de la presencia creadora en Cuernavaca de don Alfonso.

La Cátedra Alfonso Reyes - El Colegio Nacional tiene como un doble Propósito el lograr vincular la cultura de las humanidades con aquellos que se sienten lejanos o ajenos por ejemplo a la historia o la literatura. Pero también, para extender el conocimiento científico y los instrumentos tecnológicos con aquellos que ya tienen el privilegio de vivir en la filosofía y la poesía.

La Ilíada de Homero (en Cuernavaca) y otros textos, es uno de los Primeros resultados de la Cátedra Alfonso Reyes El Colegio Nacional, que apunta hacia ese doble objetivo de establecer vasos comunicantes entre las diversas áreas del conocimiento con la visión unificadora del espíritu clásico.

Esperamos con la publicación de este primer título propiciar la lectura de uno de nuestros autores fundamentales desde una perspectiva crítica y multidisciplinaria, así como la difusión y

acrecentamiento de una cultura sin adjetivos ni estrechas parcializaciones.

“POR UNA HUMANIDAD CULTA”

Psic. René Santoveña Arredondo
Rector

Universidad Autónoma del Estado de Morelos

Indice

	Pág.
<i>La Ilíada de Homero</i>	3
<i>Homero en Cuernavaca</i>	405
Parentalia	417
Marginalia	599
Las burlas veras	605
Ficciones	607

Plan de la obra

***La Ilíada* de Homero (en Cuernavaca)**

Y otros textos

(Aristía de Alfonso Reyes)

Preliminares

Índice general

Cátedra Alfonso Reyes - El Colegio Nacional UAEM

Notas de presentación

Introducción

I. *La Ilíada* de Homero (en Cuernavaca) (X, XIX)

Para mejor entender *La Ilíada*

Prólogo a *La Ilíada* por A.R.

La Ilíada de Homero

Notas

Homero en Cuernavaca

II. Parentalia (XXIV)

1. Primeras raíces

2. Milicias de abuelo

3. Enseña de Occidente

III. Marginalia (XXII)

Tercera serie [1940-1959]

Divagación de otoño en Cuernavaca

IV. Las burlas veras (XXII)

Primer ciento

2. Érase un perro

V. Ficciones (XXIII)

Vida y ficción [1910-1959]

Cuernavaca

**La Iliada de Homero
(en Cuernavaca)**
(Aristía de Alfonso Reyes)

*"Ya estoy aquí en la tarea que Dios me dio".
Diario de Alfonso Reyes, fechado en Cuernavaca el 15-X-1948*

A Gabriel (70) y Marycruz (80)

Presentación.

¿Tiene sentido distinguir entre la vida y la obra de Alfonso Reyes? ¿Acaso él mismo no lo dejó claramente establecido al final de su *"Constancia poética"* (Tomo X de sus Obras completas). "Quiero que la literatura sea una cabal explicitación, y, por mi parte, no distingo entre mi vida y mis letras. ¿No dijo Goethe: *Todas mis obras son fragmentos de una confesión general?*" (X, 463)

Es tan abundante y variada la obra de Alfonso Reyes que inevitablemente intimida hasta a los más valientes lectores. La primera vez que abordamos el intento de leerlo nos preguntamos ¿por dónde empezar?. Los veintiséis gruesos volúmenes donde se agrupan las 13,404 páginas que componen la edición de sus *Obras completas* en el Fondo de Cultura Económica, nos confirman ese acierto de Octavio Paz al señalar que los libros de Alfonso Reyes, no sólo son una obra, sino toda una literatura.

Ensayo; narrativa; crítica, teoría e historia literaria; filosofía; divulgación de la ciencia; memorias; dramaturgia y poesía, son algunos de los caudalosos afluentes que desembocan en la mar de la "literatura"

alfonsina. Su curiosidad intelectual lo abarca todo: desde la *"Crítica en la edad ateniense"*, hasta la poética en la obra de José Martí bajo la perspectiva de la mecánica cuántica. Lo mismo cultiva la recreación (que no sólo traducción) de *La Iliada* de Homero, que reflexiona creativamente sobre la mezcalina, los garbanzos, el infinito, el cine, la radio, la servidumbre voluntaria o la teoría matemática de la información y los límites de la física. "Todo lo sabemos entre todos" era un proverbio que gustaba de repetir, pero creo que sobre todo, le gustaba encarnarlo con su ejemplo.

Reyes "descubre" Cuernavaca en 1947 a la *"breve distancia de un suspiro"* de la ciudad de México, buscando un lugar aislado para trabajar, y un clima y altura más adecuados para la dolencia cardíaca que padece desde 1944. Encuentra en Cuernavaca *"la tibieza vegetal donde se hamaca, el ser en filosófica medida."* Y estas pausas de libertad y esparcimiento creador le permiten tomar distancia de los ajetreos burocráticos derivados de sus múltiples responsabilidades como presidente de El Colegio de México; fundador de El Colegio Nacional y miembro numerario en la Academia Mexicana de la Lengua, de la que será su director de 1957 a 1959.

Se hospeda las primeras ocasiones en el Hotel Chulavista y posteriormente se aficiona más al Hotel Marik en el centro de la ciudad de Cuernavaca, allí tiene un cuarto favorito, desde donde contempla las formaciones rocosas tepoztecas como "indostánicas pagodas" o monumentales escenografías de "óperas wagnerianas". Se ocupa en ese año (1947) y el siguiente, de su traslado, no sólo llana traducción de la

"Iliada" de Homero, vertiendo el modelo original griego escrito en hexámetros, al español en versos alejandrinos (verso de catorce sílabas, dividido en dos hemistiquios, rimados y pareados), pero Reyes piensa sobre todo en el lector común y corriente, a quien las traducciones eruditas definitivamente lo espantan y hasta terminan ahuyentándolo. Pensaba como coautor, y quizá mejor, como cómplice de Homero, ocupándose atento en los lectores contemporáneos.

Esta tarea que "Dios le dio" es un ambicioso proyecto que, como diría su admirado Goethe, sólo un *"epipoeta"* de su talla podría emprender. Ya el solo hecho de *"transportar el verso homérico a las lenguas vivas es más difícil que encerrar al genio en la botella"* y si a esto le agregamos el hacerlo con una métrica y un ritmo derivados de la rima castellana, entonces sí, la tarea parece poco menos que imposible, aún para un equipo numeroso de especialistas y ayudantes, con becas, equipamientos y presupuestos millonarios como se estila en las universidades hoy en día. Que decir entonces de un solo poeta al finalizar sus cincuenta y trabajando por su cuenta.

Entre septiembre y noviembre del año 1948, Alfonso Reyes escribe en sus cada vez más frecuentes estancias en el Marik, (como para descansar haciendo adobes, dice el nunca mejor aplicado refrán) una colección de sonetos a manera de divertimento *"prosaico, burlesco y sentimental, ocio o entretenimiento al margen de La Iliada"* (X, 403). Recrea entre humorista y erudito, en ingeniosos sonetos, algunos de los personajes de la saga griega, instalándolos en Cuernavaca. Publica esta primera versión (de lo que será su *Homero en*

Cuernavaca) al año siguiente (1949) en la revista *Ábside* y dedica esta publicación al editor de la misma, "el sabio, inolvidable amigo y probo sacerdote. . . honra y luto de nuestras letras, desaparecido ha poco en plena labor" el padre Gabriel Méndez Plancarte, a quien Reyes apreciaba mucho por una estrecha amistad literaria y enigmáticamente espiritual. Y digo enigmática, por que es de hacerse notar como bien señala su colega y paisano Gabriel Zaid que: "*Nada parece más ajeno a la obra de Reyes que el espíritu religioso, Su herencia liberal (y hasta masónica: su padre, como casi todos los hombres del poder entonces, era importante en la masonería); su afición de Grecia, de Goethe, de la Francia libertina; su gusto por la vida, su optimismo, su olímpica sonrisa (que vuela sobre el mal, en vez de sumergirse en la conciencia desgarrada) parecen indiferentes a la fe, la duda, la negación.*" (Gabriel Zaid. *Obras II*. El Colegio Nacional, 1993, 531-540).

"No leo la lengua de Homero; la descifro apenas." Empieza por advertirnos don Alfonso en su prólogo a *La Iliada*, como jugueteando detrás de un guiño, con esa singular sonrisa de niño que parece coronar en sus chinescos ojos, redondeándolos después para continuar, como si nada, con la cita que viene al caso: "Aunque entiendo poco griego -como dice Góngora en su romance -, un poco más entiendo de Grecia. No ofrezco un traslado de palabra a palabra, sino de concepto a concepto, ajustándome al documento original y conservando las expresiones literales que deben conservarse, sea por su valor histórico, sea por su valor estético. Me consiento alguna variación en los epítetos, cierta economía en los adjetivos

superabundantes; castellanizo las locuciones en que es lícito intentarlo. Hasta conservo algunas reiteraciones del sujeto, características de Homero, y muy explicables por tratarse de un poema destinado a la fugaz recitación pública y no a la lectura solitaria. Pero adelanté con cuidado y prudencia, sin anacronismos, sin deslealtades. La fidelidad ha de ser de obra y no de palabra." (XIX, 91).

Este prólogo esclarecedor y además breve--recordemos que si lo bueno breve, dos veces bueno--está firmado en Cuernavaca durante el mes de noviembre de 1949, mientras terminaba la IX Rapsodia y revisaba y corregía incansable las anteriores. Con un estado de ánimo entusiasta anota en su diario: "*Vuelvo a Cuernavaca, donde ¡acabé la IX Rapsodia de La Iliada! y estoy en anotación general, puntas y ribetes, corrección de copias en limpio. . . Llegué a las 4 p. m. Tarde templadita y cielo sin mancha. ¡A trabajar en Homero! [. . .] Acabé mi faena a las 12 1/2 de la noche! De entusiasmo he perdido el sueño.*" (XIX, 12) Entre insomnios entusiastas y correcciones inacabables transcurre el año de 1950, hasta que por fin entrega su *Iliada* al Fondo de Cultura Económica el 8 de agosto. Todavía deberá de transcurrir un año para que: "a la nochecita" del 22 de octubre de 1951 anota en su diario: "*Orfila, Joaquín Díez-Canedo, Agustín Millares, Raimundo Lida, y Julián Calvo me traen los preciosos primeros ejemplares de mi Iliada I (tres ordinarios y uno fino), con colofón de 15 de septiembre (de) 1951.*" Reyes está feliz como niño con juguete nuevo; la obra, la edición y hasta la crítica son resplandecientes, como ese Sol de Monterrey "despeinado y dulce, claro y amarillo, ese sol con

sueño que sigue a los niños". Azorín publica una nota el 22 de julio del año anterior en el *ABC* de Madrid reconociendo que Reyes traslada su penetrativa del mundo clásico español al mundo helénico.

Las reacciones de los críticos en México y el mundo son semejantes en su admiración y reconocimiento. José Moreno Villa (*Suplemento de Novedades*, México 20 de enero de 1952). Medardo Vitier (*Diario de la Marina*, La Habana, Cuba 8 de marzo de 1952). Bernabé Navarro (*Excelsior*, México 20 de abril de 1952). José Luis Lanuza (*La Nación*, Buenos Aires, 4 de mayo de 1952). Daniel Devoto. (*Sur*, Buenos Aires julio y agosto de 1952). Germán Arciniegas (Revista literaria *Tegucigalpa*, octubre 1952). Recibe numerosas cartas personales de reconocimiento, de humanistas de la talla de: Ramón Menéndez Pidal, Werner Jaeger, Tomás Navarro Tomás y José Gaos entre otros notables pensadores, quienes coinciden en identificar una gran obra poética reflejo y recreación de otra gran obra poética. Alfonso Reyes es por esta hazaña singularísima o "Aristía de Alfonso" con orgullo y desde entonces, nuestro *Homero en Cuernavaca*.

La Universidad Autónoma del Estado de Morelos comparte este orgullo con los lectores de una nueva centuria, reconociendo el generoso apoyo de innumerables personas e instituciones nacionales y extranjeras, entre las que es ineludible mencionar a: Alicia Reyes, José Luis Martínez, José Emilio Pacheco, Gabriel Zaid y Adolfo Castañón, todos ellos fundadores del consejo directivo de la Cátedra Alfonso Reyes - El Colegio Nacional - UAEM. Así

como agradecer también a la Universidad Nacional Autónoma de México, la Universidad Autónoma del Estado de Nuevo León, el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, la Academia Mexicana de la Lengua, CONACULTA - INBA, el Fondo de Cultura Económica, El Colegio de México, y muy particularmente destacar nuestro reconocimiento a El Colegio Nacional. Finalmente agradecemos a: Ma. Elena García Pérez, Itzé Godínez Guerrero, Braulio Hornedo Farriol, M. Nayelli Hornedo Farriol, Ma. Trinidad Jacobo Soza, Angélica Jaimes Jiménez, Viridiana Moreno, López, Enrique Palacios Martínez, Manuel Prieto Gómez, Adán Santamaría Ochoa, Mauricio Santoveña Arredondo, Miriam Suárez de la Vega y Camerina Soza García su generosa, entusiasta y a veces hasta involuntaria participación en el grupo editor responsable por la Universidad Autónoma del Estado de Morelos (UAEM) y Matemática.

Este libro obedece a diversos criterios de selección, prefiero aceptar que son arbitrarios antes que antológicos o representativos, lo que resume sus pretensiones es reunir lo escrito por Reyes en Cuernavaca; o bien, con temática relativa a esta ciudad donde "*como vino cordial; trina la urraca y el laurel de los pájaros murmura. . . (mientras) el tiempo mismo se suspende y dura. . .*"

Braulio Hornedo.
Cuernavaca, Mor., noviembre de 2004

Incluimos como referencia auxiliar al lector los índices originales de las *Obras completas*, de donde seleccionamos y transcribimos los textos presentados en esta edición.

OBRAS COMPLETAS DE ALFONSO REYES.

Tomo X.

Fondo de Cultura Económica, México 1959, 512 pp. ISBN 968-16-063-1

3. *Homero en Cuernavaca* [1948-1951]

Este recreo, 403

I

¡A Cuernavaca! 1, 403

¡A Cuernavaca! 2, 404

Homero, 404

Galope de *La Iliada*, 405

Los exégetas, 1, 406

Los exégetas, 2, 406

Materialismo histórico, 407

Genealogías troyanas, 407

Entreacto: A una Afrodita núbil, 408

II

De Agamemnon, 408

Menelao y la Sombra, 409

Dice Hera:, 410

Paris, 410

De Helena, 411

Paris-Alejandro ante Helena, 411

Llanto de Briseida, 412

Hera, 412

Héctor, 413

Al acabar *La Iliada*, 413

III

Una metáfora, 414

Tersites (y Alarcón), 414

Reflexión de Néstor, 415

Instante de Glauco y Diomedes, 415

Filosofía de Helena, 416

La verdad de Aquiles, 417

Cassandra, 417

De mi padre, 418

De mi paráfrasis, 1, 418

De mi paráfrasis, 2, 419

OBRAS COMPLETAS DE ALFONSO REYES.

Tomo XIX

Fondo de Cultura Económica, México 1968, 441

pp. ISBN 968-16-1036-9

LOS POEMAS HOMÉRICOS. LA ILÍADA. LA AFICIÓN DE GRECIA

Nota preliminar por Ernesto Mejía Sánchez, 7

***La Iliada* de HOMERO**

Prólogo por Alfonso Reyes, 91

I. La peste y la cólera, 98

1. Preludio, 98; 2. La peste, 98; 3. La disputa, 100; 4. Aquiles ofendido, 107; 5. Criseida y Crisa, 110; 6. En el Olimpo, 112

II. El sueño de Agamemnon y los ejércitos, 116

1. El sueño, 116; 2. El consejo, 118; 3. La asamblea, 119; 4. Antes de la batalla, 127; 5. Catálogo de naves aqueas, 130; 6. En Troya, 136; El frente troyano, 140

III. Los juramentos de Helena en las murallas, 143

1. Desafío de Paris, 143; 2. Helena en las murallas, 147; 3. El pacto, 150; 4. El duelo singular, 152; 5. Paris y Helena, 154; 6. Intimación de los aqueos, 156

IV. Violación de los juramentos y revista de las tropas, 158

1. Entre los dioses, 158; 2. El pacto violado, 160; 3. La revista de Agamemnon, 165; 4. Primer choque, 171

V. Aristía de Diomedes, 176

1. Hazañas, 177; 2. Fin de Pándaro, 183; 3. Afrodita herida, 187; 4. Apolo detiene a Diomedes, 190; 5. Contraataque troyano, 192; 6. Sarpedón y Tlepólemo, 196; 7. Intervención de Hera y Atenea, 198; 8. Ares herido, 202

VI. Héctor y Andrómaca, 205

1. Prosigue la batalla, 205; 2. Héctor deja el frente, 207; 3. Glauco y Diomedes, 209; 4. Héctor y Hécuba, 212; 5. Hécuba en el templo de Atenea, 214; 6. Héctor y Paris, 214; 7. Los dioses de Héctor y Andrómaca, 216; 8. Héctor y Paris vuelven al frente, 220

VII. Combate singular de Héctor y Áyax, 223

1. Desafío de Héctor y Paris, 224; 2. Duelo singular entre Héctor y Áyax; 3. Negociaciones, 233; 4. Tregua y construcción del muro, 236

VIII. Batalla interrumpida, 239

1. Zeus prohíbe las intervenciones divinas, 240; 2. Los signos divinos, 241; 3. Esfuerzos de Diomedes, 242; 4. Vano empeño de Hera, 245; 5. Contraataque de los aqueos, 246; 6. Los aqueos rechazados, 249; 7. Frustrada intervención de las diosas, 250; 8. Zeus, por los troyanos, 253; 9. La noche protege a los aqueos, 255

IX. Embajada de Aquiles, 258

1. Asamblea nocturna de los aqueos, 259; 2. Ofertas de Agamemnon, 261; 3. La embajada, 264; 4. Discurso de Odiseo, 266; 5. Respuesta de Aquiles, 268; 6. Impetración de Fénix, 271; 7. Últimas réplicas, 276; 8. Regreso de la embajada, 278

Interludio primero

X. La dolonía, 281

1. Consejo nocturno de los jefes aqueos, 281 Notas, 286 A. Observaciones generales, 286; B. Comentarios a las rapsodias, 288; C. Deidades y personificaciones

míticas, 313; D. Monstruos y animales míticos, 332; E. Lugares míticos, 324; F. Semidioses y héroes de antaño, 324; G. Bando aqueo, 329; H. Bando troyano, 334; I. Narraciones, 337

LA AFICIÓN DE GRECIA (XIX)

...8 *La Iliada*, 380 (en esta edición: *Antes de empezar a leer La Iliada*)

OBRAS COMPLETAS DE ALFONSO REYES.

Tomo XXIV

Fondo de Cultura Económica, México 1990, 622 pp. ISBN 968-16-3398-9 VII

PARENTALIA

I. PRIMERAS RAÍCES

1. Raíces, 357
2. Pueblo americano, 361
3. El orden materno, 363
4. El Dios Amarillo, 365
5. Doña Aurelita, 367
6. Bustos de los abuelos, 369
7. ¡Tanto monta!, 373
8. Otras sombras, 375
9. El fondo del cuadro, 379

II. MILICIAS DE ABUELO

1. De Cuernavaca a Ayutla, 383
2. La Constitución del 57, 387
3. La agonía constitucional, 391
4. Los últimos pasos, 394

III. ENSEÑA DE OCCIDENTE

1. Charlas de la siesta, 99
2. Cosas pueriles, 404

3. Olor a pólvora, 407
4. Correo militar, 411
5. Los dos pavores, 414
6. Las siete llagas, 419
7. De Tolentino a Corona, 427
8. La Noria, 430
9. La sombra de Lozada, 434
10. Grandeza y miseria del soldado, 440
11. Demonios y endriagos, 446
12. Con los del Sexto, 452
13. De Tuxtepec en adelante, 456
14. La eterna historia, 462
15. "¡Cuánto apache!", 467
16. Fieras del Norte, 471
17. De Sonora a Nuevo León, 476
18. *Incipit vita nova*, 479

APÉNDICES

1. A propósito de la Intervención francesa, 481
2. Guión biográfico del general Reyes, 483

OBRAS COMPLETAS DE ALFONSO REYES.

Tomo XXII

Fondo de Cultura Económica, México 1990, 894

pp. ISBN 968-16-3101-3

III

MARGINALIA

TERCERA SERIE [1940-1959]

Divagación de otoño en Cuernavaca, 389

IV

LAS BURLAS VERAS

PRIMER CIENTO

2. Érase un perro, 429

OBRAS COMPLETAS DE ALFONSO REYES.

Tomo XXIII

Fondo de Cultura Económica, México 1989, 575

pp. ISBN 968-16-3195-1

FICCIONES

Introducción por José Luis Martínez, 7

VIDA Y FICCIÓN [1910-1959]

Cuernavaca, 72

La Iliada de Reyes

Caray, cuántas cosas enseña Alfonso Reyes, como aquello que expone en su libro de ensayos, *La Experiencia Literaria*, libro que de cierto, el mismo Garibay me envió a Houston cuando viví allá durante algunos años. "Léelo, le hará mucho bien a tu literatura." Anotó el escritor en una hojita anexa al volumen más bien magro, pero de indecible bastedad.

Con cuántas pocas palabras abre universo Reyes, ese hombre amante del helenismo, espíritu helénico, sin duda, cultura griega, lengua fundamento de la nuestra. "El libro, como la sensitiva, cierra sus hojas al tacto impertinente." Leí en el capítulo *Categorías de lectura*. Entendí entonces, el sentido de dicha sentencia al pasar a la siguiente, cortísima frase: "Hay que llegar hasta él sin ser sentido."

Reyes, humilde y erudito extraordinaria conjunción-, le da la mano al lector para que aprenda a leer, a entregarse enteramente a la lectura sin los rípios del "mundanal ruido", en un ejercicio casi de faquir. De éste modo, gran lector él mismo, gran exégeta de su quehacer con las palabras y el estro, lleva al alejandrino el poema épico de más prestigio que ha dado, hasta ahora, la humanidad: *La Iliada*. Él, Reyes, sabía perfectamente de qué mar abrevaba y sobre qué mar iba a navegar, con absoluta reverencia y apasionado cuidado se entregó al traslado del poema. Diez rapsodías cantan el lenguaje, el ritmo, el espíritu

en una métrica perfecta que siendo musical, es música de tambores, de marcha de huestes embravecidas y bárbaras, de la mar: "el vinoso ponto", que a su vez, se le entregaban ya, ahí mismo, a éste ser de palabras forjado que respetó y amó profundamente el idioma griego tanto como al propio.

Traslado y no traducción. Vocablo, síntesis y espíritu, estallido del sentido de las letras homéricas, ahora mexicanas, porque hace 2700 años, el ciego de Quíos la nombró, le dio existencia a esa cultura híbrido de mitología y tragedia, cultura que entonces abrió sus anchurosos horizontes a través del despliegue arqueológico del poema en el sentido lingüístico, histórico y espiritual, mismo que ahora Alfonso Reyes, nos deja a guisa de orquestación sinfónica a través de esas pausas, espasmos del corazón guerrero del poeta que va convirtiendo en propia la hazaña de las tropas aqueas y troyanas y la humana hechura de sus dioses:

"Canta, diosa, la cólera de Aquiles el Pelida"

Suelta con asombrosa quietud el primer verso, y harto difícil es soltar la marea que prorrumpe en el alma del lector llenándola de poderío, de fuerza, de el drama humano en la apertura de un proscenio en donde ocurren actos entre los hombres aquellos que son éstos de ahora, actos hazañas heroicas, ora en voces impertérritas, ora en voces torvas, ora en la dulce voz sus personajes, del mismo poeta narrador:

"Amedrentado el viejo se va por la rivera de la mar

estruendosa..." - dice Reyes trasunto homérico del sacerdote Crises, ofendido en gran manera por el jefe de los reales aqueos".

A través de la lengua griega, especialmente el eolio y el ático, Reyes se abisma en el alma helénica y nos la devuelve rebosante de su esencia, hilvanando las pasiones humanas con absoluta precisión en el ejercicio del espíritu de los guerreros, los reyes, y los dioses olímpicos. Así, desfilan ante nuestros ojos: la soberbia, los celos, la cólera, la codicia, la envidia, la razón, el amor mismo que juega con sublime poder las cartas más sólidas y, al mismo tiempo, veladas en la urdimbre de las batallas humanas y divinas, en el curso de los últimos cincuentaún días de la guerra de Troya.

La justicia es la fe de los griegos. Nos dice Reyes en su generosa como hospitalaria exégesis de *La Iliada*, separando la legalidad de lo que la justicia implica a través de un lenguaje tan claro como docto.

Con esa fe, Alfonso Reyes persigue la justicia y la alcanza con eximia poesía y nos otorga la dicha de ir paladeando los vocablos que nutrieron a nuestros antiguos y que siguen y seguirán nutriendo a quienes después de nosotros beban y se alimenten de él, como de una hecatombe ofrecida a los dioses.

Alejandra Atala

Cuernavaca Mor. 30/ XI/ 2004

Para mejor entender

LA ILÍADA *

I

LA ILÍADA y la Odisea se consideran como las principales obras de Homero, aquélla un poco anterior a ésta. Algunos las tuvieron por obras de dos diferentes autores; otros, por obras colectivas que recogen composiciones de varios poetas. La personalidad de Homero es vaga y escurridiza, no hay datos suficientes sobre su persona; y las evidencias interiores de los poemas, sin duda a causa de las interpolaciones sufridas por los viejos textos, nos remiten a épocas distintas. Según los mejores testimonios y las inferencias más prudentes, Homero es uno a pesar de las corrupciones o adulteraciones de los poemas, se lo puede situar en los años de 700 a. c. Probable nativo de Quíos, es autor sucesivamente de las dos grandes epopeyas, pero no de los treinta y tres llamados Himnos Homéricos o de los Epigramas Homéricos, ni del perdido poema burlesco Margites que aun le atribuía Aristóteles y cuyo héroe cómico “sabía muchas cosas pero todas las sabía mal”, ni de la

* [Publicado como prólogo a *La Iliada*. México, Porrúa Hnos., 1960 (Colección “Sepan Cuantos. . .”, 2), pp. IX-XXXIV, con fecha de “Octubre de 1959”. En el *Diario de Reyes* hay numerosos apuntes sobre el encargo, elaboración y corrección de este prólogo, por ejemplo el primero: “Felipe Teixidor me trae una edición de una colección popular Porrúa del Periquillo y me pide textos de Odisea e Iliada con prologuitos míos ([el de Luis] Segalá [y Estalella] retocado por Ma. [Rosa] Lida)”; 21 de julio de 1959 (vol. 15, fol. 47). “Hoy acabé prólogo para la Iliada popular de Porrúa”, se lee el 18 de octubre de 1959 (vol. 15, fol. 69). Se ocupó de este asunto hasta el 21 de diciembre, pocos días antes de su muerte, 27 de diciembre de 1959.]

Batrachornyomachia o Batalla de las ranas y los ratones, que anuncia e inspira de muy lejos la Gatomaquia del moderno Lope de Vega.

Punto de partida para los orígenes conocidos de la literatura occidental lo anterior se deshace en varias conjeturas y frases alusivas tanto la lengua como la métrica, reducida a hexámetros, el contenido arqueológico y la estética de Homero acusan una elaboración ya muy refinada, fruto de largas evoluciones anteriores, y en modo alguno corresponden al candor primitivo que los críticos de antaño creían encontrar en estos poemas. Ellos son un comienzo para lo que hoy leemos y conocemos sobre los orígenes helénicos; pero representan más bien el remate de una cultura literaria, aunque luego darán lugar todavía a algunas imitaciones.

La lengua de Homero es una lengua poética, artificial, que no se habló nunca, y está construida con la mezcla de varios dialectos griegos, sobre la base del jónico y el eólico predominantes. Algunos quieren explicarlo sugiriendo que la diferenciación de estos dialectos aún no era tan marcada en aquella época como llegó a serlo en la Grecia histórica. Otros quieren explicarlo arguyendo que tal vez los poemas compuestos en todo caso por las islas o litorales de la Grecia asiática se destinaban a una población muy mezclada. Se ha dicho de esta lengua que, como Atenea en el desembarco de Ítaca, tiene la apariencia de un pastorcillo que fuera hijo de reyes, por cuanto su acre dureza deja adivinar muchos siglos de sabiduría.

Aunque ya existía la escritura, a manera de guía mnemónica, los poemas eran aprendidos de memoria por los rapsodas o recitadores que se educaban a este fin en colegios especiales, y sin duda añadían versos por su cuenta para halagar a los príncipes en cuyas cortes se iban deteniendo a fin de divertir a los señores. Así se ganaban la vida. Si los juglares de la Edad Media recitaban para el pueblo y ante el pueblo en las rutas de los peregrinos que iban a los grandes santuarios, los rapsodas homéricos recitaban para los magnates y capitanes, en las salas de los monarcas. El estilo de las epopeyas antiguas y el de las medievales deja sentir naturalmente la diferencia de los auditorios respectivos a que se destinan.

La Iliada es más rigurosa y rectilínea en su composición y corresponde mejor a una saga épica. *La Odisea*, más elástica, combina en vaivén cuentos, tradiciones, relatos folklóricos y posee ya un carácter en cierto modo novelístico. La primera se refiere a la lucha de los pueblos aqueos Grecia continental y parte de la insular contra los teucros o troyanos que poseían la entrada de los Estrechos y, al margen del Helesponto (ribera asiática), habían levantado ya varias ciudades de Ilión o Troya de que la sexta corresponde a la epopeya homérica. Los teucros contaban con numerosos aliados entre los pueblos vecinos. El asedio de Troya por los aqueos dura diez años, y *La Iliada* sólo nos presenta un breve fragmento de este largo periodo. La *Odisea*, por su parte, es uno de los muchos *nostoi* o poemas de los retornos, y nos cuenta el regreso de Odiseo o Ulises- uno de los héroes de *La Iliada*- a la tierra de Ítaca, de que es monarca, después de la guerra troyana. Este regreso dura otros diez años,

y Penélope, la fiel esposa de Odiseo, lo espera a lo largo de esos veinte años de ausencia, asediada de pretendientes que, dando por muerto a Odiseo, quieren apoderarse de su reino, y cuya impaciencia ella logra detener con algún recurso ingenioso.

Hay que penetrarse de que Homero es un poeta "arqueológico". Pinta un pasado que lo precede en unos cuatro siglos, y *La Iliada* es, con respecto a la guerra troyana que nos describe, lo que sería hoy un poema sobre Cortés y la conquista de México. Aun pueden rastrearse en *La Iliada* algunos leves anacronismos. Por supuesto, los posibles rasgos históricos se enredan con los imaginarios. Así pues, cuando se dice "la época homérica", hay que distinguir bien la época en que vivió el poeta y compuso su poema, de la época a que tal poema se refiere. La crítica generalmente usa el término en este segundo sentido, puesto que se aplica sobre todo al poema sobre la guerra troyana, mucho más que a la incierta vida de Homero.

Pues bien, la época homérica en este segundo sentido-la que pinta Homero- nos ofrece el espectáculo de una sociedad de tipo "feudal": cada príncipe o barón (basileús) posee un Estado y una corte de vasallos propios, a los que gobierna a través de un consejo de ancianos o personas mayores, y ocasionalmente mediante una asamblea de hombres libres, de acuerdo con ciertas tradiciones, leyes no escritas, cierta jurisprudencia oral de anteriores juicios (*thémistes*), cuya preservación depende de su autoridad y su cuidado.

No puede decirse que haya un gobierno central, y la supremacía de Agamemnón sobre los demás príncipes en *La Iliada* acaso es una reminiscencia de la época en que existía tal gobierno, algo como un imperio en pequeña escala. Pero Agamemnón sólo es amo de los ejércitos aqueos para el objeto de la guerra y por voluntad de los diferentes príncipes que lo han aceptado como general en jefe. Ninguno ha abdicado de su respectiva soberanía. Así se explica el pasajero "aislacionismo" de Aquiles, que nadie pudo reprocharle como una traición. Además, las ideas de entonces no correspondían exactamente a las nuestras.

La cultura de la época es una cultura de transición y revela el paso del bronce al hierro. El hierro es ya bien conocido, pero se lo usa de preferencia para labores agrícolas y aún no se ha descubierto el arte de templar. Hay instrumentos de hierro, pero sólo en las más rudas formas: hachas, azadones; excepcionalmente, las flechas de Pándaro. En cambio, lanzas y espadas, que requieren filo o puntas agudas, son de bronce.

En otros aspectos sociales, se notan mezclas de lo nuevo y lo viejo: la compra de la novia y el sistema de la novia con dote matrimonial coexisten todavía, como dicen que aún se ve en los campos de Albania.

Homero siente ya que en la raza humana ha comenzado la decadencia. Los hombres no valen ya lo que valían sus predecesores. La influencia cretense empieza también a menguar, y la arqueología no corresponde ya exactamente a la llamada era micénica.

II

Para mejor entender *La Iliada*, es indispensable recordar los antecedentes de la saga troyana y aun los sucesos que han de acontecer después del poema de acuerdo con la tradición. *La Iliada* sólo nos da luz sobre un pequeño instante sublime en este inmenso cortejo de episodios legendarios. Pero ¿qué pasó antes y después? He aquí los antecedentes de la guerra, según los entendía la imaginación de los griegos:

Los poetas posthoméricos, autores de los llamados *Poemas Cíclicos*, compusieron una serie de epopeyas que completan y enlazan el asunto de *La Iliada* y el de la *Odisea*, para contarnos en su integridad la saga o leyenda troyana, que entonces hacía veces de historia. Aunque los Poemas Cíclicos se han perdido en su mayoría, con los fragmentos que nos quedan y con lo que espigamos aquí y allá en el resto de la literatura greco-romana podemos reconstruir tal leyenda, legado de la Edad Heroica anterior a la historia escrita.

Dárdano, hijo de Zeus el -dios máximo- y de la Pléyade Electra, fundó una colonia que llevó su nombre, Dardania, en la Tróada, región noroccidental del Asia Menor, bañada al norte por el Helesponto y al oeste por el Mar Egeo. Su nieto fue Tros, de quien los troyanos derivaron su patronímico. Tuvo tres hijos: Ilo, Asáraco y Ganimedes. Este último, por orden de Zeus, fue transportado al Olimpo a garras de un águila para servir de escanciano en las comidas de los dioses. A cambio de Ganimedes, Zeus obsequió a Tros unas famosísimas yeguas. De Ilo y de Asáraco proceden

dos ramas rivales. De Ilo, en sucesivas generaciones, vienen Laomedonte, Príamo- viejo rey de Troya en *La Iliada*- y los hijos de éste, singularmente Héctor, jefe de las armas troyanas, y Paris, a quien tanto debe la poesía, pues sin sus desmanes no hubieran existido los Poemas Homéricos. De Asáraco provienen sucesivamente Capis, Anquises y Eneas, guerrero que ya también figura en *La Iliada*. Ilo fundó la ciudad de Ilión, “la ventosa Ilión”, que no en vano queda a la orilla del Helesponto. De suerte que “troyanos” e “ilianos” vienen de dos antecesores de la real familia de Tróada. Homero usa indistintamente *Ílios* y *Troíee*. La forma neutra *Ílion* sólo una vez ocurre en Homero, pero luego se volvió usual. Los poetas romanos preferían decir “Troya”, porque *Ilium* no acomoda bien en sus versos o hexámetros dactílicos. Homero llama “dardanios” a los descendientes de Asáraco, la rama menor, la rama de los pretendientes derrotados. Junto a ellos, Homero llama a los de la rama reinante, indistintamente, “teucros” o troyanos. (Teucro fue un rey del Helesponto con cuya hija Batiea o Arisbe se casó Dárdano, si bien en *La Iliada* figura un guerrero llamado casualmente “Teucro”, que es enemigo de los teucros.) Y a los occidentales sitiadores de Troya les llama de varios modos: “aqueos” -Acaya fue una región griega, y también el nombre de toda Grecia; “argivos”- Argos y Argólida, también regiones griegas o Grecia en general; “dánaos”, por Dánao, antecesor mítico relacionado con la leyenda de la Argos Micénica. Naturalmente, junto a los rivales por excelencia- digamos aqueos y troyanos-, Homero no olvida a los “aliados” de Troya, pueblos asiáticos de distinto origen y lengua y que se enumeran sumariamente en la rapsodia II. Advuértase que la

palabra “griegos” es de difusión posthomérica. Homero habla una sola vez de los “panhelenos”, término más antiguo, y sólo llama “helenos” a los de la tierra de Aquiles, la Argos Pelásgica.

Pero volvamos a la leyenda. Bajo Laomedonte, con ayuda de los dioses olímpicos Posidón y Apolo a quienes Zeus impuso por castigo (pues los dioses, al principio, eran algo desobedientes) el servir como maestros de obras a las órdenes de un mortal, se alzaron los muros de Troya. Acabada la obra, Laomedonte se negó a pagarles el trabajo (pues los “héroes” o semidioses solían ser muy altivos y caprichosos). En venganza, Posidón envió un monstruo marítimo para desolar y diezmar la población. Sólo se aplacaría su furia si el rey le entregaba a su hija Hesíone. Laomedonte ofreció como recompensa, al que acabara con ese monstruo, las yeguas que Zeus le había obsequiado. Nadie se atrevía, y ya Laomedonte se preparaba a hacer entrega de su hija Hesíone, cuando apareció Hércules- el héroe providencial y justiciero que acabaría por ser recibido como dios olímpico- quien dio muerte al monstruo y puso fin a las calamidades.

Pero Laomedonte, siempre pérfido, no quiso pagar a Hércules la recompensa ofrecida, la famosa caballada de Zeus. Y Hércules, después de esperar en vano algún tiempo, volvió a Troya, saqueó la ciudad- primer saqueo troyano, antecedente del que Homero nos cuenta-, dio muerte a Laomedonte y a la mayoría de su familia, y casó a Hesíone con Telamón, el más bravo de sus tenientes.

Príamo, hijo de Laomedonte, pudo salvarse; heredó el trono y se casó con Hécabe o Hécuba. De ella y de sus concubinas tuvo doce hijas y cincuenta hijos. Entre sus hijos, los más eminentes, amén de los ya mencionados Héctor y Paris o Alejandro, son Deífobo, Héleno, Troilo, Polites y Polídoro; entre las hijas hay que recordar sobre todo a Laódice, la más hermosa, Políxena -a quien leyendas posthoméricas atribuyen amores con el jefe enemigo Aquiles- y Casandra, la profetisa cuyas profecías nadie quiso escuchar. Pues tal castigo le impuso Apolo, el amo de los profetas, porque ella rechazó sus importunidades y galanteos, y Apolo, abiéndole antes concedido el don de la adivinación, no podía ya arrebatarlo.

Los adivinos, en vísperas del nacimiento de Paris, anunciaron que el hijo por nacer causaría la destrucción de Troya. Y cuando éste vino al mundo, quedó expuesto o abandonado en el Monte Ida, con la idea de dejarlo morir. (La exposición de infante fue durante siglos un horrendo crimen muy frecuente.) Unos pastores recogieron a Paris, llamado también Alejandro, y más tarde sus padres Príamo y Hécuba de nuevo lo recibieron en su hogar. Paris se desposó con Enone y tuvo de ella un hijo, Corito.

Entretanto que así se multiplicaba la prole de Príamo, Zeus había decretado la Guerra Troyana, para aliviar la sobrepoblación del mundo: eco poético y mítico de la crisis efectiva que, haciendo insuficiente el antiguo sistema de la agricultura patriarcal, lanzó a los precursores de los helenos a fundar colonias en las

islas egeas y el Asia Menor, disputando el suelo a los nativos, de lo cuál en cierto modo es eco *La Iliada*.

Para provocar esta guerra, Zeus se valió de un medio singular. Hizo celebrar en Tesalia -Grecia del norte- las bodas del rey Peleo con la Nereida Tetis, ninfa marina. Pero a la boda concurrió una persona no invitada: Eris, la Discordia. Digamos de paso que tal matrimonio fue una medida precautoria contra la posibilidad de que la codiciada Tetis -a quien mucho tiempo cortejaron Zeus y Posidón- diera a luz un ser más poderoso que todas las deidades, si llegaba a unirse con un dios. Así lo tenía decretado el destino, pero sólo Temis y su hijo Prometeo -casta de los viejos Titanes anteriores a los Dioses Olímpicos- sabían que la diosa en cuestión era Tetis, y tardaron siglos en revelar el secreto. (Pues ya se sabe que, por "relatividad einsteiniana" el tiempo entre los Inmortales se cuenta por miles de años.)

Agraviada, pues, Eris, porque no se la contó entre los comensales, trajo consigo a la ceremonia nupcial una manzana con una inscripción que decía: "Para la más hermosa." Y la lanzó en mitad del festejo. Al instante tres diosas quisieron disputarse aquel verdadero premio de belleza: Hera (esposa legítima de Zeus), Atenea y Afrodita. Escogieron por árbitro a cierto joven pastor del Ida que apacentaba sus novillos al son de la flauta frigia y que era precisamente Paris-Alejandro, aún no recogido en el hogar de sus padres. Atenea, para sobornarlo, le ofreció victorias guerreras; Hera, mando e imperio sobre los pueblos; y Afrodita le prometió entregarle a la mujer más bella del mundo: tema folklórico, de sabiduría popular, sobre cuál sea el

bien más deseable, como lo encontramos en un pasaje de la Biblia (*Reyes*), donde se prueba la prudencia del rey Salomón.

Pues bien, la mujer más bella del mundo era Helena, una hija de Zeus y de Némesis -espíritu de la venganza-, según antigua versión, y según versión posterior y más difundida, hija de Zeus, transformado en cisne, y de Leda, la mujer del rey Tíndaro. Paris concedió la manzana a Afrodita, con lo cual atrajo por lo pronto la inquina de Hera y de Atenea contra su patria, Troya.

Paris obtuvo el pago prometido en Esparta la Esparta arcaica y anterior a los lacedemonios donde fue hospitalariamente recibido en el palacio del rey Menelao, esposo de Helena. Durante una ausencia de Menelao, quien tuvo que ir a Creta, Paris enamoró a Helena y la persuadió de que escapara con él a Troya. Menelao, guerrero un poco tosco y jefe de pueblos todavía algo atrasados, mal podía competir a ojos de Helena con el refinado y gracioso príncipe troyano, que era además famoso arquero, capaz de alcanzar en el aire una flecha con otra, y que tenía el encanto de lo lejano y de lo exótico.

Helena, además, es desde muy pronto víctima de un destino amoroso. Aún niña, había sido raptada por Teseo, el héroe ateniense, y recuperada por sus hermanos los gemelos Cástor y Polideuces (Pólux). Como muchos príncipes la codiciaban, Odiseo hizo convenir a todos en que ella debía escoger libremente a su futuro esposo, y todos sus antiguos pretendientes no

sólo respetarían la decisión de Helena, sino que se juntarían para defender a su esposo contra todo rival extraño.

Se comprende pues que el rapto de Helena traería terribles consecuencias. Por lo pronto, Menelao y Odiseo se presentaron en Troya para solicitar la devolución de la princesa. Los recibió hospitalariamente Antenor, cuñado del rey Príamo, pero su misión no tuvo éxito, y ya no quedaba más recurso que la guerra.

III

Llegamos, pues, a la Guerra Troyana, inmensa galería de que *La Iliada* sólo nos presenta un pasaje, destacándolo del conjunto y como si lo pusiera en la platina del microscopio. Conozcamos los hechos que inmediatamente precedieron a esta guerra inolvidable.

Agamemnón, hermano mayor de Menelao, gozaba de inmensa supremacía sobre varios reinos e islas. Hizo propio el agravio de Menelao y, en cumplimiento del pacto de Odiseo, convocó a los demás reyes y caudillos de Grecia y las tierras helénicas para rescatar a Helena. Entre los antiguos pretendientes de ésta, figura Idomeneo, hijo de Deucalión y nieto de Minos, a quien ya vemos combatir en *La Iliada* al lado de los aqueos.

Los príncipes aqueos aceptaron el mando supremo de Agamemnón. Curioso es advertir que Odiseo, aunque

creador del pacto, se hacía el loco para no concurrir a la guerra, por no abandonar a Telémaco, su hijo recién nacido. Pero, descubierto el subterfugio por Palamedes su rival en astucia tuvo que cumplir su compromiso. Odiseo se vengaría más tarde haciendo aparecer a Palamedes como un traidor sobornado por el rey Príamo, y los soldados aqueos dilapidaron a Palamedes. Odiseo, a su vez duplicación de la fábula descubrió e hizo cumplir el pacto a Aquiles. Éste también quería huir de la guerra disfrazado de mujer entre las hijas de Licomedes, rey de Esciro, en una de las cuales, Deidamia, engendró de paso a Neoptólemo. Aquiles sabía, por el vaticinio de su madre Tetis, que el intervenir en la Guerra Troyana acarrearía irremediablemente su muerte. (Tetis, inmortal, aparece siempre angustiada por haber dado a luz un hijo mortal.) De igual modo el adivino Anfiarao (héroe de la saga tebana, anterior a la troyana) quiso inútilmente ocultarse para no concurrir al asedio de Tebas, por saber que esto le costaría la vida.

Una vez convencidos ya los renuentes y concertados todos los jefes aqueos que habían de concurrir a la expedición contra los troyanos, hubo que tomar decisiones administrativas de trascendencia, pues no había entonces ejércitos profesionales, sino que los ciudadanos en masa hacían la guerra; y no los conducía ningún estratega o general que sólo tuviera ese oficio como sucedería más tarde, sino que eran capitaneados por el propio monarca, o si éste era ya muy viejo caso de Peleo y Aquiles, caso de Príamo y Héctor por su hijo. Importaba, pues, organizar el interinato y sustituir en lo posible las funciones de los que habían de ausentarse.

También la movilización tuvo que ser discutida largamente. Y desde luego, hubo que escoger el sitio para la concentración de los contingentes y las flotas. Algunos comentaristas se empeñan en demostrar que tal concentración se llevó a cabo en la isla de Lemnos, frente a Ilión y sólo separada de la costa troyana por la isla de Ténedos. Pero los prácticos saben que la concentración, las maniobras previas y la preparación general se cumplen con mayor libertad y desembarazo desde un poco más lejos. Además, La Iliada es terminante y nos dice que las flotas se reunieron en Áulide, sobre la costa beocia, frente a la Calcis Euboica, al nordeste de Grecia. De todos los puertos aqueos, era éste el mejor provisto y contaba con la vecindad de las fértiles llanuras beocias y los pastos de Eubea. Calcis será más tarde, con Candía (la antigua Creta) el mercado donde han de ir a proveerse las flotas venecianas, y luego las turcas. En el fondo de la ancha bahía hay una fuente donde hicieron aguada los barcos de Agamemnón.

La movilización no hubiera podido llevarse a cabo en un solo día para cada país, ni al mismo tiempo para todos los distintos reinos aqueos. Los aliados iban llegando por grupos sucesivos, y el Rey de Reyes, Agamemnón, debió esperar varios meses a que se le juntaran todos los contingentes lejanos o retardatarios. En comparación con la vida actual, aquellos viajes que duraban meses y años nos parecen exageraciones poéticas. Y lo son sin duda hasta cierto punto, pero en menor grado de lo que hoy suponemos. Todo iba entonces despacio, y todos los plazos se medían según la locomoción humana. La navegación

de la época, a vela y a remo, se suspendía por invierno, la estación muerta. Y esto se aplica aun a los tiempos clásicos, posteriores a la Guerra Troyana. Alcibiades, cuando embarca para su fatal expedición a Sicilia, advierte a sus compatriotas que no esperen noticias suyas antes de cuatro meses. El viaje de isla en isla y de rada en rada era relativamente rápido durante el buen tiempo: pudo llegarse en cinco días desde Creta al Nilo (*Odisea*, XIV). Pero con el mal tiempo, no quedaba más que esperar e ir consumiendo con suma prudencia las provisiones; y cuando sobrevenía una de aquellas calmas inacabables, entregarse en medio de las aguas a la voluntad de los dioses. Odiseo se queda un mes en la isla de Éolo, otro en la del Sol, donde sus compañeros acaban por matar las vacas sagradas; y Menelao y los suyos se ven veinte días varados en Faros, y hubieran perecido de hambre sin la ayuda providencial de Proteo. Cuando, siglos después, San Pablo embarcó rumbo a Roma, la nave fue arrojada sobre la costa cretense. Era el fin del otoño, y San Pablo, entendido en viajes, proponía que permanecieran allí todo el invierno. Fue desoído, y catorce días después la nave chocó en la costa de Malta. Pablo debió esperar allí los tres meses de invierno, y al fin embarcó en otra nave que lo llevó hasta Siracusa. Tras un reposo de tres días, siguió camino de Regio y Puzol, donde la comunidad cristiana lo retuvo durante siete días. Por último, le fue dable llegar a Roma. Pues no sería, menos entretenido y azaroso explica Murray el viaje de un héroe homérico, aumentados aún los obstáculos por lo atrasado de aquellos siglos. Los viajes eran cosa incierta. Heródoto nos cuenta una historia digna de *la Odisea*: Es el caso que ciertos samios pensaron trasladarse a Egipto y fueron arrastrados por el viento

hasta las columnas de Hércules, de donde irían a descubrir la tierra de Tartesos (IV, 151-4).

Todo lo anterior, el tiempo que se perdió en la embajada pacífica de Menelao y Odiseo y los episodios que recordaremos a continuación, explica que, aunque los dioses habían decretado ya la ruina de Troya, la expedición se retardara de suerte que entre el rapto de Helena y el ataque a Troya transcurrieran diez años.

Ya reunidos los expedicionarios en Áulide, hubo que disponer lenta y cuidadosamente la base de aprovisionamientos. Y cuando ya los aqueos se disponían a zarpar, todavía los retarda una de aquellas temidas calmas que parecen intencionadas y malévolas. El mito la interpreta como una manifestación de la cólera divina. Y aquí aparece la fábula de Ifigenia, que se encuentra en uno de los Poemas Cíclicos, la *Cipriada*, que es posterior a Homero y que luego aprovechó el teatro ateniense.

Según esta fábula, Agamemnon, en una cacería, dio muerte a una cierva dentro del coto sagrado de la diosa Ártemis. Según versión anterior que luego concluyó en la versión definitiva, Ártemis se sentía agraviada porque Agamemnon no satisfacía el voto, hecho anteriormente, de entregarle en sacrificio a la más bella criatura nacida en su reino durante el año. En todo caso, la diosa atajó el curso de los vientos y exigió de Agamemnon el inmediato cumplimiento de su promesa. La más bella criatura del año resultó ser nada

menos que la princesa Ifigenia, hija de Agamemnon, cuya resistencia es comprensible. Homero no menciona todavía esta leyenda, y aun considera a Ifigenia viva durante la Guerra Troyana, si 'Ifigenia' es la 'Ifianasa' mencionada en La Iliada. Homero, en efecto, dice que Agamemnon, para contentar a Aquiles reñido con él desde el comienzo del poema, le ofrece en matrimonio a cualquiera de sus tres hijas: Crisótemis, Laódice o Ifianasa. Más tarde, los trágicos llaman a estas tres princesas Crisótemis, Electra e Ifigenia.

Para aplacar, pues, a la diosa Ártemis, según la fábula que sólo aparece después de Homero como hemos dicho, se convino en sacrificar a Ifigenia y se la hizo venir de Argos a Áulide con pretexto de desposarla con Aquiles (que ignoraba este embuste). Cuando se descargó sobre el cuello de Ifigenia el hacha del sacrificio, Ártemis la "escamoteó" o sustrajo prontamente, puso en su lugar a una cierva, y a Ifigenia la transportó milagrosamente hasta un santuario que tenía en Táuride (Crimea), al norte del Ponto Euxino o Mar Negro, para hacerla su sacerdotisa. Este asunto dará argumento a la tragedia de Eurípides llamada *Ifigenia en Áulide*. La cruel historia pudo predisponer a la esposa de Agamemnon y madre de Ifigenia, Clitemnestra, quien, ayudada más tarde por el despechado Egisto, preparó la celada en que ha de caer Agamemnon cuando vuelva de Troya. El caso recuerda el mito de Atamas y Frixo, en Orcomenos, y también ha sido comparado al de Abraham e Isaac, y aun se pretende que pudo haber una transmisión directa de la historia; pues se sabe por el profeta Oseas

que, a principios del siglo VIII a. c., los fenicios vendían a los jonios -griegos del Asia Menor- prisioneros judíos.

Las flotas se hacen a la vela. Y aquí sobreviene otro lamentable incidente. Los navíos llegan a la isla de Lemnos, merodean por Lesbos y entran a la Tróada por la región de Crisa. Consta, en efecto, que desde muy pronto los aqueos venden prisioneros troyanos al rey de Lemnos, Euneo, hijo de Jasón y de Hipsípila. Pero sucedió que en Lemnos uno de los jefes aqueos, el heredero del arco y las flechas de Hércules, el príncipe Filoctetes, fue mordido por una serpiente. La llaga era horripilante y hedionda, y el herido se quejaba sin cesar a gritos como el Amfortas de la leyenda artúrica (recuérdese el *Parsifal* de Wagner). Y sus compañeros abandonaron despiadadamente a Filoctetes en la isla de Lemnos, lo cual según luego veremos fue otra de las causas que retardaron la caída de Troya. La triste vida de Filoctetes en aquella región desierta ha sido contada por Sófocles en la tragedia a que dio el nombre del héroe.

Y nos acercamos a la Guerra de Troya, cuyo derrumbe los dioses vienen retardando por medio de todos los incidentes ya descritos, como si se complacieran, en morosa delectación, contemplando de lejos la perspectiva del futuro desastre y reservando voluptuosamente el postre de su festín.

Aún faltará vencer otro obstáculo, y no es el menor: la heroica resistencia del jefe de las armas troyanas, a

quien los antiguos gramáticos han querido llamar 'Darío' y a quien el poeta llama 'Héctor': "el que ataja". Pues algunos de los nombres homéricos traen sentido oculto. Los principales: 'Paris' o 'Alejandro': "el que mantiene lejos al enemigo", sin duda por sus certeras flechas; el Generalísimo aqueo, 'Agamemnon'; "el que manda a distancia", el que se extiende e invade; 'Aquiles', el que precipita la derrota troyana, es "el que encierra o estrangula pueblos"; y en cuanto a la causa ocasional de la guerra, 'Helena', es "la raptada", la belleza que nadie posee en propiedad y todos se arrebatan.

Muerto Héctor, aguerrido defensor de Troya -aunque nunca creyó en el triunfo troyano y sólo peleaba por deber, héroe nobilísimo-, aqueos y troyanos reclutaron nuevas fuerzas y reorganizaron sus planes estratégicos, hasta donde lo consentía la invisible mano del Destino, misterioso poder que estaba por sobre los dioses mismos y en quien vagamente se configura ya la imagen del Dios Único y Omnipotente.

De Tracia acudió la reina Penthesilea con una compañía de sus compatriotas, las mujeres guerreras o Amazonas, pero cayó bajo el puño del implacable Aquiles. Él mismo se conmovió al contemplar el cadáver de la hermosa reina, y como el feo y miserable Tersites se burlara de sus lágrimas el mismo Tersites que ya, en *La Iliada*, por insolente, se gana una tunda de Odiseo, Aquiles, en un arrebatado de furia, le dio muerte de un puñetazo.

El capitán aliado que muere poco después en el combate a manos de Aquiles fue Memnón, hijo de Eos, Diosa de la Aurora. Por fin el mismo Aquiles, aunque sólo era vulnerable en el talón, fue muerto de un flechazo que le lanzó Paris, por especial designio de Apolo. Cuando la famosa armadura de Aquiles, obra de Hefesto, fue otorgada por los aqueos a Odiseo, Áyax -que creía merecerla y enloqueció de despecho- acabó suicidándose. Éste es el tema del Áyax, tragedia de Sófocles. Se cuenta que Áyax (o Ayante), en su locura, aniquiló, como 'Don Quijote', una manada de carneros, tomándolos por enemigos. Y en *la Odisea* vemos que ni en el otro mundo Áyax quiere reconciliarse con Odiseo o resignarse a que se lo haya desposeído de las armas de Aquiles.

Un hijo de Príamo, Héleno, que era vidente, cayó preso en una emboscada de Odiseo prueba de que éste, con su sola sutileza humana, podía más que el inspirado troyano y reveló a los aqueos que Troya sólo sería vencida cuando Filoctetes, el guerrero abandonado en Lemnos, y Neoptólemo, el hijo de Aquiles a quien también se llama Pirro, tomaran parte en el combate. Los aqueos, con ayuda de Neoptólemo y del indispensable Odiseo, el héroe de los mil recursos, se apresuraron entonces a traer a Filoctetes, quien, una vez asistido por el médico militar Macaón, logró tender en el campo a Paris usando para eso el arco y las flechas de Hércules. La esposa legítima de Paris, Enone, a quien éste había abandonado por Helena, era la única que tenía el poder de curarlo; pero, en su despecho, se negó a hacerlo, aunque después, arrepentida, ella misma se dio la muerte y

quiso unírsele en el otro mundo. Neoptólemo, llegado de la isla de Esciro, logra entonces expulsar del campo a los troyanos guerrero digno de su padre y los obliga a encerrarse en su ciudad fortificada.

El próximo objetivo de los aqueos era apoderarse del Paladión, imagen de Pallas Atenea que se custodiaba en Troya desde hacía varias generaciones y era presente de la misma diosa o bien de Zeus. La presencia de esta imagen aseguraba la inmunidad de Troya, y Héleno había prevenido de ello a los aqueos. Hay que advertirlo: Héleno estaba ya resentido contra sus compatriotas porque, después de muerto Paris, no quisieron entregarle a Helena, cuya belleza, como se ve, sigue haciendo estragos para uno y para otro lado. Odiseo logró astutamente penetrar en Troya disfrazado de mendigo y apoderarse del Paladión, ya solo o ya ayudado por Diomedes, su digno compañero en otras proezas, donde aquél siempre es el ingenio inventivo, y éste más bien el aguerrido ejecutor. Helena reconoció al instante a Odiseo, pero no lo denunció a los troyanos, pues, ya arrepentida, su corazón estaba por los aqueos.

Quedaba el camino libre para la caída de Troya, la cual se cumplió al fin mediante la estratagema de aquel enorme Caballo de Palo, con el vientre hueco, aconsejado por Atenea y ejecutado por el artífice Epeo. Con su carga de guerreros escondida en el vientre, el Caballo fue abandonado a la vista de la ciudad enemiga, en pleno campo de batalla, a modo de ofrenda a la diosa Atenea o al marítimo Posidón (con cuyo culto se relaciona muy de cerca el caballo) para

que concediese a los aqueos un seguro regreso a sus países nativos. Pues, por lo visto, los aqueos, ante la tenaz resistencia de Troya, abandonaban la partida. Pero lo cierto es que, en vez de dirigirse a Grecia, simplemente se refugiaron en la cercana isla de Ténedos, para esperar que su compañero Sinón les hiciera la señal convenida.

En tanto, el consejo troyano estaba dividido respecto a lo que convenía hacer con el Caballo de Palo. Y sucedió que el sacerdote de Posidón, Laocoonte, propuso que el Caballo fuera destruido, y aun le asestó un golpe. Al instante salieron del mar dos enormes serpientes que le dieron muerte en compañía de sus hijos, lo que fue interpretado naturalmente como un reproche de los dioses. Y así fue que los troyanos introdujeran jubilosamente en su ciudad al funesto Caballo, considerándolo trofeo de guerra, entre las delirantes protestas de la no escuchada Casandra. Una vez dentro de Troya, los guerreros ocultos salieron del vientre del Caballo en medio de la noche, y Sinón hizo la señal convenida a las tropas que esperaban en Ténedos, encendiendo al caso una fogata. Los guerreros aqueos que ya andaban subrepticamente por las calles de la nocturna Troya abrieron las puertas de los muros, las tropas entraron y sobrevino el saqueo, derrumbe e incendio de la altiva fortaleza de Príamo. Helena, a quien Menelao no tuvo ánimos para castigar, fue recogida por él y reinstalada en su trono de Esparta (la Esparta arcaica anterior a los lacedemonios), donde la *Odisea* nos la presenta como una dama respetable y respetada por todos, de cuyo pasado nadie quiere acordarse.

IV

Consideremos ahora el asunto mismo de *La Iliada*. Aunque el texto se halla a la vista del lector, conviene ayudar a éste con algunos análisis y observaciones para guiarlo por entre los vericuetos de la epopeya.

Como ya se sabe, *La Iliada* no cuenta toda la Guerra Troyana, todo el sitio de Ilión, sino sólo los episodios consiguientes a "la cólera de Aquiles" o su riña con Agamemnón, que ocupan cincuenta y un días en el décimo y último año de la campaña. Tanto la toma de la ciudad como la muerte de Aquiles caen ya fuera del poema, y también caen fuera todos los antecedentes a que antes nos hemos referido. Según decía Aristarco, *La Iliada* se suspende cuando se adivina ya el final del asedio. Con todo, Goethe parece tener razón al sospechar que el poema pudo concluir con la muerte de Aquiles, ya profetizada por el corcel Janto y por Héctor. O tal vez el sentimiento nacional no soportó que el poema terminara con aquella imagen de vencimiento que nos pinta un fragmento antiguo: "Yacían bajo la ciega racha de polvo los poderosos miembros, miserablemente esparcidos, y olvidado el carro de guerra."

Las flotas aqueas han llegado al suelo troyano. El primero en saltar a tierra fue Protesilao, y al instante cayó muerto de un flechazo anónimo, según Homero, o de un lanzazo de Héctor según versión más antigua, o por una flecha de Paris según la versión más reciente. La viuda de Protesilao ('Laodamia' para unos, y para

otros 'Polidora') sufrió tanto que los dioses le devolvieron por tres horas al esposo desaparecido. Cuando éste murió definitivamente, ella se suicidó, con el ánimo de seguirlo hasta el otro mundo, historia romántica si las hay, a que Wordsworth ha consagrado un poema.

RAPSODIA 1. *La peste, la querella y la indignación de Aquiles.* Al comenzar la epopeya los griegos se hallan en plenas operaciones guerreras, algo fatigados tras tantos años de asedio inútil, nostálgicos de su tierra y, para colmo, diezmados por las enfermedades. El "derrotismo" cunde subrepticamente por las filas aqueas.

Durante sus primeras correrías por las escalas del viaje y los alrededores de Troya, han tenido que proveerse de alimentos, y los jefes, de concubinas. Agamemnón se apoderó en Crisa de Criseida, hija de Crises, sacerdote de Apolo. En la toma de Lirneso (Bresa, Lesbos), otra escaramuza del camino, Aquiles se adueña de Briseida.

De pronto se declara una peste en el campamento aqueo. El adivino Calcas explica que Apolo castiga así a los aqueos, por haber ultrajado Agamemnón a Crises, sacerdote apolíneo, robándole a su hija y negándose a devolvérsela. Arrepentido Agamemnón, manda que Criseida sea devuelta a su padre, a instancias de Aquiles; pero, para compensarse, despoja a Aquiles de su esclava Briseida. Aquiles, iracundo por el atentado contra su honor más que llevado de celos amorosos

aunque el amor no está ausente en sus sentimientos acusa a Agamemnón ante la asamblea de guerreros con una furia que es el primer tema y el tema fundamental y subyacente de toda la epopeya (*altercado o néikos*). Se declara arrepentido de haber cooperado con sus mirmidones al sitio de Troya, se niega a seguir combatiendo y se recluye en sus barracas, al extremo del campamento. Huelga de armas caídas entre los guerreros mirmidones, que pasan los días *entreteniéndose* como pueden. Las consecuencias son de dos órdenes: las humanas y las divinas. Las humanas: los troyanos, envalentonados por la ausencia de Aquiles y sus tropas, se atreven a salir de su ciudadela y ponen a los aqueos en trance difícil. Las consecuencias divinas son el reflejo en el Olimpo de la disensión de los caudillos. También los dioses se han dividido. A su vez, celebran una asamblea, reflejo a lo divino de la asamblea terrestre. La diosa Tetis, madre de Aquiles, invocada por éste entre gemidos y lágrimas, obtiene de Zeus que el agravio causado a su hijo tenga por inmediato desquite una derrota de los aqueos, nuevo motivo que, sumado a los ya descritos, viene a retardar la caída de Troya.

RAPSODIA II. *El sueño, la prueba, el catálogo de las naves y la enumeración de las fuerzas de los teucros y sus aliados.* La acción del poema, desde esta rapsodia hasta la X, no obedece a un plan muy claro y aun ofrece algunas contradicciones. La continuación natural del primer canto sólo se reanuda en el onceno. a) El sueño: Zeus envía a Agamemnón un sueño engañoso prometiéndole la cercana victoria. b) Agamemnón quiere probar a sus hombres, dándose por perdido y

exhortando a todos a abandonar la guerra, para luego, por un vuelco patético, enardecerlos de nuevo animándolos a continuar. Odiseo detiene a los aqueos cuando ya están de veras a punto de darse por vencidos y embarcar de nuevo rumbo a Grecia. Nueva asamblea para levantar los ánimos. Odiseo castiga al “derrotista” Tersites, única voz popular que se oye en *La Iliada* contra los abusos de los jefes. c) Sea un fragmento del texto arcaico o una interpolación posterior, aquí aparece un catálogo de las fuerzas aqueas y troyanas, documento en todo caso muy viejo y que nos ilustra sobre la geografía política en los tiempos micénicos, base de largos y eruditos estudios. Se dice que aquí se han deslizado adiciones intencionadas para halagar orgullos locales o que revelan las ambiciones imperialistas, por ejemplo, de Atenas sobre Salamina. La presencia de pueblos asiáticos entre los aliados de Troya da al conflicto un carácter intercontinental. Ya el viejo historiador Heródoto considera la Guerra Troyana como uno de tantos hitos en la eterna lucha del Occidente contra el Oriente, simbolizada en una cadena de raptos (Ío, Europa, Medea, Helena) y que al cabo parará en las guerras persas.

RAPSODIA III. *Desafío de Paris, Helena en las murallas, el pacto, el duelo singular, Paris y Helena, intimación de los aqueos.* a) Paris, armado hasta los dientes, entra teatralmente en el campo de batalla con aire de reto. Retrocede al ver acercarse a Menelao. b) Reprendido por Héctor, Paris propone un duelo singular entre él y Menelao, que decida entre ellos dos la suerte de la guerra y la posesión de Helena y sus

riquezas. c) En tanto, suspendido el combate, de lo alto de las murallas troyanas Helena nombra a Príamo y describe los jefes aqueos que se ven en la llanura (“tiscosopia”). d) Príamo es llamado para celebrar con los enemigos el pacto y juramento del duelo singular proyectado. e) Menelao domina manifiestamente a Paris, pero éste es sustraído del combate por la diosa Afrodita y depositado en el lecho de Helena. Sobrevienen recriminaciones entre ambos, y Helena cede a la fuerza. f) Agamemnon declara que Menelao ha triunfado y pide a Troya la devolución de Helena y sus riquezas y el pago de indemnizaciones de guerra. La rapsodia es importante para apreciar los caracteres de los personajes Héctor, Paris, Menelao y Helena, y la “tiscosopia” o inspección de lo alto de las murallas posee singular encanto, hace ver que Helena es admirada y respetada a pesar de todo, y hace ver la benevolencia y comprensión del anciano Príamo. Con todo, se aprecia que Helena no es más que una majestuosa esclava caída en la “trata de blancas” de los Olímpicos.

RAPSODIA IV. *El pacto violado, la revista militar de Agamemnon y primeros incidentes bélicos.* a) A instancias de Hera, empeñada en la completa ruina de Ilión (“los dioses tienen sed”), y para que la guerra no acabe con el cumplimiento del pacto y la derrota virtual de Paris, Zeus encarga a Atenea que complique la situación con algún desmán del bando troyano. Pándaro, mal aconsejado por Atenea disfrazada de guerrero, hiere a Menelao de un flechazo. b) Agamemnon, indignado ante esta traición, recorre a pie las filas disponiéndose para el ya inevitable

combate. c) Los primeros incidentes bélicos cubren el campo de cadáveres. Los hombres caen atravesados por lanza o flecha, o bien segados por la daga, "y la oscuridad envuelve sus ojos". La muerte es ante todo una privación de la luz física. Los muertos, como las avestruces, se hacen invisibles por cuanto han dejado de ver. d) Adviértanse los incidentes de la revista militar: Agamemnón encomia a Idomeneo, jefe cretense; a los dos Áyax, al anciano Néstor, el veterano de *La Iliada*, siempre buen consejero, y algo gárrulo como todos los viejos cuando insiste en recordar las hazañas de su juventud; quiere reprender a Odiseo, que no se apresuraba por no haber oído la orden de disponerse a la lucha. Odiseo rechaza la reprensión, y Agamemnón se disculpa. Quiere igualmente, en su impaciencia, reprender al bravo Diomedes y a Esténelo. Aquél calla disciplinariamente, pero Esténelo rechaza como injustas las palabras del Rey de Reyes.

RAPSODIA V. *Hazañas de Diomedes*. En *La Iliada* hay fragmentos consagrados a las hazañas individuales de este o de aquel héroe. Estos apogeos heroicos se llaman "principalías" o "aristías". La aristía de Diomedes domina toda esta rapsodia y la primer mitad de la siguiente. (La de Agamemnón ocupa la rapsodia XI; la de Áyax, la XIII; la de Menelao, la XVII.) Atenea infunde ánimos a Diomedes, le concede el don de reconocer a los dioses que andan mezclados con los hombres en el campo de batalla, y lo alienta para que combata contra ellos. Diomedes retrocede ante Apolo, pero hiere y expulsa del campo a Afrodita y al propio Ares. Además de

otras proezas, da muerte al flechero Pándaro, el que violó el pacto, y hiere a Eneas. Entre los incidentes secundarios, descuella el encuentro del Heraclida Tlepólemo, nieto de Zeus, con Sarpedón, hijo de Zeus; y además, la intervención de Hera y Atenea por los aqueos, así como Apolo, Afrodita y Ares han intervenido por los troyanos.

RAPSODIA VI. *Adioses de Héctor y Andrómaca*. a) Esta rapsodia continúa la descripción de las hazañas de Diomedes, desde el instante en que, con la expulsión de Ares, los combatientes quedan entregados a sus propias fuerzas. b) Las damas troyanas piden el favor de Atenea. c) Hermoso encuentro entre Glauco y Diomedes que, en medio del combate, y en nombre de la amistad que unió a sus padres, suspenden la lucha y cambian sus armas como una prueba de cordialidad. d) Héctor vuelve por unas horas a la ciudad, donde su madre y las damas troyanas imploran a Atenea. e) Héctor encuentra a Andrómaca en las murallas. Se despiden: una de las más conmovedoras escenas de la epopeya. Él sabe que morirá. Ella lo llora por muerto. Su hijo Astianax, a quien pronto los aqueos arrojarán de lo alto de los muros, se asusta y llora ante los arreos militares de Héctor. Escena de risas y lágrimas entremezcladas. f) Héctor y Paris vuelven al combate.

RAPSODIA VII. *Combate entre Héctor y Áyax*. a) Llega a su ocaso el largo día de combate que comenzó en la rapsodia II, con el duelo singular entre Héctor, jefe troyano, y Áyax, rey de Salamina. *La Iliada* es una serie de torneos individuales en que se complace un auditorio experto en los lances de armas. Ambos

contrincantes pelean denodadamente sin poder tocarse, aunque Áyax domina. Los heraldos detienen el combate ante la llegada de la noche "que quiere ser respetada". Ambos héroes se cambian presentes y se elogian caballerescamente al suspender el combate. b) A la mañana siguiente, aqueos y troyanos pactan una tregua para incinerar a sus muertos, y los aqueos levantan un muro de protección para sus naves. Los troyanos, en tanto, resuelven devolver las riquezas de Helena, pero no a Helena, lo que rechazan los aqueos. Éstos reciben provisiones de Lemnos. Al parecer un día pasa en la incineración de los muertos, y otro en levantar el muro aqueo.

RAPSODIA VIII. *Batalla interrumpida.* En la rapsodia I, Zeus ha ofrecido a Tetis vengar el agravio infligido a Aquiles por Agamemnon, permitiendo algún progreso de las fuerzas troyanas. A este fin, engaña a Agamemnon con falsas esperanzas en la rapsodia II. Después, permite que los dioses mantengan la victoria indecisa, auxiliando a sus respectivos favoritos. En esta VIII rapsodia Zeus aparece ya resuelto a obrar en persona, prohíbe las intromisiones divinas, se instala en el Monte Ida a vigilar los combates por sí mismo, ahuyenta con sus rayos a los aqueos, detiene la triunfal carrera de Diomedes y de Teucro, impide la intervención de Hera y Atenea, permite que Héctor rechace a los aqueos y los encierre en su fortaleza. Los troyanos se sienten sostenidos por Zeus, pero los detiene la llegada de la noche. Zeus explica a los dioses sus planes: Héctor seguirá triunfando hasta que, muerto Patroclo, Aquiles, para vengarlo, resuelva volver al combate.

Entretanto, los troyanos tienen algún respiro, encienden fogatas y luminarias nocturnas por precaución, desuncen los carros, ofrecen sacrificios. Algunos dormitan junto al fuego. Destellan las aguas junto al Escamandro.

RAPSODIA IX. *Embajada a Aquiles.* Agamemnon decide, ante el mal curso que lleva la guerra, obtener a toda costa la reconciliación con Aquiles y el retorno de éste a la guerra. Le envía entonces una *presbía* o embajada de autoridad. La embajada ofrece a Aquiles valiosos presentes, y aun la devolución de Briseida. La negativa de Aquiles es una manifestación de *hybris* o desmesura, pecado capital entre los helenos. Aquiles, como ya sabemos, está condenado a una pronta muerte. Ya, invisible, la condena se cierne sobre el guerrero, como él mismo lo reconoce y declara. Sin esta rapsodia, llena de amenidad, Aquiles, aunque protagonista de la epopeya, hubiera quedado fuera de escena entre las rapsodias I y XVI, salvo una rápida aparición en la X. a) En una asamblea nocturna, Diomedes, que se ha dejado reprender en silencio a la hora de la revista militar, aunque la reprensión era injusta, usa de su derecho y reprende a Agamemnon por su actitud "derrotista". Néstor se contiene para no censurar a Agamemnon y se limita a pedir ciertas precauciones. b) Durante la cena de los capitanes, por consejo de Néstor, Agamemnon accede a intentar una reconciliación con Aquiles. c) La embajada de Agamemnon (Áyax y Odiseo al mando de Fénix antiguo ayo de Aquiles y los heraldos Euribates y Odio), en vano procura reconciliar a Aquiles, ofreciéndole presentes, la devolución de Briseida

intacta, siete ciudades, la mano de una de las hijas de Agamemnón, etc. Los discursos que entonces se cambian poseen singular interés: ejercicios de persuasión oratoria en varios estilos. La embajada regresa, despechada. Diomedes se indigna ante la actitud reacia de Aquiles. La discolería de Aquiles cambia el peso de la Némesis: los platillos de la balanza, antes en contra de Agamemnón, mudan de postura.

RAPSODIA X. *La Dolonía*. Excurso pintoresco: durante la noche y como si conviniera al peso patético del poema compensar el fracaso de la embajada con alguna proeza Odiseo y Diomedes reconocen el campamento enemigo, habiéndose apoderado de Dolón, espía troyano, y los dos solos dan muerte a una docena de jefes enemigos, sorprendiéndolos en pleno sueño, así como a Reso y a sus tracios, y se apoderan de unos caballos.

RAPSODIA XI. *La gran batalla*, tercera que presenciamos en *La Iliada*, va a prolongarse hasta la rapsodia XIV. Aquí se reanuda el hilo interrumpido al acabar la rapsodia I, y los críticos creen reconocer aquí el primitivo estrato del poema. Es la aristía de Agamemnón que, habiendo sido herido, tiene que retirarse. Odiseo pelea denodadamente, y Áyax y Menelao lo salvan de un cerco de enemigos. Todos van quedando heridos y se alejan uno tras otro. El último, Áyax, se defiende palmo a palmo. La acción bélica ha llegado aquí a su apogeo. Aquiles envía a su amigo y teniente Patroclo para pedir nuevas del herido Macaón en la tienda de Néstor, quien le aconseja que, puesto

que Aquiles se niega a combatir, permita que Patroclo salga con los mirmidones al campo, revistiendo los arreos de Aquiles para atemorizar a los enemigos. De regreso a sus barracas, Patroclo se detiene a atender a Eurípilo, otro combatiente maltrecho.

RAPSODIA XII. *Lucha junto al muro*. Los troyanos logran replegar a los aqueos, según la promesa de Zeus a Tetis al comienzo del poema. Los aqueos se encierran tras el muro que han levantado en la rapsodia VII. Los troyanos, en cinco poderosas columnas, llegan hasta el muro, y son dueños del campo ("Ticomaquia").

RAPSODIA XIII. *Lucha junto a las naves*. El empujón de los troyanos repliega a los aqueos hasta la misma playa, donde las naves son su última línea defensiva. Alentados por Posidón en disfraz humano, los aqueos, en un contra-ataque desesperado, logran detener a sus perseguidores. El cretense Idomeneo y Áyax Telamonio, en una verdadera aristía o apogeo hazañoso, atajan a Héctor. Otras hazañas: Deífobo, Eneas, Antíloco, Menelao.

RAPSODIA XIV. *Ardid de Hera*. Agamemnón, atemorizado, plantea el desistimiento del sitio y, como de costumbre, lo rebate Diomedes. Hera, divina hembra de sacras cóleras y caprichosos arrebatos, resuelve amparar a los aqueos. Ungida y perfumada, ataviada con sus mejores lujos, ceñida con ese famoso e irresistible cinturón de Afrodita, seduce a Zeus. Éste, ofuscado, incurre entonces en ese error de masculina

jactancia que los helenistas llaman “el incidente de Leporello” (alusión al criado de ‘Don Giovanni’ en Mozart y de ‘Don Juan’ en El libertino, de Shadwell) y, para declarar su amor a la diosa, la compara y pone por encima de todas las hembras que antes ha seducido. Día la que después será esposa de Ixión; Dánae, madre de Perseo; Europa, la hija de Fénix; Semele, madre de Díóniso; Alcmena, madre de Hércules; Latona, madre de Ártemis y Apolo... Al fin Zeus se adormece en brazos de Hera (Dios *apátee*, el despego de Dios) y ella hace que el marítimo Posidón ayude entretanto a los aqueos, que al fin rechazan a los troyanos. Héctor, herido de una pedrada por Áyax, retrocede de mala gana. ¿Por qué ha sido necesario adormecer a Zeus para lograr alguna ventaja de los aqueos? Porque Zeus, en la rapsodia I, ha ofrecido a Tetis, para vengar a Aquiles, hijo de la Nereida, agraviado por Agamemnon, permitir los progresos de las fuerzas troyanas a fin de que mejor se sienta la falta que hace Aquiles entre los aqueos. Y esta promesa de Zeus, que simplemente retarda el inevitable derrumbe final de Troya, decretado por el destino, aún no cesa en sus efectos.

RAPSODIA XV. *Ofensiva hacia las naves*. Desde este canto hasta el XIX se desenvuelven los episodios en torno a Patroclo, el segundo de Aquiles, o “La Patroclea”. La suerte estaba indecisa. Pero Zeus despierta de su sueño. Enfurecido, ordena a Posidón que se retire del campo y manda a Apolo en ayuda de los troyanos. Héctor ya recuperado ataca con redoblado denuedo a los aqueos. En tanto, Áyax defiende bravamente las naves y salta de una en otra

como el acróbata de uno en otro caballo. Patroclo, que salió al campo para recoger noticias en la rapsodia XI, vuelve a la tienda de Aquiles dispuesto a convencerlo de que abandone su “aislacionismo”.

RAPSODIA XVI. *Muerte de Patroclo*. Patroclo obtiene permiso de Aquiles para concurrir al combate con algunos de sus hombres, usando, además, la armadura del propio Aquiles, con lo que se espantan los troyanos suponiendo que es el propio jefe de los mirmidones. Los troyanos han comenzado a incendiar las naves aqueas, cuando Patroclo logra limpiar el campo y libertar la zona ocupada por los suyos; pero se aleja demasiado, y aunque da muerte a Sarpedón, Apolo, invisible, lo aturde de un golpe en la espalda, Euforbo lo hiere y Héctor logra darle muerte. El combate en torno al cuerpo de Sarpedón anuncia el que ha de librarse poco después en torno al cuerpo de Patroclo.

RAPSODIA XVII. *Aristía de Menelao*. En torno al cuerpo de Patroclo, sobreviene una furiosa pelea, en que Héctor choca otra vez con Áyax y en que descuella Menelao por su bravura. Los aqueos recobran el cadáver de Patroclo, pero Héctor lo ha despojado antes de sus armas, las armas de Aquiles, con que él mismo se reviste para seguir el combate. Patroclo había llegado al combate en el carro de Aquiles. Los caballos, que son inmortales, lloran de dolor al verlo muerto.

RAPSODIA XVIII. *Las armas de Aquiles*. Estalla por segunda vez la pasión de Aquiles, y esta vez al saber la

muerte de Patroclo. Su madre Tetis y un coro de Nereidas acuden a consolarlo. Decide al fin volver al combate, con el ánimo de vengar la muerte de su amigo. Desde lejos, contempla el campo y lanza un tremendo alarido de ira que espanta a los troyanos. Como sus armas, que Patroclo había revestido, han quedado en manos de Héctor, Tetis hace que el dios herrero, Hefesto, fabrique para él una nueva armadura. La descripción del escudo que éste hace para Aquiles es una noble pieza, cuyos motivos labrados representan la vida y los usos del pueblo aqueo. Modelo de toda literatura ulterior sobre objetos de arte imaginarios, inspirará el poema hesiódico del *Escudo de Hércules* y, en la decadencia de las letras griegas, a través de los íconos o pinturas fingidas de los Filóstratos, proporcionará uno de los elementos que contribuyan al nacimiento de la novela. Los restos de Patroclo vuelven a manos de Aquiles.

RAPSODIA XIX. “Catástrofe” o vuelco de pasiones. Poseído de la sed de venganza, Aquiles acepta el reconciliarse con Agamemnon. Briseida vuelve a la tienda de Aquiles y llora sobre el cadáver de Patroclo. Aquiles reviste su nueva armadura, sube al carro y habla a sus caballos divinos, Janto y Balio (Bayo y Tordillo). El primero, dotado un instante de habla por especial merced de Hera, culpa a Apolo del robo de las anteriores armas de Aquiles, que Patroclo llevaba consigo y han pasado en manos de Héctor, y añade: “Por hoy, te salvaremos, pero sábetes que los dioses apresuran ya el día de tu muerte.” Nótese: a) que ya Tetis ha prevenido a su hijo Aquiles de que, volver al combate, significará su muerte; b) que, aunque

Aquiles está ansioso por volver sin más a la pelea, Odiseo recuerda que es indispensable (según el honor tradicional) reconciliarse antes formalmente y aceptar el pago ofrecido por Agamemnon. Agamemnon ofrece una disculpa pública, declarando que cometió una injusticia, cegado por una mala pasión (*ate*); c) que, como Aquiles se niega a comer por su estado de dolor y pasión, Tetis lo alimenta echando en su seno néctar y ambrosía.

RAPSODIA XX. “La Aquileida” o reaparición de Aquiles en el combate ocupa de los cantos XX a XXIV. Aquí empieza la cuarta gran batalla, en que se mezclan hombres y dioses, aunque éstos pronto se retiran. Aquiles, azote de muerte para los troyanos, a quienes barre a su paso, está a punto de quitar la vida a Eneas, pero Posidón lo rescata. (Gracias a lo cual, poseemos la *Eneida* de Virgilio, poema que no hubiera existido si la epopeya homérica hace morir a Eneas en este punto.)

RAPSODIA XXI. a) *Los elementos*. Aquiles extermina huestes enteras de troyanos y da muerte a varios personajes eminentes, entre largos discursos genealógicos que son el deleite de los comentaristas. Los elementos mismos participan en la lucha. El río Escamandro o Janto, ayudado por el Simois, se hincha y desborda para estorbar el paso de Aquiles y permitir la huida de algunos troyanos. Pero el fuego de Hefesto cae entonces sobre el río y hace hervir y evaporar las aguas. La lucha de los elementos compromete nuevamente a los dioses, que otra vez bajan a probar sus armas. b) *Teomaquia*, ópera bufa, combate entre los dioses, de marcado sabor cómico, parangón del

pasaje sobre “los amores de Ares y Afrodita” en la *Odisea*. Atenea derriba a Ares de una pedrada. Y cuando Afrodita, sintiéndose guerrera (lo que por lo demás corresponde a cierta tradición muy vetusta y ya borrosa en *La Iliada*) va a proteger a Ares, Atenea le aplica un formidable golpe en el plexo solar y la deja desfallecida. Entretanto, la madre Hera tira de las orejas a Ártemis, y Posidón y Apolo se contentan con lanzarse denuestos. Tras el majestuoso descenso de los dioses a la tierra en la rapsodia XX, este fragmento resulta débil, y acaso sea una interpolación.

RAPSODIA XXII. *Muerte de Héctor*. Todos los troyanos, menos Héctor, han huido de Aquiles. Desde lo alto de las murallas de Ilión, Príamo y Hécuba ruegan a su hijo Héctor que no se enfrente con Aquiles. Héctor los desoye y espera a su enemigo a pie firme. Pero de pronto, al verlo acercarse, poseído de un pavor súbito, echa a correr, sin percatarse de que se han cerrado tras él las puertas de la ciudad troyana. Aquiles lo persigue, “Aquiles de los pies ligeros”, y Apolo lo ayuda hasta donde puede, concediéndole también gran agilidad en la carrera. Uno tras otro, dan tres vueltas en torno a la ciudadela, y Aquiles logra cortar a Héctor la retirada. Héctor se ve obligado así a aceptar el combate, engañado además por Atenea, que se le acerca fingiendo la forma de Deífobe, el hermano de Héctor, y ofreciéndose a protegerlo. Cuando Héctor ve que Aquiles, tras de fallarle el primer golpe con la lanza arrojadiza, tiene otra vez la lanza en la mano, comprende que los dioses están de por medio y sabe que lo espera la muerte. En efecto, cae a manos de Aquiles, atravesado por el cuello, y como aún puede

hablar, en vano le ruega que devuelva su cadáver a los suyos para recibir las honras fúnebres indispensables a su eterno descanso. “No hay tratos con un león le dice el enfurecido Aquiles. Tú y yo no tenemos ni el derecho de amarnos.” Después, arrastra en su carro el cadáver de Héctor, mientras en Troya se alzan los lamentos desesperados.

RAPSODIA XXIII. *Funerales de Patroclo*. Aquiles celebra estos funerales con sacrificios de doce animales y doce prisioneros troyanos (único caso de sacrificio humano en *La Iliada*), para que sirvan de cortejo a Patroclo, y entrega su cabellera a la pira de su amigo. Organiza además unos verdaderos concursos atléticos con carreras a pie y en carro, combate de guantelete, concurso de arco y jabalina, modelo para los futuros Juegos Olímpicos. Estas celebraciones han sido reclamadas a Aquiles por el espectro de Patroclo, que se le aparece en sueños para pedirle que le rinda los tributos debidos: único atisbo en *La Iliada* de una supervivencia más que fantasmal de los muertos, y rasgo que se considera como “pegado” a la persona de Aquiles por ser éste un tésalo algo rudo, que aún conserva supersticiones impropias de los demás nobles helénicos.

RAPSODIA XXIV. *Rescate de Héctor*. Aquiles, que ha ultrajado el cadáver de Héctor arrastrándolo en su carro tres veces en torno a la pira de Patroclo, continúa haciéndolo en los días sucesivos, presa de una rabiosa locura. Pero el cadáver de Héctor se conserva incólume por voluntad de los dioses y cuidados que estos le administran, tácita protesta contra la iracundia

del héroe. El viejo Príamo, lloroso y nocturno, conducido por el propio Hermes que acude, disfrazado, en su ayuda (Hermes es el mensajero general, e Iris sólo puede atender de día los mensajes divinos, viajando a través del arco-iris), afronta los riesgos y se atreve, entre las tiendas de los aqueos, hasta la barraca de Aquiles, a quien ruega que le devuelva los restos de su hijo Héctor. Aquiles que, al verlo aparecer, da un salto de animal sorprendido, lo recibe honrosamente, llora con él, sintiendo que ambos son víctimas y juguetes de un duro destino, ordena que se le entregue el cadáver de Héctor, limpio y perfumado, y decreta doce días más de tregua (lo que hará trece, pues los griegos comienzan a contar el día desde el ocaso), para dar tiempo a las honras fúnebres de los troyanos. El poema acaba con las exequias de Héctor en Ilión y las lamentaciones de Andrómaca, Hécuba y Helena.

Como se ve, *La Iliada* reposa sobre las siguientes bases: la rapsodia I, que determina la acción del poema; la IX, en que Aquiles, hasta aquí justificado, comienza a equivocar su conducta, dando lugar al choque trágico o conflicto entre dos energías: ni es del todo vituperable, ni es ya del todo simpático; en la rapsodia XVI, la testarudez de Aquiles provoca indirectamente su propio castigo; y en la rapsodia XXII acontece la verdadera catástrofe. Otras partes del poema desempeñan diferentes funciones: la rapsodia III, mantiene la suspensión, ofreciendo un posible escape a las desgracias que han de venir; la visita de Héctor a Ilión es un mero episodio que enriquece el conjunto; la X complementa la acción,

disipando con una hazaña la atmósfera de "derrotismo" entre los aqueos; la XXIII nos proporciona brillantes retratos de los varios capitanes griegos, su temperamento y su conducta fuera de los instantes agudos del combate o el consejo de guerra; y la XXIV ofrece un precioso contraste entre la locura colérica de Aquiles y la magnanimidad de que es capaz cuando "revienta el absceso patético".

V

Los homeristas advierten ciertos ritmos y simetrías numéricas en el poema, acaso meras curiosidades, pero esta minuciosidad analítica es un efecto plausible de la verdadera afición.

Ya sabemos que entre el rapto de Helena y el ataque a Troya pasaron diez años. Otros diez durará el asedio de Troya, y diez más el regreso de Odiseo a su reino de Ítaca. Estas alternancias parecen recursos de buena economía en el aprovechamiento que el poema hace de la saga tradicional.

Además del ritmo decenario, se advierte con facilidad un ritmo terciario: tres vueltas del perseguidor y el perseguido en torno a la ciudadela fortificada de Troya; tres vueltas diarias del carro de Aquiles, que arrastra el cadáver de Héctor en torno a la pira fúnebre de Patroclo.

Estos dos ritmos (10 y 3) se combinan con el ritmo de trece: Diez días dura la peste e incineración de cadáveres aqueos que preceden a la primera asamblea; trece días siguen a esta asamblea, durante los cuales Aquiles se encierra en su tienda con Patroclo, ya entregado a rumiar su cólera contra Agamemnon, ya a cantar "hazañas de los hombres" (epopeyas, cantares de gesta). Durante trece días, Aquiles arrastra el cadáver de Héctor en torno al túmulo de Patroclo. Tras la devolución del cuerpo de Héctor, los muertos troyanos arden durante trece días, la tregua decretada por Aquiles.

Hay seis días intermedios (o sea dos veces tres), de los cuales el primero y el segundo son como preparaciones, y en el tercero hay dos duelos. Después vienen tres días de combate, seguidos por la muerte de Patroclo. Los viejos comentaristas se divertían en comparar esta sucesión de episodios con las diversas partes de un templo. Pero no conviene que los sigamos en sus excesos. Estos juegos aritméticos podrían multiplicarse y nos llevarían a ver en el poema más de lo que él contiene y más de lo que le hacía falta.

No sería justo, en cambio, que nos despidiésemos de *La Iliada* sin observar algunas peculiaridades del arte homérico. Es muy de notar y se lo nota con satisfacción que, aunque los troyanos son los enemigos, Homero es perfectamente cortés para con ellos, y no incurre en ramplonerías pasionales. Nos los pinta siempre caballerosos; en verdad, más que a los aqueos muchas veces. Algo semejante se advierte en Safo y en Eurípides. ¿Premeditado acierto estético, recurso para

no quitar emoción a la lucha, mostrando por ejemplo, una superioridad excesiva en uno de los bandos? ¿Fácil nobleza para el adversario derrotado, de quien además nos separan ya varios siglos? ¿O vaga nostalgia por el pasado de aquella región y por sus hombres heroicos, nostalgia que se comunicó a las islas del litoral asiático, donde Homero entona su canto? Hay quien piense que la dignificación de Héctor odioso en alguna anterior versión de la epopeya es el efecto de sucesivos retoques; y hay quien considere, con razón, como una de las maravillas del poema el hacernos simpatizar con Héctor fugitivo, con Aquiles cruel y Helena adúltera, sin por eso perder de vista un solo instante los ideales de valor, piedad y castidad. Otra maravilla no menor es la buena economía que, como lo recomienda Aristóteles, sólo ha querido aprovechar una sola beta en aquel enredo de actos y episodios: la cólera de Aquiles (contra Agamemnon, contra Héctor) y sus consecuencias; ni toda la historia de la guerra troyana, ni tampoco una "Aquileida" completa: cincuenta y un días en el décimo año de la guerra. De Aquiles sólo averiguamos lo esencial para apreciar su estado de ánimo y los efectos de sus pasiones, como en una fábula moral. *La Iliada* ni siquiera nos lleva a la caída de Troya.

La mayor parte del poema transcurre en ausencia del héroe, y el arte vigoroso de Homero logra, con todo, mantener a Aquiles siempre presente en nuestra conciencia: nube de tempestad, perpetua amenaza. Las digresiones que amenizan y sazonan el poema están siempre presentadas y conducidas con tino singular, como antecedentes, comentarios, o futuras

consecuencias de la acción general. Salvo leves y contadísimas excepciones, en que parece exigirlo así la misma enormidad de los errores humanos que el poeta refiere, éste se oculta detrás de sus figuras, apenas habla por cuenta propia, y cumple así la regla épica de objetivación, convencido tal vez de que los señores que lo alquilan para recitar nada quieren saber de él, sino de los héroes que canta. Procede, así, conforme a una técnica ya dramática: deja que los personajes se pinten solos con sus palabras y sus actos. Mucho se ha dicho, mucho queda todavía por decir sobre Homero, y mucho hay que aprender siempre en sus poemas.

PRÓLOGO

NO LEO la lengua de Homero; la descifro apenas. "Aunque entiendo poco griego" -como dice Góngora en su romance -, un poco más entiendo de Grecia. No ofrezco un traslado de palabra a palabra, sino de concepto a concepto, ajustándome al documento original y conservando las expresiones literales que deben conservarse, sea por su valor histórico, sea por su valor estético. Me consiento alguna variación en los epítetos, cierta economía en los adjetivos superabundantes; castellanizo las locuciones en que es lícito intentarlo. Hasta conservo algunas reiteraciones del sujeto, características de Homero, y muy explicables por tratarse de un poema destinado a la fugaz recitación pública y no a la lectura solitaria. Pero adelanté con cuidado y prudencia, sin anacronismos, sin deslealtades. La fidelidad ha de ser de obra y no de palabra. En su versión perdida del debate *Por la corona*, decía Cicerón: "No creí necesario traducir palabra por palabra, pero conservé el valor y la fuerza de todas ellas: no las conté, sino las pesé." Una simple comparación entre mi texto y las traducciones corrientes explicaría por sí sola mi propósito. Si no para fines lingüísticos, mi Homero podrá ser citado sin peligro para todo objeto literario, filosófico e histórico. El que quiera la traducción del filólogo sabe dónde buscarla. Abundan los libros de esta índole, y son excelentes. Pero ellos importan y convienen al estudiante de gramática griega, no al lector, a quien decididamente ahuyentan y fatigan. Y malo, muy malo, si se cae en la manía etimológica, que ya está dando resultados funestos y falsea la

representación que los mismos griegos tenían de sus vocablos; pues nadie, en los pueblos civilizados, habla ni piensa según las etimologías; nadie se pone a la sombra de una semilla, sino de un árbol. A lo mejor esa "Atenea de ojos de lechuza" es sólo una traducción a medias, como lo sería traducir del alemán -digamos- "peso por dentro" y "peso por fuera", en vez de "impresión" y "expresión".

Butcher y Lang, autoridades en el caso, confiesan que las modernas versiones en prosa, hijas de laboriosa erudición y alimentadas con los resultados de la arqueología, pueden dar la verdad histórica de Homero, no su verdad poética. Y en cuanto a las traducciones castellanas en verso, fácilmente se comprenderá mi deseo de intentar otra más a mi gusto, más cercana a los lectores de hoy, y que tampoco sea una paráfrasis, sino una traducción verdadera, e informada en el presente estado de los estudios homéricos. El empeño nació ante la necesidad de contar con un texto apropiado para un curso sobre la unidad artística de la *Iliada* en El Colegio Nacional, y a esto se reducen mis pretensiones.

Se ofrecen muchas dudas y no pocas incertidumbres. No en vano nuestro poema arranca de hace casi treinta siglos, fue compuesto en un dialecto literario y artificial que nunca se habló propiamente; fue transmitido en forma oral, sufrió interpolaciones y variantes, y fue fijado tardíamente. Su mismo autor a veces parece legendario, a veces quiere partirse en dos -uno para la *Iliada*, otro para la *Odisea*-, y a veces se nos deshace en la onda de un clamor colectivo: las

famosas "ráfagas wolfianas". Ante tales dudas e incertidumbres, me he aconsejado, al tiempo de compulsar el poema, de cuantos comentarios y traducciones sabias tuve a mi alcance. A estas autoridades y modelos lo debo todo, salvo la elaboración personal.

Puestos al verso, ¿por qué no el hexámetro? En las dimensiones del poema, temí que ya nadie lo soportara; aparte de que sería una traducción chapucera, bárbara, de la antigua cantidad silábica al acento rítmico moderno. En poemas cortos y en obra propia, me lo he consentido aquí y allá, siguiendo, entre otros, a Villegas, a Carducci, a Caro, a Darío. Con la *Iliada* no me asistía igual derecho. Prescindi del endecasílabo, bridón de nuestra "epopeya culta". Y me pasé al alejandrino -en cierto modo, lo más semejante al hexámetro-, que me daba un molde más amplio que el endecasílabo y cuya prosapia medieval consta en el *Mío Cid* y en el "mester de clerecía".

El primer pecado de las versiones modernas es el abuso del espacio. Y se explica: transportar el verso homérico a las lenguas vivas es más difícil que encerrar al genio en la botella. Aunque el castellano posee singulares elasticidades sintácticas, riqueza léxica y vigor expresivo difícilmente superables, carece de ese tesoro de monosílabos que tanto aligera la lengua imperial de nuestros días; y como los demás romances, se resiste un poco a los compuestos. Ambas condiciones hubieran sido preciosas para la traducción homérica. Y aun el inglés mismo, enfrentado con los versos griegos, queda en mala postura. Winnington-

Ingram, en su reciente monografía sobre *Eurípides and Dionysus*, necesita una página entera para diez versos de *Las Bacantes*. Y véanse las contorsiones de A. T. Murray en la *Iliada* de la Biblioteca Loeb. Hice, pues, lo que pude, y acaso me fue mejor que a muchos. Ganando y perdiendo, he volcado al fin 5 691 hexámetros griegos en 5 763 alejandrinos castellanos: un déficit de 72 versos en total.

Llegué a traducir, en alejandrinos sin rima, casi las dos primeras rapsodias, cerca de 1 400 versos. Después -no sé si dejándome llevar por el ejemplo de Lugones en sus fragmentos homéricos- pensé que la rima cunaba la atención y ayudaba a la lectura, y lo rehice todo. A veces, usé la rima interior y de hemistiquio, para no alargar ociosamente tal o cual verso, por el afán de dar alcance a la consonancia al cabo de las catorce sílabas. Y desde luego, en cerca de seis mil versos, me creí autorizado a usar con frecuencia las rimas fáciles o pobres, y a introducir una que otra asonancia cabal o aproximada, sin lo cual la empresa hubiera sido inabarcable y la lengua se me hubiera agotado. Ciertas reiteraciones, aunque me facilitaban la tarea, no significaban necesariamente un ahorro de esfuerzo: corresponden por mucho a las repeticiones y muletillas -quién sabe si, a veces, dotadas de sentido religioso o ritual- que Homero empleaba, como las emplean los payadores. Me asombro yo mismo de que puedan pintarse tantas situaciones diferentes con tantas palabras iguales.

Pero recuérdese que la antigüedad siempre usó el verso blanco o sin rima y, al revés de lo que ahora

sucede sólo se consintieron algunas rimas en la prosa. Muy bien podrá ser que, si tengo tiempo de seguir el trabajo, opte en las rapsodias sucesivas por el verso sin rima, o al menos, sin rima obligatoria.

Entre tanto, al convertir la primera versión a la que ahora presento, creo haber logrado todavía mayor apego al original y un fraseo más ágil. Acaso la ninfa Eco señalaba la senda: no puedo explicarlo mejor. Cierta justicia matemática me iba permitiendo acomodar las unidades poéticas del verso griego al verso castellano. Al fin y a la postre hay, entre ambas lenguas, una relación de orbe cultural, y nuestra mente sigue corriendo por el cauce de la mente griega. La función mnemotécnica y respiratoria de estos y de aquellos versos viene a ser la misma.

No me preocupó el problema onomástico, no seguí una regla uniforme. Ya por respeto a la tradición o por razones de gusto, dejé a algunos personajes el nombre de evolución latina; para otros, adopté la forma griega, que de tiempo a esta parte ha comenzado a preferirse. La prueba de la rapsodia II resultó singularmente dura. Aquella enumeración de pueblos, capitanes y barcos obliga al traductor a verdaderos extremos de humildad, y acaso impaciente un poco al que no sea un buen catador y no sepa gustar del solo rumor de los vocablos. Horacio (*Sátiras*, I, V) omite el nombre de una aldea por que no logra acomodarlo en sus números. Considérese lo que cuesta sujetar a rima y versos castellanos tan abundantes nombres homéricos.

Me atreví con ese hispido sublime que de cuando en cuando deja sentir el poema. Entre el fragor de los combates, se llaman al pan, pan, y al vino, vino. La “doliente viuda” no vale lo que “la viuda de rostro rasguñado”; ni “el alma dolorida” vale “el velludo pecho”; ni “la arañada cutis”, que alguien dijo, vale “la nalga atravesada”. ¡Estética del *cilantro* todo ello!

Quiera el desocupado lector con benevolencia este ensayo y no pretenda leer el poema de un aliento. Tamaña extensión, y aun la velocidad del flujo narrativo, aconsejan beberlo a sorbos, como un licor violento. Para lo cual, siguiendo la moderna práctica, se lo ha dividido en breves escenas, aun a trueque de tener que buscar la rima, una que otra vez, entre un final y un comienzo. (Ejemplos: III, 383:385; IV, 220:221, y 420:422.)

Respecto a la autoría de *La Iliada*, carácter y texto del poema, la doctrina más sana y más nueva puede resumirse así:

- 1) Hay un poeta, un Homero, que responde de la asombrosa unidad artística de la obra, de su creciente arrastre patético y de su alto sentido moral.
- 2) Este poeta trabaja sobre leyendas de larga tradición, muy difundidas y aun a caso elaboradas por sus predecesores en poemas más breves.
- 3) Los hechos reales e imaginarios que narra la *Iliada* son anteriores a Homero en varios siglos. De las nueve Troyas superpuestas que se han descubierto, la sexta

parece corresponder a la *Iliada* y se supone destruida entre 1194 y 1184 a. c. Algunos sospechan que Homero funde en un solo episodio la destrucción de la sexta Troya y el incendio de la segunda Troya, acaecido por el año 2 000 a. c. Homero es situado entre los siglos IX y VII a. c.

4) Homero aprovecha a su modo los asuntos hereditarios, los dispone y compone, repite sin duda tal o cual frase o fórmula consagrada o celebrada, e inventa, en general, los símiles que no corresponden a la era micénica, a la era de la guerra troyana, sino a su propia época. No es, pues, un mero compilador, sino que ofrece una nueva redacción poética.

5) Homero escoge, en el conjunto de los temas que acarrea la saga, uno solo: la cólera de Aquiles y sus consecuencias. Ni toda la historia de la guerra troyana, ni tampoco una “Aquileida” completa. Cincuenta y un días en el décimo año de la guerra. De Aquiles sólo averiguamos lo esencial para apreciar su estado de ánimo y los efectos de su pasión. La mayor parte del poema transcurre en ausencia del héroe, y el poeta lo mantiene presente, como una constante amenaza, mediante una serie de alusiones. *La Iliada* acaba con los funerales de Héctor, y no nos lleva hasta la caída de Troya.

6) El poeta añade, por su cuenta, algunos incidentes que reserva como sorpresa a sus auditorios y a sus patrones.

7) Añade asimismo algunos elementos de interpretación. No en modo discursivo, no hablando por sí, pero a través de las mismas acciones que nos relata.

8) Añade, también, algunos caracteres, cuidándose entonces de describirlos o explicarlos sumariamente; a diferencia de lo que hace para los personajes ya conocidos, que son objeto de una simple mención.

9) Por otra parte, procura sazonar la obra con relatos digresivos, evocaciones y recuerdos de otras leyendas ajenas a su tema, como para ensanchar el espacio y el tiempo, envolviendo en imágenes lejanas el limitado escenario de *La Iliada*. Y lo hace con singular tino, ya insertando estas digresiones como antecedentes o futuras consecuencias de su acción principal, ya trayéndolas al caso con aleccionamientos o ejemplos, etc. Las constantes reminiscencias de Néstor son garrulerías de viejo que ayudan a completar su retrato.

10) Salvo leves y contadísimas excepciones, en que parece exigirlo así la misma enormidad de los errores humanos que el poeta refiere, éste se oculta detrás de sus figuras, cumpliendo fielmente la regla épica de objetivación, como convencido de que los señores que lo alquilan para recitar nada quieren saber de él, sino de los héroes que canta.

11) Procede, además, conforme a una técnica ya dramática: deja que los personajes se pinten solos con sus palabras y sus actos.

12) El poema está redactado en un dialecto "prejónico", mezclado de eolio, ático, etc., con adjetivos compuestos acaso inventados; obra todo de una tradición poética que Homero viene a coronar, como lo hizo Shakespeare para el inglés isabelino. Hay formas vetustas y prehelénicas que los mismos homeristas alejandrinos no lograron ya descifrar.

13) El poema fue redactado para la recitación, que acaso se hacía con un ligero sonsonete, sin llegar al canto, y se puntuaba con una especie de batuta.

14) *La Iliada*, a lo largo de las recitaciones seculares, ha sufrido algunas adaptaciones de oportunidad, algunas adulteraciones voluntarias e involuntarias, e interpolaciones de mayor o menor bulto.

15) La versión canónica de *La Iliada*, fijada siglos después por los críticos alejandrinos, no difiere en nada esencial del texto que hoy se acepta. A él corresponden también con exactitud los motivos tomados a *La Iliada* por los pintores de vasos griegos.

A.R.

Cuernavaca, noviembre de 1949.

I

LA PESTE Y LA CÓLERA

El asunto de La Iliada es un episodio de la guerra de Troya: la riña entre Agamemnon, jefe supremo del ejército sitiador, y Aquiles, el más afamado de los guerreros que militan a sus órdenes. El ejército acampa en la costa, por las cercanías de Troya. El sitio lleva más de nueve años. Varias ciudades troyanas han caído, pero la capital sigue resistiendo. 1. Preludio: El poeta anuncia su asunto. 2. La peste: Antecedentes que condujeron a la desastrosa escisión entre los dos jefes. 3. La disputa: Ambos jefes disputan a presencia del ágora y se separan. Aquiles abandona el combate. 4. Aquiles ofendido: Agamemnon le arrebató a Briseida. Aquiles se queja con su madre, la diosa marina Tetis. 5. Criseida a Crisa: Agamemnon restituye a Criseida a su padre, el sacerdote Crises, de Crisa. Intervalo de doce días. 6. En el Olimpo: Imploración de Tetis para que Zeus consienta algunos reveses de los aqueos. Escena entre Zeus, Hera y Hefesto.

1. PRELUDIO

CANTA, diosa, la cólera de Aquiles el Pelida,
 funesta a los aqueos, haz de calamidades,
 que tantas fieras almas de guerreros dio al Hades,
 y a los perros y aves el pasto de su vida
 5 --en tanto que de Zeus las altas voluntades
 iban adelantando por su propio camino--
 desde que la disputa enemistó al Atrida,
 príncipe de los hombres, y a Aquiles el divino.

2. LA PESTE

¿QUÉ DIOS pudo mezclarlos en tan atroz contienda?

10 El hijo de Latona y del Cronión que, airado,
lanzó por los ejércitos una peste tremenda.

Y morían los hombres, por haber ultrajado
al sacerdote Crises el poderoso Atrida.

Pronto a dar un tesoro por su hija redimida,

15 Crises llegó a las flotas y al campamento aqueo,
y al cetro de oro atadas las ínfulas de Apolo
el Flechero, a las huestes no imploraba tan sólo,
sino a los dos caudillos, los vástagos de Atreo:

--Atridas, y soldados de las lucientes grebas:

20 Así os den los Olímpicos rendir la altiva plaza
de Príamo y tomar sin duelo a vuestras casas,
que me deis a mi hija contra el rescate, en prueba
de sumisión a Apolo, el que de lejos caza.

A voces los aqueos lo dan por otorgado,

25 honrando al sacerdote y ansiosos del rescate;
mas impedir no logran que Agamemnón maltrate
a Crises y lo aleje con ademán airado:

--¡Que no te encuentre, viejo, rondando nuestros
barcos,

ni quieras insistir ni tantear tu suerte,

30 que el cetro ni las ínfulas del dios han de valerte!
¡No te la doy! Pues antes, en mi mansión de Argos,
haciéndome la cama, labrando en el telar,
habrá de envejecer ausente de su hogar.
¡Y vete sano y salvo, no sea que me irrite!

35 Amedrentado el viejo se va por la ribera
de la mar estruendosa, y a solas considera
cómo, en sus oraciones, merecer el desquite
del hijo de Latona, la de alma cabellera:

---¡Dios del arco de plata que proteges a Crisa

40 y a Cila, sacro albergue, y en Ténedos gobiernas!
Si mi mano sumisa te ha ofrecido sagrarios
donde de toro y cabro asaba pingües piernas,
ay Esminteo, escúchame y fléchalos de guisa
que así paguen mis lágrimas los dánaos nefarios!

45 Escuchábalo Apolo con ánimo encendido,
y como inmensa noche del Olimpo bajaba.
Repleta aljaba el hombro y el arco apercebido,
a su paso las flechas crujían en la aljaba.
Apostado de lejos, tira sobre los barcos,
50 y un chasquido de plata lanza el temible arco.
Mulos y perros ágiles se revuelcan entonces;
mas luego que las tropas prueban los agrios
bronces,
los humanos despojos se empiezan a hacinar,
y las hogueras fúnebres ardían sin cesar.

3. LA DISPUTA

55 DURANTE nueve días los divinos flechazos
vuelan por el ejército; mas el décimo día
place a la diosa Hera, la de los blancos brazos
---quien el mal del aqueo ansiosa compartía---,
que, por su influjo, Aquiles el de aligeras plantas

60 llame a todos al ágora. Y él dice y se levanta:
 ---Temo, varón de Atrida, que, pronto rechazados,
 desandemos la ruta, si antes a los aqueos
 peste y guerra sumándose no nos dejan postrados.
 Un adivino al punto nos diga, o sacerdote,
 65 o de sueños intérprete -mensajes son de Zeus-,
 el porqué del azote de Apolo, y si hay olvido
 de hecatombes o votos, y si al humo ofrecido
 de corderos y cabras indemnes en su honor
 nos libra de la peste y aplaca su furor.

70 Dice y se sienta, dando sazón para que hable
 el Testórida Calcas, augur incomparable
 que escruta en lo presente, pasado y porvenir,
 y puso a Ilión el rumbo de las aqueas naves
 por la sapiencia infusa de Febo Apolo. En suaves
 75 y medidas palabras les empezó a decir:

--Aquiles caro a Zeus, me invitas a explicarme
 sobre el furor de Apolo, el que de lejos hiere.
 Lo haré siempre que jures y ofrezcas resguardarme
 de palabra y de obra por cuanto yo dijere.

80 Pues temo no ser grato, si cumplo tus deseos,
 a un grande entre los grandes y capitán de aqueos.
 Un rey es mucho émulo para quien lo discuta:
 hoy cela y nutre su ira, mañana la ejecuta.
 Si estás pronto a valerme, dímelo sin rodeos.

85 Y tú, Aquiles de plantas alígeras, replicas:
 --Declara sin empacho tu augurio y cuanto sabes.
 Pues por el sacro Apolo a cuya voz predicas

cada vez que a los dánaos oráculos explicas,
 mientras vean mis ojos la luz, en estas naves
 90 no habrá quien contra ti alce su mano grave,
 si al mismo Agamemnón culpas, hoy tan ufano
 con ser de los aqueos el dueño soberano.
 Cobrando entonces ánimos dijo el vidente impar:
 ---No hay hecatombe omisa ni voto por pagar.
 95 El dios venga la injuria contra su sacerdote:
 le niega el rey la hija y el pago le rechaza,
 y el Cazador Distante al pueblo despedaza,
 y no habrá quien al dánao liberte de su azote
 en tanto la manceba de mirada encendida
 100 sin rescate ni premio no sea redimida
 y devuelta a su padre, y a Crisa la ciudad
 no llevemos la ofrenda que aplaque a la deidad.

Siéntase, y se levanta Agamemnón Atrida,
 el guerrero y el príncipe de fama merecida.

105 Amarga y negra cólera en el seno incubando,
 los ojos clava en Calcas, que estaban llameando
 de torvas intenciones, y da al furor salida:
 ---¡Adivino de males que nunca me anunciabas
 ventura, y sólo en tristes presagios te complaces,
 110 funesto en cuanto dices, funesto en cuanto haces!
 Pues por tus vaticinios ahora mismo acabas
 de advertir a los dánaos que Apolo nos abate
 por que guardo a Criseida y no admito el rescate,
 no extrañes que prefiera a mi mansión llevarla:
 115 Mi esposa Clitemnestra no podría igualarla
 en talle, porte, ingenio, doméstica destreza,
 y si al fin la devuelvo, con ser tan renuente,

será que en más estimo la salud de mi gente.
 Pero buscad entonces alivio a tal crudeza:
 120 si renunció a mi parte, no sería prudente
 que entre todos los dánaos sólo yo contente
 con el despojo a trueque de tamaña largueza.
 Y el aligero Aquiles, de las deidades par:
 ¡Oh Atrida de la fama, codicioso entre todos!
 125 Los aqueos magnánimos ¿qué más te pueden dar?
 No hay tesoros comunes, y el botín es de modo
 que, una vez repartido, ¿quién lo devolvería?
 Abandónale ahora al dios la joven presa,
 que el triple y hasta el cuádruplo te daremos un
 día,
 130 si Zeus nos otorga rendir la fortaleza
 de Troya y las murallas con que nos desafía.

Y el rey Agamemnon le dice:

-- Bravo Aquiles,
 aunque tan arrojado, de las deidades par,
 no esperes engañarme con palabras sutiles.
 135 ¿Quieres, para mejor tu prenda conservar,
 que yo ceda la mía? ¡Empeño singular!
 Si otra que a mi juicio se le iguale me entregan
 los aqueos magnánimos, tal vez.. Si me la niegan,
 la tuya, la de Áyax o la de Odiseo,
 140 pese al furor del amo, cumplirá mi deseo.
 Quede para más tarde; pues lo que urge ahora
 es echar la embreada nave a la mar sonora.
 Júntese de remeros una escuadra escogida,
 y transporten a bordo la hecatombe ofrecida,
 145 y a la linda Criseida; y vaya Idomeneo

o Áyax por capitán, o el divino Odiseo,
 o tú mismo, portento de los hombres, Pelida,
 para que de tu mano prestado el sacrificio,
 se aplaque el dios Arquero y nos sea propicio.
 150 Y Aquiles el de pies ligeros, con sombría
 y torva faz estaba mirándolo y decía:
 -¡Oh codicia, oh descaro! ¡No sé cómo te
 escuchan
 las tropas que conduces y a tus órdenes luchan!
 Porque, en suma, los teucros no me debían nada,
 155 ni de ellos reclamo vaca o yegua robada
 o cosechas de Ftía, fértil nutriz de gentes:
 Nos alejan umbríos montes y el mar sonoro.
 Mas por ti, el engreído, quisimos complacientes
 brindar a Menelao desquite en su decoro,
 160 plegándonos -¡oh cara de perro!- a tus deseos.
 Ándate, pues, con tiento y nunca me amenaces
 con quitarme la honra que me dan los aqueos
 ni el pago merecido. Mira bien lo que haces.
 Nunca alcancé botín como el que tú te aplicas
 165 cuando arrasamos pueblos troyanos con las picas.
 Bien sabes que mis brazos son el duro sustento
 de la guerra, y el premio mejor tú lo acarreas,
 y yo torno a mis naves mal pagado y contento
 tras de haberme cansado en ásperas peleas.
 170 De esta vez vuelvo a Ftía, que con mucho prefiero
 zarpar rumbo a la patria en mi corvo velero,
 a servir tu soberbia, y no hay gloria ninguna
 en que a mi costa medres y acrezcas tu fortuna.

Y el rey Agamemnón contesta a su porfía :

- 175 ---Huye si es tal tu ánimo, haz de mí caso omiso;
 conmigo quedan otros para honra y compañía,
 comenzando por Zeus, señor de todo aviso.
 Te odio más que a los príncipes todos que él que
 norma y guía,
 pendenciero a quien sólo la vil disputa sacia.
 180 Tu intrepidez no es mérito, sino divina gracia.
 Junta tu gente y barcos, manda en tus
 mirmidones,
 y noramala vete, que juzgo que ya tardas.
 Me río de tu encono y tus acusaciones.
 En una nave mía y a cargo de mis guardas
 185 enviaré, pues lo pide Febo Apolo, a Criseida.
 Más te prevengo: iré yo mismo a tu barraca
 por tu esclava de lindo rostro, por tu Briseida
 ¡Que aprendas lo que medra quien mi poder ataca
 y nadie más arroje a hombrearse conmigo!
 190 Al oírlo el Pelida, de gran congoja presa,
 dentro del velludo pecho dos términos sopesa:
 si echar mano del bronce que al muslo trae
 consigo
 y acabar la asamblea dando muerte al Atrida,
 o bien domar su ímpetu, la cólera frenando.
 195 Entre tales designios su mente repartida,
 y cuando ya su bronce iba desenvainando...
 ¡Atenea que baja del cielo! (Hera la envía,
 diosa de brazos cándidos que a entrambos
 protegía.)
 Sólo a él manifiesta, se le acerca en el acto
 200 lo ase y embrida por la melena blanca.

- Aquiles, conociéndola, se vuelve estupefacto.
 Centellea en sus ojos una mirada honda
 y le dice con voz alada y conmovida:
 -¿A qué vuelves, oh hija del Sumo Porta - Égida?
 205 ¿A ver cómo me ultraja Agamemnón Atrida?
 Pues oye que te aviso de tu cercana pérdida:
 su misma desmesura le costará la vida.

 Y Atenea, la diosa de ojos de lechuza:
 --Bajé del cielo para calmarte, si obedeces,
 210 de Hera la Brazos Cándidos atendiendo a las
 preces,
 que a entrambos os ampara. Cese la escaramuza;
 no desnudes el bronce, más véngate con creces
 tan sólo de palabra, y escucha mi mensaje,
 porque así ha de cumplirse: A cambio de este
 ultraje,
 215 un día han de brindársete magníficos presentes
 tres veces más cuantiosos. Resígnate y contente.

- Y el de los pies alígeros le responde diciendo:
 --Ruego de dos deidades es acuerdo acatado,
 aunque en el pecho sienta la indignación latiendo.
 220 Quien escucha a los dioses, de ellos será
 escuchado.

Dijo y no la desaira, y con pesada mano
 empuja el puño argénteo y envaina el espadón.
 Y Atenea recobra la Olímpica Mansión
 junto a los demás dioses y a Zeus soberano.

- 225 Sin deponer su enojo entre tanto el Pelida
con destempladas voces denostaba al Atrida:
---¡Perro de alma de ciervo, odre henchida de
vino!
Nunca osaste batirte al lado de tu gente
ni salir a emboscadas con tus pares aqueos;
230 que no sólo lo temes más que en la muerte, sino
que aquí en el campamento despojas
mansamente
a quien ose acusarte y atajar tus deseos.
Rey come-pueblos, mandas sin duda entre
cobardes,
o éstos fueran, Atrida, tus últimos alardes.
235 Más óyeme, que digo solemnemente y juro
por este cetro estéril, hoy deshojado y bronco
---pues cercenado a bronce de su rústico tronco,
retoños y corteza dejó en el monte oscuro,
y en vez de verdecer, hoy entre los aqueos
240 ordena la justicia según la ley de Zeus---
que un día los ejércitos lamentarán mi ausencia
(y espero que mi voto se grabe en tu conciencia):
cuando por más que hagas, te duelas y te
asombres,
al empuje de Héctor, el matador de hombres,
245 veas caer a todos, y te rinda el pesar
por haber desoído al aqueo sin par.

Así dijo el Pelida, y se sienta después
y arroja el centro de oro tachonando a su pies.
Y atajando al Atrida en su furor creciente,

- 250 Néstor el de habla suave, orador elocuente

- de los pilios -sus labios miel parecen fluir-,
que en la divina Pilos logró sobrevivir
a dos generaciones de disertos mortales,
su camada de un día, y hoy reina en la tercera,
255 con palabras cordiales habló de esta manera:

---¡Oh duelo sin igual para la gente aquea!
¡Regocijense Príamo y sus cachorros! Sea
fiesta en el corazón de todos los troyanos
la vergüenza de oír a los mejores dánaos
260 en armas y en consejo dados a la querella!
Mancebos, consentid que os persuada un
anciano.
Yo en mis tiempos doblaba gente que más
descuella:
el rey Driante, Pirítoo, Exadio, o bien Ceneo,
o Polifemo casi celeste, o aun Teseo
265 el Egida, inmortal casi, todos patentes
asombros de vigor. ¡No en balde se arriesgaron
a batirse con fieros rivales: los ingentes
Centauros de los montes que al cabo
exterminaron!
Desde la lueña Pilos yo acudí a su llamado,
270 y también a mi modo yo compartí el combate.
¡Ay, entre los vivientes no conozco al osado
que pudiera medírseles ni resistir su embate!
Mas ellos me escuchaban con voluntad atenta:
escuchadme vosotros, que os tiene mejor cuenta.
275 Ni tú, pese a tu imperio, toques la esclava hermosa
que le dieron los dánaos con liberalidad;
ni tú Pelida, intentes pujar de paridad

con un rey cuyo cetro, cuya gloria reposan
en Zeus, que a ninguno dio tanta majestad.

- 280 Si tú tan esforzado, hijo al fin de una diosa,
en el mando de hombres él te lleva ventaja.
Y tú, Atrida --lo imploro--, tu desentono abaja,
mirando que es Aquiles para la gente aquea
muralla incontrastable de la dura pelea.

- 285 Y el rey Agamemnón replica de este modo:
---Sí, anciano, dices bien y hablas muy en sazón;
pero éste pretende sobreponerse a todos,
ser el amo y rey único, mandar a discreción
(aunque no vamos todos a prestarle obediencia).

- 290 Bien que los Inmortales lo hicieran belicoso,
¿mas de injuriar sin freno le habrán dado
licencia?

Presto el divino Aquiles lo ataja:

---Vergonzoso

fuera que al primer grito me humille a tus
mandatos.

Otros rige a tu guisa, de hoy más que yo te acato.

- 295 Y más voy a decirte y grábalo en tu mente:
Mis brazos no han de alzarse contra ti ni tu gente
para guardar la prenda que me das y me quitas;
pero en mi negra y rauda nave nada me toques,
que mal podrás hacerlo sin que conmigo choques,
300 o todos han de ver, si mi furor incitas,
cómo tu oscura sangre por mi lanza chorrea.

Tras el acre altercado frente al mar, la asamblea
levantan. Ya recobra sus tiendas el Pelida

- y sus sólidos barcos. Su tropa lo flanquea,
305 y el hijo de Menetio. Entre tanto el Atrida
con sus veinte remeros dota una rauda nave,
y embarcadas las víctimas ---la hecatombe
ofrecida
al dios---, sube Criseida la del semblante suave.

Llevando como jefe al sutil Odiseo,

- 310 surcan los bogadores las ecuóreas rutas,
y el Atrida procura que el ejército aqueo
se lustre y purifique. Las escorias polutas
van al mar. Toro y cabra, junto a su estéril suelo,
en limpias hecatombes honran a Apolo Sumo.
315 Y el vapor de la grasa en los giros del humo
enróscase y asciende y va escalando el cielo.

4. AQUILES OFENDIDO

EN TANTO que la tropa anda en esta faena,
su lance con Aquiles ni su amenaza olvida
Agamemnón, y a Euribates y a Taltibio, los
prestos

- 320 servidores y heraldos, convoca y les ordena:

--Idme hasta la barraca de Aquiles el Pelida;
de la mano a Briseida, la del semblante opuesto,
me traeréis; si Aquiles opone algún reparo,
yo mismo iré con gente y le saldrá más caro.

325 Tal con altivas voces los despide y conmina.
 Orilla al mar cambiante, remisos se encaminan
 ambos hacia los barcos y toldos mirmidónicos.
 Sentado en su barraca, junto a su negra nave,
 lo ve acercarse Aquiles, el continente grave.
 330 Perplejos lo saludan y con temor recóndito,
 mas él, adivinándolos, se adelanta a decir:

---¡Salud, gente de Zeus, mensajeros humanos!
 Venid, no es culpa vuestra si vuestro soberano
 por Briseida os envía. Patroclo, hazla salir
 335 -tú, el estirpe de Zeus- y entrégala en sus manos.
 Y ante los bienhadados dioses séme testigos,
 y ante todos los hombres y el rey desatentado,
 si al hora del desastre quiere contar conmigo;
 pues sé que ya no acierta su corazón airado
 340 a prever lo futuro en vista del pasado
 ni a librar nuestras flotas del asalto enemigo.
 Dijo, y dócil Patroclo la tienda de su amigo
 busca y da con Briseida, la de la faz gustosa.
 A las naves aquivas, y muy a su pesar,
 345 la llevan los heraldos. Apártase a llorar
 Aquiles, y tumbándose por la orilla espumosa,
 mientras ruega a su madre con manos anhelosas
 explora la envinada lejanía del mar:

-Madre, pues me engendraste para tan corta vida,
 350 el Olímpico Zeus que por las cumbres truena
 debiera protegerme, y en cambio me condena
 con su olvido al ultraje de Agamemnón Atrida,
 cuyo poder me roba la recompensa suma.

Así dijo entre lágrimas. Le oye la augusta madre
 355 desde el abismo húmedo que habita con su padre,
 el añoso Nereo; surge cual blanca bruma,
 vuela sobre las ondas hasta el hijo afligido,
 lo acaricia y exclama:
 -¿Qué dolor te ha vencido,
 hijo, qué te conturba? ¿Por qué tu alma llora?
 360 Dilo y no calles, ambos probemos tu aflicción.

Y el alígero Aquiles, con profundo gemido:
 ---Lo sabes. ¿Para qué repetírtelo ahora?
 Fue en Tebas, la ciudad sacra del rey Eetión.
 La saqueamos; luego juntamos la ganancia,
 365 que nuestra gente supo repartir con esmero.
 Criseida fue el hermoso botín de Agamemnón.
 Pronto a dar por su hija rescate en abundancia,
 el sacerdote Crises, hombre de Apolo Arquero,
 llegó hasta los bajeles alígeros entonces,
 370 donde andan los aqueos revestidos de bronce.
 Al cetro de oro atadas las ínfulas de Apolo
 el Flechero, a las huestes no imploraba tan sólo,
 si no a los dos Atridas, los amos del combate.
 La gente aquea a gritos lo otorga y reconoce,
 375 al sacerdote honrando y ansiosa del rescate,
 mas impedir no logra que Agamemnón maltrate
 a Crises y lo aleje con altaneras voces.
 Parte indignado el viejo, y Apolo que lo ampara,
 escuchando sus preces, su arco cruel dispara
 380 por nuestro campamento; y los hombres caían
 conforme a los flechazos divinos se esparcían.
 Un consumado augur nos declaró al instante

la causa del enojo del Cazador Distante,
 y yo el primero exijo que al dios se satisfaga.
 385 Levántase el Atrida e iracundo me amaga.
 Ya cumplió sus amagos: los aqueos de ardientes
 ojos en rauda nave devuelven a Criseida,
 y al dios van a brindar su carga de presentes,
 ¡mientras unos heraldos, violando mis reales,
 390 si antes me la dieron, me arrancan a Briseida!
 Presta amparo a tu hijo y muestra lo que vales,
 y al Olímpico Zeus lleva tu imploración,
 ya que en palabras y obras le has dado protección;
 pues sola eras fiel entre los Inmortales
 395 ---mucho te oí contarle en la patria mansión---,
 cuando lo encadenaban los dioses principales,
 tal Palas Atenea y Hera y Posidón.
 Tú fuiste a desatarlo del ominoso nudo,
 y al que es vuestro Briareo, y en la tierra, Egeón
 400 ---el forzudo centímano, más que el padre
 forzudo---,
 abriste el ancho Olimpo; y él, de su gloria ufano,
 junto al trono de Zeus se plantó de improviso,
 y los dioses rebeldes, viendo su intento vano,
 desistieron sumisos. Recuérdese ahora;
 405 apegátele, abraza sus rodillas e implora:
 Que deje a los troyanos hacer una salida,
 y echados los aqueos hasta el labio del mar
 ---por que mejor disfruten la ineptia de su Atrida-
 vean entre las popas a su gente vencida,
 410 y el rey arrepentido comience a lamentar
 el haber desairado el aqueo sin par.
 Y, en lágrimas bañada, Tetis le respondía:

---¿Te di una luz en aciaga hora, criatura mía?
 ¡Viérate en paz tus naves sereno gobernando,
 415 sin que nublase el lloro tus efimeros días!
 Más tu vida en muy breve, tu si no el más nefando,
 fue funesto engendrarte en casa de Peleo.
 Iré al nevado Olimpo, descuida; al alto Zeus
 engendrador de rayos veré de persuadir.
 420 Tú guárdate en tus raudas naves sin combatir
 y contra los aqueos incuba tu pasión.
 Zeus, ayer, con toda su augusta compañía
 se fue por el Océano, al remoto confin
 de los probos etíopes que ofrecen un festín.
 425 No tornará al Olimpo hasta el doceno día.
 Yo he de trepar entonces las bronceíneas gradas
 y echarme a sus rodillas. Tal vez sea escuchada.

5. CRISEIDA A CRISA

DIJO y partió, dejándolo con el alma alterada
 por la esbelta cautiva que le fue arrebatada.
 430 Llegado es Odiseo con la hecatombe a Crisa.
 No bien del hondo puerto la boca se divisa,
 arriando trapos guardándolos en el negro velero,
 y el mástil ---los estayes corriendo---, en la crujía.
 Reman al borde, amarran, y hacen bajar a tierra
 435 las reses del sagrado tributo al dios Arquero.
 De los marinos leños Criseida descendía,
 y en manos de su padre que junto al ara yerra
 el sutil Odiseo la entregaba y decía:

---Crises, el rey de pueblos Agamemnon te envía
 440 a tu hija, y los dánaos mandan un sacrificio
 para que Febo el dios quiera sernos propicio
 y aplaque tal estrago y atroz carnicería.

Gozoso queda el padre; la hija, rescatada.
 En el altar se apronta la hecatombe sagrada.
 445 Lavánse y dan la mola con religioso celo.
 Crises ora por todos con los brazos al cielo.

---¡Dios del arco de plata que proteges a Crisa
 y a Cila, sacro albergue, y en Ténedos imperas!
 Tú que honrando mis ruegos dañaste de tal guisa
 450 al ejército aquívo con penas tan severas,
 aquí segunda vez imploro que te prestes
 a alejar de los dánaos la mortífera peste.

Así dijo rogando: lo escucha Febo Apolo.
 Rezada la plegaria y la mola esparcida,
 455 doblándoles la nuca las víctimas degüellan,
 las trozan y desuellan; pringan los muslos sólo,
 en grasa revistiéndolos y en carne remolida;
 y el anciano los trae a la leña encendida,
 tintos en vino, al tiempo que ya han asegurado
 460 los mozos los trinchantes de cinco puntas. Luego
 de quemar los perniles, reparten el bocado
 de entrañas, y la carne menuda con cuidado
 tuestan al asador y la sacan del fuego.
 La faena cumplida, se juntan al banquete,
 465 y todos se contentan con la justa ración.
 Sed y apetito aplacan a su satisfacción;

las cráteras los mozos colman hasta el gollete,
 y las copas derraman la sacra libación.
 Y a lo largo del día, en honra a Apolo Arquero,
 470 un sonoro peán entonan los guerreros,
 que el dios está escuchando con dulce corazón.

Y cuando el sol se puso y aconteció la sombra,
 al pie de las amarras los rinde el sueño grave.
 Ya la Aurora de róseos dedos el cielo escombra;
 475 ya rumbo al campamento zarpa la rauda nave
 que Apolo Arquero impulsa con una brisa suave.
 Izan el mástil, blancas las velas hincha el viento;
 las purpúreas ondas resuenan por la quilla;
 y llegan deslizándose al vasto campamento,
 480 donde arrastran la negra nave sobre la orilla
 calzando los espeques. Y consumando el viaje,
 por barcos y por tiendas se pierde el equipaje.

6. EN EL OLIMPO

EN TANTO, y al cobijo de sus naos veleras,
 Aquiles, el Pelida de las plantas ligeras
 485 y retoño de Zeus, con su ira debate;
 mas aunque ni la guerra ni el ágora frecuente
 ---estrado de la fama varonil---, en su ausente
 corazón añoraba el ruido del combate.

Luego que, transcurridas doce auroras cabales
 490 Zeus hasta su Olimpo llevó a los Inmortales,
 Tetis, sin olvidarse de su materno anhelo,
 al alba entre un bullicio de olas sube al cielo

y encuentra sólo al Crónida de inmensa voz,
sentado
en la más alta cumbre. A sus pies se ha arrojado,
495 buscando sus rodillas con la mano siniestra
mientras le acariciaba el mentón con la diestra,
e implora:

---¡Padre Zeus! Si entre los dioses todos
alguna vez te fui útil en algún modo;
escucha mi plegaria: Por Aquiles me aflijo
500 a vida más efímera que todos condenado;
a quien Agamemnón le arranca y ha guardado
por suya la presea que mereció mi hijo.
Véngale, Zeus pródigo, y a los teucros alienta
mientras el pueblo argivo no lo honre y se
arrepienta.

505 Dijo. El Turbión de Nubes, Zeus, nada replica
e inmóvil en su trono parece que dudara
De hinojos y abrazándolo, Tetis aún suplica:
---Yo te conjuro: dame una promesa clara
y haz el asentimiento con tu inmortal cabeza,
510 o niégate, que al cabo en ti no hay flaqueza,
y sepa yo que soy ludibrio a las deidades.
Zeus, Turbión de Nubes, desazonado exclama:
---¡Grave trance! Pues quieres malquistarme con
Hera
que al punto ha de agredirme y hacerme mil
ruindades.
515 ¡Si en medio de los dioses ya tanto me reclama
el ser para los teucros sostén y cabecera!
Y aléjate al instante, Hera ya desconfía.

Yo cuido de tu ruego. Si así te place, en prenda
te doy el testimonio de mi consentimiento,
520 inexorable signo de la promesa mía.
Cuando yo lo concedo, no hay dios que no lo
atienda,
ni hay fraude ni hay obstáculo contra mi
mandamiento.

Dice el Cronión, y en prenda, su voluntad declara:
frunce el ceño cerúleo, la cabellera mece
525 que la intachable frente del inmortal depara,
y el dilatado Olimpo de pronto se estremece.

Concertados así, entrambos se separan.
Ella del claro Olimpo salta al amargo centro;
Zeus vuelve al palacio y en su trono se planta,
530 ante el coro de dioses que al punto se levantan,
por saludar al padre saliéndole al encuentro.
Mas Hera, sospechosa, los planes adivina
urdidos por la hija del Viejo de la Mar,
Tetis la Pies de Plata, y al Crónida conmina
535 con injuriosas voces y arrebatado hablar:

---¿ Con qué deidad enredas, pérfido, y en qué
andas?

Cuando te me escabulles para tus secreteos,
ni se te ocurre darme razón de lo que mandas,
ni quieres que conozca tu planes y deseos.

540 Y le responde el padre de humanos y de dioses:
---No todos mis designios inquieras, no lo oses,

que aunque mi esposa seas no puedo contentarte.
 Ni deidades ni humanos habrán de aventajarte
 cuando yo encuentre útil revelar mis intentos;
 545 mas lo que sin los dioses mi alma a solas persigue,
 ni tú me lo preguntes ni nadie lo investigue.

Y Hera de ojos bovinos redobla sus lamentos:
 ---¡Oh Crónida terrible! ¿Qué palabra profieres?
 No, no podrás dolerte de que yo te embarace
 550 inquiriendo a destiempo lo que tratas y quieres,
 que tú muy a tu modo cumples lo que te place.
 Si hoy temo es que la hija del Viejo de la Hondura
 ---Tetis la Pies de Plata---, en llanto las mejillas,
 desde el amanecer se abrazó a tus rodillas
 555 y se arrastró a tus plantas; y mi alma se figura
 que sustrajo la prenda de tu consentimiento
 para que, compensando a Aquiles con usura,
 hagas desolaciones por las naves aqueas.
 Zeus, Turbión de Nubes, le replicó al momento:
 560 ---¡Loca, nada te oculto, aunque tú no lo creas!
 Malo es que te me opongas, que así nada granjeas
 si no mi desamor, que te saldrá más caro.
 Lo que suceda acéptalo si me fuere plausible.
 Siéntate y obedece y calla sin reparo,
 565 que ni los dioses juntos te servirán de amparo
 como te ponga encima la mano irresistible.

Hera de inmensos ojos, la diosa venerada,
 se sienta al escucharlo, medrosa y refrenada.
 Tiemblan en torno a Zeus los dioses celestiales;
 570 y Hefesto, insigne artista, por aplacar los ánimos,

dice a su madre Hera, la de los brazos cándidos:
 --¡Negro anuncio de duelos y de infinitos males
 si así riñen los dioses por los simples mortales!
 ¡Adiós banquetes plácidos si el humor se
 ensombrece!

575 Mi madre, aunque juiciosa, acepte un buen
 consejo
 y obsequie al caro Zeus. Si el padre se enfurece,
 se nos agua la fiesta y se acabó el festejo.
 Pues si al Fulminador Olímpico le place
 echarnos de este sitio... ¿quién mide lo que hace?
 580 Ve, pues, de contentarlo con halagüeños modos
 para que así el Olímpico sea propicio a todos.

Tal dijo, y levantándose, en copa de doble asa
 a su madre, solícito, ofrece de beber:

---Aunque te cueste, madre, por esta prueba pasa.
 585 No te vean mis ojos amantes maltraer
 a golpes, que al Olímpico yo no he de poner tasa.
 Recuerdo que en un trance te quise proteger:
 Por el tobillo asiéndome, tan lejos me lanzó
 de los sacros umbrales que rodé todo el día,
 590 y, cuando el sol se hundía, en Lemnos fui a caer
 casi desfallecido. ¡Gracias que me acudió
 el pueblo de los sinties!

Y Hera le sonreía,
 y tomó sonriendo la copa de su mano.
 Y Hefesto el dulce néctar ---afanoso escanciano---,
 595 mezclándolo en la crátera a uno y otro servía
 por la derecha; asunto de inextinguible risa
 entre los Bienhadados, al ver con cuánta prisa

Hefesto los atiende en la mansión eterna.
 Hasta que el sol traspone dura la animación,
 600 y todos se contentan con su justa ración.
 La cítara de Apolo con las Musas alterna,
 y las canoras voces con el alado son.
 Y cuando, al sol poniente, los destellos declinan,
 todos a sus palacios rendidos se encaminan
 605 --obras del Cojo Hefesto y su ingenioso empeño--.
 Y Zeus, el Olímpico que las centellas cría,
 el dulce lecho busca para rendirse al sueño.
 Hera del trono áurico su lado compartía.

II

EL SUEÑO DE AGAMEMNÓN Y LOS
EJÉRCITOS

La rapsodia segunda menciona por primera vez los casi diez años de guerra transcurridos antes de comenzar el poema, y los efectos de esta larga lucha, y también de la riña entre los jefes, en el ánimo del ejército aqueo; el cual pasa a la categoría de actor colectivo, así como en la rapsodia anterior los actores son los dioses y algunos capitanes. Ahora apreciamos también la respectiva importancia de ambos ejércitos enemigos. 1. El Sueño: Zeus envía a Agamemnón un sueño mendaz prometiéndole falsamente la cercana victoria. 2. El Consejo: Agamemnón refiere su sueño a los capitanes, y concierta con ellos un plan que resultará muy peligroso: incitar él mismo a las tropas al abandono del sitio, y hacer que sus capitanes las contengan y las devuelvan a la guerra. 3. La asamblea: Odiseo consigue detener la ya iniciada fuga. Reunidas las tropas en el ágora, castiga las murmuraciones de Tersites y, con ayuda de Néstor, logra devolver a todos el entusiasmo bélico. 4. Antes de la batalla: Preparativos rituales y convocación al combate. 5. Catálogo de las naves aqueas: Enumeración de flotas, efectivos y capitanes, con antecedentes personales de algunos. 6. En Troya: Los jefes troyanos son advertidos de que los aqueos avanzan en orden de batalla, y a su vez salen al campo con sus huestes. 7. El frente troyano: Enumeración de las fuerzas troyanas, paralela a la del nº 5.

1. EL SUEÑO

LOS DIOSES y los hombres -carreros aguerridos- duermen su noche. Sólo se desvelaba Zeus, revolviendo en su mente los planes concebidos para encumbrar a Aquiles y hundir a los aqueos,

- 5 tal vez exterminándolos en medio de sus naves
 Al cabo discurrió que el arbitrio eficaz
 era enviar al rey un ensueño falaz.
 Y llama al Sueño y dice con un murmullo suave:

- Parte, Sueño funesto, se ve a las veleras naves
 10 aqueas y al albergue del poderoso Atrida,
 y cuanto aquí te ordeno dile con lealtad:
*Que arme a los aqueos melenudos y apreste
 íntegras () a sus huestes, que la hora es venida*
 15 *de sojuzgar a Troya, la espaciosa ciudad;*
pues la junta de dioses lo otorga, persuadida
a los ruegos de Hera, y un espantable duelo,
cierne ya su amenaza sobre el troyano suelo.

- Dijo, y el Sueño parte a cumplir su deseo.
 Pronto alcanza los raudos barcos de los aqueos,
 20 y Agamemnón se acerca que hundido en paz divina
 duerme bajo su techo. A su frente se inclina
 Asumiendo la forma del hijo de Neleo
 ---Néstor, a quien el rey sobre todo venera---;
 y así mudado, el Sueño habló de esta manera:

- 25 ---¿Duermes, brote de Atreo el domador de potros?
 Guías de las milicias y amparo de los otros,
 no conviene a los príncipes dormir su sueño entero.
 Atiéndeme que soy de Zeus mensajero,
 quien de lejos te observa con amor y piedad:
 30 *Que armes a los aqueos melenudos y aprestes
 íntegras a tus huestes, que la hora es venida*

- de sojuzgar a Troya, la espaciosa ciudad;*
pues la junta de dioses lo otorga, persuadida
a los ruegos de Hera, y un espantable duelo
 35 *cierne ya su amenaza sobre el troyano suelo.*
 Tal es su voluntad, y grábalo de suerte
 que no se te disipe al punto que despiertes.

- Dijo y partió, dejando que Agamemnón Atrida
 su ánimo alimente de esperanzas mentidas.
 40 Ya la ciudad de Príamo cree ganar en un día,
 sin ver, el insensato, que Zeus sólo intenta
 mezclar a los ejércitos en mil luchas cruentas
 y afligirlos con nuevos pesares todavía.
 Cuando al fin se incorpora del todo, aún vagaba
 45 por el ámbito el eco de aquella voz divina.
 Con sandalias preciosas los pulcros pies calzaba.
 La intacta y tersa túnica viste, y arremolina
 el revolante manto, y al hombro cuelga y ata
 la espada guarnecida de clavazón de plata.
 50 Toma el durable cetro del padre, y se encamina
 a las embarcaciones donde andan los varones
 de bronce pertrechados.

- Sube la diosa Eos
 al anchuroso Olimpo para anunciar a Zeus
 y a las demás deidades la luz del nuevo día,
 55 y ya los estentóreos heraldos reunían
 en ágora las tropas melenudas de aqueos.

2. EL CONSEJO

PERO antes el Atrida citó a sus capitanes
junto al barco de Néstor, rey de Pilos. Sus planes
consultaba con ellos, y hablando les decía:

- 60 --Anoche, oíd amigos, mientras en paz dormía,
envuelto en santa sombra vino el celeste Sueño.
Del claro Néstor finge la forma, el porte, el ceño,
y murmura a mi oído como una profecía:
“¿Duermes, brote de Atreo, el domador de potros?
65 Guías de las milicias y amparo de los otros,
no conviene a los príncipes dormir sus sueño
entero.
Atiéndeme que soy de Zeus mensajero,
quien de lejos te observa con amor y piedad:
Que armes a los aqueos melenudos, y aprestes
70 *íntegras a tus huestes; que la hora es venida*
de sojuzgar a Troya, la espaciosa ciudad;
pues la junta de dioses lo otorga, persuadida
a los ruegos de Hera, y un espantable duelo
cierne ya su amenaza sobre el troyano suelo.
75 Tal es su voluntad, y grábalo de suerte
que no se te disipe al punto que despiertes”.
Y aquí el plácido sueño abandonó mis sienes.
Ea, veamos pues de alzar a los aqueos!
Y yo, para probarlos, diré que más conviene
80 escapar en la naves de numeroso arreo,
mientras de un lado y otro los jefes con premura
procuráis reprimirlos y atizar su bravura.
Y el rey de la arenosa Pilos, el providente Néstor:

---¡Oh amigos ---dice---, príncipes y señores”

- 85 Si otro la contara, pareciera imprudente,
pues tienen tales sueños traza de embaucadores;
pero nos los relata el aqueo mejor
a quien la gloria incumbe del mando superior.
¡Ea, veamos pues de alzar a los guerreros!

- 90 Y habiendo hablado así se despidió el primero.

3. LA ASAMBLEA

- LOS VARONES del cetro, dóciles al pastor
de hombres, se dispersan. La gente se apresura.
Cual brotan las abejas en rocosa hendedura
y arracimadas vuelan en torno a cada flor,
95 tal surgen de los toldos y las naves veleras
las filas rumbo al ágora por toda la ribera.
Mensajero de Zeus, las aguija el Rumor...
Y mientras se acomodan en tumultuoso hervor,
la tierra gime bajo la masa de guerreros,
100 y a voces los acallan los nueve pregoneros
para que hablen los reyes, criaturas de Zeus.
Cuando se aquietan, se alza el rey de los aqueos.
El cetro ostenta, don de Hefesto al gran Cronión;
de éste, al Mensajero Argifonte; y legado
105 de Hermes al caballista Pelope, que en herencia
lo cedió a su hijo Atreo, su real descendencia,
de quién lo recibió Tiestes, rico en ganados,
y Agamemnón lo hubo por fin, el que ha reinado
sobre incontables islas y la Argólide entera.
110 Al arrimo del cetro, habló de esta manera:

---¡Oh amigos, fieros dánaos y ministros de Ares!
 ¡Me embaraza el Cronión con tretas singulares!
 Me prometió, el cruel, con el asentimiento
 de su cabeza en prenda, que no retornaría
 115 sin derruir los muros de Ilión. ¡Errado intento!
 Y ahora me concita a que la ruta emprenda
 de Argos, abrumado tras la vana porfía
 y tanta inútil muerte. Tal place a su grandeza
 que tanta fortaleza ---corona de ciudad---
 120 rinde si en ello pone su inmensa voluntad.
 ¡Lloren baldón y agravio los hombres de mañana!
 ¡Tan espléndidas huestes aqueas fueron vanas
 contra fuerzas menores, y sólo desperdicio!
 Pues ved que, si con voto de paz y sacrificio,
 125 pactásemos, uniéndonos con todos los troyanos,
 hacer de unos y otros computación menuda,
 y a cada diez aqueos dar un teucro en servicio,
 nos quedáramos muchos sin vino ni escanciano.
 Tanta es nuestra ventaja; mas a ellos en su ayuda
 130 lograron que mil pueblos armados les acudan,
 salvando así a mi presa la populosa Ilión.
 Nueve años de Zeus han transcurrido, y son
 despojo y podredumbre las tablas y el cordaje
 de los navíos, mientras, allá en nuestros parajes,
 135 lloran hijos y esposas la ausencia y la tardanza...
 Hagamos lo que digo, que ya no hay esperanza:
 volvamos en las naos a los nativos valles.
 ¡No podemos con Troya, la de anchurosas calles!

Así dijo. Ignorante del ardid y el manejo
 140 que a solas concertaron los jefes del consejo,

en el pecho a la tropa le salta el corazón;
 y el ágora se agita con aquel alboroto
 que en el Icarío mar levantan Euro y Noto
 cuando descarga Zeus su denso nubarrón.
 145 Tal los altos trigales el Céfito menea
 doblando las espigas, tal bulle la asamblea.
 Entre nubes de polvo, con roca gritería
 corren a los bajeles, se agolpan y porfían
 por lanzarlos cuanto antes a la divina mar;
 150 exhórtanse entre sí, empiezan a tirar,
 arrancan los espeques y abren surcos al suelo,
 y al ansia del retorno el clamor sube al cielo.

 Y violentara al sino la dispersión aquea,
 si Hera no se vale al punto de Atenea:
 155 ---¡Alerta, hija de Zeus, Escudero sin par!
 ¡Que se nos van los dánaos sobre el lomo del mar
 hasta su casa y tierra, dejando por presente
 ---trofeo para Príamo y sus teucros--- a Helena,
 la argiva por quien tantos, de su nación ausentes,
 160 en el polvo de Troya rodaron confundidos!
 Vé persuádelos, háblales, a cada uno enfrena.
 No sea que esos bravos de bronce revestidos
 saquen las corvas naves y las echen al mar.
 La diosa de ojos zarcos la escucha, y sin tardar
 165 vuela del alto Olimpo a los barcos aqueos,
 y dice al enfrentarse con el probo Odiseo,
 el prudente de Zeus que, en su alma despechado,
 junto al negro bajel se mantiene callado
 Y ni embarcar se anima ni a tocar los arreos:

- 170 ---¡Oh hijo de Laertes cual Zeus industrioso!
 ¿De suerte que en las naves de remos numerosos
 bogáis a vuestras playas y abandonáis la guerra,
 y a Príamo y sus teucros como marcial trofeo
 abandonáis a Helena, por la que tanto aqueo
 175 ha perecido en Troya ausente de su tierra?
 Mézclate a los aqueos y a cada uno enfrena,
 persuádelos con tino, e insiste hasta evitar
 que devuelvan los corvos bajeles a la mar.

Reconoce Odiseo la voz esclarecida;
 180 arroja el manto, apáralo su heraldo compañero
 Euríates de Ítaca, y él corre hacia el Átrida,
 le arrebató el sagrado cetro imperecedero,
 y cetro en mano, aborda los dánaos veleros
 que tripulan las tropas de bronce revestidas.

185 Cuando encontraba a un rey o jefe de valía,
 en mesurados términos le hablaba y detenía:

---No intento darte órdenes, sería empresa vana.
 Mas óyeme, señor, y refrena a tu gente.
 ¿Acaso has penetrado de Agamemnon la mente?
 190 Si hoy prueba a los aqueos, los refirá mañana.
 No sabemos... No todos oyeron su consulta.
 Que si se ve burlado en su intención oculta,
 la ira de los reyes es terrible y cruenta,
 Progenie al fin de Zeus que los ama y sustenta.

195 Y a los hombres del pueblo que pasaban gritando,
 el cetro les descarga y así los va increpando:

---¡Aquíetate, insensato, y al superior atente;
 menguado que no vales ni en combates ni leyes!
 Que los hijos de aqueos no todos somos reyes
 200 y el mando repartido nunca fue conveniente.
 Sea uno solo el rey y jefe verdadero:
 aquel a quien el hijo de Cronos el Artero
 ha conferido el cetro y el gobierno de gentes.

Así mandando en jefe, a las tropas arrienda
 205 que van volviendo al ágora de naves y de tiendas
 al modo que se oyen las olas rebramar
 por la anchurosa playa, mientras retumba el mar.
 Poco a poco se aquietan y ocupan sus lugares,
 salvo ese deslenguado Tersites que alborota
 210 con su caudal de injurias y palabras vulgares.
 Aun con los mismos reyes se atreve su chacota,
 y todo lo envilece a ojos de los aqueos
 por la sola apetencia de verlo rebajado.
 Entre los que llegaron a Ilión era el más feo:
 215 cojo, estevado, hundido de pecho y corcovado,
 de puntiagudo cráneo y pelambre risible,
 a Aquiles y a Odiseo se ha hecho aborrecible
 buscándoles camorra. Y hoy, ante la protesta
 de todos, al divino Agamemnon denuesta:
 220 -¡Vamos, hijo de Atreo! ¿Qué reclamas, qué
 quieres?
 En tus reales guardas de bronces un tesoro,
 y siempre que podemos vencer una ciudad
 te damos en obsequio las más lindas mujeres.
 ¿O es que de Ilión acaso apetece el oro,
 225 y que un troyano ecuestre, con liberalidad

lo cargue presuroso y te lo traiga aquí,
 en rescate de un hijo maniatado por mí
 o por otro? ¿O anhelas el disfrute exclusivo
 de alguna hermosa esclava que cobren los argivos?
 230 ¿Cómo te llamas jefe, si nos hartas de males?
 ¡Ay, tímidas aqueas, que no digo varones!
 ¡Enderezad los barcos a las costas natales!
 ¡Que junte él solo en Troya riquezas a montones
 y aprecie si de algo le sirvió nuestra ayuda!
 235 Ya veis cómo ha agraviado a Aquiles, que sin
 duda
 lo supera, robándole su parte del botín
 a ley de su capricho. Aunque Aquiles, en fin,
 se nos pasa de bueno y es un tanto cobarde,
 o éstos fueran, Atrida, tus últimos alardes.

240 Así al pastor de hombres Tersites agredía.
 Acércase Odiseo de las deidades par,
 y con severo rostro, sañudo le decía:
 ---¡Gárrulo y descarado, hablas en demasía,
 Tersites, y a los reyes quieres aconsejar!
 245 Tú, que de los llegados a Ilión con los Atridas
 eres el más abyecto, calla, y a ver si cuidas
 de no manosear el nombre de los reyes,
 ni injuriarlos ni andarte propalando el regreso;
 que ignoramos el curso de las ocultas leyes
 250 y si ha de sernos próspero o amargo tal suceso.
 Porque los bravos dánaos obsequian al Atrida
 ¿lo tomas a vergüenza, y te dueles por eso?
 Pues óyeme y verás mi amenaza cumplida:
 Como vuelva a pillarte hablando sin medida,

255 arranquen de los hombros la cabeza a Odiseo.
 y no lo llamen más el padre de Telémaco,
 y quede muerto el uno y el otro quede huérfano,
 si es que yo te agarro, sacudo y zarandeo,
 los harapos te quito ---ese manto, esa túnica
 260 que cubren tus vergüenzas-, y te arreo a las naves,
 después de propinarte una azotaina única.
 Dice, así diciendo, le acuesta el cetro grave
 por los hombros y gibas; y Tersites se encorva,
 y asoma por sus ojos una lágrima torva;
 265 el cetro de oro marca su cardenal por huella;
 y él se sienta confuso y de dolor resuella,
 y contemplando a todos con mirada indecisa
 enjugaba su llanto. Y pudo más la risa
 que el ansia del retorno, y empezó el cuchicheo:
 270 ---¡Vecino! ¡Cuántas útiles cosas hace Odiseo,
 ya consejero único, ya diestro capitán!
 Más nunca entre nosotros tuvo mejor empleo
 que el de cerrar la boca del deslenguado. Creo
 que no ha propasarse nunca más el truhán
 275 ni ha de hablar a los reyes en tono tan liviano.

Mientras todos comentan, se levanta Odiseo,
 azote de ciudades, con el cetro en la mano;
 y a su lado Atenea, la de los ojos rútilos,
 en figura de heraldo acallaba a la gente,
 280 para que los aqueos, desde el primero al último,
 escuchen y mediten la palabra prudente:

En términos medidos los arenga Odiseo
y dice:

---¡Oh rey, oh Atrida! El ejército aqueo
quiere manchar tu fama con eterno baldón.

285 Rehúsa a cumplir la promesa pactada
en Argos, el plantel de las ricas yeguas:

No volver sin que caiga la bien murada Ilión.

Cual viudas y párvulos todos se nos lamentan
y anhelan por su techo. Y es por sí tan cruenta

290 la brega que los ánimos bien pudo quebrantar.

Si en sólo un mes ya es dura la falta de la esposa
para el que, por invierno, cuando se agita el mar,
la nave de cien bancos no logra apresurar,
peor si ha nueve años que tal angustia acosa,

295 sin computar el décimo que pronto ha de acabar.

No culpo yo al aquivo si rabia de impaciencia
junto a su nave cóncava. Pero ¡que bochornoso
volver sin el empeño tras de tan larga ausencia!

Esperemos un poco, amigos, y la suerte

300 dirá si fue verídico o resulta engañoso

lo que nos dijo Calcas en su adivinación.

Cuantos han sorteado las Keres de la muerte

---y el caso está presente en cada corazón---

recordarán que, en Áulide, al juntarse la armada

305 aquea contra Príamo y la troyana gente,

en los almos altares, no lejos de una fuente,

a los dioses rendíamos hecatombes sagradas.

Daba su sombra un plátano, y una clara corriente
bañaba sus raíces. De pronto, hubo un portento:

310 engendro del Olímpico, un dragón o serpiente
el lomo coruscante asoma bajo el ara;

salta y se enrosca al tronco y trepa en un momento
a la rama cimera, donde algún ave ampara
sus tímidos polluelos en el follaje umbroso.

315 Ocho eran sin la madre, y a todos los devora
entre el desasosiego y el piar lamentoso
y el revolotear del ave y de sus crías.

Lanzóse luego el monstruo, y al ave chilladora
alcanzó por un ala. Cuando acabó su orgía,

320 lo muda en piedra el vástago de Cronos el Artero,
borrando así el prodigio la mano que lo envía.

Frustrada la hecatombe por el extraño agüero,
todos considerábamos, inmóviles y atónitos,
las determinaciones de los dioses recónditos.

325 Y Calcas, en seguida vaticinando exclama:

¿Por qué tamaño espanto, melenudos aqueos?

El autor del prodigio es el pródigo Zeus.

Muy tarde ha de cumplirse, más vivirá en la fama
el presagio que mucho tardaba en enviarnos.

330 Igual que a los polluelos devoró el monstruo
aleve,

que eran ocho por todos, y con la madre nueve,
por nueve años cabales habremos de esforzarnos,
y al décimo hundiremos la espaciosa ciudad."

Tal parece anunciarse. ¡Ea, pues, porfiad!

335 ¡Persistamos, aqueos de las grebas lucientes,
hasta de vencer de Príamo las murallas ingentes!

Con agudos clamores las tropas corearon
a Odiseo el divino. Los ecos retumbaron
en las cóncavas naves. Y con su hablar sereno,

340 Néstor, carrero pilio educado en Gereno,
los arengó a su turno:

-Os oigo estupefacto
 hablar como unos niños candorosos y ajenos
 a las fatigas bélicas. ¿Qué fue de nuestros pactos?
 ¿Se desharán en humo los consejos, los planes,
 345 los sacros juramentos de nuestros capitanes,
 las manos enlazadas, las puras libaciones?
 Se va el tiempo en discursos sin tomar decisiones.
 Recobra, pues, Atrida, tu natural firmeza
 y en la enconada lucha tus huestes encabeza.
 350 Pues sólo hay dos o tres descontentos y amargos
 que en vano perecen por regresar a Argos
 antes que el Porta-Égida cumpla el pacto cabal.
 En el que yo confío por su expresa señal,
 pues el potente Crónida nos dio su asentimiento
 355 lanzando por la diestra relámpagos sin cuento
 el día que zarpamos en la velera flota
 para traer a Ilión el luto y la derrota.
 Nadie, pues, haya premia de recobrar su techo
 sin que tenga a la esposa de un troyano en su lecho,
 360 y la repulsa vengue y los llantos de Helena.
 Y el reacio que ose tocar su negra nave
 de numerosos bancos, desde ahora lo sabe:
 a presencia de todos recibirá la muerte,
 meta de su destino y término a su suerte.
 365 Tú, rey, oye la voz de tus inspiraciones
 y oye nuestro consejo, que no es de desdeñar:
 Por tribus y hermandades junta tus pelotones
 para que unos con otros se puedan ayudar;
 que cuando así lo ordenes y lo obedezcan todos,
 370 de cada capitán y de cada soldado
 -como los hombres luchan de muy diversos modos

sabrás si es un cobarde o si es un arrojado,
 y si la fuerte plaza en resistir se obstina
 por culpa de tus hombres, blandos en la pelea,
 375 o porque se te opone la voluntad divina.

Y el rey Agamemnón:

--Una vez más culminas
 --dice-- y triunfas, anciano, en el ágora aquea.
 ¡Ojalá, padre Zeus, Apolo y Atenea,
 otros diez consejeros tuviera de su talla,
 380 que pronto fuera Príamo despojo en las batallas,
 y su ciudad, reliquia de ruinas a montones!
 Pero el Crónida Zeus, el Señor de la Égida,
 me enreda entre percances y disputas coléricas,
 y por una cautiva me mezcla en disensiones
 385 con Aquiles; y aun dudo si no fui yo el primero...
 Que si ambos conciliáramos nuestras atribuciones,
 Troya estuviera ya rendida a nuestros pies.
 Por ahora, comamos; y que cada guerrero
 aguace bien su lanza y el escudo disponga,
 390 dé pienso a los corceles, ponga el carro en arnés.
 Ares pujante acúcielos durante el día entero,
 y el bravo no halle tregua hasta que el sol se ponga.
 El baldrés del escudo se mojará en el pecho;
 el brazo ha de vencerse de manejar la lanza,
 395 y en el bruñido carro sudarán los bridones.
 Quien se oculte en las naves, guardándose al
 acecho,
 como yo lo descubra, ha de ser la pitanza
 de las aves rapaces y los perros hambrones.

4. ANTES DE LA BATALLA

LO ACLAMAN los argivos. Remeda el clamoreo,
 400 aquel rugir de olas mecidas por el Noto,
 que, a las contrarias ráfagas y al terco balanceo,
 baten el risco abrupto plantado contra el mar.
 Ya corren a la nave, ya encienden el hogar,
 comen en las barracas y ofrecen sacrificios
 405 al dios que cada uno acostumbra implorar
 cuando lo llama Ares a su mortal oficio.
 Bajo su toldo entonces, destina Agamemnon
 una res de cinco años al potente Cronión,
 e invita a los ilustres veteranos aqueos:
 410 a Néstor ante todo, y al rey Idomeneo,
 también a los dos Áyaces y a Diomedes Tidida,
 y a Odiseo por último, prudente como Zeus.

Lo sabe Menelao, hermano del Atrida,
 y en guerra y paz solícito, él mismo se convida.
 415 Distribuyen la mola y rodean al buey,
 y empieza su plegaria Agamemnon el rey:

---¡Sumo Zeus del éter! ¡Del nubarrón oscuro
 glorioso soberano! ¡Antes que el sol se hunda
 y se apague, permite que derribe los muros
 420 de Príamo, y la llama por su palacio cunda,
 sus puertas devorando, y que mi bronce duro
 sobre el pecho de Héctor destruya la coraza,
 y que muerden el polvo sus hombres a montones!
 Toma Zeus la ofrenda, mas el ruego rechaza,
 425 que a todos reservaba nuevas tribulaciones.

Hecha es la plegaria; y, la mola esparcida,
 doblándole la nuca la víctima degüellan,
 la trozan y desuellan; los muslos en seguida
 adoban en la grasa y en carne remolida,
 430 dándolos a la llama del leño deshojado.
 Mientras se carbonizan, reparten el bocado
 de entrañas, y la carne despedazada luego
 tuestan al asador y la sacan del fuego.
 La faena cumplida, se juntan al banquete,
 435 y todos se contentan por la justa ración.
 Sed y apetito aplacan a su satisfacción,
 y dice entonces Néstor, el gerenio jinete:
 ---¡Oh amparo de los hombres, glorioso
 Agamemnon!
 ¡No se nos vaya el tiempo en palabras baldías,
 440 no aplacemos la empresa que el cielo nos confía!
 Los heraldos aqueos convoquen por la plaza
 y nave a la tropa de sólida coraza.
 Nosotros, recorriendo las filas militares,
 tratemos de inflamar los ímpetus de Ares.
 445 Dijo, y no lo desoyó el rey Agamemnon.
 A su orden, y el célere grito de los voceros,
 los crinados guerreros venían en montón.
 Y el Atrida y los reyes ---flor de Zeus--- formaban
 en haca a los dánaos, bajo la inspiración
 450 de Atenea ojizarca, quien los acompañaba
 abrazando la Égida de vigor inmortal,
 colgaba de cien áureos y labrados borlones
 que vale cada uno cien bueyes por igual.
 La diosa, así abrazada, las filas recorría

455 encendiendo tan vívido fuego en los corazones,
que olvidadas las naves y la tierra natal,
sólo en luchar soñaban combatir querían.

Al modo que de lejos se ven las llamaradas,
cuando arden los bosques, por las cumbres altivas,
460 así al marchar las tropas, las armas bronceadas
lanzaban centelleos al éter, cielo arriba.

Tal como la pradera del Asio alegremente
se abaten las bandadas ---ruidoso ganso, grulla
o cuellilargo cisne---, y junto a las corrientes
465 revuelan del Caistro, alzando inmensa bulla,
tal de tiendas y barcos acuden a los tropeles.
Retiembla el suelo al paso de hombres y corceles,
y no son más los pródigos brotes de primavera
que asoma el Escamandro por su fértil ribera.

470 Propio enjambre de moscas que la estación
templada
congrega junto al tarro de leche en la majada,
los crinados aqueos acuden al furor
de dar sobre el contrario. Los jefes con destreza
forman los haces, como distribuye al pastor
475 los distantes rebaños que mezcló la maleza.
Mas superaba a todos el fuerte Agamemnon
---dignos del Dios Tonante los ojos y el semblante,
de Ares el cinto, el recio busto de Posidón---,
como en medio del hato se alza el toro pujante;
480 porque hoy plugo a Zeus que sin comparación
resalte entre los héroes quien es su campeón.

5. CATÁLOGO DE LAS NAVES AQUEAS

DECIDME ahora, Musas de la Mansión Olímpica
---pues, diosas, lo veis todo en su presencia nítida,
y sólo ecos y dudas llegan a los humanos---,
485 quiénes eran los príncipes y jefes de los dánaos;
Que a la masa no quiero nombrarla, ni podría
cuando tuviera yo diez lenguas y diez bocas,
la voz inquebrantable, de bronce el corazón.
Pues tal era el torrente que sobre Ilión venía
490 que al dar cuenta de todos sólo a vosotras toca,
prole del Porta-Égida y raza del Cronión.
Mas yo por mí diré los jefes y los naos,
el número de éstas, de aquéllos el empleo.

Mandado a los beocios venían Peneleo,
495 Protoenor y Clonio, Leito y Arcesilao.
Eran gente de Hiria y el Áulide rocosa,
del Esqueno, de Escolio y Eteono fragosa,
de Tespia, Grea, Toda Micaleso, Eleón,
Harma e Ilesio, Eritras e Hila y Peteón;
500 la fuerte Medeón y también Ocalea;
Copas, Eutresis, Tisbe ---de palomas venusta---;
los de Haliarto herbosa y de la Coronea,
y Glisante, Platea e Hipotebas robusta;
de Onquesto ---el bosque santo, ara de Posidón---;
505 de Arne, que los jugos de sus viñedos gusta;
sacra Nisa, Midea y el lejano Antedón.
Eran cincuenta naves con ciento veinte jóvenes
nativos de Beocia en cada embarcación.

Siguen los de Aspledón y el miniense Orcómene
 510 a Ascálafo y a Yálmeno, ambos, de Ares nidada:
 nacieron en la casa de Áctor el Azida;
 dioles el ser Astíoque, la virgen venerada,
 en sus altas alcobas a hurtos poseída
 por el dios. Treinta naves componían su armada.

515 A Epístrofo y a Esquedio obedece la Fócida,
 hijos los dos de Ífito, animoso Naubólida.
 Pueblan la pedregosa Pito y el Cipariso,
 Dáulide, Panopeo y Crisa la divina
 Anemoría y Hiámpolis, orillas del Cefiso,
 520 y Lilea, en la propia surgente cristalina.
 Cuarenta negras naves traen por contingente,
 y sus jefes los van juntando y encaminan
 por el costado izquierdo de la beocia gente.

Con los de Besa, Escarfe, Tarfe y la dulce Augías,
 525 y el Tronio --a las riberas del Boagrio-- y el Cino,
 a los locrios de Opunte y Calíaro, guía,
 menor que el otro Áyax, el leve Áyax de Oileo
 que usaba, aunque tan frágil, la coraza del lino,
 y cuya lanza envidian panhelenos y aqueos.
 530 Cuarenta negras naves su ejército acarrea
 de las costas que miran a la sagrada Eubea.

Los eubeos abantes respiran furor.
 Llegan de Eretria, Calcis y las viñas de Histiea,
 la Cerinto marítima, la inaccesible Dío,
 535 Caristo, Estira; mándalos el bravo Elefenor.
 Hijo de Calcodonte, Ares le dio su brío.

Digno jefe de aquellos lanceros arrojados
 que lucen por la nuca los airosos mechones
 y anhelan con sus fresnos romper los corazones,
 540 bogaba en sus cuarenta bajeles embreados.

Atenas la opulenta da al pueblo de Erecteo,
 el altivo terrígena brotado como el trigo,
 a quien cunó Atenea, la misma hija de Zeus,
 y en su sagrario propio le dio después abrigo,
 545 donde año tras año la mocedad ofrece
 a la diosa tributos de toros y carneros.
 Éstos a Menesteo Peteída obedecen,
 a quien tan sólo Néstor, por más antiguo, pudo
 igualar en la ardua maniobra de carreros
 550 o bien de los peones de pesados escudos.
 Cincuenta negras naves tripulan sus guerreros.

Áyax, que trajo doce barcos de Salamina,
 busca las tropas áticas y a ellas se avecina.

Los nativos de Argos y de la amurallada
 555 Tirinto; Hermione y Ásine, las de la profundas
 radas;
 los donceles aqueos de Mases y de Egina,
 Eyonas y Epidauro, Trecena y sus lagares,
 seguían a Diomedes, presto a la voz de Ares.
 De sus ochenta naos el mando secundaban
 560 Esténelo, retoño del claro Capaneo,
 y el divinal Euríalo, hijo de Mecisteo
 el rey, hijo a su turno del viejo Talayón.

Los de la alta Micenas, Corinto fastuosa,
 soberbia Aretirea, Cleonas afamada,
 565 y la gente de Ornías, Hiperesia y Sición,
 donde reinara Adrasto, Gonoesa empinada,
 los dueños del Egíalo, de Egio y de Pelene
 y la espaciosa Hélice, con cien navíos vienen
 bajo el hijo de Atreo, el rey Agamemnón.
 570 Son los más numerosos y de mayor valía.
 Y él, de bronce vestido para tal ocasión,
 ufánase al sentir cómo sobresalía
 por el inmenso mando y el bravo corazón.
 Los que en sus hondos valles Lacedemonia cría,
 575 cuantos moran en Faris, Esparta, al palomar
 de Mesa, y en Brisías y en la risueña Augías,
 y en las casa de Amiclas y Helos, junto al mar,
 los de Laa y Etilo, todos ellos venían
 en la sesenta naos que manda Menelao,
 580 el hermano aguerrido de Agamemnón. Su gente
 ordena y distribuye en tropa diferente,
 y el ansia les infunde que su ánimo llena
 por vengar el secuestro y lágrimas de Helena.
 Los que habitan en Pilos y en la graciosa Arene,
 585 los que de Tríó llegan ---el vado del Alfeo---,
 Epi, Ciparisente y Anfigenia y Pteleo;
 los que vienen de Helos, los que de Dorio vienen
 (donde, el paso atajándole al dejar el palacio
 del ecaleo Eurito, a Támiris el tracio
 590 las Musas iracundas, las hijas del Cronión
 ---a las que osó igualarse sin mirar quiénes son---,
 voz y ojos les arrancaron, y también las prestancia
 para tañer la cítara castigo a su jactancia),

noventa naves reman hasta el troyano seno,
 595 al comando de Néstor, jinete de Gereno.
 Los que abriga la Arcadia bajo el monte Cilene
 ---de Épito la tumba, de púgiles asiento---,
 la población de Fenéo, la ovejera Orcomene,
 Ripe, Estratia y Enispe batida por el viento,
 600 vecinos de Tegea y de la Mantinea
 deliciosa, y Estínfalo y Parrasia, al servicio
 militan del temible Agapenor de Anceo:
 muchedumbre de arcadios hechos a pelear.
 El rey Agamemnón dejó a su beneficio
 605 sesenta negras naves de numeroso arreo
 para que los conduzcan por el vinoso mar,
 pues ellos ignoraban los náuticos oficios.

La gente de Brupasio y la comunidad
 de la sagrada Élide, y el pueblo confinado
 610 entre la Hirmine y Mírsino como límite a un lado,
 y a otra la roca Olenia y Alesio la ciudad,
 cuatro caudillos trae: uno en cada unidad
 de diez veloces barcos bien cargados de epeos
 Anfímaco de Ctéato y Talpio el Euritida,
 615 nietos ambos de Áctor, dos divisiones cuidan;
 la tercera, el pujante Diores de Amarinceo;
 y el divino Políxeno la última regía,
 quien era el hijo del rey Agástenes de Augías.

Bajo el Filida Meges vienen a pelar
 620 los hombres de Duliquio y las islas Equinas,
 sagrarios frente a Élide plantados en el mar.
 Es Meges par de Ares e hijo de Fileo,

el jinete de Zeus que la paterna inquina
arrojó hasta Duliquio. Militan a su empleo

625 cuarenta negras naves.

Acaudilla Odiseo

a los de Cefalenia, guerreros animosos
de Ítaca venidos y el Nérito frondoso,
Crocilea escarpada, Egílope, el recinto
y los alrededores de Samos, y Zacinto,

630 bien los de costa firme o de la opuesta orilla.
El prudente de Zeus a todos acaudilla.
Sus doce naves tienen proas de bermellón.

A los etolos manda Toas el de Andremón.
De Pleurón y de Óleno la negra flota viene

635 con sus cuarenta naves, y también de Pilene
y Calcis la marítima y abrupto Calidón.
En Toas los poderes del reino han recaído:
ya no se alientan los hijos del magnánimo Eneo,
y él mismo y Meleagro el blondo han perecido.

640 Gobierna a los cretenses el jefe Idomeneo,
fiera lanza. Le siguen la alta Gortina, Cnoso,
y Licto y Festo y Ritio, lugares populosos,
y a la blanca Licasto, y Mileto también...
¡Creta y todas sus urbes en número de cien!
Meriones, un émulo de Ares ---el atroz

645 Enialio---, secundaba al astero sañudo.
Y ochenta negras naves bogaban a su voz.
Tlepólemo Heraclida, valeroso y talludo,
nueve naves de bravos trajo de aquellas Rodas
650 que agrupa en tres familias sus poblaciones todas:

La cándida Camiro, Lindo y Yalisio fian
sus armas a Tlepólemo, el lancero valiente.

El esforzado Hércules lo hubo de Astioquía,
en Éfira, riberas del claro Seleente,
655 tras de arrasar ciudades y aniquilar su gente.
En el palacio espléndido Tlepólemo crecía,
cuando mató a Licimnio de un golpe contundente,
viejo tío materno de su padre y simiente
de Ares. Los avúnculos lo asedian, y construye
660 navíos, y recluta sus adeptos y huye.
Errante y perseguido por mil calamidades,
llegó a Rodas, y allá fundó sus tres ciudades.
Amo de hombres y dioses, Zeus le fue propicio
y le pagó en riquezas con largo beneficio.

665 De Sime, tres airosos barcos trajo Nireo,
el hijo del rey Cáropo y Aglaya, el más hermoso
entre todos los dánaos que llegaron a Ilión,
salvo el irreprochable vástago de Peleo;
mas tiene escasas tropas y escaso corazón.

670 Los de Nísiro y Crápato, los de Caso y de Cos,
donde está la ciudad de Eurípilo, y la gente
de las islas Calidnas, traen por contingente
---bajo Ovidio y Ántifo, Heraclidas los dos
e hijos del rey Tésalo--- treinta naves turgentes.

675 Los del Argos Pelásgica -Alo, Álope y Traquina,
La Hélade que abundan en mujeres divinas,
y Ftía, y cuantos suelen llamarse mirmidones,
o ya helenos o aqueos, cincuenta embarcaciones
remán bajo el comando de Aquiles. Mas ahora,

- 680 sin jefe que los guíe, olvidaba los graves
cuidados de la guerra. No abandona sus naves
el alígero Aquiles que, en su enojo, deplora
la ausencia de la esclava de linda cabellera,
la que hizo cautiva en hazaña guerrera,
685 cuando arrasó a Lirneso y los muros tebanos,
y a Epístrofo y a Mines mató, fieros hermanos,
hijos del rey Eveno Selepiada. Hoy cría
en el ocio su agravio, mas llegará su día.

- A los hombres de Filace y Piraso florida
690 ---sagrario de Démeter---, la ganadera Itón,
el soto de Pteleo y la marina Antrón,
mandó Protesilao mientras duró su vida.
Mas ya la oscura fosa cobija al gran guerrero:
diole un dardanio muerte cuando aquél,
descuidado,
695 saltó el primero a tierra, desembarcó el primero.
Ya sólo deja en Filace el nido a medio hacer
y una llorosa lluvia de rostro rasguñado.
Aunque todos lo plañen, otro jefe tuvieron:
el hermano menor, y de menor valer,
700 Podarces, ramo de Ares ---hijo del ganadero
Ificlo, hijo de Filaco---, en quien hallaron guía.
Mas de Protesilao nadie usurpa la gloria,
varón tan aguerrido y de feliz memoria.
Cuarenta negras naves a su mando traía.
705 Feras, que el lago Bebeis sus casas avecina,
Yalco hermosa, Beba, Gláfiras, han juntado
once naves que manda Eumelo, el hijo amado

- de Admeto, quien lo hubo de Alcestis la divina,
radiosa hija de Pelias que a las demás domina.
710 De Metone y Taumacia, también de Melibea
y la Olizón fragosa, veinte naves arrea
Filoctetes, arquero de pro, con sus cincuenta
remeros cada una y flecheros de cuenta.
Mas él quedó penando en la isla divina
715 de Lemnos, donde presa de la hidra dañina
fue abandonado. Pero no ha de tardar el día
en que la gente aquea se acuerde de su rey.
En tanto que, aunque lo añoran, no navegan sin ley,
porque el hijo de Rena y bastardo de Oileo,
720 el vencedor de plazas Medonte es quien los guía,
supliendolo en el manto y el militar empleo.

- En treinta naves cóncavas los de Trica han llegado,
de Ecalia la de Eurito y de la Itome agreste.
Los dos hijos de Asclepio condujeron la hueste:
725 Macaón, Podalirio, médicos afamados.
A los de Ormenio, Asterio e Hiperea la fuente,
y de las blancas cimas del Títano luciente,
conduce en sus cuarenta navíos embreados
el ilustre Evemónida Eurípilo.

Y a Elone,

- 730 Argisa, Orte, la blanca Oloosón y Girtone,
conduce Polipetes bajo su firme mando.
(Hipodamia lo hubo de Pirítoo, cuando
este hijo de Zeus echó del Pelión
hasta la tierra de étices la oprobiosa legión

735 de Centauros hirsutos.) Lo viene acompañando
 en el gobierno -prole de Ares- Leonteo,
 hijo del animoso Corono de Ceneo,
 y cuarenta bajeles venía mareando.

Bogando desde Cifo en sus veintidós naves,
 740 de enienes y de intrépidos perebos tripuladas
 -aquéllos, de Dodona y sus crudas hēladas;
 éstos, de las orillas del Títaresio suave
 que a los giros de plata se arroja del Peneo,
 donde como los mantos de aceite sobrenada,
 745 pues nació en la Éstix, que a la palabra dada
 fía con su terrible nombre-, llegó Guneo.
 La tropa de magnetes, la tropa del Peneo
 coronado de frondas, tienen por capitán
 a Prótoo, el alígero brote de Tentredón.
 750 Cuarenta negras naves a su gobierno van.
 Tales los jefes dánaos.
 Y ahora dime, Musa,
 de gente tan profusa el sumo campeón,
 y cuáles los corceles de más acometida
 entre cuantos llegaron en pos de los Atridas.
 755 A la rienda de Eumelo, son en la caballada

raudas aves las yeguas de Admeto y las mejores:
 de un pelaje, una edad e iguales en alzada,
 el mismo Ares les presta sus bélicos furores,
 y en Pieria el mismo Apolo cuidó de su crianza.

760 Áyax el Telamonio descuella inmensamente,
 en tanto que la cólera tenga a Aquiles ausente,

pues al sin par Pelida ni el Telamonio alcanza,
 así como son únicos y excelsos sus bridones.
 765 Mas Aquiles se encierra en sus embarcaciones
 corvas y bogadoras -¡culpas del rey Atrida!-.
 mientras anda en la playa su tropa divertida
 con la flecha, el venablo y el disco. A los corceles,
 loto y palustre apio les traen los furrieles,
 770 allá junto a los carros atados en las tiendas
 de la capitania, en tanto los guerreros,
 faltándoles el jefe, rayo de las contiendas,
 discurren perezosos por los embarcaderos.

¡Tales van, propio incendio que la comarca asuela!
 Como la tierra gime si el rayo estalla y vuela
 775 y tiemblan los Arimos (donde cuentan que abriga
 su yacija Tifeo) si Zeus los castiga,
 así gime la tierra cuando el paso apresura
 la muchedumbre armada, cubriendo la llanura.

6. EN TROYA

CON IRIS de pies leves y veloz como el viento,
 780 envía el Porta-Égida la alarma a los troyanos,
 que a las puertas del Príamo tenían parlamento,
 reunidos en sus alcázar los jóvenes y ancianos.
 Iris al acercárseles muda la voz de intento
 785 y usa la de Priámida Polites, atalaya
 y diestro corredor, que al tūmulo del viejo
 Esieetes trepaba para observar de lejos
 si las contrarias tropas formaban por la playa.
 Fingido así el acento, la Leves-Pies exclama:

---¡Oh anciano que en discursos sin tregua te complaces,

790 como si disfrutáramos la paz y sus solaces,
al hora en que inminente la guerra nos reclama!
Yo he presenciado un cúmulo de batallas sin
cuento
y nunca vi de tropas tan vasto movimiento
como las que adelantan sobre nuestra ciudad.

795 ¡Mas hombres hay que hojas o que granos de arena!

Yo te conmino, Héctor, dispónete a la faena;
y pues hay en la plaza tamaña variedad
de hablas y de gentes, que a cada pueblo trate
y disponga su príncipe en orden de combate.

800 Héctor siente la vaga presencia de la diosa
El ágora disuelve. Todos se arman al punto
y abren las puertas. Salen carros e infantes juntos,
y van precipitándose en masa tumultuosa.
Hay frente a la ciudad, de la llanura al medio,
805 una colina aislada y de fácil asedio:
la llaman "Batíea"; pero los Inmortales
la llamaron "la Tumba de la Ágil Mirina".
Allí teucros y aliados sus haces encaminan.

7. EL FRENTE TROYANO

EL PRIÁMIDA Héctor del casco tremolante
810 conduce a los troyanos, la tropa más pujante
y ansiosa de blandir la aguda jabalina.

A los dardanios manda el intrépido Eneas,
Logrado en la espesura del Ida barrancosa
por el mortal Anquises y Afrodita la diosa.

815 Secúndalo, maestros en todas las peleas,
Acamante y Arquéloco, progeñe de Antenor.

Pándaro Licaónida, que su arco seguro
recibió de las manos de Apolo el Flechador,
conduce a los que abrevan en el Esepo oscuro

820 ---flancos de Ida--- teucros fastuosos de Zelea.

Los de Adrastea, Apeso, Pitíea y Terea
siguen a dos guerreros de coraza de lino,
hijos ambos de Mérope, el percósio adivino;

825 Adrasto y Anfí. El padre les predijo su suerte,
mas fue inútil: los llevan las Keres a la muerte.

Los de Percote, orillas del Practio, y los de Sesto
Y Abido, y los de Arisbe y su valle repuesto,
siguen de Asio Hirtácida las órdenes y planes,

830 señor del Seleente que en altos alazanes
cabalgó desde Arisbe para ocupar su puesto.

A Hipótoo seguían los temidos lanceros
pelasgos de la fértil Larisa, y a su hermano
Pileo, flor de Ares; hijos los dos guerreros
del Teutámida Leto, pelasgo veterano.

835 A los tracios, venidos del Helesponto undoso,
los regían Acamas y Píroo el hazañoso.

Eufemo, hijo de Céada Treceno, alumno claro
de Zeus, es de cícones el capitán y amparo.

Desde el Axio magnífico, río el más caudaloso,
840 Pirecmes conducía sus valientes peonios
de corvos arcos, pueblo de la lueña Amidón.
Y los de allá en los Énetos ardidos paflagonios,
donde se dan las mulas cerriles, los mandaba
Pilémenes, guerrero de bronca condición.
845 En Cítoro vivían, en Sésamo labraban;
junto al Partenio espléndidos palacios habitaban,
por Cromna, por Egíalo y por los Eritinos.

A Epístrofo y a Odio siguen los halizones
de la distante Álibe, donde hay plata a montones.
850 Cromis rige a los misios, y Énomo el adivino,
cuya sapiencia nada pudo contra su suerte,
que, en el río, el Eacida veloz le dio la muerte,
como a los muchos teucros que hallaba en su
camino.
Con el hermoso Ascanio, Forcis capitanea
855 a los lejanos frigios que, ávidos de pelea,
llegaron desde Ascania.

Mestles y Ántifo unidos
mandan a los meonios, de Tmolo al pie nacidos.
Su padre fue Talémenes, y su madre Gigea
la laguna.

A los carios de bárbaro lenguaje,
860 que a la sombra del monte Ftiros y sus ramajes

habitan, y Mileto la ciudad, y la orilla
del Meandro, y las cumbres de Micale, acaudillan
dos preclaros Nomiónidas: Nastes y el otro loco
de Anfímaco, aquél que para la pelea
865 cual doncella se adorna y de oro se arrea.
Contra el veloz Aquiles ha de valerle poco,
que le dará la muerte en la mitad del río,
furioso arrebatándole su áurico atavío.

Y mandan Sarpedón y Glauco el valeroso
870 a los remotos licios del Janto borrascoso.

III

LOS JURAMENTOS Y HELENA EN
LAS MURALLAS

La tercera rapsodia está dominada por el episodio del duelo entre Paris y Menelao. Sus diversos incidentes nos permiten conocer la causa de la guerra, el interior de la ciudad de Troya -apenas vislumbrado al final de la rapsodia anterior- y los caracteres de Héctor, Paris, Menelao y Helena. Tiene singular encanto el pasaje del nº 2. 1. Desafío de Paris: Paris-Alejandro adelanta en actitud desafiante al entrar ambos ejércitos en contacto. Como retrocede ante Menelao, es reprendido por Héctor, y acaba por proponer a Menelao un duelo singular. 2. Helena en las murallas: Llamada a presenciar el duelo, en la momentánea tregua que se produce, Helena asoma a las murallas de Troya, e interrogada por Priamo, nombra y describe a los jefes aqueos que ocupan el campo. 3. El pacto: Ceremonia religiosa que establece el pacto del duelo. Para sancionarlo por sí mismo, Priamo baja al campo y luego regresa a Troya. 4. El duelo singular: Paris lleva la peor parte, pero a la hora de mayor peligro. Afrodita lo sustrae de la liza y lo deposita en el lecho de Helena. 5. Paris y Helena: Recriminaciones y escena nupcial. 6. Intimación de los aqueos: Agamemnón, ante los sucesos del nº 4, declara el triunfo de Menelao, y pide el cumplimiento del pacto celebrado en el nº 3: devolución de Helena y sus riquezas, y pago de la indemnización de guerra.

1. DESAFÍO DE PARIS

YA EN orden de combate, los teucros a la zaga
de sus jefes desfilan con largo vocerío
y alboroto de pájaros. Tal cuando las amaga
el tupido aguacero y las espanta el frío,

- 5 las grullas se levantan por los cielos y huyen
y sobre la corriente del Océano gruyen,
y en cuanto asoma el día, llevan a los pigmeos
el estrago y la muerte. En cambio los aqueos,
10 atesorando mudos su belicoso afán.

- Tal como anubla el Noto la cima levantada
cuita de los pastores, júbilo del ladrón
a quien más que la noche cobre la cerrazón,
y apenas se ve el trecho que alcanza una pedrada,
15 así lanzando el polvo en el denso nubarrón
las tropas presurosas cubrieron la llanada.

- Y no bien los ejércitos llegaban al contacto,
de las filas troyanas se destacó en el acto
echada por los hombros la piel de leopardo,
20 corvo arco, espada al cinto, en los puños el par
de astiles que arma el bronce, y como un dios
gallardo,
Alejandro, ofreciéndose a duelo singular
con cuantos enemigos lo quieran enfrentar.

- Según él adelanta con arrogante paso,
25 remeda Menelao, de Ares favorito,
al hambriento león que encuentra muerto acaso
a un gran ciervo ramoso o a un silvestre cabrito,
y cébase en su cuerpo y alegre lo devora,
cérquenlo perros ágiles o denodados mozos.
30 La presencia del pérfido su odio reaviva,
del deiforme Alejandro ve llegada la hora,

el ansia del castigo lo anonada de gozo,
y sin soltar las armas del carro se derriba.

- Mas apenas advierte Alejandro el divino
35 que salva Menelao los grupos delanteros,
su corazón flaquea, quiere huir al destino;
y al pavor que le infunde el valeroso Atrida,
ceja y desaparece junto a sus compañeros,
entre la turba intrépida buscando una salida,
40 como el que en la espesura descubre una serpiente
y tembloroso y lívido recula de repente.

- Héctor, que todo ha visto, le gritaba furioso:
¡Oh miserable Paris, mujeriego y hermoso
y falso! ¡Más valdría que no hubieras nacido
45 o hubieras muerto célibe sin verte convertido
en vergüenza y oprobio para toda tu gente!
¡Cómo van a reírse los crinados aqueos,
que te juzgan príncipe y capitán valiente,
al ver que sólo esconden tu porte y tus arreos
50 un pecho pusilánime! Y siendo tú quien eres
¿fuiste quien se arrojó en los raudos veleros,
llevando a tus iguales por mundos extranjeros,
y a la mujer más bella de todas las mujeres
desde un país remoto trajiste secuestrada
55 hoy nuera venerada, linaje de guerreros,
mas daño de tu padre, tu pueblo y tu ciudad,
anzuelo de enemigos, premio a tu liviandad?
¿No aguardas a pie firme a ese brote de Ares,
por ver de quién disfrutas la floreciente esposa?
60 ¡Qué valdrán cuando caigan los dones singulares

de Afrodita, tu cítara, tu cabellera undosa!
 ¡Cuán tímidos los teucros, pues no te han lapidado,
 con túnica de piedras vistiendo tu maldad,
 por los daños innúmeros que tú les has causado!

- 65 Y respondió Alejandro, igual a una deidad:
 Héctor, tu increpación es merecida y justa,
 pero te arrastra el mismo coraje que te enciende,
 pues tu inflexible ánimo es la segur que hiende
 el tronco y da más ímpetu a la mano robusta
 70 para cortar las tablas de las embarcaciones.
 Mas no por ser intrépido quieras echarme en cara
 los dones que Afrodita de oro me depara,
 que ni son desdeñables tan exquisitos dones,
 ni se escogen al gusto los divinos presentes.
 75 Lucharé frente a frente, cedo a tus intenciones:
 de uno y otro bando haz apartar la gente,
 y Menelao y yo a solas decidamos
 de Helena y sus riquezas quién ha de ser el amo.
 Queden para el que triunfe y sea el más valiente;
 80 y recobren jurada la armonía y la paz
 los troyanos, sus fértiles campiñas, y los otros,
 el suelo Argólide, criadora de potros,
 y de Acaya y sus lindas mujeres el solaz.

Héctor, al escucharlo, se interpone radiante
 85 entre los dos ejércitos. La lanza a medio astil,
 da el alto a los troyanos que paran al instante.
 Los crinados aqueos en actitud hostil
 ya van sobre él con dardos y piedras y saetas,
 y el rey Agamemnón a tiempo los aquieta

- 90 clamando a grito herido:
 ¡No tiréis, detenéos
 hijos de los aqueos! ¡Héctor del refulgente
 morrión se nos acerca para parlamentar!

- Dijo, y logra frenarlos y a todos acallar.
 y Héctor, puesto delante y en medio de los frentes:
 95 ¡Oíd, teucros y aqueos de las grebas lucientes!
 Nos ofrece Alejandro, por quien vino la guerra
 que depuestas las armas en la nutricia tierra
 del uno y otro bando, él solo y el ardido
 Menelao disputen a Helena y sus riquezas.
 100 Queden en la mansión del que haya vencido
 por su mayor braveza, y todos los demás
 juraremos el pacto de armonía y de paz.

Todos callan atónitos. Y Menelao atento
 siempre a la voz de guerra:

-Oídmelo ahora- exclama,

- 105 que de dolor transido mi corazón se inflama:
 De argivos y troyanos ya es mucho el sufrimiento;
 si es de Paris la culpa y si la ofensa es mía,
 que entre los dos escojan la muerte y el destino
 y acabe cuanto antes tan largo desatino
 110 Para el Sol y la Tierra traigan la ofrenda pía
 -una cordera parda y un cándido cordero-,
 y brindemos los dánaos al Zeus verdadero
 una tercera víctima. Que al punto se apersona
 Príamo, y nuestros votos el mismo los sancione;
 115 no sea que sus hijos, vanos y desleales,
 transgredan las promesas prestadas al Cronión.

Son mudables los jóvenes; los viejos son cabales,
el ayer y el mañana miden con atención
y a una y otra mano dan la justa porción.

- 120 Así dijo. Gozábanse aqueos y troyanos
el término entreviendo de la enconada guerra.
Paran brutos y carros, y echando pie a tierra,
dejan caer las armas, unos de otros cercanos
y a muy corta distancia una y otra legión.
125 Manda Héctor dos heraldos a la ciudad de Ilíon
por Príamo y las víctimas, y al punto el pregonero
Taltibio, a una orden del rey Agamemnon,
corre a las naves cóncavas en busca de un cordero.

2. HELENA EN LAS MURALLAS

- 130 A HELENA de albos brazos llega Iris mensajera,
en forma de Laódice su cuñada, que era
del rey Helicaón Antenórída esposa,
y en la prole de Príamo la hija más hermosa.
Hallóla en el palacio. A la sazón labraba
en doble tela púrpura motivos y trofeos
135 de los opuestos bandos que por ella bregaban:
los teucros domadores de potros, los aqueos
revestidos de bronce.
-Acompáñame hermana
querida -dijo Iris de las plantas livianas
acercándose a Helena-, y asómbtrate conmigo:
140 Ya las aqueas huestes y la gente troyana,
que ha poco derramaban el luto y el castigo
de Ares por el campo, hoy mudas y sentadas,

- codos sobre el escudo y picas enterradas;
de dos bravos esperan el duelo singular;
145 pues Menelao y Paris se van a disputar
lanza en mano el derecho de llamarte su esposa.

- Dijo, y le inunda el pecho de pena soledosa
por su anterior marido, sus padres, su ciudad.
Envuelta en blanco velo, llorando de ansiedad
150 dejó Helena la estancia. Sus doncellas celosas,
Clímene de anchos ojos y Etra, hija de Piteo,
acudieron tras ella hasta el Portal Esceo.

- Cuando Helena llegó, ya ocupaban el sitio
el rey Príamo y Pántoo y Timetes y Clitio,
155 Lampo e Hicetaón, el vástago de Ares,
el cuerdo Ucalegonte y el sesudo Antenor.
Subidos en la torre de los jefes troyanos,
por ser todos ancianos las filas militares
no acompañaban, pero infundían valor
160 con sus arengas, como cigarras estridentes
posadas en las selvas y las frondas eminentes.
Al verla, comentaban con discreto rumor:

- No es mucho si por ella los dánaos lucientes
y los teucros resisten tan largo padecer,
165 que una diosa semeja muy más que una mujer.
Mas váyase en sus naves, no sea su presencia
ruina de nuestro pueblo y nuestra descendencia.

- Mientras ellos comentan, Príamo le decía:
-Ven y a mi lado siéntate, y contempla, hija mía,

170 a tu anterior marido y amigos y parientes.
 No es tuya, es de los dioses esta luctuosa guerra,
 Ven y dime quién es aquel varón ingente,
 ese gallardo aqueo cuya presencia aterra.
 Hay otros más talludos, mas nunca vi su igual
 175 en majestad, en porte y en despejo real.

Y la divina Helena le dijo:

-Suegro amado

a quien temo y venero, ¿por qué no morí el día
 en que dejé por Paris mi lecho abandonado,
 mi niña de pañales, las compañeras mías?
 180 ¡Hoy no me consumiera llorando de aflicción!
 Mas escucha: Aquél es el rey Agamemnón
 cuñado ayer de esta misera y descarada,
 si es que toda esa historia no fue cosa soñada.

Y absorto contemplándolo, el anciano decía:

185 -¡Oh Atrida bienhadado y afortunado rey
 que tal copia de aqueos traes bajo tu ley!
 Yo anduve en Frigia, tierra de vides, en legión
 con los hombres de Otreo y el divinal Migdón
 que orillas del Sangario ataban sus corceles,
 190 cuando las Amazonas y sus guerras crueles;
 mas nunca vi de tropas tan innúmeros haces
 cual juntan los aqueos de miradas vivaces.
 Y luego preguntó, señalando a Odiseo:

-Y dime ahora, hija, ¿quién es aquel que veo,
 195 más bajo que el Atrida y de más ancho busto?
 Tiró al suelo las armas y recorre las filas

cual lanoso carnero -el parecido es justo-
 que las ovejas cándidas acompaña y ahila.

Y Helena, hija de Zeus, le responde al momento:

200 -Es la flor de Laertes, Odiseo el famoso,
 duro como su Ítaca, y el hombre más mañoso
 en tretas y en prudentes avisos y en inventos.

Y el sensato Antenor:

-Mujer, dices verdad.

Cuando, para buscarte y como embajador,
 205 vino él con Menelao, predilecto de Ares,
 en mi palacio mismo les di hospitalidad
 y agasajo. Llegaron a serme familiares
 sus personas, sus hábitos y su sabiduría.
 Cuando se presentaban en nuestra sociedad,
 210 Menelao, de pie, siempre sobresalía
 por sus anchas espaldas; mas, si estaban sentados,
 dominaba Odiseo con grave majestad.
 Luego, cuando hilvanaban ya sus alegaciones,
 Menelao fue nítido, si bien apresurado,
 215 y aunque el más joven, sobrio y escueto de
 razones;
 y Odiseo, después de haberse levantado,
 bajó un punto los ojos y se quedó apoyado
 en su cetro, indeciso... Parece que lo veo
 con su aire de simple o de encolerizado.
 220 Mas apenas del pecho lanzó la voz segura,
 ¿qué mortal pudo nunca compararse a Odiseo?
 Sus palabras llovían como copos de nieve,
 y su fascinación borraba su figura.

Repara en Áyax Príamo, y pregunta otra vez:

- 225 - ¿Y ese fornido aqueo de atlético relieve
que a los demás supera en traza y altivez?
Y la divina Helena del peplo rozagante:
-Es muralla de aqueos, es Áyax el pujante.
Y en dios raya el cretense Idomeneo, aquel
230 que cercan en tropel los cabos de su gente.
Nos llegaba de Creta, y era invariablemente
porque lo aposentaba siempre nuestro palacio
huésped de Menelao, señor de valentía.
A todos los distingo, y si tuviera espacio,
235 a los muchos aqueos presentes nombraría.
Mas dos caudillos faltan, y de la carne mía:
mis hermanos maternos: Cástor, el superior
jinete, y Polideuces, púgil y luchador.
¿Si de Lacedemonia no habrán venido acaso?
240 ¿O si los dos, ocultos en los barcos de guerra,
no quieren combatir ni osan dar un paso
para no defender mi oprobio y mis errores?

Mas ya en su seno pródigo los guardaba la tierra,
allá en Lacedemonia, solar de sus mayores.

3. EL PACTO

- 245 EN TANTO por las calles traen los pregoneros
dos rituales corderos para el voto divino.
y, don del suelo, un odre de confortante vino.
Crátera y copas de oro toma el heraldo Ideo,
y acercándose luego a Príamo el anciano:

- 250 -Ven, Laomedontiada -le dice-. Los troyanos
jefes, diestros jinetes, y los jefes aqueos
de bronce revestidos quieren que a la llanura
bajes y el juramento sanciones por tu mano.
Pues Menelao y Paris fian a la aventura
255 de sus lanzas el premio: la esposa y sus riquezas
serán de aquel que triunfe por su mayor braveza,
y cobrarán -jurada la armonía y la paz-,
los teucros, sus feraces campiñas, y los otros,
su terruño de Argos, criadora de potros,
260 y de Acaya y sus lindas mujeres el solaz.
Se estremece el anciano y manda que sus fieles
acudan sin tardanza y enganchen los corceles.
Las riendas coge; al sólido carro sube Antenor;
los dos en raudo curso los caballos arrean,
265 y al campo desembocan por las Puertas Esceas.
En pisando la tierra de seno provisor,
ambos se colocaron entre los contendientes.
El rey Agamemnon y Odiseo el prudente
se levantan al verlos. Y los nobles heraldos
270 agruparon las víctimas y mezclaron los caldos
en la profunda crátera, y el aguamanos dieron
a los reyes. La daga que llevaba prendida
al flanco de la espalda desenvainó el Atrida;
cortó por el testuz rizados de los corderos,
275 que a unos y otros jefes brindaron los voceros,
y las manos en alto, imploró de este modo:

-¡Glorioso Padre Zeus que reinas en el Ida!
¡Sol que todo lo ves y que lo oyes todo!
¡Ríos, Tierra y profundos Jueces de los perjuros!

- 280 Atestiguad en uno la fe comprometida:
 Si vence a Menelao Paris, quede seguro
 en posesión de Helena y todas sus riquezas;
 nosotros surcaremos el ponto en nuestras naves;
 si Menelao triunfa de Paris, con presteza
 a Helena y sus tesoros nos traigan los troyanos,
 compensen a los dánaos de sus perjuicios graves
 y sea justo ejemplo a todos los humanos.
 Mas si, en tal caso, Príamo y su generación
 rehusaren el pago de la indemnización,
 290 lucharé hasta cobrármela yo mismo por mi mano.

- Habiendo hablado así, degüella los corderos
 que, palpitando aún, se abatieron sin vida
 al robarles el bronce su aliento verdadero.
 Todos llenan las copas en la crátera henchida,
 295 y al tiempo que recitan promesas y oraciones,
 a los dioses eternos brindan sus libaciones.
 -¡Sumo y glorioso Zeus y demás inmortales!
 ¡Que vea, quien quebrante nuestros pactos leales
 a uno u otro bando -juraban los guerreros-,
 300 sus sesos y los sesos de sus generaciones,
 volcados como el vino de nuestras libaciones,
 y esclavas sus esposas de amos extranjeros!
 Mas sin honrar su voto los escucha el Cronión.
 Y Príamo el Dardánida se deja oír entonces:
 305 -¡Oh troyanos y aqueos de las grebas de bronce!
 Fuerza es que yo regrese a la ventosa Ilión.
 ¡Que no vean mis ojos (de pensarlo me aflijo)

- al fiero Menelao combatir con mi hijo!
 Zeus y demás dioses conocen ya la suerte,
 310 y a quién tiene el destino reservada la muerte.

Dijo, y a un dios igual, el añoso varón
 recoge los exánimes restos de los corderos;
 seguido de Antenor sube al carro ligero,
 y sacude las riendas y arrea para Ilión.

4. EL DUELO SINGULAR

- 315 HÉCTOR, hijo de Príamo, y el divino Odiseo
 miden la liza. El turno de la primer lanzada
 sortean en un casco de bronce. Una oración
 escapa de los labios de teucros y de aqueos,
 que a media voz recitan, las manos levantadas:
 320 -¡Glorioso Padre Zeus que reinas en el Ida!
 ¡Permite que quien trajo tantas calamidades
 descienda sin remedio a la mansión de Hades,
 y los demás logremos la amistad prometida!
- Héctor, el campeón del penacho altanero
 325 las suertes removía hurtando la mirada,
 y el tejo de Alejandro vino a saltar primero.
 Sentáronse los hombres en hileras formadas
 a par de sus corceles y sus armas labradas.
 Sobrevistió Alejandro -compañero de Helena
 330 la de hermosa melena -magnífica armadura:
 ajustóse las grebas de broches relucientes,
 le cedió la coraza su hermano Licaón,

colgó al costado el bronce de viva clavazón,
embrazó el grave escudo, y ceñida la frente
335 con espléndido casco de crinada cimera
que ondeaba terrible, empuñó decidido
una sólida lanza. De pareja manera
se aprestaba a su turno Menelao el ardido.

Cada uno se armaba a solas por su lado,
340 y cuando aparecieron en medio de la liza
con fulminantes ojos, se sienten espantados
los caballistas teucros y los bien pertrechados
aqueos. Ya se acercan, las lanzas hechizadas
blandiendo y observándose con atento rencor.
345 Su lengua jabalina manda Alejandro entonces;
botó el arma doblándose por la punta de bronce,
y atravesar no pudo el prevenido escudo
del Atrida, quien pronto ya para pelear,
invoca todavía al Padre verdadero:

350 -¡Oh soberano Zeus! Déjame castigar
al divino Alejandro que me ofendió el primero.
¡Muera a mis manos! Sea en la posteridad
ejemplo y enseñanza a todos los arteros
que el hospedaje violan y manchan la amistad!

355 Y arremete, y la pica atraviesa el escudo
del Priámida y abre la coraza labrada,
y fue a rasgar la túnica encima del ijar.
Libra el cuerpo Alejandro y evita el trance rudo;
y al instante el Atrida desenvainó la espada

360 de clavazón de plata, y la dejó cargar
furioso en la cimera del casco del troyano.
La espada, hecha pedazos, escapa de su mano,
y el despechado Atrida maldice su fortuna:

-¡Padre Zeus, funesto más que deidad ninguna!
365 La perfidia de Paris me apresto a castigar,
¡cuando se me destroza la espada inoportuna,
y ni con la lanzada lo he podido alcanzar!

Dice, y empuña a Paris por la rica cimera,
los crines del penacho torciendo de manera
370 que arrastra a su enemigo hasta la gente aquea.
Casi estrangula a Paris la bordada correa
que el caso le sujeta al cuello delicado.
¡Gloria inmensa! Consigo se lo hubiera llevado,
si al punto no lo hubiese advertido Afrodita,
375 flor de Zeus, que acude y le arranca y le quita
la correa de cuero de toro degollado.
Se va el casco vacío con el puño esforzado;
de un vaivén, lo echa el héroe entre sus
compañeros
de las lucientes grebas que al aire lo cogieron;
380 y nueva vez, habiendo recobrado su lanza,
para matar a Paris resuelto se abalanza.
Pero Afrodita, usando de su poder de diosa,
fácil en torno a Paris densas neblinas corre
y lo transporta al tálamo, a la estancia olorosa.

5. PARIS Y HELENA

385 FUESE en busca de Helena y la encontró en la
torre,
donde le daban corte las señoras troyanas;
y en apariencia de una vieja esclava hilandera
que allá en Lacedemonia le cardaba la lana
y por quien tuvo Helena singular afición,
390 tirando suavemente del perfumado velo
le dijo:
Ven, que Paris te espera en la mansión,
radiante de belleza y ataviado con celo,
en el tornido lecho de tu alcoba nupcial.
Nadie imaginaría que regresa de un duelo,
395 mas que se apresta a un baile o deja un festival.

Sobresaltado el ánimo volvió la cara Helena,
y, sin que la engañara el disfraz de la diosa
garganta y bustos únicos y mirada radiosa
¿Qué me quieres ahora? dijo de espanto llena,
400 ¡Cruel! ¿Querrás llevarme a alguna populosa
ciudad de Frigia? ¿Acaso a la Meonia amena,
para dar gusto a otro de tus mil favoritos?
¿Temes que Menelao recobre a esta oprobiosa,
si a esta hora Paris ya pagó su delito?
405 Ve donde esté Alejandro y siéntate a su vera;
no vuelvas al Olimpo, camino de las diosas;
ve a llorar y a velarlo junto a su cabecera;
ruégale que te tome por manceba o esposa.
No seré yo quien vaya a compartir su lecho
410 ni a buscar sus caricias, que vergonzoso fuera;

pues todas las troyanas lo vituperarían
y es mucho ya el pesar que conturba mi pecho.
Y Afrodita la diosa indignada decía:
¡No me hartes, insolente! Cuida no te abandone
415 y te aborrezca tanto como te amaba antes,
y a dánaos y a teucros de tal manera encone
y enfurezca de suerte que su odio se agigante
y te hagan parecer al fin de mala muerte!

Con ser hija de Zeus, Helena desmayaba.
420 En el velo magnífico y blanco se envolvió,
y dócil a la augusta deidad que la guiaba,
echó a andar en silencio, y ninguna la vio.
Ya en la mansión espléndida que Alejandro
habitaba,
las esclavas recobran sus labores y enseres,
425 y ella entra en la cámara de artesonados techos.
La risueña Afrodita la silla le acercaba,
y la hija de Zeus, diosa entre las mujeres,
al lado de Alejandro se sienta junto al lecho,
desvía la mirada y dice al seductor:

430 ¿Que vuelves del combate, y que no has perecido
a manos del valiente que antes fue mi marido?
¡Sin duda te imaginas por todo superior
a ese ramo de Ares en puños, fuerza y lanza!
Pues rétalos de nuevo, si tal es tu pujanza.
435 Mas ¡qué temeridad! Mejor es que desistas,
que al zaino Menelao no pienso que resistas.
Y Paris, a su turno:
¡Mujer! ¿Por qué terqueas

en amargar mi pecho y disputar conmigo?
 Si hoy venció Menelao por gracia de Atenea,
 440 ya llegará mi hora, que también tengo abrigo
 entre los Inmortales. Mas deja el ceño, ea:
 tendámonos los dos como buenos amigos.
 Con más ardor que nunca mi alma te desea.
 Ni cuando, arrebatada a tu amena mansión,
 445 dejé a Lacedemonia y navegué contigo
 a bordo de mis naves surcadoras del mar,
 y en la isla de Cránae se cumplió nuestra unión,
 ni entonces me ha encendido tal deseo de amar
 ni de sentirte mía me hallé más anheloso.
 450 Y hacia el lecho la atrajo, y ella siguió al esposo.

6. INTIMACIÓN DE LOS AQUEOS

MIENTRAS ellos gozaban el torneado lecho,
 buscaba Menelao como fiera en despecho
 a Paris. No lo vieron ni troyanos ni aliados,
 y ni de haberlo visto lo hubieran ocultado
 455 al iracundo Atrida: como la negra muerte
 les es ya aborrecible.

Y dijo de esta suerte,
 hablando a los ejércitos, el rey Agamemnón:
 -¡Oh, troyanos y dárdanos y aliados, escuchad!
 Menelao el de Ares venció, y es la verdad.
 460 Que, además de pagársenos justa indemnización,
 Helena y sus riquezas vuelvan a nuestras manos,
 para futuro ejemplo de todos los humanos.
 Lo aprueban los aqueos con larga aclamación.

IV VIOLACIÓN DE LOS JURAMENTOS Y REVISTA DE LAS TROPAS

En la cuarta rapsodia, la traición de Pándaro, que ataca a mansalva al vencedor Menelao, viene a violar los pactos y ocasiona la reanudación de la guerra. Agamemnón pasa revista a las tropas exhortando a los capitanes, y sobreviene el encuentro. La revista permite conocer más de cerca al ejército aqueo. 1. Entre los dioses: A instancias de Hera, empeñada en la ruina de Ilión, y para que la guerra no acabe con el cumplimiento del pacto, Zeus encarga a Atenea que sugiera alguna violación a los troyanos. 2. El pacto violado: Atenea asume la figura de Laódoco y aconseja a Pándaro que tienda el arco contra Menelao, el cual sólo recibe una leve herida. 3. La revista de Agamemnón: Obligado así a continuar el combate, Agamemnón recorre a pie las filas, arengando a sus capitanes. 4. Primer choque: Primeros incidentes bélicos que cubren el campo de cadáveres.

1. ENTRE LOS DIOS

AL CONSEJO de Zeus los dioses asistían
 sentados en el áureo solar, y todos beben
 el néctar que escanciaba la venerable Hebe,
 brindando en copa de oro. A sus pies se extendía
 5 la vastedad de Troya. El Cronión, de repente,
 por hostigar a Hera dijo con ironía:

-A Menelao sirven dos diosas junta mente
 -Hera la argiva es una, y otra, la Alalcomenia-,

- satisfechas con verlo a distancia prudente,
 10 mientras que la risueña Afrodita se ingenia
 por escudar a Paris de cerca, y cuando él mismo
 se daba ya por muerto, lo sacó del abismo.
 Mas ha ganado el triunfo Menelao el de Ares.
 ¿Qué norma fijaremos, qué curso a los azares?
 15 ¿Han de reanudarse la guerra y sus horrores
 o reconciliaremos a los pueblos en pugna?
 Porque, si a todos place y a ninguno repugna,
 que la ciudad de Príamo guarde a sus moradores,
 y cobre norabuena Menelao a su Helena.
- 20 Mas Hera y Atenea, sentadas a su lado,
 para sí concertaban la caída de Ilión.
 Aquélla contra el padre disimuló su enfado,
 y pudo más en ésta la voz de la pasión
 y abrió el pecho al econo que tenía guardado:
- 25 - ¿Qué palabra profieres, oh terrible Cronión?
 ¿Y en balde sudo y brego, y de uno a otro lado
 hago que me acarreen mis exhaustos corceles
 para juntar ejércitos y amontonar bajeles
 contra el pueblo de Príamo? ¿Y quieres que de
 grado
- 30 te obedezcan los dioses?

Y contestó indignado

Zeus, Señor de Nubes:

-Pues ¿qué daño, demente,
 qué agravio has recibido de Príamo y su gente
 que así te ensañas contra la bien murada Ilión?

- Sí, quebrando sus puertas, si crudos devoraras
 35 en tu enajenación a todos los troyanos
 y a Príamo y sus proles, tal vez te apaciguaras.
 Aunque mucho me cuesta, cumple pues tus
 antojos,
 no sea que los dioses vengamos a las manos.
 Mas oye lo que digo: Si, pese a tus enojos,
 40 me da por destruir pueblos de tus amigos,
 déjame que lo haga según mi voluntad,
 ya que consiento ahora en tu arbitrariedad.
 De cuantas poblaciones abriga el pabellón
 del sol y las estrellas, era la sacra Ilión
 45 mi preferida. A Príamo y a sus huestes armadas
 de agudos fresnos tuve siempre en mi corazón.
 Sus aras me rendían el debido sustento:
 libaciones y víctimas y la grasa quemada
 y cuanto honor se debe a nuestro acatamiento.
- 50 Y Hera, la augusta diosa de ojos de novilla:
 -Yo, por mí, a tres ciudades quiero sobremanera,
 y son Argos, Esparta, Micenas altanera.
 Cuando te plazca, puedes hundirlas en rencillas;
 destrúyelas, que yo ni me opondré siquiera,
 55 y de poco valdría, pues tanto me superas.
 Mas no burles mi empeño, que así sólo me
 humillas.
 No entiendo que me ultraje quien es de mi linaje,
 pues soy la hija mayor de Cronos el Artero,
 y además soy tu esposa, Rey de los Inmortales.
 60 Transijamos los dos; nos seguirán leales
 todos los demás dioses. *Da orden que Atenea*

*al campo de batalla se traslade en el acto
y haga que los teucros desconozcan el pacto,
burlando el engreimiento de la legión aquea.*

- 65 No la desoye el padre de dioses y de humanos,
y al punto da la orden que obedece Atenea:

*-Ve prestamente al campo de aqueos y troyanos,
y haz que éstos en el acto desconozcan el pacto,
burlando el engreimiento de la legión aquea.*

2. EL PACTO VIOLADO

- 70 ASÍ LE ordena, y ella, que no tiene otro anhelo,
deja la cumbre olímpica en presuroso vuelo.
Cual portento que el hijo de Cronos el Artero
manda, en el resplandor de una errática estrella,
para los navegantes o para los guerreros,
75 y despidiendo chispas se divide en centellas,
tal en radioso lampo fue Pallas Atenea
a dar a medio campo. Pásmanse las aqueas
huestes y las troyanas, y no falta quien diga:

- ¿Si empezará de nuevo la bélica fatiga,
80 o si nos manda Zeus el signo de amistad,
árbitro que decide los conflictos humanos?
Así se preguntaban aqueos y troyanos
mientras, disimulada su forma, la deidad,
los rasgos asumiendo del altivo varón
85 Laódoco Antenórida, buscaba en las mesnadas
a Pándaro, retoño del claro Licaón,*

que trajo del Esepo sus huestes bien armadas.
En medio de sus bravos descubre al campeón
y se acerca y le dice con palabras aladas:

- 90 -¿Me escucharás, retoño del bravo Licaón?
¿Podrán con Menelao tu arco y tus viras leves?
Entre todos los teucros, si es que a tanto te atreves,
¡Oh, qué fama ganarás! Te diera ciertamente
el príncipe Alejandro los más ricos presentes
95 al ver que, derrumbado por obra de tus viras,
al fiero Atrida alzaban en la fúnebre pira.
La flecha apronta, y lánzala sobre el Atrida, ea,
y al Licio Arquero Apolo ofrézcanle tus preces
la hecatombe de indemnes corderos que merece,
100 para cuando retornes a la sacra Zelea.

- Vencido el insensato por la voz de Atenea,
desenfundó al instante su grande arco, hecho
con las enormes astas de un íbice montés,
que él mismo fue acechando y atravesó en el
pecho,
105 al saltar de una roca, y tumbó del revés.
Dieciséis palmos juntos los dos cuernos medían.
Bruñidos y ensamblados, para mayor decoro
el hábil artesano les puso el gancho de oro.
El tirante del arma Pándaro desenreda;
110 contra el suelo la dobla cargando el cuerpo entero;
una valla de escudos alzan sus compañeros:
temen que los tenaces enemigos lo agredan
antes que pruebe el hierro el belicoso Atrida.

Abre el carcaj y busca una flecha escogida,
mensajera de duelos, y aún no disparada,
y al Licio Apolo ofrece la hecatombe sagrada
-corderos primogénitos- para cuando se vea
otra vez en la tierra nativa de Zelea.
Nervio de buey y plumas pellizca a un tiempo, y
tira

- 120 hasta que toca el arco el hierro de la vira.
Hecha una rueda el arma rechina, y da un crujido
la cuerda. Salta y vuela la puntiaguda flecha
y sobre los ejércitos al blanco va derecha.
Los Bienaventurados no están desprevenidos,
125 oh Menelao, y nunca te pueden olvidar,
y menos Atenea, del botín juez y dueño,
quien se interpone y pronta la saeta desvía,
como cuando la madre hace por ahuyentar
la mosca que del hijo turba el plácido sueño.
130 La aborrecida flecha perdió la puntería,
dio en los anillos de oro que el cinturón enlazan,
y atravesando el cuero labrado y la coraza
-aunque doblada y sólida-, traspasó la ventrera,
que a modo de barrera los dardos detenía
135 y vino a ser entonces la mejor vestidura.
Verdad es que la flecha lo alcanzó todavía,
de suerte que al instante brotó la sangre oscura.
Suelen las de Meonia o Caria empurpurar
el marfil de los frenos (presea codiciada,
140 mas ellas para un príncipe la tienen bien guardada,
que es lujo del caballo y del jinete al par).
Así, oh Menelao, por tus muslos hermosos
corrió la tinta sangre bajando a los tobillos.

- El rey Agamemnon se acerca pesaroso,
145 y también se estremece Menelao el caudillo
al verse ensangrentado; mas como pronto advierte
que se han quedado fuera las barbas y el nudillo,
sosiégase su pecho: la herida no es de muerte.
La mano le da el rey y exclama suspirando,
150 entre los compañeros que ya lo están llorando:

- ¡Ay, hermano querido! Yo provoqué tu muerte
cuando quise ofrecerte por solo campeón
de aqueos contra teucros. Te hieren a traición
y el pacto pisotean. Pero no serán vanos
155 los votos ni la roja sangre de los corderos
ni el vino derramado ni el apretón de manos
en que tanto creíamos, porque tarde o temprano
el agraviado Olímpico reclamará sus fueros.
Ellos y sus mujeres e hijos, como arteros
160 sufrirán el castigo. Lo sabe el corazón,
la mente lo adivina: llegará la ocasión,
y Príamo y sus lanzas de fresno y sus mesnadas
se hundirán en el polvo de la sagrada Ilión,
cuando el señor del éter, el excelso Cronión,
165 contra ese pueblo agite su Égida ensañada.
Así tendrá que ser sin que nadie lo impida;
Mas ¿cómo consolarme si se extingue la vida
que te otorgó el destino? ¡Con humillada frente
regresaré a mi árida Argos! Pues ya preveo
170 que, añorando su patria lejana, los aqueos
en el poder de Príamo y la troyana gente
han de dejar a Helena la argiva por trofeo,
mientras aquí en la Tróade se corrompe tu huesa

como recuerdo único de la inútil empresa;
 175 y acaso un altanero, sobre la sepultura
 del prócer Menelao, se atreva a declarar:
 "¡Logre así Agamemnon las venganzas que jura!
 Con populoso ejército nos vino a saltar,
 y con naves vacías tuvo que hacerse al mar,
 180 del prócer Menelao dejando los despojos!"
 ¡Antes que tal afrenta se puede proclamar,
 ábrase la ancha tierra y esconda mi sonrojo!

Y el zaino Menelao lo consoló al instante:
 -Repórtate y no alarmes a la tropa. No dio
 185 la flecha en parte noble, porque la resistió
 el cinturón labrado, y estaban por delante
 el gambax y ventrera de sólidas labores.

Y Agamemnon:
 -¡Hermano, ojalá que así sea!
 Palpe la llaga un médico y prontamente vea
 190 de aplicar el alivio a tus crueles dolores.

Y luego, dirigiéndose al heraldo Taltibio:
 -Busca, Taltibio, al hijo de Asclepio, a Macaón,
 médico irreprochable: que han flechado a traición
 a Menelao Atrida, el valiente guerrero;
 195 obra de algún troyano o algún licio certero,
 hazaña para él, llanto para nosotros.

Atiéndelo el heraldo divino, y con esmero
 busca por la bronceína turba, de unos en otros;
 descubre al fin su vista al jefe Macaón

200 en las compactas finas de armados escuderos
 que trajo desde Trica, la nodriza de potros, y:
 Ven -dice- Asclepiada, te llama Agamemnon,
 que por un teucro aleve o algún licio certero
 (hazaña para él, llanto para nosotros).
 205 Menelao el Atrida fue flechado a traición.

Oyólo el Asclepiada turbado el corazón.
 Rompiendo por mitad del vasto campamento,
 encuentran al herido. Igual a una deidad,
 cercado Macaón de jefes, al momento
 210 arranca la saeta; mas se doblan las puntas
 barbadas. Suelta entonces el fuerte cinturón
 y la faja y la chapa de la ventrera juntas,
 y al descubrir la herida y la sangre manante,
 chupa en la misma llaga, y sin vacilación
 215 y cuidadosamente le aplica los calmantes
 que le mostró su padre, a quien los diera antes
 en prueba de amistad el anciano Quirón.

Pero mientras rodean al valeroso herido,
 he aquí que las cohortes troyanas se han movido
 220 y requiriendo arneses se aprestan a la guerra.

3. LA REVISTA DE AGAMEMNÓN

NO DUERME, ni el combate rehuye ni se aterra,
 antes se precipita el rey Agamemnon,
 y ansioso de ganar la gloria del varón,
 deja el carro de bronce recamado y las guías,
 225 los corceles confía al fiel Eurimedonte,

hijo de Tolomeo Piraida, diestro auriga,
 para que lleve el carro a su lado, y lo apronte
 en cuanto dé señales de la menor fatiga,
 pues quiere andar a pie por entre las hileras,
 230 de cerca gobernado las escuadras guerreras.
 De uno en otro, a los dánaos de ágiles corceles
 que encontraba animosos, les da nuevo ardor:

-¡Nunca fue el padre Zeus amparo del traidor!
 ¡No desmaye el desnudo de mis argivos fieles!
 235 Quienes la fe violaron han de pagar su error:
 serán pasto a los buitres sus cuerpos abatidos,
 y sus hijos y esposas, botín de los bajeles,
 en cuanto sus murallas hayamos derruido.

Mas si encontraba algunos tardos y renuentes,
 240 -¡Argivos!- les gritaba airado ¿Solamente
 con el arco y de lejos pretendéis pelear?
 ¡Vituperable gente! ¿Y podéis soportar
 que os halle con tal aire de corza desvalida
 tras de correr los campos en vergonzosa huida?
 245 ¿Cómo tan indecisos? ¿O queréis esperar
 que los teucros alcancen el espumoso mar
 y lleguen de las naves a las popas gallardas,
 por ver si de algún modo el Cronión las resguarda?

Así mandando en jefe las tropas recorría,
 y así llegó hasta donde los cretenses se armaban
 en pos de Idomeneo, el príncipe arrojado
 que como un jabalí fiero los predecía
 en tanto que Meriones atrás los arengaba.

Y el rey de hombres dijo, de gozo transportado:
 255 -Por singular manera te honro, Idomeneo,
 entre todos los dánaos de ágiles bridones:
 único en las peleas y en otras ocasiones,
 como en cuando en las cráteras los próceres aqueos
 mezclan el negro vino de las celebraciones.
 260 Los crinados guerreros consumen sus raciones
 iguales, como cumple a cada bebedor,
 mas tu copa rebosa siempre como la mía,
 y lo mismo que yo bebes a tu sabor;
 y ahora que de nuevo te llama la porfia,
 265 hazlo como quien eres y acude con valor.

Y el caudillo cretense le dijo al punto:
 -Atrida,

de mí vive seguro, tu amigo Idomeneo
 es fiel a la palabra que tiene prometida.
 Ve tú y exhorta a todos tus crinados aqueos.
 270 Pues los teucros violaron la fe del pacto, sea:
 páguenlo cuanto antes y empiece la pelea.
 La muerte los aguarda, y mil calamidades,
 castigo merecido por sus deslealtades.

Pasó adelante el rey, gozoso el corazón,
 275 y dio con los dos Áyaces, que con gran prontitud
 armaban a su densa tropa de infantería.
 Cual sobre mar empuja preñado nubarrón
 de oscura pez el Céfiro, y agobia de inquietud
 al pastor espantado que la tormenta espía
 280 desde un risco, y acorre y encierra su ganado
 en la cueva más próxima, así se revolvían

las falanges compactas, los Áyaces al centro:
nuevas crías de Zeus que con escudo y lanza
acuden arrogantes al temeroso encuentro.

- 285 Regocijado el rey no esconde su confianza:
-¡Oh, príncipes argivos de bronce pertrechados!
¡Huelga exhortaros, Áyaces, que ya os valéis
vosotros!
¡Oh Zeus, Atenea Y Apolo venerados,
ojalá que igual ánimo poseyeran los otros,
290 que la ciudad de Príamo y los muros troyanos
ya serían escombros en estas nuestras manos!
Siguió adelante el rey. Néstor, el elocuente
orador de los pilios, ordenaba su gente.
Pelagonte y Alástor, Cromio y el rey Hemón
295 lo estaban ayudando, y el caudillo Biante.
Los carros y corceles formando por delante,
y por la retaguardia la escogida legión
de sus inmovibles tropas de infantería
- de modo que, en el medio, los de menor valía
300 se vieran constreñidos a luchar sin remedio-,
cometió a los carreros el frenar los bridones
para no hacer tumultos y evitar confusiones:
Nadie por gala ecuestre ni en halarde hazañero
se adelante a las filas, ni menos retroceda,
305 que quien así lo hace en ese sitio queda.
Mas quien desde su carro dé alcance a otro carrero,
arrójele la lanza como lo halle cercano.
Con tal prudencia y ánimo, los hombres de otros
días
debelaban ciudades y murallas rendían.

- 310 Oyendo las arengas del diestro veterano,
Agamemnón le grita enardecido:
-¡Anciano,
como tienes el pecho soberbio y sin mancilla
tuvieras aún ágiles recias las rodillas!
Mas la vejez te abruma, la que a nadie perdona.
315 ¡Te me volvieras joven por rara maravilla,
y el fardo de tus años cargara otra persona!

- Y le responde el claro jinete de Gereno:
-Atrida, bien quisiera ser el mismo que era
cuando tendí en el polvo al fiero Ereutalión.
320 Mas nunca dan los dioses en haz todo lo bueno:
lo que ayer juventud, hoy es resignación.
Desde arriba del carro cumpliré la misión
de arengar a los mozos, privilegio de ancianos,
mientras los brazos jóvenes, que aún tienen
pujanza,
325 se hartan con el júbilo de sacudir la lanza.

- Y el rey Agamemnón siguió adelante ufano,
y dio con el eximio jinete Menesteo,
el hijo de Peteo, junto a los ya probados
guerreros atenienses, y descubrió a su lado
330 entre sus cefalenios al sutil Odiseo.
Como el grito de guerra no llegó hasta sus filas,
y apenas se aprestaban los troyanos y aqueos,
las huestes a pie firme esperaban, tranquilas,
que alguna otra escuadra se destacara al frente.
335 Al verlos, el Atrida les reclama impaciente:
-¡Hijo del rey Peteo, el alumno de Zeus!

Y tú, el sutil, fecundo tan sólo en malas artes!
 ¿Así esperáis medroso que os sirvan de baluarte
 y tomen la ofensiva tal vez otros guerreros,
 340 cuando habíais de andar entre los delanteros
 y reclamar el sitio en la dura pelea?
 Acudís sin demora cuando la flor aquea
 se junta en los festejos. ¡Cuál disfrutáis entonces
 las tajadas de carne y el deleitoso vino!
 345 ¡Y ahora pretendéis que os limpien el camino
 diez columnas delante con los agudos bronce!

Y el sutil Odiseo lo mira torvamente:
 -¿Qué palabras salieron del cerco de tus dientes?
 Verás, cuando empujemos la cólera de Ares,
 350 si es que somos remisos al combatir nosotros,
 y al Padre de Telémaco, disputar los lugares
 que pisen los troyanos domadores de potros,
 ya que a tanto te atrevas. Y retira ese ultraje,
 porque es sin fundamento y vano tu lenguaje.

355 La ira del guerrero contenta a Agamemnon
 que dijo, retractándose, mientras le sonreía:

-¡Divino Laertiada, Odiseo ingenioso!
 No quise serte odioso ni tal fue mi intención.
 Bien sé que hay en tu pecho una extraña bravía
 360 que en todos los extremos concierta con la mía.
 Si te hirió mi arrebató, olvídale al momento,
 y los dioses permitan que se los lleve el viento.

Dijo y pasó adelante. El tiro ya enganchado,
 rienda en mano, Diomedes, bravo hijo de Tideo,
 365 se hallaba junto a Esténelo, hijo de Capaneo,
 y al verlo Agamemnon le reprochó indignado:
 -¿Tiemblas, Tidida, hijo del domador de potros,
 y observas azorado el avance enemigo?
 No solía Tideo temblar de igual manera,
 370 mas iba a la cabeza de unos y de otros
 -cuantos lo presenciaron afirman lo que digo
 pues no lo vi luchar-, y en las filas primeras
 a todos superaba. Fue a Micenas un día,
 no en son de guerra, sino haciendo compañía
 375 al prócer Polinices, de las deidades par,
 y en recluta de tropas para atacar los muros
 de la sagrada Tebas. Refuerzos nos pedían,
 y ya los ciudadanos los iban a prestar,
 cuando se opuso Zeus por indicios seguros.
 380 Despidiéronse entonces, y tras mucho viajar,
 hollaban del Asopo las tupidas riberas
 que pueblan los juncuales y visten las praderas,
 cuando segunda vez mandaron los aqueos,
 para tratar con Tebas, a tu padre Tideo.
 385 En casa de Eteocles, reunidos al banquete,
 pronto lo rodeaban numerosos cadmeos.
 Era extranjero único el eximio jinete,
 pero a todos los iba retando sin temor,
 y en todas las contiendas salía vencedor
 390 por gracia de Atenea. Cumplida su embajada,
 los diestros caballistas lo tomaron a mal;
 y con cincuenta mozos, le pusieron celada
 Polifonte Antifónida, hombre intrépido y fuerte,

4. PRIMER CHOQUE

y Meón el Hemónida, remedo de inmortal.
 395 Pero a todos Tideo castigó con la muerte,
 salvó a Meón, dejándolo que a la ciudad tornara
 en obediencia a cierto mandato celestial.
 ¡Tanta era la pujanza de Tideo el etolo!
 ¡Rubor para su vástago, que no se le compara
 400 en la lid, y en el ágora lo supera tan sólo!

Calló Diomedes ante su jefe venerado,
 mas no Esténelo, brote del claro Capaneo:

-No mientas a sabiendas, famoso hijo de Atreo.
 Los dos a nuestros padres hemos aventajado,
 405 pues hundimos a Tebas y sus siete portales
 -los hombres eran menos, los muros más cabales-;
 que plugo al alto Zeus guiar nuestra bravura
 donde ellos perecieron por su propia locura.
 No midas a los padres y a su generación
 410 por el mismo rasero e igual estimación.

Y aquí con torvo ceño le interrumpió Diomedes:
 -Contente, caro amigo, y mira que te excedes.
 Yo no me enfado, y dejo que el rey Agamemnón
 exhorte a su talante a los bravos aqueos
 415 de las lucientes grebas, pues a las claras veo
 que será suyo el triunfo si rendimos a Ilión,
 y suya la derrota si vencen a los troyanos.
 ¡Y basta de razones, luchemos con valor!
 Bajó de un salto a tierra, las armas en las manos,
 420 y el bronce contra el pecho retiñó de manera
 que aun el más denodado pudo infundir pavor.

COMO invaden las ondas la sonora ribera
 cuando el soplo del Céfiro las hincha en alta mar,
 y en playa y promontorio revientan, escupiendo
 425 espuma, y se desflecan con horrísono estruendo,
 así fila tras fila se miran avanzar
 en ondas incesantes las aquivas legiones.
 Sólo se oyen las órdenes que dan los comandantes
 -pues mudos y obedientes marchan los batallones
 430 cual si la voz faltara en tantos corazones-,
 y las labradas armas lanzan luces reflejas.
 Los teucros, por su parte, acudían ligeros,
 mas con aquel clamor de la turba de las ovejas
 cuando, ordeñadas, oyen balar a los corderos
 435 en el repleto establo de un rico ganadero;
 porque así adelantaban con largo vocerío,
 y como eran pueblos de tan varia nación,
 se mezclaban las hablas del inmenso gentío
 en loca confusión. A unos presta brío
 440 el indomable Ares, y a otros, Atenea
 la Ojizarca; mas de unos y otros se enseñorean
 ya el Terror, ya la Fuga, ya la Discordia, hermana
 sedienta y homicida del Amo de la Guerra,
 que al pronto se presenta bajo figura enana,
 445 y crece y se agiganta según pisa la tierra
 hasta que el cielo mismo alcanza con la frente.
 Ella, abriéndose paso, lanzó entre los ejércitos
 la llama del encono para todos maléfico
 y acrecentó la rabia entre los combatientes.
 450 Sobrevino el encuentro, y los combos escudos

chocaron con estrépito, y las cruzadas lanzas,
y los bravos armados de bronce y de pujanza.
El moribundo gime, y suben los agudos
gritos del vencedor, y el suelo se ensangrienta.

455 Despeñados torrentes que ruedan y se enfrentan
y, al estruendoso asalto de sus aguas hirvientes
en el hondo barranco se mezclan con tal saña
que hasta el pastor distante los oye en la montaña,
así los dos ejércitos con clamoreo ingente
460 y enmarañado empuje chocaron de repente.

Antíloco el primero dio la muerte a Equepolo
Talisíada, el teucro que a la vanguardia y solo
luchaba como fiera. Abrióle la cimera
del casco empenachado, lo alanceó en la frente,
465 lo clavó por el cráneo; y, torre derrumbada,
rodó en el polvo el héroe con la vista nublada.

Pronto el Calcodontíada Elefenor -caudillo
de los fieros abantes- lo asió por el tobillo,
y lo arrastró queriéndole quitar el armamento
470 lejos de la pelea. Poco duró su intento,
pues como al inclinarse descubriera el costado,
Agenor el magnánimo lo acometió al momento
y lo dejó en el sitio tendido y extenuado.
Cayó Elefenor, y sobre sus despojos,
475 como feroces lobos hambrientos de matanza,
aqueos y troyanos riñeron con arrojo.

Áyax el Telamonio tiró un bote de lanza
a Simoisio, joven en flor a la sazón

e hijo de Antemión; aquel a quien su madre
480 a la orilla del Simois dio el nombre y dio la vida,
cuando del Monte Ida bajaba con sus padres
que guardaban ovejas por aquellos alcores.
Murió sin compensar a sus progenitores
ni pagar su crianza, no vivió largo trecho;
485 que, cuando arremetía, lo detuvo la lanza
de Áyax, ensartándolo por el seno derecho,
y salió por la espalda el bronce puntiagudo.
Cayó el guerrero a tierra, terso álamo crecido
al borde de anchurosa laguna y cuyas guías
490 corta el tajante hierro del carrero forzado,
para servir de pinas al carro, y deja el tronco
en el lugar secándose desamparado y bronco.
Que así despojó Áyax, linaje del Cronión,
al triste Simoisio, el hijo de Antemión.

495 El Priámida Ántifo, de labrada coraza,
dardo en alto se acerca y a Áyax amenaza,
mas fue a rasgar la ingle de Leuco casualmente
-el valeroso amigo de Odiseo el prudente-,
quien rodó sobre un cuerpo que entonces
arrastraba
500 y que largó su mano al tiempo que rodaba.

De bronce revestido y el alma conturbada,
del malogrado amigo buscando al matador,
sobrepasa Odiseo las filas avanzadas,
y allí, blandiendo el arma, miraba en derredor
505 haciendo replegarse a todos los troyanos.
Al fin arroja el dardo, y no lo arroja en vano:

hiere a Democoonte, aquel hijo bastardo
de Príamo, guardián de las yeguas de Abido,
a quien de parte a parte las sienes atraviesa.
510 Los ojos del guerrero cubre la sombra espesa,
y en un fragor de armas se desploma vencido.
Sin poder dominarse, los hombres delanteros,
y aun Héctor con ser bravo, todos retrocedieron.
Con un clamor de triunfo pujaron los aqueos,
515 al punto levantaron cadáveres y arreos.
Y Apolo, que de Pérgamo miraba la contienda,
amonestó a los teucros con una voz tremenda:

-¡A ellos, domadores de potros! ¿Quién se arredra?
Hended con vuestros bronces por las masas
hostiles,
520 que no son los argivos de hierro ni de piedra,
ni para darles ánimos los acompaña Aquiles,
el de Tetis- Nereida de cabellera hermosa-,
antes rumia en sus naves la ira que lo acosa.
Tal dijo el dios terrible desde su ciudadela.
525 Mas la hija de Zeus, la Tritogenia diosa,
corre entre los aqueos y su furor flagela.
Y aquí el Amarincida Diores cayó en el lazo
mortal. De una pedrada le destrozó el tobillo
derecho Píroo Imbrásida, el eniense caudillo
530 que manda a los de Tracia. Diores tiende los
brazos
e implora, case exámine, la ayuda de su gente,
derribado de espaldas, rotos hueso y tendones
por las rugosidades de la piedra inclemente;
y Píroo pone término a sus tribulaciones

hincándole la lanza muy cerca del ombligo.
Las entrañas saltaron, se apagó su mirada.

Y cuando ya dejaba tendido al enemigo,
recibió en la tetilla una feroz lanzada
de Toas el etolo, que le pasó el pulmón.
540 Toas cobró su lanza con precipitación
y rematando a Píroo le descargó la espada
en la mitad del vientre y le arrancó la vida.
Ya iba a arrebatarse las armas codiciadas,
mas con sus largas picas súbitos lo cercaron
545 los tracios del airoso mechón en la cabeza;
y aunque varón fortísimo y lleno de entereza,
tuvo que echarse atrás. Y así se derrumbaron
juntos el jefe tracio y el capitán epeo,
entre otros cadáveres que los acompañaron,
550 revolviendo en el césped sus lucidos arreos.

Quien libre por ventura de los agudos bronces
hubiera recorrido el campo de pelea,
por Palas Atenea llevado y protegido,
no lo tomara a juego. Hubiera visto entonces
555 innúmeros guerreros por el suelo tendidos:
aqueos y troyanos, aquel aciago día,
lado a lado y de bruces sobre el polvo yacían.

V

ARISTÍA DE DIOMEDES

La quinta Rapsodia nos ofrece por primera vez un cuadro característico de La Iliada: la presentación de una figura heroica en primer término, en la culminación de sus hazañas, su aristía o "principalía" como otros proponen. En el caso, la culminación de Diomedes se prolonga hasta la primera mitad de la sexta Rapsodia. La de Agamemnón ocupa la undécima; la de Patroclo, la decimasexta; la de Menelao, la decimaséptima. La mayor singularidad está en la capacidad de Diomedes para combatir contra los dioses: 1) Atenea le infunde un valor sobresaliente (1-8); 2) renueva su influjo cuando el héroe es herido por Pándaro, y le concede el don de reconocer a los dioses mezclados en la batalla, pero le recomienda que sólo se atreva a combatir contra Afrodita (125-130); 3) Diomedes ataca y hiere a Afrodita y, como ella se queja con su madre Dione, ésta le recuerda "que quien a un dios se atreve no alcanza la vejez" (340 y ss. Y 377 y ss.); 4) Diomedes, enfurecido, ataca al propio Apolo, que lo obliga a retirarse (438-451); 5) Diomedes retrocede al reconocer a Ares y ordena a los aqueos que se replieguen (603-614); 6) Atenea autoriza a Diomedes para combatir contra Ares (830-840); 7) Diomedes hiere a Ares, que escapa hasta el Olimpo para quejarse con Zeus (854-892). El proceso continúa así en la Rapsodia VI; 8) Los aqueos retroceden, temiendo otra vez la presencia de Ares (108-9); 9) Diomedes declara a Glauco que, si es un dios, no luchará contra él, hermoso episodio que se resuelve por la amistad que antaño unió a sus padres (127-128 y 214 y ss.). Las continuas referencias de la Rapsodia V a la ausencia de Aquiles parecen decirnos que, a falta de éste, es indispensable el magno esfuerzo de Diomedes, de acuerdo con lo que se nos previno en II, 760-1, a saber: que el propio Áyax sólo descuella en ausencia de Aquiles. 1. Hazañas: Diversos encuentros personales. Para detener la furia de Diomedes, Pándaro logra herirlo de un flechazo, pero Atenea cura al herido, que sigue haciendo destrozos. 2. Fin de Pándaro: Diomedes, atacado por Pándaro y Eneas, mata al primero. 3. Afrodita herida: Diomedes hiere a Eneas, que es salvado por Afrodita, y alcanza a ésta con el dardo, cuando ella lleva en

brazos a Eneas. La diosa huye. Breve escena olímpica. Entretanto, Esténelo, por orden de Diomedes, se apodera de los famosos caballos de Eneas. 4. Apolo detiene a Diomedes: Apolo recoge del suelo a Eneas, abandonado por Afrodita. Por arrebatarse al herido, Diomedes se lanza contra el dios, y es fuerza que éste lo reprenda y obligue a retroceder. Apolo pide a Ares que aleje al Tidida. Ares exhorta a los troyanos, asumiendo la apariencia de Acamas. 5. Contraataque troyano. Sarpedón exhorta a Héctor. Ares y Apolo ayudan a los troyanos. Eneas vuelve a la lucha, restaurado por Apolo en Pérgamo. Sobrevienen varios encuentros. 6. Sarpedón y Tlepólemo: Enfrentados en combate singular, Sarpedón queda mal herido, y Tlepólemo perece. Siguen los encuentros. 7. Intervención de Hera y Atenea: Las diosas obtienen de Zeus el permiso de expulsar a Ares del combate, y Atenea comienza por confortar a Diomedes, que ya se mostraba fatigado. 8. Ares herido: Guiado por Atenea, Diomedes hiere a Ares, que huye al Olimpo, donde Zeus hace que Peón cure su herida.

1. HAZAÑAS

PLUGO infundir entonces a Palas Atenea
valor y audacia únicos en Diomedes Tidida,
por que a todos los dánaos ofuscarse su fama.
Su casco y su pavés en fuego centellean
5 como el astro de otoño que baña el mar. Prendida
en su busto y sus sienes la inextinguible llama,
hasta el mayor tumulto la diosa lo acarrea
y lo planta en el centro mismo de la pelea.

Sacerdote de Hefesto en la ciudad de Ilión
10 fue Dares, opulento e intachable varón.
Sus dos hijos, Fegeo e Ideo, campeones
en todos los combates, que ocupaban un carro,
cerraron sobre el inclito Diomedes de Tideo

abriéndose camino entre los pelotones,
15 y él echando pie a tierra los aguardó bizarro.
Al enfrentarlo, el asta le disparó Fegeo:
pasó encima del hombro siniestro del Tidida
sin rozarlo; mas éste, con un bote derecho,
entre las dos tetillas lo hirió en mitad del pecho,
20 y allí lo derribó donde perdió la vida.
Abandonando el carro salta Ideo sin tino
y ni osa siquiera recobrar a su hermano.
Lo acechaba la negra muerte; pero al destino
lo hurta Hefesto, envolviéndolo en denso
nubarrón,
25 por no aumentar la cuita del sacerdote anciano.
El hijo de Tideo alza sin dilación
la brida, y los caballos cede a sus compañeros
para que los conduzcan a los corvos veleros.
Y a los teucros indómitos les salta el corazón
30 al ver que entre los carros rueda un hijo de Dares
mientras el otro huye.

Al furibundo Ares
empuña por la mano la Ojizarca Atenea
y dice:
-¡Oh Ares, Ares funesto a los humanos,
que te ahitas de sangre y murallas volteas!
35 Dejemos que diriman a solas su pelea
aqueos y troyanos, y el Padre Soberano
dé la gloria a quien toque. ¿O es que acaso deseas
que nuestra intemperancia su cólera desboque?

Y alejando al ardiente Ares de la refriega,
40 lo lleva de Escamandro hasta la fértil vega.

Los dánaos avanzan sobre los pelotones
troyanos. Cada jefe da muerte a un enemigo.
Al corpulento Odio, caudillo de halizones,
hace caer del carro que le sirve de abrigo
45 el rey Agamemnon; en la fuga, le envasa
la pica por el dorso, el pecho le traspasa,
y el fragor de las armas acompañó el derrumbe.

Festo, hijo del meonio Boro, nacido en Tame,
de Idomeneo al golpe terrífico sucumbe,
50 que el hombro derecho le rompe hueso y carne
al trepar en el carro. Lo envolvió la negrura
y a manos de cretences vino a dar su armadura.
A Escamandrio alancea Menelao el Atrida,
aquel hijo de Estrofo y diestro cazador
55 que Ártemis enseñó a rastrear las fieras
del monte y la espesura. No salvaron su vida
ni el ser tan consumado y experto tirador,
ni la predilección de la divina Arquera:
quiso escapar, y el dardo le pasa espalda y pecho,
60 y rueda entre el fragor de todos sus pertrechos.
Meriones dio muerte a Fereclo el Tectónida,
nieto de ilustre artífice, el afamado Harmónida
cuyas artes placian a Palas Atenea.

Fereclo, que ignoraba los decretos divinos,
65 fabricó de Alejandro los barcos peregrinos,
causa de tanta ruina para la gente aquea

y para los troyanos y aun su propio destino.
Lo traspasa Meriones por la nalga derecha
rompe el hueso, y le deja la vejiga deshecha.
70 Cayó el triste de hinojos con un mortal gemido.

Bastardo de Antenor era el bravo Pedeo:
la divina Teano, dócil a su marido,
entre sus propios vástagos lo había recogido.
Lo hirió en la nuca Meges, el hijo de Fileo;
75 cortó la lengua el bronce y asomó entre los dientes;
cayó el guerrero al polvo mordiendo el bronce frío.

Mató a Hipsenor divino -hijo de Dolopión
a quien cual dios venera el pueblo reverente
y lo hizo sacerdote en Escamandro el río-
80 Eurípilo, cachorro del preclaro Evemón.
El brazo le cercena de un tajo con la espada;
rueda el brazo dejando la tierra ensangrentada;
roja la muerte acude, y el implacable hado,
para nublar los ojos del teucro venerado.
85 Tal iban combatiendo sin dar paz a la mano.
Mas no se entiende al pronto si el hijo de Tideo
anda con los aqueos o bien con los troyanos;
pues toda la llanura con ímpetu barría,
como hinchado torrente que se desborda, y tumba
90 los diques, y derrumba los setos, y arrebata
los vergeles e inunda la tierra labrantía,
si Zeus de repente su tempestad desata,
burlando la paciente labor del campesino.
Muchos eran los teucros, mas nadie resistía

95 al hijo de Tideo, que era un torbellino.

Al ver el atrevido hijo de Licaón
que provoca Diomedes tamaña confusión
y recorriendo el campo los haces despedaza,
tiende el arco, y al tiempo que el caudillo lo agrede,
100 por la hombrera derecha y sobre la coraza,
que se tiñó de sangre, logra hincarle la flecha;
y grita jubiloso:

-¡Arremeted, valientes
caballistas troyanos! Ya queda mal herido
el más temible aqueo, e irremisiblemente
105 habrá de doblegarse al golpe recibido,
o no habrá sido Apolo quien me trajo de Licia!
Así exclama cegado por su propia pericia;
mas no pudo la flecha acabar con Diomedes,
quien hasta sus bridones y carro retrocede
para rogar a Esténelo:

110 -¡Baja y no me abandones,
hijo de Capaneo! La saeta traidora
arráncame del hombro!

Esténelo se apea;
saca la flecha; tiñe la sangre a borbotones
las mallas de la túnica. Y Diomedes implora
a la hija de Zeus:

115 -¡Indomable Atenea!
Tú que siempre a mi padre favorecer solías
en los azares bélicos, préstame tu favor:
ponme a tiro de lanza al que así se gloria
de hurtarme a las caricias del sol resplandeciente,
120 y deja que mis manos castiguen al traidor.

Y Palas Atenea le devolvió apiadada
el vigor de los miembros y las manos valientes,
susurrando a su oído con las palabras aladas:

-Recóbrate, Diomedes, y ataca con valor.
125 Ya te infundí el arrojo de tu progenitor,
el jinete Tideo del irrequieto escudo;
ya devolví a tus ojos renovado fulgor
para que no confundas los hombres con los dioses.
Si encuentras a Afrodita, lánzale el bronce agudo,
130 mas a otras deidades no te enfrentes ni acosas.

Alejóse Atenea, y el Tidida al instante
recuperó su sitio entre los delanteros.
Si hasta ahora luchaba con ánimo pujante,
ahora se descubre con triplicados bríos.
135 Así el león que ataca un redil de carneros,
si, levemente herido, retorna más bravío,
y pálido el zagal por el cubil se aleja,
mientras las indefensas y lanudas ovejas
van unas sobre otras cayendo amontonadas,
140 hasta que salta el seto la fiera ya saciada,
por las filas troyanas y con furia pareja
irrupía Diomedes.

Y de un solo empellón,
acaba con Astínoo y el caudillo Hipirón.
Al uno la tetilla le hunde con la lanza,
145 y al otro de un gran tajo le rebanó de cuajo
cuello y nuca y clavícula, por la articulación
del hombro.

Allí los tiende, y luego se abalanza
sobre los dos hermanos Políido y Abante,
los hijos del añoso augur Euridamante.
150 No descifró de fijo sus sueños el anciano,
pues que así los dejó partir en derechura
a morir en las manos del altivo Diomedes,
que, en viéndolos por tierra, cobró sus armaduras.
A Janto y a Toón seguidamente agrade.
155 Prole única de Fénopé, ya por la edad postrado
-quien sólo para ellos guardaba sus tesoros-,
a entrambos el Tidida robó la dulce vida.
Nunca más los vio el padre regresar a su lado,
y vencido de pena se deshacía en lloro;
160 y más tarde, otros deudos partieron el legado.

Diomedes para el carro de Cromio y Equemón,
hijos ambos de Príamo Dardánida. León
que entra por la manada y deja el cuello roto
a tal vaca o ternera que pacía en el soto,
165 así los precipita de su carro ligero,
atavíos y armas bruscamente les quita,
y da a sus compañeros el tiro y los corceles
para que los conduzcan a sus propios bajeles.

2. FIN DE PÁNDARO

DESDE lejos Eneas ve al guerrero, y advierte
170 que en las filas troyanas va sembrando la
muerte.

A Pándaro, el divino hijo de Licaón,
busca abriéndose paso entre el fragor marcial,

y al ver al campeón se detiene y exclama:
-¿Qué de tu arco, Pándaro, y tus flechas veloces?
175 ¿No velas por tu fama? Si aquí no hay tu igual
y en Licia por primero todos te reconocen,
ea, tiende las manos al Zeus poderoso
y ensaya tu saeta contra ese coloso
que así confunde y diezma los haces de troyanos
180 y quiebra las rodillas de tantos combatientes.
Teme no sea un dios el que nos extermina
porque se haya olvidado de honrarlo nuestra gente,
pues es irresistible la cólera divina.

Y le responde el prócer hijo de Licaón:
185 ¡Eneas, consejero de los teucros armados
de bronce! Pareciera Diomedes el osado;
su escudo reconozco, su altanero morrión,
y aun sus mismos corceles; mas si es una deidad
yo no sabré decírtelo. Si fuere el afamado
190 Tidida, al ver su furia que por instantes sube,
juzgo que un dios le infunde tal impetuosidad,
las flechas le desvía que zumban a su lado
y le guarda la espalda con un jirón de nube.
Ha poco, una saeta logré hincarle en el hombro
195 derecho; no lo quiso Aidoneo, y me asombro
de verlo vivo aún. ¿Si será un dios airado?
No tengo aquí bridones ni carro preparado,
aunque allá en el palacio del viejo Licaón
quedaban once espléndidos carros bien
enfundados,
200 de sólidos arreos y rica construcción,
provisto cada uno de su par de caballos

con avena nutridos y con blanca cebada.
 Cuando me despedí de la hermosa mansión,
 mi padre, entre otras cosas, me repetía -y hallo
 205 que el anciano guerrero tuvo razón sobrada-
 que siempre desde el carro condujera mi gente.
 No quise obedecerlo, por creer imprudente
 que corceles tan hechos a vida regalada
 se encontrasen sin pasto en la ciudad sitiada.
 210 Vine, pues, como infante a la guerra de Ilión,
 fiado al solo arco, que de poco me vale.
 Fleché a Menelao y a Diomedes Tidida,
 causé a los dos sangrientas y mortales heridas,
 y sólo me fue dable fortalecer su aliento.
 215 El arco he descolgado sin duda en mal
 momento
 cuando a la amena Ilión emprendí mi camino
 por servir con mis huestes a Héctor el divino.
 ¡Ay, si con estos ojos mi patria vuelvo a ver,
 mis techos, mi espaciosa mansión y mi mujer,
 220 o rompo yo este arco para arrojarlo al fuego,
 ya que de nada sirven ni él ni mi destreza,
 o que un enemigo me corte la cabeza!

Mas el caudillo Eneas, para darle sosiego:
 No digas eso -exclama -que todo habrá mudado
 225 si mi carro aprovechas y arremetemos juntos
 a ese varón osado. Apremiarás al punto
 la ayuda que nos prestan los corceles de Tros,
 ora ataquen o huyan, el campo recorriendo
 de uno a otro lado; y si al Máximo Dios
 230 place aún dar victorias al Tidida tremendo,

nos llevarán indemnes hasta Troya a los dos.
 Aquí tienes el látigo y las lustrosas bridas,
 yo al suelo saltaré para luchar a pie,
 o yo cuido los brutos y tú la arremetida.
 235 Y le replica el claro hijo de Licaón:
 -Lleva tú el corvo carro y guía los corceles,
 que cederán mejor al conocido auriga
 si el hijo de Tideo nos gana la ocasión;
 no sea que, espantados, si nobles y fieles,
 240 se atranquen o desboquen faltos de voz amiga,
 y a merced entregándonos del hijo de Tideo,
 éste nos dé la muerte y guarde por trofeo
 los solípedos. Guíalos y de tu carro cuida,
 mientras yo con la lanza paro la acometida.
 245 Así diciendo, trepan a la labrada biga.
 Tiéndense los bridones en alígero acoso
 rumbo al Tidida. Esténelo, hijo del hazañoso
 Capaneo, lo advierte:
 -¡Fuerza es que te lo diga,
 oh Diomedes -le grita-, caro a mi corazón!

250 Van sobre ti dos bravos de linaje supremo
 y a prole orgullosa -uno, de Licaón;
 otro, del claro Anquises y Afrodita la diosa-:
 el diestro arquero Pándaro y Eneas. Recobremos
 el carro, y cesa ya de andar por los extremos
 255 en furiosa batida contra las avanzadas.
 Retrocedamos pronto, que tiemblo por tu vida.

Le contestó Diomedes, sombría la mirada:
 -¡En vano hablas de fuga, que yo no sé batirme

en retirada, y menos me resigno al temor!
 260 No he de subir al carro, que aún tengo vigor,
 y así como ves los retaré a pie firme,
 pues Palas Atenea no me deja temblar.
 Lejos no han de llevarlos sus corceles ligeros,
 concediendo que alguno se me pueda escapar.
 265 Escúchame y péntrate de lo que digo y quiero:
 Si Atenea la sabia me otorga el sin igual
 honor de exterminarlos, amarra al barandal
 nuestros veloces brutos y ve por los de Eneas;
 no les dejes que vuelvan a poder de troyanos
 270 y éntralos prontamente por las tropas aqueas
 de recias grebas. ¡Mira que en la casta suceden
 a los que Tros obtuvo del Zeus soberano,
 graciosa recompensa por su hijo Ganimedes,
 y ni el sol ni la aurora los han visto mejores!
 275 Burlando el nieto Anquises al rey Laomedonte,
 les ayuntó sus yeguas, pese a los criadores.
 Seis potros tuvo; a cuatro dio su presepio abrigo,
 y con los dos, Eneas -¡oh, gloria del que afronte
 el riesgo de quitárselos!- asuela el enemigo.

280 Mientras ellos confieren, ya Pándaro y Eneas
 se acercan acuciando los ágiles corceles,
 y el claro Licaónida los enfrenta y vocea:

-¡Templado corazón, belicoso varón,
 brote del gran Tideo! Pues fue mi flecha imbele,
 285 veamos si mi lanza resulta más dañina.

Dijo, y enderezando la larga jabalina,

da un bote, y el agudo borne pasa el escudo
 y apenas la coraza resguña del Tidida.
 Y el prócer Licaónida vociferó en seguida:

290 -¡De claro en claro herido por medio del ijar!
 ¡De ésta no te libras, resistirlo no puedes!
 ¡Oh, gloria singular!

E impasible Diomedes

le dice:

-Te equivocas, marraste, y sólo espero
 que persistáis entrambos hasta que uno ruede,
 295 de sangre hartando a Ares, despiadado
 guerrero.

Dijo. Asestó la lanza: Atenea la guía.
 Entre ojos y nariz, rompe los blancos dientes,
 saja la lengua y sale por bajo del mentón.
 Pándaro se desploma del carro en agonía.
 300 Resonaron sus armas labradas y lucientes;
 piafaron los briosos corceles, y el varón
 entregó con el hálito vigor y valentía.

3. AFRODITA HERIDA

SALTA del carro Eneas, dardo enhiesto y escudo,
 y empieza a defender contra los adversarios
 305 el cadáver de Pándaro como león sañudo.
 Cúbrelo con su guardia, embrazado y alerta,
 y amenaza de muerte con gritos temerarios
 a quien ose acercarse. Mas el Tidida acierta
 a recoger del suelo enorme pedrejón

310 que dos hombres de hoy no podrían alzar.
 Eneas lo recibe de lleno en la cadera:
 desgarróle la piel, y uno y otro tendón
 y el cuenco de la cótila le vino a desgajar
 por la junta del muslo. Sacó la mano fuera,
 315 y apoyado en la mano se derribó de hinojos
 mientras la densa sombra le velaba los ojos.

De juro el rey Eneas hubiera sucumbido
 si su madre Afrodita, la hija del Cronión
 -quien le dio el ser por obra de Anquises el boyero-,
 320 con sus cándidos brazos no protege al herido,
 hurtándolo en los fúlgidos vuelos de su ropón
 al bronce de los dánaos de corceles ligeros
 que, pasándole el pecho, lo dejasen tendido.

En tanto que Afrodita a Eneas arrebató,
 325 Esténelo no olvida la orden del Tidida:
 aparta de la brega su tiro, y por la brida
 al barandal del carro sus dos corceles ata;
 apaña los crinados corredores de Eneas,
 de las troyanas filas los pasa a las aqueas,
 330 y los cede a Deípilo en quien confía -sabe
 que es el más precavido de toda la camada-
 para que los resguarde en las cóncavas naves.
 Recobra luego el carro y las lustrosas guías,
 y encamina los brutos de pesuñas pesadas
 335 al lado de Diomedes, quien ahora seguía
 con el sediento bronce a Cipris espantada;
 pues la conoce endeble: no como las deidades
 Atenea o Enío, castigo de ciudades,

señoras de la liza, sostén de las mesnadas.
 340 Cuando logra Diomedes dar alcance a la diosa
 que por entre la turba huía la temerosa,
 rasguña el tierno pulso su aguda jabalina,
 de paso desgarrándole la túnica divina,
 hechura de las Gracias. Brotó el sagrado icor
 345 que en vez de sangre tienen los seres celestiales,
 pues que, sin pan terrestre ni vino embriagador,
 a la vez se conservan exangües e inmortales.
 Soltó al hijo la diosa prorrumpiendo en gemidos,
 y Apolo en densa nube desapareció al guerrero:
 350 no fuera que los dánaos de corceles ligeros,
 traspasándole el pecho, lo dejasen tendido.
 Presto siempre al combate, el Tidida vocea:
 -¡Atrás, hija de Zeus! ¡Huye de la pelea!
 Sáciate seduciendo a las pobres mujeres,
 355 que el fragor de la lucha, por lejano que sea,
 ni pienso que te incumba ni que tú lo tolteres!

Dijo. Cía la diosa airada y afligida.
 Iris de pies alígeros, asiéndole la mano,
 la saca del tumulto. Ya le escuece la herida
 y la piel se amorata.
 360 Por la izquierda del llano,
 Ares el furibundo contemplaba el combate,
 uncidos los caballos y el asta reclinada
 en una nube. Cipris gime:
 -¡Querido hermano!
 -al tiempo que de hinojos a sus plantas se abate-,
 365 pidiéndole los brutos de áureas cabezadas.
 ¡Tenme piedad y acórreme, que me agredió ese

humano,
el Tidida, capaz de enfrentarse al Cronión!
La herida me atormenta; préstame tus corceles
para que me transporten a la Inmortal Mansión.

370 Ares le dio los brutos de cabezadas de oro.
Trepas Afrodita al carro, y el corazón le duele.
Empuña Iris las riendas; el látigo sonoro
chasca, y los brutos ágiles, remontándose al cielo,
alcanzan el Olimpo en impetuoso vuelo.

375 Iris los desengancha y el pasto les dispone.
Cipris se echa en los brazos maternos de Dione
quien dice acariciándola:

-¡Hija mía! No entiendo

qué dios pudo imponente castigo tan tremendo,
como si merecieras tales humillaciones.

380 Diosa de las sonrisas, la hija balbucea:
-Me hirió el audaz Diomedes cuando a mi hijo
Eneas
sacaba de la liza, a mi amor sin igual...
Ya no es entre argivos y teucros la pelea,
pues aquéllos se atreven contra una Inmortal.

385 Y Dione la exhortaba, divina entre las diosas:
-Hija, resiste, vence la prueba dolorosa;
que a tanto mal orillan las funestas rencillas
de los propios Olímpicos, y en ofensas vulgares
nos mezclan con los hombres. Testigo el fiero
Ares:

390 Oto y el bronco Efialtes, los hijos de Aloeo,
en un jarrón de bronce lo tuvieron metido

trece meses arreo, y hubiera perecido
si la madrastra de ambos, la preciosa Eribea,
cuando los tensos lazos lo habían consumido,

395 no consigue que Hermes se ponga a la tarea
y sigilosamente lo libre del secuestro.
Hera sufrió que el púgil vástago de Anfitríon
con trifurcada flecha le hiriese el flanco diestro
causándole tremenda tortura y desazón.

400 No menos sufrió en Pilos ese Hades siniestro,
a quien el mismo hijo de Zeus Porta-Égida
una volante vira le disparó maléfica.
Postrólo entre los muertos, dolido el corazón,
pues quedó la saeta en el dorso clavada;

405 y al fin subió de Zeus a la sacra morada
donde, como es eterno, fue fácil a Peón
desenconar la herida con yerbas apropiadas.
El arco de ese osado, sus brutales peleas,
eran de los Olímpicos enojo y confusión.

410 Y ahora te persigue la Ojizarca Atenea
por mano del Tidida. Éste olvidó tal vez
que quien a un dios se atreve no alcanza la vejez,
ni vuelve de la guerra terrible, ni de fijo
ha de ver que, abrazándole las rodillas los hijos,

415 retocen con el padre a su feliz regreso.
Pues guárdese el Tidida, aunque sea valiente,
como alguien más osado que tú le salga al frente;
que su cónyuge ilustre ha de gemir por eso
-la flor de Adrasto, aquella Egialea prudente-

420 y en medio de la noche ha de sobresaltar
a su casa, llorando por el marido ausente,
el domador Diomedes, el aqueo sin par.

Con ambas manos luego restañando el icor,
alivianó la herida y mitigó el dolor.

425 Pero Atenea y Hera, que el caso presenciaban,
con mordaces palabras al Cronión zaherían.

Y arriesgó la Ojizarca:

-Padre ¿te enfadarías
si te llevo a decir lo que ahora pensaba?
¿No habrá intentado Cipris que alguna linda aquea

430 se pase a sus amigos de hoy, a los troyanos,
y el peplo acariciándole mientras la galantea,
con una brocha de oro se rasguñó la mano?
Y el padre de los dioses y humanos sonreía,
Y dijo a la Afrodita de oro:

-Niña mía,

435 no te incumbe la guerra. Vuelve a tus familiares
dulzuras de himeneo, y deja las porfías
a cargo de Atenea y el impetuoso Ares.

4. APOLO DETIENE A DIOMEDES

MIENTRAS así departen, Diomedes arrojado
cerraba con Eneas, si respetar al dios

440 que bajo su tutela lo había cobijado.

De Apolo no se cuida, y acomete a los dos
por arrancar al unos las armas y la vida.

Tres veces la deidad cruzó el radioso escudo
contra los tres envites mortales del Tidida,

445 y cuando arriesga el cuarto, hecho un dios
testarudo,

con tremebundas voces Apolo el Cazador
-¡Fuera, Diomedes! -grita-. Y piénsalo mejor,
no retes a los dioses, porque a los Inmortales
los hombres de la tierra nunca fueron iguales.

450 El Cazador Distante desconcierta a Diomedes,
que temiendo su cólera se pára y retrocede.

Logra sacar Apolo de entre la turba a Eneas,
y lo transporta a Pérgamo, lejos de la pelea.

En su sagrario, al punto restauran su persona

455 y su atuendo Artemisa la Flechera y Latona.

En tanto, el dios del Arco de Plata configura
una imagen de Eneas y de sus armaduras,

y en torno al simulacro, los aqueos divinos
y los troyanos chocan con fiero desatino

460 las rodela de cuero y los leves broqueles.

Y exigió Febo Apolo de Ares el dañino:

-¡Ares, Ares funesto, el de hazañas crueles,
demoledor de torres, sanguinario enemigo!

Aléjame al Tidida, que al Padre Soberano

465 es capaz de atreverse: ya hirió a Cipris la mano,
y cual si fuera un dios arremetió conmigo.

Dijo, y volvió hasta Pérgamo y ocupó las alturas.

Reviste Ares funesto la apariencia de Acamas,
febril caudillo tracio, y atiza la bravura

470 de los hijos de Príamo, simiente del Cronión:

-¡Oh, prole del rey Príamo flor de Zeus! -exclama-

¿Hasta cuándo queréis que la enemiga mano

despedace a los teucros? ¿Hasta que ya de Ilión
se desplomen las puertas y los muros ufanos?

- 475 Cayó el hijo de Anquises, Eneas, el varón
honrado al par de Héctor... Pues ¡pronto, a su
rescate:
librémos al amigo del riesgo del combate!

5. CONTRAATAQUE TROYANO

REANÍMANSE todos: e increpa Sarpedón
a Héctor el divino:

-Tu ardiente corazón

- 480 ¿por qué desmaya, Héctor? ¿Y eres quien se
ofrecía
a defender a Troya sin milicias ni aliados,
con tus deudos y hermanos y sin más compañía?
¡Pues yo a ninguno veo, aunque los he buscado!
Huyen como los perros a vista del león,
485 y sólo combatimos las tropas auxiliares.
Con ellas yo he venido de apartada región,
y en Licia y por las márgenes del borrascoso Janto
dejé a mi amada esposa, mi niño, mis lugares
colmados de riquezas que se codician tanto;
490 y aunque a mí los aqueos nada pueden quitarme,
a mis licios exhorto y ardo por enfrentarme
con cualquier contendiente, mientras, quieto y
absorto,
tú a nada te decides ni animas a tu gente
para que por lo menos guarde a vuestras esposas.
495 Cual en la red envueltos, temo no sea cosa
de que os halléis cautivos como botín y presa,

- y derrumben los dánaos la ciudad populosa.
Piénsalo día y noche, y a tus nobles aliados
pídeles que no cejen, que secunden tu empresa,
500 para que no te acusen de haberlos olvidado.

- Tal, increpando al jefe, decía Sarpedón,
y lo escuchaba Héctor, turbado el corazón.
Cubierto con sus armas, de la biga se apea,
sacude entre las huestes sus aguzadas picas,
505 la furia multiplica y empuja la pelea.
Pero en las renovadas cargas de los troyanos,
sin arredrar un palmo detienen los aqueos.
Como en el abaleo, con las brisas ligeras
va la blonda Deméter cerniendo paja y grano,
510 y el aire esparce el tamo por las sagradas eras
y hacina poco a poco el cascabillo blanco,
así del busto arriba se ponen blanquecinos
los hombres, con el polvo que el presuroso tranco
de los corceles iba lanzando en remolinos
515 hasta el cielo de bronce. Pujaban los aurigas,
y con todo su ánimo, las huestes enemigas.
Presente en todos sitios, el furibundo Ares
a los teucros envuelve con sombras tutelares,
conforme a la promesa que le arranca Apolo
520 el de la espada áurea de alzar a los caídos,
pues ve que ya Atenea deja a sus protegidos,
los aqueos, que luchen y se defiendan solos.

- Ya restaurado Eneas, desde su templo altivo
el dios lo vuelve al hato de que era pastor.
525 Gozábanse sus hombres de verlo intacto y vivo,

mas nada le preguntan: no da tiempo el fragor
que el Flechero desata con su arco de plata,
y Ares y la Discordia con su mortal furor.
Entretanto los Áyaces, Odiseo y Diomedes
530 excitan a sus tropas; mas las tropas no ceden
ni temen a los teucros, antes el choque aguardan
como esas quietas nubes a que Zeus concede
posarse por las cimas cuando los vientos tardan
y se adormece el Bóreas, cuyas agitaciones
535 silbando despedazan los pardos nubarrones.
Con tal impavidez resistían los dánaos
a las arremetidas de los haces troyanos.

Y corre por las huestes la arenga del Atrida:
-¡Amigos y varones que no sabéis de miedo!
540 Nadie pueda culparos de que se os intimada.
Mostrad los corazones luchando con desnudo.
Son más los que se salvan arriesgando la vida,
y ni honra ni aprovecha la vergonzosa huida.

Dijo, y lanzó su asta contra un adversario:
545 Deicoonte Pergásida, compañero de Eneas
y par de los Priámidas, guerrero temerario
que ocupaba los frentes en todas las peleas.
No resistió su escudo al rey Agamemnon;
atravesóle el bronce rasgando el cinturón,
550 y entró por el empuje. Se desplomó el guerrero
y estrepitosamente sus armas lo cubrieron.

Dos hijos tuvo Diocles, opulento vecino
de la sólida Feras, prole del abundoso,

Alfeo, el que derrama su riego cristalino
555 por la tierra de Pilos, y engendró al poderoso
padre del rico Diocles, que se llamaba Ortiloco.
Diocles dejó a su turno dos mellizos varones
diestros en todas lides. Eran Cretón y Orsíloco,
Tiernos mozos llegados en sus embarcaciones,
560 con los demás argivos, al potrero de Ilión.
Buscando la venganza que anhelan los Atridas,
el jefe Menelao y el jefe Agamemnon,
sólo dan con la muerte: cachorros de león
nutridos por la madre en montañaz guarida,
565 que asaltan los establos de ovejas y boyadas
hasta que el bronce agudo los tiende en la estacada.
¡Dos crecidos abetos que cayeron tronchados
bajo el puño de Eneas!

Al verlos derribados,
turbóse Menelao, pues Ares lo exaspera
570 para que Eneas mismo logre darle la muerte;
y fúlgidas las armas y de bronce armado,
salta a la delantera. Mas su arrebato advierte
Antíloco, el retoño de Néstor el ardido,
tiembla por el aqueo y acude prevenido.
575 Ya las lanzas blandían, y Antíloco adelanta
Junto al pastor de hombres. Y Eneas, con ser tanta
su bravura, sabiendo que con los dos no se puede,
no se atreve a esperarlos y al punto retrocede,
dando tiempo a que aquéllos acarreen consigo
580 los llorados despojos hasta el terreno amigo,
para ganar de nuevo las filas delanteras.

Y dan sobre Pilémenes, par del Enialio. Era
caudillo entre valientes el fiero paflagón.

Mas Menelao, astero de incontrastable pica,
585 el puntiagudo bronce le hincó por la clavícula,
mientras, de una pedrada, Antíloco a Midón
-el auriga Atimníada -le destrozaba el codo,
cuando éste sus caballos revolvía impaciente.
Las marfileñas bridas cayeron en el lodo,
590 y Antíloco de un tajo le rebanó la frente.
Rodó Midón del carro con las sienes abiertas,
de cabeza clavándose en un montón de arena;
y allí hubiera quedado como figura yerta,
si los piafantes brutos no lo hubieran tumbado.
595 Al carro sube Antíloco, los caballos enfrena,
y los pica y arrea hasta la gente aquea.

Héctor, que a la pareja vislumbró entre las filas,
con buen golpe de teucros arremetió gritando.

La temerosa Eníó encabezaba el bando
600 -diosa del exterminio que en él se refocila-,
y Ares también, que el asta ingente sacudía
y ora empujaba a Héctor, ora lo precedía.

Inmútase Diomedes, guerrero siempre alerta.

Y, como el vagabundo al cruzar la llanura
605 ataja los caprichos de su planta inexperta
ante el río bramante que, camino del mar,
sus espumas arrastra, con la misma premura
y dando grandes voces retrocedió el Tidida:

-¿Qué nos espanta, amigos, tan fiera acometida,
610 ni el que se muestre Héctor tan duro luchador,
si viene el propio Ares dándole su favor,
y en figura de hombre protegiendo su vida?
Retroceded al punto, de cara a los troyanos,
no atenten contra un dios los míseros humanos.

615 Ya cerraban los teucros con ímpetu bizarro,
y Héctor a dos valientes hizo caer de un carro:
Anquíalo y Menestes. Al verlos por el suelo,
al Telamonio Áyax abrumba el desconsuelo,
cala el asta iracundo y carga sobre Anfíon.
620 Era hijo de Sélago, el morador de Peso,
el que abundaba en bienes y largos sembradíos.
Hasta el solar de Príamo lo atrajo un hado avieso,
que Áyax le rasgó el vientre, pasando el cinturón,
y estrepitosamente se derrumbó el varón.
625 Áyax fue por sus armas entre el cerrado asedio
de dardos enemigos que aparaba su escudo.
Pisó al vencido, y sólo desencajarle pudo
su propia jabalina; pero no hubo medio
de que le arrebatara la espléndida armadura:
630 los teucros arrogantes lo tenían cercado
con sus agudas lanzas, y se vio rechazado,
aunque prócer y atleta de ingénita bravura.

6. SARPEDÓN Y TLEPÓLEMO

PROSIGUE la pelea. Incontrastable el Sino
enfrenta de repente a Sarpedón divino
635 con el bravo Tlepólemo, gigantesco Heraclida.

Hijo aquél, nieto éste de Zeus Tempestuoso,
 Tlepólemo el primero interpeló al rival:
 -¡Príncipe de los licios! ¿A ti quién te convida,
 si no sabes de guerra, cuitado y tembloroso?
 640 ¿Hijo del Porta-Égida tú? ¡Pues te cuadra mal!
 Miente la fama, o diga si tienes los tamaños
 de los varones púgiles que el dios engendró antaño,
 cual lo afirman de Heracles, mi gran progenitor.
 Audaz en los empeños, león en el valor,
 645 llega por los caballos del rey Laomedonte,
 y con solas seis naves es fuerza que lo afronte,
 y sus escasas tropas dejan las calles viudas.
 Mas tú, varón sin ánimo, descuidas a tu gente
 que a pasos va diezmándose y muere sin tu ayuda.
 650 Y temo que tu viaje de la distante Licia
 ni sirve a los troyanos ni a nadie beneficia.
 ¡Verás cómo te arrimo de Hades a las puertas!

Y Sarpedón el licio:

-¡Tlepólemo, es verdad!

Heracles arrasó la sagrada ciudad.
 655 Culpa a Laomedonte si la dejó desierta,
 pues pagó sus servicios tan sólo con denuestos,
 negándole las yeguas que le había propuesto
 y Héacles de tan lejos le vino a reclamar.
 Mas lo prometo, escúchame: contigo he de acabar.
 660 Darás el alma a Hades de briosas cuadrigas,
 y a mis armas la gloria de tu sangre enemiga.

Tlepólemo alza el fresno y ataca a Sarpedón.
 A un tiempo las dos lanzas volaron de las manos.

El cuello de Tlepólemo traspasa el bronce insano,
 665 y apaga su mirada la negra cerrazón.
 Tampoco Sarpedón pudo salir ileso:
 el muslo izquierdo herido, llegó la lanza al hueso
 y penetró con ímpetu por la robusta pierna;
 mas lo libró su padre de las sombras eternas.

670 Acudieron los suyos al noble Sarpedón,
 y a rastras lo sacaron del campo de matanza;
 pero no discurrieron, en su festinación,
 que el fresno ponderoso y el bronce de la lanza
 le dejaban inútil la pierna dolorida.

675 A su vez los aqueos de las grebas bruñidas
 recogen a Tlepólemo. Y al divino Odiseo,
 aunque siempre sufrido, le ardía el corazón:
 ¿Si acometer al hijo del Tonante Cronión?
 ¿Si en mil vidas de licios apagar su deseo?

680 Tales indecisiones revolvía su mente,
 mas no estaba llamado Odiseo el prudente
 a hacer probar el bronce al guerrero esforzado,
 hijo del alto Zeus; y Atenea le inspira
 que por las licias huestes satisfaga su ira.
 685 Y dio la muerte a Cérano, Alástor, Cromio; y
 luego
 a Alcandro y Halio y Prítanis, y al cabo a Noemón;
 y más licios matara en su arrebató ciego,
 si no lo advierte Héctor del casco tremolante,
 que se acercó al instante por entre la legión.
 690 Abriéndose camino, y de bronce cubierto,
 sale hasta la vanguardia e infunde el desconcierto

en las filas aqueas. Holgóse Sarpedón,
 hijo del alto Zeus, y dijo con anhelo:
 -¡No permitas, Priámida, que tendido en el suelo
 695 me quede para presa de los bandos argivos!
 Muera yo en tu ciudad, si no he de volver vivo
 a gozar de mi tierra, mi palacio, mi amada
 mujer, mi tierno niño, que esperan mi llegada.

Nada contesta Héctor del casco tremolante,
 700 que va como encendido en sed de pelear,
 y corre hacia los dánaos por agredir cuanto antes
 a las contrarias huestes, que empiezan a cejar.
 Mas los de Sarpedón, el de casta divina,
 logran acomodarlo debajo de una encina
 705 que estaba consagrada al Señor de la Égida.
 Su amigo Pelagonte salta, y con garra enérgica,
 le arranca el duro fresno del muslo dolorido.
 Cerró el triste los ojos, fue perdiendo el sentido...
 Mas el frescor del Bóreas lo alivió todavía,
 710 a tiempo que ya el héroe ni respirar podía.

Ya los argivos sufren la brava acometida
 de Ares y de Héctor con sus bronces armado.
 Mas no añoran las naves ni sueñan en la huida,
 ni empujan, sino sólo cubren la retirada,
 715 pues saben que anda un dios mezclado en la
 partida.

¿Cuál fue el primero, el último que cayeron a
 manos
 de Héctor el Priámida y de Ares insano?

Teutrante igual a un dios, Orestes el carrero,
 y Enomao también, y Treco, etolo astero;
 720 el Enópida Héleno, y Oresbio el del ornado
 atavío, que al margen del Cefisis, en Hila,
 gozaba de sus bienes la posesión tranquila
 con los demás beocios de su opulento estado.

7. INTERVENCIÓN DE HERA Y ATENEA

HERA de brazos cándidos, ante tal exterminio,
 725 en aladas palabras:

-¡Oh, hija del Cronión,
 indomable Atenea! -le dice- ¡Qué irrisión,
 a ojos de Menelao, promesa y vaticinio,
 si tiene que volverse sin derribar a Ilión
 la bien murada, y nadie sujeta los extremos
 730 del pernicioso Ares! Importa que mostremos
 también nuestra bravura y muestra condición.

La Ojizarca obedece. Crónida venerada,
 trajo Hera los corceles de áuricas pretinas.
 Hebe ensartó en el hierro las ruedas bronceadas.
 735 Ocho rayos tenían, de oro eterno las pinas;
 las llantas son de bronce y los cubos de plata,
 plata y oro las tiras que los asientos atan,
 doble es el barandal que circunda la biga,
 y sobresale el pértigo como argentada espiga.
 740 Yugo y bridas de oro aparejó la diosa,
 y unció el brioso tiro con mano presurosa,
 pronta para afrontar las bélicas fatigas.

En tanto, por las salas de la patria mansión,
 deja caer al suelo la hija del Cronión
 745 el peplo recamado, obra de su artificio.
 De Zeus Tempestuoso la túnica vistiendo,
 requiere la armadura para el sangriento oficio,
 y cuelga de sus hombros el escudo tremendo,
 la floqueada Égida que el Espanto corona
 750 y ornan Valor, Discordia, tenaz Persecución
 -hielo de corazones-, y la ingente Gorgona,
 cabeza horripilante, portento del Cronión.
 Cálase el casco áureo de dos torcidas puntas
 con sus cuatro bollones, formidable bastión
 755 a las infanterías de cien ciudades juntas.
 Trepa al flamante carro, y empuña el largo y fiero
 lanzón inquebrantable, pavor de los guerreros,
 rayo de los ejércitos que los reduce a trizas
 -Hija del almo- Padre cuando te encolerizas.

760 Avispa Hera los brutos. Los portones rechinan
 y se abren de suyo. Las Horas peregrinas
 resguardan los umbrales del Olimpo y del cielo,
 plegando y desplegando las nubes como un velo.
 Dóciles los corceles por allí se encaminan
 765 a la más alta cumbre, retiro del Cronión.
 Hera de brazos cándidos la carroza detiene,
 y al Crónida supremo pregunta y reconviene:

-¡Oh, Padre ¿No provocan tu justa indignación
 los desmanes atroces del furibundo Ares,
 770 que asuela a los argivos, varones ejemplares,
 sin más norma ni guía que su propio placer?

Duélome de que Cipris y el Arquero de Plata
 impulsen su locura. ¿Te sería yo ingrata
 si procuro ahuyentarlo y hacerlo padecer?

775 Y el Señor de las Nubes:
 -Entrégalo a Atenea.
 Ella mejor que nadie sabe cómo lo trata,
 por algo es ella el árbitro de todas las peleas.

Obedece la diosa de los brazos hermosos,
 y al punto precipitan el jubiloso vuelo
 780 los corceles que bajan del estrellado cielo.
 Cuanto abarca la vista sobre el ponto vinoso
 desde empinada cumbre, la divina pareja
 con sonoros relinchos midió de un solo salto.
 En llegando a la Tróade las diosas hacen alto,
 785 donde Escamandro y Simois sus aguas enma-
 dejan.
 Suelta Hera los corceles. La nube los cubría,
 y el Simois para ellos floreció la ambrosía.

Las diosas, con tímidas palomas anhelantes,
 acuden por prestar su auxilio cuanto antes.
 790 Rodean los argivos -sangrientos campeones,
 jabalíes monteses, denodados leones-
 al domador de potros, Diomedes el pujante.
 Hera de brazos cándidos la imagen aparenta
 del magnánimo Esténtor, aquel del vozarrón
 795 de bronce, que gritaba como otros cincuenta.
 -¡Vergüenza -clama- argivos, hombres de linda
 traza,

mas de pocos alientos y baja condición!

Cuando el divino Aquiles los teucros despedaza,
no los dejan sus dardos asomar a las puertas.

800 Mas hoy van ya camino de las naves abiertas
y olvidan sus baluartes.

Así los embravece

y levanta sus ánimos. La Ojizarca aparece
por entre los bridones y el carro del Tidida.

A la sazón el príncipe refrescaba la herida

805 que le infligiera Pándaro, el arquero sañudo.
El sudor lo hostigaba debajo del escudo
que empezaba a pesarle, y con mano insegura
alzando la correa, enjugaba la oscura
sangre. Apoyada entonces en el yugo, Atenea:

810 -¡No iguala al padre -dice- el hijo de Tideo!
Aquél era pequeño, mas de inmensa bravura,
hasta cuando yo misma sujetaba a la fiera.
Así, una vez, cercado de innúmeros cadmeos,
embajador en Tebas, solo y a su ventura,
815 tranquilo en el palacio le ordené que comiera.
Se desquitó retándolos, y siempre los vencía
en cualesquiera lides, que yo lo protegía.
Hoy a ti te protejo y te presto mi mano
a ver qué cuenta das de todos los troyanos.

820 ¿No tienes ya vigor? ¿Te ha vencido el terror?
Porque tú estás cansado, o tú no eres, Tidida,
el hijo de Tideo, el valeroso Enida.

-Respondióle Diomedes:

Te reconozco, diosa,
hija del Porta-Égida. Te hablaré sin recelo:

825 Ni terror ni desánimo ni flojedad me acosan;
pero tú me ordenaste, y a mi memoria apelo,
que no osara medirme con la Inmortal Legión,
salvo con Afrodita, la hija del Cronión,
con quien me diste rienda para ensayar el bronce.

830 Si repliego a mi gente, lo hago con razón
viendo que el propio Ares gobierna la batalla.
Y Atenea Ojizarca lo tranquiliza entonces:
-¡Oh Diomedes Tidida, caro a mi corazón!
¡Ares ni dios alguno podrán ponerte valla!

835 Contigo estoy: empuja tus gallardo solípedos
y sáciate el primero en Ares el armigero.
Dementado y voluble, nacido para el daño,
a Hera y a mí misma nos juró con engaño
luchar contra los teucros por la nación aquea,
840 y hoy su palabra olvida e invierte la pelea.

Dijo y, asiendo a Esténelo, de la biga lo apea.

Bajo Esténelo, sube la diosa enardecida
junto a Diomedes. Cruje la encina y se cimbreo
al peso de la diosa terrible y del Tidida,

845 corpulento varón. Y Palas Atenea
para guiar los brutos cobra látigo y bridas,
y enderezando el trote sobre Ares arrea.
Éste acababa entonces de arrancarle la vida
al etolo sin par, al púgil Perifante.

850 hijo del claro Oquesio y guerrero gigante,
manchándose en su sangre, propio dios homicida.

No quiso la Ojizarca que el dios la conociera
y se caló de Hades la celada y cimera.

8. ARES HERIDO

CUANDO el funesto Ares ve venir a Diomedes,
855 abandona el postrado bulto de Perifante
y adelanta a su encuentro. Ya de cerca, lo agrede
ansioso de matarlo, echando por delante
su lanza sobre el yugo y por sobre las bridas.
La diosa aparta el bronce con mano prevenida.
860 Falla el golpe, y Diomedes, intachable guerrero,
acomete a su turno. La diosa el bronce guía,
hincándolo en la ijada que el cinturón ceñía.
Se abre la hermosa carne cuando el Tidida fiero
retira el arma. Entonces un baladro estruendoso
865 cual nueve o diez mil hombres lanzó el dios de la
guerra.

Aqueos y troyanos se sacuden y aterran.
¡Tal fue el bramido ingente!

Imagen del umbroso
vapor que dan las nubes al aura entibiecida,
así Ares bronceo, a vista del Tidida,
870 escaló las alturas en rauda nubarrón.
Irrumpió en el Olimpo, refugio a las deidades;
con ánimo contrito se allegaba al Cronión,
y mostrando la herida que llora icor divino,
decía suspirando:

-¡Oh Padre! Te acrimino
875 el consentir tamañas culpas y atrocidades.

Siempre, por complacer a la raza mortal,
los dioses lo cobramos tan sólo en nuestro mal.
Mas de esta vez a todos nos tienes ultrajados.
La hija que engendraste no hace más que locuras.
880 Si los demás Olímpicos te acatan y obedecen,
a ella no la obligas de palabra ni obra.
Pues la criaste a solas, instigarla procuras
en sus insensateces que conoces de sobra.
Ahora mismo ha hecho que el osado Tidida
885 desatentadamente con los dioses se mida.
Primero ataca a Cipris, le hiere el puño, y luego
arremete conmigo desaforado y ciego
como si fuera un dios. Por pies pude salvarme,
que de otra suerte hubiera tenido que quedarme
890 allá entre los cadáveres que caen a montones,
de que saliera inválido -pues morir no podría-,
víctima de los bronces y de las agresiones.

Y el Señor de las Nubes, con torva faz decía:
-¡Qué me vienes con llores, tú, mentecato, atroz,
895 repugnante entre todos los dioses Bienhadados,
sólo a discordias, riñas y guerras inclinado,
soberbio al par de Hera, tu madre, que mi voz
apenas obedece! Tal vez a sus consejos
debas tus malandanzas, que te han llevado lejos.
900 Mas no quiero que sufras: eres de mi linaje,
y entre mis propios brazos tu madre te dio el ser.
Si otra fuera tu casta, pagarás tus ultrajes
y te hundiera más hondo que a la prole de Urano.

Dijo, y llamó a Peón, médico de saber.

905 Los calmantes vertiendo con solícita mano,

Peón curó la llaga, que el dios es inmortal.

Como cuaja la blanca leche la miel del higo

a poco de agitarla, a poco y con premura

del furibundo Ares se disipaba el mal.

910 Bañóle Hebe, dióle lindas prendas de abrigo,

y él fue a sentarse ufano al lado del Cronión.

Pronto la argiva Hera, seguida de Atenea

la Alalcomenia, hollaba la Olímpica Mansión:

¡ Ya está el funesto Ares fuera de la pelea!

VI

HÉCTOR Y ANDRÓMACA

La sexta Rapsodia continúa la descripción de las hazañas guerreras y prolonga la aristía de Diomedes, a partir del instante en que Ares ha sido expulsado del campo y los guerreros quedan entregados a sus propias fuerzas. Puede decirse que la aristía de Diomedes termina o deja oír sus últimos ecos con la plegaria de las damas troyanas a Atenea (312-318). Visitamos los interiores troyanos, encontramos en su ambiente doméstico a Hécuba, a Helena, y a Paris - transportado por Afrodita de la liza al lecho nupcial al fin de la Rapsodia tercera-, y acabamos de apreciar sus respectivos caracteres, así como los de Héctor y Andrómaca, cuya conmovedora despedida presenta una antítesis con la escena entre Helena y Paris. 1. Prosigue la batalla: Diversos encuentros, en que resalta la ira de Agamemnón, que impide a Menelao perdonar la vida a Adrasto. 2. Héctor deja el frente: Aconsejado por Héleno, Héctor se dirige a Troya para rogar a Hécuba que, en compañía de las matronas de la ciudad, implore el favor de Atenea, ante la terrible amenaza de Diomedes. 3. Glaucos y Diomedes: Hermoso episodio en que el recuerdo de la amistad paterna triunfa sobre la belicosidad de ambos príncipes, y que termina con un inesperado toque humorístico: el trueque de armas ordinarias por armas valiosísimas. Historia de Belerofonte. 4. Héctor y Hécuba: Ya en Troya, Héctor expone a Hécuba el objeto de su visita a la ciudad. 5. Hécuba en el templo de Atenea: En compañía de las damas troyanas, Hécuba lleva a Atenea sus presentes y votos, y la sacerdotisa Teano implora de la diosa que libre a la ciudad y permita derrotar a Diomedes. 6. Héctor y Paris: Contraste de ambos caracteres en el palacio de Paris. Con ayuda de Helena, Héctor conmina a Paris para que vuelva al combate. 7. Los adioses de Héctor y Andrómaca: No habiendo encontrado Héctor a Andrómaca en el palacio, se dirige a las murallas, a donde ella ha ido en compañía de su niño, espantada con las nuevas que llegan del campo de batalla. Héctor se despide de Andrómaca, escena culminante. Andrómaca vuelve a palacio, donde ya toda la casa llora por Héctor, dándolo por muerto de antemano. 8. Héctor y Paris

vuelven al frente: *Paris se arma a toda prisa y alcanza a Héctor antes que éste salga de la ciudad. Ambos cruzan las Puertas Esceas.*

1. PROSIGUE LA BATALLA

QUEDABAN entregados a su propia pujanza en la batalla horripante aqueos y troyanos, y a una y otra parte el vuelo de las lanzas desde el Janto hasta el Símio iba cubriendo el llano.

- 5 Áyax el Telamónio, antemural de aqueos, la falange troyana logró romper al cabo, y un rayo de esperanza brilló para su bravos cuando Acamas Eusórida, el tracio giganteo, rodó con la cimera de crines traspasada,
10 partido por el cráneo y extinta la mirada.

Pronto al grito de guerra, acometió Diomedes a Axilo, hijo de Teutras, opulento vecino de la sólida Arisbe, que al lado del camino a todos hospedaba y hacía mil mercedes.

- 15 Lo veneraban todos, mas ese aciago día no lo amparó ninguno, ni de nada valdría contra la muerte lúgubre: a él y a su escudero Calesio, que sus brutos a la sazón regía, los recogió la tierra en el trance postrero.
20 Mató Euríalo a Dresos y a Ofeltio, y en seguida fue tras Eseo y Pédaso, hijos de Bucolión (bastardo y primogénito del rey Laomedonte a quien secretamente su madre dio a la vida).

- La náyade Abarbárea y el preclaro varón
25 los hubieron antaño, en su lecho del monte donde él acostumbraba apacer su rebaño. Mellizos eran ambos, de hermosa condición; mas pudo el Mecestíada con su sin par bravura, y arrancó de sus hombros las recias armaduras.
30 A Astíalo derriba Polipetes el fiero; Odiseo, al percosio Pidites; el arquero Teucro tiende en el polvo al bello Aretaón; Antíloco el Nestórida, al enemigo Ablero; y el pastor de los hombres, el rey Agamemnon,
35 a Élato el de Pédaso, la ciudad eminente alzada junto al Sátiois de diáfana corriente. Leito el heroico alcanza a Filaco en la huída; Y Eurípilo a Melantio arrebató la vida. Menelao se adueña de Adastro. Los bridones,
40 que espantados llevaban el carro entre empujones, contra un tamarisco quebraron el timón y tras los fugitivos corrieron hacia Ilión. Adastro, ya de bruces y en las ruedas cogido, vio venir al Atrida lanza en mano; al instante,
45 abrazado a sus piernas y anheloso el semblante:
-¡Aprisioname, Atrida, es todo lo que pido
-le decía-, y en pago ganarás un tesoro!
Mi padre abunda en bronces, hierro labrado, oro.
Al saberme cautivo de las naves aqueas,
50 mandará rescatarme con valiosas preseas.

Movióse Menelao, y ya con su escudero
lo mandaba encerrar en los raudos veleros,
cuando acude y lo increpa Agamemnón a gritos:

- ¡Ah dulce Menelao! ¿Por qué tal compasión?
55 ¿Tanto honraron tu casa los teucros? Yo no admito
que escape de la muerte ningún hijo de Ilión.
¡Mueran los prisioneros, mueran las criaturas
que palpitan aún en el claustro materno,
y el abandono eterno sea su sepultura!
- 60 Frenó al piadoso hermano con tal exhortación,
y Adrasto, repelido, fue a caer en las manos
del rey Agamemnón, que al punto se abalanza,
pasa el flanco y derriba de espaldas al troyano,
y pisándole el pecho desencajó la lanza.
- 65 En tanto, a voces Néstor fustigaba a su gente:
-¡Oh, ministros de Ares y dánaos valientes!
Combatamos ahora, nadie se quede atrás
por hacinar despojos; ya llegará el momento
de acarrear cadáveres y armas además
70 hasta nuestros navíos y nuestro campamento.

2. HÉCTOR DEJA EL FRENTE

Y PUJAN los aqueos, de Ares poseídos;
y huyen acosados los teucros rumbo a Ilión,
cuando Héleno Priámida, el augur escogido,
dice a Héctor y Eneas:

- Pues troyanos y licios
75 penden de vuestro ánimo y vuestra decisión
que superáis a todos en el valor y el juicio-,
Héctor y Eneas, id y detened la gente;
quedáos impidiendo que se nos amedrente
y, huyendo por la puertas, vaya a buscar abrigo
80 al lado de las hembras, risa del enemigo.
Mientras los confortáis, aunque ya nos abate
la fatiga, nosotros aquí nos quedaremos
luchando con los dánaos y dándoles combate,
Que la necesidad obliga a tal extremo.
- 85 Tú, Héctor, te me entras después por la ciudad,
pides a nuestra madre que junte a las matronas
del pueblo, y vayan todas al templo de Atenea
la Ojizarca, y que abra el augusto recinto
y deje en las rodillas de la inmortal persona
90 el peplo más hermoso que en la mansión posea,
el que ella más aprecie, el más labrado y tinto
y doce añales vacas indemnes de aguijón
ofrezca en sacrificio: ¡A ver si la ciudad,
las esposas, los niños, merecen su piedad,
95 y se digna salvar a la sagrada Ilión
del que así nos derrota, del hijo de Tideo,
el más embravecido de todos los aqueos!
No es peor Aquiles de sangre belicosa,
el príncipe a quien dan por hijo de una diosa.
- 100 Éste tiene más ímpetus, y por mí mismo veo
que nadie se compara al hijo de Tideo.

Así les habla, y Héctor no desoye al hermano.
Salta armado del carro, blandiendo agudas lanzas,

se entra por las filas, y nueva confianza
 105 les infunde. Sublévase la furia, y los troyanos
 dan media vuelta y cierran con tan feroz pujanza
 que los argivos ceden y paran de luchar.
 Temen que un dios venido del estrellado cielo
 preste a los adversarios su brazo tutelar.
 Y Héctor a grito herido, encendía su celo:
 ¡Bravos teucros y aliados, la fama os enaltezca!
 ¡Mostrad que sois varones, combatid con tesón!
 Yo a las damas troyanas y próceres de Ilión
 voy a pedir que recen y hecatombes ofrezcan
 115 para que nos amparen los Bienaventurados.
 Partió Radiada el casco vivas fulguraciones.
 La negra piel que orlaba su escudo abollonado
 le batía al correr la nuca y los talones.

3. GLAUCO Y DIOMEDES

GLAUCO, el hijo de Hipóloco, y el hijo de Tideo,
 120 de uno en otro encuentro se hallaron frente a
 frente
 entre las dos legiones, y Diomedes valiente:

-¿Quién eres, orgulloso mortal, a quien no creo
 haber visto en la guerra, gloria de los varones?
 Pues afrontas mi lanza y a mi paso te opones,
 125 de todos los guerreros tú eres el mejor.
 Hijo es de padre mísero quien reta mi furor.
 Mas si, como semejas, eres un inmortal,
 yo no quiero más luchas con un dios celestial.
 Licurgo, hijo de Driante, pronto pagó el error

130 de agredir a los dioses. En la montuosa Nisa,
 con su aguijada un día persiguió a las nodrizas
 de Dióniso, aquel del báquico furor.

Los tirsos arrojaron al ver que el homicida
 cargaba sobre ellas con la pica buida,
 135 Y el dios despavorido se zambulló en el mar.
 Tetis lo recibió convulso en su regazo.
 Los dioses se indignaron, y el Crónida sin par
 Cegó al torpe Licurgo que murió en breve plazo.
 Con los dioses no quiero riñas... Si eres mortal
 140 nutrido por la tierra, ven a buscar tu mal.

Y el claro hijo de Hipóloco:

-¡Magnánimo Tidida!

¿Que quién soy me preguntas? Cual la generación
 de las hojas se mudan los linajes humanos.
 Barre el viento las hojas por la selva, y vestida
 145 la halla la primavera de nueva floración:
 ¡tal suceden los jóvenes a las tropas de ancianos!
 Nacen unos, perecen otros... Pues lo has querido,
 te diré mi linaje, de muchos conocido.
 Es Éfira ciudad escondida en la Argólida,
 150 plantel de potros, tierra de Sísifo el Eólida,
 hombre de inmensa astucia que fue progenitor
 de Glauco; éste lo fue del gran Belerofonte,
 a quien dieron los dioses gentileza y valor.
 Será fatal que Preto lo acose y se le afronte,
 155 quien, por gracia de Zeus, impera con rigor

en los argivos. Víctima de sus maquinaciones,
 irá Belerofonte al destierro; que Antea
 la reina acariciaba secretas intenciones
 de seducir al héroe. Todo vana tarea:
 160 era Belerofonte de limpio proceder.
 Y la falaz Antea: - ¡“Oh, rey, o muere, o mata
 -le dijo- al que pretende forzar a tu mujer!”
 Mas Preto, aunque iracundo, procedió con malicia:
 no da la muerte al héroe, que algún temor lo ata.
 165 Lo encarga de un mensaje a la distante Licia,
 y en plegadas tablillas graba un signo mortal
 para que, al ver su suegro la secreta señal,
 dé muerte al portador. Belerofonte inicia
 su viaje protegido por los dioses, y llega
 170 ala las tierras que el Janto pródigamente riega.
 Recibiólo el monarca con trato liberal.
 Lo hospedó nueve días, mató otras tantas reses.
 Y a la décima aurora de sonrosados dedos,
 Solicitó el mensaje de su yerno real.
 175 En viendo las tablillas, causa de mil reveses,
 mandó a Belerofonte que muestre su denuedo
 matando a la invencible y espantosa Quimera,
 engendro sobrehumano, cabeza de león,
 cuerpo como de cabra y cola de dragón,
 180 cuyo resuello era una encendida hoguera.
 Triunfó Belerofonte con el favor divino,
 mas para otras pruebas lo guardaba el destino.
 Pronto se halló en combate con los terribles
 sólimos,
 El más rudo -decía- que tuvo con mortales.
 185 Venció en tercer lugar al ejército indómito

de Amazonas, guerreras a los hombres iguales.
 Y ni al volver en triunfo acabaron sus males,
 porque el rey le armó una celada subrepticia
 con los hombres más bravos de la espaciosa Licia.
 190 Ninguno salió vivo, a todos dio la muerte
 el gran Belerofonte. Y el rey al fin advierte
 que el huésped era vástago de linaje divino.
 Casólo con su hija, lo recogió a su lado,
 con él partió el gobierno; y todos los vecinos
 195 le destinaron óptimos vergeles y sembrados
 para que los labrase a su sabor. La esposa,
 andando el tiempo, dióle tres hijos afamados:
 eran Isandro, Hipóloco y Laodamia hermosa,
 que fue amada del pródigo Zeus. De aquella unión
 200 nació, rival de dioses, el bravo Sarpedón,
 ilustre por las armas. Mas a Belerofonte
 dejaron de su gracia los dioses soberanos,
 y andaba por los campos de Ale y por el monte,
 royendo su amargura lejos de los humanos.
 205 Y el insaciable Ares hizo morir a manos
 de sólimos a Isandro; y Ártemis, en su enfado
 -la de las riendas áureas-, dio la muerte a su hija.
 Yo he nacido de Hipóloco, que a Troya me ha
 enviado
 mandándome que siempre me destaque en la
 guerra,
 210 y que supere a todos, y que en todo me rija
 por el glorioso ejemplo de mis antepasados,
 los valientes de Éfira y de la licia tierra.
 Tal es mi alcurnia ilustre, tal es la sangre mía.

4. HÉCTOR Y HÉCUBA

Diomedes el pujante, henchido de alegría,
 215 clavó en el almo suelo la pica, y al instante
 dijo al pastor de hombres con urbana amistad:
 -Pues sábetе que heredas nuestra hospitalidad.
 Porque a Belerofonte, antaño, en su mansión,
 tuvo Eneo por huésped durante veinte días,
 220 y ambos trocaron prendas, presentes de valía:
 un tahalí purpúreo de mucha estimación
 dio al gran Belerofonte el divinal Eneo,
 y a éste le dio el otro la copa de dos asas,
 labrada en oro fino, que guardamos en casa.
 225 No tengo ya memoria de mi padre Tideo;
 cuando partió a la guerra era yo aún muy niño,
 y en Tebas se deshizo el ejército aqueo.
 Eres mi huésped de Argos, y con igual cariño
 sé que habrás de acogerme cuando yo vaya a Licia.
 230 Las lanzas depongamos: no sería justicia
 que así nos arrebate la muchedumbre fiera.
 Sobran teucros y aliados a quienes dar la muerte,
 si los dioses permiten que ataje su carrera,
 y no le faltan dánaos para probar tu suerte
 235 y hacer lo que te cumple de la propia manera.
 Troquemos nuestras armas: sea cosa notoria
 que es la amistad paterna nuestra más alta gloria.
 Bajaban de los carros, y en prueba de amistad
 se estrecharon la mano. Zeus Crónida entonces
 240 nubló el juicio de Glaco, pues por armas de
 bronce
 cambió sus armas de oro, armas de calidad
 que valían cien bueyes, mientras las del Tidida
 con sólo nueve bueyes fueran retribuidas.

EN LAS Puertas Esceas, donde crece la encina,
 245 se agolpan las mujeres e hijas de troyanos
 pididendo a Héctor nuevas de sus hijos, hermanos,
 amigos y maridos. Pero él sólo atina
 a encargarles que imploren a los dioses lejanos:
 ¡tal duelo les aguarda!

Llegado al opulento
 250 palacio del rey Príamo los pórticos bruñidos,
 el ala de cincuenta alcobas, con pulidos
 muros de cantería, que daban aposento
 a sus cincuenta hijos y a sus cincuenta esposas;
 y al atrio, doce cámaras de techados y losas
 255 donde sus castas hijas dormían con sus yernos,
 halló a su noble madre que venía buscando
 a su hija Laódice, la hija más hermosa.

Asiólo de la mano, y con afán materno:
 -¿Por qué dejaste, hijo, el combate nefando?
 260 Sin duda los aqueos de nombre aborrecido
 el cerco han reducido, y tu gran corazón
 te mueve a recurrir con manos implorantes,
 en lo alto del Acrópolis, al augusto Cronión.
 Yo el melífero vino traeré cuanto antes.
 265 Brindarás a los dioses la sacra libación
 y beberás el resto, pues vienes extenuado
 de luchar por los tuyos, y en el vino hay virtud
 que devuelve a los hombres la fuerza y la salud.

Responde el magno Héctor del yelmo
empenachado:

270 -No, madre honrada, apártame ese vino de miel,
que el valor y los ímpetus puedo dejarme en él,
y al Amo de las Nubes desparramar no debo
con las manos impuras las negras libaciones,
ni puedo presentármele mostrando esos
manchones

275 del fango y de la sangre, que así yo no me atrevo.

Tú junta a las matronas del pueblo; las esencias
aprontad e id al ara para implorar clemencia
de Atenea, señora del saqueo. Te humillas
ante la diosa de almas crenchas, y en sus rodillas

280 depositas el peplo de más estimación
que tengas en tus arcas, aquel que tú prefieras,
y doce años vacas indemnes de aguijón
le ofreces, en espera de que nuestra ciudad,
las esposas, los niños, merezcan su piedad,

285 y se digne librar a la sagrada Ilión
del que así nos derrota, del sangriento Tidida.

Ve, pues, al santuario de la diosa guerrera.

Me importa hablar con Paris, ya que escucharme
quiera.

¡La tierra se lo trague! Zeus lo echó a la vida

290 para mal de troyanos, de Príamo y su casa.

Si él descendiera al Hades, quedara redimida

Y olvidada la pena que mi ánimo abrasa.

5. HÉCUBA EN EL TEMPLO DE ATENEA

ASÍ LE dijo. Y Hécuba, tornando a la mansión,
ordena a las sirvientas buscar a las matronas

295 por la ciudad de Ilión, mientras ella en persona
baja al fragante tálamo. Los peplos revolvía
bordados por aquellas mujeres de Sidón
que el deiforme Alejandro llevó en la travesía
del ponto, al mismo tiempo que a Helena la del
claro

300 linaje. Allí en el fondo del arca halló el más raro,
recamado y hermoso, el que resplandecía
como astro de la noche; y a la diosa Atenea,
encabezando el séquito, se fue con la presea.

Llegadas al Acrópolis, abrió el templo Teano,

305 bella hija de Ciseo y esposa de Antenor
el jinete, escogida por el pueblo troyano
para sacerdotisa de la diosa guerrera.

Todas alzan las manos con lúgubre clamor;
toma el peplo Teano, la de frescas mejillas,

310 allégalo a la diosa del alma caballera,
y orando con fervor lo deja en sus rodillas:

-¡Dueña de la ciudad, veneranda Atenea,
divina entre las diosas! Óyenos y concede

que, en las Puertas Esceas, rota el asta, Diomedes

315 ruede al polvo; y tus aras honrará la oblación
de doce años vacas indemnes de aguijón,
para que al fin disfruten de tu benignidad
los niños y mujeres que pueblan la ciudad.

Mas Palas Atenea desoye su oración.

6. HÉCTOR Y PARIS

- 320 MIENTRAS ellas imploran a la hija del Cronión,
 iba Héctor camino de la regia morada
 que él ofreció a Alejandro y que fue edificada
 por óptimos artífices de la feraz Ilión.
 Patio y tálamo y sala cubrían un espacio
 325 del alta ciudadela, cercano a los palacios
 de Príamo y de Héctor. Entra, pues, el varón
 de Zeus. Llega armado con su pica de once
 codos, virola áurea y el espigón de bronce,
 que su paso anunciaba con un haz de reflejos.
 330 Alejandro en la cámara sus armas repulía
 -peto y escudo espléndidos-, y probaba el manejo
 del corvo arco, y Helena la argiva dirigía
 labores primorosas que urdían sus sirvientas.
 Héctor aborda a Paris con palabras violentas:
 335 -¡Insensato! -lo increpa-. Despechado te hallas;
 mas tu encono es dañino cuando ya en las murallas
 mueren los defensores, y el bélico clamor
 que acusa tus desmanes se alza en derredor,
 y no perdonarías tú mismo a los cobardes.
 340 Levántate y acude antes que sea tarde
 y las voraces llamas consuman la ciudad.

Y contestó Alejandro, igual a una deidad:
 -Héctor, pues me reprendes con razón y mesura,
 yo quiero contestarte, y escucha lo que digo:
 345 Contra el pueblo troyano ningún encono abrigo;
 sólo quise encerrarme aquí con mi amargura.

- Mi esposa ahora mismo me instaba con ternura
 a recobrar las armas. También yo lo prefiero,
 que al cabo es muy cambiante la suerte del
 guerrero.
 350 Aguarda a que revista mis arreos marciales,
 o vé delante: pronto me verás a tu lado.
- Héctor del casco airoso permaneció callado,
 y Helena dijo entonces con palabras leales:
- ¡Ay, miserable perra de quien eres cuñado!
- 355 ¿Por qué, cuando mi madre me dio el ser, al
 momento
 no me arrancó a sus brazos un tempestuoso viento?
 Si al monte, si al sonoro mar me hubiese arrojado,
 juguete de las olas, nada hubiera pasado.
 Mas, si plugo a los dioses consentir tales daños,
 360 fuera al menos la esposa de un pujante varón,
 sensible al mal ajeno y a la reprobación.
 Pues este hombre sin ímpetus sólo entiende de
 amaños,
 y el fruto merecido temo que ha de lograr.
 Mas entra, hermano mío, siéntate a descansar
 365 en esa silla: traes el corazón rendido;
 que por mí, descarada, tanto dolor apuras,
 y por la odiosa culpa de mi nuevo marido.
 Quiso Zeus que fuéramos pasto a las desventuras
 para inspirar la fábula de las razas futuras.
- 370 Y le responde Héctor del casco tremolante:
 -Aprecio tu intención, mas ni por un instante

esperes persuadirme, Helena: el corazón
 se me va con mis teucros que ya están impacientes.
 Haz que me siga ese hombre, y sea prontamente,
 375 y se me junte mientras ando por la ciudad.
 Debo ir a mi casa, ver a la servidumbre,
 a mi esposa querida, a mi niño de edad
 tan tierna, porque ahora vivo en la incertidumbre:
 ¿Si volveré a su lado, o si será el deseo
 380 de los dioses vencerme por mano del aqueo?

7. LOS ADIOSES DE HÉCTOR Y ANDRÓMACA

ASÍ DIJO, y partió. Y su morrión fulgura
 al paso que a sólido recinto se apresura.
 Su Andrómaca de niveos brazos no aparecía,
 que en lo alto de la torre lloraba y se plañía,
 385 seguida por el aya de hermosas vestiduras
 que con la criatura le hace compañía.
 Como no hallara en casa a la esposa excelente,
 Héctor desde el umbral interpela a su gente:

 -¡Ea esclavas! -les grita-. Decid sin embarazo
 390 adónde ha ido Andrómaca la de los blancos
 brazos.
 ¿Tal vez dejó el palacio por ver a mis hermanas,
 o está con mis cuñadas de galas ostentosas?
 ¿O al templo de Atenea con las crespas troyanas
 se fue para implorar la gracia de la diosa?
 395 Y la fiel dispensera contesta diligente:
 -Pues tú lo mandas, Héctor, escucha la verdad.

Ni está con tus cuñadas de mantos esplendentes,
 ni está con tus hermanas, ni fue con las troyanas
 de lindas cabelleras al ara de Atenea,
 400 por ver si así se aplaca la terrible deidad.
 Mas, sabiendo que el ímpetu de los teucros
 flaquea,
 teme nuestra derrota, teme el triunfo enemigo,
 y enajenada, al muro corrió de la ciudad,
 y a tu hijo y al alma se ha llevado consigo.

 405 Habló la dispensera, y el varón con premura
 desanduvo las calles, la bien trazada Ilión,
 y en las Puertas Esceas que dan a la llanura
 y donde ya lo llama de cerca la pelea,
 halló a la rica Andrómaca, heredera de Eetión,
 410 el magnánimo rey que fue de los cilicios
 a las faldas del Placo y entre los precipicios
 de Tebas de Hipoplacia: tal era su ascendencia.
 En viendo al hombre armado, movida de
 impaciencia,
 ella corre a su encuentro con loco desaliño,
 415 seguida por el ama que en brazos lleva al niño.
 ¡El escogido Hectórida parecía una estrella!
 Escamandrio lo llama su padre, y en Ilión
 Astianax lo apodaban, porque en su padre sellan
 la última esperanza para su salvación.
 420 Sonreía el Priámida al ver al hijo amado.
 Andrómaca llorosa se detuvo a su lado,
 y dijo sacudiendo la mano del varón:

 -¡Ciego! ¡Tu mismo arrojo te perderá sin duda!
 ¿No temes por tu huérfano ni te apiada tu viuda,

425 si en tumulto los dánaos se arrojan contra ti?
 ¡Trágueme antes la tierra si ése ha de ser tu sino!
 Muerto tú, sólo habrá dolor en mi camino.
 Mis venerados padres... ya ves que los perdí.
 Eetión cayó al empuje de Aquiles el divino,
 430 que abrió las altas puertas de Tebas, mi ciudad,
 y diezmó a los cilicios. Mas tuvo aún piedad:
 no arrebató a mi padre las regias armaduras,
 antes dio su cadáver y sus armas al fuego
 y le alzó digno túmulo; y allí las ninfas luego,
 435 hijas del Porta-Égida que pueblan la espesura,
 rodearon de álamos el sitio funeral.
 Crecí entre siete hermanos, murieron en un día;
 que el aligero Aquiles, a los dioses igual,
 los sepultó en el Hades cuando ellos apacían
 440 tropas de tardos bueyes y cándidos carneros.
 A mi madre, señora en el Placo selvoso,
 la trajo como parte de su botín cuantioso
 y la dio libre a trueque de un patrimonio entero.
 Mas la Arquera Ártemis le descargó la mano,
 445 en la casa paterna, donde buscó reposo.
 Héctor, tú eres ahora padre, madre y hermano,
 y a un tiempo, de esta mísera el floreciente esposo.
 Ten compasión, y guárdate aquí como te digo.
 No hagas a tu hijo huérfano y a tu mujer viuda.
 450 Junta a todas tus huestes allá en el cabrahigo,
 donde el muro troyano requiere más ayuda.
 Los Áyaces bravíos, el claro Idomeneo,
 los Atridas, el fuerte retoño de Tideo,
 los más fieros argivos y de valor más alto
 455 han concentrado allí tres veces el asalto.

O ya por los oráculos alguien les dio la noticia,
 o los guían su arrojo y su propia pericia.

Replica el grande Héctor del caso tremolante:
 -Pienso en lo que tú piensas, como tú me acongojo.

460 Mas fueran más punzantes mi duelo y mi sonrojo
 si teucros y troyanos de peplos rozagantes
 vieran que me sustraigo a la dura porfía.
 Ni puede aconsejármelo tampoco el corazón:
 siempre en las delanteras luché con valentía,
 465 como me lo imponían la propia estimación,
 la gloria de mi padre y mi generación.
 El corazón lo sabe, y ya en el alma mía
 no hay sombra de esperanza ni asomo de ilusión.
 Hora vendrá en que caigan la sacrosanta Ilión
 470 y sus lanzas de fresno y Príamo y su grey.
 Mas ni el mal que se cierne ya sobre los troyanos,
 y ni el dolor de Hécuba o de Príamo el rey,
 ni el destino que espera a mis nobles hermanos
 cuando en el polvo rueden, del enemigo a manos,
 475 me angustian cual la negra suerte que te amenaza,
 si tal vez un aqueo de sólida coraza
 cautiva te arrebatara, sin oír tus amargos
 llores, para que tejas en un telar de Argos,
 o el agua traigas desde la fuente Meseida
 480 o la fuente Hiperea, el alma ensombrecida
 y bajo el triste imperio de la necesidad.
 Quizás al ver tus lágrimas exclamen sin piedad:
 “¿Y era ésta la esposa de Héctor, campeón
 sumo de los troyanos domadores de potros,
 485 que desaparecieron luchando con nosotros,

allá cuando el asedio de la murada Ilión?"

Y hará muy más crueles aún tus aflicciones
la ausencia del que pudo recuperar tu honor.

¡Ay, que sobre mis huesos la tierra se amontone!

490 ¡No te vea raptada ni oiga yo tu clamor!

Y el claro Héctor tiende las manos a su hijo,
que grita amedrentado, procurando el cobijo
de la galana esclava de la gentil cintura.

Le espanta ver al padre ceñido en la armadura,

495 lo asusta el bronce, el hopo de crines que ondeaba
terrible sobre el yelmo. Y ambos ríen a una,
el amoroso padre, la madre venerada.

Deja Héctor por el suelo su casco refulgente,
al tierno niño besa y en sus brazos lo cuna,

500 y a Zeus y a los dioses levanta la mirada:

¡Zeus y demás dioses! -dice-. Otorgad clementes
que el hijo mío sea como su padre ha sido,
campeón escogido y orgullo de su gente;
que poderoso reine sobre la vasta Ilión;

505 que cuando vencedor vuelva de la pelea,
digan todos al verlo: "¡Vale más que el varón
a quien debe la vida!", y al botín que acarrea
con los restos cruentos del que supo vencer,
el alma de su madre se encienda de placer

510 Dice, y al hijo en brazos de la madre confía.
Fragante el seno, ella lloraba y sonreía.

Compadecido Héctor, exclama:

-¡Dulce esposa!

-al par que la sosiega con mano cariñosa-.

No dejes que la pena rinda tu corazón.

515 No ha de llevarme Hades sin orden del destino,
que es de cuantos nacieron el natural camino,
y bravos ni cobardes alcanzan remisión.

Vuelve a tu casa y rueca, tus esclavas y aperos,
y deja a los troyanos, y a Héctor el primero,
520 las cosas de la guerra y el resguardo de Ilión.

Así dice y recobra el crinado morrión.

Y ella, mientras se aleja, la cabeza volvía,
bañado el rostro en lágrimas que copiosas vertía.

Devuelta ya al palacio de Héctor, matador
525 de hombres, las esclavas lloran en su redor...

¡Llora su casa a Héctor, que vive todavía,
mas nadie espera verlo salir de la porfía,
que todos los aqueos lo acosan con furor!

8. HÉCTOR Y PARIS VUELVEN AL FRENTE

NADA demora Paris en el palacio enhiesto:

530 Apenas las bronceíneas armaduras se ha puesto,
y ya en alarde atlético recorre la ciudad.

Garañón impaciente que del ronzal se arranca,
harto ya del establo y la cebada blanca,
el río en que lo bañan busca con ansiedad,

535 atronando al galope los campos y el potrero,
la cerviz levanta y las crines sacude,

y con zancadas ágiles al pastadero acude
venteando las yeguas, tal, gozoso y ligero,
el Priámida Paris de Pérgamo bajaba,

540 y sus armas lucían y como el sol cegaban.

Pronto dio alcance a Héctor cuando apenas volvía de despedir a Andrómaca, y dijo:

-Temo, hermano,
encontrarte impaciente por la tardanza mía,
pues no vine tan pronto como tú lo querías.

545 Así dice Alejandro, divino el continente,
y le replica Héctor del casco refulgente

-¡Cuán singular te veo! Sería injusto y vano
negar que eres osado y diestro en los combates;
mas luego te destemplas y tú solo te abates,
550 y mi alma se subleva si oigo a los troyanos,
víctimas de tu culpa, cubrirte de baldones.
Para mejor sazón queden mis reflexiones;
para cuando en palacio, si lo permite Zeus,
brindemos a los dioses, con las gozosas nuevas,

555 la crátera del triunfo por nuestra libertad,
y hayamos expulsado en masa a los aqueos
(¡los guerreros aqueos de las radiantes grebas!),
de la Tróade entera del campo y la ciudad.

VII

COMBATE SINGULAR DE HÉCTOR
Y ÁYAX

El largo día de combate que comenzó en la Rapsodia segunda llega a su ocaso con el duelo singular entre Héctor y Áyax, interrumpido por la noche que se avecina. A la mañana siguiente se concierta una tregua para levantar y honrar a los muertos. Los aqueos alzan un tómbulo funerario a sus compañeros caídos, y un muro fortificado para resguardo de sus naves. 1. Desafío de Héctor: Con la vuelta de Héctor y París, se reaniman los troyanos. Los dioses sugieren a Héleno, y éste aconseja a Héctor, que proponga una suspensión del combate y rete a duelo singular al campeón que elijan los aqueos. Menelao quiere ofrecerse, pero lo disuade Agamemnon. Néstor, dolido de la vacilación de los aqueos, propone que la suerte designe al contrincante de Héctor. Entre los nueve que se brindan, la suerte designa a Áyax, como respondiendo al íntimo deseo de toda la tropa. 2. Duelo singular entre Héctor y Áyax: Los campeones se increpan según la costumbre, pero sin denuestos y con cierta cortesía caballeresca. Pronto se deja sentir la superioridad de Áyax. Pero oscurece, y los heraldos de ambos ejércitos suspenden la lucha. Héctor y Áyax cambian presentes y se despiden como amigos. 3. Negociaciones: Por la noche, en el campamento aqueo, Néstor aconseja una tregua para levantar a los muertos, y la construcción de un muro y foso para la defensa de las flotas; pues se adivina que, con la ausencia de Aquiles - varias veces recordada-, los aqueos no se sienten seguros. Al mismo tiempo, en Troya, Antenor, que siempre deseó, como los demás ancianos, la devolución de Helena (III, 166-7), y que considera la violación de los pactos -ya aludida por el mismo Héctor en su desafío (versos 71 y ss.)- como justa causa de indignación para los dioses, pide la restitución de Helena y sus riquezas. París acepta el devolver las riquezas, pero no el devolver a Helena. Príamo ordena que, al amanecer, se presente esta proposición a los aqueos y, además, se les pida una tregua para quemar a los muertos. Así se hace, pero los aqueos -movidos por Diomedes, que ve en la primera proposición una confesión de derrota- sólo aceptan la tregua

en que ya ellos mismos habían pensado. 4. Tregua y construcción del muro: Unos y otros queman a sus muertos. Los aqueos levantan el muro, abren el foso y lo cercan con una estacada, según el consejo de Néstor en la escena no. 3. De pronto nos transportamos al Olimpo. Posidón contempla el muro con celos. Zeus le dice que, cuando los aqueos abandonen la Tróade, tendrá tiempo de destruirlo. En tanto, las naves de Lemnos llegan con vino para los aqueos, que se juntan a beber y a cenar. Han pasado al parecer dos días: uno para la incineración; otro, para levantar el muro (438).

1. DESAFÍO DE HÉCTOR Y PARIS

TAL DIJO Héctor el ínclito. De guerrear sedientos,
él y su hermano Paris las puertas transponían.
Como a los bogadores llega el próspero viento,
gracia de un dios, a punto que ya desfallecían
5 y ya el pulido abeto las olas corta en vano,
así prestó a los teucros alivio en la porfía
la reaparición feliz de los hermanos.

Paris mató a Menestio: en Arna era nacido,
hijo fue de Areítoo, rey de la clava fiera,
10 y de Filomedusa, la de ojos de novilla.
Y Héctor, acometiéndolo con el dardo buido
y el cuello traspasándole bajo la cogotera,
a Eyoneo derrumba y en el polvo lo humilla.
Glauco, el hijo de Hipóloco, los licios acaudilla
15 y al Deixiada Ifínoo por el dorso alancea:
trepaba éste al carro de yeguas corredoras
y en medio del tumulto halló su perdición.

La Ojizarca Atenea que el combate avizora,
del alto Olimpo vuela hasta la sacra Ilión

- 20 temiendo el exterminio de las tropas aqueas.
Mas Apolo, que en Pérgamo la vigilaba alerta,
decide interponerse también en la reyerta
a favor de los teucros, y así las dos deidades
vinieron a encontrarse debajo de la encina.
- 25 Y Apolo, hijo de Zeus, a la diosa conmina:
-¡Ardiente hija de Zeus, no más iniquidades!
¿Qué te ha traído desde la Olímpica Mansión?
¿Quieres dar a los dánaos la indecisa victoria?
Si muriesen los teucros, es cosa ya notoria
30 que no merecerían tu ayuda y compasión.
Yo por mejor estimo (¡concédelo, Atenea!)
que se suspenda hoy la enconada pelea.
Sigan después batiéndose hasta que caiga Ilión,
ya que las Inmortales ponéis tal voluntad
35 en arruinar al cabo la espaciosa ciudad.
La Ojizarca Atenea le respondió al instante:
-Sea como lo pides, Amparador Distante.
Para eso he dejado la Olímpica Mansión.
Mas ¿qué medio discurre de suspender la lucha?
- 40 Y el soberano Apolo, retoño del Cronión:
Que el caballista Héctor, cuya fiereza es mucha,
ofrezca a los argivos de las lucientes grebas
un duelo singular. Puesto su honor a prueba,
ellos han de aceptarlo, y escogerán con tino
45 al que pueda medirse con Héctor el divino.

La Ojizarca Atenea oye al dios y consiente.
El caro hijo de Príamo, Héleno, de improviso

percibe los propósitos divinos en su mente,
y acercándose a Héctor:

-¡Priámida prudente

- 50 al par de Zeus! -Dice-. ¿Escucharás mi aviso
fraternal? Haz que cese al punto la pelea
y reta al más valiente de la legión aquea,
y atácalo serena y denodadamente.
No temas por tu sino, tu hora no ha llegado,
55 y los eternos dioses me lo han aconsejado.

Oyólo Héctor con júbilo. A medio astil la lanza,
Irrumpe por los frentes y acelerado avanza.
Las falanges troyanas a su orden se aquietan,
y a sus huestes bronceínas Agamemnón sujeta.

- 60 Atenea y Apolo el del Arco de Plata,
transformados en buitres, ocupan la alta encina
de Zeus Porta-Égida: a sus pies se dilata
la multitud de cascos y escudos, y culminan
las filas erizadas de largas jabalinas.
65 Y como arruga el Céfito y oscurece la mar,
en oleaje denso que corre por el llano
se sientan a escuchar aqueos y troyanos,
cuando Héctor entre todos su voluntad declara:

-¡Oh troyanos y aqueos de recias antiparas!

- 70 Oíd lo que en el pecho me dicta el corazón:
No aceptó nuestros votos el excelso Cronión,
y su animosidad nos ha ceñido al grave
perjuicio de la guerra hasta que todo acabe.
O arruinaréis vosotros la torreada Ilión,
75 o quedaréis postrados en torno a vuestras naves

surcadoras del ponto. Bien sé que en vuestro
ejército

- militan los caudillos de más arrojo y mérito.
Pues oíd lo que ofrezco -y Zeus por testigo-:
Aquel que fuere osado a medirse conmigo
80 por campeón de todos y en duelo singular,
con Héctor el divino se apreste a pelear.
Si él con su agudo bronce logra vencer mi brío,
arránqueme las armas, llévelas al navío,
mas vuelva mis despojos a mi casa y mi gente,
85 para que los guerreros teucros y sus esposas
los suban a la pira. Y si Apolo consiente
que sea yo quien mate a vuestro campeón,
sus armas -justo premio de la empresa gloriosa-
he de llevar conmigo a la sagrada Ilión,
90 donde ornarán el templo del Cazador Distante,
y mandaré a las naves de numeroso arreo
el cadáver: y cuiden los crinados aqueos
de honrarlo con exequias, y en las costas levanten
del rápido Helesponto su túmulo luctuoso.
95 Mañana el navegante, cruzando el mar vinoso
en su bajel que impulsan infatigables remos:
“Aquí descansa -diga- el ardido varón
que combatió con Héctor allá en la edad remota,
y que rodó a los pies de Héctor el supremo.”
100 ¡Y serán inmortales mi fama su derrota!
Escucháronlo todos; permanecieron mudos.
Sería vergonzoso negarse al desafío,
mas aceptarlo era temible desvarío.
Y al cabo los increpa Menelao ceñudo:

105 -¡Ay de mí, jactanciosas aqueas, y no aqueos!
 ¡Oh bochornosa mengua, con Héctor nadie pudo!
 ¡Volveos tierra y agua, hombres sin pundonor!
 Seré yo quien revista los bélicos arreos,
 que ya habrán escogido los dioses vencedor.

110 Dijo, y ya los preciados arreos revestía...
 Y acabara tu vida, de Héctor a las manos,
 Menelao, pues Héctor tanto te aventajaba,
 si allí no se interponen los jefes de valía.
 El propio Agamemnon del mando soberano,
 115 asiéndole la diestra, así lo conjuraba:

-¡Menelao, deliras! Flor de Zeus, hermano,
 domina tu arrebato y tu temeridad.
 No busques el desquite contra quien te supera.
 La gloria del encuentro con Héctor el Priámda
 120 a todos intimida, y aun el feroz Eácida,
 que tanto te aventaja, lo huye y lo pondera.
 Vuelve, pues, a los tuyos, sositégate y espera.
 Ya escogerán los dánaos el propio campeón,
 y tal que, aunque es el otro incansable e intrépido,
 125 suspirará de alivio como salga con éxito
 de tamaña pelea y tanta desazón.

Dice, y al fin su hermano cede a la exhortación;
 y ya tranquilizados sus hombres, se apresuran
 a quitarle de encima la pesada armadura,
 130 cuando adelanta Néstor y arenga la legión:
 -¿Quién vio mayor dolor para el país aqueo?
 ¡Cual gimiera el anciano caballista Peleo,

consejero y estímulo sin par de mirmidones,
 Quien tanto se gozaba antaño interrogándome,
 135 allá de su palacio en los regios salones,
 por la ascendencia y cuna de todos los argivos!
 Si viera a nuestros hombres apocados y hurtándose
 a combatir con Héctor, aquel carrero altivo
 alzaría las manos rogando a las deidades
 140 que su alma sepultaran en la mansión de Hades.
 ¡Ojalá! -Padre Zeus, Apolo y Atenea-
 que me encontrara yo tan joven todavía
 como cuando las huestes de Pilos combatían
 junto al corriente Járdano, bajo el muro de Fea,
 145 cerca del impetuoso Celadonte, a los fieros
 arcadios de temibles lanzas. Ereutalión,
 el deiforme varón, se ostentaba el primero
 a la vanguardia. Iba vistiendo la armadura
 del divino Areítoo, apodado el Macero
 150 hasta por las mujeres de galana cintura:
 el rey de maza férrea que los haces rompía
 sin acudir al arco ni a la lanza bravía.
 Pues sabed que a Areítoo logró vencer un día
 Licurgo, más por maña que por fuerza, en un
 estrecho
 155 paso, donde la maza de nada le servía,
 y le envasó la pica por la mitad del pecho.
 De espaldas derribado, las armas singulares
 le quitó, lujo bélico y presente de Ares,
 y luego las vestía por su propio derecho.
 160 Cuando, viejo, Licurgo se estaba en su mansión,
 las cedió a su escudero dilecto, Ereutalión.
 Con tales armas, éste domaba a los más fieros,

que a su sola presencia cejaban temblorosos.

Yo no, que era el más joven: mi ardiente corazón

165 me hizo aceptar su reto, y atacué al presuntuoso.

Por gracia de Atenea pude salir triunfante.

¡Qué buen trecho cubría el cuerpo del gigante!

¡Ay, si me devolvieran vigor y lozanía,

pronto me viera Héctor del casco tremolante

170 salirle al paso! En cambio vosotros, según veo,

sois endebles. ¡Y sois la flor de los aqueos!

Así el anciano pilio los increpó. Al instante

adelantaron nueve guerreros en montón:

el primero de todos, el rey Agamemnon;

175 tras él iban Diomedes, el hijo de Tideo,

los intrépidos Áyaces, y con Idomeneo,

su escudero Meriones -rival del homicida

Enialio-; el Evemónida Eurípilo; en seguida,

Toas el Andremónida, y Odiseo el divino.

180 Todos piden la honra de combatir con Héctor,

y el gerenio jinete les dice, el claro Néstor:

-Echad suertes, y elija campeón el destino,

en bien de los aqueos de la grebas lucientes;

venza el bélico trance quien salga campeón,

185 y goce la victoria su bravo corazón.

Dijo, y sus nueve tarjas los nueve contendientes

¡mezclaron en el casco de Agamemnon Atrida.

Al anchuroso cielo y a los dioses, en coro

rogaban los guerreros, las manos extendidas:

190 - ¡Designa, Padre Zeus, a Áyax, al Tidida

o al propio rey que manda en Micenas de oro!

Néstor agita el casco, el jinete gerenio;

y como por virtud de unánime convenio,

salta la contraseña que todos anhelaban.

195 Al concurso de próceres un heraldo la muestra

desde el primero al último, turnando por la diestra:

todos la desconocen, todos la rechazaban,

sino Áyax, que al punto adelantó la mano

y arrojándola al suelo dijo con aire ufano:

200 - ¡Amigos, es mi tarja! El alma se recrea

soñando en la victoria contra Héctor el divino.

Orad por mi destino al Cronión Soberano,

mientras visto las armas y salgo a la pelea;

implorad en voz baja, no os oigan los troyanos,

205 o hacedlo abiertamente, sin miedo y como sea;

que ni mañana ni fuerza quebrantarán mi arrojo,

pues para guerrear me crió Salamina.

Tal dijo. Al ancho cielo todos alzan los ojos,

y reclaman de Zeus la protección divina:

210 - ¡Íncrito Padre y máximo que reinas en el Ida!

-se les oye decir-. ¡Otorga la victoria

a Áyax, y concédele la honra apetecida;

mas si a Héctor aprecias y de él también te cuidas,

reparte entre uno y otro igual valor y gloria!

2. DUELO SINGULAR ENTRE HÉCTOR Y ÁYAX

- 215 LOS ESPEJADOS broncees Áyax ciñe al instante,
y se aproxima a Héctor como un Ares pujante
cuando anda entre los hombres la saña del Cronión.
Antemural de aqueos, así el guerrero avanza
a saltos, sonriendo con rabiosa fruición,
220 seguido por la sombra inmensa de su lanza.
Gózanse los aqueos, henchidos de esperanza,
y corre por los teucros un vago calosfrío
y aun Héctor le tiembla el corazón bravío.
Mas suyo ha sido el reto, para cejar ya es tarde,
225 y junta su coraje y su inquietud domina.
Su ingente escudo Áyax cual una torre empina:
bronce que amparan siete pieles de buey, alarde
de Tiquio, aquel artífice de Hila, el curtidor
entre los curtidores tenido por mejor.
230 Siete robustos bueyes dieron las siete capas
que reviste por fuera la bronceína chapa.

Al rival allegándose:

-¡Héctor! De hombre a hombre

- dice Áyax arrogante, con el escudo al pecho-,
verás si aún nos quedan caudillos de renombre,
235 sin hablar ya de Aquiles, pasmo de las mesnadas
y temple de león, que hoy rumia su despecho
contra el pastor de pueblos, el rey Agamemnón,
allá en las corvas naos junto al ponto varadas.
Mas aquí somos muchos para servir al caso
240 y pelear contigo, si das el primer paso.

- Y respondióle Héctor del casco tremolante:
-¡Oh, Telamonio Áyax, ramo de Zeus, báculo
de pueblos! No me tientes como a indefenso
párvulo
o mujer apocada: la guerra fue mi ley,
245 hecho estoy a las lides, soy diestro en las matanzas,
sé sacudir a punto la seca piel de buey,
arremeter en carros, y acompasar las danzas
del cuerpo a cuerpo, al gusto de Ares inclemente;
y a ti, como quien eres, no voy con asechanzas
sino que te contraste y te ataco de frente.

- Dijo, y lanzó la enorme pica contra el escudo
de Áyax, horadando el bronce de la chapa.
La punta entró en los cueros hasta la sexta capa,
y el último resguardo atravesar no pudo.
255 Llególe el turno a Áyax, el de estirpe divina,
y acometió al Priámida con larga jabalina
que traspasó el escudo de peso equilibrado
y la ornaza coraza, y que fue a desgarrar
la tela de la túnica por cima del ijar.
260 Pero con un falseo Héctor salvó el costado
y hurtóse al negro sino. Entrambos a la par
arrancaron las picas para poder luchar:
¡carniceros leones, jabalíes monteses
cuyo ímpetu redobla con los mismos reveses!
265 Héctor golpea el centro del enemigo escudo,
mas se dobla imponente la púa de la pica;
y Áyax le replica con un bote tan rudo
que sorprendió al Priámida con la guardia
insegura.

Se abrió camino el bronce hasta alcanzar el cuello.

- 270 Mana la sangre oscura. No se arredra por ello
el penachudo Héctor. Alza con mano dura
un erizado y negro pedrusco, y al instante
lo arroja contra Áyax, y pega en el ombligo
del escudo enemigo y hace cantar el bronce.
- 275 Otra piedra más áspera Áyax levanta entonces,
y haciendo molinetes, aplasta con vigor
el escudo de Héctor por el borde inferior
como pudo mellarlo un ruego de molino.
Da el golpe en las rodillas, y Héctor el divino
280 se derribó de espaldas asido a su broquel.
Lo alzó del suelo Apolo que velaba por él.
Y, de cerca, se hubieran acometido a tajos,
si a la vez dos heraldos, mensajeros de Zeus
y de los hombres, todos de bronce pertrechados,
285 no adelantan solícitos de uno y otro lado:
Taltibio el muy prudente y el muy prudente Ideo
uno por los troyanos, otro por los aqueos.
Los cetros cruzan ambos entre los contendientes,
y dice al punto Ideo, consejero excelente:
- 290 -¡Hijos! Pare la lucha. El Tonante Cronión
para ambos demuestra igual predilección,
y sois, ambos guerreros de conocido brío.
Mas ya cae la noche, y ella pide atención.

Áyax replica entonces, hijo de Telamón:

- 295 -Decidlo, pues, a Héctor: es suyo el desafío.
Héctor dé la señal: su rumbo será el mío.

Y le responde Héctor del fúlgido morrión:

- ¡Áyax! Pues que los dioses te dieron bizarría
y eres ardida lanza, cordura y corazón,
- 300 y primo entre varones de la argiva legión,
sea: pare la lucha y venga el nuevo día
en que combatiremos hasta que el cielo quiera
adjudicar el triunfo. La noche nos espera
y obedecerla es justo. Regresa a tus navíos,
305 festéjente tus pares y las huestes aqueas.
En la ciudad de Príamo me acogerán los míos,
y todas las troyanas de peplos rozagantes
que mi feliz retorno piden a la asamblea
divina. Separémonos; pero troquemos antes
310 ricos presentes. Digan aqueos y troyanos:
“Queden los dos ufanos; lucharon de verdad,
para decirse adiós con perfecta amistad.”

- Dio a su rival en trueque la guarnecida espada,
la vaina plateada y bien labrado cinto,
- 315 por un baldrés de armas empurpurado y tinto.
Éste fue a los argivos, y aquel, a los troyanos.
Gozábanse los suyos de ver a Héctor vivo
y libre al fin de Áyax y sus invictas manos,
y en triunfo lo llevaban a la ciudad de Ilión.
- 320 Y a su vez los aqueos de antiparas radiosas
iban acompañando la marcha jubilosa
de Áyax hasta el toldo del rey Agamemnón.

3. NEGOCIACIONES

LLEGAN, y el rey de hombres, Agamemnón
Atrida,

Un toro de cinco años brinda al alto Cronión.

325 Lo abaten y desuellan. La carne dividida
en trozos con esmero tuestan al asador.
Del fuego la retiran, disponen el banquete,
y aunque el rey honró a Áyax con el mayor filete,
todos se contentaron con su justa ración.

330 Bebieron y comieron en fin a su sabor,
cuando se oye al benévolo Néstor, aquel anciano
cuyo consejo era tenido por mejor,
quien comenzó a decirles:

-¡Atrida soberano

y príncipes aqueos y guerreros de pro!

335 Pues tal copia ha caído de aqueos melenudos,
cuya sangre la furia de Ares derramó
a orillas de Escamandro, cuyos espectros mudos
descendieron del Hades a la oscura mansión,
pactemos una tregua como conviene, y luego

340 traigamos los cadáveres mañana a primer sol
aquí entre los navíos, en carretas tiradas
por bueyes y por mulos, para darlos al fuego;
y así, cuando volvamos a las nativas radas,
recibirán sus hijos las cenizas sagradas.

345 Junto a la pira, un túmulo común levantaremos
con la tierra del campo. Y con una muralla
torreada, que sirva de refugio y de valla,
guarezcamos las naves contra cualquier extremo.

Tenga seguras puertas de tablas ajustadas
350 que den paso a los carros, y más allá cavemos
un foso, para obstáculo de brutos y mesnadas,
por si los bravos teucros nos logran rechazar.

Asintieron los príncipes. En tanto, en un lugar
de Ilión, en el Acrópolis, de Príamo a las puertas,
355 Antenor el sensato pugnaba por calmar
La asamblea de teucros, que rayaba en reyerta.

-¡Oh teucros, oh dardanos y aliados! -repetía-.
El corazón me pide que escuchéis mi deseo.

Devolvamos a Helena, y a los hijos Atreo
360 llévenla con las muchas riquezas que traía.
¿No veis que combatimos contra la fe jurada,
y así ni venceremos ni lograremos nada?
Y el esposo de Helena, la hermosa melenita,
se levanta y replica con palabras aladas:

365 -Antenor, tus discursos oigo con impaciencia,
aunque siempre solías mostrar más discreción.
O tú no hablas en serio, o súbita demencia
te han enviado los dioses que empañan tu razón.
Óiganme los troyanos domadores de potros,
370 lo digo sin ambages: a Helena no la doy,
mas cedo cuanto traje de Argos, y una porción
añado de lo mío si os empeñáis vosotros.

Y el Dardánida Príamo, igual a una deidad,
Los arengó diciéndoles con magnanimidad:

375 -¡Oíd, teucros, dardanios y aliados, lo que ahora
me dicta el corazón y es lo mejor! Cenad
- hoy como en otro tiempo dentro de la ciudad,
mas sin dejar la guardia; y al despuntar la aurora,
hasta las naves cóncavas lleve el heraldo Ideo

380 la oferta de Alejandro a los hijos de Atreo
-pues fue Alejandro causa de la discordia-, y trate
en términos prudentes una tregua al combate,
para quemar los restos de tantos combatientes.
Ya luego lucharemos si es fuerza, y la deidad
385 otorgue la victoria según su voluntad.

Así fue. Cenar todos formando compañías.
Y a las cóncavas naves, al despuntar el día
llega Ideo. Los jefes de la legión aquea,
caballeros de Ares, celebran asamblea

390 junto al barco del rey. Con voz sonora y fuerte,
puesto en medio de todos les habla de esta suerte:

-¡Atrida y jefes dánaos! A vosotros me envían
Príamo y demás próceres troyanos. Escuchad:
Alejandro, causante de la guerra, os entrega

395 si os place las riquezas que trajo en otros días
a bordo de sus naves hasta nuestra ciudad

-¡antes hubiera muerto!-; mas, en cambio, se niega
pese a los teucros todos, a devolver la esposa
del claro Menelao; y mandan que os pregunte

400 si queréis suspender la batalla ominosa,
de modo que el ejército sus cadáveres junte
y pueda incinerarlos. Ya luego, a ser preciso,

seguiremos luchando hasta que la deidad
otorgue la victoria según su voluntad.

405 Enmudecieron todos, quedaron indecisos;
y Diomedes, guerrero siempre alerta, exclamó:
-¡Ni tesoros, ni Helena! Pues claramente veo
que confiesan los teucros su ruina y perdición.

Al domador Diomedes aclaman los aqueos,
410 y contesta al heraldo el rey Agamemnón:

-No lo aprueban mis hombres; ya lo oyes-, Ideo,
ni a mí me place. En cambio, exige la piedad
incinerar los muertos. Sea sin dilación,
que a ello no me opongo: las almas aplacad.

415 Zeus, varón de Hera, Tonante Majestad,
reciba el juramento y otorgue su sanción.
Y el cetro alza a los dioses. Ideo cruza el llano
rumbo a la sacra Ilión. Dardanios y troyanos
ansiendo la respuesta se encontraban reunidos.

420 Declara él su mensaje, y van por los caídos
unos, y van por leña los otros. Los aqueos
abandonan las naves de numeroso arreo
para hacer otro tanto según lo prometido.

4. TREGUA Y CONSTRUCCIÓN DEL MURO

YACLAREABA el sol los cielos y la tierra

425 dejando el hondo Océano de plácida corriente,
cuando se entremezclaron en el campo de guerra
la muchedumbre aquea y la troyana gente.

Discernir los cadáveres era ardua tarea,
y era fuerza lavar los negros cuajarones
de la sangre reseca. Con lágrimas ardientes
hacínaban los cuerpos sobre los carretones.
Mas Príamo no quiere oír lamentaciones,
y, el corazón contrito y silenciosamente,
los teucros entregaban los muertos a la hoguera,

435 y luego regresaron a la sagrada Ilión.
Lo hicieron los argivos de la propia manera,
y a sus naves tomaron, dolido el corazón.

No nace aún la aurora, la luz es inmadura.
La pira rodeaban los aqueos de pro.

440 Para erigir el túmulo da tierra la llanura,
y para levantar la fortificación,
resguardo a los bajeles, refugio a los guerreros.
Juntaron los tableros de las puertas, capaces
al paso de los carros y al paso de los haces,
445 y el ancho foso abrieron por delante del muro
cercándolo de estacas para mayor seguro.

Mientras en ello andan, junto a Zeus Tonante
la obra contemplaban los Bienaventurados,
y a los crinados héroes de bronce pertrechados.

450 Amo del Terremoto, Posidón el pujante:
-¡Padre Zeus! -exclama-. ¿Será que los humanos
olvidan ya a los dioses en sus intentos vanos?
¿No ves que los aqueos han puesto por delante
de las naves un muro, sin hacer sacrificios
455 perfectos para honrar a los dioses propicios?
La fama de este muro lucirá como aurora,

y hundirá en el olvido al que alzamos otrora,
para Laomedonte el rey, yo y Febo Apolo,
cuando entre afanes improbables su ciudad
levantamos.

460 Y Zeus Tormentoso:

-¡Oh, dioses! Y tú, Amo
del Terremoto, calla. Que hablar así tan sólo
fuera digno de un dios de menor valimiento.
Tu fama ha de cundir como la misma aurora.
Ya cuando los argivos dejen el campamento
465 y hacia su patria zarpen, ha de llegar tu hora:
Derribarás el muro, lo arrojarás al mar,
esparcirás la arena por la ancha bahía,
y de ese muro altivo ni el rastro ha de quedar.

Así hablaron los dioses. El sol ya trasponía.

470 Cumplida la faena, regresan los aqueos
a sus tiendas y matan reses para la cena,
cuando he aquí la flota que de Lemnos envía
el hijo de Jasón y de Hipsípila, Euneo,
con su carga de vino. Traía mil medidas
475 a bordo para obsequio de los jefes Atridas;
y el resto lo compraron los bravos melenudos
con bronce, hierro, esclavos, cueros, reses enteras.
Pronto un festín espléndido organizarse pudo,
Y por toda la noche duró el bullicio. Y era
480 otro festín la noche de los teucros y de aliados
Mas Zeus, desvelado, los quiso atribular,
y horribles relámpagos retumban por el cielo.
Pálidos de temor, no osaban ya probar,

sin ofrecer primicias al excelso Cronión,
 485 el vino que, temblando, derraman por el suelo.
 Y al fin les trajo el sueño su dulce compasión.

VIII

BATALLA INTERRUMPIDA

En la Rapsodia primera, Zeus ha ofrecido a Tetis vengar sobre los aqueos, permitiendo algunos triunfos troyanos, el agravio infligido a Aquiles por Agamemnón. A es fin, en la Rapsodia segunda, ha engañado a Agamemnón con falsas esperanzas.

Después, ha dejado que los dioses mantengan la victoria indecisa, auxiliando a sus respectivos favoritos. En este octavo canto aparece ya resuelto a obrar en persona; prohíbe las intromisiones divinas; se instala en el Monte Ida a vigilar por sí mismo la suerte de los combates; ahuyenta con sus rayos a los aqueos; detiene la triunfal carrera de Diomedes, de Teucro; impide la intervención de Hera y Atenea; permite a Héctor replegar a los aqueos y encerrarlos en su fortaleza. Sólo la noche detiene la victoria de los troyanos, que ahora se sienten protegidos por Zeus. El sumo dios explica sus planes:

Héctor seguirá triunfando hasta la hora en que, muerto Patroclo, Aquiles no se decida, por vengar a su compañero, a volver al combate (467-470). 1. Zeus prohíbe las intervenciones divinas: Al amanecer del día siguiente, Zeus espanta a los dioses con sus órdenes terminantes, aunque sin disimular su cariño por Atenea. 2. Los signos divinos: Toda la mañana aqueos y troyanos combaten con varia fortuna. A mediodía, Zeus mismo comienza a ahuyentar a los aqueos con sus rayos. 3. Esfuerzos de Diomedes: Diomedes salva a Néstor de un grave trance, y aunque se empeña en combatir, el rayo de Zeus lo obliga a retroceder, entre las burlas de Héctor. 4. Vano empeño de Hera: La diosa quiere en vano convencer a Posidón para que ayude a los aqueos. 5. Contraataque de los aqueos: Agamemnón exhorta a sus ya sitiadas huestes, y de tal manera se lamenta que Zeus, compadecido, le envía un augurio propicio. Se levanta el ánimo de su gente, y los aqueos vuelven al ataque, siguiendo al incansable Diomedes. Teucro, amparado por el escudo de Áyax, asuela a los enemigos con sus flechas, pero Héctor lo deja fuera de combate, de una pedrada. 6. Los aqueos rechazados: Héctor encierra nuevamente a los aqueos detrás del muro. 7. Frustrada intervención de las diosas: Hera y Atenea reciben, con la mensajera Iris, la orden de retirarse del campo, al que ya se encaminaban en su impaciencia por ayudar a los aqueos. Zeus

las amenaza con fulminar su carro y causarles quemaduras que no curarían en diez años. Las diosas retroceden. 8. Zeus, por los troyanos: Zeus vuelve al Olimpo para reprender a las diosas, revela sus futuros planes. 9. La noche protege a los aqueos: Héctor manda suspender el combate, por respeto a la noche, toma precauciones defensivas para la ciudad y establece la guardia en el campamento.

1. ZEUS PROHIBE LAS INTERVENCIONES DIVINAS

SUS VELOS de azafrán ya desplegaba Eos cuando, en la cima olímpica los dioses congregados, escuchan respetuosos la admonición de Zeus:

- ¡Oíd, dioses y diosas, y nadie sea osado
5 a transgredir la orden que os da mi corazón!
Si he de acabar mi obra, ni hembra ni varón
-y aquel que me desoiga volverá maltratado-
se aleje por su cuenta ni vaya por su lado
en socorro de teucros o dánaos: no sea
10 que lo empuñe y lo arroje, a poco que lo vea,
hasta el profundo Tártaro, tenebroso destierro
cuyo acceso bronceíneo, cuyas puertas de hierro
se abren a tal distancia por debajo del Hades
como entre Tierra y Cielo. Si las divinidades
15 quieren poner a prueba mi extremado vigor,
suspéndase del cielo una cadena de oro,
dioses y diosas cuélgense por el cabo inferior,
que no habrán de arrastrarme ni a la tierra tumbar

- a Zeus, sumo árbitro -tal poder atesoro-,
20 y todo será inútil y todo vanidad.
Mas si se me antojase tirar de la cadena,
alzara en vilo a todos, a la Tierra y el Mar,
y atándolos de Olimpo en la cumbre serena,
mecidos por los aires los pudiera dejar.
25 ¡Tanto supero a todos, a Inmortales y a humanos!

Lo dijo de tal suerte y con tal vehemencia
que los dioses atónitos lo oyeron sin chistar.
Y Atenea Ojizarca, por fin:

- ¡Oh soberano
Crónida, Padre excelso! Todos te reverencian
30 y saben que tu imperio no admite competencia.
Mas nos duele el destino aciago de los dánaos
que corren a la muerte. No iremos al combate,
pues tus ordenamientos es justo que se acaten.
Deja que aconsejemos tan sólo a los argivos:
35 no los siegue tu cólera, queden algunos vivos.
Zeus, Turbión de Nubes, risueño le decía:
-¡Cálmate, Tritogenia, predilecta hija mía!
Que aunque sea iracundo y a veces me abandone,
Contigo soy clemente.

- Y unciendo los bridones
40 de pesuñas bronceíneas y de crines de oro,
viste dorada túnica: arrebató el sonoro
látigo entretejido de oro; al carro saltó
y avispa los corceles, que en jubiloso vuelo
bajaron a la tierra del estrellado cielo.

- 45 En el Ida, en el Gárgaro, en la cumbre más alta
-reducto de las fieras por mil fuentes bañado -,
tiene el padre de dioses y hombres un altar
de fragantes vapores, y un bosque consagrado.
Allí bajó del carro; desunció los corceles,
50 los envolvió entre nubes; su roca fue a ocupar,
y ufano de su gloria se puso a contemplar
la vastedad de Troya y los negros bajeles.

2. LOS SIGNOS DIVINOS

- DESAYÚNANSE aprisa y se arman en sus
tiendas
los crinados aqueos. Y, ávidos de contienda,
55 por su parte los teucros se arman en la ciudad.
Son menores en número, mas la necesidad
les dio hijos y esposas la guarda y encomienda.
De par en par se abrieron las puertas, y al instante
salieron en tumulto los carreros e infantes.
- 60 Sobrevino el encuentro, y los combos escudos
chocaron con estrépito, y las cruzadas lanzas,
y los bravos armados de bronce y de pujanza.
El moribundo gime, y suben los agudos
gritos del vencedor, y se ensangrienta el suelo.
- 65 Mientras Eos acrece la claridad sagrada,
los dardos encontrados derrumban enemigos.
Mas cuando el sol llegaba a la mitad del cielo,
descogió el Padre Olímpico su balanza dorada,
a un lado y otro puso las Keres por testigos,

- 70 la levantó del medio... Y la hora fatal
de los aquivos baja hasta el nutricio suelo,
y la de los troyanos se remonta hasta el cielo.
Zeus del Monte Ida envía la señal,
lanzando entre los dánaos un rayo atronador
75 que los suspende, presas del pálido terror.

- Al punto abandonaron las filas militares
el rey Agamemnón y el rey Idomeneo,
y aun los Áyaces, fieles servidores de Ares.
Sólo Néstor quedaba mandando a los aqueos,
80 y fue porque un caballo resultó malherido;
que el divino Alejandro, el esposo de Helena
la de airosa melena, una flecha le ha hundido
en el propio testuz, donde la crin empieza
y es la lesión mortal. Penetra en la cabeza
85 la púa y solivianta al bruto dolorido;
y como se revuelca por sacudir el bronce,
enreda carro y tiro. Y el anciano guerrero
a tajos con la daga cortaba los tirantes
del animal tumbado. Se vio a Héctor entonces
90 romper entre la turba, intrépido carrero,
con su biga llevada por brutos arrogantes.
Morir pudo el anciano, y allí con voz tonante
Diomedes, siempre alerta, interpeló a Odiseo:

- ¡Oh sutil Laertiada del linaje de Zeus!
95 Tú, el fecundo en ardides ¿huyes como un
cobarde?
No te ataquen de espaldas, será mejor que
aguardes:

¡Libremos al anciano de esa enconada fiera!

Mas, aunque era bravo, el divino Odiseo
corría sin oírle a los barcos aqueos.

3. ESFUERZOS DE DIOMEDES

- 100 GANÓ solo el Tidida la fila delantera,
se arrimó a los corceles del anciano Nelida
y en aladas palabras le dijo:
- ¡Noble abuelo!
- Se te atreven los mozos, te agobia el desconsuelo
de la dura vejez, es inepto tu auriga,
105 son tardos tus corceles. Sirvete de mi biga.
Verás cómo recorren el campo de pelea
los caballos de Tros que he arrebatado a Eneas,
ora esquiven o ataquen a la hueste enemiga.
Cuiden los escuderos de tu carro, y nosotros
110 demos sobre los teucros domadores de potros,
y sepa Héctor quién soy con la lanza en la mano.
No lo desoye Néstor, y deja prontamente
la guarda de sus yeguas a Esténelo el valiente
y al suave Eurimedonte. El joven y el anciano
115 suben al carro. Empuña el viejo caballista
las riendas. Ya el Priámida tenía el arma lista,
cuando lo ataca súbito el hijo de Tideo
sin dejarlo cubrirse, y aunque su golpe yerra,
alcanza la tetilla del auriga Eniopeo,
120 el hijo de Tebeo, que fue a caer por tierra.
Cejaron los corceles, y allí murió el guerrero.
Héctor, acongojado, esconde su dolor.

- No es tiempo de llorar al bravo compañero,
y aunque mucho le pesa, lo deja abandonado
125 y busca entre las filas segundo conductor.
Poco tiempo los brutos se quedaron sin rienda,
que Arqueptólemo Ifitida acudió a su llamado.

- Y hubiera acontecido la derrota tremenda,
y los teucros se hallaran cercados en Ilión
130 cual tímidos corderos, si al verlo el gran Cronión,
padre de hombres y dioses, no lanza su
estruendoso
rayo frente al Tidida y su brutos bizarros.
Cunden la llama lívida y el vapor sulfuroso,
los brutos espantados se esconden bajo el carro,
135 deja caer las guías Néstor, y temeroso
exclama:

- ¡No persistas, Diomedes, vuelve grupas!
No te acompaña Zeus, el campo desocupa.
Hoy el Crónida guarda la gloria para el otro;
mañana, si le place, volverá con nosotros.
140 No estorbemos los hombres los divinos deseos,
que nada lograríamos contra el poder de Zeus.

Y Diomedes, intrépido:

-Dices verdad, anciano.

- Mas mi pecho no admite, ni en mi ánimo cabe,
el que mañana Héctor declare a los troyanos:
145 "¡Huyó de mí el Tidida y se ocultó en las naves!"
¡Antes que así me humille, antes que así se alabe,
que se abra la tierra debajo de mis pies!

Y el jinete gerenio le responde a su vez:

-¡Ay de mí! ¿Qué te ocurre, flor del claro Tideo?

150 Si Héctor te moteja de cobarde, no creo
que persuada a troyanos ni dardanios, y dudo
lo escuchen las esposas de tantos portaescudos,
tanta lozana víctima de tu lanza bravía.

Y vuelve y pone en fuga los macizos corceles,
155 por entre las hileras y entre la gritería
de Héctor y los suyos, que de lejos le envían
proyectiles mortíferos, mensajeros crueles.

Héctor del casco airoso exclamaba:

-¡Tidida!

Los aqueos de raudos bridones hasta ayer
160 te daban el asiento, los mejores bocados,
la copa rebosante. Hoy serás despreciado
porque no vales más que vale una mujer.
¡Huye, fantoche! No eres tú quien me hará ceder
la plaza, ni tus naves llevarán por botín
165 a nuestras compañeras, que antes verás tu fin.
Así dice, y el hijo de Tideo tres veces
duda en volver los brutos y enfrentar el combate,
y es fuerza que otras tantas sendos rayos desate
Zeus, del Monte Ida, presagiando con creces
170 que hoy la mudable suerte protege a los de Ilión.
Y la arenga de Héctor corre por la legión:
-¡Teucros, licios, dardanios expertos en la lucha
del cuerpo a cuerpo! ¡Arriba el fiero corazón
y muestre cada uno que ha nacido varón!
175 ¡Que hoy el hijo de Cronos propicio nos escucha!

¡A nosotros la gloria, a ellos la perdición!

Creían con su triste baluarte los menguados
detener nuestro arrojo, y el foso que han cavado
lo salvarán de un solo salto nuestros corceles.

180 Y en cuanto me veáis cerca de los bajeles,
hacedme traer fuego. ¡A ver si los consumo,
y de paso, a los dánaos asfixiamos en humo!

Y azuzó sus caballos:

-¡Janto, Podargo, Etón,

divino Lampo! Es hora de pagar los cuidados
185 con que Andrómaca, hija del magnánimo Eetión,
se parece sirviéndoos trigo melificado,
y lo mezcla con vino que aplaque vuestra sed,
y aún más que a mí, su esposo, os tiene regalados.
¡Sus, a la zaga! Vamos en busca del broquel
190 de Néstor, cuya fama ha escalado los cielos
-pues es la chapa oro y son oro las asas-,
y arranquemos de sobre los hombros al Tidida
la coraza, presente de Hefesto y sus desvelos.
¡Ay, si tal consiguiésemos, esta noche no pasa
195 sin que embarquen los dánaos y emprendan la
partida!

4. VANO EMPEÑO DE HERA

ASÍ EXCLAMABA Héctor. Hera, en su
indignación,
sacudiendo su trono el Olimpo estremece
y reclama, encarándolo, al fuerte Posidón:

- ¿Y los arrostras, potente Señor del Terremoto?
 200 ¿No remueven tu ánimo ni nada te merecen
 los moribundos dánaos, que en Hélice y en Egeas
 tanto te agasajaban y colmaban de votos?
 ¡Mándales la victoria! Que si a juntarse llega
 la fuerza de los dioses que están por los aqueos,
 205 ya puede el Sumo Zeus en su lejano Ida
 refocilarse a solas rumiando sus deseos.

Sobresaltando el Dueño del Terremoto:

-¡Hera!

- ¿Qué osas proponerme? Refréname, atrevida.
 Ni a mí ni a todos juntos nos ocurra siquiera
 210 enfrentarnos al Crónica que tanto nos supera.

5. CONTRAATAQUE DE LOS AQUEOS

- ENTANTO, por el foso y el muro y los navíos
 se acumulan los carros, los armados aqueos;
 pues Héctor el Priámida, nuevo Ares bravío,
 logró al fin encerrarlos, con el favor de Zeus.
 215 Si no incendió los barcos, fue porque la alma Hera
 impulsa a tiempo el ánimo del rey Agamemnon,
 quien por naves y tiendas emprende la carrera
 y, al brazo el manto púrpura, sube a la
 embarcación
 de Odiseo, que empina su oscuro casco en medio
 220 de la extendida flota. Quiere ser escuchado
 desde el toldo de Áyax hasta el toldo de Aquiles.
 Que ellos, desdeñando los peligros y asedios,
 ocupan los extremos a uno y a otro lado,
 seguros de sus ímpetus y arrojo varoniles.

- 225 -¡Vergüenza, argivos! clama. ¡Hombres de gesto
 airado
 mas de pocos arrestos! ¿Dónde está la arrogancia
 de los que ayer, en Lemnos, se hacían invencibles,
 al hora en que se corta la res apetecible
 de erguida cornamenta, y en que el vino se
 escancia
 230 de las comandas cráteras? ¿Sois quienes
 prometían
 que, para los troyanos, cada uno valdría
 por otros cien que fuesen, y aunque fuesen
 doscientos?
 ¡Y hoy contra Héctor solo nos faltan los alientos,
 y estamos ya en peligro de que incendie las naves!
 235 ¡Padre Zeus! ¿Acaso, en tus supremas leyes,
 tal castigo enviaste ni dolores más graves
 para humillar jamás la casta de los reyes?
 Si en hora mala vine, nunca pasé de largo
 frente a tus aras, siempre hice parar los barcos
 240 de remos numerosos, y te di la oblación
 de los muslos de buey y la grasa quemada
 a cambio de la ruina de la soberbia Ilión.
 ¡Líbranos del desastre, cumple mi voto, Zeus!
 No dejes que los teucros asuelen mis mesnadas,
 245 concédeme siquiera que escapen los aqueos!
 Dijo así, las mejillas en lágrimas bañadas,
 y el Olímpico Padre, movido a compasión,
 quiso enviar la prenda de su liberación
 en figura de un ave agorera extremada.
 250 Y al punto bajó un águila, que en las garras traía
 de una cierva ligera la temblorosa cría,

- hasta el ara en que ofrecen víctimas los aqueos
al dueño del presagio. Y a la señal de Zeus,
todos se reaniman y vuelven al acoso.
- 255 Muchos eran, mas único el hijo de Tideo,
que anima sus corceles y rompe por el foso.
Nadie se lo dispute, que el primero fue éste
que derribó a un guerrero de la contraria hueste,
Agelao Fradmónida. De la espalda hasta el pecho
- 260 le atravesó la lanza cuando iba de huida.
Sonaron sus pertrechos, se desplomó sin vida.
Tras Diomedes salieron los hermanos Atridas,
y luego los dos Áyaces de indómito valor,
e Idomeneo y- par de Enialio el homicida-
- 265 su segundo Meriones, y el hijo de Evemón,
Eurípilo, y aun Teucro, en noveno lugar,
que amparado al escudo de Áyax de Telamón,
monta el flexible arco y empieza a disparar
por bajo del escudo, según aparecían
- 270 sus blancos en la turba, y el otro lo cubría,
como la madre al niño, de la contraria hueste.
¿A quién dejó por tierra? A Orsíloco, Ofelestes,
Ormeno, Cromio, Détor, Licofonte el divino,
y en fin a Melanipo y al bravo Amopaón
- 275 Poliemónida. Huélgase el rey Agamemnon
y le dice acercándose:
- ¡Oh, Teucro peregrino!
¡Gloria del padre ausente, del jefe Telamón
que, siendo su bastardo, te dio casa y crianza!
¡Sigue! Tal vez tus flechas traigan la salvación.
- 280 Y escucha lo que digo, y es firme mi esperanza:
si al fin del Porta-Égida y Atenea consigo

- el gozo de asolar la bien murada Ilión,
a poner en tu mano desde ahora me obligo,
después del mío, un premio que honre tu valer:
- 285 un trípode, caballos y carro, una mujer
que el lecho te aderece y comparta contigo.

Y el intachable Teucro:

-¡Glorioso Agamemnon!

- ¿Para qué estimularme? Desde que la legión
rompió la resistencia, ya hago cuanto puedo,
290 y conforme los teucros arredran hacia Ilión,
acecho y voy flechando los cuadros enemigos.
Ya derribé ocho mozos de singular denuedo
con otras tantas flechas: sus cuerpos son testigos.
Mas ese can rabioso escapa de mis iras.
- 295 Dice, y apunta a Héctor; pero la rauda vira
fue a clavarse en el busto del claro Gorgitió,
a quien hubo de Príamo la hermosa Castianira,
la divina esimense. Y allí dobló el guerrero
la frente desmayada al peso del morrión:
- 300 amapola que el tallo con el fruto declina
o en la estación vernal la rinde al aguacero.
De nuevo ensaya Teucro, pero tampoco atina,
que su segunda flecha pudo alcanzar tan sólo
-sin tocar al Priámida, pues la distrajo Apolo-
- 305 al auriga Arqueptólemo, por la izquierda del
pecho,
al tiempo que atacaba. Recularon un trecho
los ágiles corceles; y el carrero bizarro,
término a sus hazañas, se desplomó del carro.
Con honda pesadumbre el Priámida advierte

- 310 la ruina del amigo que arrebató la muerte.
 Mas ni por eso pára, ni duda ni se arredra.
 Cebríones su hermano, obediente a su voz,
 le recibe las riendas, que no andaba lejano.
 Héctor salta del carro, y una rigurosa piedra
 315 recoge por el suelo. Con un grito feroz
 avanza contra Teucro, quien la saeta amarga
 sacaba del zurrón y el arco prevenía,
 y entre el cuello y el hombro la piedra le descarga.
 Ya el sitio era mortal, y el golpe todavía
 320 rompió el nervio del arma y dislocó la mano.
 Soltando Teucro el arco, de hinojos fue a caer.
 Mas no fue tardo Áyax, llegó a todo correr,
 cubrió con el escudo a su caído hermano.
 Solícitos acuden dos amigos fieles
 325 -Alástor el divino, Mecisteo el Equida-,
 y lo llevan a cuestras a los corvos bajeles
 mientras gemía Teucro la pena de su herida.

6. LOS AQUEOS RECHAZADOS

- PLUGO ahora al Olímpico excitar la pasión
 de los teucros, que vuelven a emprender el acoso,
 330 y Héctor a la cabeza, alarde y corazón
 empujan a los dánaos en derechura al foso.
 Ágil perro que sigue al jabato, al león,
 mordisqueando el muslo, mordisqueando el anca,
 -sin dejar que la fiera le dé la cara-, arranca
 335 Héctor tras el montón de aqueos melenudos,
 y entre los rezagados dio muerte a cuantos pudo.

- Así los teucros iban cazando a los argivos;
 pero los que alcanzaron la palizada y foso,
 allá junto a las naves, mermados, fugitivos,
 340 entre sí se buscaban y en ademán piadoso
 imploraban a todos los dioses soberanos.
 Mas Héctor, revolviendo sus crinados corceles,
 barre el campo, y remedan sus ojos los crueles
 ojos de Gorgo, de Ares, ¡peste de los humanos!

7. FRUSTRADA INTERVENCIÓN DE LAS DIOSAS

- 345 HERA la Brazos Cándidos requiere, acongojada,
 la ayuda de Atenea con palabras aladas:
 -¡Brote del Porta-Égida! ¿Ni en la hora postrera
 luchamos por los dánaos una vez más siquiera?
 Mira cómo sucumben a su destino aciago,
 350 y es el solo Priámida causa de tal estrago.
 Y Atenea Ojizarca:
 -Ya lo hubiera pagado,
 muerto en su patrio suelo por los bravos aqueos,
 si, contrario a mis planes, designios diferentes
 no abrigara mi padre. El cruel ha olvidado
 355 que ayer, cuando a su hijo imponía Euristeo
 tan inicuos trabajos, yo iba diligente,
 a ruego suyo, en pronto socorro del cuitado,
 que reclamaba al cielo, lloroso y abrumado.
 Si llevo a presentir ingratitud tamaña,
 360 ni Hércules salva el vórtice que la Éstix enmaraña,
 ni quebranta el cerrojo del Hades inviolado

para robar del Érebo al espantoso Can,
 cumpliendo así la hazaña al gusto de Euristeo.
 Hoy me desaira el Padre y estorba mis deseos;
 365 sólo de Tetis cura; quien, con materno afán,
 le besa las rodillas, la barba le acaricia,
 para que venga a Aquiles, pavor de las milicias.
 Bien sé que ha de volverme a su favor un día,
 y "mi cara Ojizarca", me llamará como antes...
 370 Mas, ea, manda uncir los corceles pujantes,
 mientras del Porta-Égida en la morada pía
 yo prevengo mis armas para entrar en la liza.

Quiero ver si el Priámida del casco tremolante
 se place al encontrarnos o si se aterroriza.
 375 ¡Grasa y carne de teucros, allá junto a las naves,
 den ración a los perros y al hambre de las aves!

Crónida venerable, la diosa que la escucha
 enjaeza de oro los corceles galanos.
 ¡ni juntos los Olímpicos me pueden contrastar!
 Y si mi ardiente rayo vuestro carro fulmina,

Deja caer la otra, para afrontar la lucha,
 380 El pelo primoroso tejido de sus manos,
 Viste la regia túnica del Amo de las Nubes;
 En la carroza sube, y empuña el largo y fiero
 Lanzón inquebrantable, pavor de los guerreros,
 Rayo de los ejércitos que los reduce a trizas
 385 -hija del almo padre- cuando te encolerizas.
 Avispa hera los brutos. Los portones rechinan
 Y se abren de suyo. Las Horas peregrinas

Resguardan los umbrales del Olimpo y del cielo,
 Plegando y desplegando las nubes como un velo.
 390 Dóciles los caballos por allí se encaminan.

Zeus del alto Ida las contemplaba airado,
 E Iris alas de oro- acude a su llamado:

Aléjemelas rauda dice a su mensajera-,
 Y que no se me acerquen; de nada les valdría
 395 Traer sus insolencias a la presencia mía.
*Ello ha de acontecer, y será de manera
 Que, al fin desjarretados los briosos corceles,
 Caigan las dos del carro que se les desbarate,
 Y en diez cumplidos no apaguen las crueles
 400 quemaduras del rayo. Sepa con quién combate
 la Ojos de Lechuza, y no me desacate.
 Con Hera no me exalto, apenas la castigo:
 Hecho estoy a que niegue cuanto le ordeno y digo.*

405 Cuando hubo hablado, Iris de huracanadas
 plantas,
 Llevando su mensaje, al aire se levanta,
 Baja del monte Idóneo, y en primer portón
 Del espacioso Olimpo de innúmeros repliegues,
 Conmina el alto a ambas por orden del Cronión:

410 ¿a qué corréis? ¿a dónde, furioso el corazón?
 Pues no consiste el Crónida que vuestro auxilio
 llegue
 A las filas aqueas; y oíd su admonición:
Si cumple su amenaza, tal ha de ser su embate

*Que, al fin desjarretados los briosos corceles,
Caigáis ambas del carro cuando se os desbarate.*

415 *y en diez años cumplidos no aplaquéis las crueles
quemaduras del rayo. Sepas con quién combates
tú, Ojos de Lechuza, y no lo desacates.*

*Que por cuanto a ti, Hera, apenas te castiga:
hecho está a que te opongas a cuanto ordene y
diga.*

420 Y al remontarse Iris, la rauda mensajera:
-¡Brote del Porta-Égida! _se desfogaba Hera-
¡Detengámonos ambas, no digan que
por los mortales contra los mandatos de Zeus!
¡Vivan unos y mueran otros a su talante,

425 y premie a quien le plazca, al teucro o al aqueo!
Dijo y torció las riendas. Las Horas al instante
desuncen los crinados bridones, la ambrosía
les dan en los pesebres, y al muro fulgurante
del portalón arriman el carruaje. Las diosas
430 ocupan sendos tronos de oro, en compañía
de las demás deidades, quietas y pesarosas.

8. ZEUS, POR LOS TROYANOS

ZEUS lanza los brutos desde el Ida remoto,
Y las sólidas ruedas del carro lo encaminan
a donde los Olímpicos mantienen asamblea.

435 Desunce los caballos el Dios del Terremoto
y enfunda sobre el zócalo la carroza divina,
mientras tiembla el Olimpo cuando el tonante

apea
y dirige sus pasos hasta el áurico trono.
Hera, apartada, calla; nada dice Atenea.

440 Mas él, adivinando su disfrazado encono:
-¿Por qué, diosas pregunta- estáis tan abatidas?
No os fatigó la guerra, donde se ilustra el bravo,
ni os fue dable lanzar vuestras acometidas
sobre el odiado teucro, ni hacerle menoscabo.
445 Os temblaban las dulces carnes, a lo que temo,
y os faltaron arrestos para ver pelear.
Reconoced mi puño y mi vigor supremo:
¡ni juntos los Olímpicos me pueden contrastar!
y si mi ardiente rayo vuestro carro fulmina,
450 sin carro hubieráis vuelto a la mansión divina.
Dejad que os lo prevenga, pues pudo acontecer.
Murmurando entre sí, pero sin responder,
en asientos contiguos las diosas concertaban
el mal de los troyanos. Atenea callaba;
455 quiere contra su padre disimular su enfado.
Mas no resiste Hera la voz de la pasión:

-¿Qué has dicho? -le interpela- ¡Oh terrible
Cronión!

Tu autoridad es única, tu imperio ilimitado.
No iremos al combate, obedecido seas.

460 Mas nos duele el destino de las huestes aqueas:
deja que aconsejemos siquiera a los argivos;
no los siegue tu cólera, queden algunos vivos.

Y el Amo de las Nubes:

-Mañana con la aurora,

oh venerable Hera de ojos de novilla,
 465 verás cómo el Cronión a los de Argos humilla
 y cómo los rechaza Héctor hasta la hora
 en que el Pelida raudamente a la porfía,
 allá desde sus naves. Y ello ha de ser el día
 en que, azarosamente y cerca de las popas,
 470 los restos de Patroclo se disputen las tropas.
 Tal lo dispuso el Sino, y muy a tu pesar;
 y aunque vayas al término de la Tierra y el Mar
 -donde Japeto y Cronos habitan, y no enciende
 el Sol Hiperiónida sus rayos, y suspende
 475 el aire sus alientos, y el Tártaro se abisma -,
 aunque hasta allá te alargues, consuélate a ti
 misma
 no esperes que me cuide yo de tu desvergüenza.
 Hera de brazos cándidos nada contesta. Hunde
 su luz en el Océano el sol. La sombra cunde
 480 sobre la tierra pródiga. La noche que comienza
 aflige a los troyanos. Las aquivas mesnadas
 sonríen a la noche tres veces deseada.

9. LA NOCHE PROTEGE A LOS AQUEOS

CONGREGA el claro Héctor, cerca al revuelto
 Janto
 y lejos de las naves, a todas sus mesnadas.
 485 No hay rastro de cadáveres, la tierra está aseada.
 Apean los guerreros de los carros, y en tanto,
 arrimado a su pica de once codos -tenía
 de oro la virola, de bronce el espigón-,
 Héctor, a Zeus caro, les hablaba y decía:

490 -¡Teucros, dardanios, licios, oídme! Hoy es el día
 en que soñé tornar a la ventosa Ilión,
 después de hundir las naves y a todos los aqueos.
 La sombra se echó encima burlando mis deseos,
 y solamente a ella deben su salvación
 495 los hombres y los barcos que dan fondo en la
 playa.
 Respetemos la oscura sombra, y que todos vayan
 a disponer la cena y a desuncir los carros.
 No carezcan de pasto los crinados bizarros.
 Bueyes y ovejas pingües traedme desde Ilión,
 500 pan casero, y el vino que endulza el corazón.
 Apílese la leña, destellen las hogueras
 y hasta que luzca el alba iluminen el cielo;
 no sea que, en la sombra, escabullirse quieran
 los melenudos dánaos y escapen sin recelo,
 505 sobre el lomo del mar, con sus naves ligeras.
 Siquiera una lanzada lleven hasta su hogar,
 hiéralos una flecha al punto de embarcar,
 y así lo habrá pagado quien trajo luto y guerra
 al solar de jinetes, a la troyana tierra.
 510 Los heraldos de Zeus salgan con sus pregones:
 Que rapaces y ancianos de encanecidas sienes
 ocupen sin demora los altos torreones
 -obra de las deidades- que la ciudad sostienen;
 y por si los contrarios, ausentes los varones,
 515 intentan un asalto o una sorpresa tratan,
 las tímidas mujeres cuiden de alzar fogatas
 en los patios, y un turno de guardia permanente
 vigile los contornos. Hacedlo así vosotros,
 magnánimos troyanos, que eso basta al presente.

520 Mañana he de ordenaros lo que mañana importe,
 esclarecidos teucros, domadores de potros;
 que, con la voluntad de Zeus y su corte,
 mañana expulsaremos a esos perros crueles
 que las Keres impulsan en los negros bajeles.

525 Por la noche, la guardia corra de cuenta nuestra.
 Mañana, en esa hora que el alba se demuestra,
 el combate daremos junto a las huecas naves.
 Veamos si consigue Diomedes el Tidida
 echarme hasta los muros con fuerte acometida,

530 o lo dejo en el sitio cuando el bronce le clave
 y cobro sus despojos cual vencedor. Mañana
 sabré si mis ataques resiste como fiero,
 o lo halla el sol tendido entre los delanteros,
 mezclado con los suyos. ¡Gozara yo la ufana

535 vida inmortal, exenta de vejez, y el favor
 que Atenea y Apolo disfrutan, como creo
 que mañana es el día fatal para el aqueo!
 Tal los arenga Héctor; lo aclaman con fervor.
 Desuncen de los yugos los brutos sudorosos,

540 y los atan al carro con las propias correas.
 De la ciudad ovejas y bueyes acarrear,
 pan casero, y el vino que endulza el corazón,
 y amontonan la leña para hacer el fogón.
 Perfectas hecatombres brindan a las deidades,

545 y el olor de la grasa quemada sube al cielo
 llevado por las ráfagas. Pero las voluntades
 divinas son adversas y desairan su celo;
 que han vuelto las espaldas a la sagrada Ilión,
 y a Príamo y sus lanzas de fresno y su mansión.

550 Por toda aquella noche las fogatas ardían
 por todo el campamento la animación bullía.
 Como cuando los vientos se aduermen, despejado
 el éter deja ver, sin que se oculte una,
 las estrellas en torno a la radiosa luna,

555 y cumbres, promontorios y valles, que arrobados
 contemplan los pastores, tal frente a la ciudad,
 entre el Janto y las naves, se ve la claridad
 de un millar de fogatas. En corros de cincuenta
 las rodean los teucros. Los brutos se apacientan

560 con avena y cebada blanca junto a los carros.
 En esperada Eos, la del trono bizarro.

IX

EMBAJADA A AQUILES

La novena rapsodia está consagrada a la presbía o embajada de gente de autoridad que Agamemnón manda a Aquiles, por consejo de Néstor. La embajada ofrece a Aquiles valiosos presentes para reconciliarlo -incluso a la devolución de Briseida-, a fin de obtener de nuevo su cooperación en la guerra contra los troyanos. La negativa de Aquiles es ejemplo de hybris o desmesura, pecado capital entre los helenos. Aquiles está condenado a una pronta muerte, muerte que, por lo demás, no presenciamos aún en la Iliada. Ya, invisible, la condenación se cierne sobre el guerrero, como él mismo lo reconoce y declara (414 y ss.). Se admira en la presbía la consistencia de los discursos, y no menos, la amenidad narrativa y la ternura del viejo Fénix. Sin esta rapsodia, Aquiles, protagonista de la Iliada, hubiera estado fuera de la escena entre las Rapsodias I y XVI, salvo una rápida aparición en la XI. 1. Asamblea nocturna de los aqueos: Agamemnón propone ante el ágora el abandono de la guerra. Diomedes lo reprende. Néstor quiere aconsejar a Agamemnón; pero, como su consejo implica una censura, parece refrenarse por estar a presencia del ágora, y se limita a pedir que se establezca una guardia en el muro y se disponga la cena. 2. Ofertas de Agamemnón: La cena de los capitanes se resuelve en consejo de guerra. Aquí Néstor reprocha suavemente a Agamemnón su conducta para con Aquiles y le recomienda que procure reconciliarlo con honras y obsequios. Agamemnón accede a ofrecerle ricos presentes, la devolución de Briseida intacta, la mano de una de sus hijas, siete ciudades, etcétera. Se nombra la embajada, compuesta de Áyax y Odiseo, al mando de Fénix y con la compañía de los heraldos Euríbatas y Odio. 3. La Embajada: Los embajadores son honrosamente recibidos por Aquiles, que a la sazón se divertía cantando en su tienda, acompañado de su inseparable Patroclo. 4. Discurso de Odiseo: Odiseo explica la grave situación de los aqueos, declara el mensaje de amistad y los ofrecimientos de Agamemnón, y añade por su cuenta algunas razones. 5. Respuesta de Aquiles: Aquiles rechaza la reconciliación y los presentes, manifiesta su odio a Agamemnón y lo mucho que desconfía ya de su palabra, hace sentir que es incapaz de

olvidar la ofensa recibida, amenaza con embarcar rumbo a su tierra a la mañana siguiente, y dar por respuesta la más rotunda negativa. Invita a Fénix a regresar con él. 6. *Impetración de Fénix*: Fénix, segundo padre y ayo de Aquiles, lo insta a cambiar de actitud, y aduce ejemplos de su propia historia y la de Meleagro el etolo, para mostrarle los yerros a que conduce una pasión desenfrenada. *Alegoría* (o personificación) de las Súplicas (513-524). 7. *Últimas réplicas*: Aquiles insiste en su negativa, y pide a Fénix, en nombre de su cariño, que haga causa común con él. Ayax invoca la amistad que los une y el respeto a la hospitalidad. Aquiles se mantiene reacio; sólo entrará en combate cuando, derrotados los aqueos, Héctor se atreva a atacarlo a él mismo, lo que mucho duda. Los embajadores se despiden. Fénix se queda con Aquiles, que le manda preparar el lecho. 8. *Regreso de la embajada*: Los aqueos reciben las nuevas del fracaso. Diomedes, indignado, dice a Agamemnon que ya no queda otro recurso sino seguir combatiendo a la mañana siguiente.

1. ASAMBLEA NOCTURNA DE LOS AQUEOS

GUARDÁBANSE los teucros contra cualquier sorpresa,

pero aun los más indómitos aquivos eran presa

-hermano de la Fuga- del gélido Pavor.

El ponto, en peces pródigo, se agita inmensamente

- 5 si el Bóreas y el Céfito de Tracia, de repente,
hinchán las negras olas y arrojan el hervor
de algas por la orilla: así dentro del pecho
de los aquivos duda el corazón maltrecho.

Transido de dolor vaga el hijo del Atreo

- 10 buscando a los heraldos del resonante boca
para que, con sigilo, junten a los aqueos,
y él mismo lo va haciendo y él mismo los convoca.

Acuden los guerreros, turbado el continente,

Y Agamemnon suspira y les dice con vivo

- 15 quebranto, al par que llora cual despeñada fuente:

-¡Oh amigos, capitanes y príncipes de argivos!

No obstante haberme dado el signo de su frente,

el Crónida cruel me envuelve en trance amargo.

Ayer me prometió que no regresaría

- 20 sin debelar los muros de Ilión, y fue falsía;
y hoy place a su grandeza el devolverme a Argos
desmedrado y sin gloria, tras la inútil porfía.

¡Él que tanta muralla-corona de ciudad-
rinde, si en ello pone su magna voluntad!

- 25 Atendedme: boguemos a los nativos valles.

¡No podemos con Troya, la de anchurosas calles!

Abrumados los dánaos por duelo inenarrable,
callan. Y al fin Diomedes, pronto a toda
pendencia:

-¡Atrida! Te rebato, que en el ágora es dable.

- 30 Tolera, oh rey -le dice-, que acuse tu impru-
dencia.

Ha poco, ante los dánaos negaste mi valor,
mozos y viejos saben cómo me has denostado.

Pues yo a mi vez te digo que te colmó de honor
el hijo del artero de Cronos, mas no te ha dado

- 35 con el cetro el arrojo, que es la virtud mayor.
¿Pensabas, insensato, que todos los aqueos
eran tan pusilánimes como los imaginas?

Huye, si es que a la fuga tu corazón te inclina:
ahí tienes el mar abierto a tus deseos

- 40 y la abundante flota que traes de Micenas.
Mas los demás aqueos de tupidas melenas
aquí habrán de quedarse hasta que caiga Ilión.
Y aun ellos, si les place, vuelvan a los bajeles;
Yo y Esténelo a solas seguiremos fieles,
45 seguros de los dioses y de su protección.
Aclaman los aqueos al domador de potros,
y el caballista Néstor:

-¡Oh hijo de Tideo!

- En ánimo y consejo superas a los otros;
vales más que tus años. Entre tantos aqueos,
50 ninguno ha de oponérsete. Mas no lo has dicho todo.
Aunque mozo -pudieras ser mi hijo menor-,
a los reyes argivos sabes hablar de modo
que admira tu atingencia; mas yo que me glorío
de ser muy viejo, todo lo diré sin temor.
55 Que me aprobéis espero, y en mi razón confío
para esperar que al cabo me apruebe el mismo
rey.
Aquel que se complazca en luchas intestinas
vivirá entre la inquina, sin hogar y sin ley...
En fin, obedezcamos a la noche. La cena
60 preparemos, y móntese la guardia en muro y foso.

Yo lo encargo a los jóvenes, oh rey, si así lo
ordenas,
pues eres el supremo jefe. Y como es debido
y cuadra a la grandeza de rey tan poderoso,
llama al banquete a todos los próceres. Tus
tiendas

- de vino están colmadas que a diario te han traído
los bajeles aqueos y la Tracia te ofrenda;
medios te sobran y eres señor de largo mando.
Congrégalos y pide el parecer de algunos,
e inclínate al que juzgues más sabio y oportuno;
70 que importa a los aqueos un buen consejo, cuando
vemos ya los innúmeros fuegos del enemigo
tan cerca de las naves. ¿Quién no siente aflicción,
quién los contempla impávido? Los ejércitos
saben
que esta noche decide la ruina o salvación.
75 Lo escuchan y obedecen. Requieren sus arreos,
para montar al punto la guardia, Trasimedes
Nestórida, el pastor de hombres, y Afareo,
aun Ascálafo y Yálmeneo, los retoños de Ares,
Meriones, Deípiro y el claro Licomedes
80 Creóntida. Eran siete capitanes impares,
seguido cada uno de un ciento de lanceros.
Por el muro y el foso sus lumbres encendieron
y empezaron la cena.

2. OFERTAS DE AGAMEMNÓN

- EN SU tienda, el Atrida
regala regiamente a sus conmlitones
85 de guisa que pudieran saciar sus corazones.
Todos pusieron mano a las viandas servidas,
y cuando han disfrutado manjares y bebidas,
Néstor, el consejero más escuchado, exclama,
urdiendo cueradamente los hilos de su trama.

- 90 -¡Atrida, rey de hombres, Agamemnón preclaro!
 Invocándote empiezo, lo mismo he de acabar,
 pues con el cetro Zeus te dio grandeza y fama
 para guiar al pueblo y servirle de amparo.
 Tu superior aviso déjanos escuchar;
 95 pero, además, es justo que oigas la voz ajena,
 y hasta que la autorices, si la intención es buena,
 que así te corresponde como supremo honor.
 Yo quiero declararte lo que juzgo mejor,
 y no habrá quien discurra consejo más prudente.
 100 Lo vengo meditando así constantemente,
 oh vástago de Zeus, desde que arrebataste
 a la joven Briseida, muy a despecho mío,
 y Aquiles en su albergue se encerró con su pena.
 Yo quise disuadirte, pero no me escuchaste.
 105 Tu ánimo fogoso te llevó al desvarío.
 Aún no restituyes la recompensa ajena,
 y has agraviado a un ínclito y aguerrido varón,
 grato a los inmortales. ¿Por qué no remediarlo?
 Tal vez unos presentes, una compensación,
 110 un mensaje amistoso puedan reconciliarlo.
 -Conoces bien mis yerros, sabes enumerarlos,
 anciano -le interrumpe el rey Agamemnón-.
 Y confieso que vale por muchos un varón
 protegido de Zeus, que ha hecho suyo el agravio
 115 y para vindicarlo humilla a nuestra gente.
 Mas ya que fui juguete de tan ciega pasión,
 quiero que de la ofensa no quede ni resabio.
 Ofrezco a Aquiles copia de espléndidos presentes,
 y voy a revelarles cuál es mi decisión:

- 120 Le daré siete trípodes que el fuego no ha
 manchado,
 diez talentos de oro; con ellos, unas veinte
 calderas bien bruñidas, doce raudos bridones,
 diestros en la carrera y nunca superados.
 ¡Feliz quien los posea, tendrá el oro a montones,
 125 a juzgar por los muchos premios que ya han
 ganado
 mis ligeros solípedos! Le cederé de grado
 siete mujeres lesbias, bordadoras famosas,
 que escogí por botín entre las más hermosas,
 cuando él venció la plaza de Lesbos. Y además,
 130 consiento en devolverle la hija de Briseo,
 jurando con palabra solemne que jamás
 tuve acceso a su lecho, ni con ella me he holgado
 como varón con hembra. Todo eso deseo
 cumplirlo sin tardanza. Y si han determinado
 135 los dioses que derribe la gran ciudad de Ilión,
 ufanía de Príamo, que recoja en su barco
 cuanto oro y bronce quiera del botín que
 juntemos,
 y a las veinte troyanas más lindas (con perdón
 de nuestra argiva Helena). Y ya, vueltas a Argos
 140 y a los fértiles campos de Acaya nuestras huestes,
 bien podrá ser mi yerno, honrado al par de
 Orestes,
 hijo menor que crío con celo singular.
 En mi soberbio alcázar he dejado tres hijas:
 Crisótemis, Laódice, Ifianasa. Que elija
 145 sin pago a la que quiera, y llévela al solar
 paterno de Peleo, que yo la he de dotar

como nunca dotó un padre a su heredera;
 pues pienso darle siete ciudades populosas
 -Cardámila y Énope, Hira la muy herbosa,
 150 Antea entre sus prados y la divina Feras,
 Pédaso y sus viñedos, y Epea, dulce asilo-,
 situadas junto al mar y a la arenosa Pilos,
 cuyos vecinos, ricos en ganados y bueyes,
 le han de honrar con ofrendas como a una deidad,
 155 y pagarán crecidos tributos a sus reyes.
 Tal haré si me es dable vencer su enemistad.
 Piense Aquiles que Hades sólo es execrable
 -único entre los dioses negado a la piedad-
 por ser irreducible; y no dude en ceder
 160 a quien cuenta más años y tiene más poder.

Y Néstor, el carrero gerenio:

-¡Claro Atrida,
 glorioso rey de hombres, Agamemnón! ¿Quién
 cuida
 de rechazar regalos como los que propones?
 Vayan tus mensajeros en busca de Pelida,
 165 y sean escogidos y disertos varones.
 Los nombraré si quieres y si a ellos es grato:
 Fénix, tan caro a Zeus, encabece el mandato;
 síganlo el grande Áyax y el divino Odiseo;
 y Euríbates y Odio, los heraldos aqueos,
 170 escolten la embajada. Dadnos agua a las manos,
 y en silencio imploremos al Cronión soberano.

Tal dijo, y plugo a todos. Les dieron aguamanos
 los heraldos. Los mozos las cráteras henchían

para servir las copas; se hicieron libaciones,
 175 bebieron a sabor. Cuando se disponían
 a abandonar la tienda del rey Agamemnón,
 Néstor multiplicaba sus recomendaciones
 con expresivos guiños, y a Odiseo ante todo,
 para que se conduzcan y lo acierten de modo
 180 que logren persuadir al claro Pelión.

3. LA EMBAJADA

AMBOS van por la orilla del rumoroso mar,
 y al dios de cuyo abrazo la tierra se estremece
 piden que el fiero Eácida se deje doblegar.
 Los toldos mirmidónicos y naves ya aparecen.
 185 Allí Aquiles sus ocios deleita a la sazón
 con la entonada lira, la del puente plata,
 que ganó en el saqueo de la ciudad de Eetión.
 Evoca hazañas bélicas, y mientras el desata
 la voz, Patroclo, mudo y junto a él sentado,
 190 espera que el Eácida acabe su canción.

Lo abordan. Odiseo los precede. Asombrado
 se alza de un salto Aquiles, lira en mano, y al par
 se levanta Patroclo en viéndolos entrar.
 El alígero Aquiles la mano les alarga:
 195 -Salud y bienvenida, amigos, aunque sea
 mal signo la visita y la ocasión amarga,
 pues sois mis preferidos entre la gente aquea.

Les cede los asientos de púrpura vestidos
 y dice al Menetíada:

-¡Oh Patroclo! Apercibe

200 la cratera más honda y el vino más subido,
Mézclalo y distribuye las copas, que hoy recibe
mi techo a los varones de más estimación.

No desoye Patroclo al caro compañero,
y al hogar acercándolos, encima del tajón

205 descansa pingües lomos de cabra y de cordero,
y una jugosa espalda de jabalí. Sujeta
la carne Automedonte que, en trozos dividida,
Aquiles va cortando y al asador la espeta,
mientras el Menetíada, a una deidad igual,
210 alimenta la hoguera. Cuando amenguó la llama,
la leña, hecha rescoldos y brasas, desparrama,
y sazona la carne con la sagrada sal
sobre los asadores que apara en los morillos.
Dispónese en plateles cada ración de asado;

215 Patroclo sirve el pan en pulcros canastillos;
Aquiles da las viandas, junto al muro sentado,
frente al lugar que ocupa Odiseo el divino,
y encomienda a Patroclo las primicias y el vino.
La ofrenda de los dioses lanzó Patroclo al fuego;

220 todos ponían mano a las viandas, y luego
que se satisficieron, con furtiva mirada
y como preguntándose si la hora es llegada,
Áyax consulta a Fénix. Odiseo lo advierte,
llena otra vez su copa y brinda de esta suerte:

4. DISCURSO DE ODISEO

225 -¡SALVE, Aquiles! Pues sábetе que Agamemnón
Atrida

ha poco nos honraba con un festín igual,
donde también gozamos de viandas escogidas.
Pero agasajo y fiesta nos han sabido mal,
oh retoño de Zeus, porque en verdad tememos

230 un inmenso desastre, y nos roe la duda:
¿Se salvarán las naves de numerosos remos
si tu valor olvidas, negándonos tu ayuda?

Los animosos teucros y sus muy afamados
auxiliares acampan junto a barcos y muro,
235 entre mil luminarias nos tienen ya cercados,
y el asalto a las naves lo dan ya por seguro.
Reciben a la diestra relámpagos propicios,
y envanecido Héctor con el divino amparo,
iracundo y valiente, anda fuera de quicio

240 y ni a dioses ni a hombres respeta en su descaro;
invoca al nuevo día, y, en alumbrando Eos,
jura que ha de arrancar la insignia de las popas,
poner fuego a las naves que arderán como estopa
y acabar entre el humo con todos los aqueos.

245 Mi ánimo se acuita y medroso me hallo,
pues sé que, de cumplirse los amagos divinos,
el perecer en Troya será nuestro destino,
tan lejos de la Argólide, nodriza de caballos.
Acude, aún es tiempo, no lo llores mañana,

250 protege a los aqueos de la furia troyana.
El daño acontecido ¿quién lo remediaría?
Decídetе a salvar, en la última hora

al pueblo de los dánaos de tan funesto día.
 Caro amigo, el encargo paterno rememora.
 255 Peleo te exhortaba cuando, al salir de Ftía,
 partiste con la gente de Agamemnón: “¡Oh hijo!
 Ni Atenea ni Hera te negarán de fijo
 arrestos y bravura, mas frena ese valiente
 corazón, sé benévolo, guárdate de disputas
 260 y jóvenes y viejos te honrarán juntamente.”
 Tal te ordenó el anciano, mas tú no lo ejecutas.
 Olvida, pues, tu cólera, mira que Agamemnón
 te ofrece con largueza la reconciliación.
 Y voy a revelarte, por que mejor lo entiendas,
 265 lo que ahora el Atrida nos declaró en su tienda:
 Siete flamantes trípodes te dará de presente,
 diez talentos de oro; con ellos, unas veinte
 calderas bien bruñidas, doce raudos bridones
 diestros en la carrera y nunca superados.
 270 ¡Feliz quien los posea! Tendrá el oro a montones,
 a juzgar por los muchos premios que le han
 ganado
 los ligeros solípedos. Te cederá de grado
 siete mujeres lesbias, bordadoras famosas,
 que escogió por botín entre las más hermosas
 275 cuando tú saqueaste a Lesbos, y además,
 consiente en devolverte la hija de Briseo,
 jurando con palabra solemne que jamás
 tuvo acceso a su lecho, ni con ella se ha holgado
 como varón con hembra. Todo eso es su deseo
 280 cumplirlo sin tardanza. Y si han determinado
 los dioses que derribe la gran ciudad de Ilión,
 ufanía de Príamo, llevarás a tu barco

cuanto oro y bronce quieras del botín que
 juntemos,
 y a las veinte troyanas más lindas (con perdón
 285 de nuestra argiva Helena). Y, ya vueltas a Argos
 y a los fértiles campos de Acaya nuestras huestes,
 bien podrás ser su yerno, honrado al par de
 Orestes,
 hijo menor que cría con celo singular.
 En su soberbio alcázar ha dejado tres hijas:
 290 Crisótemis, Laódice, Ifíanasa. Que elijas
 sin pago a la que quieras, y reine en el solar
 paterno de Peleo; que él la piensa dotar
 como nunca dotó un padre a su heredera,
 ofreciéndole siete ciudades populosas
 295 -Cardámila y Énope, Hira la muy herbosa,
 Antea ante sus prados y la divina Feras,
 Pédaso y sus viñedos, y Epeo, dulce asilo-,
 situadas junto al mar y a la arenosa Pilos,
 cuyos vecinos, ricos en ganados y bueyes,
 300 te han de honrar con ofrendas como a una deidad,
 y pagarán crecidos tributos a sus reyes.
 Tal hará si te ablandas, si obtiene tu amistad.
 Mas si él y sus presentes no pueden con tu enojo,
 duélate el vencimiento de las huestes aqueas.
 305 Gloria y honor divinos ganaras a sus ojos,
 y acaso al mismo Héctor rindas en la pelea,
 quien, ciego de furor, se acerque hasta sus manos,
 pues sueña que ninguno de cuantos fieros dánaos
 han traído las naves resiste a su valor.

5. RESPUESTA DE AQUILES

310 Y EL aligero Aquiles:

-¡Industrioso Odiseo,

divino Laertiada! Hablaré sin rodeos
para que no haya duda y nadie me impaciente
por un lado y por otro con importunidades.

Quien declara una cosa y piensa diferente

315 me es más odioso aún que las puertas del Hades.

Mejor será decíroslo: ni el rey Agamemnón
ni los dánaos juntos han de mudar mi mente,
ya que no alcanza méritos quien sin descanso
brega;

el que se oculta en casa gana igual galardón

320 que quien la guerra afronta, y al igual honor se
llega

o bien por el arrojo o bien por la abyección,
y como los solícitos mueren los holgazanes.
inútiles han sido mis ásperos afanes,
y el arrostrar la muerte de nada me ha valido.

325 Cual se despoja el ave por nutrir sus polluelos
y en el pico les lleva todas las provisiones,
así en jornadas bélicas y en nocturnos desvelos,
a busca de las hembras luché con los varones.

La Tróade feraz cubriendo con la guerra,

330 vencí doce ciudades por mar, once por tierra;
de todas traje inmensos despojos al Atrida
que, en sus veleras naves, con regalada vida,
repartía lo menos, guardaba lo mejor.

Cuanto cedió a los príncipes fue paga recibida,

335 y a mí, víctima única de todos lo aqueos,

me agravía arrebatándome la esposa de mi amor.

¡Acuéstese con ella si tal es su deseo,
disfrútela si quiere! Mas ¿por qué los argivos
guerrean con los teucros, y para qué el altivo

340 Agamemnón juntó tan numerosa gente,
sino para el rescate de la divina Helena,
la de hermosa melena? ¿Será que solamente
aman a sus esposas los vástagos de Atreo?
Todo varón sensato y venerable creo

345 que ama y cuida a la suya, y yo como varón
velaba por la mía con todo el corazón,
aunque fuera cautiva ganada en la pendencia.
Pues la arrancó a mis brazos el rey Agamemnón,
no intente persuadirme, conozco su demencia.

350 Resuelva con sus príncipes y contigo, Odiseo,
cómo hurtar a la llama los bajeles aqueos.
No le hice yo falta en otras ocasiones:
alzó un muro, abrió un foso, plantó una
palizada...

Cierto que son endebles tamañas precauciones
355 para el troyano Héctor, pavor de las mesnadas.
Nunca permitió éste, si yo entraba en batalla,
que saliesen sus hombres lejos de la muralla.
Llegaban a lo sumo por las Puertas Esceas,
donde la encina crece; y cuando por acaso

360 quiso aguardarme un día para darme pelea,
ni pudo resistirme ni salió bien del paso.
Mas ya no está en mi ánimo el combatir con él,
y mañana, a la aurora, cargaré mi bajel,
haré ofrendas a Zeus y a los demás Olímpicos,

365 y -por si te divierte- verás que mis veleros

surcan el Helesponto y su seno prolífico,
 ágilmente empujados por gozosos remeros.
 Y si es propicio el alto Señor del Terremoto,
 el viaje ha de llevarme a la pródiga Ftía
 370 al cabo de tres días. Por mi mala ventura
 abandoné mis bienes en mi solar remoto,
 pero intento llevarme oro y bronce rojizo,
 hierro gris y mujeres de preciosa cintura
 que me han tocado en suerte, ya que el Atrida hizo
 375 escarnio de la prenda que me otorgó su mano.
 Decídselo, os lo ruego, claro y si reticencias,
 y que lo escuchen todos, para que su imprudencia
 no halle desprevenidos a los ingenuos dánaos
 si ensaya un nuevo fraude. Bien sé que él no se
 atreve
 380 a mirarme a la cara, aunque felón y aleve.
 ¡Ni ayuda ni consejo! Baste con lo sufrido,
 no ha de embaucarme ahora. Corra a su perdición,
 pues le ha nublado el juicio el prudente Cronión.
 Detesto sus obsequios y de él nada me cuido.
 385 Me diera diez o veinte veces más todavía
 de cuanto tiene y logre atesorar mañana,
 o cuanto hay en Orcómene o en Tebas egipciana
 -la de opulentas casas y cien puertas, que fian
 paso a doscientos hombres con carros y caballos-,
 390 o cuantos son los granos de polvo y las arenas,
 que ni así ha de aplacarme ni me persuadiría
 a dar por bien pagada la cuita en que me hallo.
 Ni su hija me atrae, ni me parece buena
 para mujer de Aquiles, cuando fuere preciosa
 395 como Afrodita de oro y valga en las labores

lo que vale Atenea, la Ojizarca radiosa.
 Déle entre los mejores otro príncipe aqueo,
 porque yo no la envidio ni quiero para esposa.
 A mí, plegue a los dioses, otra me dé Peleo
 400 al regreso; que abundan doncellas de valer
 en Hélade y en Ftía, ciudades populosas
 donde hay reyes con hijas para elegir mujer.
 Si una esposa me pide mi noble corazón,
 sea la digna cónyuge que me acomode y cuadre
 405 para gozar con ella los bienes de mi padre.
 Pues vale más la vida que el tesoro de Ilión
 en la era de paz y antes de los aqueos,
 más que el templo lapídeo del Cazador Apolo
 en Pito la rocosa. En la guerra tan sólo
 410 pueden amontonarse, a fuerza de saqueos,
 bueyes, ovejas, trípodes, alazanes crinados,
 mas no la vida humana si nos ha abandonado,
 no el resuello si escapa del cerco de los dientes.
 Tetis la Pies de Plata, mi madre, me ha augurado
 415 que al término mortal me llevan dos destinos:
 si he de luchar en Troya, mi fin será inminente
 y eterno mi renombre; mas si regreso a Ftía,
 será mi vida larga, la fama que declino
 hará que se me aleje la muerte todavía.
 420 Bogad a vuestras playas, escuchad mi consejo.
 No lograréis rendir a la inminente Ilión:
 la ampara con su brazo el Tonante Cronión
 y han recobrado el ímpetu sus guardianes. Os dejo
 cumplir con vuestro encargo, mensajeros fieles.
 425 Los príncipes aqueos oigan lo que contesto:
 Busquen otro que salve los cóncavos bajeles,

que aquel en quien pensaban su enojo no ha depuesto.

Quede Fénix conmigo, descanse, y de mañana -si ello le complace, pues no ha de serle impuesto-,

430 lo embarcaré en mi viaje a la patria lejana.

6. IMPETRACIÓN DE FÉNIX

CON TANTO ardor lo dijo que todos enmudecen.

Y el viejo caballista Fénix, lleno de espanto por el fin desastroso que a las naves se ofrece, al cabo pudo hablar sin contener el llanto:

435 -Si piensas, claro Aquiles, en regresar de veras y abandonar al fuego nuestras naves veleras a causa de la ira que arde en tu corazón, ¿cómo quedarme a solas sin tu arrimo, hijo amado?

Al partirte de Ftia con los de Agamemnón,

440 Peleo, el viejo ecuestre, por verte acompañado -pues aún eras tierno y aún nada sabías de la guerra o del ágora, luto y prez de varones-, te confío a mi guarda para darte destreza en hablar con buen juicio y obrar con entereza.

445 Hijo amado, no pienses, pues, que yo te abandone. No podría dejarte, aunque alguna deidad, para más persuadirmelo, me prometiera el arte de disipar los ajes que da la ancianidad y tornarme tan joven como en aquellos días
450 de Hélade, morada de mozas placenteras, donde huí de mi padre y su animosidad;

pues Amíntor Orménida, mi padre, me reñía por una concubina de airosa cabellera.

a quien amaba tanto que su capricho era

455 ofensa de su esposa, que fue la madre mía.

Postrada a mis rodillas, mi madre suplicaba que usara yo el primero de la joven esclava para que aborreciese los ruegos del anciano.

Obedecí; lo supo mi padre, y me maldijo

460 mil veces, implorando de las Erinies fieras que nunca en sus rodillas jugueteara un hijo nacido de mi carne. Los dioses, por mi mal, escucharon sus votos: el Zeus Infernal y la feroz Perséfone. Yo quise, en mi ceguera,

465 pasarlo al bronce agudo; pero algún Inmortal me disuadió, mostrándome cuánto baldón espera, qué infamia entre la gente, qué desastrosa vida, a aquel que los argivos declaran parricida.

Me fue odioso el palacio, y nada llevadera

470 la convivencia diaria junto al padre enojado.

Los deudos, los amigos, con reiterados ruegos, en vano pretendían conservarme a su lado.

Hicieron sacrificios de lardosos borregos, de flexípedes bueyes de astas retorcidas,

475 y cerdos bien cebados que entregaban al fuego de Hefesto, y se bebió en cantidad crecida el vino que el anciano guardaba en sus tinajas. Durmieron a mi lado nueve noches seguidas, turnándose en la vela por ver si así me atajan.

480 En el cercado patio alzaron una hoguera junto al pórtico, y otra frente a mi habitación. Y a la décima noche, sin que nadie me viera,

ni los muchos guardianes ni las muchas esclavas,
y a favor de la sombra, quebranté la prisión,
485 rompí la puerta sólida que mi alcoba cerraba,
salí al patio, sin pena pude saltar el muro,
hui por la ancha Hélade, y me puse a seguro
en la pródica Ftía, nodriza de ganados,
casa del rey Peleo; quien me acogió de grado,
490 me colmó de mercedes, me tuvo tan mimado
como a brote unigénito habido en la vejez,
me encumbró entre los hombres, y puso a mi
cuidado
el reino de los dólopes al término de Ftía.
¡Oh Aquiles! Te he criado yo desde la niñez
495 hasta el presente día con singular apego.
Tú no aceptabas fiestas, banquetes, ni reacio
aceptabas siquiera comer en el palacio,
si no era en mis rodillas, donde yo, como a juego,
te cortaba la carne y el vino te acercaba.
500 ¡Cuántas veces la túnica y el pecho me manchabas
devolviendo los tragos: achaques infantiles!
¡Cuánto no habré sufrido por educarte, Aquiles!
Y, pues la descendencia los dioses me negaban,
Te adopté como a hijo, previendo que algún día
505 -amparo a mi infortunio -tú me socorrerías.
Refrena, Aquiles mío, tu ánimo fogoso;
no cuadra a tu nobleza una pasión impía.
Mira que hasta los dioses se dejan aplacar,
con ser tan superiores y ser tan poderosos.
510 Cuantos su ley infringen los suelen contentar
con ofrendas y votos, libaciones y humo
de la grasa quemada. Hijas del Padre Sumo

son las dolientes Súplicas, -y cojas, arrugadas
y cegatonas-, andan tras la huella de Ate,
515 quien -válida y alígera- corre el mundo y combate
en daño de los hombres, daño que ellas reparan.
Aquel que, al recibirlas, las oiga y las acate,
merecerá de ellas honor y protección;
cuando él las solicita, ellas siempre lo amparan.
520 Quien las desoiga, sepa que las oye el Cronión,
y pronto vendrá Ate en su persecución
para imponer al torpe la pena que merece.
Escucha tú a las Súplicas, no repudies las preces,
que han sabido escucharlas también los más
valientes.
525 Si no te contentara el rey Agamemnón
brindándote las prendas de reconciliación
y promesas mejores aún, si tenazmente
se encerrara en su encono, yo no te exhortaría
para que, ya olvidado de tu saña bravía,
ayudes a los dánaos con liberalidad,
así fuere el desastre más duro que el presente.
Pero te da mil cosas y te promete más,
y como garantía de no volverse atrás,
te manda entre los dánaos a los más excelentes,
535 a los que más estimas entre la armada gente.
Escúchalos, no sea en vana su petición.
Tu enojo ayer tenía disculpa suficiente;
mas lo que ayer fue lícito, hoy fuera sin razón.
Así nos lo aconsejan pretéritas hazañas:
540 también aquellos héroes tenían disensiones,
mas presentes y ruegos aplacaban su saña.
Dejad que os traiga, amigos, ciertas recor-
daciones,

no de ayer, muy remotas. Los curetes batían
a los bravos etolos en torno a Calidón,
545 la plaza disputada. Provocó la porfía
Ártemis la del trono de oro, porque Eneo,
al alzar sus cosechas, honraba a sus deidades
con frutos y hecatombres, mas no a la hija de Zeus.
¡Fatal error u olvido! Indignada la diosa
550 que causa con sus flechas tantas calamidades,
lanzó por las campiñas una fiera rabiosa,
un jabalí de albares colmillos: grave daño
para el campo de Eneo. Desarraigó la fiera
y derribó los árboles, florida primavera
555 que ya daba despuntes con los frutos del año.
La mató Meleagro Eneida, pues pudo
juntar, por varios pueblos, perros y cazadores;
que el jabalí era ingente, grande entre los
mayores,
a la fúnebre pira mandó a muchos, y dudo
que con menor socorro lo hubiera dominado.
Mas entonces la diosa movió un acre altercado:
curetes e indomables etolos se disputan
la cabeza del monstruo y la pelleja hirsuta.
Mientras que Meleagro, como Ares pujante,
565 se mantuvo inflexible, rigiendo las batallas,
aunque muy numerosos, reveses incesantes
sufrían los curetes, presos en sus murallas.
Mas enojado el héroe contra su madre Altea,
abrió el pecho a la ira que al más cuerdo avasalla,
570 y encerrado en palacio, olvidó la pelea
junto a su Cleopatra, su floreciente esposa.
Hija fue de Marpesa Evenina, famosa

por sus lindos tobillos, e Idas, el caudillo
que en la anchurosa tierra no conoció rival.
575 Baste que contra Apolo tendió el arco mortal
a causa de Marpesa, la de lindos tobillos.
Mientras la arrebatava Apolo el Providente,
la madre se dolía como alción sufrido,
llorando por su hija desesperadamente;
580 y de aquí que, en recuerdo de sus tribulaciones,
padre y honrada madre se hayan prometido
apodar a la hija con nombre de Alcione.
Así, pues, Meleagro, en casa recluso,
al lado de su esposa devana su amargura,
585 reñido con su madre, quien, sin hallar consuelo,
de hinojos a los dioses todo el día conjura
para vengar la pérdida de su hermano querido.
Bañado el seno en lágrimas y golpeando el suelo,
al Hades y a la fiera Perséfone encomienda
590 contra su propio hijo maldiciones de muerte.
La inexorable Erinis, en la mansión horrenda
y brumosa del Érebo oyó su imprecación,
y enconó la reyerta de los bandos, de suerte
que todo era tumulto en torno a Calidón.
595 Las torres eminentes se vieron asaltadas.
Los ancianos etolos elevaron sus preces,
y hasta los sacerdotes fueron en embajada
para que Meleagro salvara la ciudad
y al pueblo, prometiendo pagárselo con creces.
600 Le daban a escoger la más rica heredad
de cincuenta yugadas, mitad viña y mitad
terreno labrantío; golpeaban su puerta
inútilmente Eneo, el caballista anciano,

las hermanas, la madre, con súplicas y ofertas.
 605 Pero él se aferraba en su rencor. En vano
 quisieron persuadirlo a dejar su aposento
 sus amigos más caros y quebrantar su intento,
 mostrándole el peligro de que, en cualquier
 momento,
 si él no abandonaba su reclusión cruel,
 610 los mismos adversarios cayeran sobre él.
 Los curetes vencían las torres, en verdad,
 y ya pegaban fuego a toda la ciudad.
 Su esposa Cleopatra, la de gentil cintura,
 se le acercó llorando, y le hacía patentes
 615 los daños que amenazan a la vencida gente:
 "Matan a los varones, raptan las criaturas,
 a las esbeltas hembras se llevan por esclavas
 -le decía-, y entregan al fuego la ciudad."
 Al fin de Meleagro el ánimo mudaba
 620 y, condolido al fin de tanta adversidad,
 viste lucientes armas, y por su empeño sólo,
 aleja el negro sino y salva a los etolos.
 Venció, más le negaron los premios ofrecidos,
 que oyó a su corazón, pero no prestó oído
 625 a quienes lo imploraron al hora de la cuita.
 Compara, caro amigo, y la lección medita,
 y el cielo no consienta en otro error igual.
 Cuando las naves ardan, no habrá remedio al mal.
 Acepta los presentes que se te han brindado,
 630 y como a un dios te honren. Tu prez será menor
 si al fin vas a la guerra sin ser recompensado,
 aun cuando el daño alejes y salgas vencedor.

7. ÚLTIMAS RÉPLICAS

Y EL alígero Aquiles:

-¡Oh Fénix venerable,
 segundo padre mío, noble ramo de Zeus!
 635 De tan subidas honras no siento yo deseos;
 las que el Cronión me otorgue me son más
 deseables,
 y espero que él me asista entre mis corvas naves
 mientras mi pecho aliente y valgan mis rodillas.
 Y más te digo, sábelo si es que no lo sabes:
 640 no me conturbes ya, que así sólo te humillas
 por complacer al prócer, al vástago de Atreo,
 con llantos y escarceos. Riñe con quien yo riño,
 pésete mi dolor. No cambies mi cariño,
 pues así me desairas en recelo y rencor.
 645 Parte conmigo el mando y regresa conmigo;
 lleven estos amigos la respuesta y mensaje;
 descansa en blando lecho, y ya al romper el día,
 veremos si la patria concertamos el viaje,
 o si más nos contenta quedarnos todavía.
 650 Con un guiño, a Patroclo manda tender el lecho
 mullido para Fénix: que los demás entiendan
 que deben cuanto antes abandonar la tienda.
 Mas Áyax, que lo advierte, no estaba satisfecho,
 y exclama así el divino hijo de Telamón:
 655 -¡Oh sagaz Laertíada, linaje del Cronión!
 Partamos, es inútil nuestra pena, Odiseo.
 La respuesta, aunque ingrata, llegue hasta los

aqueos
 que aguardan impacientes. Soberbio el corazón,
 este cruel Aquiles no aprecia la amistad
 660 de quienes más lo quieren y como a nadie
 honraban
 allá en el campamento, e ignora la piedad.
 La muerte de un hermano, ¡la de un hijo!, se lavan
 con justas recompensas, y queda el matador
 tranquilo en el lugar, y el agraviado queda
 665 contento con el pago. ¡Y a ti por una esclava
 te enfurecen los dioses! ¿Cómo esperar que
 cedas?
 Te han ofrecido siete y de las más gentiles;
 presentes y provechos te han ofrecido, Aquiles.
 ¡Respetar tu morada y abrir tu duro pecho,
 670 mira bien que nos tienes debajo de tu techo,
 que somos mensajeros del ejército argivo,
 y en nadie has encontrado un afecto más vivo
 ni a nadie cederíamos tan singular derecho!

Y el alígero Aquiles:

-¡Áyax de Telamón,
 675 príncipe de guerreros y raza de Cronión!
 Comparto cuanto has dicho, Áyax; mas no te
 asombres
 si sólo al recordar al rey Agamemnon
 y el trato que me dio delante de sus hombres
 -indigno para un prófugo- me arde el corazón.
 680 Partid con mi respuesta: No volveré al combate
 mientras Héctor Priávida, después que desbarate
 las filas y barracas del ejército aqueo

y dé al fuego las flotas, no se haya atrevido
 a amargarme de cerca. Que, aunque muy
 engreído,
 685 que llegue a mis reales ni lo temo ni creo.
 Dijo, y brindaron luego en copas de dos asas
 las sacras libaciones.

Ya se han despedido,
 ya van junto a las naves a zaga de Odiseo.

A una orden de Patroclo, la gente de su casa
 690 -esclavas y asistentes- con solícita mano
 aderezaba el lecho de Fénix el anciano:
 pieles de oveja, manta y el más precioso lino...
 Duerme el viejo, esperando que Eos la deidad
 su resplandor encienda. Y al fondo de la tienda,
 695 dormía con Aquiles la hija de Forbante,
 Diomeda, esclava lesbiana de plácido semblante.
 Patroclo fue a tenderse por el otro rincón,
 junto a Ifis de espléndida cintura, galardón
 que le ha ofrecido Aquiles a cuenta del saqueo
 700 de la escarpada Esciro, ciudad de rey Enieo.

8. REGRESO DE LA EMBAJADA

LLEGABAN los legados hasta el hijo de Atreo.
 El vino en copa de oro les daban los aqueos
 y los importunaban a fuerza de preguntas.
 Y el rey, que sólo al verlos el malogro barrunta:

- 705 -Honra y prez de los dánaos, dime pues, Odiseo:
 ¿Contamos con la ayuda del ínclito varón
 para librar las naves del incendio inminente,
 o invade aun la cólera su altivo corazón?
 Contéstale Odiseo, el divino, el paciente:
- 710 -¡Oh Atrida de la fama, glorioso Agamemnón!
 Ni depones su cólera ni acepta tus presentes.
 Se aíra por instantes; dice que te desveles
 acá con tus argivos, y que tú mismo veas
 cómo libras las naves y las huestes aqueas.
- 715 Y amenaza, al aurora, zarpar con sus bajeles
 de numerosos remos camino de su tierra.
 Nos aconseja a todos abandonar la guerra,
 y anuncia que jamás venceremos a Ilión,
 pues la ampara en sus brazos el excelso Cronión
- 720 y han recobrado el ímpetu sus guardianes:
 Testigos,
 Áyax y los heraldos que regresan conmigo,
 todos probos varones. Que a Fénix el añoso,
 allá le brindo Aquiles el lecho y el reposo,
 porque es su deseo, al romper la mañana
- 725 -si así lo quiere el viejo, pues no ha de ser forzoso-,
 llevárselo consigo a la patria lejana.
 Ante tales palabras y mensaje tan crudo,
 los dánaos dolidos permanecieron mudos.
 Y al fin rompió el silencio el bizarro Diomedes:
- 730 -¡Glorioso rey Atrida, pujante Agamemnón!
 No debiste rogar al fiero Pelión
 ni tentarlo con ricos presentes y mercedes.
 Soberbio ya de suyo, más se ha ensoberbecido.

- Escoja su partido, que se vaya o se quede.
- 735 Bien sé que de repente regresara a la lucha,
 si un dios lo solicita, si al corazón escucha.
 Anosotros, en tanto, nos cumple descansar,
 que ya el vino y la cena nos han reconfortado.
 Hacedlo como digo. Mañana al asomar
- 740 la peregrina Eos sus dedos sonrosados,
 junta, rey, por las naves tus carros y guerreros,
 exhórtalos, y marcha entre los delanteros.
 Al domador de potros aprobaron los reyes
 e hicieron libaciones. Ya las armadas greyes
 sus tiendas recobraban, y ya el arrobamiento
 del sueño se extendía por todo el campamento.

[FIN DE LA PRIMERA PARTE]

Interludio primero

X

LA DOLONÍA

[Reyes intentó proseguir la traducción completa de la *Iliada*, pero sólo consiguió avanzar un poco en la Rapsodia X o *La Dolonía*, fragmento que hoy publicamos y que antes dimos a conocer en *La Cultura en México*, Suplemento de *Siempre!*, México, 13 de enero de 1965, No. 152, pp. VI-VII.

Recordemos lo que escribió Reyes respecto de esta Rapsodia: "Excurso pintoresco: durante la noche -y como si conviniera al peso patético del poema compensar el fracaso de la embajada [de Aquiles, rap. IX] con alguna proeza- Odiseo y Diomedes reconocen el campamento enemigo, habiéndose apoderado de Dolón, espía troyano, y los dos solos dan muerte a una docena de jefes enemigos, sorprendiéndolos en pleno sueño, así como a Reso y a sus tracios, y se apoderan de unos caballos."

1. CONSEJO NOCTURNO DE LOS JEFES
AQUEOS

POR TODA aquella noche, junto a los
bastimentos
ceden al sueño plácido los próceres aqueos;
mas no el pastor de hombres, Agamemnón
Atrida,
entre perplejidades su mente combatida.

- 5 Suele el varón de Hera, la de alma cabellera,
anunciar con relámpagos estrago y tempestad,
cuando un granizo y nieve el campo espolvorea
sobre la inmensa boca de la guerra voraz.
Tal brotan los sollozos sobresaltando el pecho
10 en la convulsa entraña del rey Agamemnón.
Le espantan las fogatas del campamento teucro
que innúmeras protegen el acceso a Ilión,

y el rumor le conturba de voces enemigas
y flautas y zampoñas. Y si vuelve la vista
15 al campamento y flotas del ejército aqueo,
desesperadamente se mesa los cabellos
y los ofrece a Zeus, gimiendo de pesar.
Al fin para su cuita halló el mejor empleo:
buscar, antes que a nadie, a Néstor de Neleo,
20 a solas entre ambos sus dudas consultar
y urdir para los dánaos el plan que los libere.
Salta del lecho al punto, la túnica requiere,
y las sandalias nítidas ata en los blancos pies;
arrópase y envuélvese con la tostada piel
25 de un ingente león que llega hasta sus plantas,
y luego, a todo evento, se adueña de su lanza.
Tampoco Menelao, presa de igual tormento,
lograba que en sus párpados se aposentara el
sueño,
a vueltas con la angustia de ver los argivos,
30 bregando por su causa, por él enardecidos,
que hasta Ilión llegaron surcando el ancho mar.
Manchado leopardo ciñó al dorso macizo,
caló el casco bronceo y luego lanza en mano,
se dispuso a ir en busca del poderoso hermano
35 que honraban los aqueos como a divinidad.
Lo halló junto a la popa de su nave, ocupado
en revestir sus armas de atuendo singular:
-Bienvenido el valiente del bélico baladro.

-¿A qué -dijo- te aprestas, hermano muy querido?
40 ¿Acaso has discurrido que alguno de los nuestros
hasta el campo troyano vaya de explorador?
Dudo que nadie acuda a tan osado empeño,
que es fuerza mucho ánimo para atreverse a tal,
solo y entre enemigos por la noche inmortal.

45 Y el rey Agamemnon:

-A entrambos, Menelao,

fiera cría de Zeus, nos ha de aprovechar
algún prudente arbitrio que salve a los hombres y
barcos,
pues ya, mudado Zeus, no escucha a los aqueos:
sólo acepta los votos de Héctor el troyano.
50 Jamás oí decir que solo y en un día,
quien no es hijo de dioses cause duelos tamaños.
Nos hizo tantos daños que el recordarlo, estimo,
será durable afrenta de los pueblos argivos.
Mas, ea, busca al punto a Ajax y a Idomeneo
55 en sus naves; yo voy por Néstor de Neleo,
que acaso el lecho deje para observar conmigo
como la sacra guardia desempeña su vela.
Nadie allí será oído con obediencia igual,
pues, junto con Meriones, hombre de Idomeneo,
60 al nieto de Neleo puse a la centinela,
qué sólo a ellos otorgo privanza tan cabal.

Menelao, el del bélico baladro, le responde:
-¿Cómo he de hacerlo? ¿Espero junto a ellos, y
dónde?
¿O vuelvo presuroso con tu encargo cumplido?

65 Y dice el rey de hombres:

-Espera mi llegada,
que por entre las tiendas puede errarse el
camino.
Mas ve gritando a todos que vivan prevenidos.
Llámalos por su nombre, que así se honra y se
halaga.
Sé jovial para todos, no te muestres altivo.
70 Compartamos la pena, pues la adversa fortuna
es la herencia que Zeus nos asignó en la cuna.

Va instruido el hermano, y el rey va en pos de
Néstor.
Duerme el amo de huestes junto a su tienda y

nave.

- En regalado lecho junto a sus armas yace:
 75 su escudo, las dos lanzas, el bien bruñido yelmo,
 el baltio refulgente que con sus armas viste,
 pues aún acaudilla el anciano a su gente
 en las sangrientas luchas, y su vejez resiste.
 Incorporóse Néstor y, apoyado en el codo,
 80 alzando la cabeza interrogó al Atrida:

-¿Quién eres tú, el que ronda tan escondido y solo
 por entre las tinieblas y cuando duermen todos,
 ¿buscas alguna mula o a un compañero? Habla.
 ¿Qué quieres? ¡No te cerques sin responderme,
 anda!

- 85 Y el rey Agamemnon:

- ¡Oh Néstor el Nelida,
 gloria de los aqueos, reconoce al Atrida!
 Soy aquel a quien Zeus dio las más duras
 pruebas
 y seguirá probándolo mientras aliente y mueva
 las ágiles rodillas. Errando voy sin tino,
 90 que afligen al aqueo guerra y males y enojos
 y no logro que el sueño se aposente en mis ojos.
 Inquieto por mis dánaos, no hallo reposo, sino
 que tiemblan mis robustos miembros con
 desazón
 y casi se me arranca del pecho el corazón.
 95 Y aun esta misma noche nos puede acometer.
 Si quieres ayudarme, pues que también tú velas,
 baja conmigo y vamos hasta los centinelas,
 no sea que agobiados de fatiga y de sueño
 se nos hayan dormido, olvidando su empeño.
 100 Porque ya el enemigo acampa a nuestra vista
 Y dijo al punto Néstor, gerenio caballista:
 -Atrida gloriosísimo, rey de sumo poder,
 Créeme si te digo que Zeus providente

no ayudará al troyano cuando éste confía.

- 105 A Héctor muchos reveses le aguardan todavía,
 como Aquiles deponga la furia que al presente
 le embarga el corazón. Te sigo pues, Atrida;
 despertemos a otros príncipes: al Tidida,
 fuerte lanza, y también llamemos a Odiseo,
 110 a Áyax el aligero, al hijo de Fileo;
 y corra alguien en busca de Áyax el divino,
 el Telamonio, y llame al rey Idomeneo,
 que entre las naves de éstos media un largo
 camino.
 Y en cuanto a Menelao, por mucho que te hiera
 115 y aunque sea mi amigo querido y respetado,
 tendré que reprocharle que duerma descuidado
 y te abandone ahora, cuando es él quien debiera
 ir de uno en otro príncipe como aquel que
 mendiga,
 pues la necesidad a tanto nos obliga.
- 120 Yo mismo, anciano, a veces -le dice Agamemnon-
 te he invitado a reñirlo. Remiso e indolente,
 no lo es por perezoso ni por incompetente,
 sino que en mí descansa, fija en mí su atención
 y espera por costumbre seguir mi decisión.
 125 Mas hoy se me adelanta, antes que yo despierta,
 y busca en nombre mío a cuantos has nombrado.
 Verás cómo le hallamos con la guardia a la puerta,
 Lugar de cita.
- Y Néstor, jinete venerado:
 -Siendo así, no habrá nadie que le busque reyerta,
 130 y todos los argivos lo escucharán de grado.
 No bien lo dice, y presto la túnica suspende,
 los pulcros pies se calza con las sandalias finas,
 manto doblado en púrpura y en felpa arremolina,
 y lanza empuña -bronce la aguja- y ya la
 emprende
 135 por entre los navíos que ocupan los aqueos

de bronce pertrechados. Llama al punto a Odiseo,
prudente como un dios, y al oír su llamado,
sale éste de su tienda y dice:

-¿Qué ha pasado?

140 ¿Por qué erráis solitarios por las embarcaciones
y el campamento en medio de la noche inmortal?

Y Néstor, el gerenio jinete venerado:

-Flor de Laertes, casta de Zeus, cuyos dones

143 y ardides son famosos, no lo tomes a mal...

NOTAS

A. *Observaciones generales*. B. *Comentarios a las rapsodias*.
C. *Deidades y personificaciones míticas*. D. *Monstruos y animales*
míticos. E. *Lugares míticos*. F. *Semidioses y héroes de antaño*. G. *Bando*
aqueo. H. *Bando troyano*. I. *Narraciones*.

A. *Observaciones generales*

1. En los comentarios sección B, los números romanos remiten al orden de las rapsodias; los arábigos, a los versos del presente texto, no del original griego. Se prescinde de indicar los versos para las rapsodias X a XXIV, que no figuran aún en este volumen. Cuando ha parecido necesario, las noticias sobre personas o temas extraños a las obras homéricas es decir, de aparición posterior se han puesto corchetes.

2. Las notas se han reducido al mínimo. Los comentarios de la sección B no pretenden agotar la erudición del asunto sólo facilitar la lectura. Los glosarios de las siguientes secciones no son un índice alfabético general, inútil en el caso, puesto que aquí la *Iliada* no aparece todavía completa.

3. Se señalan a la atención del lector las recurrencias de ciertas situaciones, pasajes y versos a veces, con nuevas e ingeniosas variantes, de que presentaremos unos cuantos ejemplos:

a) Situaciones repetidas.

Los encuentros entre los caudillos suelen comenzar por un cambio de palabras o increpaciones. Cuando uno da muerte al otro, procura al instante arrebatarse el carro y las armas, parte legítima del botín; y si se trata

de un personaje eminente, los compañeros se esforzarán por evitar que el enemigo se apodere de su cadáver, a fin de que no sea ultrajado y para otorgarle los debidos honores fúnebres, que son mucho más que honores, pues aseguran, como hoy diríamos, el reposo del alma. Así vemos que el anciano Néstor aconseja no embarazar la acción del combate quedándose atrás por recoger los despojos (VI, 66 y ss.); y así vemos que las tropas pelean denodadamente en torno al supuesto cadáver de Eneas (V, 456 y ss.), y más adelante han de reñir por el cadáver de Patroclo.

Otros casos de reiteración temática son las retiradas estratégicas: IV, 548 y ss.; V, 576 y ss.; y V, 630 y ss.

Los sacrificios son también, por su naturaleza, temas recurrentes.

b) Pasajes repetidos.

En general, los mensajes, que el mensajero recita textualmente tales como le han sido dictados. (El sueño de Agamemnon, II, escena 1; la amenaza de Zeus a la diosa, por conducto de Iris, VIII, escena 7; en la Embajada de Agamemnon a Aquiles, en labios de Odiseo, IX, escenas 2 y 4.) En ocasiones, el pasaje repetido se reduce a un relato de lo acontecido anteriormente. (Aquiles se queja con su madre, I, 362 y ss.; Agamemnon refiere su sueño, II, escena 2.)

C) Versos repetidos.

Véase la descripción sumaria de los primeros choques entre los ejércitos enemigos, IV, 450 y ss., y VIII, 60 y ss. En cada banquete, laico o sagrado, se advierte que "todos se conforman con su justa ración". Cuando se

nombra al pueblo de Príamo reaparece la mención de sus hombres armados con picas de fresno. En su momento, se indicarán las palabras de Aquiles que aprovecha, repitiéndolas, el murmurador Tersites.

4. Téngase presente no se indica en todas las ocasiones, aunque sí en muchas que abundan las homonimias. Tales homonimias se refieren:

a) Al nombre de persona, ya aplicado a distintos héroes, a guerreros del mismo bando, o ya de bandos contrarios: "Glaucos" es un bisabuelo de "Glaucos", el caudillo licio (VI, escena 3); un "Ántifo" es caudillo aqueo, hijo de Tésalo, otro es un caudillo meonio, hijo de Talémenes, y otro es un príncipe troyano, hijo del rey Príamo (II, 673 y 856, y VI, 495).

b) Al nombre del lugar. Se señalarán varios casos, y especialmente, el de varias Tebas citadas.

c) Al nombre de persona y lugar: "Asio" es una pradera de Jonia, junto al Caistro (Asia Menor); es un caudillo de Arisbe, aliado de Troya, hijo de Hirtaco (II, 462 y 828); es un troyano, hijo de Dimante y hermano de Hécuba, cuya forma asume Apolo para excitar a Héctor contra Aquiles (XVI); un troyano, padre de Adamante (XII y XIII), y finalmente, un troyano, padre de Fénoppe (XVII). "Augías" es un lugar locrio, frente a Eubea; una ciudad lacedemonia; el padre de Agástenes y abuelo de Políxeno, príncipe de Élide, y es también el rey de los eleos, padre de Agamede y suegro de Mulio (II, 524, 576 y 618, y XI).

d) Al nombre de persona, lugar y caballo: "Janto" es un troyano, hijo de Fénoppe; un río de Licia; un río de

Tróade; un caballo de Aquiles, y un caballo de Héctor (II, 870; V, 154 y 487; VI, 4 y 170; VIII, 183, etcétera).

5. Homero no emplea la palabra “griegos” de difusión posterior; una sola vez dice “panhelenos” término más antiguo (II, 529), y sólo llama “helenos” a los del Argos Pelásgica, país de Aquiles (II, 678).

A los pueblos de la misma unidad étnica que ponen sitio a Troya les llama indistintamente:

a) “Aqueos” o “aquivos”, por “Acaya”, región de la Ftiótide, tierra de Aquiles entre el Esperquio y Tesalia, y también, toda Grecia. [Más tarde, una banda meridional del golfo de Corinto.]

b) “Argivos”, por “Argos” y “Argólide”, varias regiones de Grecia en el Peloponeso (el distrito de Diomedes, la Argos Micenia de Agamemnon), la Argos Pelásgica de Peleo, padre de Aquiles, e igualmente la Grecia entera. Ver B, II, 554-7.

c) “Dánaos”, por “Dánao”, antecesor mítico relacionado con la leyenda de la Argos Micenia. Ver B, II, 532 y ss., y “Dánao”, en F.

6. Los del bando opuesto reciben indistintamente el nombre de “teucros” o “troyanos”. Homero mienta siempre junto a ellos a los “dardanios” o “dárdanos” y a los “aliados”:

a) “Teucros”. Zeus engendró en la Pléyade Electra a Dárdano: origen de la inquina tradicional de Hera, la esposa de Zeus, contra este pueblo. Dárdano se casó

con Batiea o Arisbe, una hija de Teucro, rey del Helesponto (Dardanelos). (Adviértase que, en la *Iliada*, figura un guerrero llamado “Teucro”, que es enemigo de los teucros.)

b) “Troyanos”. El nieto de Dárdano fue Tros, fundador de Troya. (Adviértase que, en la *Iliada*, XX, figura un guerrero troiano llamado Tros, muerto por Aquiles.) La descendencia de Tros se dividió entre sus dos hijos, Ilo y Asáraco. Por Ilo, Troya también se dijo Ilión. De aquí, *Iliada*; y “troyanos” o “ilianos” vino a significar lo mismo. De Ilo desciende Laomedonte, y de éste, Príamo, viejo rey de Troya en el poema. Príamo es Dárdanida por el antecesor remoto, y Laomedontíada por su padre.

c) “Dardanios” o “dárdanos”. El nieto de Asáraco fue Anquises, padre de Eneas. A éstos y a su gente se reserva el nombre de dardanios: rama troiana, y algo como una familia de pretendientes sometida al rey Príamo.

d) “Aliados”. Pueblos de distinto origen y lengua que asisten a la defensa de Troya, sumariamente enumerados en B, II, 809 y ss.

B. Comentarios a las rapsodias

I

1. La “diosa” a quien el poeta invoca es la Musa. [En el caso, Calíope.] En varios lugares se nombra a la Musa o a las Musas sin especificación ninguna. Ver II, 482 y ss.

1-9. El enojo de Aquiles contra Agamemnon y sus lamentables consecuencias para los aqueos son el asunto del poema.

6. "Por su propio camino" es frase interpretativa. Troya está condenada; pero Zeus lleva a cabo el plan a través de un largo desvío:

[a) La Guerra Troyana ha sido decretada por Zeus para aliviar la sobrepoblación de que se ha quejado Gea (la Tierra). La lejana provocación de esta guerra parte de Eris (la Discordia). Indignada porque no se la convidó, como a los demás dioses, al matrimonio de Peleo y Tetis, arroja en pleno banquete nupcial una manzana dedicada "a la más hermosa". Hera, Atenea y Afrodita se la disputan, y se someten al juicio de Paris, hijo de Príamo, que a la sazón hacía vida de pastor en el monte Ida (Tróade). Hera trata de sobornar a Paris ofreciéndole mandos y honores; Atenea, brindándole victorias y prendas espirituales; y Afrodita, que le promete entregarle a la mujer más bella, obtiene el premio. (Esta disputa es una muestra de sabiduría folklórica sobre cuál sea el bien preferible, comparable a la historia hebrea sobre la elección de Salomón I, Reyes, iii, 5 y ss.). La mujer más bella es Helena, esposa de Menelao, rey de la Lacedemonia anterior a los dorios. Abusando de la hospitalidad de Menelao, y en ausencia, Paris rapta a Helena y se la lleva con todas sus riquezas a Troya. Agamemnon, especie de emperador aqueo, y el rey Menelao su hermano, tras intentar la restitución por la vía diplomática, deciden atacar a Troya y convocan a los numerosos príncipes de su raza. Entre ellos, acuden los antiguos pretendientes de la raptada, como el espléndido monarca cretense Idomeneo, pues se habían jurado defender el hogar de Helena.]

[b) Las flotas se reúnen en Áulide, pero no pueden zarpar porque la diosa Ártemis envía vientos contrarios u ocasiona calmas que hacen imposible tender la vela. Ártemis, en efecto, está ofendida con Agamemnon: éste ha dado muerte a una corza de su coto sagrado, o bien olvidó cumplir la anterior promesa de entregarle a la mejor criatura del año, que resultó ser Ifigenia, primogénita de Agamemnon. El augur Calcas, interpretando la terrible voluntad de la diosa, exige el sacrificio de la princesa. La diosa, como en el caso de Abraham, se satisface con la intención y, en el último instante, sustituye a la víctima por una cierva. A Ifigenia misma, la transporta milagrosamente hasta Táuride (Crimea), donde la consagra a sus sacerdocio. Homero desconoce esta fábula. De las tres hijas de Agamemnon mencionadas en la Rapsodia IX Crisótemis, Laódice e Ifianasa, ninguna se llama Ifigenia, y no ha sido posible identificar con ésta a la Ifianasa allí nombrada. Entretanto, aplacada ya Ártemis, cambian los vientos, los aqueos se hacen a la mar y empieza el asalto de Troya.]

c) Comienza la *Iliada* cuando la guerra lleva ya cerca de diez años. Se ha declarado una peste entre los sitiadores: Apolo está indignado porque Agamemnon se ha apoderado de la hija de su sacerdote Crises. Para ahuyentar la peste, siempre bajo el consejo de Calcas, Agamemnon, a regañadientes, devuelve a la muchacha y, para desquitarse, desposee a Aquiles de Briseida, su esposa de guerra. Aquiles, agraviado, abandona la lucha y se refugia en sus tiendas. A ruego suyo, su madre, la Nereida Tetis, obtiene que Zeus conceda algunos éxitos a los troyanos hasta tanto que Aquiles no sea compensado y desagraviado.

d) Patroclo, el segundo de Aquiles, que también se retiró del combate, y a quien alarman las continuadas victorias troyanas, obtiene de su amigo y jefe que le permita llevar algunos esfuerzos a los aqueos. Patroclo muere a manos de Héctor, jefe de las defensas troyanas.

e) Para vengar a Patroclo, Aquiles, que antes se ha negado a hacer las paces con Agamemnón, se reconcilia entonces y empuña las armas. Enfrenta a Héctor, le da muerte, y éste es el primer paso directo hacia la futura caída de Troya. Los desviados caminos de Zeus toman por fin la vía derecha. Termina la *Iliada*.

[f] Pero antes de que caiga Troya, todavía se han de cumplir varias condiciones: primero, que, ya muerto Aquiles por un flechazo de Paris, acuda a la guerra su hijo Neoptólemo, quien, por muy joven, se había quedado junto a su madre en la isla de Esciro; segundo, que los aqueos recojan a uno de sus caudillos, Filoctetes, heredero del infalible arco de Heracles, inicuaamente abandonado en la isla de Lemnos a causa de la hedionda llaga que le produjo la mordedura de un reptil; tercero, que Odiseo y Diomedes sustraigan de Troya el Paldión, una imagen de Atenea que es salvaguarda de la ciudad; y cuarto, que los aqueos logren introducir en el recinto enemigo el célebre Caballo de Troya con el vientre lleno de guerreros.]

14. El ultraje sufrido por Crises es el robo de su hija Criseida. Los aqueos han hecho correrías por los alrededores de Troya. En Lirneso, Aquiles cautivó a Briseida, y en Lesbos y otra veintena de plazas, tras de saquearlas por el interior y por la costa, a otro puñado de mujeres.

39. Otra Crisa, en fócide (II, 518).

41. Los sagrarios que Crises ha ofrecido a Apolo son templetes provisionales de ramas y troncos para los sacrificios.

52. Armas y armaduras eran de bronce. El hierro es tan desusado aún que, en los funerales de Patroclo, Aquiles ofrecerá un lingote como valioso premio al vencedor en uno de los concursos atléticos, advirtiendo que ese lingote proveerá durante cinco años para los útiles de labranza. Por excepción, Pándaro usa flechas con púa de hierro, y se menciona la clava férrea con que solía combatir Areítoo el Macero, un héroe de antaño. El hierro, como armamento general sólo aparecerá más tarde y será la fuerza de los futuros invasores dorios. Es, pues, impropio traducir "el bronce" por "el hierro", y peor aún, por "el acero", como la hacen algunos; e imperdonable (callemos al pecador, benemérito por muchos conceptos), decir que "el acero" le rompió la nuca a un combatiente y le cortó la lengua, y que éste cayó en el polvo mordiendo "el hierro frío", suerte de grotesca transubstanciación.

54. La cremación que usan los guerreros no tiene la trascendencia étnico-religiosa que se ha pretendido, ni fue interrupción definitiva de la inhumación tradicional. Es un recurso de guerra, una práctica de emergencia, aun de "purificación" o "higiene", una precaución también contra las profanaciones del enemigo en tierra de nadie u ocupada por invasores. En I, 4, en II, 397-8 y en otros lugares, se habla, además, de la triste contingencia a que están expuestos los cadáveres abandonados. De aquí la tregua pactada en VII, escena 4.

65. Aunque mensajes de Zeus, los sueños pueden ser engañosos (II, 7 y 86). Grecia conoció dos clases de intérpretes de los sueños: los *onirocrites*, que descifran el sueño ajeno tales, más tarde, los sacerdotes de Asclepio, “psicoanalistas” religiosos de la antigüedad, y los *oniropolos*, que interrogan a los dioses mediante la observación de sus propios sueños. A éstos se refiere el poema.

67 y 314. Hecatombe.: literalmente, sacrificio de cien bueyes; por extensión, también de cabras y de corderos (IV, 99).

71. Calcas se da por aludido, en cuanto Aquiles solicita la intervención de un adivino, aunque no lo nombra.

74 y 87-8. La adivinación es facultad que concede Apolo.

108 y ss. Se ha creído ver en este reproche de Agamemnon una alusión a la historia de Ifigenia sacrificada, donde fue también Calcas quien interpretó la voluntad divina. El punto es muy dudoso. Ver B, I, 6, b.

125 y ss., 164 y 364. El botín era repartido por la tropa, que primero daba su galardón a los jefes, y luego tal vez sorteaba el resto entre los demás; aunque Aquiles, en su furor, acusa a Agamemnon de adjudicarse para sí la mejor parte (II, 222-3, y IX, 331-3).

178. [Camino de Troya, en Tendeos, ya Aquiles y Agamemnon tuvieron una primera disputa.]

181. Mirmidones: súbditos de Peleo y de su hijo Aquiles. [Éaco, abuelo de Aquiles, hijo de Zeus y Egina, hombre piadoso, vio despoblada por la peste su isla de Egina. Para repoblarla, Zeus transformó en seres humanos a las hormigas, de cuyo nombre griego procede el término “mirmidones”.]

199. Atenea se deja ver por Aquiles en su verdadera presencia, singular concesión a su héroe predilecto. Ver B, VII, 61.

203. “Voz alada” y “palabras aladas”, a lo largo del poema: las palabras vuelan del que las pronuncia al que las escucha.

204. “Vuelves”, textual. ¿Bajar a la tierra es “volver”? ¿O se supone que Atenea ha andado ya, antes de la *Iliada*, entre los ejércitos aqueos?

215-6. Se refiere a la Embajada de Agamemnon, que llevará a Aquiles las ofertas de reconciliación y desagravio (IX).

233-4. “Come-pueblos”, literal, prosaico al pronto, corresponde al tono irónico con que Aquiles se consuela de no poder llevar a cabo su venganza, por obediencia a las indicaciones divinas. Viene a declararse cobarde como los demás. Lo que Tersites aprovechará con propósito de zaherirlo (II, 238-9).

236 y ss. El cetro corresponde al orador en turno. De aquí que Odiseo empuñe el cetro de Agamemnon para hablar a las tropas (II, 103 y ss., y 182).

263. Otro Driante, padre de Licurgo, el arcadio que persiguió a las nodrizas de Dióniso, en VI, 129.

267-8. Guerra de exterminio en que varios pueblos se aliaron contra los Centauros. [La riña de los Centauros contra los vecinos lapitas, en Tesalia, donde aquéllos, en el banquete de bodas del rey Pirítoo, pretendieron apoderarse de su novia Hipodamia es, según algunos, una transformación posterior de la leyenda.](II, 733-5)

313. El "estéril suelo" del mar. Otros entienden: "infinito" o "nunca arado". El mar, basurero sagrado de los antiguos ritos, recibe siempre las escorias.

319. Otro Euríbatés, heraldo de Odiseo: II, 181. El nombre del heraldo Taltibio se conserva en la tradición. La Esparta histórica conoció una familia de heraldos que pretendía descender de este personaje homérico y le consagraba un culto especial (Hérodoto, VII, 134).

348, y 355 y ss. La Nereida Tetis, madre de Aquiles, habita ahora el palacio submarino de su padre Nereo, entre las islas de Samotracia e Imbros (VI, 136 y XXIV).

349, 415 y ss., y 500. SE reitera el motivo de la vida efímera de Aquiles. Está mandado que muera en breve, si persiste en combatir contra los troyanos. Así se lo ha augurado su madre, y luego se lo recordará su caballo Janto, dotado por un instante de voz humana (IX, 414-9, y XIX). Como hijo de diosa, Aquiles estuvo a punto de ser inmortal. Y él, según su código de caballero aqueo, defiende rabiosamente su honor, la parte de inmortalidad que le queda. A su vez, Tetis no se

consuela de haber engendrado una criatura mortal. Apréciase, en Homero, la dignificación, del mito, convertido ya a la ternura maternal. [Pues este mito, tal como lo recoge la literatura posterior, está lleno de ferocidad. Los destinos habían ordenado que, si "cierta diosa" llegaba a unirse con un dios, concebiría una deidad más poderosa que todas las existentes. Sólo Prometeo y su madre Temis sabían que esta "cierta diosa" era Tetis. Tras muchos siglos de silencio, alguno de los dos consintió en revelar el secreto. Zeus, que había solicitado el amor de Tetis lo mismo que Posidón su hermano, se apresuró entonces a casarla con un mortal, el rey Peleo, cuyas nupcias asumen así una trascendencia de resguardo o garantía para el orden universal. Pero Tetis, que no quería prole humana, arrojaba a sus hijos al fuego conforme iban naciendo, y así desaparecieron de la existencia los que pudiéramos llamar esbozos de Aquiles. Tetis acabó por dejar la casa de Peleo y volver al lado de Nereo, su padre. Peleo logró salvar al último de sus hijos, que fue Aquiles.]

362. "Lo sabes". Tetis, como diosa, lo sabe todo. Compárese II, 482-4. Esquilo hace decir a Prometeo: "¿Cuando acabarán mis penas? Mas ¿qué digo? Cuanto ha de suceder bien lo sé de antemano." La omnisciencia de los dioses se extiende al pasado y al porvenir, en principio al menos, puesto que la mitología recuerda casos de engaños a los dioses.

363. Esta Tebas, ciudad de Cilicia, no ha de situarse en la Cilicia histórica, muy lejana de Troya, sino al pie del Placo (Hipoplacia), litoral de la Propóntide (Mar de Mármara), donde Aquiles dio muerte a Eetión, padre de Andrómaca, y a los siete hermanos de ésta (VI, 410 y ss., 429 y 437 y ss.). Hay en el poema, otras dos

Tebas: 1) Tebas de las Siete Puertas, en Grecia, centro de la fábula de Edipo y de la saga tebana anterior a la *Iliada*, la ciudad en vano atacada primeramente por los Sietes Jefes, y vencida a la siguiente generación por los hijos de éstos, los Epígonos (IV, 377 y ss., 404 y ss., etc.). 2) Tebas de las Cien Puertas, en Egipto (IX, 387: ver la nota respectiva).

394 y ss. La sublevación de los “dioses principales” contra Zeus puede entenderse como una de las primeras vicisitudes del régimen olímpico, recién establecido contra el anterior gobierno de Cronos y los Titanes, y todavía algo inseguro. A lo largo de la *Iliada*, si no hay sublevaciones, hay desobediencias divinas. La Odisea deja sentir un imperio más estable de Zeus.

399. Como este nombre de Briareo-Egeón hay otros nombres dobles. Al río de Tróade, los hombres lo llaman Escamandro, y los dioses, Janto. Al montículo cercano a Troya, los dioses lo llaman Batiea, y los hombres, Tumba de Mirina. Se ha dicho que, en estos casos, los nombres “humanos” son prehelénicos e indescifrables, y los “divinos” son ya helénicos y traducibles. Así, “Briareo” deriva de Briarós, “el fuerte”; “Janto” es “el amarillo”; “Batiea” es “colina de zarzas”. Ver, sobre este último punto: B, II, 806-7.

424. Los dioses aceptaban banquetear con “los probos etíopes”. En la *Odisea*, V, Posidón volvía de un festín semejante cuando, de lo alto de los montes Solimos, litoral panfilio y límite de la expansión griega en Homer (B, II, 648 y ss.), descubrió que, durante su ausencia, Odiseo iba ya escapando a sus iras, a bordo de su balsa y camino de la isla de los feacios. Lanzó sobre él una tempestad y volvió tranquilamente a su alcázar submarino de Egea. La leyenda de los “probos

etíopes”, muy comentada, ha querido referirse recientemente a los días de grandeza etiópica 750 a 666 a. c., cuyos ecos pudieron llegar a los pueblos mediterráneos, lo que daría una fecha aproximada para este pasaje del poema: mera conjetura. (E. Mireaux, *Les Poèmes Homériques*, París, 1948, I, p. 80.)

430 y ss., y 489. La restitución de Criseida a su padre y el regreso de los enviados ocupan un intervalo de doce días, lo que dura la ausencia de Zeus entre los etíopes anunciada por Tetis (I, 425).

434 y 480-1. Los navíos, en el campamento aqueo, son sencillamente arrastrados hasta la orilla (II, 151). Aquí como el puerto es hondo, hay que amarrarlos al proís (I, 431). “Echar anclas”, como alguien traduce, es anacronismo. A lo más, ayuda de la amarra, solían echarse piedras de fondo.

445 y ss. y 454 y ss. Antes del sacrificio, los oficiantes se lavan para purificarse, sin lo cual no sería propio comparecer ante el dios (VI, 272-5). Después, se distribuye la mola, hecha de harina y sal, que todos esparcen sobre la víctima. Sólo se ofrecen al dios los perniles, envueltos en grasa y quemados. El resto corresponde a los oficiantes, quienes primeramente prueban las entrañas tostadas, y reservan la carne para el banquete sagrado que viene a continuación. El banquete comienza con la libación: un trago, unas gotas de vino puro, aquel extracto que no se bebía sin mezclarlo con agua en las cráteras (I, 467; II, 415 y 426 y ss.). [En los tiempos clásicos, siempre se invoca primero a Hestia, y también se ofrece una primicia al Buen Demonio o *Agathós Daimoon*, geniecillo casero, borrachín amable figurado por la serpiente. El que los dioses conformaran con una ofrenda tan pobre se

explica por una fábula ingeniosa: Cuando en Mecone (Sición), tras la victoria sobre los Titanes, los dioses disputaron con los humanos los honores que debían rendírseles, Prometeo, nombrado mediador, mató dos reses, hizo una masa repulsiva con la carne y los bocados mejores y, envolviendo en uno de los cueros los desperdicios, les dio un aspecto atrayente, y propuso a Zeus que él mismo escogiera. Zeus, engañado, optó por la peor parte, pero no halló digno de su grandeza el rectificarse y desdecirse, y el rito quedó así instituido.]

470. El peán es himno sagrado, originariamente apolíneo. Pronto sirvió a otros usos: *a)* Uso guerrero (XX). *[b)* Uso “simpótico”, cuando los huéspedes lo cantan después de las libaciones y antes del banquete.

c) Uso ceremonial de las grandes ocasiones, celebraciones de paz, etc. *d)* En la última época o edad helenística, por la tendencia a deificar a los poderosos, se lo canta para festejar a los capitanes vencedores.]

474. La Aurora (Eos) tiene “dedos rosados”, y no “rosadas manos”, como consta en una edición universitaria, estropeando el texto de Segalá y Estalella, que reproduce sin nombrarlo (B, II, 57 y ss.).

495-6. Actitud ritual del suplicante.

508, y 523 y ss. Asentir con la cabeza es la suprema declaración de la voluntad de Zeus, ante la cual tiembla el Olimpo. [Se dice que estos versos de Homero inspiraron a Fidias la estatua del Zeus para el templo de Olimpia, imagen que, según Quintiliano, “trajo algo nuevo a la religión”.] Ver también II, 114 y IX, 17.

528 y 552. Este “amargo centro” calderoniano (“el centro frío”, dice ‘Segismundo’) corresponde, lo mismo que “la Hondura”, “el Abismo”, etc., a las perífrasis griega para el mar, que carece de nombre propio en la lengua helénica. A veces es “el camino húmedo”, “el puente” (“ponto”), etc. *Thalassa*, inolvidable grito de los mercenarios de Jenofonte, es palabra prehelénica. *Thalassa*: mar en general; *pontos*, mar determinado, como el Ponto Euxino o Mar Negro.

533 y 553. Viejo del Mar, de la Hondura es, por antonomasia, Nereo.

535 y ss. Los mortales conocen la dignidad heroica. La inmortalidad y vida gozosa de los dioses quita, a veces, respetabilidad a sus mitos de carácter folklórico y no canónico. El tono de este pasaje anuncia la futura comedia. Otro ejemplo característico: los amores de Ares y Afrodita, sorprendidos por Hefesto, esposo engañado, *Odisea*, VIII, 255-6. Aquí pudo haber buscado Aristóteles los antecedentes homéricos del drama cómico, humanizado luego en el dudoso *Margites*. Homero emplea las escenas entre los dioses como pausas o entre actos de ópera bufa, o bien para articular la acción del poema y anunciar su sesgo futuro, sin necesidad de hablar por su cuenta, fiel siempre a la objetividad del género épico.

588 y ss., y 605. Este acto de Zeus no es la causa de la tradicional y doble cojera de Hefesto, aunque será más tarde una de las explicaciones buscadas para el caso. En Homero, *Himnos*, III, Hefesto nace ya con los pies deformes, y su madre Hera, horrorizada, lo arroja al mar, donde es recogido por Tetis (así como recoge al espantado niño Dióniso en VI, 136) “El Cojo Hefesto” es la interpretación general. otros leen: “de fornidos

brazos", "de anchas espaldas", etc., caracteres todos propios del lisiadode ambos pies o piernas, que escoge el oficio de herrero en que se anda poco y se desarrollan especialmente bíceps y busto. Así lo entendió Velásquez en "Las fraguas de Vulcano".

590. Hefesto contaba con culto especial en la isla volcánica de Lemnos, como corresponde a un dios del fuego, dueño de las fraguas subterráneas. La lava del Mósiclo ya extinto en tiempos históricos dio singular fertilidad a la isla, una de las bases de aprovisionamiento del ejército aqueo (VII, 472 y IX, 66: "la Tracia"). Allí quedó abandonado Filoctetes, herido por la hidra ponzoñosa (II, 715 y ss.). Se la considera remotamente poblada por una mezcla de minienses, pelasgotirrenios (protoetruscos) y sinties de Tracia, "los sinties de habla salvaje" (*Odisea*, VIII, 294).

II

1. Se confunde el carrero con el guerrero, por la utilidad del carro en la guerra, sobre todo para los traslados. Pues generalmente se combate pie a tierra, y excepcionalmente se lanza el dardo desde arriba del carro (IV, 306 y ss.). Es poco frecuente, sobre todo, que los príncipes y caudillos acudan al combate sin carro, como lo hizo Pándaro desoyendo los consejos paternos (V, 203 y ss.).

7 y 86. Este sueño falaz inspirará desconfianza a Néstor, aunque es el primero que aconseja obedecer el deseo de Agamemnón. Ver B, I, 65. Los sueños verídicos entran por las puertas de cuerno; los falsos, por las de marfil: *Odisea*, XIX, 560 y ss.

16, 34 y 73. Artero como su padre, Zeus involucra a Hera en su embuste. Más adelante, descargará sobre Hera y Atenea la resolución de continuar la campaña, haciendo que los del bando troyano, por obra de Pándaro, violen los pactos (IV, 17 y ss., y 37 y ss.).

57 y ss. Una vieja edición universitaria estropea nuevamente, al reproducirlo, el texto de Segalá y Estalella, confundiendo el consejo previo de los capitanes (al que llama "ágora"), con la verdadera ágora o reunión de la tropa que viene después (B, I, 474).

79 y ss. Peregrina ocurrencia de Agamemnón, que estuvo a pique de costarle la desertión de las tropas, si no intervienen a tiempo Hera y Atenea, usando de la elocuencia de Odiseo para detener a la gente (II, 153 y ss., y 283 y ss.).

97. El Rumor es personificación poética, no mítica: caso del Valor, la Persecución y las Súplicas. Ver V, 749-52; IX, 513 y ss., y 523 y ss.

105. "Caballista", "ecuestre", "jinete" y "domador de potros", a lo largo del poema, se refieren simplemente al arte del carrero y a la educación del caballo. Ver B, II, 1. No hay caballería militar como hoy la entendemos. El verdadero arte de la equitación sólo aparece en la "Dolonía" (X), donde Odiseo y Diomedes montan los caballos que acaban de robar a Reso [*in fine*]: medio, por lo demás, el más práctico para transportarlos durante la noche; y hay también un símil del jinete que salta de un caballo a otro en plena carrera (XV). Tal vez la verdadera equitación sólo se difunde entre los griegos en el siglo VII a. c., con la

apraición en el Asia Menor de las hordas montadas de los escitas y climerios.

143 y ss. Euro: viento maléfico del Este o del Sudeste. Noto: viento del Sur que trae tempestades. Céfiro: viento occidental que sopla en los campos, tiene, como el Bóreas, personalidad mítica, y alcanzó culto en los tiempos históricos. Ver 3. [El Mar Icario es llamado así por Ícaro, hijo de Dédalo, el constructor del Laberinto de Creta. Por treta del rey Minos, *ambos* quedaron encerrados en el Laberinto. Escaparon pegándose con cera unas alas de pluma. Dédalo llegó volando a Silicia. Ícaro se acercó demasiado al Sol, se fundió la cera, se le desprendieron las alas, y él se precipitó en el mar de su nombre.]

209 y ss.; 214 y ss.; 262; 268-9; 270 y ss., y 456-7. Espíritu de la deturpación semejante a Momo aquel mito que no llegó a dios y del que hablan Hesíodo, Calímaco y Luciano, Tersites tenía que ser el más feo. Los mitólogos buscan antecedentes legendarios a la enemistad entre Tersites y Aquiles, fundándose en ciertos ritos lacedemonios de la primavera que presentan a Tersites como un antiguo genio local derrotado por el divinizado Aquiles, de lo cual el episodio homérico sería una lejana transformación poética. (G. Murray, *The Rise of Greek Epic*, Oxford, 1911, págs. 225-7.) Los historiadores ven en Tersites un documento sobre el paso de las viejas monarquías a las democracias urbanas: cuando los reyes aldeanos empiezan a vivir en ciudades (efecto del "sinecismo" o aglomeración de antiguos caseríos dispersos), están más a la vista de las murmuraciones de la opinión. Otros consideran al Tersites de Homero como un vago eco del *fármakos*, suerte de chivo expiatorio que paga por todos. Como fuere, Odiseo al castigarlo, logra una

desviación en el ánimo de las tropas, que antes sólo pensaban ya en embarcar, y ahora, distraídas con el episodio, recobran la confianza en el jefe. [En la leyenda sobre el Jabalí de Calidonia, según consta en Férecides y en Euforión, Meleagro despeña a Tersites, indignado por su cobardía, aunque no lo mata. En la *Etiópida* de Arctino uno de los Poemas Cíclicos que completan a Homero y recogen otros aspectos de la saga troyana, Aquiles se conmueve ante la belleza de la Amazona Penthesilea, a quien acaba de dar muerte en combate. Tersites se burla de su emoción y Aquiles lo mata de un puñetazo.]

231. Ver VII, 105.

239. Ver el final de la nota B, I, 233-234, Tersites devuelve a Aquiles sus palabras: el cobarde no es el pueblo de aqueos, sino Aquiles.

256. Telémaco, hijo de Odiseo y de su esposa Penélope, se ha quedado en Ítaca, por ser muy niño, y no combate en la *Iliada*. En la *Odisea*, sus aventuras en busca de su padre, que tarda tanto en volver de Troya, alternan con las de éste en su viaje de regreso. Cuando Odiseo quiere dar pleno valor a sus palabras, suele invocar el nombre de su hijo. Así también en IV, 531.

341, 347 Y 439. Aunque Néstor suele quejarse de que se pierde el tiempo en palabras, es gárrulo él mismo, como anciano, según se aprecia en varios lugares.

360. Algunos leen: "y vengue los trabajos que pasa por Helena". En lo que encontramos un eco de la vieja controversia sobre si Helena fue raptada de grado o por

fuerza. En la *Iliada*, más parece arrepentida que no forzada (III, 147 y ss., 177 y ss., 241 y ss., 400 y ss., 431 y ss.; VI, 354 y ss.). La *Odisea* es explícita respecto a su huida voluntaria. [La tradición contaba que Estesícoro lírico de Himera, fines del siglo VII a.c. había perdido la vista como castigo por censurar la conducta de Helena en una de sus obras, y sólo sanó cuando hubo escrito la Palinodia, en que recoge de algún lado o inventa la especie de que Helena nunca llegó a Troya en compañía de Paris, sino solamente su doble, un fantasma. Según esto, Helena fue llevada por Hermes al lado del rey Proteo, en Egipto, a espera de que su marido le recobrara, versión que Eurípides recoge en su *Helená* y en su *Electra*.]

361 y ss. Agamemnon hará suya esta amenaza contra los "derrotistas" (II, 396 y ss.).

382 y 451. Égida: escudo mágico de Zeus, obra de Hefesto, impenetrable al mismo rayo, arma defensiva y ofensiva, que aniquila a aquellos sobre quienes se la sacude. La usa Zeus, la deja en manos de Atenea [excepcionalmente, en manos de Apolo]. Ver IV, 165; V, 749 y ss., donde se la describe, etc.

462. Sobre Asio, ver A, 4, c.

494-750. Son 1,186 barcos aqueos; y las fuerzas se estiman en 100,000 a 120,000 hombres. Los aqueos partieron de Áulide (Beocia). Allí comienza esta enumeración, que por eso suele llamarse "la Beocía", que gira en torno a Beocia con las manecillas del reloj, sigue un orden concéntrico y creciente, y da la población de la Grecia prehistórica. Su estilo, carácter enumerativo y aun leves contradicciones con el resto

del poema han hecho que se lo atribuya a otra mano, acaso la de Hesíodo. Pero es evidente que el fragmento fue compuesto para la *Iliada*. El conjunto de la enumeración es el siguiente: a) Tierra firme de la Grecia Central, sur de las Termópilas e islas adyacentes; b) el Peloponeso; c) el litoral del Mar Jónico; d) Islas del Egeo Meridional, desde Creta a Cos, y a las Calidnas; e) Grecia Septentrional, de las Termópilas al monte Olimpo.

496-508. Cinco caudillos al mando de veintinueve poblaciones beocias, de las cuales Micaleso, Ocalea, Haliarto y Onquesto tienen relación con el mito de Apolo y sus buscas previas para establecer su oráculo, que al fin fundó en Pito; después llamada Delfos (*Himnos*, III). Onquesto, además, tiene relación con la historia de las vacas de Apolo sustraídas por Hermes niño (*Himnos*, IV).

505. Se discute si la Arne beocia es la misma Arna, tierra de Areítoo el Macero. Ver B, VII, 9 y 153.

509. La ya irremediable anarquía en las transcripciones permite llamar Orcómene a la población mínense (y después beocia), citada aquí y en IX, 387, y llamar Orcomene a la población arcadia de II, 598.

515. Epístrofo: Hay otros dos homónimos, 1) el príncipe de Lirneso, muerto por Aquiles (II, 686), y 2) el caudillo de los halizones, bando troyano (II, 848). Ífito: otro homónimo, padre de Arqueptólemo el guerrero troyano (VIII, 128).

517. Pito, después Delfos: refugio de la serpiente Pitón, muerta por Apolo (IX, 409). Ver D.

519. *Cefiso*, río de Fócide y de Beocia que desemboca en el lago Cefisis. (después, Copáis: B, V, 721).

520. Lilea, fuente del Cefiso, u otro de los lugares que visitó Apolo cuando buscaba un lugar para su oráculo (B, 496-508).

524. Sobre Augías: A, 4, c.

532 y ss. La tribu guerrera de los abantes dominó un día la Eubea. Aristóteles la creía originaria de Tracia. Otros la arrancan de la Argólida y suponen que procede de Linceo y de la Danaide Hipermnestra, lo cual la emparentaría con los dánaos de Argos. Según Heródoto, había abantes por Jonia (Asia Menor). Homonimia: hay un Abante en el bando teucro (V, 148). Ver A, 5, c, y "Dánao", en F.

533. Además de esta Calcis eubea: 1) Calcis en Etolia (II, 636); 2) Calcis en Élide (*Himnos*, III); y 3) río de igual nombre en Trifili (*Odisea*, XV, 4).

538 y ss. Tocado salvaje, el cráneo rasurado, y un mechón en el occipucio que cae sobre la nuca. Según Plutarco, lo usó Teseo en su juventud, a lo que debe su nombre.

541-2. Por descender del terrígena Erecteo, los atenienses se consideraban autóctonos. Ver "Erecteo", en F.

547 y ss. La declaración de Homero sobre la superioridad táctica de Menesteo fue alegada por los atenienses contra los siracusanos, cuando, en la segunda guerra persa, éstos pidieron el mando supremo para su tirano Gelón (Heródoto, VII, 161).

552-3. Este dístico se ha considerado sospechoso e interpolado por Solón o bajo su influencia para justificar las pretensiones de Atenas en contra de Megara, sobre la cercana isla de Salamina. En otros sitios, Áyax ocupa lugar distinto, en efecto. En VIII, 221 y ss., a los opuestos extremos del campamento se encuentran, respectivamente, Áyax y Aquiles.

554-7. Con referencia a A, 5, b: 1) ss. Argos de Diomedes, la ciudad que, con Micenas y Esparta, merecía la preferencia de Hera: IV, 52, y VI, 228. 2) Argos de Agamemnon: I, 31; II, 109, 286 y 563 y ss.; III, 82 y 259; IV, 169; VI, 149. 3) El Peloponeso en general: IX, 139 y 285. 4) Grecia entera: IX, 248, y el uso del término "argivos" en todo el poema. 5) Argos Pelásgica, de Peleo y Aquiles: II, 675.

561. 1) Aquí, Mecisteo, rey argivo, hijo de Talao y padre de Eurialo. 2) Aqueo de igual nombre, hijo de Equio, en VIII, 325.

563 y ss. Corinto, en el golfo de su nombre, es la antigua Éfira, como la llaman siempre los personajes de la *Iliada* (ej.: VI, 149). Parece recién anexada al reino de Agamemnon. Sobre otras dos poblaciones llamadas Éfira: II, 653 y ss. Sición, también recién anexada probablemente a los dominios de Agamemnon, puede ser la Mecone hesiódica, donde la burla de Prometeo a Zeus cuando la institución de los

sacrificios: B, I, 445 y ss. Otra Egíalo, en Paflagonia, II, 847. Sobre Adrasto: B, IV, 373 y F.

577. 1) Aquí, Helos lacedemonia. 2) Helos de Pilos, reino de Néstor, en II, 587.

584 y ss. 1) Además de esta Pilos, en Élida, reino legendario de Neleo heredado por su hijo Néstor [2] otra Pilos, costa occidental de Mesenia, sur del Peloponeso, frente a la isla de Esfacteria, donde los atenienses vencerán a los espartanos (425 a. c.), y donde la batalla de Navarino (1827)]. El río Alfeo, en Trío (Élide), tiene personalidad mítica: es padre de Orfiloco, abuelo de Diocles, bisabuelo de los aqueos Cretón y Orsíloco (V, 553-8). Hay otra Pteleo en Tesalia, en II, 691.

588 y ss. Unos entienden que las Musas simplemente hirieron a Támaris, o lo dejaron "lisiado". La especificación de que le arrancaron los ojos cuadra mejor con la tradición de los antiguos "cantores ciegos": Demódoco, en la *Odisea*, VIII; el poeta ciego de Quíos, en el *Himno a Apolo*, que se ha supuesto sea el propio Homero.

589. Otro Eurito, hijo de Actor y padre de Talpio el epeo (bando aqueo), en II, 614.

614. Otro Anfimaco, cario (bando troyano), en II, 864.

619 y ss. Con Duliquio y las Esquinas, Mar Jónico, frente a Élida, nos acercamos a los dominios insulares de Odiseo, objeto de incertidumbre y controversia. (Th. W. Allen, *The Homeric Catalogue of Ships*,

Oxford, 1921, págs. 82 y ss.; y V. Bérard, *Les Navigations d'Ulysse. I: Ithaque et la Grèce des Achéens*, París, 1927, páginas 209 y ss.).

626 y ss. La Cefalania de Odiseo es un conjunto de islas en el Mar Jónico, y no sólo la Cefalonia moderna. Sus tropas son "los cefalénios" (IV, 330). Ítaca, la capital de Odiseo, ¿es la moderna Thiaki, es Léucade, etc.? El Nérito era un monte de Ítaca. Samos ¿es la misma Same de la *Odisea*, II? Hay otra Samos en el Egeo, costa de Jonia.

636 y ss. Sobre Eneo, Meleagro y el Jabalí Calidonio: IX, 543 y ss.

642 y ss. Además de esta Festo, ciudad cretense, un Festo, guerrero lidio de Tarne, hijo de Boro (bando troyano), muerto por Idomeneo en V, 48. Otra Mileto, en Caria (II, 861).

648 y ss. La división de los rodios en tres tribus parece indicar su origen dorio. En tiempos homéricos, la línea que va de Rodas a Panfilia marca el límite de la expansión helénica sobre el mundo oriental. Ver B, I, 424. La Éfira arrasada por Hércules, donde éste hubo a Tlepólemo de la princesa Astioquía, no es la Éfira que después se llamó Corinto (B, II, 563 y ss.). Según Aristarco, tampoco fue esta Éfira junto al Seleente (o Enoa, cercana a Pilos, ciudad elidense), sino aquella Feira de Tesprocia (noroeste de Grecia), de que habla la *Odisea*, I y II. Para mayor confusión, además de este río de Élida, hay otro Seleente que corre por Arisbe (Tróade), en II, 829. Astioquía es llamada Astigenea por el logógrafo Ferécides, y Astidamia por Píndaro. En cuanto a la muerte de Licimnio, es un

accidente involuntario según Apolodoro: se le fue la mano a Tlepólemo, tema socorrido en las leyendas heroicas y en algunos mitos divinos (Apolo y Jacinto, por ejemplo). Píndaro, en cambio, la tiene por un asesinato en forma. Respecto a las riquezas de Rodas y la lluvia de oro que le otorgó Zeus: Píndaro, *Olímpicas*, VII, 48-51.

665-6, y 761. Se aprovechan todas las comparaciones para enaltecer a Aquiles: Nireo es el más hermoso, después de él; Áyax Telamonio, el más bravo, en ausencia de Aquiles.

671. Otro Eurípilo más ilustre, hijo de Evemón, caudillo aqueo que mata a Melantio y a Hipsenor, y se ofrece para luchar sólo con Héctor (II, 729; V, 80; VI, 38; VII, 178).

673. Otro Ántifo, meonio, en II, 856; y otro, hijo de Príamo, que mata a Leucro y es muerto por Agamemnón (IV, 495 y ss., y XI).

675 y ss. Sobre Argos Pelásgica: B, II, 554-7. Hélade, ciudad tékala, o toda la región de los mirmidones. También se nombra otra Hélade fuera de las fronteras de Peleo, en IX, 450. Sobre "helenos" o "aqueos", ver A, 5. Sobre Lirneso y los muros de Tebas: B, I, 363. Lirneso y esta Tebas se encontraban por el golfo de Adamitio.

696 y ss. *Protesilao murió sin hijos. Ver G*

705 y ss. Otra Feras, en Mesenia, residencia de Diocles, el nieto del río Alfeo: B, II, 584 y ss; V, 533, y

IX, 150. Yaolco, ciudad tékala cerca de Ftía donde vivió Pelias, y en cuyo golfo antes de la Guerra Troyana se armó la expedición de los Argonautas rumbo a Cólquide al mando de Jasón y en busca del Vellochino de Oro: primer grande empresa naval que juntó a los pueblos de Grecia contra el Oriente. Sobre Admeto y Alceste: F, Admeto.

712 y ss. Sobre Filoctetes, aquí apenas mencionado: B, I, 6, f.

726. La fuente Hiperea, ¿en Ormenio? (lugar ya enigmático para los antiguos), ¿o en Feras, según Estrabón? En suma, en Tesalia. Otra Hiperea: antiguo país de los feacios de la *Odisea* (VI, 4-10), antes de que ocuparan la isla de Esqueria. Ver B, VI, 479-480.

732. [Otra Hipodamia, esposa de Pélope.] Ver F.

733. Monte de Tesalia, no el patronímico de Aquiles: IX, 180 y 731.

739 y ss. Guneo y sus tierras son muy inciertos. Sobre Dodona, ¿ignoraba el poeta el famoso lugar de Epiro, donde el oráculo de Zeus? ¿O había otra Dodona en Tesalia, como aquí se declara?

745. Sobre la Éstix, ver E.

775 y ss. Sobre Tifeo y los Arimos, ver Tifeo en D.

789. Los ancianos de la *Iliada* son afectos a los recuerdos y a los largos discursos. Así aparece aquí Príamo; así, en IX, Fénix, y ya lo hemos advertido a propósito de Néstor (B, II, 341).

797-8. Los aqueos sitiadores son pueblos de igual entronque lingüístico. Los troyanos cuentan con aliados de origen y hablas distintos (IV, 436-9).

806-7. Sobre el doble nombre "Batiaa" y "Tumba de Mirina" ver B,I, 399. [Batiaa o Arisbe se llamó la esposa de Dárdano el fundador: A, 6, a. Mirina fue una reina de las Amazonas.]

809 y ss. Orden de la enumeración de troyanos y aliados: a) troyanos y dardanos; b) aliados pelasgos y tracios (sobre todo, europeos) cicones y peonios; c) asiáticos: de Paflagonia y Arisbe; de Misia y Frigia; de Meonia, Caria y Licia. Entre los tracios, aún no figura Reso, que en X [*in fine*] aparecerá recién llegado. Las fuerzas troyanas y aliadas se estiman en unos 50,000 hombres, menores en número a los sitiadores. Acampan en grupos de cincuenta en torno a cada una de las mil fogatas. Ver II, 122 y ss.; B, II, 494; VIII, 56 y 558-9.

815. Reservamos la forma "Acamante" para este caudillo dardanio, y la forma "Acamas" para el tracio, hijo de Eusoro y compañero de Píroo, cuya apariencia toma Ares para exhortar a los Priámidas y que muere a manos de Ajax Telamonio (II, 836; V, 468, y VI, 8).

817. Licaón: 1) Padre de Pándaro, rey de Zelea, en Licia. 2) Hijo de Príamo y Laótoe, medio hermano de Héctor y Paris: III, 332; XXI y XXII.

818. No se entienda literalmente: más adelante veremos cómo el mismo Pándaro fabrica su arco (IV, 102 y ss.).

819. Esepo, aquí, río de la Licia troyana. Además, nombre de un guerrero troyano, hijo de Bucolión y de la náyade Abarbárea (hermano gemelo de Pédaso), que muere a manos de Eurialo (VI, 21-9).

821 y ss. La ciudad misia de Apeso es llamado Peso en V, 620. No confundir a este Anfio con Anfio (V, 619 y ss.). No confundir a este Adrasto con el héroe de antaño que figura en la saga tebana (II, 566; B, IV, 373; V, 419 y F).

848. Odio, jefe de los halizones muerto por Agamemnon en V, 43. De igual nombre, un heraldo aqueo que acompaña la embajada de Agamemnon a Aquiles, IX, 169. Se ha querido relacionar esta incierta Álibe con los Cálivos, herreros del Asia Menor; y, tras los recientes descubrimientos sobre las hetitas, con la región de Halis, donde eran las minas de plata.

851. Ironía contra la ineficacia de los adivinos, como en V, 150 y ss.

870. Licia, cuna de Glauco y de Sarpedón (V, 487 y 650; VI, 165, 189, 212, 229, etc.). Hay otra Licia, vecina al monte Ida, capital Zelea (II, 820), patria de Pándaro (V, 106 y 176). Algunos confunden ambas poblaciones en torno a la cuenca del Janto. Sobre el Janto: A, 4, d.

III

1 y ss. Los aqueos atacan en silencio; los troyanos y sus aliados, con gran alboroto. Ver IV, 428-39.

7-8. Caso observado en África, según Aristóteles (*Hist. de los animales*, VIII, 597 y ss.). La leyenda, tardía y fragmentaria, en Eliano (*Hist. de los animales*, XV, 29 y ss.), y en Rutilio Namaciano (I, 291-2). Sobre la emigración de las grullas, Heródoto (II, 22).

17 y ss., 34 y ss., y 329 y ss. El exceso de armas de Alejandro (Paris), verdadera exhibición teatral, hace más ridícula su fuga ante Menelao. Pero este exceso de armas significa que desafía lo mismo al arco, a la espada o a la lanza. Cuando al fin se dispone a combatir con Menelao en duelo singular, se arma de modo más apropiado, y acepta y adapta a su busto la coraza que le presta su medio hermano Licaón.

25 y ss. La comparación entre el guerrero y el león es frecuente en el poema. En XI, se habla del león que arrebató a los chacales un ciervo recién herido por los cazadores. Se dice que el león no toca generalmente un cadáver abandonado. Advuértase que aquí, además de tratarse de un león enloquecido de hambre, la pieza se supone apenas abatida por los cazadores, que se acercan a cobrarla.

34. El temor que aquí demuestra Alejandro, y aun su conducta censurable, no impiden que se lo siga llamando, por su belleza y su alcurnia, "divino" y "semejante a un dios". El estilo épico es terco en el epíteto. El viejo romance castellano respeta la dignidad del rey hasta en el reproche.

Mentides, buen rey, mentides,
que non decides verdad.

Muchas veces encontraremos el epíteto o el adjetivo fijo (*otiose*), que conocen bien los filólogos: las naves son "raudas", aunque están inmóviles en la playa; el cielo, "estrellado", aun a mediodía; Pándaro el traidor sigue siendo "noble", "claro", etcétera.

55. Se llama "nuera de la ciudad" a la esposa extranjera, como Bóreas, por ser esposo de Oritía Erecteida, es "yerno de Atenas" (Heródoto, VII, 189).

63. La lapidación el linchamiento antiguo es el castigo del delincuente, cuyo contacto es vitando (Esquilo, *Agamemnon*, 1615; y Sófocles, *Áyax*, 253).

66. A Alejandro (Paris), hombre de poca conciencia, nada le cuesta responder a las reprensiones de Héctor declarándolas justas, con superficial hipocresía (VI, 343; B, VI, 542-4).

110 y ss., 246 y 277 y ss. Los aqueos sacrificarán a Zeus; pero los troyanos, al Sol y a la Tierra. Hay inversión o "quiasmo" en los versos 111-112: la cordera parda es para la Tierra, y la blanca, para el Sol.

129 y ss. Esta escena 2ª ha sido llamada *Tichoscopia*, ojeada desde las murallas. Además de esta Laódice, citada nuevamente en VI, 257, Laódice se llama también una de las hijas de Agamemnon (ver B, I, 6, b; IX, 144 y 290).

151. [Como "Etra" es la madre de Teseo, se ha querido ver aquí una alusión a la leyenda sobre el rapto de Helena niña por Teseo, que éste confió a su madre Etra mientras, en compañía de Piritoo, se dirigía a los infiernos con el ánimo de rescatar a Perséfone. Comotal leyenda es posterior a los Poemas Cíclicos,

posteriores a su vez a Homero, se ha sospechado aquí una interpolación. La fábula conoce todavía a otra Etra, y es la mujer de Atreo seducida por el hermano de éste, Tiestes.]

152 y 265. Puertas occidentales de la muralla de Troya (VI, 244 y 407; IX, 358).

155. "Lampo" se llama también un caballo de Héctor (VIII, 184).

181-182. Intercalar este verso omitido, que casualmente era el preferido por Alejandro el Grande:

Magnífico en el mando, valiente en la porfía

185-192. Mientras el anciano Néstor sólo admira el pasado, el anciano Príamo, desengañado y sin ilusiones respecto a las cosas de su tiempo, se sorprende ante las novedades.

204. Sobre esta embajada, que precedió a la guerra con el intento de evitarla: B, III, 155 y ss., etcétera.

206 y ss. Entre los ancianos y consejeros de Troya, Antenor, que había hospedado antes en su casa a Odiseo y a Menelao [y aun los había salvado entonces de una celada de Paris, según Estasino, *Cantos ciprios*], es el que revela más simpatía por los aqueos, o al menos, mayor ecuanimidad y más decidido ánimo conciliatorio. Llega a proponer que Troya devuelva a Helena con todas sus riquezas, para evitar la continuación de la guerra (VII, 357 y ss.).

248. Ideo, heraldo troyano (VII, 286, 289, 379, 388, 411, 417, etcétera). Otro Ideo, guerrero del bando troyano, hijo del rico Dares (el sacerdote de Hefesto) y hermano de Fegeo, el muerto por Diomedes (V, 9 y ss.).

270-1. No es la habitual mezcla de vino y agua, sino la mezcla de los dos vinos, el de uno y el del otro bando.

274. Estos mechones de la víctima solían darse al fuego. Aquí se distribuyen entre los jefes porque, tratándose de un sacrificio juramental, confiado a las divinidades subterráneas, la víctima no se quema ni asa, sino se entierra. Adviértase que también se invoca a los Jueces Subterráneos Minos, Éaco y Radamantis, destinatarios en principio de esta suerte de sacrificios y votos. Los despojos de las víctimas se arrojan al mar cuando el juramento es hecho por un extranjero (Agamemnon en XIX); pero se los entierra si el juramento es hecho por un nativo. De aquí que, cumplido el rito, Príamo recoja los restos de los corderos y se los lleve consigo, tal vez para sepultarlos debidamente (III, 312).

277 y 320. Zeus reside sobre todo en el Olimpo, pero tiene junto a Troya, en el Gárgaro, cumbre de Ida, algo como un trono subsidiario (VIII, 45). Allí lo invocan todos constantemente, por ser su morada más próxima. El Zeus a quien se dirige Aquiles en XVI es el Zeus Pelágico, de Dodona.

351 y ss. El delito de Paris ofende particularmente a Zeus, protector por excelencia de la hospitalidad.

380. El texto es elíptico, y explico la elipsis en la versión: Si Menelao ataca otra vez a Paris con su lanza,

fuerza es que la haya recobrado. Los guerreros pueden entrar en combate con dos lanzas, según consta en varios lugares; pero los duelistas sólo llevan una (III, 337-8, y VII, 220, etc.). Proporcionar a Menelao una nueva lanza hubiera sido una violación.

393. En la mejor época de la lengua, se dijo “tornar, tornido”, por “torrear, torneado”. Así en el *Tesoro* de Covarrubias (1611). Y en el pliego suelto del siglo XVI, *Romancero del Cid*:

También le gané al rey / el su escaño *tornido*.

El fácil arcaísmo, todavía comprensible, se recomienda por su elegancia y tradición, así como por razones métricas. Quien lo prefiera, diga “torneado”, empleando una contracción que es también legítima. (Ver III, 453.)

426. Zenodoto halla mal que toda una diosa acerque la silla a Helena. Un escoliasta le contesta que también la diosa Atenea precede a Odiseo como una lámpara encendida por las habitaciones del palacio de Ítaca, como una simple sirvienta (*Odisea*, comienzos de XIX).

436. El “zaino Menelao” se propone como transacción entre los que lo dicen rubio y los que lo dicen castaño o pelinegro (IV, 183).

447. Cránae: “la Rocosa”. Para unos, Citere o Citeres, isla meridional de Lacedemonia, célebre por su santuario y culto de Afrodita; para otros, Gitión, otra isla cercana; para otros finalmente, alguna isla sobre el litoral del Ática.

IV

17 y ss. y 70. Zeus finge ignorar que Hera y Atenea no desean la paz, sino la caída definitiva de Troya. Ver B, II, etc.; II, 155 y ss., y VIII, 452 y ss.

225. Eurimedonte: 1) hijo de Tolomeo Piraida, auriga de Agamemnón. 2) Un escudero de Néstor, VIII, 114.

241. Apunta aquí el desdén al combate de arco, que elude el peligro del cuerpo a cuerpo, desdén que se hace después más patente y se advierte en la increpación de Diomedes contra Paris, que acaba de herirlo de un flechazo (XI). Actitud comparable a la que adopta la poesía renacentista ante las armas de fuego.

278. En la Tróade, el Céfiro suele traer borrasca y granizo.

294 y ss. Pelagonte: 1) Teniente de Néstor. 2) Licio, compañero de Sarpedón, V, 706. Alástor: 1) Teniente de Néstor, también citado en VIII, 325. 2) Caudillo licio muerto por Odiseo en V, 685. Cromio: 1) Teniente de Néstor. 2) Hijo de Príamo, hermano de Equemón, muertos ambos por Diomedes en V, 161 y ss. 3) Caudillo licio muerto por Odiseo en V, 685. 4) Troyano muerto por Teucro en VIII, 273. Hemón: 1) Teniente de Néstor. 2) Tebano, padre de Meón, en IV, 394.

306. Ver. B, II, 1.

319. Néstor se complace en recordar su victoria sobre Ereutalión. Ver VII, 146 y ss.

376 y ss. (Ver V, 813 y ss.). Evocaciones de la saga tebana y de una posible Tebaida desaparecida, que dio asunto a la lírica y a la tragedia griegas, así como al poeta latino Estacio. [El rey de Tebas, Edipo, maldijo a sus vástagos Eteocles y Polinices, criaturas de su involuntario incesto con su madre, augurando que se matarían entre sí. Ellos, al desaparecer su padre, convinieron en alternarse en el trono. Al llegar el turno, Eteocles se negó a dejar el puesto a Polinices. Éste, entretanto, se había desposado con la hija de Adrasto, rey de Argos. Adrasto reclutó alianzas para sostener los derechos de su yerno. Al mando de siete famosos jefes (Tideo entre otros), los aliados se lanzaron sobre las siete puertas de Tebas (Esquilo, *Los siete contra Tebas*). Eteocles y Polinices se mataron uno a otro, según la maldición paterna. Los sitiadores fueron derrotados. El único de los jefes asaltantes que escapó con vida fue Adrasto, gracias a su caballo Arión, hijo de Posidón.] El anciano Adrasto emprendió años después una nueva campaña contra Tebas, en que figuraron como jefes de los Epígonos, hijos de los anteriores capitanes; entre ellos, Diomedes y Esténelo. Éstos lograron rendir a Tebas. [Si, en la primera Guerra Tebana, Adrasto fue el único jefe asaltante que salió con vida, en la segunda su hijo Egialeo fue el único jefe asaltante que pereció. Adrasto murió de pena en el viaje de regreso.]

404. Imitado por Aristófanes, *Tesmoforias*.

412 y ss. Compárese la *sófrsyne* o cordura de Diomedes con los arrebatos de Aquiles. Diomedes tolera que Agamemnon lo reprenda injustamente en este momento de exaltación que precede al combate, y reserva su respuesta para la libre discusión del ágora (IX, 29 y ss.)

442 y ss. Imitado por Virgilio, *Eneida*, IV, 176-7.

475. Tumultos por arrebatarse el cadáver. Ver A, 3, a.

516. Pérgamo es la ciudadela o Acrópolis de Troya (V, 453 y 467; VI, 539 y VII, 21); no el reino alejandrino en la confluencia del Caico y del Cetio, fundado en el siglo III a. c. por Filétero, y que luego conformó parte de la provincia romana de Asia.

V

5. El astro de otoño es el Perro de Orión, siniestro presagio a pesar de su hermosa refulgencia, porque anuncia fiebres y extremos calores (XXII).

40. Río de Tróade, afluente del Simois, llamado Escamandro por los hombres, y por los dioses, Janto. Ver B, VI, 4 y B, I, 399.

53-60. Escamandrio: 1) Diestro cazador, protegido por Ártemis, muerto por Menelao. 2) Hijo de Héctor y Andrómaca, niño a quien el pueblo apoda Astianax (VI, 417).

61. "Tectón": "el constructor"; "Hemón": "el ajustador". Ver VI, 8: "Eusoro" significa "el opulento". Ver VI, 18: "Calesto" significa "el que invita a los huéspedes", escudero del hospitalario Axiolo. El poeta inventa aquí nombres significativos, traducción que sigue Calímaco cuando llama "Hecalea" a la anciana hospitalaria de su poema.

128 y 609 y ss. Ver la introducción a esta rapsodia V. Diomedes adquiere el don de reconocer a los dioses en este instante, y lo ha perdido ya al encontrarse con Glauco, en VI, 127 y 139.

199. Sobre los carros enfundados, ver VIII, 436, donde Posidón enfunda la carroza de Zeus.

203 y ss. Sobre el uso del carro en el combate, B, II, 1.

227, 268 y ss., y 326 y ss. Zeus raptó a Ganimedes, hijo del rey Tros, seducido por su belleza, y lo transportó al Olimpo para hacerlo su copero, o lo hizo llevar allá por su águila o por los dioses. A cambio de Ganimedes, Zeus obsequió a Tros las yeguas de que descienden los caballos de Eneas, que Diomedes y Esténelo le arrebatan. (Ver, VIII, 107.)

236 y ss. Advuértase el temor de Eneas y de Pándaro, que no pierden de vista la posibilidad de que Diomedes los obligue a huir o les dé muerte.

397. El "vástago de Anfitríón" es, "oficialmente", Heracles. Ver "Anfitríón" en F.

411 y ss. [No se cumplió al pie de la letra la profecía de Dione. Pero, cuando Diomedes regresó a su hogar, se encontró con la infidelidad de su esposa, "la prudente Egíalea", y habiéndose desterrado voluntariamente, fue a morir por las islas de Apulia, tras de fundar allá varias poblaciones.]

558 y ss. Orsíloco: 1) Guerrero mesenio muerto por Eneas. 2) Troyano muerto por Teucro en VIII, 272.

644 y ss. Apolo y Posidón, castigados por Zeus, tuvieron que servir a las órdenes del rey Laomedonte y construyeron personalmente los muros de Troya (458-9). [Laomedonte se negó a pagar sus servicios. En venganza, Posidón lanzó contra la ciudad un monstruo marino que sólo podía ser aplacado si el rey le entregaba a su hija Hesione. Hércules acudió a la defensa, a cambio de los caballos de Laomedonte, descendientes de las yeguas obsequiadas por Zeus a Tros (V, 227, etc.). También Hércules se vio defraudado. En venganza, arrasó la ciudad, y entregó a la princesa Hesione como botín en manos de Telamón, que se había distinguido singularmente en el ataque.] Este episodio es una remota prefiguración de la *Iliada*. La falsedad de Laomedonte parece anunciar la falsedad de su nieto Paris, defecto de que Menelao, en su enojo, acusa por igual a todos los hijos de Príamo, en III, 115 y ss.

718. Se reserva el nombre de "Teutrante" para este aqueo muerto por Héctor, y se llama "Teutras" al padre de Axilo, VI, 12. Orestes: 1) Aqueo muerto por Héctor. 2) Hijo menor de Agamemnon que ha quedado en Micenas (IX, 141 y 287).

720. Héleno: 1) Hijo de Énope muerto por Héctor. 2) Augur, hijo de Príamo, hermano de Héctor (VI, 73 y ss.; VII, 47 y ss., etcétera).

721. Cefisis, después llamado lago Copais, en Beocia: ver B, II, 519.

749 y ss. Entre las entidades representadas en la Égida, el Valor o Pujanza (*Alkeé*) y la Persecución (*lokeé*) son meras personificaciones poéticas. Sobre la Discordia

(*Éris*) y la Fuga o Espanto (*Fóbos*), ver C. Otros ejemplos de personificación poética son el Rumor (II, 97), y las Súplicas o *Litai* (IX, 513 y ss.).

761. Las Horas (*Horai*), hija de Zeus y Temis, que cuidan las puertas del cielo, son propiamente las Estaciones; generalmente, tres: primavera, verano e invierno (VIII, 387 y ss., y 426 y ss.).

787. La ambrosía es alimento de los dioses y también de los brutos divinos (VIII, 428).

813. A esta embajada de Tideo, padre de Diomedes, ha aludido antes Agamemnon (IV, 373 y ss.). La complacencia con que el poeta lo recuerda ha hecho suponer que el autor de la *Iliada* lo es también de algún poema perdido sobre las hazañas de Tideo.

853. Hades es "el Invisible". Tema folklórico del sombrero que desaparece a quien lo lleva puesto.

903. La prole de Urano son los Titanes, a quienes Zeus, al instaurar su olímpico régimen, ha aprisionado en el Tártaro (infierno de los Inmortales), con excepción de los que se pusieron de su parte (VIII, 11 y ss., y 473 y ss.). En Homero, región sin aire ni luz. En Hesíodo, *Teogonia*, región tempestuosa.

VI

4. Janto, nombre que los dioses dan al río Escamandro (V, 40). Posee personalidad mítica. Es hijo de Zeus, cuenta con culto y sacerdocio, y ejecuta actos

humanos (o divinos), como el solicitar contra Aquiles la ayuda de su afluente, el Simois. Ver A, 4, d; y sobre los dobles nombres, B, I, 399.

21 y ss. Pédaso: 1) Hijo de Bucolión, muerto por Eurialo. 2) Ciudad de léleges, en Tróade, reino de Altes, saqueada por Aquiles (VI, 35; XX y XXI). 3) Ciudad mesenia, en el Peloponeso, que Agamemnon ofrece a Aquiles (IX, 151 y 297). 4) Un caballo mortal de Aquiles, que éste uncía junto a sus caballos inmortales (XVI).

102. Héctor obedece a su hermano Héleno, que es augur, por tratarse de un deber religioso.

149 y ss. Ejemplo de las historias que inserta el poema, a guisa de antecedentes, para ensanchar la visión en el tiempo y en el espacio. Recuérdese la embajada de Tideo a Tebas (B, V, 813). Véanse también la historia de Fénix y la de Meleagro (IX, 446 y ss., y 542 y ss.).

157 y ss. Antea: 1) Esposa del rey Preto. 2) Ciudad mesenia (IX, 150 y 296).

162. Tema de la mujer de Putifar y José.

166. Única referencia homérica a algún arcaico sistema de escritura. En los días de Homero se usaba ya la escritura, pero como ayuda de memoria para el poeta y no como práctica general. Las "plegadas tablillas" ni siquiera corresponden al sistema que llegará a ser común en Grecia, sino recuerdan el de los babilonios y asirios. (Ver B, VII, 186 y ss.)

183. Los sólimos, habitantes de Licia, después llamados térmilas (Heródoto, I, 173).

207. Laodamia muere, pues, de muerte súbita. Ver "Ártemis", en C.

228. Argos de Diomedes. Ver B, II, 554-7.

240-3. Monro anota: "La generosidad romántica es ajena a la *Iliada*". El honor es menor cuando no hay recompensa (IX, 630-2).

311. Esta imagen de Atenea venerada en Troya aunque, por lo visto, sin que la diosa hiciera mayor caso, según VI, 319 es la única efigie religiosa mentada en el poema.

328. La pica de once codos de Héctor (5m.) vuelve a mencionarse en VIII, 487. La de Áyax medía el doble. En VII, 220, se habla de "la sombra inmensa de su lanza". [La lanza cretense parece que medía de 1.55 a 1.80m., salvo la de 2m. para cacería de jabalí. Los cálibos, según Jenofonte, usaban lanzas de 6.90 m. La "sarisa" de los macedonios variaba de 4.30 a 6.50 m., y acaso más, según la fila de la falange.]

343. Ver B, III, 66; B, VI, 347.

347 y 359-63. No parece Helena estar hablando a Paris "con ternura", a juzgar por el tono con que se dirige a Héctor y los términos con que después califica a su esposo. Pero es característico de Paris el tomarlo de buen humor. Ver B, VI, 542-4.

374. Como poniendo en duda la promesa de Paris, Héctor encarga a Helena que lo obligue a cumplirla.

417 y ss. El nombre "Astianax" sólo reaparece en XXII y XXIV. Héctor es *anax* o guardián de Troya.

444-5. Es decir, murió de muerte súbita. Ver B, VI, 207 y "Ártemis", en C.

454. Única mención a una *tichomaquia* o asalto a los muros de Troya. Los tres ataques a que Andrómaca se refiere debieron de acontecer durante el curso de ese día, puesto que no se nombra a Aquiles, ya ausente del combate.

479-80. (Ver II, 726.) Algunos sitúan la fuente Meseída en Tesalia; otros, en el Peloponeso, suponiendo que el poeta quiso así establecer una simetría entre una fuente del sur, y una fuente del norte, Hiperea, en Tesalia.

542-4. Nueva ironía de Paris, ante la duda que Héctor parece haber manifestado poco antes sobre si su hermano sería capaz de unírsele prontamente para volver al combate, como él lo ha ofrecido (VI, 350-3 y 374-5). De aquí que Héctor (VI, 457 y ss.) manifieste su extrañeza ante el carácter contradictorio de Paris, dotado como pocos, pero muchas veces negligente. Ya hemos visto manifestarse la ironía de Paris en sus respuestas a las iracundas represiones de Héctor (III, 66, y VI, 343), y en su modo de tratar a Helena (final de III, y VI, 347). "Insensible a la reprobación" dice Helena (VI, 361). Ya se dijo en el prólogo (final, observación nº 11), que el poeta deja que sus personajes se pinten solos con sus palabras y sus actos,

y sólo excepcionalmente hace comentarios por su cuenta.

VII

9 y 153. (Ver B, II, 505.) ¿Es Areítoo un enemigo del Norte (Beocia) o un vasallo sublevado? En este segundo caso, la Arna aquí nombrada pudiera ser ciudad arcádica. En Mantinea, en efecto, había una fuente Arna. Pero este Areítoo, muerto ya cuando Néstor era todavía muy joven, ¿podía tener un hijo que fuera combatiente efectivo en Troya, como lo es Menestio? Sería un centenario, y Homero no hubiera dejado de mencionar y aun aprovechar esta circunstancia, como lo hace con Néstor, Fénix, Príamo, etcétera.

61. El Sueño se transfigura de modo semejante en XIV. Los dioses sólo excepcionalmente se muestran en su real presencia, como Atenea lo hace con Aquiles (I, 199). Tal presencia puede ser aniquiladora: así, para Semele, la aparición de Zeus en forma de rayo. (Ver “Dióniso”, en C). Las deidades minoicas solían asumir forma de aves. En la *Odisea*, Atenea ayuda a Odiseo contra los Pretendientes bajo figura de golondrina.

71. Alude a la traición de Pándaro en IV, escena 2. Ver VII, 361-2.

94. Textual: “del Helesponto inmenso”. Siguiendo a Hermosilla, prefiero “del rápido Helesponto”, que corresponde mejor a la realidad geográfica. Resulta violento llamar inmenso al “estrecho” de los Dardanelos, que el fabuloso Leandro y el menos

fabuloso Lord Byron han podido cruzar a nado. Por la costa de la Tróade, se ven montículos que la tradición llama “la tumba de Aquiles, de Áyax, de Patroclo”.

105. (Ver II, 231.) Virgilio (*Eneida*, IX, 617) imita esta increpación para referirse a los frigios.

107. “Devolvéos a los elementos de que estáis hechos”, sería la perífrasis interpretativa; o sea, a la tierra y al agua, según los versos del filósofo presocrático Jenófanes:

Todos hemos brotado de la tierra y el agua;
todo empieza en la tierra y en ella todo acaba.

Así, Hesíodo, *Op.*, 61 (creación de la mujer), y Herondas, II, 28 y ss.

120. El Eácida Aquiles no teme a Héctor; al contrario es temido por Héctor (IX, 356 y ss., y XXII). Pero todos los argumentos son buenos para apartar a Menelao de su temerario propósito. Héctor no desconoce el temor: también lo experimenta ante Áyax (VII, 223).

173. Ver B, VIII, 226 y ss.

186 y ss. Los caudillos no escriben: marcan sus señales, que cada uno conoce. (Ver VI, 166.)

286-7. “Quiasmo”: Taltibio es aqueo; Ideo, troyano.

293 y 303-4. La noche es un poder a quien ofenden ciertos actos.

313-5. Obsérvese el contraste entre este duelo caballeresco y el de Menelao y Paris (III, escena 4).

357 y ss. Sobre la disposición conciliatoria de Antenor: B, III, 206 y ss.

361-2. Se refiere a la traición de Pándaro. (Ver III, escena 2 y VIII, 71.)

424 y 438. Cada fragmento parece describir un nuevo amanecer. Se entiende que transcurre un día entero en levantar e incinerar los cadáveres, y sólo al siguiente se empieza la construcción del muro.

485-9. Alude a la construcción de los muros troyanos que Apolo y Posidón hicieron para el desleal Laomedonte (B, V, 644 y ss.).

468. El anuncio de esta catástrofe corresponde a su descripción anticipada al comienzo de XII.

VIII

123, 310 y ss. Situación repetida

160 y ss. Tema que reaparece en XII.

178-9. También Aquiles se burlará de los recursos defensivos con que los aqueos han pretendido compensar su alejamiento del combate: IX, 354-5.

184 y ss. Aristarco rechaza como apócrifos estos versos, en que Héctor resulta manejando, en pleno combate, una cuadrilla, en vez de una biga, que es lo usual.

266 y ss. Nueve, como en VIII, 173; pero aquí Teucro y Menelao sustituyen a Toas y a Odiseo.

360. Ver B, II, 745; "Héracles", en C, y "Éstix", en E.

470. Aristarco objeta: El combate por los restos de Patroclo no acontecerá entre las popas sino en pleno campo de batalla (XVII).

513. "Obra de las deidades": B, V, 644.

IX

16 y ss. Ver II, 111 y ss.

58. Néstor ofrece decirlo todo; pero no se interrumpe, hace un tránsito brusco, como si prefiriera no descubrir su pensamiento ante el ágora, y sólo lo declarará cabalmente algo más allá, en el consejo de los jefes (IX, 98 y ss.).

167. Fénix: 1) Hijo de Amíntor y antiguo ayo de Aquiles. 2) Padre de Europa, abuelo de Minos y de Radamantis (XIV).

181. A lo largo del fragmento, se usa el dual y no el plural para los embajadores. Se supone que éstos lo son propiamente Odiseo y Áyax, en tanto que Fénix

sólo los acompaña como personaje de honor, y los heraldos, como testigos. Otros, siguiendo a Aristarco, se preguntan si Fénix no ha llegado antes, por su lado, a la barraca de Aquiles.

190. Acaso Patroclo espera que Aquiles acabe de cantar para continuar él en canto "amebaico". Posible es que tales cantos, de breves dimensiones como los de Demódoco y Femio en la *Odisea*, representen el embrión de la épica, adecuado a la etapa de turbulencias guerreras, y cuyos asuntos permitirán más tarde, cuando la sociedad se reorganice y se establezcan las aristocracias protohistóricas, la elaboración de la gran epopeya al tipo de la *Iliada*.

254 y ss. Otra rememoración semejante en XI.

354-5. Ver B, VIII, 178-9.

360-1. Probable alusión a algún episodio de la leyenda extraña a la *Iliada*.

679-80. Ver B, IX 513 y ss., etcétera.

387. Algunos sospechan que haya aquí una interpolación o corrupción, pues, si bien les hubiera parecido posible que, junto a la miniense Orcómene, Aquiles recordara a la Tebas beocia, hallan forzado que nombre a la Tebas egipcia, única mención que de ella se hace en el poema.

397. (Ver I, 176.) "Conmigo quedan otros para honra y compañía", ha dicho Agamemnon. Aquiles parece retrucarle: "Pues acude a otros."

401 y 450. Hay dos Hélades. (Ver B, II, 675 y ss.)

465 y ss. Pasaje que Aristarco rechaza como repugnante, y que no consta en los manuscritos conservados y sólo queda en Plutarco (*Moralia*), quien lo justifica por el propósito de Fénix: mostrar a Aquiles los extremos a que conduce la pasión.

513 y ss., y 523 y ss. En esta personificación poética, las Súplicas son cegatonas, porque el ofensor no osa encarar al ofendido. Ate representa aquí el espíritu de los errores funestos. Ver B, II, 97; V, 749 y ss., y en C, "Ate".

543-4. Los curetes, de Pleurón; los etolos, de Calidón: tribus rivales del mismo pueblo.

567. Se interpreta que, como ahora los aqueos, los curetes se encontraban entonces presos dentro de sus propias defensas.

568 y ss., y 588 y ss. Homero abrevia la historia. [Meleagro era hijo de Eneo, rey de etolos, y de Altea, hija de Testio, rey de curetes. Meleagro lucha por los despojos del Jabalí contra sus avúnculos o tíos maternos, que son curetes, porque ellos se niegan a entregar tales despojos a Atalanta, la virgen cazadora a quien Meleagro los había cedido.] Meleagro da muerte a alguno de sus tíos [o a todos ellos, en la versión general], por lo cual su madre lo maldice.

575. [Marpesa fue robada por Idas a su padre Eveno. Apolo, por orden de Zeus, partió en persecución de Idas, pero, a su vez, pretendió adueñarse de Marpesa.

Zeus ordenó que la muchacha misma eligiera a su preferido. Ella optó por Idas que, como mortal, envejecería a la vez que su esposa.]

582. [En la *Odisea* hay apodos semejantes: "Megapentes" ("inmenso duelo"). El mismo nombre "Odiseo" le fue dado por Autólico, su abuelo materno, en recuerdo de los disgustos que acababa de sufrir "contra muchos hombres y mujeres, vagando por la fértil tierra". (*Od.*, XIV, 11 y XIX, 407 y ss.) Pero hay disidencias sobre el significado del nombre. Alcione, hija de Éolo transformada en alción, llora la separación de su esposo Ceix, transformado en golondrina marítima o "bubia". Los dioses acaban por reunirlos de nuevo. Homero no alude a esta leyenda, tal vez posterior. El canto del alción era para la antigüedad un gemido.]

588. A los dioses celestes se los implora levantando los brazos; a los subterráneos, golpeando el suelo con las manos.

630-2. Ver B, VI, 240-3.

649. Un instante de vacilación en el ánimo de Aquiles, provocado por la emoción con que ha oído a Fénix. Si la primer concesión arrancada a Aquiles por Fénix es que podrá o no quedarse en Troya después de pensarlo una noche, la segunda concesión, arrancada por Áyax (IX, 681 y ss.), es que Aquiles volverá al combate si Héctor llega a atacar sus tiendas, aunque duda que se atreva a ello.

685. La negativa de Aquiles desaira los ofrecimientos de Atenea (I, 215-6), y es contraria al pacto entre Zeus

y Tetis (I, 503-4). Una vez que los aqueos lo desagравian, debió ceder. La simpatía pasa aquí de Aquiles a Agamemnon.

700. Episodio anterior a la Guerra Troyana: sublevación de la isla de Eciro (Espóradas) contra el rey Peleo, padre de Aquiles.

736. Este verso anuncia de cierto modo el futuro regreso de Aquiles al combate, y el término de su actitud, que hoy llamaríamos "aislacionista".

C. Deidades y personificaciones míticas

AFRODITA: En Homero, hija de Zeus y Dione. [En Hesíodo, hija de la sangre de Urano y de la espuma del mar.] Esposa de Hefesto. Generalmente, diosa de los amores, por lo que el aqueo Diomedes la expulsa del combate como cosa que no le incumbe, y Zeus le recomienda que vuelva a la dulzura de los himeneos y no se mezcle en cosas de guerra. [En los cultos más antiguos, sin embargo, aparece armada y tiene alguna afinidad con la guerra], de que hay rastro en sus amores subrepticios con Ares, referidos en la *Odisea*, y veladamente aludidos en la *Iliada*, XX, donde acude a socorrer a Ares, herido por Atenea. Madre de Eneas, a quien hubo del príncipe dardanio Anquises, primo del rey Príamo. Está con los troyanos, protege a su hijo Eneas y a su favorito Paris. Los romanos la identificaron con Venus. Ver "Cipris".

AIDONEO: Hades.

ALALCOMENIA: Atenea, así llamada por “protectora”, o por referencia a Alalcomene, en Beocia

APOLO: Hijo de Zeus y Latona. [Mellizo de Ártemis y nacido un poco después de ella.] Preside a las artes, a la poesía, a las Musas; inspira la adivinación y la profecía; cuida de las purificaciones. Al igual de su hermana Ártemis, es dios arquero [como Helios, el Sol, con quien se pretenderá identificarlo tardíamente]. Se lo llama “el que hiere o caza de lejos”, “el Cazador o el Amparador Distante”, “el Providente”, “el del Arco de Plata”, “el de la Espada Áurea”, etcétera. Se le atribuye la muerte súbita de los varones, no causada por la violencia, sino por enfermedad, como la peste de los aqueos. Está con los troyanos y es acerbo censor de Aquiles. [Su relación con la ganadería se expresa en el mito de Admeto, cuyas greyes tuvo que pastorear un tiempo, por sentencia de Zeus. Ver, en F, “Admeto” y “Asclepio”.] Ver también “Esminteo” y “Febo”.

ARES: Hijo de Zeus y Hera. Dios de la guerra y del frenesí sanguinario. Se lo llama “funesto”, “homicida”, “luctuoso”, “perverso”, “terrible”, “traidor”, “demoledor”, “pujante”, “impetuoso”, “broncíneo” (por armígero). Los numerosos héroes a quienes Homero llama “brotes o ramos de Ares” no son precisamente sus hijos, sino guerreros excelentes. Ares hace triste figura. Sus divinos padres no lo estiman. Atenea se queja de que le ofreció luchar por los aqueos y se pasó a los troyanos, y es más poderosa que él en la guerra. Los míticos niños gigantes Oto y Efialtes (ver D) lograron aprisionarlo en otro tiempo. Diomedes lo hiere y lo hace huir del combate. [Afrodita lo amaba, *Odisea*, VIII.] El Marte con quien lo identificaron los romanos es persona de mayor dignidad. Ver “Enialio”.

ARGIFONTE: El Mensajero: Hermes. [Así llamado por haber dado muerte a Argos, el pastor cubierto de ojos a quien Hera encargó la vigilancia de Ío, cuando ésta fue convertida en vaca por Zeus, que hubiera querido ocultarla y sustraerla a los celos de su divina esposa. Otros dicen que “Argifonte” sólo significa “el veloz mensajero”.]

ÁRTEMIS [o ARTEMISA, por razones del verso]: Hija de Zeus y Latona. [Melliza de Apolo y nacida un poco antes de él.] Diosa virginal, silvestre, cazadora y flechera, señora de los animales del campo. Se le atribuye la muerte súbita de las mujeres por enfermedad, no por violencia. Está con los troyanos. Hera la castiga como a muchacha desobediente. Los romanos la identificaron con Diana.

ATE: Ceguera moral, error funesto, que Homero personifica como hija de Zeus. [En Hesíodo, hija de Eris, la Discordia, y de la Anarquía.] Por tener los pies delicados, pisa sobre las cabezas de los hombres (o los enloquece): *Iliada*, XIX. No llega a deidad.

ATENEA: Hija solamente de Zeus, y su preferida a pesar del despechado Ares. [Engendrada en Metis la Sabiduría, remota consorte de Zeus, a quien éste devoró cuando estaba encinta, por temor de que diera a luz un hijo más poderoso que todos los dioses, Atenea vino a brotar, adulta y armada, por la frente de su padre, abierta de un hachazo por Prometeo, por Hefesto o uno de sus ayudantes.] Diosa de la sabiduría, las artes y los oficios, singularmente de las labores femeninas; señora del consejo en los gobiernos, amparadora de príncipes y ciudades; patrona de Atenas; guerrera y árbitro del botín; virginal y hermosa, “ojizarca”, “de ojos rútilos”, “ojos de

lechuza" (lo que no autoriza a suponer que haya sido antaño una diosa lechuza). Escudero de Zeus con derecho a usar sus armas, y "Porta-Égida" como su padre. Decidida defensora de los aqueos, aunque tenía sagrario en Troya [acaso para desagraviarla del adverso Juicio de Paris: Ver B, 6 a]. Protege singularmente a Aquiles, a Odiseo, a Diomedes. (Ver "Alalcomenia", "Palas" y "Tritogenia".) Los romanos la identificaron con Minerva.

AURORA: Nombre latino de Eos.

BACO: Dióniso.

BÓREAS: Viento norte (el latino Aquilón). [Esposo de Oritía, la hija de Erecteo, de quien tuvo a Cestes y a Calis, que figuraron entre los Argonautas. Moraba con Céfiro. Llegó a tener culto especial, por la ayuda que prestó para vencer a las flotas persas.]

CÉFIRO: Suele aparecer como esposo de Iris. Engendró, en la Arpía Podarga, los caballos de Aquiles llamados Janto y Balio. Vivía con Bóreas en una caverna de Tracia, y ambos gobernaban a los demás vientos.

CIPRIS: Nombre de Afrodita. [De "Chipre", uno de los principales centros de su culto, isla a que llegó como también a Citere o Citeres, de donde "Citerea", después de su nacimiento, flotando sobre las aguas.]

CRÓNIDA, CRONIÓN: Hijo de Cronos, como Zeus (el Cronión por antonomasia), Hera, Posidón, etcétera.

CRONOS: [Hijo de Urano vago espíritu celeste y primer amo del Universo y Gea, la Tierra. Urano, espantado a la idea de que lo desposeyera uno de sus hijos, replegaba a todas sus criaturas en el seno de la Tierra. Ésta, no pudiendo ya soportarlo, armó con una hoz o guadaña a Cronos, el hijo menor. Cronos mutiló a Urano y le arrebató el mando divino. La historia se repite: Cronos, temeroso a su vez de los hijos que engendraba en Rea, los devoraba conforme nacían, hasta que Zeus no logró desposeerlo. (Ver "Zeus".) Cronos fue enviado a las islas Bienaventuradas, al Occidente, donde reinará sobre las almas privilegiadas. Una tradición tardía le atribuye el haber fundado la ciudad de Saturnia, antecedente legendaria de Roma.] Por referencia a la mutilación de su padre Urano, Homero le llama "Cronos el artero". Los romanos lo identificaron con Saturno.

DEMÉTER: [Hija de Cronos y Rea, hermana de Zeus.] Diosa terrestre y agrícola que creó el grano cereal y enseñó a los pueblos su cultivo. La *Iliada* sólo la menciona de pasada, y la llama "blonda", acaso por el color de las mies en sazón. [Se unió a Yasión, dioscecillo local, entre los surcos de un campo recién labrado: "hierogamia" o sacras nupcias que comunican fecundidad al suelo], como las de Zeus y Hera en la *Iliada*, XV. [Convertida en yegua para huir a las solicitudes de Posidón, éste la dominó convirtiéndose en garañón, y engendró en ella al caballo Arión: ver IV, 377 y ss. Por obra de Zeus, concibió a Perséfone o Kora, que fue raptada por Hades. Al fin se obtuvo que Kora volviera al lado de su madre durante los meses fértiles y permaneciera junto al dios subterráneo durante el invierno. Madre e hija son "las Venerables". Su culto principal, los Misterios de Eleusis, representan con la religión de Dióniso, el

orfismo y la fase religiosa del pitagorismo, el aspecto místico, no olímpico, de las creencias griegas, donde hay iniciación, algo como un bautismo, embriones de misa y promesas de salvación eterna.] Los romanos la identificaron con Ceres.

DIONE: [Remota consorte de Zeus, su esposa etimológica: "Zeus", en genitivo, es "Dios", femenino "Dione". Asociada en Dodona al culto de su antiguo esposo.] En Homero, Afrodita es hija de Zeus y Dione. Cosa singular, dados los feroces celos de Hera: Dione habita tranquilamente en el Olimpo.

DIÓNISO: Hijo de Zeus y de Semele y dios "del báquico furor", que la *Iliada* sólo menciona de paso un par de veces. [Según las diferentes versiones, Dióniso es hijo de Zeus y de Perséfone: Tal es el Zagreo, el niño cornúpeta a quien dan muerte y luego queman y devoran los Titanes. Atenea salva su corazón. Zeus traga el corazón, y vuelve a engendrar a Dióniso en Semele. Instigada por la celosa Hera, Semele, ya encinta, pide a Zeus que la visite en su verdadera apariencia. Zeus se presenta en forma de rayo, fulmina a Semele e incendia su casa. Logra salvar de las llamas el germen, lo aloja en su muslo, y de allí nace definitivamente el nuevo dios del vino. Su campaña mística, extática y frenética casi coincide con la aparición de la Grecia histórica. Por suerte, Dióniso se asoció al fin con el gran organizador purificador Apolo, sin lo cual Grecia hubiera desaparecido prematuramente del mundo de la cultura. Confiado por Zeus a Ino, hermana de Semele, Ino enloqueció por artes de Hera, y se arrojó al mar llevando en brazos a su hijo Melicertes. Ambos se convirtieron en deidades marinas: la madre, bajo el nombre de Leucotea; el hijo, bajo el de Palemón o Palemo. El

niño Dióniso fue entonces confiado por Zeus a las ninfas del monte Nisa (¿Tracia?). Y aquí acontece el episodio de la *Iliada*, VI, 130 y ss. [El nuevo dios fue objeto de múltiples persecuciones. Descuellan la del rey Penteo (Eurípides, *Bacantes*) y la del rey Preto, cuyas hijas, poseídas del furor dionisiaco, fueron curadas por el saludador Melampo. Acompañan a Dióniso los Sátiros, Silenos, Ménades, Bacantes, Basárides, con danzas desorbitadas y otras locuras. Dióniso llega a ser uno de tantos dioses mediterráneos que sufren, mueren y resucitan. Sus inspiraciones están en el origen de la tragedia griega. Los romanos lo identificaron con Líber, también llamado Baco, una de cuyas hipóstasis es el Yaco, que figura en los Misterios de Eleusis junto a las Venerables Deméter y Cora.]

DISCORDIA: Eris, hermana de Ares que se mezcla en los combates, los anuncia, se deleita con ellos, se levanta cuando los dioses toman parte en la lucha, y figura en el escudo que Hefesto fabricó para Aquiles, y también en la Égida de Zeus (IV, 442; V, 528 y 750).

ENIALIO: "El belicoso", epíteto de Ares, que la *Iliada* aplica a Meriones, el bravo cretense, escudero de Idomeneo.

ENÍO: 1) Diosa guerrera, correspondiente a la Belona latina (V, 338 y 599). 2) [Además, una de las Greas, hijas de Forcis y Ceto.]

EOS: Diosa del alba, de "róseos dedos", "del manto de azafrán", etcétera [hija de Hiperión y de Teía, hermana del Sol y de la Luna. Otras veces, se la da por hija del Titán Palante y de Eurifasea. Célebre por sus amores

con Titono, Orión, Clito y Céfalo. Solía raptar a sus amantes.] Así lo hizo con Titono (hermano de Príamo), de quien es esposa en la *Iliada*, XI y XX. [Obtuvo de Zeus la inmortalidad para Titono; pero se olvidó de pedirle que le concediera la juventud eterna, de modo que Titono acabó por convertirse en un despojo con voz humana. De Titono y de Eos nació Memnón, el héroe etiope que perece en la saga troyana. En la copa de Duris (Museo del Louvre), el grupo de Eos que recoge el cadáver de Memnón tiene el encanto de una *Pietà*.]

Los romanos la identificaron con Aurora.

ERINIS, plural ERINIES: [Hijas de la sangre del mutilado Urano que goteaba sobre la Tierra, vengadoras de los crímenes en este y en el otro mundo; especialmente, de los delitos de sangre entre consanguíneos.] Encargadas de perpetuar y hacer que se cumplan las maldiciones. [El culto las disfrazaba bajo nombres menos terribles, como el de "Euménides". El arte las presenta fieras, pero hermosas.] Los romanos las llamaron Furias.

ERIS: Discordia.

ESMINTEO: Epíteto de Apolo, sea por patrono del baño y las purificaciones, sea por Esminte (Tróade), o por su virtud para extinguir las plagas (literalmente, de ratones silvestres).

ESPANTO: Ver FUGA.

FEBO: Febo Apolo, "el refulgente".

FUGA (o Espanto): *Fóbos*, hija de Ares que se mezcla

entre los guerreros, acompaña a su padre en las batallas, y figura en el escudo de Agamemnon junto al Terror y la Gorgona (IV, 442, XI y XIII).

GEA: Tierra.

GRACIAS: Espíritus de la belleza, generalmente tres, figurados como tres diosas que reciben distintos nombres. Hijas de Zeus a quienes se atribuyen diversas madres. Suelen asociarse a Afrodita. En Homero poseen una figura muy vaga (V, 344). Una de ellas aparece como esposa de Hefesto (XVIII). [En Hesíodo, se llaman Aglaya, Eufrosine y Talía, y son hijas de Zeus y Eurínome, una Oceánida.] Hera ofrece al Sueño por esposa a Pasitea, la más joven de las Gracias, si consigue adormecer a Zeus (*Iliada*, XVI).

HADES: Hijo de Cronos y Rea. Dios infernal y subterráneo que preside a la mansión de los muertos, mansión que suele llamarse "el Hades", aunque nunca en las letras clásicas. Por eufemismo, "el Invisible", y "el Zeus Infernal". Es sombrío y adusto, no malvado: la mitología clásica no conoció ningún Satanás. Reina, pero no juzga. [Los jueces de las almas son Éaco, Minos y Radamantis. Los ejecutores de los castigos son las Erinies.] Homero lo menciona con frecuencia en compañía de Perséfone, sin declarar que ésta es su consorte. Los romanos lo adoptaron con el nombre de Plutón, uno de sus nombres originales.

HEBE: Hija de Zeus y Hera, escanciadora en el Olimpo. En la *Odisea* aparece ya casada con Heracles, tras la apoteosis celeste de este héroe. Diosa de juventud eterna, a quien los romanos identificaron con Juventas.

HEFESTO: Hijo de Zeus y de Hera. [Sólo de Hera, en Hesíodo. Dios de origen asiático que preside al fuego, a las artes de la fragua y de los metales, sustituyó en cierto modo a la deidad helénica del fuego, que acaso lo fue originariamente el Titán Prometeo.] Sobre su cojera, ver B, I, 588 y ss., etc. Es el artífice por antonomasia. Entre sus principales obras, cuentan la Égida de Zeus, impenetrable al mismo rayo, los alcázares de los dioses y sus sillas de piedra en el palacio de Zeus, el cetro de Agamemnón, la coraza de Diomedes, las segundas armas de Aquiles, que sustituyeron a las que Héctor arrebató a Patroclo, los rayos de Zeus, que después siguen fabricando los Cíclopes, la silla en que aprisionó a Hera, resentido un día por su crueldad, la trampa invisible en que hizo caer a los adúlteros Ares y Afrodita, la crátera que Menelao obsequia a Telémaco, los perros de patla y oro en los jardines de Alcínoo, la viña que Zeus dio a Laomedonte, el funesto collar de Harmonía en la saga tebana, el cuerpo de Pandora al que Atenea comunicó aliento vital, etc. En la *Iliada*, XVIII, casado con una de las Gracias; en la *Odisea*, VIII, con Afrodita. [Protege a los obreros, como Atenea, y las fraguas del Cerámico ateniense trabajan bajo su amparo.] Está por los aqueos. Los romanos lo identificaron con Vulcano.

HELIOS: Sol.

HERA: Hija de Cronos y Rea, hermana y consorte de Zeus [quien antes tuvo varias esposas]. Es la mayor entre las Crónidas o hijas de Cronos. Preside a las relaciones matrimoniales y a la maternidad, en compañía de Ilitia, la diosa comadrona (o de las Ilitias). Es irascible y celosa. Zeus suele castigar sus desobediencias con alguna rudeza. Se la llama “la Brazos Blancos” como a Andrómaca, la esposa de

Héctor, “la del trono áurico”, “la Ojos Bovinos”, u “Ojos de novilla”, como en general a las mujeres de grandes ojos: Clímene, la doncella de Helena, o Filomedusa, la esposa de Areítoo el Macero, etc. Argiva por antonomasia, es decidida protectora de aqueos contra troyanos. Los romanos la identificaron con Juno.

HERMES: Hijo de Zeus y de la Pléyade Maya, hija de Atlas. [Aunque pertenece al canon de los Doce Olímpicos, es un dios menor.] Astuto, ladrón desde la cuna, mediador, patrono de mercaderes y de tesoros escondidos, cuida de los caminos y las lindes de las propiedades. Mensajero olímpico, y especialmente de Zeus, según se aprecia más claramente en la *Odisea*. “Psicopompo” o encargado de conducir las almas a su nueva mansión; “Argifonte” (ya explicado). Benévolo y simpático a los humanos. Está por los aqueos, aunque no hace mucho en su servicio. Los romanos lo identificaron con Mercurio.

HIPERIÓN: Uno de los Titanes o hijos de Urano; padre de Helios, el Sol [con quien también suele confundírsele].

HIPNOS: Ver “sueño”.

ILITIA (o Ilitias, en plural): Diosa o diosas menores de la fertilidad que presiden a los nacimientos como la romana Lucina. Ver “Hera”.

IRIS: [Hija de Taumas, el hijo del Ponto o Mar, y de la Océánida Electra no la Pléyade de igual nombre, y, por consecuencia, hermana de las Arpías. Anda entre cielo y tierra, como su emblema el arcoíris, que Virgilio

entiende como el puente para los viajes de Hera. Se la da por consorte de Céfiro, acaso porque aparece con las lluvias lejanas que acarrea su esposo.] Es “la rauda”, “la de livianas o huracanadas plantas”, “la Alas de Oro”, etc. Mensajera olímpica en la *Iliada*, se apropia las funciones de Hermes y está al mandato de Zeus. [Poetas ulteriores la adscriben al servicio de Hera, a los pies de cuyo trono, según Calímaco, duerme como un perro. Es diosa menor.]

KERES: Espíritus de la muerte y de los hados funestos. Tienen algo de los destinos, y algo de las aves infernales que todo lo manchan, como las Arpías y en su forma original las Sirenas.

KORA: Perséfone. Ver “Deméter”.

LATONA: [Hija de los Titanes Ceo y Febe.] Concibió de Zeus a los mellizos Ártemis y Apolo. Hera no la dejaba dar a luz “en parte alguna donde el Sol alumbrara”, y la hacía perseguir de una en otra tierra por la serpiente Pitón. La humilde isla de Delos la acogió al fin [aunque avergonzada de su insignificancia y atemorizada de lo que pudiera pasar al nacimiento de Apolo, que ya se anunciaba como un futuro dios tremebundo. Posidón, para eludir la sentencia de Hera y evitar que el Sol alumbrara el caso, cubrió oportunamente la isla bajo una bóveda de agua.] Es diosa de “hermosa o alma cabellera”. Está por los troyanos, como sus dos hijos.

NEREO: Dios marino, padre de Tetis; por antonomasia, “el Viejo de la Mar” (I, 533).

OCÉANO: Hijo de Urano y Gea, esposo de Tethys, a quien no ha de confundirse con Tetis: Río que ciñe la tierra.

PALAS: Atenea. No es epíteto canónico. [El nombre del “Paladión”, imagen de Atenea que cayó del cielo y se conserva en Troya a modo de salvaguarda, por lo que Diomedes y Odiseo tuvieron que hurtarlo para que cayera la ciudad según se dijo en B, I, 6, f, quiere derivarse de “Palas”. Los romanos pretendían que la imagen robada a Troya era una mera imitación, y que el verdadero Paladión había sido llevado a Roma por Eneas, como un amuleto protector. Un mito cuenta que Atenea, de niña, jugaba con una hija de Tritón llamada Palas, la cual quiso un día matarla; pero Zeus interpuso su Égida, y fue Palas quien resultó muerta. Atenea, afligida o arrepentida, grabó en el escudo la imagen de su compañera, y de aquí surgió el Paladión.]

PEÓN: Médico de los dioses. Curó a Hades del flechazo de Hércules, y a Ares de la lanzada de Diomedes (V, 406 y 906 y ss.).

PERSEFONE: Cora. Ver “Deméter”. Hija de Zeus y Deméter, y consorte de Hades. Reina infernal, acaso el grano mismo de trigo. Los romanos la identificaron con Proserpina.

PORTA-ÉGIDA: Lo son, por antonomasia, Zeus y su hija Atenea.

POSIDÓN: Hijo de Cronos y Rea. Sumariamente, dios de las aguas y los mares, señor del terremoto que modela la tierra con su tridente. Hercúleo, iracundo y rencoroso, no perdona a Troya, en la *Iliada*, el que

Laomedonte lo haya defraudado, según se explica en B. V, 644 y ss.; no perdona a Odiseo, el haber cegado a su hijo Cíclope Polifemo. Su consorte es la Nereida Anfitrite. Su mito lo relaciona con los caballos. Está por los aqueos, aunque menos decididamente que Hera, por temor a desagradar a Zeus. Los romanos lo identificaron con su dioscecillo Neptuno.

SUEÑO: Hipnos. Personificación mítica que no llega a deidad. [En Hesíodo, hijo de la Noche.] Homero lo llama poéticamente "hermano de la muerte".

SOL: Helios. Titán, hijo de Hiperión y de Teia. [Recorre en carro los cielos, de este a oeste, y vuelve al punto primero en una artesa de oro que flota sobre la corriente del Océano.]

TERROR: *Deimos*. Se mezcla entre los guerreros; aparece al lado de la Gorgona y de la Fuga (o Espanto) en el escudo de Agamemnón (IV, 442, XI y XV).

TETIS: (No confundir a esta *Thetis* con la consorte del Océano, *Thetys*, citada en la *Iliada*, XIV). Nereida o hija de Nereo [y de Doris], esposa de Peleo y madre de Aquiles. Ver B, I, 349, etcétera. Es "la Pies de Plata". No está con aqueos ni con troyanos, sino con su hijo Aquiles, contra cualquiera que lo agravie o que lo amenace. Tiene pasiones maternas, no políticas.

TIERRA: Gea. [En Hesíodo, hija del Caos. Engendró por sí sola a Urano, con quien se unió para dar a luz a Cronos, padre de Zeus, y a los demás Titanes.]

TITANES: Hijos de la primitiva pareja de Urano y Gea. Según Hesíodo, seis varones y seis hembras: Océano, Ceo, Crío, Hiperión, Janto, Cronos, Teia,

Rea, Temis, Mnemósine, Febe y Thetys. La *Iliada* da a Océano y a Thetys como progenitores de los dioses. Cronos y Rea engendraron a Zeus quien estableció el régimen olímpico que sucedió al de Cronos y los Titanes.

TRITOGENIA: Epíteto de Atenea (IV, 525 y VIII, 37). El epíteto, no bien explicado aún, parece referirse a cultos acuáticos, que relacionarían a Atenea con Anfitrite, la consorte de Posidón, y con Tritón, hijo del mismo dios marino.

URANO: Ver "Cronos", "Tierra" y "Titanes". El Caos, en Hesíodo, engendró a la Tierra, Gea, y ésta dio de sí a Urano y se unió a él para engendrar la raza de los Titanes.

ZEUS: Hijo de Cronos y Rea y esposo de Hera [además de otras consortes anteriores que no siempre se distinguen bien de sus amantes. Los sucesivos amos del cielo han sido Urano, Cronos y Zeus. En Hesíodo, Zeus es el menor de los Crónidas; en Homero, el mayor. Arrebató el mando a su padre Cronos. Éste, por temor a ser desposeído por alguna de sus criaturas, las devoraba según iban naciendo, aunque ellas permanecían vivas en sus entrañas. La madre, Rea, salvó a Zeus, y, en su lugar, hizo tragar a Cronos un peñasco envuelto en pañales, el *Onfalós*. Después, administró a Cronos un vomitivo y lo hizo devolver a los demás hijos: Hestia, Deméter, Hera, Hefesto y Posidón. Zeus derrotó a los Titanes y, bajo su dominio eminente, repartió el mundo con sus hermanos varones, entregando a Hefesto el reino subterráneo, y los mares a Posidón]. Es padre de Helena, la mujer de Menelao arrebatada por Paris, a quien hubo en Leda, esposa de Tindáreo, así como a los Dióscuros, Cástor y Polideuces. (Ver "Dióscuros", en F.) Sus epítetos

habituales son “el Fulminador”, “el Tonante”, “el Amo de las Nubes”, “El Turbión de Nubes”, “El Porta-Égida”, etc. Como ejecutor de los destinos, es más bien neutral, aunque encamina los destinos conforme al rumbo predeterminado. (Ver B, I, 6.) No disimula su especial estimación por Troya, por el rey Príamo y por Héctor. Los romanos lo identificaron con Júpiter.

ZEUS INFERNAL : Hades.

D. Monstruos y animales míticos.

ALOEO: Padre “oficial” de Oto y Efialtes.

BRIAREO: Gigante forzado y centímano. En Homero, hijo de Posidón y Gea. [En Hesíodo, Titán, hijo de Urano y Gea; en otros, hijo del Ponto o Mar.] Los hombres lo llaman Egeón. Sobre estas dobles denominaciones, ver B, I, 399.

CAN: Perro guardián de la morada infernal de Hades, monstruo de tres o de cincuenta cabezas, hijo de Tifón (Tifeo) y de Equidna. El nombre “Cerbero” no es homérico. Ver VIII, 362.

CENTAUROS: Híbridos de hombre y caballo, generalmente considerados como hijos de Ixión y de Nefele (la Nube en apariencia de Hera). Eran monstruos de naturaleza salvaje, con excepción de Quirón (q. v), que es de generación anterior (I, 718 y II, 735).

EFIALTES: Ver “Aleo” y “Oto”.

EGEÓN: Nombre humano de Briareo.

GORG O GORGONA: Cualquiera de los tres monstruos, hijos de Forcis y Ceto, llamados Esteno, Euriale y Medusa, de que sólo era mortal esta última, la cual murió a manos de Perseo (o de Atenea por medio de Perseo), y de cuya sangre nacieron Pegaso, caballo alado, y Crisaor el de la espada de oro (V, 751 y VIII, 344). Las Gorgonas tenían terrible y espantable fisonomía, y cabelleras de serpientes. Quien las veía quedaba petrificado de espanto. [Para dar muerte a la Medusa sin contemplarla directamente, Perseo se valió del espejo mágico que le proporcionó Atenea. Usó, además, el casco de Hefesto, que hace invisible a quien lo lleva (ver V, 852-3), y las alas que le prestó Hermes.]

JAPETO: Titán, hijo de la Tierra y de Urano, padre de Prometeo, Epimeteo, Atlante y Menetio, que habita con Cronos en lo más distante del mundo.

OTO: [Hijo de Ifimedia y, oficialmente, de su esposo Aleo, aunque su verdadero padre parece ser Posidón. Hermano de Efiales. Ambos, niños gigantescos y precoces que crecían desmesuradamente por instantes y osaron alzarse contra los Olímpicos. Para escalar la morada divina, intentaron encaramar el monte Osa sobre el monte Olimpo, y sobre el Osa, el monte Pelión. Fueron muertos a tiempo. Una variante tardía explica su odio a Ares por atribuirse a éste el haber dado muerte a Adonis.]

PITÓN: La serpiente que moraba en Pito (después, Delfos), a quien Hera encargó de perseguir por toda la tierra a Latona, para que no encontrara sitio donde dar

a luz a Ártemis y a Apolo. Murió a manos de Apolo, que fundó su oráculo en Pito-Delfos.

QUIMERA: Monstruo [hijo de Tifón (Tifeo) y Equidna], descrito en VI, 177 y ss. En un bosque de Licia ardía una llama perpetua, tal vez de gas natural, que se llamaba "la Quimera llameante".

QUIRÓN: [Centauro, hijo de Cronos y Filira, primer ejemplar de la casta híbrida, de índole muy distinta a los seres hirsutos, sensuales y violentos engendrados por Ixión y Nefele.] Sabio, justo; músico, médico, educador famoso, maestro de héroes como Asclepio, Jasón y Aquiles (IV, 217 y XI). Dio a Peleo, padre de Aquiles, la lanza hecha con un fresno del monte Pelión que Aquiles usaba en los combates (XV y XIX).

TIFEO O TIFÓN: Monstruo gigante [hijo de Gea y del Tártaro, acaso un viento o genio volcánico, que osó alzarse contra Zeus, cuando éste comenzaba a instaurar su régimen olímpico tras de reducir a los antiguos Titanes, y aun luchó con Zeus cuerpo a cuerpo, logrando aprisionarlo por algún tiempo y obligando a los dioses según cierta versión tardía a refugiarse en Egipto]. O yace bajo los Arimos [en algún lugar de Cilicia, o allí moró algún tiempo, como dice Esquilo, *Prometeo*; o bien su tumba está en Sicilia, bajo el Etna, según la tradición pindárica que Góngora recoge en su *Polifemo*]. (II, 775-6.)

E. Lugares míticos

ÉREBO: Abismo oscuro, acceso del Tártaro (VIII, 362, y IX, 592).

ÉSTIX (Estigia): Río y laguna infernal. [En el mito, uno de los Titanes que estuvieron de parte de Zeus cuando éste derrocó a Cronos. Es ente de naturaleza femenina, y según Hesíodo, es hija de Océano, esposa de Palante, y madre de Zelos, Nike, Cratos y Bía (Emulación, Victoria, Poder y Violencia). Zeus le concedió la guarda de los juramentos divinos, cuya violación causaba un largo destierro del Olimpo.] II, 745; VIII, 360, etcétera.

OLIMPO: Además de ser un monte entre Macedonia y Tesalia, es un vago lugar celeste donde habitan los dioses, y tal es el sentido en la *Iliada*.

TÁRTARO: La hondura mayor de los infiernos, donde Zeus precipitó a los Titanes vencidos. Ver VIII, 11 y 473; y, especialmente, B, V, 903.

F. Semidioses y héroes de antaño

ADMETO: [Esposo de Alcetis y padre de Eumelo. Zeus dio muerte a Asclepio, hijo de Apolo, por haber resucitado a Hipólito (hijo de Teseo e hijastro de Fedra) a ruegos de Ártemis. Apolo no podía vengarse de Zeus, y se vengó dando muerte a los Cíclopes, forjadores del rayo que fulminó a Asclepio. Zeus, en castigo, condenó a Apolo a servir por algún tiempo a las órdenes de Admeto, de cuyas greyes fue pastor. Ver "Apolo", en C. Admeto resultó un amo benévolo.

Apolo, agradecido, decidió salvarlo de la Muerte y, con ayuda del vino, sobornó a los Hados para que dejaran morir a otra persona en lugar de Admeto. Los padres de éste se negaron al sacrificio. Alcestis, la esposa, lo aceptó. Hércules, camino de alguna de sus empresas, luchó contra la Muerte e impidió que se llevara a la fiel Alcestis. Este mito dio asunto a un drama satírico de Eurípides, *Alcestis*, y a un poema de Browning, *Balaustion's Adventure*.] (II, 708).

Adrasto: [Rey de Argos y de Sición que condujo la infortunada expedición de los Siete contra Tebas y, ya en su vejez, la expedición victoriosa de los Epígonos contra Tebas.] Fábula de la descendencia de Edipo: B, IV, 373 y ss.

AMAZONAS: Legendarias guerreras [de un pueblo matriarcal, consagradas al culto de las diosas madres orientales, lo que explica, mucho mejor que la alegada comodidad para el manejo del arco, la mutilación del seno derecho que generalmente se les atribuye, mutilación sacra correspondiente a la castración masculina en el culto de Cibeles y otros ritos asiáticos. Las Amazonas, según la fábula, hicieron antaño largas correrías por el Asia Menor y aun atacaron a Atenas. Tal vez la madre de Hipólito, el hijo de Teseo, fue una reina de las Amazonas cautivadas por el famoso héroe ateniense. El arte se ha complacido en representarlas.] La Tumba de Mirina, citada en II, 807, es un rastro de esta leyenda, y otro, las recordaciones de Príamo que de joven guerreó contra ellas (III, 187 y ss.).

ANFITRIÓN: (V, 397). Hijo de Alceo, nieto de Perseo, esposo de Alcmena su prima, la hija de Electrion el rey de Micenas. Mató a Electrion por accidente, y se refugió con su esposa en Tebas.

Mientras regresaba de un combate, Zeus asumió su apariencia y amó a su esposa Alcmena. Poco después apareció el auténtico Anfitrión. De resultas, Alcmena dio a luz dos mellizos: Ificles, hijo del esposo mortal, y Hércules, hijo de Zeus. Plauto, Molière, Dryden han sacado de aquí comedias. Lejana transformación del tema, en *El sombrero de tres picos*, de Pedro Antonio de Alarcón.

ASCLEPIO: Médico insigne, aún no divinizado en la *Iliada* (caso semejante al de Hércules). Padre de Macaón y Podalirio, los médicos de la armada aquea, a quienes comunicó los secretos curativos que aprendió de Quirón (II, 724-5, y IV, 217). [En el mito posterior, hijo de Apolo y Coronis. Llegó a tener culto muy difundido en Grecia, como dios de la medicina, y en sus sagrarios se interpretaban los sueños de los pacientes para proceder a su tratamiento, remoto antecedente del psicoanálisis onírico.] Ver "Admeto" y B, I, 65.

ATREO: Rey de la Argos Micenia [nieto de Tántalo, hijo de Pélope], padre de los Atridas, Agamemnon y Menelao. [Se quiere hoy identificarlo con el Attarisayas, jefe de los Ahhiyava (¿aqueos?), que aparece en las inscripciones hititas y que merodeaba por los litorales asiáticos.] Ver "Tiestes", en F.

CÁSTOR: Mellizo de Polideuces. Ver "Dioscuros", "Helena" y "Polideuces", en F, y "Zeus", en C. (III, 236-7).

CENEO: Rey lapita que combatió a los Centauros [quienes lograron darle muerte, aunque era invulnerable] (I, 363).

DÁNAO: Ver A, 5 c, y B, II, 532 y ss. [Ío, hija de Ínaco, rey de Argos, fue amada por Zeus y convertida en vaca para sustraerla a la vigilancia de Hera. Ésta le puso bajo la guarda del Pastor Argos a quien Hermes dio muerte (ver "Argifonte", en C). Hera envió entonces un tábano que la hacía correr de sitio en sitio. Encontrándose en Egipto, dio a luz a Épafo, fruto de sus amores con Zeus. De Épafo descienden los hermanos Dánao y Egipto. Aquél tenía cincuenta hijas, y éste cincuenta hijos. Se concertaba el enlace de los primos, cuando Dánao, refiado con su hermano Egipto, huyó a Argos con sus cincuenta Danaides, y llegó a ser rey del territorio, cuyos habitantes se llamaron "dánaos". Los hijos de Egipto descubrieron el paradero de sus primas y las obligaron al matrimonio. Por orden y consejo de Dánao, sus hijas dieron muerte a sus maridos la noche misma de las bodas, con excepción de Hipermnestra que fue feliz al lado de su esposo Linceo. Las demás fueron condenadas en los infiernos a llenar de agua un tonel sin fondo. Otra de las Danaides, Amímone, concibió de Posidón al héroe Nauplio, fundador y epónimo de Nauplia. La historia de las Danaides en Esquilo, *Las suplicantes* (y en *Los Egipcios* y *Las danaides*, tragedias perdidas), y otros detalles, en Píndaro, *Píticas*, IX 193 y ss.]

DIÓSCUROS (así llamados en los *Himnos Homéricos*): Cástor y Polideuces (el Pólux latino). En Homero, hijos de Tindáreo y de Leda, como Clitemnestra, y medio-hermanos de Helena. [En tradiciones diferentes, hijos también de Zeus, como Helena.] La *Iliada* los declara muertos (III, 243-4), e ignora la leyenda de su edificación y su inmortalidad alternada (*Odisea*, XI, 299-304). Ver, en F, "Cástor", "Helena" y "Polideuces"; y en C, "Zeus".

ÉACO: Abuelo de Aquiles. Ver B, I, 181.

ENEO: Rey de Calidón, padre de Meleagro y de Tideo, que hospedó en su casa a Belerofonte. Olvidó ofrecer las primicias de su cosecha a Ártemis, aunque honró a las demás deidades, y Ártemis, indignada, lanzó por los campos de Eneo al célebre Jabalí de Calidón. (Ver II, 638-9; VI, 219 y ss.; IX, 546 y ss., y 603; XIV.)

ERECTEO: [Es propiamente hijo de Pandión y nieto de Erictonio, fabulosa y remota casa real de Atenas.] Homero identifica a Erecteo con su abuelo Erictonio, el aborigen que nació de la Tierra [fecundizada por Hefesto que en vano pretendía forzar a Atenea]. Ver B, II, 541-2.

EURISTEO: Rey micenio, nieto de Perseo (VIII, 355; XV y XIX). Ver "Hércules", en F.

HÉRACLES: [Héroe representativo del vigor físico y la abnegación, aunque con arrebatos de locura y de frenesí amoroso.] Aún no divinizado en la *Iliada* (caso semejante al de Asclepio), llegó a serlo, y se le dio entrada en el Olimpo, como esposo de Hebe, la escanciadora divina, hija de Zeus (*Odisea*, XII). Hijo de Zeus y de Alcmena, aunque el poema lo llama "vástago de Anfitríón" (q. v.), pues Anfitríón era el esposo de Alcmena (V, 397 y ss.). La *Iliada* lo considera arquero: la célebre clava sólo le será atribuida más tarde. [Perseguido desde la cuna por los celos de Hera, tuvo que cumplir los Doce Trabajos que le impuso Euristeo (q. v.), rey de Tirinto, difíciles empresas en que lo protegió Atenea por orden de Zeus (VIII, 355 y ss.), y que lo hacen comparable a Teseo (q. v.), como urbanizador del mundo contra las

monstruosidades prehelénicas, aunque las hazañas de su amigo Teseo son menos fabulosas.] Dio muerte a once de los doce hijos de Neleo, matanza de que sólo escapó Néstor, según *Iliada*, XI. (Ver "Néstor", en G.) [Abrazado por la sangre dañina de la túnica que el Centauro Neso había dado a Deyanira, al morir bajo los flechazos de Hércules por haber querido forzarla, y que ella suponía le devolvería el amor del héroe (ahora fascinado por Yole), Hércules hizo que su amigo Peante, padre de Filoctetes (*q. v.* en G.), encendiera la pira que él mismo alzó en el monte Eta, murió consumido en las llamas y ascendió al Olimpo.] Fue padre del caudillo rodio Tlepólemo (II, 648 y ss.), y de Tésalo, padre a su vez de los guerreros aqueos Fidipo y Ántifo (II, 673-4).

HIPODAMIA: Esposa del Pirítoo a la que pretendieron raptar los Centauros el mismo día de sus bodas, y madre de Polipotes, guerrero aqueo (II, 732; ver "Centauros", en D).

HIPSÍPILE: Ver "Jasón", en F.

JASÓN: Príncipe tésalo, hijo de Esón, capitán de los Argonautas. En su viaje a la Cólquide, se detuvo en Lemnos, la isla volcánica consagrada a Hefesto, se unió allí a la princesa Hipsípila y tuvo de ella a Euneo (*q. v.* en G.), actual aliado de los aqueos que les enviaba provisiones (VII, 473 y ss.). Ver B, II, 705, etcétera.

LAOMEDONTE: Monarca troyano, padre del rey Príamo que figura en la *Iliada*. Ver A, 6, b.

LICURGO: 1) Hijo de Driante, de quien cuenta Diomedes que persiguió por los montes de Nisa a las

nodrizas de Dióniso y a éste mismo, por lo que los dioses lo hicieron morir (VI, 129 y ss.). 2) Rey de Arcadia que dio muerte a Areítoo el Macero (VII, 153 y ss.).

MELEAGRO: Caudillo etolo, hijo de Eneo el rey de Calidón (*q. v.*), y hermano de Tideo. Ver II, 639; IX, 556 y ss., y las notas respectivas, en B.

NELEO: Padre del anciano Néstor (*q. v.*). Hijo de Posidón y Tiro, y rey de Pilos. Hércules (*q. v.*) solicitó que lo purificase por haber muerto a Ífito. Como Neleo se negara, lo mató junto con once de sus doce hijos, habiendo tan sólo escapado Néstor.

PELEO: Rey de los mirmidones, hijo de Éaco, esposo de la Nereida Tetis (*q. v.*, en C), padre de Aquiles y de Polidora. Los dioses le obsequiaron los caballos inmortales con que combatió Aquiles en Troya.

PÉLOPE: [Hijo de Tántalo, resucitado por Zeus después que aquél lo sirvió como banquete a los dioses para probar su sabiduría. Como Deméter, distraída con el dolor de haber perdido a su hija Perséfone secuestrada por Hades, devorar descuidadamente el hombro de Pélope, éste llevó en adelante un hombro hecho de marfil. Padre de Atreo y abuelo de Agamemnon y de Menelao. Ganó la mano de Hipodamia, hija de Enomao, rey de Élide, vencéndolo mediante un ardid en las carreras de competencia. Dio su nombre al Peloponeso ("isla de Pélope").] Dejó el cetro a su hijo Atreo.

PIRÍTOO: Hijo de Zeus y de Día. Esposo de otra Hipodamia (no la de Pélope) y padre de Polipetes el

guerrero aqueo. Combatió a los Centauros (I, 263-8, II, 732-5). Compañero de Teseo, intentó en su compañía rescatar a Perséfone cuando Hades se la llevó a los infiernos. Ambos fueron aprisionados por Hades, y Hércules pudo libertarlos (*Odisea*, XI y XXI).

POLIDEUCES: Uno de los Dióscuros, mellizo de Cástor. Mas conocido entre nosotros por su nombre latino de Pólux. Ver, en F, "Cástor" y "Dióscuros"; y en G, "Helena".

POLIFEMO (no el Cíclope famoso de la *Odisea*): Héroe lapita, hijo de Élato, que combatió a los Centauros (I, 264 y ss.).

TESEO: Rey de Atenas y su héroe nacional, a quien recuerda todavía el veterano Néstor. Es Egida o hijo de Egeo, epónimo del mar de este nombre. Combatió a los Centauros (I, 264-5). [Mató al Minotauro de Creta y a otros monstruos. Pacificador y urbanizador. Sus historias galantes han dado asunto a un catálogo de cierto erudito alejandrino.] Ver, en F, "Hércules" y "Pirítoo"; y en G, "Helena".

TIDEO: Hijo de Eneo y Peribea, padre de Diomedes. Pequeño y bravo como pantera. Murió en la primera guerra tebana y fue predilecto de Atenea (IV, 639 y ss.; B, IV, 373; VI, 225 y ss., etc.). [Atenea iba a concederle la inmortalidad, cuando desistió horrorizada, al ver que Tideo, ya moribundo, devoraba rabiosamente el cráneo de su adversario Melanipo.]

TIESTES: Hermano de Atreo (q. v.) y rey de Micenas. Dejó el cetro a Agamemnon. [Sedujo a su cuñada Etra, y fue desterrado por el entonces rey Atreo, quien,

fingiendo reconciliarse, le dio a comer al propio hijo de Tiestes. Éste huyó espantado. Engendró, en su hija Pelopia, a Egisto, el que traicionará a Agamemnon cuando éste regrese a Micenas. Entretanto, Atreo intentó hacer matar a Tiestes por Egisto. Ambos se reconocieron y, puestos de acuerdo, dieron muerte a Atreo. La maldición de la raza de Tántalo se refleja en su descendencia, llena de crímenes.]

G. Bando aqueo

AGAMEMNÓN: Rey de Micenas y jefe supremo de los aqueos. Atrida o hijo de Atreo. Hermano mayor de Menelao. Padre de Crisótemis, Laódice, Ifinasa y Orestes. Cuando regrese de Troya, lo asesinará a traición su esposa Clitemnestra y su primo Egisto, que la ha seducido en su ausencia. Lo vengará su hijo Orestes, según la leyenda que refiere la *Odisea* y recogen los trágicos. (Sobre Egisto, ver "Tiestes", en F.) El regreso de los capitanes aqueos fue una serie de desventuras. Las inevitables impiedades de la guerra, como aquello de que todos los aqueos se ensañaran contra el cadáver de Héctor (XXII), han ofendido a los dioses. Además, cada uno de los príncipes victoriosos ha incurrido en alguna extralimitación que llama al castigo. De estas amarguras que siguieron al triunfo, y lo desmenuzaron por así decirlo en una serie de derrotas separadas, dan noticia los *Nostoi* o cantos del retorno. La *Odisea* es el único que conservamos.

AQUILES: Hijo del rey Peleo y de la Nereida Tetis, caudillo de los mirmidones y el más bravo entre los aqueos, algo bárbaro todavía. Como hijo de Peleo, es Pelida o Pelión; como nieto de Éaco, se lo llama Eácida. [Sobre las circunstancias de su nacimiento, B,

I, 349, etcétera. Educado por el Centauro Quirón y por Fénix. Su padre o su madre, sabiéndolo condenado a morir en la Guerra de Troya, lo ocultan, disfrazado de mujer, en la isla de Esciro (Espóradas), cuando se reclutaban las fuerzas para la expedición naval. Allí se une con Deidamia, hija del rey Licomedes, y engendra a Neptólemo (o Pirro). Calcas había predicho que, sin su concurso, Troya no podría caer. Odiseo descubre su escondite, y lo persuade a seguirlo a la guerra.] En la *Iliada*, Aquiles parece haber acudido más bien por propia decisión, al frente de sus cincuenta naves, y no sentirse del todo como un súbdito de Agamemnón. [La historia de que su madre lo hizo invulnerable, sumergiéndolo en la Éstix salvo el talón de que lo tenía sujeto es ya muy tardía y puramente folklórica.] En su amor para Briseida, su esclava de guerra, hay un toque romántico. Se anuncia que morirá por la flecha de Paris, a quien impulsa Apolo (XXII), pero ello no acontece en la *Iliada*. Un pasaje dudoso de la *Odisea* (XXIV) describe el combate en torno a su cadáver, sus funerales, y el duelo de su madre Tetis y las ninfas que las acompañan. Los otros muchos rasgos de su leyenda no incumben a estas notas.

ATRIDA, ATRIDAS: Hijo o hijos de Atreo, Agamemnón y Menelao, Ver "Atreo", en F.

AUTOMEDONTE: Mirmidón, hijo de Diores, auriga y escudero de Aquiles.

ÁYACES: Plural arbitrario de "Áyax".

ÁYAX: 1) Telamónio o hijo de Telamón, nieto de Éaco al igual de Aquiles. Medio hermano del bastardo Teucro Telamónio, el gran arquero. 2) Hijo de Oileo, gran lancero. Contrasta con su homónimo por ser tan

pequeño como el otro es tallado. Áyax Telamónio descuellla en ausencia de Aquiles, es esforzado y caballeroso: véase su duelo con Héctor en VII, escena 2. Posteriormente, ya muerto Aquiles, enloqueció de despecho porque las armas de éste fueron adjudicadas a Odiseo. En su extravío, como Don Quijote, destruyó una manada de carneros, tomándolos por enemigos, y después se suicidó. Según la *Odisea*, ni en la otra vida se consuela de haber perdido las armas de Aquiles. Áyax de Oileo, aunque es bravo, es algo insolente y presuntuoso, según lo muestra su actitud en los juegos fúnebres de Patroclo (XXIII). Al regreso de Troya, por no querer implorar a los dioses, naufraga junto a las rocas Giras (*Odisea*, IV).

CALCAS: Testórida o hijo de Téstor. Augur oficial de los aqueos. Ver B, I, 71 y 108.

CLITEMNESTRA: Hija de Tindáreo y Leda, hermana de Helena, esposa de Agamemnón, a quien, en connivencia con Egisto su amante, traiciona y mata cuando aquél regresa de Troya. Muere a manos de su propio hijo, el vengador Orestes. Agamemnón declara ante los ejércitos que Criseida, su esclava de guerra a quien se ve obligado a devolver, le parece preferible a su propia esposa Clitemnestra (I, 115 y ss.). La posteridad comparte su preferencia.

DIOMEDES: Rey de Argos. Tidida o hijo de Tideo, y de Deípíle. Nieto de Eneo (q. v., en F). Él y su teniente Esténelo pertenecen a la generación de los Epígonos, vencedores de Tebas (B, IV, 373 y ss., y 412 y ss.). [No confundirlo con su homónimo, hijo de Ares y de Cirene, rey de Bistonía, cuyos caballos se alimentaban con carne humana, asunto de una narración de Lugones.] Sobre su regreso de Troya, B, V, 411 y ss.

EÁCIDA: Aquiles, nieto de Éaco.

ÉACO: Ver B, I, 181.

EUNEO: Rey de Lemnos. Ver "Jasón", en F.

FÉNIX: Viejo ayo de Aquiles, cuya historia cuenta él mismo en IX, 435-505. Hijo de Amíntor. Peleo, el padre de Aquiles, le otorgó el reino de los dólopes.

FILOCTETES: Rey tévalo, consumado arquero. Herido por una hidra ponzoñosa, es abandonado en Lemnos durante el viaje de los aqueos rumbo a Troya. [Más tarde, los aqueos volverán a buscarlo para poder vencer la plaza.] Ver B, I, 6f; y II, 712 y ss. La ingratitud de que fue objeto tuvo una compensación: es uno de los contados jefes aqueos que, después de la guerra, regresó felizmente a su patria: *Odisea*, III.

HELENA: Hija de Zeus y de Leda, la esposa de Tindáreo, por lo que a veces se llama a Hércules "vástago de Anfitríon". Hermana de los Dióscuros (q. v.) [y de Clitemnestra (q. v.).] Esposa de Menelao, es raptada por Paris, causa de la Guerra Troyana. Niña aún, había sido raptada por Teseo, y recobrada por los Dióscuros: ver B, III, 151; y Esquilo, en su *Agamemnon*, la llama: "La mujer que conoció más de un varón." Permaneció al lado de Paris diecinueve años y, tras la caída de Troya, regresó con Menelao a Egipto, y finalmente recobró su puesto de reina honorable, de cuyo pasado no se habla, en el palacio real de Lacedemonia. Homero calla sobre la fábula de que Zeus sedujo a su madre Leda bajo forma de cisne, y aun hace lamentar a Helena el abandono de "sus padres", como si por un instante olvidara que es hija de

Zeus y la diera por hija de Tindáreo (III, 148). Respecto a la fábula de que se refugió en Egipto y sólo su doble o fantasma llegó a Troya en compañía de Paris, ver B, II, 360.

IDOMENEO: Rey de los cretences. singularmente estimado por Agamemnon. Hijo de Deucalión y nieto del fabuloso Minos. Era, entre los guerreros aqueos, de los más entrados en años, aunque no un anciano como Fénix o Néstor. Su segundo, Meríones, es todavía joven, cuando él ya comienza a encarnecer. [Había sido uno de los pretendientes de Helena, antes de que ésta se desposara con Menelao: B, 6, a.] En Esparta, Menelao y Helena lo recibían siempre, antes de la Guerra Troyana, como a huésped de honor (III, 231 y ss.). Después de la guerra, durante su regreso a Creta, estuvo a punto de naufragar, e hizo el voto de ofrecer a Posidón el sacrificio de la primer criatura viviente que se le presentara al pisar su suelo. Ésta resultó ser su hijo Orsíloco (no el hijo de Diocles y mellizo de Cretón mencionado en V, 558). Idomeneo no quiso cumplir su voto, lo cual provocó una peste. Y desterrado por su pueblo, fue a refugiarse a Italia. Según la *Odisea*, II, regresó dichosamente a su tierra.

IFIANASA: Hija de Agamemnon y de Clitemnestra, sólo mencionada en la *Iliada* cuando Agamemnon la ofrece a Aquiles, así como a sus otras dos hijas, Crisótemis y Laódice, para ver de reconciliarlo (IX, 144 y 290). Se la nombra en este glosario para llamar la atención sobre la fábula de Ifigenia: ver B, I, 6, b, y B, I, 108 y ss.

MACAÓN Y PODALIRIO: Hijos de Asclepio (q. v., en F), médicos del ejército aqueo.

MENELAO: Rey de Lacedemonia o Esparta anterior a los dorios. Hijos de Atreo. Hermano menor de Agamemnon. Esposo de Helena, a quien la arrebató Paris: causa de la Guerra Troyana. Padre de Hermíone y de Megapentes. En la *Iliada*, fuera de su victorioso duelo con Paris y de su denodada defensa del cadáver de Patroclo, se esfuma un tanto, dejando el primer lugar a su hermano. Después de la guerra, regresa a sus dominios con Helena, a quien no tuvo ánimos de castigar. A su muerte, fue trasladado a los Campos Elíseos por especial favor de los dioses. [La poesía posthomérica completa su historia anterior y posterior al periodo cubierto por los poemas homéricos: Se había encontrado con Paris en Delfos, y aunque el oráculo les hizo alguna advertencia, ellos no lo entendieron; se hallaba en Creta cuando Paris raptó a Helena, y la diosa Iris le dio el aviso, etcétera.]

MENESTEO: Peteída o hijo de Peteo, jefe de las tropas atenienses, a quien sólo Néstor el veterano supera en pericia militar. Ver B, II, 547 y ss.

MERÍONES: Hijo de Molo, caudillo cretence, sobrino y teniente de Idomeneo. Homero lo llama "Enialio" el epíteto de Marte, por su bravura.

NÉSTOR: Nelida o hijo de Neleo (q. v., en F) y de Cloris. Rey de Pilos, orador elocuente, veterano aqueo que combate ya más con el mando que con las armas, aunque se mezcla en las luchas. Muy escuchado en los consejos. Dado a las felices evocaciones de su juventud. Sus hijos Antíloco y Trasimedes combaten en la *Iliada*. Cuando Hércules (q. v., en F) saqueó a Pilos, Néstor fue llevado a Gereno (Mesenia), donde se educó y se hizo caballista, de donde se lo llama "jinete gerenio" [p. e. X, 101, 128 y 141]. Volvió para

recoger el reino paterno. Sobrevivió a la Guerra Troyana, y la *Odisea* nos lo muestra, nueve años después, gobernando tranquilamente sus antiguos dominios.

MENETÍADA: Patroclo, hijo de Menetio.

ODISEO (Ulises): Rey de Ítaca y sus dominios insulares. Hijo de Laertes y Anticlea, esposo de Penélope, la primer "dama europea" por excelencia en la literatura. Padre de Telémaco (B, II, 256 y IV, 351). Jefe de las tropas de cefalénios venidas del "mar de islotes" o archipiélago del Jónico, litoral oeste de Grecia. Prudente, paciente, sutil, fecundo en ardides. Predilecto de Atenea, a quien está acompaña en las aventuras de su regreso, después de la guerra: asunto de la *Odisea*.

PATROCLO: Hijo de Menetio. Compañero inseparable y teniente de Aquiles, condenado a perecer a manos de Héctor en XVI. Sobre el significado de su muerte en la acción del poema, B, I, 6, *d* y *e*. [Un contemporáneo pretende con notoria violencia reducir el texto original de la *Iliada* a una transformación poética del rito mediterráneo sobre la muerte del rey por sustitución: Patroclo, vestido con las armas de Aquiles, muere en lugar de éste. Sobre sus prendas morales y su carácter piadoso nos queda, como testimonio, el lamento de Briseida ante su cadáver (XIX).]

PODALIRIO: Ver "Macaón", en G.

PROTESILAO: Primer guerrero aqueo que desembarcó en tierra troyana y cayó al instante [según

vaticinio de los oráculos, sea por la lanza de Héctor o la flecha de Paris]. Homero dice que lo mató "un dardanio" (II, 694). [La desolada viuda Laodamia en el mito general, y Polidora en los *Cantos Ciprios*, inspiró a los dioses tal piedad, que permitieron a Protesilao volver a su lado por tres horas, después de lo cual, ella decidió suicidarse. Wordsworth le ha consagrado un poema.]

TELAMONIO: Hijo de Telamón. Son Telamonios Áyax y su medio hermano Teucro.

TELÉMACO: Hijo de Odiseo (*q. v.*), que se ha quedado en Ítaca por ser muy niño. Ver B, II, 256.

TERSITES: Guerrero aqueo feo y maldiciente. Ver B, II, 209 y *ss.*, etcétera.

TEUCRO: Gran arquero, medio hermano de Áyax, quien lo ampara bajo su enorme escudo mientras él flecha enemigos. Hijo de Telamón [y de una concubina, Hesione, hija de Laomedonte. Después de la Guerra Troyana, volvió a su patria, Salamina y de allí emigró a Chipre].

TIDIDA: Hijo de Tideo, Diomedes.

TLEPÓLEMO: Hijo de Hércules y Astioquía, fundador en Rodas, cuya historia consta en II, 648 y *ss.* Véase también la nota correspondiente. Es otro antiguo pretendiente de Helena, como Idomeneo (*q. v.*, en G).

ULISES: Nombre latino de Odiseo, que se hace constar para el lector familiarizado con esta forma.

H. Bando troyano

ALEJANDRO: Paris.

ANDRÓMACA: Hija de Eetión, esposa de Héctor, madre de Escamandrio (o Astianax). [La saga extrahomérica de Troya la asigna, después de la derrota, al botín de Neoptólemo, el hijo de Aquiles. Muerto Neoptólemo, se casa con Héleno, *q. v.*]

ANQUISES: Príncipe troyano, jefe de la rama dardania, a quien se entregó Afrodita y tuvo de él a Eneas. Ver A, 6, *c.*

ANTENOR: Cuñado del rey Príamo, esposo de la sacerdotisa Teano, hermana de la reina Hécuba. Consejero venerable a quien Homero llama "sesudo". Conciliador que deseaba la devolución de Helena y sus riquezas a los aqueos para evitar la continuación de la guerra. Ver B, III, 206 y *ss.* [La general grosería, que procede por exorbitaciones, hace que la fábula posterior lo convierta en un traidor a quien los aqueos respetaron en el saqueo de Troya.]

ASTIANAX: Apodo del niño Escamandrio (*q. v.*), hijo de Héctor y Andrómaca.

BRISEIDA: Esclava de guerra de Aquiles, ganada por éste en el saqueo de Lirneso, y con quien le unió tan hondo afecto que cuesta trabajo clasificarla entre los personajes del bando troyano (IX, 344 y *ss.*). Era hija de Briseo y viuda de Mines, muerto por el propio Aquiles. Patroclo solía asegurarle que Aquiles acabaría por desposarla (XIX). Homero la compara a

“la áurea Afrodita”. Agamemnón la arrebató a Aquiles para compensarse de tener que devolver a Criseida, reclamada por su padre Crises y por el dios Apolo, despojo que causa la cólera de Aquiles y da ocasión a la *Iliada*: B, I, 6, c. Cuando sobrevenga la reconciliación entre los dos jefes aqueos, Agamemnón la devolverá a Aquiles intacta, como lo venía anunciando desde sus primeras ofertas de amistad (IX, 130 y ss., 276 y ss.; y XIX). Anhelaríamos conocer el fin de Briseida.

CRISEIDA: Hija del príncipe y sacerdote Crises, primero raptada y luego devuelta por Agamemnón a su padre, para aplacar el enojo de Apolo. Ver “Briseida”.

CRISES: Padre de Criseida, príncipe y sacerdote de Apolo en Crisa.

DARDÁNIDA: El rey Príamo, por descendiente de Dárdano. Ver A, 6, b.

ENEAS: Príncipe dardanio, hijo de Anquises y Afrodita, a quien especialmente amparan ésta y Apolo. Él mismo declara su genealogía en XX, donde Posidón augura que un día reinará en Troya. Homero habla de su oposición a la rama reinante de Príamo (XIII y XX), que no empece a su lealtad troyana (A, 6, c). [En torno a Eneas y a su descendencia, los críticos ven el reflejo de ciertas rivalidades entre los pueblos de Asia Menor por aquellos siglos. El *Himno a Afrodita*, por ejemplo, que canta el nacimiento de Eneas, pudo componerse para glorificar una dinastía local de la Tróade que reinaba en Esquepsis bajo la protección de Mileto y pretendía descender de Ascanio, hijo de Eneas. La *Pequeña Iliada* de Lesques pretende que Eneas, con

Andrómaca, formó parte del botín del hijo de Aquiles, Neoptólemo, y fue llevado por éste a Farsalia. En la *Caída de Ilíon*, Arctino lo hace retirarse de la guerra y recluírse en el monte Ida antes del saco de la ciudad, para permitir el cumplimiento de cierto vaticinio que le anuncia el acceso al trono de la rama dardania, una vez que caiga la rama de Príamo. La saga extrahomérica de Troya, en la tradición de Estesícoro y los romanos Fabio Píctor, Nevio, Enio y Virgilio (*Eneida*), acabará por relacionar los pretendidos orígenes de Roma con el accidentado viaje de Eneas, después de la derrota, hasta Italia por la vía de Cartago.]

ESCAMANDRIO: Niño, hijo de Héctor y Andrómaca, apodado “Astianacte”. Ver B, VI, 17 y ss. [Es muerto despiadadamente en el saco de Troya.]

FERECLO: Hijo de Tectón. Fabricó las naves para la expedición de Paris, de tristes consecuencias. Murió a manos de Meriones.

HÉCTOR: Jefe de la defensa troyana, hijo del rey Príamo y la reina Hécuba, esposo de Andrómaca y padre del niño Escamandrio-Astianax. En contraste con su hermano Paris, es el más noble y caballeroso entre los guerreros de la *Iliada*, y hay quien suponga que Homero lo inventó para dar al bando troyano un caudillo digno. (Ver “Paris”, más adelante.) Muere a manos de Aquiles (XXII).

HÉLENO: Hijo de Príamo y Hécuba, hermano de Héctor a quien éste escucha por ser profeta, como también lo es su hermana Casandra, aunque en los vaticinios de ésta nadie creía [por castigo de Apolo,

cuyas solicitudes amorosas ella había rechazado. Héleno es llevado al Epiro con el botín de Neoptólemo y, tras la muerte de éste, se desposa con Andrómaca, la viuda de su hermano Héctor. Eneas, en su largo viaje, lo visita allí, según Virgilio, *Eneida*. III.]

LAOMEDONTÍADA: Priamo, hijo de Laomedonte: A, 6, b.

PÁNDARO: Jefe licio, hijo de Licaón, gran arquero, único que, en la *Iliada*, usa ya el hierro en sus flechas. Determina la continuación de la guerra violando los pactos en IV, donde hiere traidoramente a Menelao; y muere a manos de Diomedes en V, tras de haberlo herido de un flechazo. [Chaucer y Shakespeare han ennegrecido un poco su carácter. Era más atolondrado que perverso.]

PARIS: Hijo de Príamo y Hécuba. Hermano de Héctor. También se lo llama Alejandro. Es causante de la guerra de Troya por haber cometido el rapto de Helena. Diestro arquero, hombre de singular hermosura que mereció dictar sentencia sobre la belleza de las diosas, en el Juicio que lleva su nombre: B, I, 6, a. Carácter desigual y poco simpático: B, VI, 542-4. Aunque Homero lo da por menor que Héctor (*q. v.*) y aun hace ver que Héctor se considera el heredero natural del trono troyano, en la persona de su hijo Escamandrión-Astianax (VI, 501 y ss.), adviértase que fue Paris, y no Héctor, quien llevó una misión a Sidón y a Argos, la cual paró en el rapto de Helena (VI, 296 y ss.), diecinueve años antes del comienzo de la *Iliada*. Si para entonces, razonan algunos, tenía por lo menos unos veintiún años, contaría unos cuarenta en la *Iliada*; en tanto que Héctor es un joven recién casado y padre de una criatura que aún no habla, por lo que

puede pensarse que tendría unos veinticinco años. El poeta, como se dijo a propósito de Héctor, bien pudo inventar a éste sin preocuparse de ajustar cifras. Homero tampoco habla del Juicio de Paris, sino que dice simplemente que Paris insultó a Hera y a Atenea (XXIV). Se da por hecho que murió, puesto que, en la *Odisea* (V), Deífobo, otro de los Príamidas, se asocia ya a Helena, en brevísimas nupcias y mientras caía Troya. La poesía considera en efecto, a Deífobo, como efímero marido de Helena, en tanto que la recobra Menelao. [La tradición extrahomérica de la saga troyana nos informa que la esposa de Paris, abandonada por el amor de Helena, era Enone, ninfa del monte Ida, de quien Paris tuvo a Corito; que Paris fue herido por Filoctetes (*q. v.* en G) con una de las flechas heredadas de Hércules; que Enone, celosa, se rehusó a curarlo, y cuando al fin, arrepentida, acudió a su lado, lo encontró muerto, lo que determinó que se suicidara sea colgándose o arrojándose a la pira fúnebre del que un día fue su marido. Los mitógrafos posteriores nos dicen que, cuando Hécuba estaba encinta de Paris, soñó que daba a luz una antorcha de que brotaban serpiente, y los intérpretes ordenaron que se matara a la criatura por considerar este sueño como un mal augurio para Troya. El servidor encargado de matar a Paris se limitó a abandonarlo en el campo, donde unos pastores lo recogieron. Crió Paris un toro que los servidores de Príamo se llevaron consigo para premio de unos juegos fúnebres, y Paris, para ganarlo y recobrar su toro, entró en la ciudad, participó en el concurso, venció a todos en las pruebas atléticas y, acaso por intuición de su hermana Casandra, la adivina, fue reconocido y reintegrado en el seno de la real familia de Príamo.]

PRÍAMO: Anciano rey de Troya, Dardánida o Laomedontiada por su lejana y su próxima ascendencia: A, 6. Esposo de Hécuba. Padre de los Priámidas Héctor, Héleno etc. [Muere en el saco de Troya a manos de Neoptólemo, hijo de Aquiles.] Tenía cincuenta hijos, diecinueve de un lecho, y los demás, de sus concubinas. Casi todos fueron muriendo en los combates. Además tuvo doce hijas.

TEANO: Hija del rey Ciseo, hermana de Hécuba, esposa de Antenor (q. v.), sacerdotisa de Troya.

I. Narraciones

Néstor cuenta la guerra de los Centauros	I, 267 y ss.
Aquiles cuenta su agravio a Tetis	I, 363 y ss.
y alude a la rebelión de los dioses	I, 396 y ss.
Hefesto cuenta cómo Zeus lo arrojó del Olimpo	I, 587 y ss.

El poeta cuenta la historia del cetro de Agamemnon	II, 104 y ss.
Odiseo cuenta el augurio de Áulide	II, 303 y ss.
Las musas ciegan a Tánirris	II, 588 y ss.
Tlepólemo y sus fundaciones rodías	II, 648 y ss.
Muerte de Protesalio	II, 693 y ss.
Abandono de Filoctetes	II, 710 y ss.

Antenor cuenta la embajada de Menelao y Odiseo	III, 205 y ss.
Paris evoca el rapto de Helena	III, 445 y ss.

El arco de Pándaro	IV, 101 y ss.
Agamemnon evoca a Tideo	IV, 369 y ss.

Diomedes cuenta la ascendencia de los caballos de Eneas	V, 271 y ss.
Dione cuenta a Afrodita los agravios que los dioses han recibido de los mortales	V, 386 y ss.
Tlepólemo evoca hazañas de su padre Hércules	V, 644 y ss.
Atenea recuerda a Diomedes la bravura de su padre Tideo	V, 810 y ss.

HOMERO EN CUERNAVACA (1948-1951)

Este recreo en varias voces -prosaico, burlesco y sentimental-, ocio o entretenimiento al margen de la Iliada, se dedica a la buena memoria del sabio, inolvidable amigo y probo sacerdote Gabriel Méndez Plancarte, honra y luto de nuestras letras, desaparecido ha poco en plena labor.

Los quince sonetos escritos entre septiembre y noviembre de 1948, y generosamente acogidos por la revista Ábside, aparecen hoy muy retocados. Al corregirlos recientemente (abril y mayo de 1951), se me fueron ocurriendo los otros quince. El orden en que los presento obedece a consideraciones muy largas de explicar y hallo mas fácil admitir que es caprichoso.

México, 17 de Mayo de 1951.

Je veux lire en trois jours l'Illiade d'Homère.
Ronsard

I ¡A CUERNAVACA! 1

A CUERNAVACA voy, dulce retiro,
cuando, por veleidad o desaliento,
cedo al afán de interrumpir el cuento
y dar a mi relato algún respiro.

A Cuernavaca voy, que sólo aspiro
A disfrutar sus auras un momento:
pausa de libertad y esparcimiento
a la breve distancia de un suspiro.

Ni campo ni ciudad, cima ni hondura;
beata soledad, quietud que aplaca
o mansa compañía sin hartura.

Tibieza vegetal donde se hamaca
el ser en filosófica medida...
¡A Cuernavaca voy, a Cuernavaca!

2

NO SÉ si con mi ánimo lo inspiro
o si el reposo se me da de intento.
Sea realidad o fingimiento,
¿a qué me lo pregunto, a qué deliro?

Básteme ya saber, dulce retiro
que solazas mis sienas con tu aliento;
pausa de libertad y esparcimiento
a la breve distancia de un suspiro.

El sosiego y la luz el alma apura
como vino cordial; trina la urraca
y el laurel de los pájaros murmura;
vuela una nube; un astro se destaca,
y el tiempo mismo se suspende y dura...
¡A Cuernavaca voy, a Cuernavaca!

HOMERO

DE CARA a los volcanes, hoy prefiero,
pues la ambición y la ignorancia igualo,
deletrear las páginas de Homero,
que me acompaña para mi regalo.

Ensayo, me intimido, persevero,
aquí tropiezo y mas allá resbalo:
otro volcán viviente y verdadero,
otro fastigio y otra cumbre escalo.

Pronto el cielo se opaca y estremece,
y el aguacero se desencadena.
Septiembre ruge, la nubada crece,

y cada vez que el horizonte truena,
la soberbia de Aquiles resplandece
y el viento gime con la voz de Helena.

GALOPE DE *LA ILÍADA*

TESALIA, Pilos, Élide, Sición, Laconia, Creta
-yeguas conocidas de larga tradición-,
sus ágiles corceles brindaron al poeta
para atronar los llanos de la ventosa Ilión.

Hay brutos de crianza divina o de secreta
generación olímpica, y a los del Pelión
el Céfiro y la Arpía dieron su sangre inquieta
gozan un instante de habla y de razón.

Entre el cielo y la tierra cruzan los Inmortales,
las bridas sacudiendo de oro y marfil trenzadas.
Dioses, demonios, númenes, humanos, y animales;

nubes, olas y piedras y árboles; y espadas,
picas, flechas y carros, arneses y metales
cabalgan un océano de sílabas rizadas.

TREGUA ESPONTÁNEA

¡INSÓLITA quietud en la troyana tierra!
Bajo su toldo, Aquiles olvida sus pasiones;
se oye temblar la lira, se escuchan sus canciones;
Y un hálito de paz adormece la guerra.

El tumbo de las olas por el espacio yerra.
con discos y venablos juegan los mirmidones
en los embarcaderos; y pacen los bridones
loto y palustre apio traídos de la sierra.

Yacen las negras flotas en muda formación.
De una y otra hoguera suben las humaradas,
y lejos se divisan las murallas de Ilión.

Desata sus sandalias ocioso Agamemnón,
y revista Odiseo sus naves embreadas,
únicas que lucían proas de bermellón.

LOS EXÉGETAS

1

NO JUZGUÉIS que el arguto alejandrino,
partiendo en dos a Homero, como al santo,
fue tan impío ni ha pecado tanto
como peca el moderno desatino.

Que el Janto absorba y beba en su camino
tal afluyente, y se revuelva el manto,
¿en qué perturba la unidad del Janto,
en qué lo deja menos cristalino?

Ha muchos siglos maduró la yema.
enfriada la masa temblorosa
hasta cuajar en su virtud extrema.

Duerma el embrión su vida penumbrosa:
No importa el balbuceo, sí el poema;
No la oculta raíz, sino la rosa.

2

DE MODO que la Iliada, según Monsieur Mireaux,
es la occisión del amo, que en otro tiempo fue
un rito riguroso, y al cabo se atenuó
en despeñar a un *fármakos* o darle un puntapié.

¿Acaso, en vez de Aquiles, Patroclo no murió?
 ¡Pues ya están explicados la causa y el porqué!
 Y añadido por mi cuenta: Tersites padeció
 a nombre de la tropa, según claro se ve.

“... Muchacho, no te encumbres, que toda afectación
 es mala”, y el sensato la juzga con desdén.
 También a Don Quijote le han hecho sinrazón

buscándole mil trazas, y yo puedo también
 probar que este soneto nace de la intención
 de abatir a un coloso hiriéndolo en la sien.

MATERIALISMO HISTÓRICO

SI AL Occidente se buscó el estaño
 o bien por Anatolia y el Euxino,⁵
 las tribus espaderas del camino
 tienen por fuerza que buscarse daño.

¿Hoy el pirata, y el bribón antaño?
 ¿Helena hoy, si ayer el Vellochino?
 ¡Ladronerías que, olvidado el tino,
 dan en poemas como por engaño!

Cuatro términos hay: Ilión y Esqueria
 aduanas son de la explorada vía;
 mercado es Tracia, y el Egipto es feria.

Mas queda otro sendero todavía
 que purga la codicia y la miseria:
 la ruta vertical, la poesía.

GENEALOGÍAS TROYANAS

ZEUS lo engendró, lo hubo alguna de las Pléyades:
 tal es la dignidad de Dárdano el epónimo.
 Su vástago, Erictonio, en Dardania fue rey -a - des-
 pecho de quien lo toma por su ateniense homónimo.

Su hijo Tros, el padre de Ilo, impuso ley -a - des-
 perdigadas comarcas de aquel lugar anónimo;
 y de Tros y de Ilo heredó la epopeya -des-
 pués los nombres de “iliano” y “troyano” el sinónimo.

Ilo tuvo, entre otros, un nieto ilustre: Príamo,
 viejo rey de *La Ilíada*, decente aunque polígamo.
 Crió cincuenta príncipes; mas Paris, mala pécora,

le salió mujeriego y vano y sin escrúpulo...
 -Puedo seguir; no sigo: me canso del esdrújulo
 y, cerrando los párpados, dejo caer la péñola.

ENTREACTO:

A una Afrodita núbil

AFRODITA de oro, renacida
 para desazonar los corazones,
 diosa precoz que brotas a la vida
 entre sospechas y adivinaciones;

que a toda garatusa desmedida
el gesto huraño y la reserva opones,
y ñeando y como distraída
sabes amedrentar a los físgones:

A quien ya no presume de galano
y empieza a descender el precipicio,
otórgale la prez del veterano

que con razón rehusas al novicio:
déjame que te tome de la mano
mientras con la mirada te acaricio.

II DE AGAMEMNÓN

¿QUIERES decirme, Agamemnón, qué saca
de tanta terquedad el mundo aqueo?
Pues a mi no me cuentes que es la jaca
de Aquiles Pelión tu solo empleo.

Pero es verdad que si, en el toma y daca,
te desquitas más bien con Odiseo
-“hombre de mundo”-, a esta hora yo no leo
las páginas de Homero en Cuernavaca.

Tú te empeñaste en exigir por eso
que, para compensarte de Criseida,
el intocable Aquiles pierda el seso.

Porque al fin lo de menos es Briseida,
con tal que, de un exceso en otro exceso,
La Ilíada se fragüe -¡y aun la *Eneida*!

MENELAO Y LA SOMBRA

¡QUÉ TORPE Menelao cuando hasta Ilión venía,
mezclando a tantos pueblos en una culpa ajena,
si es cierto que en Egipto lo esperaba su Helena,
si Estesícoro acierta, si Homero desvaría!

Suspéndase el dictamen; importa todavía
esclarecer los cargos antes de la condena:
a veces una historia se traslada de escena,
y la verdad consiente bostezos de ironía.

¿Es una sombra el lauro de tamañas peleas?
¿Helena es sólo un grito, Helena es sólo un eco?
Pues, en torno al presunto simulacro de Eneas,

¿no combaten las huestes, ludibrios de un muñeco?
Y tú, lector, ¿no acudes, por muy sutil que seas,
en pos de una esperanza o de un embeleco?

DICE HERA:

--¡CORRE, Atenea, que se va la gente!
¡Que se nos quiere ir la gente aquea!
¡Cosas de Agamemnón! ¡Corre, Atenea,
que se acaba el poema de repente!

¡Cosas de Agamemnón el imprudente,
que se desboca y luego titubea!
¡Mira tú que incitar a la pelea
haciendo lamentar la patria ausente!

Este Segundo Canto sin salida
amenaza dejar solo al teatro.
Homero suda. ¡Ayúdalo querida,

por las barbas del Zeus que idolatro!
¡Dile a Odiseo que, si no se cuida,
no llegamos al Canto Veinticuatro!

PARIS

PARIS gandul: la nube que te arropa,
si la diosa te nos escamotea,
me alegraré que como esponja sea
y que te haya dejado hecho una sopa.

Irrumpes con dos lanzas por la tropa,
creces al acercarte a la pelea,
ya llenas todo el campo... Y no se crea
que llenas de pavor a quien te topa.

Guerrero de opereta y de chiripa,
tu alegórico bulto se disipa
en cuanto te columbra Menelao.

Muchos hay como tú que obran portentos
a la hora del baño y los ungüentos,
y al combatir son aire y humo y vaho.

DE HELENA

-HELENA: soy tu ciego enamorado
y a confesarlo sin rubor me atrevo,
pues te descubro en cada rostro nuevo,
a poco que merezca mi cuidado

Me río yo del pobre porfiado
que investiga si Leda puso un huevo:
yo, para bien o mal, mi sed abrevo
en el presente y nunca en el pasado.

El amor no conoce más victoria
que disfrutar la dicha transitoria,
¡y arda Troya después, no lo deploro!

-Tal presumía un escolar jumento
y, dislocando todo su argumento,
soltó un rebuzno que paró en un lloro.

PARIS-ALEJANDRO

Ante Helena

-HELENA que hoy te muestras tan esquivia
y que solías serme tan devota:
acepto humildemente la derrota
A trueque de tu mano compasiva...

Quiero que guardes y alimentos viva
la luz de aquella Cránae remota
donde, por gracia de la Chipriota,
siendo mi reina fuiste mi cautiva...

Recuerda nuestro amor; el ceño deja,
desoye la malicia y la conseja,
y a media voz repite que me amas...

(Y al abrazarla, vislumbró Alejandro
en los ojos de Helena, el Escamandro
rojo de sangre y encendido en llamas.)

LLANTO DE BRISEIDA

DICE Briseida más o menos: -¡Ay
Patroclo que a deshora sucumbiste!
Soy sin ti como ave sin alpiste,
Carro sin rienda, mástil sin estay.

En tanta confusión y guirigay,
tú mi refugio y mi sustento fuiste,
y el único en dolerte de la triste
que tiene que vivir de lo que hay.

Mi dueño el otro, tú mi confidente,
comprendías que soy viuda en resaca
y que, para mi bien, más conveniente

que mover tanto ruido y alharaca
es que Aquiles hiciera lo decente,
casándose conmigo en Cuernavaca.

HERA

INIQUIDAD profunda en que todo reposa,
espíritu del tiempo, reina del torbellino,
sañuda, inexorable, inmensa y procelosa,
menos adicta al Crónida que fiel al destino;

a veces, irritable como engañada esposa
y artera en sus astucias contra el varón divino,
nadie puede implorarla como a cualquiera diosa
que diariamente hallamos a vuelta del camino.

De Hera se nos dice que ríe con los labios,
pero no con los ojos,* y aseguran los sabios
que la risa es la propia salud del corazón.

¡Quién sabe los secretos de esta deidad vetusta
que vino de las sombras y que tal vez ajusta
nuestras razones frágiles a la eterna razón!

* Il., XV, 101.

HÉCTOR

BIZARRO es Héctor, aunque no gigante,
pero nos embelesa y nos imana,
pues, bajo la altivez de su semblante,
su abnegación es casi cristiana.

No supera en la lid al rudo Ayante,
si lo derrota en pulidez urbana;
no triunfa de Patroclo, que el triunfante
ha sido Apolo, y sin razón se ufana.

En Glauco, en Serpedón, mejor se aprecia
al capitán, y lo aventaja Aquiles,
sólo cruel por serlo entonces Grecia.

Mas canta, diosa, y a los pueblos díles
que contra Héctor la censura es necia
medida con sus prendas varoniles.

AL ACABAR LA ILÍADA

DESENGAÑADO Aquiles, sólo a la muerte aspira.
Su madre acecha, atónita, la hora malhadada
en que habrá de ceder sus restos a la pira;
padre, hijo y esposa son grey abandonada.

No queda quien comparta su duelo ni su ira:
su dulce sierva llora, mas llora al camarada;

Atrida es falso, esquivo Ayante, y mal velada
la sorda emulación que Diomedes transpira.

Último caballero de la virtud antigua,
le deja la venganza una embriaguez ambigua,
y sólo de la tumba espera la piedad.

Ya le acude la gloria con los brazos abiertos,
único amor que temple, como un sol de los muertos,
su frío desamparo, su arisca soledad.

III

UNA METÁFORA

“LAS CIGARRAS de voz de lirio”, dice Homero...
Le pesa al preceptista, le duele al traductor.
La audacia del poético y voluntario error
de escolios y de notas ha juntado un rimero.

Algo hay en Apolonio que es del mismo acero,
y algo en el viejo Hesíodo que tiene igual sabor.
No creo que se pueda decir nada mejor,
y juzgue cada uno lo que dicte su fuero.

¿Pues no ha osado un moderno hablarnos del clamor
rojo de los clarines, y no es valedero
si otro habla del negro redoble del tambor?

Transporte sensorial, Vocales de color,
Sinestesia -perdónese el terminajo huero-,
Suprarrealidad, Cantos de Maldoror...

¡Se asusta el avispero!
Mientras zozobra el crítico, digamos con valor:
-¡Bravo por "las cigarras de voz de lirio", Homero!

TERSITES

(y Alarcón)

AL BUEN Tersites yo lo conocía...
Como nuestro Alarcón era de feo,
salvo que éste supo dar empleo
a su corcova y su melancolía,

y el otro no, por esa lengua impía
que le ganó el famoso zarandeo:
¡como que hizo Alarcón lo que Odiseo,
en todas las comedias que escribía!

Yo quebranté una vez con mi ganzúa
el pecho de Alarcón. Su voz fluctúa
del AY grosero al refinado EIEU,

y en el dolor se temple y se acentúa.-
Pedro Henríquez Ureña lo insinúa,
Castro Leal también, y Ermilo Abreu.

REFLEXIÓN DE NÉSTOR

INTENTARÉ vestirlo en un soneto,
aunque sospecho que lo deterioro,
y me pregunto para mi colete
si no resultará como incoloro:

Nuestro Alarcón, el sufridor discreto,
Cuya frecuentación es un tesoro
por su trato sencillo y su decoro,
su tono conversable y su respeto,
piensa que "Dios no lo da todo a uno";
y he aquí que Néstor, elocuente anciano
-gárrulo, pero nunca inoportuno-,

sus años llora y sus vicisitudes,
y exclama, casi como el mexicano:
"Los dioses no dan juntas las virtudes."*

INSTANTE DE GLAUCO Y DIOMEDES

UNA PALABRA, un claro pensamiento
detuvo el mal, "como la miel del higo
cuaja la leche",* y arrastró consigo
la odiosa fiebre y el fragor sediento:

* II, IV, 320

**II, V, 902-4

una palabra a cuyo encantamiento
se reconoce amigo el enemigo.
Y era el cielo de Tróade testigo,
y la palabra se llevaba el viento.

Sombra somos delgada y desvaída;
muy antes que Manrique lo dijera,
lo dijo Glauco y lo escuchó el Tidida:

Que somos la verdura de la era,
marchitas hojas que la fronda olvida
a cada turno de la primavera. *

FILOSOFÍA DE HELENA

CUANDO me orillo a contemplar la fuente
que salta entre parleros borbollones,
no entiendo al mago que gritó: ¡"Detente"!,
ni al loco que le dicta condiciones.

¿Si será que se vive solamente
para ver alejarse las pasiones,
y acaso la memoria diligente
es la mas justa de las mediciones?

Corre la sangre su fangosa vena,
y sólo en el recuerdo se depura
y decanta su linfa y la serena.

* II VI, 146

Y el luto y el afán y la amargura
apenas sirven, como siente Helena,
"para ilustrar la fábula futura". *

LA VERDAD DE AQUILES

SI ME preguntas lo que yo más quiero,
te diré que se muda con el día
y que lo va llevando el minuterero
y el curso de las horas lo desvía.

No es inconstancia, no: la suma espero,
el desenvolvimiento y la armonía
que presentan intención al derrotero
en una espiritual geometría.

Mas si preguntas lo que yo aborrezco,
en una sola frase te lo ofrezco
que recogí en los labios del Pelida:

"pensar y hablar dos cosas diferentes", *
miedo del mundo, engaño de las gentes,
menoscabo del arte y de la vida.

* II VI, 357-8

** II, IX, 312-3

CASANDRA

EN TORNO a las imágenes de Homero
siempre se conformó mi fantasía.
Era yo niño aún, era el primero
de mis arrojios en la poesía;

cuando, borrada y diáfana, al postrero
latido que la tarde difundía,
Casandra vino a mí. Blanco y severo
Y rozagante manto la envolvía.

Miróme sin hablar; pero en sus ojos
de fatal inquietud, yo adivinaba
piedad y espanto. Yo caí de hinojos,

yo no sé más. Sentí que me besaba.
Cantó el viento -y sonaron los manojos
de flechas agitándose en su aljaba.

DE MI PADRE

DE ALEJANDRO y de César y de otros capitanes
ilustre por las armas y, a veces, la prudencia,
yo encontraba en mi padre como una vaga herencia,
aliento desprendido de aquellos huracanes.

Un tiempo al Mío Cid consagré mis afanes
para volcar en prosa sus versos y su esencia:

la sombra de mi padre, rondadora presencia,
era Rodrigo en bulto, palabras y ademanes.

Navegando *La Ilíada*, hoy otra vez lo veo:
de cóleras y audacias -Aquiles y Odiseo-
imperativamente su forma se apodera.

Por él viví muy cerca del ruido del combate,
y, al evocar hazañas, es fuerza que retrate
mi mente las imágenes de su virtud guerrera.

DE MI PARÁFRASIS

1

NO ESTÁ en las letras cuanto yo adivino
del duelo del troyano y del aqueo,
ni sólo en el poema peregrino,
ni en lo que cautamente escribo y leo.

A sobresaltos de la sangre, atino
con el oculto parangón, y husmeo,
no las palabras disecadas, sino
el tufo de la guerra y del saqueo.

Por gracia o maldición -otro lo acierte-,
un patrimonio traigo en la memoria
de valentía y de dolor y muerte.

Gritos y llantos, pánico y victoria,
todo lo tuve frente a mí, de suerte
que todo es sentimiento más que historia.

2

OÍ CLAMAR a Andrómaca privada del esposo,
oí la imploración de Hécuba en la torre,
y he visto al viejo Príamo, nocturno y tembloroso,
Que cruza el campamento y al hijo muerto acorre.

Llorar ajenas lágrimas fuera un afán ocioso
si abunda el propio llanto que tal engaño ahorre,
y el relato hago mío sin miedo a lo que oso
para que viva en mí y nunca se me borre.

A siglos de distancia la sangre es siempre una,
e igual es la congoja e igual es el contento.
Oh tierra que me diste la norma con la cuna:

A tu regazo -prenda de mi consentimiento-
de mis pacientes números confío la fortuna,
pues hallo que recogen tus quejas y tu acento.

Lingua, sile; non est ultra narrabile quidquam.

Ov. Ep., 2, 61

PARENTALIA

Primer Libro de Recuerdos

[1957]

Llámase este libro *Parentalia*, antigua denominación del día consagrado por Numa a los manes de las familias. El deber más santo de los que sobreviven es honrar la memoria de los desaparecidos.

AUSONIO, *Parent., Praef.*

A la memoria de mi madre
Doña Aurelia Ochoa de Reyes

Muchas veces me pediste un libro de recuerdos; muchas veces intenté comenzar, pero la emoción me detenía. Hubo que esperar la obra del tiempo. Tú ya no leerás estas páginas. Tampoco aquellos amigos de la fervorosa juventud que han ido cayendo uno tras otro. Me aflige pensar que mis confesiones se entregan "a las multitudes desconocidas". Escribo para ti. Rehúyo cuanto puedo los extremos de la pasión y la falsedad, aun cuando esta historia -como todas- parezca al pronto algo sollamada de leyenda.

A. R.

México, 17 de mayo de 1957

1. RAÍCES

QUISE comenzar estas memorias por mi nacimiento, pero yo no me acuerdo de haber nacido y, como escribe San Agustín: "Antes de reír despierto yo he comenzado a reír en sueños." Fui retrocediendo gradualmente, desde la persona a la familia, y de ésta, a la tradición y a la idea. Platón diría: del recuerdo, a la reminiscencia; Goethe: del prólogo en el teatro, al prólogo en el cielo. Y yo, en voz baja naturalmente: de mi terruño definitivo en Monterrey, al terruño de anterior instancia en Guadalajara, cuna de los míos, y de ahí, a las nubes. Después de todo, esto que el poeta ha llamado la residencia en la tierra empieza y acaba más allá de nosotros, y nos deshacemos por los bordes. Bajaré, pues, desde las nubes, y ya tomaré suelo en cualquier instante, primero ente diseminado, y luego persona definida. Al cabo sospecho que los preludios valen aquí más que la tocata. Comienzo, en suma, antes del caso.

Algunos filósofos han soñado que la Creación -el Hijo- no es más que un diálogo entre el Padre y el Espíritu Santo, *una sacra conversazione*, semejante a las que pintaban los artistas de antaño. El Libro de Job y el drama de Fausto quieren convencernos de que la historia del hombre es una apuesta entre el Señor y el Ángel Rebelde.

Para la criatura tan humilde de que vamos a hablar no habrá que remontarnos mucho. Bastan y sobran los titanes que han apadrinado a la raza humana: el tonto de Epimeteo, que se ha pasado de tonto, y su hermano el listo de Prometeo que se paso de listo como todos recuerdan. Aquél nos dio el peso del pasado; éste, el

solivio del porvenir. Y así se fueron resolviendo las condiciones encontradas de que cada uno es testimonio: vicios y virtudes, capacidades de alegría y de dolor, y aun nuestras dimensiones pareadas del tiempo y del espacio -arriba y abajo-, ayer y mañana para determinar esta naturaleza bipolar que ahora padecemos, y que todas para determinar esta naturaleza bipolar que ahora padecemos, y que todas las fábulas primitivas intentan justificar, o explicar al menos de algún modo.

En nuestro caso, el homúnculo cayó en manos de un demiurgo desaprensivo que, sobre las fundamentales contradicciones metafísicas, todavía se complació en confundir las castas y las naciones, las sangres y los humores que ellas acarrearán consigo.

¡Oh Dios, oh dioses! ¿Tanta revoltura de atavismos será posible? Como si no fuera ya bastante que este pagano del Mediterráneo por afición se sienta asiático de repente, se le añadieron condimentos de Reyes, sean andaluces o manchegos, y de Ochoas navarros: extremos y centro de Iberia; se arrojaron juntas en el crisol la sustancia hispánica y la indígena americana, para que allá adentro se sigan librando batallas Cortés y Cuauhtémoc a la hora negra del insomnio (porque, dice el epigramatario, “en México lo Cortés no quita lo Cuauhtémoc”); se mezclaron salpimientas de Francia y del Pays Basque; y en fin, el pan de Villasante, merindad de Montija, partido de Villarcayo en Burgos (campo de azur con siete hogazas); que por allá vinculo yo el nombre de Ogazón.

Por lo pronto, los solares y apolíneos influjos del hombre que me engendró, rubio y zarco, dan interferencias al colar los rayos lunares, algo tristes, de

la mujer morena que me ha concebido. Pero, además cada ráfaga trajo su tributo desde otra región del horizonte. Después, la cultura se encargó del resto: o apoderarse del mundo entero, o ser un desheredado, no cabía más.

El gallo “Chantecler” ha dicho al perro “Patou”:

-A lo que me parece, tu raza es muy extraña.

¿Quién eres a la postre?

-Soy una mezcla huraña,

perro total que ladra con todos los aullidos.

Todas las sangres juntas dan en mí sus latidos:

grifo, mastín y braco del Artois o Sansueña,

una jauría enronda dentro de mi alma sueña.

¡Oh gallo! Yo soy todos los perros en verdad.

(Y Chantecler, protector y optimista.)

-Ello explica la suma de tu enorme bondad.

¡Qué catástrofe hubiera sido la historia de mi alma, si no llego a aceptar en mí estos mestizajes como dato previo! Pero fácilmente me convencí de que ellos están en la base de todas las culturas auténticas: las que crean, si no las que meramente repiten. ¡Qué dolor constante mi trabajo, si no llego a saber a tiempo que el único verdadero castigo está en la confusión de las lenguas, y no en la confusión de las sangres! Me explicaré:

El arte de la expresión no me apareció como un oficio retórico, independiente de la conducta, sino como un medio para realizar plenamente el sentido humano. La unidad anhelada, el talismán que reduce al orden los

impulsos contradictorios de nuestra naturaleza, me pareció hallarlo en la palabra. Alguna vez me dejé decir que, para ciertas constituciones, la coherencia sólo se obtiene en la punta de la pluma. El ejercicio literario se me volvió agencia trascendente que invade y orienta todo el ser. Para piedras, plantas y animales, existir puede significar otra cosa. Para el hombre, en cuanto hombre, existir cabalmente es transformar esa otra cosa, ese sustento de la base, en sentimiento y en pensamiento, cuya manifestación es la palabra. Pues tal metamorfosis, salvo los instantes privilegiados de la visitación mística -que no están siempre al alcance de nuestro mandato- encuentra su instrumento propio y accesible en las disciplinas del habla. La palabra es la última precipitación terrestre de todas las conclusiones humanas, y el resto del viaje es ya incumbencia de la religión. Después de todo, no sólo a Patou le acontece el tener que abrirse paso por entre ejércitos de vestiglos. Para esta prueba y este deber estamos aquí en el mundo. El dato biológico es siempre más o menos heterogéneo y confuso. A clarificarlo acude el Logos, término en que el griego resumía el habla y el espíritu, y en que ya el cristiano sólo tuvo que cargar el énfasis sobre la fase final y más sublime...Y fue una suerte que, para objeto tan trascendental -el Logos es el Sóter, el Salvador- se me hubiera proporcionado un recurso tan sencillo, tan material y tan al alcance de la boca y la mano, como lo es el decir y el ensartar las palabras con el aliento o con la pluma. ¿Se entiende lo que ha podido ser para mí el estudio de las letras? Doble redención del verbo: primero, en la aglutinación de las sangres; segundo, en el molde de la persona: en el género próximo y en la diferencia particular.

Y si hemos de salvar algún día el arco de la muerte en forma que alguien quiera evocarnos, *Aquí yace* -digan en mi tumba- *un hijo menor de la Palabra*.

2. PUEBLO AMERICANO

LA VERDAD es que yo no me represento muy bien los antecedentes de mi casa. Todo me ha llegado en ráfagas y en guiñapos, y ni siquiera he tenido la suerte de consultar los árboles genealógicos y las crónicas minuciosas que, según me aseguran, han trazado cuidadosamente algunos parientes tapatíos.

Cuando mi padre era Secretario de Guerra y Marina y se lo tenía por el probable sucesor del trono porfiriano, apareció un Rey de Armas, un señor de la heráldica, con cierta historia de nuestro linaje que partía, naturalmente de las Cruzadas. Entre los antecesores figuraba el propio San Bernardo, fundador de Claraval, opositor de Abelardo y de Arnaldo de Brescia, predicador de la segunda Cruzada, afortunado mantenedor de Inocencio II en el cisma contra Anacleto, autor de célebres cartas y tratados, monje de armas tomar y patrono de mi padre aunque no reconocido por éste, que también celebra sus días el 20 de agosto.

El escudo, a lo que recuerdo, no era de mal gusto, pero me sería imposible reconstruirlo. El mamotreto quedó olvidado en la biblioteca de mi padre, donde yo -que andaba en los once años -me pasaba las horas largas. Di con él y me apliqué a estudiarlo. Ya tenía yo mis barruntos de que todas esas grandezas no eran más que tortas y pan pintados. Pero me divertía el contar con alguna hermosa mentira como punto de arranque. A falta de una prehistoria establecida, como a los griegos, me hubiera bastado una mitología.

No me dejaron mi juguete. Delante de mi padre, mis hermanos mayores me gastaron una broma que tuvo fatales consecuencias: -¿Ya sabes -le dijeron- que este muchacho va a mandarse bordar el escudo de los Cruzados en sus camisas del domingo?

Ni por burlas lo aceptó aquel príncipe liberal, a cuya grandeza no hacían falta viejos cuarteles: ¡ya supo él darlos a sus tropas, en las guerras de la República, así como no los dio al enemigo! Temió el contagio de aquella impostura sutil: a juego suelen comenzar estas vanidades, y un día se apoderan de la vacilante razón. Decidió cortar por lo sano. Mandó quemar toda mi inventada nobleza.

¡Sea enhorabuena! Pueblo me soy: y como buen americano, a falta de líneas patrimoniales me siento heredero universal. Ni sangre azul, y ni siquiera color local muy teñido. Mi familia ha sido una familia a caballo. A seguimiento de las campañas paternas, el hogar mismo se trasladaba, de suerte que el solar provinciano se borra un poco en las lejanías. Mi arraigo es arraigo en movimiento. El destino que me esperaba más tarde sería el destino de los viajeros. Mi casa es la tierra. Nunca me sentí profundamente extranjero en pueblo alguno, aunque siempre algo naufrago del planeta. Y esto, a pesar de la frontera postiza que el mismo ejercicio diplomático parecía imponerme. Soy hermano de muchos hombres, y me hablo de tú con gente de varios países. Por donde quiera me sentí lazado entre vínculos verdaderos.

La raíz profunda, inconsciente e involuntaria, está en mi ser mexicano: es un hecho y no una virtud. No sólo ha sido causa de alegrías, sino también de sangrientas lágrimas. No necesito invocarlo en cada página para

halago de necios, ni me place descontar con el fraude patriótico el pago de mi modesta obra. Sin esfuerzo mío y sin mérito propio, ello se revela en todos mis libros y empapa con humedad vegetativa todos mis pensamientos. Ello se cuida solo. Por mi parte, no deseo el peso de ninguna tradición limitada. La herencia universal es mía por derecho de amor y por afán de estudio y trabajo, únicos títulos auténticos.

3. EL ORDEN MATERNO

Lo POCO que sé, lo que me han contado, lo que colijo, se reduce a unos cabos sueltos que no hallo modo de atar. Comenzaré, como en las cosmogonías primitivas, por el orden maternal, para después ocuparme del paterno.

Mi hermano Bernardo me hablaba de un Ochoa, marqués de la Huerta (dudoso título que no encuentro en las autoridades), quien, instalado en Zapotlán, de Jalisco, se unió a las armas de Hidalgo y dio libertad a sus esclavos, los cuales resolvieron en adelante tomar el nombre de Ochoa; y me decía que de él procede mi abuelo materno, Apolonio, el que tenía placeres de oro en California. Este hombre, que siempre andaba en su yate, se hizo un día a la mar y no volvieron a tenerse noticias suyas. En vano mi abuela materna pagó "gritones" para que lo pregonaran como a un objeto perdido.

-¡Qué genio de hombre! comenta con risueño escepticismo mi hermano Alejandro.

La familia Ochoa, muy difundida en el sur de Jalisco y en Colima, nunca creo que haya tenido título nobiliario en Nueva España ni en Castilla. Los Ochoa de por acá fueron y son dueños de haciendas y ranchos en las municipalidades de Tamazula, Tecalitlán, Tuxpan, Purificación y Ciudad Guzmán o Zapotlán. Conozco una rama Ochoa en Baja California, gente adinerada y simpática: don Herácleo y sus hijos. Conozco otra rama Ochoa de Alta California, norteamericanizada en la cruz. Quedan por Jalisco unas señoras hacendadas y dueñas de hoteles. Alcancé

todavía a José María Ochoa, tío de mi madre, encantador viejecito que, durante mi infancia, apareció dos o tres veces por Monterrey. Este viejecito, lleno de habilidades manuales, se divertía construyendo verdaderas ciudades y muñequitos de cartón.

En México viven, casadas y con familia, mis cuatro primas Ochoa, hijas de Isidoro, el cual murió hace años lo mismo que sus hijos varones.

Alguna vez, de vacaciones en Roncesvalles, por decir algo, me jacté ante los navarros de que mi ascendencia materna estaba en el valle del Baztán.* Conforme se va de Pamplona a Elizondo, bajando los Pirineos camino de Francia, abundan los caseríos con lobos en el escudo: *Lupus*, que los Ochoa no son más que “otros López”, los López del vascuence. Por lo demás, nobleza carlista, de ayer por la mañana (¡y qué mañana más nublada!), y no me entusiasma poco ni mucho. Con Hernán Cortés vino Juan Ochoa de Lejalde, que se estableció en Puebla y recibió escudo de armas del emperador Carlos V. El apellido Ochoa, aunque es de origen vascongado, fue alargando ramas por Andalucía y Extremadura, y hasta Santander y Castilla. Pero ¿de dónde proceden los Ochoa de Zapotlán el Grande? Seguramente de José Justo de Ochoa Garibay y Jiménez, que se estableció en dicha población y, después de la Independencia, abrevió su apellido en “Ochoa”. (La rama michoacana prefirió abreviarlo en “Garybay”.) Fue descendiente del capitán vizcaíno Diego de Ochoa y Garibay, conquistador de Nueva Galicia (Jalisco) y uno de los primeros vecinos de Zamora (Michoacán).

* “Roncesvalles”, Las vísperas de España.

Así consta en el opúsculo de don J. Ignacio Dávila Garibi, *El capitán D. Diego de Ochoa Garibay* (México, 1955). Sobre otros puntos de la genealogía familiar debo también útiles noticias a don Ricardo Lancaster-Jones.

Ignoro si el latinísimo nombre de mi abuela materna, Josefa Sapién, será una castellanización ulterior sobre alguna forma afrancesada. Pero me río a solas pensando que, si no Alfonso el Sabio, puedo ser Alfonso Sapién, o sea un “sapiente” algo mutilado.

4. EL DIOS AMARILLO

HAY, en la familia materna, un personaje que me deslumbra. Vivía en las Islas Oceánicas, con centro principal en Manila. O los tenía por derecho propio. O había adquirido los rasgos de aquellos pueblos, a tanto respirar su aire y beber su agua, como diría Hipócrates. Desde luego, tartajeaba en lengua española; y los ojos vivos y oblicuos le echaban chispas las raras veces que llegaba a encolerizarse.

Traficaba en artes exóticas. Traía hasta Jalisco ricos cargamentos de sedas, burato y muaré; chales, mantones, telas bordadas que apenas alzaban entre sus cuatro esclavos, y gasas transparentes urdidas con la misma levedad de los sueños, cendales de la luna.

Un esclavo lo bañaba y lo ungía de extraños bálsamos, otro le tejía y trenzaba las guedejas, el tercero lo seguía con un parasol, el cuarto le llevaba a casa de mi abuela Josefa -creo que era su abuelo- la butaca de madera preciosa.

Andaba como los potentados chinos, echando la barriga y contoneándose, para ocupar el mayor sitio y obligar a la gente humilde a estrecharse y escurrirse a su lado. Usaba botas federicas y calzón sin bragueta, abierto en los flancos, que llamaban "calzón de tapa-balazo". Le gustaba sentirse insólito; y como era filósofo, dejaba que se le burlaran los muchachos, mi madre entre ellos.

Y a esto se reduce lo que me contaba mi madre, solicitándolo desde los abismos en que alboreó su

mente infantil, y acaso impreso por la azotainas que le propinaba dona Josefa, cuando la chica se atrevía a faltar al respeto al dios oriental.

Este fantasma me lleva, por las misteriosas aguas del occidente mexicano, hasta el Extremo Oriente. A esa sombra interrogo, a veces, pidiéndole la explicación de ciertas simpatías chinescas, lo mismo impresas en mi cara que en algunos toques de mi carácter. Más de una vez me he sorprendido gustos de antiguo mandarín, aficiones al logogrifo, al acróstico, al trabajo minucioso y difícil, a la concepción del universo bajo especie de ceremonial. Más de una vez creo que mi matrícula se ha perdido en la Nao de China: aquella que arribaba al Acapulco de la Nueva España con cargamentos de abanicos y biombos; de máscaras grotescas, cuyas expresiones alcanzan un colmo doloroso; de divinidades y sabios calvos y panzudos; de delicados juguetes en jade y en marfil; de estiletes envenenados y cetros en gancho de interrogación; cohetes de estrella, de cascada y de arcoiris; monocordes violines que hacen cabecear a las flores: extraña y erudita lujuria.

En su libro sobre *La vieja Persia y el joven Irán*, los hermanos Tharaud cuentan que, en Ispahán, buscaron en vano la tumba de un tío de Jean-Jacques Rousseau, un tío que anduvo por aquellas tierras hacia mediados del siglo XVIII ejerciendo su arte de relojero. De cuando en cuando, volvía a Ginebra para saludar a su familia y ocuparse de su negocio. Sin duda -observan- que en lo privado se trajeaba a la oriental, comodidad a la que se renuncia difícilmente en cuanto se la ha probado. Acaso impresionó la imaginación de Juan-Jacobo, y de allí la ventolera de vestirse a la armenia, con que tanto asombró a sus contemporáneos. ¿Si

acabaré yo -que ya no soporto el cuello duro ni los tajes de ceremonia europeos- vistiéndome de traficante oceánico?

5. DOÑA AURELITA

YO NUNCA vi llorar a mi padre. Privaba en su tiempo el dogma de que los varones no lloran. Su llanto me hubiera aniquilado. Acaso escondiera alguna lágrima. ¡Sufrió tanto! Mi hermana María me dice que ella, siendo muy niña, sí lo vio llorar alguna vez, a la lectura de ciertos pasajes históricos sobre la guerra con los Estados Unidos y la llegada de las tropas del Norte hasta nuestro Palacio Nacional.

Como él sólo dejaba ver aquella alegría torrencial, aquella vitalidad gozosa de héroe que juega con las tormentas; como nunca lo sorprendí postrado; como era del buen pedernal que no suelta astillas sino destellos, me figuro que debo a él cuanto hay en mí de Juan-que-ríe. A mi madre, en cambio, creo que le debo el Juan-que-llora y cierta delectación morosa en la tristeza.

No fue una mujer plañidera, lejos de eso; pero, en la pareja, sólo ella representa para mí el don de lágrimas. El llanto, lo que por verdadero llanto se entiende, no era lo suyo. Apenas se le humedecían un poco las mejillas. Su misma lucidez la hacía humorística y zumbona. Su ternura no se consentía nunca ternezas excesivas. Y ni durante los últimos años, en que padeció tan cruel enfermedad, aceptada la compasión. Estaba cortada al modelo de la antigua "ama" castellana. Hacendosa, administradora, providente, señora del telar y el granero, iba de la cocina a las caballerizas con un trotecito a lo indio, y por todas partes oíamos el tintineo de sus llaves como una presencia vigilante.

Con la mayor naturalidad del mundo, sin perder su agilidad ni sus líneas sobrias, tuvo cinco hijos y siete hijas -singular simetría para el friso del Partenón-, entre los cuales me tocó el noveno lugar: Bernardo†, Rodolfo†, María†, Roberto†, Aurelia†, Amalia†, Eloísa†, Otilia, Alfonso, Lupe†, Eva†, Alejandro.

Su actividad era, a la vez, causa y efecto de una gran salud del espíritu. Se sentía, en su entereza, más bien asociada con el hombre que no contrastada con el hombre. Sócrates en las *Memorabilia*, llamó por eso -sin miedo a los groseros equívocos- “mujer varonil” a la esposa y madre sin tacha. Hasta comprendía ella y aceptaba mejor las impacencias de sus hijos, que nos los casuales desfallecimientos de sus hijas. Le agradaba ver a sus varoncitos encaminarse desordenadamente hacia el carácter viril.

Era pulcra sin coquetería, durita, pequeña y nerviosa. La dolencia que nos la llevó tuvo que luchar con ella treinta años. No la abatió su amarga y larguísima viudez, porque realizó el milagro de seguir viviendo para el esposo. Era muy brava: capaz de esperar a pie firme, y durante varios años, el regreso de Ulises -que andaba en sus bregas- sin dejar enfriarse el hogar; capaz de seguir a su Campeador por las batallas, o de recogerlo ella misma en los hospitales de sangre. Para socorrerlo y acompañarlo, le aconteció cruzar montañas a caballo, con una criatura por nacer, propia hazaña de nuestras invictas soldaderas.

Desarmaba nuestras timideces pueriles con uno que otro grito que yo llamaría de madre espartana, a no ser porque lo sazónaba siempre el genio del chiste y del buen humor. Pero también, a la mexicana, le gustaba una que otra vez hurgar en sus dolores con cierta

sabiduría resignada. Y yo hallo, en suma, que de su corazón al mío ha corrido siempre un común latido de sufrimiento.

6. BUSTOS DE LOS ABUELOS

POR el lado de la ascendencia paterna, lo primero que se me aparece son los retratos de los abuelos, hermosas cabezas que se destacaban entre los cortinajes rojo-oscuros de la sala de invierno. Ejercían sobre mí una verdadera fascinación. Nunca me consolé de no haber podido conocerlos. Su ausencia me privaba de una dimensión hacia el pasado que yo envidiaba a mis amiguitos, los que aún tenían, como entre nosotros decimos, "Papás Grandes".

El abuelo don Domingo Reyes: un rostro severo, severísimo, de acentuada y geométrica rigidez. Muy español, sin duda; pero aquel ceño implacable, el labio afeitado, la boca fina y cruel, las cejas rectas, los ojos fulminantes -yo estaba cierto de que me seguían y me miraban- y sobre todo, las "polacas" o largas patillas que bajaban hasta los picos del cuello, le comunicaban un aire inesperado de Wellington o corsario inglés. Las ondas del cabello claro coronaban su frente, una frente que -según mi padre- era la mía cuando comencé a volverme hombre. Entonces le gustaba a mi padre cubrirme con la mano la parte baja del rostro, y se me quedaba contemplando. Y yo me henchía de placer, como si aquello fuera un pase mágico que me infundiera oscuras energías atávicas. Después he averiguado que algo semejante hacía Atenea con Diomedes para así comunicarle los ánimos de su padre Tideo.

Por los años de 1828 a 1829, procedente de Nicaragua, se encontraba ya en Guadalajara mi bisabuelo el español Doroteo. Me han contado que era nacido en cierto lugar de La Mancha de cuyo nombre no quiero

acordarme, y que, en pago de sus servicios, Fernando VII le había concedido el cuello de encaje, el bastón y el mando de esclavos. Era hombre acomodado y estableció un próspero comercio. Trajo consigo a sus hijos Onofre, Roberto, Domitila -que vivió 90 años-; y poco después se les unió mi abuelo Domingo, a la sazón de veinte, nacido en León de Nicaragua por 1809 y paisano de Rubén Darío. Domingo arribó al puerto de San Blas el 18 de mayo de 1829, a bordo de la goleta peruana *Joven Fermina*, que venía de El Callao con escalas en Centroamérica y Acapulco. El permiso de desembarco, firmado el día siguiente por un don Francisco Vallejo, es un precioso plieguecito, pulcramente impreso "de orden del Gobierno de la Federación" en los talleres de C. C. Sebrino y redactado en español, inglés y francés. Nuestros papeles oficiales de hoy en día no pueden competir, ni en cuanto a la redacción ni en cuanto a la estampa, ni por la presentación ni el papel, con esas hojitas de nuestros fiscales marítimos firmaban hace más de cien años, sin sospechar el encanto con que el tiempo las invertiría. El abuelo pronto fue mexicano. Pertenece, como su cuñado el general Pedro Ogazón, a esa última generación de "criollos" (en el recto sentido: españoles trasladados a México) en quienes cobró conciencia la nacionalidad ya independiente. Domingo murió en 1862, como jefe político y comandante militar del Cantón de la Barca, tierra de los renombrados quesos y las famosas "ordeñas".

La vida del abuelo Domingo alterna la guerra o la política -eran casi lo mismo-, y las treguas más o menos largas consagradas a los negocios privados; todo ello, según la suerte variable de los bandos en lucha. Las circunstancias del país daban a la carrera una elasticidad, un cierto ir y venir que permitía a los

militares, al modo griego, considerarse como ciudadanos de la reserva, convocados de cuando en cuando las armas.

Me han contado que aquel señor, vestido de levita, llevaba la cabeza con cierta tiesura y levemente tumbada a un lado, por efecto del reumatismo; que tenía no sé qué tráfico entre la Barca y Guadalajara, por donde solía circular con larga reata de mulas. De sus viajes al interior volvía cargado de presentes para la familia. A veces, ante las protestas de su casa, que él desdeñaba como melindres, traía los dulces y las frutas en unos bacines nuevos, de plata o de oro macizos, de esos que tanto admiraban al niño Francis Jammes y que había llevado a Pau su tío el Mexicano.

Mi abuela doña Juana, hermana del general Pedro Ogazón, Ministro de la Guerra al triunfo de la revolución tuxtepecana, pertenecía a una de las familias más antiguas y respetadas en el estado de Jalisco. Fue segunda esposa de mi abuelo. La primera, Lupe Ogazón, con quien él se desposó el 1º de abril 1840, era hermana mayor de Juana, y de ella nacieron Federico, muerto en acción de guerra (Ciudadela, 1871), Lupe, desposada luego con Matías Ibarra y que acabó de ataque cardíaco a los 61 años, y Matilde. Extinta la primera esposa el 31 de enero de 1845, don Domingo se casó con Juana el 19 de mayo de 1847. Hijos del segundo matrimonio fueron Agustín (víctima de sus heridas en el combate de Hierbabuena, 1872), Bernardo, mi padre, * Juana Macedonia, Domingo, Miguel (que murió muy pronto) y Margarita.

* Nació el 20 de agosto de 1849, y no de 1850 como siempre se dijo.

Doña Juana Ogazón parecía amasada de rosa, miel y mantequilla en alguna pulpa cereal, como aquellas *panspermia* de los antiguos ritos agrarios. Salvo el peinado “en ala de cuervo”, recordaba a la duquesa de Oxford, vista por Van Dyck. Cuando por primera vez me encontré con este retrato, y con el velazqueño conde de Benavente que mucho se parece a mi padre, el Museo del Prado quiso convertirme en una galería de familia.

La cabellera de doña Juana, eso sí, no tenía igual; era algo que ya no se da en nuestros días. Las trenzas le arrastraban, y solía azotar con ella a su prole. Pero no eran aquellas boas funestas, racinianas, que asfixiaron a la hermana pálida de Colette, sorbiéndole en breves años la vida. Las trenzas de doña Juana eran atributos de salud. Cuando despertaba algo indisputada, se curaba con un vaso de agua en ayunas. De esta “mujer fuerte” dijo el Libro de los Proverbios: “Mas valiosa es que los rubíes.” Y Fray Luis, en su *Perfecta casada* “Que, como burlando en esta materia, o Focílides o Simón solían decir que en ellas solas (las mujeres) se ven el ingenio y las mañas de todas las suertes de cosas, como si fueran de su linaje; que unas hay cerriles y libres como caballos y otras mudables a todos colores, otras pesadas como hechas de tierra. Y por esto la que, entre tantas diferencias de mal, acierta a ser buena, merece ser alabada mucho.”

Murió doña Juana el 5 de octubre de 1885, por la tarde, tras una viudez de veintitrés años y nueve meses, y sus cenizas descansan en el panteón de Belén, Guadalajara.*

* El acta de bautismo de doña Juana (Sagrario de la Catedral de Guadalajara, a fojas 117 del respectivo libro) lleva fecha de 15 de junio, 1815. Allí se la llama Juana María Facunda y se dice que nació el día 12, a las cuatro de la mañana. Fue hija de don Agustín Muñoz Ogazón, peninsular, y de doña María Sánchez, originaria de San Juan Bautista de Teul, Zacatecas; la segunda, hija de don Rafael Velásquez, natural del rancho Cerro Pelón, Atolinga Zacatecas, y de doña María Teresa Delgado, también de San Juan Bautista de Teul. Ésta, al parecer, es descendiente de Juan Delgado, encomendero de Tlaltenango y conquistador de Nueva Galicia (Jalisco). Don Rafael Velásquez era hermano del doctor Juan María Velásquez canónigo de Guadalajara y catedrático de Prima de Leyes en aquella Universidad, reverenciado por sus virtudes, y alumno de Todos Santos en México. Murió en olor de santidad.

7. ¡TANTO MONTA!

NO FUE, pues, don Domingo el primer Reyes que vino a México, y acaso tampoco lo haya sido el bisabuelo Doroteo. Tal vez la inmigración se hizo por etapas. Yo tiendo a mezclar en los orígenes, sin saber si acierto o me equivoco, el recuerdo de otro centroamericano de nota: el presbítero José Trinidad Reyes, aquel "otro Monseñor Bienvenido", poeta y civilizador de Honduras, quien hizo sus estudios en la Universidad de León de Nicaragua, y cuyo parentesco con los Reyes nicaragüenses no sé si es cosa recibida. Mis hermanos mayores me han relatado una historia que bien puede referirse a algún sobrino del padre Reyes, aunque no veo cómo relacionarla con el traslado del bisabuelo Doroteo y sus hijos. De todas suertes, la contaré *cum grano salis* y por lo que pueda valer, tal como alguna vez la expuse ante algunos amigos:

Estábamos a la mesa, entre profesores de la Universidad de Washington. Nos acompañaba uno de esos jóvenes deliciosamente volubles, que a veces las dan de plebeyos y a veces de aristócratas, cosa de estos tiempos indecisos. Acababa de hacer profesión de "populista". No obtuvo el éxito esperado. Entonces pasó a enumerarnos los antecedentes de su nobleza. Empezó a retozarme adentro el duende de la travesura. Pues yo -aventuré- voy a hablar también de mi prosapia. Un huérfano centroamericano se había quedado bajo la custodia de un tío sacerdote que se empeñaba en dedicarlo a la Iglesia. El muchacho, sin vocación para los hábitos, escapó a bordo de un barco fletado para México. El barco, a media derrota, fue atacado por unos piratas chinos, quienes pasaron a

cuchillo al equipaje y a los viajeros, tras de robar cuanto encontraron. Sin embargo, los quince años de aquel valiente hallaron gracia a sus ojos. Se conformaron con quitarle lo que llevaba encima, y lo abandonaron, enteramente desnudo, en alguna costa occidental de México. Y, señores ¿Qué había de hacer un muchacho de quince años, desnudo en una playa extranjera, sino resolverse a fundar una familia? De allí las armas de mi escudo.

Cuando pienso ahora en el otro escudo, el que me arrebataron de niño temiendo que tomara en serio las falsificaciones heráldicas, bien puedo decir, para el que lo entienda: “¡Tanto Monta!” Nunca se aplicó mejor la divisa.

8. OTRAS SOMBRAS

“¿SABRÁ usted -escribía yo por 1929 a Juana de Ibarbourou -que casi todos mis antecesores murieron en defensa de las instituciones liberales? Y los pocos que, como el tío abuelo Onofre -tío de mi padre- no perdieron la vida, perdieron en ello su fortuna. El tío Onofre, que era un refinado, un Des Esseintes de provincia, cuando tuvo que vender su cuchillería de oro compró cubiertos de palo, por asco a los metales viles”.

Era misógino, tal vez a causa de alguna decepción juvenil. No admitía mujeres en su casa, y mi padre tuvo que hacer entrar subrepticamente a mi madre por el balcón el día que quiso presentársela. Onofre llegó a encariñarse con ella excepcionalmente, y la consideraba como persona aparte de la detestada femineidad.

Solterón, metódico y buen ecónomo, había descubierto, como aquel voluptuoso de Gomorra en el cuento de Leopoldo Lugones, los encantos de comer a solas, haciéndose leer relatos geográficos por algún sirviente. Era aficionado al buen barro de Guadalajara, que tantos adeptos tiene todavía y los tendrá mientras exista, y que embalsama las alacenas con un suave aroma inconfundible. Era jardinero y floricultor singularmente preocupado por hacer lavar las hojas de los árboles. Madrugaba a regar sus plantas. Su primer cuidado era respirar larga y hondamente el perfume que exhalaban las tazas blancas de sus magnolias, etéreo baño matinal en que descubría no sé qué consuelos salutíferos y cordiales. De él sólo me ha llegado esta imagen: un hombre limpio y minucioso inclinado sobre una flor.

Pero ¡cuántas cosas de la historia y la literatura viven para nosotros en una sola actitud o un gesto único! Como a Garcilazo, el tiempo ha cristalizado a muchos capitanes en el trance de escalar el muro, atravesados por la flecha enemiga. Y novelas hay que apenas nos dejan no les pedimos más el recuerdo de un cuadro de sol proyectado sobre un tapiz.

En cuanto a Roberto y a Domitila, los otros tíos de mi padre, para mí son meros nombres. El primero se ha repetido entre mi gente. Uno de mis sobrinos se llama Roberto; y tuve un hermano Roberto a quien no llegué a conocer y que dejó rastro imborrable en casa, por más que murió en muy tierna edad. De Domitila sólo recuerdo que, cuando murió, en 1904, contaba ya sus 90 años.

De Maura, prima de mi padre, y madre de la ya desaparecida pianista Alba Herrera y Ogazón, me han dicho que fue muy hermosa yo la alcancé ya muy regordeta y ancianita y que un pintor tapatío, enloquecido por ella, le hizo un retrato y anduvo por toda Guadalajara cargándolo a la espalda, para que todos la admiraban...y lo admiraron. Aunque temo confundirla con otra damita de aquellos tiempos que fue amiga fraternal de los míos. En fin, también pertenece a la legitimidad de las tradiciones esto de mezclar, en uno, dos o tres mitos, concentrando en Hércules algunas hazañas de Teseo y viceversa. Al corazón le importa acordarse, aunque sea con errores de aproximación. Como en Lupercio Leonardo de Argensola.

La sombra sola del olvido teme.

De los hermanos de mi padre, yo sólo alcancé a Domingo y a la tía Juanita, según siempre la hemos llamado. Federico es una silueta muy brumosa, tal vez casanoviana; es tan sólo una libretita de apuntes y pensamientos que guardaba mi madre. Apenas tiene más relieve Agustín, compañero de niñez de mi padre. La tía Margarita es, en la vieja fotografía, una cabeza angélica de bucles dorados y un profuso oleaje de faldas.

Era Margarita una maestra de escuela, muy dotada de virtud y saber. La afligía, verdadera obsesión, el afán de corregir los disparates que habla la gente. Comprobaba por sí misma su magnitud, haciéndolos pasar por su propia sensibilidad, repitiendo las palabras o frases equivocadas para sufrir con su horroroso calambre. Así San Vicente tomaba a su cargo los dolores de la parturienta. Margarita, delante del disparatador, se quedaba diciendo en voz alta "buevo", "aúja", en un frenesí de malestar. A una señora que no tenía cejas, le pasó las manos por la cara sin poder contenerse.

Siempre la recordaban mis mayores con cariño y veneración. Mi infancia estudiosa hubiera encontrado en ella una preceptora inapreciable. Naturaleza dedicada, pronto la ahogó el aire denso de la tierra. Murió en flor, antes de cumplir un año de matrimonio (Monterrey, 26 de noviembre de 1886). Su esposo, Madrigal, que usaba la barba partida al estilo de Maximiliano -hombre excelente, ejemplar de la decencia de antaño, ameno conversador y sólido jurisconsulto-, se desposó en 1888 con su cuñada, la tía

Juanita (Juana Macedonia en la pila), y fundó una familia que fue la sociedad de mi infancia. Murió su hijo Juan Manuel cuando había empezado a hacer su vida. Era Juan Manuel un muchacho de temperamento claro y sencillo. Me quedan las primas: Margarita, esposa de Carlos Sada (de los Sada de Monterrey), y Elisa y Elvira, heroínas de la soledad y el trabajo.

Recuerdo al tío Madrigal en bata, pantuflas y bonete turco, paseando por su estudio y dictando sus alegatos o actas notariales. En el ya riquísimo folklore de cuentos de loros, bien pudiera incorporarse una anécdota que me repetía con complacencia: -Cuando era aún novio de Margarita e iba a visitarla por las tardes, había siempre un loro en una ventana que, al verlo, le silbaba el "paso redoblado", obligándolo a marchar al compás.

Mi tía Juanita recordaba las facciones de la abuela Juana Ogazón. En cuanto al tío Domingo, era una caricatura física de mi padre. Lo era también nuestro medio hermano mayor, aquel magnífico León, cuya hija Aurora, pintora y poetisa, vale un Potosí. León, era un antiguo ingeniero militar que, en comisiones geográficas, había conocido los lugares más recónditos del país, las tribus más extrañas, sobre cuyas costumbres sabía lo que no supo Lumholtz. Parecía un atleta un tanto desdibujado, con rasgos medio franceses, doblado de espaldas, y con ese modo de meter los pies que llaman en México "de perico en charola".

El misterio de los parecidos familiares es cosa fluctuante, inasible. Ya se lo siente en estos ojos, en la otra nariz, en aquel mentón; con frecuencia, en el ademán y el movimiento, característica danza de la

familia; o en el timbre y la emisión de la voz, que viene su canto. De recién llegado a México, Pedro Henríquez Ureña me aseguraba que reconocía, en las reuniones, la presencia de alguna persona de mi familia cuando oía "muchas eses". Pero, en nuestro caso, el común denominador ha sido la baja estatura, que algunos hermanos hemos tenido la suerte de rectificar en nuestra descendencia.

Ignoro de qué manera me acomoda, por el lado paterno, cierto apellido fronterizo. Goyhenne, desinencia muy difundida en los patronímicos del Pays Basque. Otra vez he de contar de los tíos Goyhenne, Alfonso y sus hermanas, entre cuyas charlas y recuerdos me llegaban ciertas auras de Francia.

No he querido más que trazar siluetas. He de volver sobre algunas de ellas en el curso de mis recordaciones.

9. EL FONDO DEL CUADRO

DESDE la restauración de la República hasta la revolución de 1910, el estado de Jalisco dio tres miembros a los gabinetes presidenciales, los tres de mi familia: el general Pedro Ogazón, Guerra; el licenciado Ignacio Luis Vallarta, Gobernación y Relaciones; y mi padre, Guerra y Marina. En los más ilustre del abolorio andan también don Lorenzo Camarena y el doctor don Francisco de Paula Vereá y González de Hermosillo, Obispo de Linares entre 1853 y 1879, y después Obispo de Puebla. A éste me lo apropio por mera tradición de afecto: fue grande amigo, pero no pariente de mi casa, aunque se trataba como de la familia porque dos hermanos Vereá estaban casados con dos hermanas Vallarta y Ogazón. Don Ricardo Lancaster-Joes conserva por ahí una tabaquera de carey con la cifra "BR" de oro, que mi padre le obsequió al obispo Vereá.

Entre la descendencia del general Ogazón, conocí, por los días del Ministerio de mi padre, al primo Pedro Luis, notable pianista, joven de extremada cortesía, a quien los chicos de casa llamábamos "Cuéllar" por los incómodos y altísimos cuellos almidonados con que torturaba su apariencia. Y no quiero nombrar a otro vástago de alguno de los apellidos citados, hombre rojo y narigudo que solía venir de cuando en cuando desde ciertas feroces regiones istmeñas o meridionales, y que sólo tenía un defecto: dormimos a todos con su inacabable y monótona conversación, por lo que dimos en llamarlo Morfeo. Otros más habrán de ir apareciendo en mis futuras memorias.

Poseo, dedicado a mi padre, un antiguo y pequeño retrato de su primo hermano Vallarta, constitucionalista y jurisconsulto que trajo a México el estudio del derecho consuetudinario sajón (nada ajeno a la índole hispana: véase Joaquín Costa. *El problema de la ignorancia del Derecho*); el legislador y autor de la Ley de Amparo y Habeas Corpus y la antigua Ley de Extranjería; cuyos célebres *Votos* como presidente de la Suprema Corte de Justicia fijaron el sentido de la Constitución de 1857; también candidato a la Presidencia de la República, que fracasó en su intento acaso por "intelectual" e intransigente. Me han asegurado que presentó su dimisión porque un secretario equivocó el sobre y envió a Porfirio Díaz cierta carta destinada a los jefes de su proyectada campaña electoral. Su barba copiosa, su ceño, sus ojos soñadores, le dan una apariencia que va de Júpiter a Moisés. Hoy perpetúa dignamente su nombre el físico-matemático de fama universal, Manuel Sandoval Vallarta, mi hermano en las bregas de nuestra cultura.

Añádase a la amalgama algunos ingredientes de Navarro, Álvarez del Castillo (familias ambas muy extendidas por Los Altos), Castañeda (familia fundada por el capitán Gaspar González de Castañeda que estableció mayorazgo en el rumbo de Atotonilco), y Ríos, no sé bien en qué proporción. De niño, me enseñaron a declinar así mi nombre: Alfonso Reyes Ochoa Ogazón Sapién Álvarez del Castillo Ríos... Todo ello, señorío provinciano, de ese señorío más hijo de sus obras que de su abolengo, participe en las vicisitudes de la República, vinculado al suelo por su sangre o su espíritu al modo de los semidioses antiguos, los moradores de las fuentes y de las grutas locales. Los argentinos, trasladando democráticamente el sentido del término, llaman a esta gente "los patricios", los hacedores de la patria.

Hombres de ayer, caballeros de la barba vellida, son para mí los Padres Ríos. Me parece verlos recostados sobre el territorio mexicano, vaciando sus ánforas caudales y rodeados de numerosa prole que se encarama en sus cuerpos montañosos, sin alcanzar nunca su grandeza. Al fondo -contraste a la figura clásica- una Guadalajara romántica, en que se combaten iglesias y carteles; luna y nubarrones, cielo de rayos y campanas; calles penumbrosas como en los poemas de Esprocenda; charros de guitarra y machete, vestidos de alamares de plata, el tacón alto, la espuela sonora, el potro piafante, el lazo infalible; peleas de gallos, ferias, cocinas afamadas; rejas con mujeres de aire andaluz, y parejas que se escribían cartas en verso.

II. MILICIAS DEL ABUELO

1. DE CUERNAVACA A AYUTLA

MI ABUELO el coronel Domingo Reyes había ingresado en las filas liberales por 1833; sirvió a la Primera República Federal, y era capitán de la Milicia Cívica cuando aquel régimen se derrumbó al siguiente año. La Milicia Cívica o Guardia Nacional, creada a fines de 1827, era la contribución militar obligatoria de todos los ciudadanos, y permanecía en asamblea bajo las autoridades de los diferentes Estados de la República y, en ciertos casos, del Presidente mismo. Nunca fue muy bien reglamentada. Los profesionales de las armas la miraban por encima del hombro. Como a cosa de aficionados. Sepamos, en tanto, lo que había acontecido.

Tras las crisis de pubertad del Primer Imperio, al que sucedió por medio año el Triunvirato Negrete-Bravo-Victoria, el país ensaya una República Federativa. Pacífico y de buenos augurios el primer periodo, bajo Guadalupe Victoria; muy turbulento el segundo, en que lo de menos fue dominar el intento de reconquista española por Barradas, intento en que pararon los sueños de Eugenio de Aviraneta, aquel conspirador incansable cuyas memorias publicó [García] Pimentel y que figura en las novelas de Pérez Galdós y de Baroja; el tercer periodo se interrumpe prematuramente y es una continua convulsión en el "subibaja" de Gómez Farías y Santa Anna. Éste, ebrio de pronunciamientos y contrapronunciamientos ----- -legítima herencia de España-, lanza el plan de

Cuernavaca y sustituye la República Federativa por la República Central.

Don Domingo Reyes permanece alejado durante las dos Repúblicas Centrales, a través de los regímenes conservadores de las Siete Leyes y las Bases Orgánicas, y sólo regresa a filas, al lado de su causa, unos diez años más tarde, por 1846. Entretanto, habían sobrevenido la Guerra de Tejas, la Guerra de los Pasteles, los pronunciamientos de Urrea, las agitaciones de los tres especialistas del motín -Santa Anna, Paredes y Valencia-, la Guerra Separatista de Yucatán. En mayo de 1846, era ya la Guerra Norteamericana; y en agosto, la vuelta a la República Federal bajo el general José Mariano Salas, también empujado por Santa Anna cuya inquietud política tenía el movimiento del péndulo.

Este "Salvador que nunca salvó nada", este "Don Juan del pronunciamiento" esperaba, en el destierro, el inevitable revirar de las auras populares, y acudió al llamado del país ante el peligro de la Guerra Norteamericana. Santa Anna, además, aparecía entonces como un contrapeso para las veleidades "europeizantes" y monarquistas que se habían apoderado del presidente Paredes y que él mismo compartiría más tarde. Así se explica que, cuando, en Guadalajara, Yáñez dio la primera voz contra la República Central e invocó el nombre de Santa Anna, aquella voz decía -delatando a las maquinaciones de Paredes-: "¡Abajo el príncipe extranjero!".

Don Domingo Reyes, teniente coronel de caballería, figura entre las fuerzas que resistieron el sitio de sesenta días impuesto a Guadalajara por el general Francisco Pacheco. Paredes destacó entonces sobre

Guadalajara un millar de hombres bajo el mando del general González Arévalo, a quien llamaban "Don Gaiferos". Éste logró apoderarse del templo y convento de Santa María de Gracia, punto que le fue arrebatado en heroico asalto, donde "Don Gaiferos" perdió la vida. La tenaz resistencia de Guadalajara dio tiempo al triunfo de los liberales en México. Cuando ya se dirigía hacia la ciudad asediada un nuevo contingente enviado en refuerzo de los sitiadores, llegó la noticia de que el general Salas, con la guarnición el de la Ciudadela, había proclamado el Plan de Jalisco y derrocado al presidente Paredes.

Se suceden, en Jalisco, los gobiernos de Cumplido y de Angulo. Don Domingo, al frente de la Caballería Nacional, núcleo con que contaba el Estado para defenderse de la invasión norteamericana, asciende a coronel y recibe encargo de limpiar el campo de malhechores, desempeño en que mereció la confianza de los pueblos y en que otra vez lo encontramos hacia el fin de sus días. Por entonces nació mi padre.

Fue electo gobernador de Jalisco don Jesús López Portillo. Justo Sierra lo ha llamado "íntegro y progresista" y "honor del foro jalisciense". Era amigo de los míos, y había llevado a la pila bautismal a varios hijos de don Domingo, por entonces jefe de la Guardia Nacional del Estado.

Santa Anna, ahora expatriado en Colombia, conspiraba nuevamente al lado de los conservadores y en contra del presidente Arista. Efecto de tales maquinaciones vino a ser el levantamiento de Blancarte en Guadalajara (26 de julio de 1852). Era Blancarte un antiguo sombrerero, mal avenido con la excelente policía recién creada en el Estado. Ocultó

sus verdaderos propósitos, y aun arrastró a algunos liberales consigo. Pero no engañó al coronel Reyes, que, en medio de las defecciones, protegió el repliegue del gobernador López Portillo y los suyos al convento del Carmen. De allí, cogidos por sorpresa, tuvieron que ir hasta San Pedro de Tlaquepaque, a poca distancia de Guadalajara, lugar conocido por su alfarería.

Mi abuelo, que defendía la retirada a las puertas de la ciudad, se encaminó después en auxilio del gobernador. Traicionado por su tropas, que a medio camino volvieron grupas para incorporarse a los pronunciados, hizo trinchera de su cuerpo y, pistola en mano y secundado por tres o cuatro ayudantes, se esforzó por atajar a los fugitivos. La ola los arrolló, los ayudantes perecieron. No se sabe cómo él pudo salir con vida -unos cuentan que ileso, otros aseguran que acribillado- entre aquella tempestad de caballos, balas y machetazos. Pero su sino sería combatir solo contra muchos, y aun contra poblaciones enteras. Ni López Portillo ni sus deudos han olvidado jamás la heroica lealtad de don Domingo.

Informando Arista de que Blancarte alegaba agravios personales contra el gobernador, creyó en el primer momento habérselas con un disturbio de carácter meramente local. Los pronunciados, con todo disimulo, habían declarado obediencia al liberal Gregorio Dávila, pero pronto lo sustituyeron con Yáñez, que era un santanista acérrimo. Guadalajara vino a ser el foco de todos los descontentos, atizados por el clero y por el agente de Alamán, Antonio Haro. Al percatarse Arista de la verdadera intención del levantamiento, envió en socorro de Guadalajara al general Miñón, que por de contado se burlaba de la

Milicias Cívicas, le ordenó apoderarse de la trinchera más inaccesible con que contaba Blancarte, donde el cañón barría a cuantos asaltantes se aproximaban. Consternado López Portillo, al ver que el coronel Reyes mandaba ensillar, sin dar señales de desconcierto, le preguntó qué se proponía. "Cumplir mi deber -dijo él tranquilamente- y morir al pie de la trinchera." Miñón lo detuvo, le alargó la mano conmovido ante su sencilla bravura, y desde entonces lo trató con una deferencia en que se traslucía el asombro. El altivo militar se inclinaba ante aquel caballero de talla corta, de pocas palabras y de cabecita torcida.

El levantamiento se hizo general, se perdió la plaza de Guadalajara, y Arista cayó de la presidencia. "Así este hombre, que había penetrado en la historia por el pasadizo oscuro, resbaloso y equívoco de las asonadas militares, salió erguido, alta y limpia la frente, bajo el arco triunfal del deber cumplido" (Sierra).

El abuelo volvió a la vida privada, de que había de sacarlo otra vez la revolución de Ayutla. El 22 de agosto de 1855, en efecto, entraba en Guadalajara, al frente de su caballería y en el séquito de Comonfort, con el Ejército Restaurador de la Libertad. Aparece una nueva generación, una nueva casta de hombres.

2. LA CONSTITUCIÓN DEL 57

EN VANO había intentado Cevallos, presidente interino, detener aquella marea santanista, jugándose en el empeño hasta la integridad de su carrera jurídica, por haber disuelto al Congreso en que se fundaban sus propios títulos. En vano intentó Alamán imponer sus condiciones a Santa Anna el deseado, que otra vez volvía del destierro más enloquecido que nunca. A ambos los reconciliaba ya secretamente la idea de traer un Borbón a México, para conjurar el creciente peligro norteamericano. Muere Alamán, y la camarilla militar de Santa Anna acabó por dictar la ley, si así puede llamarse a la dejación de toda ley. Santa Anna se erigió en dictador absoluto, con el tratamiento de Alteza Serenísima. Se inventó una corte de guardarropía; empezó un bailete trágico de libreas, de medallas y entorchados, cruzado por escenas de nauseabunda vulgaridad, borracheras y peleas de gallos. Al fin, en Guerrero, el coronel Comonfort y los generales Álvarez y Moreno alzaron la bandera de la moralización nacional, ofreciendo una República representativa. (Marzo de 1854.)

A mediados de año, el teatral aventurero Raousset-Boulbon intentó la conquista de Sonora, y fue superiormente derrotado por Yáñez, a quien aclamó el país entero. La envidia es el mal de los dictadores seniles o ya señalados por el destino. Santa Anna, en recompensa, procesó a Yáñez. Después, ante el auge de la revolución de Ayutla y para arbitrarse recursos, vendió una fracción del territorio nacional. Desairó o persiguió a los jurisconsultos que aún tuvieron la entereza de oponerse. Se vio perdido, y huyó de México para siempre, y desapareció bajo la maldición de la historia.

Comonfort, en cumplimiento del Plan de Ayutla, había dictado el Estatuto Orgánico de Jalisco, iniciación de una nueva era política. El general Santos Degollado asumió el Gobierno Provisional en Guadalajara, y el coronel Domingo Reyes quedó en la ciudad de guarnición. El nuevo gobernador, general Anastasio Parrodi, hombre bueno y escaso, tomó posesión en julio de 1856, y nombró al coronel Reyes jefe político del 2º Cantón, con su cabecera en Lagos de Moreno.

Las Leyes de Reforma, la Constitución liberal que ellas preparaban y acompañaban, se elaboraron entre conmociones sin cuento. Se destacan en el conjunto la insurrección ultrafederalista de Vidaurri, en Nuevo León, y la de Religión y Fueros, cuyos cuatro focos serían Toluca, Guanajuato, Zacapoaxtla e Iguala. Guerrilleros y clérigos armados agitan por todas partes el país.

Entonces en Lagos de Moreno, del 11 al 13 de abril de 1857, acontecieron los sucesos que relata el padre Agustín Rivera en su *Anales mexicanos*. Se preparaba, en Lagos, la proclama y jura de la nueva Constitución. Excitado por algunos sacerdotes, “se amotinó el pueblo bajo, tratando de asesinar al jefe político, don Domingo Reyes”. Contaba éste con un centenar de hombres armados.

En previsión de los disturbios probables, el sábado 11 de abril, a las 8 de noche, las raquíticas “fuerzas” habían sido convenientemente distribuidas en la torre de la parroquia, en la casa de Pérez Castro, en los bajos y azoteas de la manzana de la jefatura y en cuatro vivaques: Mesón de la Merced, Hospital Molino del Rincón, Plazuela de las Tunas y casa del comisario del 8º cuartel. Al día siguiente, domingo, a primera hora de

la mañana, se proclamó la Constitución, y empezaron a aparecer por las calles grupos de indígenas, gritando: “¡ Viva la religión ! ¡ Viva Dios ! ¡ Mueran los impíos ! ” . Pues el obispo de Guadalajara habían lanzado su anatema contra la nueva ley, amenazando de excomunión a quienes se prestaran a obedecerla. El coronel Reyes explicó a los inquietos que la Constitución no atentaba contra los derechos auténticos de la creencia, y los convidó a dispersarse. Lejos de eso, a la masa de indios traídos del campo por los agitadores se sumaba por instantes el populacho de la ciudad, ante la perspectiva del motín y el saqueo. Hubo que patrullar las calles, y a la cabeza de los piquetes de tropa desfilaban los notables del Cantón, para dar ejemplo de disciplina.

Y pasó lo que tenía que pasar. Los amotinados intentaron desarmar a una patrulla, los soldados se defendieron, sonaron tiros y hubo desgracias. Los revoltosos huyeron en el primer instante; y luego, rehechos y en masa, entraron por toda la calle, envolvieron la espalda de la parroquia, trataron de echar abajo las puertas de la aduana. Quiso alejarlos el oficial, ellos hicieron fuego sobre la tropa; se trabó una escaramuza en que cayeron un teniente y dos guardias.

El coronel Reyes, ante la escasez de sus elementos y las proporciones crecientes del desorden, concentró a sus hombre en el cuartel, reforzó los altos de la parroquia y dispuso no disparar sin orden suya, salvo que la chusma atacara. Pidió refuerzo de jinetes a la hacienda Ciénega de Mata, y de infantes a la jefatura de León. El mercedario Isidro Gazcón se prestó a servirle de embajador ante los cabecillas que, desde el cerro del Calvario, dirigían el motín, para persuadirles la sumisión. Volvió a las cuatro horas trayendo

condiciones: 1° Que no se persiguieran a ninguno de los amotinados; 2° que se suspendiera en definitiva la jura de la Constitución ordenada para el día siguiente, lunes. El Coronel ofreció solicitar del gobernador el indulto; pero anunció que, en obediencia al decreto del Estado, haría jurar la Constitución en la misma fecha señalada. No quedaba más que esperar la suerte, arma al brazo.

Pero a las ocho de la noche, el teniente que guardaba la parroquia se pasó al adversario, y la consiguiente desmoralización comenzó a arrastrar defecciones. El día 13, desde las cinco de la mañana, la torre de la parroquia hacía fuego contra la jefatura política, donde Reyes, reducido a una treintena de hombres, emprendió la defensa por los bajos de la manzana. A las nueve lo había abandonado más de la mitad de su gente, dejándolo sólo con diez soldados y un capitán. Atacados por los insurrectos después de dos horas de inútil tiroteo a distancia, unos doce valientes se encerraron en el Departamento de Recogidas, y allí siguieron sosteniéndose, a baja enemiga por disparo. A las seis de la tarde, incendiado el edificio en que se refugiaban, y mientras los amotinados violaban las puertas de la prisión y echaban a la calle a la jauría de los detenidos, los leales vecinos sacaron de la llamas al coronel Reyes.

Ya anochecido, se encaminó éste a San Juan de los Lagos. Como allí también había asonada, continuó hasta Tepatitlán, donde recibió orden de presentarse en Guadalajara. A los dos días, llegó de Guanajuato a Lagos Moreno el general Doblado con fuerzas suficientes para restablecer el orden, y entregó el Cantón a Emilio Rey, que acudió, a su vez, desde Guadalajara, con los lanceros e infantería.

En tanto, el coronel Reyes informaba sobre los sucesos al gobernador Parrodi, explicándole el verdadero carácter del motín y la noble conducta de los vecinos de Lagos, ajenos a los desmanes de la chusma. El gobernador, satisfecho, le encargó la jefatura del 4° Cantón, con capital en Sayula.

1. LA AGONÍA CONSTITUCIONAL

ERA, pues, jefe político de Sayula cuando, a fines del 1857, las tropas de la capital de la República se alzaron contra la Constitución en nombre del Plan de Tacubaya, y Comonfort dio el golpe del Estado. ¿Qué eclipse inesperado fue éste?

Aunque dominadas las graves insurrecciones de Puebla y de San Luis Potosí, se enunciaba inminente la tarea de unificar al país bajo el régimen liberal. Los escasos recursos se agotaban en motines y represiones. Inglaterra, Francia y España cada vez más apretaban más el cobro de deudas y sus pretensiones a la tutela diplomática. La Constitución ponía al presidente en manos de la Cámara, a tal grado que no le permitía moverse con el desembarazo y la rapidez indispensables. Había que pedir facultades extraordinarias, recurso de entonces y de siempre, desde que hay Constituciones en México. En tanto que se obtenían las urgentes reformas legislativas, Comonfort quiso desandar el proceso y volver a la tabla rasa del Plan de Ayutla. Mal aconsejado por voces de todos los partidos, y creyendo contar con la voluntad unánime de la nación, disolvió la Cámara.

Al instante se arrepintió: ni estaba ya con la ley, ni podía aprobar el Plan de Tacubaya, que ahora se le vino encima como un alud. Y en enero de 1858 abandonó la lucha. Empieza la Guerra de Tres Años.

Por virtud constitucional, asumió la presidencia Benito Juárez. Algunos Estados se declararon por el Plan de Tacubaya; algunos se coligaron en contra. Entre ellos, Jalisco, y allá fue Juárez a refugiarse.

La coalición de Estados liberales fue derrotada en Salamanca (Guanajuato) por el ejército conservador, el día 10 de marzo de 1858. Seguro el gobernador Parrodi de que Landa, dueño de la guarnición de Guadalajara, era desleal, la víspera misma de estallar el esperado pronunciamiento, o sea la noche del 12 de marzo, envió un mensaje al coronel Reyes ordenándole que se concentrara a toda prisa en la capital del Estado con las fuerzas de Sayula. El mensajero dejó el pliego en manos de una autoridad del camino (Techaluta), y cuando el pliego llegó a manos del coronel Reyes, ya Landa se había pronunciado y derrotado a Parrodi en Tlaquepaque (23 de marzo). El gobernador se replegaba hacia el sur, abandonando la capital a Landa.

El coronel Reyes le hizo saber que, en Sayula, contaba con ciento cuarenta leales; que había logrado detener un importante cargamento de armas, procedentes de los Estados Unidos y destinado al Gobierno, para evitar que cayera en manos de Landa; que más de cuatrocientos pronunciados interceptaban el paso en Santa Ana Acatlán. (Éstos, en efecto, atacarían dos días después a Juárez y a su escolta.) El Gobierno envió al general Rocha a salvar el armamento rescatado por el coronel Reyes, y ordenó a éste mantenerse fuerte en Sayula a todo trance. Así lo hizo él, guardando, con ciento cuarenta contra cuatrocientos, la ruta para la retirada de los liberales. Cayó Guadalajara, el Gobierno siguió huyendo hacia el sur, para reorganizarse dentro ya del Estado meridional de Colima. Pero el coronel Reyes se sostuvo en Sayula como un centinela avanzado de la Constitución.

Así, durante el primer periodo de la lucha, agonizaba la Constitución liberal al empuje del ejército reaccionario. Adolecía de errores técnicos, y quería asfixiarse en el mundo, porque era demasiado utópica. La historia tenía que esforzarse aún para alcanzarla, y no podría alcanzarla nunca. Pero quiere la humana flaqueza que las Constituciones no se hayan hecho para ser cumplidas en un todo; tampoco para ser violadas, como dicen los escépticos de salón o los filósofos tabernarios. Al menos, ellas son definiciones ideales, normas propuestas al espíritu de justicia de un pueblo, destinadas a provocar las aproximaciones posibles en ascensión gradual. Ningún país, por civilizado que sea, por mucho que haya corregido el bravío desorden de la naturaleza, cumple su Constitución de modo cabal y absoluto. Una Constitución realizada al pie de la letra hasta se vuelve sospechosa, y habrá que sustituirla al instante por otra más adelantada. La vida social es movimiento y necesita ir siempre en pos de una meta. Quien para es porque retrocede. El sentido de superación tampoco ha de llegar a la "deshumanización", paradójico extremo en que se inspira la horrible sentencia del sacerdote John Cotton, primer maestro de la iglesia de Boston: "Una ley es tanto menos provechosa cuanto más huele a hombre." El sano equilibrio entre la clínica contingencia real y el desaforado utopismo es cosa delicada y divina. ¡Felices los pueblos que lo obtienen! Pero ¿quién puede lanzar la primera piedra?

2. LOS ÚLTIMOS PASOS.

A LA agonía constitucional sucede, si no una franca recuperación, un balanceo de las fuerzas encontradas, el cual se extiende como verdadera crisis nerviosa por más de un año e incuba el triunfo de los liberales. Si dejamos fuera las pequeñas zonas neutras -Baja California, Chiapas y Yucatán -, la lucha divide al país en tres porciones: el Occidente, el Centro, el Oriente. El Occidente es el campo militar por excelencia. Lo dominan paso a paso los liberales, en dos campañas: una descendente de norte a sur, y otra ascendente de sur a norte. La articulación futura entre ambas habrá de decidir la victoria. El Centro ha quedado por lo pronto en poder de los conservadores y es como su cuartel general. El Oriente será un campo de suma trascendencia política, por ser Veracruz la capital de Juárez, en torno a la cual se intenta una tercera campaña en tres ataques sucesivos.

En Colima, que vino a ser un Jalisco subsidiario de los liberales, el general Degollado, el "santo de la Reforma", organiza sus divisiones. Por orden suya, y en vista de que el general Rocha tiene que recorrer tierra jalisciense, el nuevo gobernador -lo es ahora el general Ogazón- deberá designar a un jefe que sostenga la línea en Barranca de Beltrán, por las estribaciones del Nevado de Colima. El general Ogazón confía ese punto neurálgico a su cuñado el coronel Reyes, señalado ya como buen defensor de marcas o fronteras, quien, en consecuencia, se traslada más al sur de Sayula. Pero, al mes siguiente, concurre con su Batallón de Cazadores de Jalisco al asedio de Guadalajara. A los veinticinco días hay que abandonar el sitio ante el empuje de las fuerzas de Miramón, y nuevamente hay que retroceder al sur del Estado.

Los liberales esperan en Beltrán el encuentro con Miramón, y allí se establece el coronel Reyes para proteger el transporte de la artillería desde la Barranca de Atenquique.

El 2 de julio de 1858, el comandante conservador alcanza allí a la retaguardia liberal y se traba un combate en forma. Unos hablan del triunfo de Miramón y otros del triunfo de Degollado. Decían los técnicos el valor de este encuentro: Miramón retrocedió exhausto a Guadalajara, mientras el coronel Reyes, firme en Beltrán, quedó todavía en condiciones de interceptar los correos y descubrir la defección que preparaba en Colima el coronel Ignacio Martínez y que pudo así evitarse, permitiendo la continuación de la campaña, cuya suerte, sin eso, hubiera sido fatal.

De septiembre a octubre del propio año, ocurre el nuevo sitio y efímero rescate de Guadalajara, en que participa el coronel Reyes. Pero Miramón regresa con sus fuerzas, obtiene un triunfo palmario contra Degollado en San Joaquín, y Ogazón se aleja hacia Morelia con los restos de sus mermadas tropas.

Por febrero de 1859, Ogazón sustituirá a Degollado, que ahora se dirige hacia México y Veracruz, y reorganiza su ejército. Reaparece por Jalisco; lo acompaña el coronel Reyes, que ha levantado el Batallón "Cazadores de Jalisco" y el Escuadrón "Lanceros del Progreso". Toman juntos la ciudad de Colima (14 de abril de 1859). Después el coronel Reyes marcha hacia el Cantón de la Barca, en seguimiento de los conservadores fugitivos. Pero la concentración de todas las tropas liberales de Jalisco y Colima es derrotada en el límite de ambos Estados, entre Tonila y la Albarrada (23 de diciembre), debido

al soborno de un jefe, y el coronel Reyes se ve de nuevo arrastrado en la retirada de Michoacán. Unos días más tarde, ha recompuesto sus fuerzas y otra vez anda por La Barca. Y algo más tarde aún mientras se desarrolla el ataque contra Guadalajara en que López Uraga cayó prisionero (24 de mayo de 1860), Reyes recibe la orden de detener los refuerzos de Miramón sobre el puente de Tototlán. Pero, suspendida la acción contra Guadalajara, que fue un verdadero atolondramiento, se le mandó incorporarse con Ogazón en Sayula. En este instante se ha logrado ya el contacto de las tropas liberales del norte y del sur; y la fortuna, en adelante, de la espalda a los conservadores a pesar de la defección de Vidaurri, que no era el único jefe nortista disponible. Miramón, privado del refuerzo que esperaba desde Zacatecas, y que González Ortega acababa de destrozar en Peñuelas, no se atrevió a acercarse, ante la superioridad de los contingentes que Zaragoza tenía fortificados en las cuestas de Zapotlán (hoy, Ciudad Guzmán).

Durante el victorioso y más que sangriento sitio que puso González Ortega a Guadalajara contra Severo del Castillo, entre septiembre y octubre de 1860, el coronel Reyes fue nombrado jefe de la línea de circunvalación por el sur, rechazó siempre las embestidas e impidió la entrada de víveres; y, recobrada la capital jalisciense, se dirige a pacificar La Barca y a expulsar a las guerrillas irregulares, en que comulgaban conservadores y bandoleros. La tarea le ocupó todo el año de 1861. La había heredado del fabuloso Teseo, el que redujo a Sinis, a Escirón y a Procusto; la legaría, en amargo patrimonio, a su hijo Bernardo.

Al año siguiente (14 de febrero de 1862), falleció en la Barca, sin dejar bienes de fortuna. Dice de él la crónica: "Siempre se lo encuentra entre los hombres de la Reforma; siempre con la autoridad legítima y con los principios que nos dieron la patria; siempre en lucha contra la muerte, sin abrigo y sin pan. Nunca donde se atentó contra la vida, el honor o la propiedad."*

Y aquí colgamos en el larario el sable herrumbroso de los abuelos. México ha sufrido millares de pronunciamientos y conoció tres revoluciones verdaderas: la Independencia, la Reforma y la Nueva Era Social. Prospera la yedra vividora en las tumbas de sus héroes y de sus víctimas. Este desmañado bosquejo, a la sanguina y al carbón, evoca una de tantas grandezas que hoy confunde el olvido, entre las cenizas del incendio que consumió a los varones de la Reforma. El coronel Domingo Reyes tuvo por suerte cuidar las marcas en que se partían los bandos, y la integridad de los distritos. Otro país lo hubiera llamado marqués de los Cantones. Aquí decimos simplemente, como en su espartana respuesta, que supo cumplir con su deber.

* Manuel Cambre, *El Correo de Jalisco*, 1902, fuente principal de las páginas anteriores.

III. ENSEÑA DE OCCIDENTE

1. CHARLAS DE LA SIESTA

SOLÍA mi padre, a la siesta, tumbarse un rato a descansar sin dormir. Entonces, en orden disperso, me contaba lances de su juventud militar. A veces, yo mismo lo provocaba. Él había contraído en sus campañas y lo fomentaban su actividad febril y las tremendas responsabilidades de su situación oficial y pública no sé qué dolencia calificada de atonía digestiva, que se manifestaba en cólicos y otros trastornos. Él me aseguraba que, de mozo, comía como un tigre, peleando con los alimentos. Pero yo ya solamente lo vi sustentarse con té y naranjas, maicenas y otros insípidos engrudos. A veces, ni siquiera podía con el plato de cereales. Nos lo ofrecía a sus hijos. Mis hermanos bajaban la frente, se hacían invisibles yo no sé cómo. Y yo me prestaba, para darle gusto, a engullirlo todo, cerrando los ojos y aceptando pacientemente a mi destino. Su extraordinario vigor físico, sus constantes deportes de armas y caballos, sus hercúleos ejercicios matinales, parecían realmente incompatibles con aquella alimentación ascética. Y aunque, llegaba el caso, él se curaba con feroces prácticas pantagruélicas, enormes cantidades de agua de sal y cosas al tenor, yo había descubierto por mi cuenta que el hacerlo charlar y recordar sus pasadas campañas era un tratamiento infalible. A poco, saltaba de la cama en paños menores y empezaba a pasear por la alcoba, desplegando, ante mis ojos maravillados, verdaderos cuadros de guerra.

Yo bien hubiera querido y mi ternura se atrevió a sugerírsele verlo consagrado a escribir sus memorias

cuando regresó de Europa, en vez de verlo intervenir a destiempo en los últimos acontecimientos que lo condujeron a un fin trágico. Pero era difícil que prevaleciera el deseo de un muchacho sin experiencia (para colmo, "picado de la araña" y que vivía siempre en las nubes) sobre las incitaciones de otras personas mayores, que después se han arrepentido al punto de negar su responsabilidad en aquella funesta ocasión, y sobre el peso de tantos deberes y tantos intereses nacionales coligados por la fatalidad. Mi brújula no se equivoca, y tengo derecho a lamentarlo.

Los antiguos hablan mucho del Leteo, río infernal del olvido. Pero ¿y el torrente de la memoria? Quien se deja impregnar por sus aguas paradisiacas parece bañarse en sí mismo y sale siempre recuperado. Esta ablución purificadora debiera practicarse metódicamente como un ejercicio espiritual. Acaso la vida tenga por fin inmediato el crear un poso de recordaciones. La persona es una unidad algo movediza, y como el mismo "metro patrón", necesita rectificarse periódicamente comparándose consigo misma. El cronómetro de la conciencia padece infinitesimales desvíos. No hay que dejar que se adicionen: un buen día suman ya una cantidad computable, y entonces es tarde para el remedio. A veces, olvidar es dulce, pero siempre es aventurado: al que olvida se lo llevan los pájaros. A veces, recordar es amargo, pero nunca inútil, salvo en los trances enfermizos de la idea fija.

Los especialistas realizan hoy curaciones casi increíbles con sólo obligar a sus pacientes a sacar hasta la luz meridiana de la inteligencia algún amasijo de dolores que el miedo había relegado en los fondos cenagosos del ser. No busca otra cosa que la

terapéutica onírica, o averiguación de los símbolos biológicos que el sueño refunde a su manera: tratamiento tan antiguo casi como el hombre. Siempre se le aplicó en los Templos de Asclepio, y es muestra de la fragilidad humana el que se le haya abandonado durante siglos, entregándolo a las burdas supersticiones. Odiseo, antes de Freud, arranca violentamente a sus compañeros de la morbosa flor de loto, vicioso deleite, para amarrarlos otra vez en la nave de su vida habitual. El hilo de Ariadna participa en algo de la cadena, es cierto; pero gracias a él escapamos del Laberinto. Lo que sé es que mi padre solía restablecerse cuando yo le administraba la excitación del recuerdo. El mal del instante desaparecía como desdeñable accidente en el nivel general, en la curva estadística de su existencia. Ya se comprende que yo lo hacía por instinto, y di por casualidad con la solución del enigma. Pero hallar el sentido a la casualidad es el triunfo humano por excelencia. Y aun aquí, otra vez, es la memoria quien nos permite, al registrar estos resultados totales, la realización de triunfo semejante.

Hablando, hablando, mi padre volvía a ser quien era. Brotaba de él aquel magnetismo que todos sintieron en su presencia, y del que huían, con secreto aviso, sus malquerientes, como aquel se prohibía las lecturas religiosas porque sospechaba que acabarían por convertirlo. Y así, las sencillas charlas de la siesta cumplían el doble prodigio de devolverme ileso a mi padre, y de poblar mi imaginación con perdurables estímulos. Todavía recurro a ellos, y cada vez más me aficio más a abrir el viejo arcón prestigioso, aromatizado de años. Allí, si vale decirlo, siento que me embriago de lucidez.

Por desgracia, nunca llevé cuenta y razón escritas de estas conversaciones. Hoy temo equivocarme y mezclar especies. Comienzan a faltarme los testimonios más cercanos. Sólo me queda una serie de escenas mal zurcidas, de alcance más bien privado, con cuya evocación en modo alguno pretendo rehacer la biografía de mi padre.

No siempre se hablaba de guerra. Los temas de las charlas eran variadísimos. Tratábamos de poesía y de historia, que eran las lecturas predilectas de mi padre. Algo he escrito ya sobre esto, y lo repito para completar su figura, que la opinión sólo ha conocido en otros aspectos muy distintos. La posteridad recogió los rasgos más ostensibles de aquella existencia al servicio del país. En él se celebra al guerrero de la Mojonera, Santiago Ixcuintla, Tamiapa, Villa de Unión; se admira al organizador del ejército; se respeta al administrador honrado y al gobernante de profunda visión; se discute al político del último instante. Pero en esa su justicia expletiva y ruda, la fama desconoce implacable la intimidad estudiosa de aquel amigo de las letras humanas que, en sus contados ocios, no desdeñaba el escribir, aparte de las monografías y los discursos publicados -tal su historia militar de México, tal su biografía de Díaz recién desenterrada- páginas de mera literatura en prosa y en verso. Se informaba con inteligente curiosidad de los libros nuevos. Othón admitía gustoso que le corrigiera algún pasaje. Mi padre supuso de las inquietudes poéticas de su tiempo, desde el Romanticismo al Modernismo, al punto que recitaba de coro *El estudiante de Salamanca*, *El Diablo Mundo*, y más tarde, la *Salutación al optimista*, y "Yo soy aquel..." Años después, Rubén Darío -cuyos ejemplares tengo anotados del puño y letra de mi padre, como lo he referido en *Las burlas veras*- lo

llamó a su amigo y, a su muerte, le consagró una página en *La Nación* de Buenos Aires, comparándolo con los capitanes romanos de Shakespeare. Siendo Reyes coronel de caballería, educaba a su regimiento con ciertas *Conversaciones militares* de sentido moral, y no sólo con ejercicios tácticos (Academias de táctica de caballería). Su *Ensayo sobre el reclutamiento*, que data de su mando en San Luis Potosí, será base de su futura comisión en Europa, quedó arrumbado en los archivos de la "Defensa", y acaso haya inspirado las últimas leyes militares. Para aliviar la vida de cuartel, una vez que hubo desempeñado cierta comisión en el norte de la República, resumió en un volumen toda la Historia universal de César Cantú. La heroica antigüedad era su constante pasto espiritual, y el arte, una afición sólo interrumpida por los apremios del deber público. Ya he contado, en *Junta de sombras*, que un dibujo suyo me ayudó a entender la batalla de Maratón.

Yo no he hurtado mis aficiones. En mí, simplemente, habría de desarrollarse una de las posibilidades del ser paterno. Después de todo, América, como solía decir Rubén Darío, es tierra de poetas y generales. "Y algunos, que sólo quisiéramos ser poetas, acaso nos pasamos la vida tratando de traducir en impulso lírico lo que fue, por ejemplo, para nuestros padres, la emoción de una hermosa carga de caballería, a pecho descubierto y atacando sobre la metralla" (A. Reyes, carta a Cipriano Rivas Cherif, Madrid, mayo de 1921, recogida en *Los dos caminos*, 4ª serie de *Simpatías y diferencias*).

Para mi padre, yo era como el paje del violín (¡su violín de Ingres!), y él reserva para mí todo el tesoro de su vida literaria secreta.* Abandonó, casi niño, el Liceo

de Varones de Guadalajara para ingresar a las filas liberales y pelear contra la invasión extranjera. Cuando yo le preguntaba cómo y a qué hora había adquirido su cultura nada común. -Sobre la cabeza de la silla me contestaba -. Entre dos galopes. Entre uno y otro combate.

Siempre lo sentí poeta, poeta en la sensibilidad y en la acción; poeta en los versos que solía dedicarme, en las comedias que componíamos juntos durante las vacaciones por las sierras del norte; poeta en el despegue con que siempre lo sacrificaba todo a una idea, poeta en su genial penetración del sentido de la vida, y en su instantánea adivinación de los hombres; poeta en el perfil quijotesco; poeta lanzado a la guerra como otro Martí, por exceso de corazón. Poeta, poeta a caballo.

* Don Joaquín Meade ha desenterrado versos y prosa de mi padre, que se publicaron en San Luis Potosí (1871 y 1875), y de que él no quiso acordarse. Mucho más vale cierto poema ("Gloriosas") que me ofreció para mi cumpleaños del 17-V-1904, no destinado a la publicación.

2. COSAS PUERILES

MI PADRE charlaba, a la siesta. Aquella tarde fue la infancia. Llovía suave e incesantemente. Días grises y velados, incomunicados por el telón de un rumor monótono y discreto. Poco a poco, la mente parece adoptar otro clima, la sensibilidad se aguza o embota no lo sabemos-; un tenue sonambulismo ilumina nuevas avenidas del paisaje interior: la fotografía al infrarrojo deja ver otros relieves ocultos que el rayo solar no nos entrega. Mi padre empezó a recordar esas insignificancias pueriles que de repente se nos acercan, reclaman su sitio y quieren ser evocadas.

El niño había oído vender por la calle un dulce que se llamaba "María-Gorda". Debía de ser cosa succulenta. El nombre era prometedor. Pero una "María-Gorda" valía nada menos que un peso. Juntar un peso, con sus pequeños ahorros domingueros, no era fácil para un chiquillo de entonces. El peso verdaderamente valía entonces su peso en plata. ¡Aquel estupendo tejo mexicano que rodaba por todo el mundo, hasta los mercados de la India y la China! (En Saigón, lo encontró y lo cantó Farrère.) ¡Aquel peso grande y sabrosamente estorboso, de honrado espesor, que abultaba en el chaleco y confería bastas virtudes!

Pero con paciencia se junta el peso. ¡Oh desengaño! La golosina resultó abominable. No hubiera podido disolverla toda la saliva del mundo. Era una masa elástica que se amontonaba y se pegaba en la boca y no pasaba por el gástrico. El agrio y el azucarado parecían pelear sin ponerse nunca de acuerdo, si no era para hostigar paladar y lengua. Y el niño lloraba sin

consuelo, hasta que a madre juzgó oportuno acercarse, sacudiendo como solía las grandes trenzas, a modo de fustas amenazadoras. ¡Adiós, “María-Gorda”, primera decepción de la infancia! ¡Cuántos engaños se habrán cometido en vuestro nombre, oh Marías Gordas!

El cuadro disolvente se esfuma y deja lugar a otra imagen. Un día esto sucedió años después-, el muchacho estuvo a punto de morir por una verdadera bobada. Vivía en el Liceo de Varones, o más bien allí dormía, un joven pasante en medicina a quien los chicos sólo veían salir por la mañana y regresar al caer la tarde. Cometía el pecado de no hablar con ellos, de ignorarlos. El jovencito está demasiado absorto en su conquista del mundo y no siempre tiene ojos para los niños. Era impopular, ni qué decirlo, entre la gente menuda. Rodeado de mimos paternos y de solícita atención por parte del maestro; festejado como un héroe cuando acierta a decir que Bucarest es capital de Rumania, que dos y dos son cuatro, o que una isla es una porción de tierra rodeada de agua por todas partes; equilibrado, siquiera provisionalmente (pues “ya tendrá la vida para que se envenene”), en una figura egocéntrica del universo, el niño fácilmente se considera un objeto privilegiado de la creación y no puede perdonar un desaire.

Se tomó, pues, por voto unánime, la resolución de castigar a aquel señorito insolente, que entraba y salía con su libro bajo el brazo dándose aires de persona mayor, sin saludar a nadie, sin darle a éste una palmadita ni alisarle al otro la cabeza. Se discurrió una burla magnífica, y mi padre se ofreció a ejecutarla.

En plena noche, se le presentó envuelto en un lienzo blanco y con un fúnebre capuchón, pretendiendo ser un fantasma. Llevaba en la mano el consabido cráneo y la palmatoria con la vela encendida. El pasante no entendía de cosas de ultratumba. Ignoraba la buena retórica que el folklore prescribe en tales casos. No previno al fantasma, ni se consideró obligado a decirle: “En nombre de Dios te pido que me digas si eres de este mundo o del otro”. Sino que -¡pum, pum, pum!- con la pistolita que escondía bajo la almohada empezó a hacer fuego sobre el aparecido. Por suerte que tenía una puntería tan mala como su genio adusto. Hubo gritos y carreras, alarma en general en el Liceo de Cuasi-Varones. Hubo que pedir perdón en todos los tonos. ¡Ah, sí! Pero desde el día siguiente, como ya había una complicidad entre ellos, el pasante sonreía, saludaba, acariciaba, decía dos o tres cuchufletas a los chicos y, en suma se había humanizado.

Hay una edad en que, sin remedio, los muchachos merecen con toda la justicia el nombre de “mocosos”. Los mocosos, otra vez, intentaron meterse a caballo por la feria, tumbando los puestos de los “jotos”. ¡Los jotos, señores! Que os cuenten los tapatíos la tradición de esos magníficos cocineros populares, quienes además, y aunque parezca increíble, eran unos gallos de pelea. Vestían de charro, lucían con orgullo el pie chiquito, hacían dengues afeminados, extremaban la voz chillona.

Pero tenían rápido el cuchillo; y gritando “¡Válgame Dios!”, como si estuvieran asustados, salieron todos de sus fonduchos, vueltos unos verdaderos leones, y en un instante pusieron en fuga a los revoltosos. Y luego, como si nada hubiera pasado, se sentaron en rueda para oír cantar a uno de ellos que, rasgueando la guitarra, entonaba con voz tipluda:

¡Vivid en paz,
hijos de Adán,
entre las flores!

Moría la luz, se encendían las velas. Vuelve el gentío a la feria. Se oyen las voces de chalanes y traficantes, los gritos de la lotería y la ruleta. Huele a tequila. El bebedor, conformándose a los buenos usos establecidos, ofrece un trago a pico de botella a cada "señorita" que pasa. El campanario colonial deja caer una tras otra sus notas, encantamiento que deshace otro encantamiento. Y arriba, es la noche de Guadalajara, gozosa de estrellas.

...Pero ha dejado de llover, y además, es hora de acudir al Palacio de Gobierno. Pronto mi padre se aleja en el "boguecito" de un solo caballo que él mismo manejaba. No lo olvidan quienes lo saludaban por las calles de Monterrey, y sé de algunos ancianos que todavía, al doblar la esquina, se figuran verlo de repente.

3. OLOR DE PÓLVORA

Todo el país era entonces campos de pelea. El olor de pólvora embriaga ("¡Tufo de potro, aroma de sangre, olor de gloria!", dice el poeta). Quien lo ha sentido, difícilmente se recobra, y más si el embrujo opera sobre la materia plástica de la infancia. Mi padre tuvo la primera visión de la guerra al presenciar, desde una ventana, algún combate callejero. Fascinado, se agarraba a la reja. Su madre, forcejeando para arrancarlo de allí, cayó herida de bala. Entonces quedó sellado un destino. Después vino el jugar con las granadas sin mecha que rodaban por el arroyo, y el apostar a pares o nones con los agujeros de la fusilería enemiga en los muros.

La ciudad tuvo que entregarse. Maximiliano publicó aquel funesto bando (3 de octubre de 1865) en que ponía fuera de la ley a Juárez y a los caudillos de la República. El niño se detuvo a leerlo en la calle y lo cubrió de escupitajos. Fue a dar a la cárcel. Huérfano ya de padre, lo sacó de allí la diplomática intervención de López Portillo el Viejo, quien alegó los pocos años del mozo y la consideración debida a la familia.

El fermento de libertad llena el aire, corre la ciudad, cunde por los hogares; se comunica, consigna secreta, de mirada a mirada. Las tropas libertadoras, en sus audaces tretas, intentan invadir y recuperar la ciudad a través de las casas mismas y abriendo a pico las paredes. Las mujeres, arrinconadas, ven pasar un tropel de bravos que se derraman sigilosamente por los cuartos y patios, y continúan su viaje de topes, dejando un rastro de muebles en desorden, macetas volcadas y hedor de fieras. Los niños, temblando, dicen en voz baja: "Como pueda con el fusil, me voy con ellos."

La familia tenía prestigio, y cierta predisposición atlética. Mi padre y el tío Agustín asustaban a las visitas echando un volatín en el aire al acercarse a saludarlas. Agustín, que en una riña cualquiera, rompió una cabeza de un puñetazo, tuvo que demostrar en la comisaría del barrio que no había usado arma ninguna, y abrió en dos la mesa de gendarmería con sólo descargar la mano.

Todo ello hacía de los hermanos unos jefes de la muchachería. Las jugarretas poco a poco se volvieron hazañas. Las tropas de ocupación comprobaban el refrán chino: fácil es meterse por la boca del tigre, pero no volver a salir. Los muchachos se las arreglaban para, de mil modos, hacer la vida imposible a los intrusos. Los Cazadores de África recibieron de ellos varias palizas. Los dejaban desarmados a media calle. Desde las azoteas y las torres, aun llegaron a matar zuavos a ladrillazos. Lo mismo invadían iglesias y desbarataban el órgano para hacerse pitos de alarma.

Pero la patria requería una ayuda de mayores alcances. Y entonces hubo que dejar el Liceo y las especialidades matemáticas en que ya se preparaba mi padre. Mal cumplidos los quince, el pequeño Don Quijote, en compañía de un criado y de otro valiente de sus años -Pepe, el hermano del general Ramón Corona- escapó en pos de la aventura. Fue, como para su abuelo lejano, el de La Mancha (los Reyes son de extracción manchega), una primera salida en falso. Las tropas nacionales, batidas las más veces, no tenían residencia fija. Y los muchachos, a procura de las fuerzas del general Régules, se perdieron en mitad del bosque por las sierras de Michoacán. Como el otro hidalgo con las bellotas, se alimentaron dos días de "tejocotes", la acerola de México. Atraídos por los

tambores y clarines, salieron al camino real, y dieron de manos a boca nada menos que con un destacamento de imperiales. ¡Eran tan niños! El jefe, que se dirigía a Jalisco, los devolvió a los suyos.

Pero fue en vano vigilarlos para evitar otra escapatoria. El diablo se había metido en casa. Y vino la segunda salida, más gloriosa que la primera. Mi padre sólo había de volver con las presillas de alferez, ganadas por atacar en persona y precipitar de lo alto de un campanario a un puñado de contrincantes.

El 5 de abril de 1866, logró incorporarse en Moyahua (norte de Jalisco) a las tropas republicanas del general Leocadio Solís, que luchaban entre infinitas penalidades y, como suele decirse, "vivían del aire". Bandidos y patriotas tenían que fraternizar por fuerza, y había que andar muy sobreaviso. Por haberle dicho: "¡Qué mal tabaco!" a uno de aquellos caníbales que se permitió echarle desdeñosamente el humo a la cara, cuando mi padre se dirigía a la mesa de los oficiales, el monstruo lo siguió, sin decir palabra y pistola en mano, hasta el comedor mismo; y hubo que aguantar un duelo a balazos a presencia de todos. Mi padre sobrevivió, ya se entiende. Me asegura que tuvo la misma impresión del día en que mató de un tiro a un enorme mono amansado que les servía la comida en casa de mi abuelo, porque el mono se enfureció de repente y enseñó los colmillos; y con las fieras, ya se sabe, pocas bromitas.

Conocí a gente vieja que lo recordaba de entonces: mozo rubio y no del todo formado, aún no "embarnece", como dice el ranchero. Llevaba terciado el tahalí, y en el tahalí un espadón del tamaño de su persona, verdadero montante a usanza de otros

siglos. Había que esgrimirlo a dos manos, según lo hacía Rodrigo de Vivar con el viejo acero de Mudarra.

Criado entre el regalo de las clases acomodadas, tenía que infundir respeto a la canalla que siempre se mezcla en las guerras nacionales. Y por eso, a la más leve provocación, ya estaba el montante haciendo molinetes y creando, en torno a su dueño, un espacio mágico, inaccesible.

Y así fue que decidiera de una vida la lealtad romántica a la espada. Suprema aspiración romántica es la proeza: la nota extrema de la voz y el máximo rendimiento humano. El héroe romántico fácilmente es guerrero. Y el guerrero lo es mucho más cuando es jinete. Soldado romántico de caballería, se le presentará en la vejez la oportunidad de sacrificarlo todo a su juramento militar, y no podrá resistir a la tentación de tanto sacrificio. Le daban una revolución ya hecha: no la quiso aquel varón sin astucia. La mejor manera de atraerlo era proponerle empeños difíciles. Toda ansia infinita se encamina a la total entrega como a un término necesario. Nada ha poseído el justo mientras no se ha desprendido de todo. Exploten otros las riquezas que acumuló para los demás su mano virtuosa, el laborioso civismo y las industrias que su gobierno hizo brotar como del suelo. Nunca, nunca lo entendieron, ni era posible entenderlo a la pobre gente, mucho menos a la gentuza. La razón tiene que aprender a resignarse, en este valle de insensatez. Un buen día la veleidosa fortuna desvía el rostro. Él vio que había pasado su hora. Despide a sus hombres - media docena de fieles, que ya es mucho -, aguija, y se entrega, solo, al retén de Linares. Noche tormentosa del alma, entre campos de abrojos, bajo la mirada fría de las estrellas, cuando convocó a su conciencia en

juicio más que salomónico. Para colmo, era Nochebuena, regocijo de los hogares mexicanos. Llegó al cuartel con la ropa desgarrada, que nadie lo hubiera reconocido. Cuando descubrió el embozo, "¡No, mi general, a mí no se me entregue!", le gritaba, arrodillado, el jefe, su antiguo picador y mozo de espuela. Pero él lo había decidido, y ofrece una vez más en su vida, por desdén al hado funesto. ¿Qué otra cosa puede hacer con la vida quien sabe vivirla plenamente? Tirarla por la borda, eso es. Pelillos a la mar- dice el romántico, y arroja a las olas su esperanza.

4. CORREO MILITAR

ENTRE las principales insurrecciones contra Juárez, dejando las de algunos ex imperialistas sin relieve o la de Negrete a favor de González Ortega - serie de reveses que sembró de cadáveres el camino de Puebla-, la primera que asumió proporciones amenazantes fue la iniciada el 15 de diciembre de 1869, en San Luis Potosí, como una sublevación local, y que adquirió importancia con las adhesiones de Zacatecas, la guarnición de Orizaba y parte de las tropas de Guadalajara y Querétaro. El movimiento era capitaneado por los generales Aguirre, Larrañaga, Pedro Martínez, García de la Cadena y el coronel García Granados. En un par de meses quedó liquidada la insurrección por Escobedo y Rocha. En un par de años sobrevendría la mucho más grave conocida por "el Plan de la Noria".

En enero de 1870, el cuartel general de la 4ª División, En Durango, que permanecía fiel al Gobierno y se encontraba incomunicado por el levantamiento de Zacatecas y San Luis, confió al teniente Reyes, cuando éste frisaba en los veinte años, una de esas comisiones difíciles, peligrosas, llamadas honoríficas, que sólo se dan al que voluntariamente las acepta por su cuenta y riesgo.

Tuvo entonces que atravesar, incógnito y entregado a sus propias fuerzas, las regiones dominadas por los insurrectos, para traer un mensaje a México. Hacía falta ahora mezclar a Aquiles con Ulises, a Rolando con Oliveros, al héroe con el discreto, la bravura con la sutileza. El mensaje de que mi padre era portador fue cosido entre las suelas de un zapato, y el zapatero

debió quedar preso hasta el final desempeño de la comisión que, según declara la hoja de servicios, "fue satisfactoria".

Andaba ya en terreno enemigo cuando, al tomar una diligencia, se percató de que, aunque vestido de paisano, llevaba el capote con los inconfundibles botones metálicos del uniforme militar, y los arrancó presurosamente uno por uno.

El paso por Zacatecas no era cómodo. Lo que dio importancia al levantamiento fue precisamente la contribución del gobernador García de la Cadena, que contaba con abundantes recursos y elementos numerosos. Mi padre se detuvo a comer en la primera fonda, tratando de disimularse lo más posible, porque estaba llena de insurrectos.

Pero no lo permitió su suerte: la posadera, antigua amiga de soldados, "Madelón" medio vivandera y media hostelera, no bien le echó los ojos encima, abrió los brazos y cruzó el comedor gritando:

-¡Teniente Reyes! ¡Cuánto bueno por aquí! ¡Dichosos los ojos! ¡El tiempo que hacía...! ¡Qué buenos vientos me lo traen?- y otras boberías por el estilo.

Alguien se incorporó de un salto al oír aquel nombre. Alguna silla cayó al suelo... Pero, en menos que se cuenta, el joven atleta, otro Artagnan, había saltado por el balcón interior al patio y, apoderándose del primer caballo a la vista, ya se había puesto a bien seguro. Sólo se oyó un galope que se alejaba por el empedrado de la calle.

Cuando entraba en la plaza de Zacatecas, García de la Cadena pronunciaba precisamente su sonoro discurso: "El pueblo zacatecano lleva escrito como Tácito en sus banderas que valen más las tempestades de la libertad que las calmas de la servidumbre." Las palabras se me han grabado, porque Rodolfo, en sus mocedades oratorias, solía ensayar la voz con ellas y hacer gorgoritos y ejercicios demostenianos. No hay duda que ellas son de un estilo impecable, bien balanceadas y rítmicas, y que ese golpeteo de las *tes* les presta un vigor singular. Lástima que estos buenos retóricos, empujados por el orador que llevan dentro y que los arrastra a eso que se llama la acción, se pierdan así las letras. Y es que, como me decía en Madrid el llorado escritor venezolano Pedro Emilio Coll:

Si usted levanta la voz, tiene que seguirla. Hay un peligro en la voz, compañero.

Ser portador de un mensaje secreto, y de trascendencia nacional, ¡qué orgullo para el joven! Hay misiones, encargos, deberes, que sirven de compañía en medio de la mayor soledad, de confortación entre los más enojosos contratiempos. No andamos solos: un dios nos acude, invisible. Atenea camina junto al héroe, oponiendo a tiempo su escudo. El monólogo interior con que distraemos el tedio de las esperas o las largas jornadas está cargado de interés. Los sobresaltos, pruebas de resistencia, llenan de orgullo al que los padece. Se marcha sin pisar la tierra, casi por el aire como Iris, la mensajera olímpica. La atención se aguza, los sentidos están de guardia. Una alerta general del alma afina y purifica el ser, dotándolo de facultades nuevas, de adivinaciones increíbles. Allá va el muchacho predestinado, hablando para sí, henchido de gloria y de peligro, cambiando cabalgaduras,

reventando cinchas, ya rompiendo por entre el tumulto de las ciudades sublevadas, ya a campo traviesa por veredas y riscos; más de una vez se da por muerto, y más de una vez por inmortal.

5. LOS DOS PAVONES

UN día encontré en la biblioteca paterna cierto volumen de versos de Aurelio Luis Gallardo, poeta de Guadalajara, fruto de ese romanticismo tardío que, en las tierras americanas, se alarga hasta los años de ochenta. El retrato que aparece en el libro (y que he reproducido en mi correo literario, *Monterrey*, N° 3) es todo un documento sobre la sensibilidad de la época. Es un retrato "becqueriano", lánguido y más que melancólico. El poeta usa un vestido flojo, cuello abierto, corbata artísticamente deshecha. Con actitud transida, reclina el rostro en una mano. La corta melena cae sobre la oreja y descubre una hermosa frente. La mirada, implorante, se refugia en el cielo. La boca, levemente abierta entre el bigotillo y la fina barba, parece lanzar un suspiro. De sólo contemplar esta imagen, acuden las líneas de Paul Verlaine:

*-Qu'as-tu fait, ô toi que voilà
Pleurant sans cesse;
Dis, qu'as-tu fait, toi que voilà
De ta jeunesse?*

Y también las de Rubén Darío:

Tú que estás la barba en la mano,
meditabundo,
¿has dejado pasar hermano,
La flor del mundo?

-Gallardo y yo fuimos muy amigos- me dijo mi padre-. Su hermano fue mi compañero de armas, y acaso le debo la vida.

Y de repente, aquella poesía en sordina dejó el sitio, en sus evocaciones, al estruendo de los combates: ráfaga de banderas y bayonetas, caballos que se derrumban, humo pegajoso de la pólvora negra, roto aquí y allá por la estrella de la metralla; angustiosas caminatas de polvo y sol, "dos cosas de que hace la gloria"; celadas, carreras sin rumbo; tropas que se desbaratan y se recomponen como pueden; o bien campamentos bajo la luna, sobre cuyas filas de fusiles en pabellones y bultos de hombres arrebujaos, comienza a volar, en el frío de la madrugada, el largo temblor de los clarines.

Hay un alboroto, porque se oye un ruido de cascos. Los centinelas acuden. Los hombres se levantan de un salto y echan mano a las armas. ¡Nada, lo de siempre! No es la primera vez que ocurre: un caballo desbocado trae a lomos a algún austriaco o francés, como prisionero de guerra. Porque los caballos mexicanos que arrebatava el enemigo también se portaban como buenos y ayudaban a su manera. Mal avenidos con el jinete extranjero, al que no estaban habituados, venteaban de pronto, sentían la querencia de los suyos, mordían el freno, y partían, a la desesperada, en busca de nuestros campamentos, donde arrojaban al suelo su botín, entre dos o tres corvetas furiosas. Oh, dioses menores de la comarca, oscuros héroes animales, la historia no ha reconocido aún lo mucho que os debe.

También acontecía que algún invasor, acarreado a la fuerza en la aventura napoleónica y enamorado de la libertad a todo trance, se pasara voluntariamente a nuestras armas, conquistado por las influencias telúricas de México. Acaso, como en Léon-Paul Fargue (*Déchiré*), "algún numen mexicano, bloque de obsidiana con los ojos llenos de cielo, delegado plenipotenciario de la montaña y de la lluvia", había conseguido magnetizarlo.

Mi padre hablaba de un pobre francés que, aunque fiel a sus ideales democráticos, echaba de menos la paga regular, los buenos zapatos y la comida de su ejército. El francés decía con voz lamentosa, a la hora del rancho, gesticulando ante los miserables bocados con que se contentan nuestras guerrillas, y contemplando sus pies hinchados, que ya no podían con los "huaraches".

-¡Muchas ggacias, libegdad! ¡Muchas ggacias, libegdad!

-Pero ¿cómo fue- le interrumpí- que Gallardo te salvara la vida?

-¡Ah! Ése fue mi primer pavor del combate, y luego te relataré el segundo. Pero antes, pongámonos de acuerdo. Los Goncourt cuentan, en su *Diario*, que cierto oficial francés, veterano de África y México, les aseguraba: "Los hombres más bravos del mundo son los árabes y los mexicanos. Pero todavía el árabe, en la pelea, se le hincha una vena del cuello, mientras que el mexicano para nada se altera." Tal testimonio acaso se aplica a estos indios excepcionales, dueños de misteriosos poderes psíquicos y capaces, como los orientales, de enviar el alma transitoriamente de paseo, cuando les estorba demasiado. El hombre más sereno que he visto era un indio de bronce, cuya metódica frialdad en pleno combate me hizo un día olvidar el peligro que nos rodeaba. Indiferente, recorría el campo con la mirada, escogía su blanco, cargaba su arma, disparaba siempre certero, y volvía a empezar sin inmutarse. Es algo indescriptible, y hay que haberlo visto para entenderlo. La pelea se agitaba en torno, pero él no estaba en ella y se portaba como en un ejercicio de tiro. Tal vez este gigante fuera capaz de

ignorar el miedo. Pero, en general, el tamborcito del corazón no se está quieto y quiere salirse por la boca en el momento de comenzar la lucha; después, la naturaleza nos envía una ceguera salvadora y piadosa. Pero ese miedo inicial no es aún el pavor. El pavor es un demonio que nos cae encima, no nos pertenece, viene de afuera y nos sacude como un huracán.

“Sucedió, pues, que esas acciones de guerrilla, de sobresalto constante, de correr y tumbarse al suelo alternativamente -dicen que es una tortura china- me tenían deshecho. Era de noche. Llevábamos varios días sin dormir, en presurosa cacería humana por unas tierras muy abruptas. Pedí licencia de echar un sueño, y me ofrecí a tenderme en algún punto avanzado, para no parecer cobarde. A los pocos instantes yo dormía plácidamente.

“Allá, en aquella última zona del duermevela que ronda siempre el espíritu del combatiente, oía yo unos golpecitos y pensaba: -Quieren asustarme. Están pegando con la *cuarta* en la *teja* de mi montura.

“De pronto, sentí que me pisoteaban. Era Gallardo que, cansado de gritarme y viendo que yo no despertaba, apenas había tenido tiempo de echarme el caballo encima y salir de estampía. Habíamos sido sorprendidos, el ruido que yo escuchaba en sueños era la “balacera”, y todos escapaban ya.

“No sé cómo trepé al caballo, que, atado a pocos pasos, relinchaba de impaciencia, y respingaba enloquecido, queriendo romper el cabestro. No sé lo que hice. El caballo me sacó del infierno según sus propias entendederas. Porque yo fui a despertarme muy lejos;

y sólo recuerdo que, de cuando en cuando, volvía la cabeza para medir el trecho que me separaba de mis perseguidores, y veía unas figuras enormes y monstruosas que me parecían llegar hasta el cielo. Tal ha sido mi primer pavor, y el trance de muerte de que me libró el hermano del poeta.”

-¿Y el segundo?

-Eso sucedió después y pertenece a la época en que ya tenía yo mando en jefe, durante la larga campaña de la Sierra de Álica contra los cabecillas de Lozada. El potro se me fue de la rienda y me metió en una barranca a todo correr, por entre la masa de los adversarios. Me tuve por perdido un instante. Como en un relámpago, desfiló vertiginosamente en mi conciencia toda la historia de mi vida, caso de que habrás oído hablar muchas veces y que es rigurosamente exacto. Ante los grandes peligros, la relojería interior se suelta del resorte y la memoria recorre años en un segundo, como si, a la idea de la muerte, se apresurara a juntar el saldo de todas las experiencias vividas. El pensamiento adquiere esa velocidad que, según dicen los psicólogos, tiene durante el sueño.

-¿Y en qué paró eso?

-En nada. Los hombres se abrían a mi paso con una docilidad automática, suponiendo probablemente que yo era uno de los suyos. Y sólo me reconocieron y empezaron a gritar mi nombre -eso sí, huyendo a la desbandada y como los moros gritaban el nombre del Cid-, cuando ya el potro me había llevado hasta el otro extremo y estábamos fuera de su alcance.

-El pavor -aventuré- debe de tener un efecto parecido a ese cambio de régimen propio del estado sonambúlico. Dicen que unas veces salva y otras pierde; unas paraliza y otras multiplica las aptitudes defensivas. Y que, en este caso, el hombre es capaz de obrar prodigios.

-Tan cierto -concluyó él-, que he visto a algunos apocados e ineptos, descubrir sus capacidades latentes después de un bautismo de pavor, y casi, casi, cambiar de naturaleza. Es, digamos, como un segundo nacimiento o, si lo prefieres, el tránsito del gusano a la mariposa.

6. LAS SIETE LLAGAS

TENÍA, simbólicamente, siete heridas de guerra salvo rasguños y contusiones-, sin contar las que le causaron su muerte.

Aún no alcanzaba los diecisiete años, cuando los vaivenes del servicio lo llevaron a las campañas de Querétaro. Ya estaba fogueado, ya la guadaña había silbado junto a él. No se le quitaba la maña, adquirida en los días pueriles, de retozar con el peligro. Y entonces la guerra consentía los duelos singulares, y aquellas hazañas aisladas comparables a las "aristías" de los héroes homéricos.

Con un grupo de oficiales, entre los que andaban ya otros generales futuros -Juan Hernández y Clemente Villaseñor-, se acercaba todas las tardes a la plaza sitiada, para desafiar individualmente a los enemigos; unos, extranjeros, y otros, mexicanos ofuscados. Aquello ocasionaba breves escaramuzas y caballerescos pasos de armas, y tenía sus puntas y ribetes de indisciplina: propio achaque de un pueblo hecho a pelear en guerrilla, y por afición más que por oficio.

Era el 7 de marzo de 1867. El general Tomás Mejía asomó con una pequeña escolta. Agujaron a su encuentro los temerarios oficiales, resueltos a dar un buen golpe. Pagaron caro su atolondramiento. De repente se vieron envueltos en una columna que, por todas partes, pareció brotar de la tierra. El teniente Reyes se encontró rodeado por un piquete de húngaros que usaban unos sables cortos y anchos, con un lomo hueco en que corría una gota de azogue para dar mayor

inercia al tajo. El teniente rompió la lanza al primer tope, como en los torneos de antaño, y se mantuvo repartiendo varazos con la contera, mientras los húngaros se encarnizaban en él a su sabor. Cayó del caballo. Le dispararon al pasar, desde arriba, y allí lo dejaron por muerto. Casi inconsciente, logró arrastrarse hasta un arroyo, en busca de agua. Perdió el sentido.

Por la noche, sus compañeros vinieron cautelosamente a buscarlo. Juan Hernández, provisto de una linterna sorda, dio con el cuerpo tumbado de bruces y medio metido en el agua. Tenía tres heridas. La primera, un lanzazo entre ceja y ceja, que por suerte no dejó señal apreciable, aunque sí cierta debilidad en un ojo. Muchos años después, para presenciar unas maniobras en Francia, como le sobrevino una fluxión de sangre, se aplicó un parche de cualquier modo, y al regresar a París el ojo estaba ya perdido; aunque solamente se lo confesó a mi madre, y creo que hasta hoy poco se supo. La segunda herida fue un balazo en el cuello, que de casualidad no interesó nervios, huesos ni arterias. Y la tercera, un bayonetazo en la espinilla que astilló el hueso sin más que las consecuencias inmediatas, aunque él siempre dijo que había sido una de sus heridas más dolorosas.

Cuando la plaza se rindió, el teniente entró en camilla acompañando a los vencedores.

Y llegamos el 14 de febrero de 1870. Combatía en Mal Paso, Zacatecas, al lado de los leales, batiendo a las fuerzas del general Pedro Martínez, sublevadas contra Juárez. Una escolta se adelantó a reconocer el terreno. Al trepar a la loma, el teniente dijo:

-Mi capitán, oigo ruido de armas.

-¿No será ruido de miedo? le contestó el capitán, que seguramente ignoraba con quién tenía que habérselas.

En llegando a lo alto, se descubrió a la vista el campamento de los rebeldes. El capitán consideró que ya había visto bastante, y ordenó la media vuelta; pero el teniente, herido en lo vivo, a la fuerza casi le arrebató el permiso de guardar el punto, con un sargento de su confianza. Había concebido un plan digno de la Dolonía que figura en el canto X de la *Iliada*, donde, solos Odiseo y Diomedes, dan muerte al espía Dolón, al jefe Reso y a sus tracios, y regresan a las naves aqueas con un refuerzo de caballos robados al enemigo.

Valiéndose, pues, de la igualdad de los uniformes, el teniente y su sargento se metieron sencillamente entre los rebeldes; y, haciéndose portadores de un mensaje, preguntaron por el general Martínez. Se les dijo que sólo se encontraba en el campamento el segundo jefe, el cuartel maestre, que lo era el coronel Jáuregui, a cuya presencia los llevaron. En voz baja, el teniente dijo al sargento:

-Nos conformaremos con éste.

Lo abordaron frente al zaguán d una hacienda; y sin perder tiempo en palabras, el teniente lo levantó en vilo desde su caballo, y rompió por entre la soldadesca a galope tendido. Se produjo tal confusión, que todos se tiroteaban entre sí, no pudiendo imaginar lo que sucedía, ni admitiendo que dos hombres solos fueran capaces de tal audacia, y creyendo cada uno descubrir un adversario en el que se encontraba. Una bala mató

al sargento; otra rozó el cuello al teniente (o dicen que le hirió el brazo izquierdo o el pecho), sin lograr arrebatárle su presa. Y así, con su fardo a cuestras bien abrazado, jubiloso y chorreando sangre, volvió a incorporarse a sus tropas que lo recibieron tocando diana y apenas podían dar crédito a sus ojos.

A los pocos días, mi padre ascendió a capitán. Años después, cuando ya era jefe de la zona en San Luis Potosí, aquel mismo Jáuregui resultó ser subordinado, y fueron amigos hasta el fin. En cuanto al general Martínez, al morir dejó a su hijo Nicolás en manos de mi padre, que siempre lo tuvo como propio y le dio carrera en el Colegio Militar. Él y Gustavo Salas fueron sus primeros ayudantes durante su comisión en París. Paso de largo sobre ciertas cosas sombrías. Nicolás murió en combate contra los revolucionarios en 1910.

Y esta herida de Reyes ni siquiera la computo aquí, porque es uno de tantos percances que acaban por perder valor en la existencia del combatiente y porque ni siquiera le impidió concurrir, al otro día, a la acción de Mal Paso, contra la gente de Martínez. Allí recibió un balazo en el pecho. Hagamos con las dos heridas una sola. Ni así pudieron con su increíble resistencia. Pasa otro día más, y todavía, en la retirada de Zacatecas, tiene ánimos para salvar los depósitos de la 4ª División que se habían quedado en esa plaza, y evitar que les echen mano los rebeldes.

Cuando el general Ramírez Terrón se levantó en Sinaloa, mi padre, coronel de Caballería, recibió del general Carbó la orden de reducirlo. Contaba con su 6º Regimiento y algunos otros elementos de poca monta. Sus fuerzas apenas alcanzaban un tercio de las

contrarias. Éstas se habían fortificado en la casa municipal de Villa de Unión y contaban, sobre todo, con infantería y cuatro cañones. La situación era desesperada.

El 4 de julio de 1880, mi padre atacó casi a machete puro, aquella fortaleza artillada y defendida por un cuerpo de infantería. En los primeros instantes, perdió las dos tercias partes de sus hombres, y los demás comenzaban ya a dispersarse. Las fuerzas que debían protegerlo, informadas por los fugitivos, lo abandonaron, dándolo por perdido y muerto. Tal noticia llegó a mi madre, que se puso al instante en camino para recobrar sus restos.

Mi padre, entretanto, con sobrehumano esfuerzo todavía atacó y fue rechazado dos veces. Llegaron a morírsele en las piernas hasta siete caballos. Se valió de mil estratagemas y aún arrastró un barril cargado solamente con piedras como el cofre del Campeador, pretendiendo dinamitar la torre de la capilla, de donde los adversarios le hacían fuego. Juntó, al fin, a sus escasos supervivientes y a sus oficiales, y entró con ellos hasta la plaza. Comenzó a dar órdenes ficticias a Felipe Neri, para fingir que aún contaba con fuerzas. Le entendió el intento el bravo Neri, se cuadró como para recibir instrucciones y se alejó al galope, simulando que iba en busca de nuevas tropas apostadas por el contorno.

Entonces el coronel Reyes adelantó el caballo, a pesar de los disparos que le hacían desde lo alto de la casa municipal, e intimó la rendición a los adversarios, volviéndose de vez en vez a los suyos para seguir dando órdenes quiméricas. Ya no le quedaba más gente que el pequeño grupo de su cortejo, pero nadie le

hubiera creído. Un hombre que se atrevía a tanto, pensaron, sin duda era dueño de la situación. Su presencia de ánimo realizó el milagro. Algún caballeroso adversario -lamento no saber quién fue- comenzó a gritar: "¡Alto el fuego! ¡No se asesina a un hombre que está ofreciendo parlamento!" Entonces se produjo una lucha entre los mismos defensores de la casa municipal, que empezaron a disputarse, unos por seguir combatiendo y otros por rendirse, y aun algunos arrojaban ya a la plaza sus fusiles.

Ramírez Terrón bajó en persona a parlamentar con mi padre. Éste sólo se dio cuenta en ese momento de que llevaba el sable colgado por la "dragona", fiador o correilla del puño, y la mano derecha atravesada de un balazo. Otras dos heridas había recibido, sin percatarse de ellas en el calor de la refriega, pero resultaron menos graves: una en el costado izquierdo y otra en un talón, ambas de bala. Al echar pie a tierra para hablar con el enemigo, estuvo a punto de derrumbarse por efecto de las hemorragias. Se envolvió en el capote militar para no dejar ver su estado, apretó el cuerpo e impuso a Ramírez Terrón las condiciones que éste aceptó: entrega de la plaza, los cañones y las banderas; retirada del enemigo con sus hombres y municiones, dándosele un plazo de tres horas para alejarse, al cabo de las cuales se reservaba el derecho de perseguirlo y atacarlo. Ramírez Terrón aceptó. Llorando de emoción, comenzó a dispersar a su gente. Lances de tamaña nobleza, en que los guerreros conservaban la cortesía en medio de la matanza y tenían por honra el combatir sobre aviso, apenas parecen hoy comprensibles, aunque eran ya familiares para los guerreros de antaño.

Ramírez Terrón abandonó el campo, y algún tiempo después, fugitivo y solo, fue a morir a manos de otros. Se defendió con el revólver, hizo algunas víctimas y se dedicó la última bala. Al recoger su cadáver, le encontraron una carta dirigida a mi padre. En ella le declaraba que moría pobre y dejaba sin recursos a su viuda y a sus dos huérfanas. Invocando la hermandad de las armas, confiaba su familia a mi padre para que éste la protegiera. Mi padre lo hizo, en efecto, y aun obtuvo para ella una pensión del Gobierno de Sinaloa, en mérito a los antiguos servicios de Ramírez Terrón. La viuda se desposó en Mazatlán con cierto médico filántropo, alemán de naturaleza, y las hijas adoptaron el nombre de su padastro, por el amparo que él supo dispensarles.

Cierto candoroso cronista local que obtuvo de mi padre el mayor apoyo según me consta por sus cartas al presidente González; que mientras mi padre fue poderoso, enviaba a éste sus publicaciones (alguna he heredado yo en mi biblioteca privada) con humildes dedicatorias en que casi se le ponía de rodillas, compilaba para sí y en vista de los nuevos vientos que soplaban, algunas efemérides, más tarde aparecidas, en que pretendió desnaturalizar esta proeza, digna del Romancero, y quitarle todo su valor. Según el triste sujeto, a quien haré gracia de no nombrar, todo aquello fue arreglado de común acuerdo entre los dos jefes, ¡porque ambos eran masones!

¡Claro que lo eran! Y ello no tenía entonces nada de extraño. Los grupos masónicos organizados en México a principios del siglo XIX, aunque se dividieron en escoceses y yorkinos, ni correspondían por su filiación a las logias extranjeras de iguales nombres, ni eran otra cosa que agrupaciones políticas

muy heterogéneas por cuanto a su relación con la creencia y con la política eclesiástica.* La masonería mexicana, en cierto momento, sin compromiso mayor de conciencia, vino a ser el medio único de conspirar y reclutar voluntades para la defensa del país contra la invasión y la reacción. Muchos jóvenes de entonces tuvieron que ingresar en la masonería para poder pelear por la República. Mi padre me ha contado las carcajadas con que pasó, de muchacho, por las pruebas de la iniciación, en el rito escocés (el de tradición más clara), al ver que tantos señores pacíficos, a quienes conocía como mansos vecinos, le ponían la espada al pecho en ademán patibulario. Después, durante su desempeño político en Nuevo León, la masonería nunca fue irrespetuosa para ninguna creencia, y la aprovechó como medio de crear una cohesión mayor entre clases trabajadoras -que aún no había sindicatos-, y de ponerlas en contacto directo y fácil con el gobernante. Ya en mis días, tuvo que llamar al orden a cierto sacerdote y hacerle comprender, con toda la energía que él ponía en sus razones, la convivencia cristiana de no perturbar la nave del Estado. Y debo añadir que fue entendido y obedecido. Nunca sacó las cosas de quicio, ni se le ocurrió jamás dictar en esto la conducta que había de elegir su descendencia, libertad que siempre le agradeceré; ni aceptó convertirse nunca en el Grande Oriente, por mucho que se lo ofrecían. Consideraba con igual simpatía éste y los demás instrumentos que pudieran crear entre los hombres una asociación más íntima, encaminada al bien social. Como fuere, figurarse, con aquel infeliz cronista, que los hombres se someten a tales trances, y se juegan la propia vida, su honor de valientes, la carrera, la consideración de sus conciudadanos y la suerte de los suyos por mero fingimiento y teatralidad, es tener la sesera llena de algo que yo me sé y todos adivinan.

* J. Bravo Ugarte *Historia de México*, III, ed. 1944, pp. 168-169

Yo he ido en persona a Villa de Unión, y he verificado de cerca los documentos; y hablé todavía con testigos presenciales, como el anciano Carlos Tostado, que vivía fascinado por el recuerdo, y a quien he citado por su nombre en cierto poema que consagré a Villa de Unión.* Y vi todavía las huellas de los balazos en los muros de la casa municipal; y en la escalinata del frente, la grada en que mi padre descansaba el pie herido, haciendo prodigios de equilibrio, mientras dictaba sus términos a Ramírez Terrón y su sangre iba goteando en el suelo.

Una vez cobrada la plaza, mi padre fue transportado prontamente a la fábrica de hilados que aún existe, como existe también el tosco banco de palo en que lo tendieron para hacerle los primeros vendajes. Por cierto que los dueños, que siguen siendo unos españoles como en 1880, me ofrecieron enviarme a México ese banco -reliquia para mí inapreciable- y todavía lo estoy esperando.

A galopes forzados de diligencia, llegaron médicos desde México para salvar al herido. Los cirujanos locales se empeñaban en cortarle la mano, y aprovechando su desmayo, ya habían atravesado la herida con una mecha al modo de entonces para proceder a la amputación. Mi padre volvió en sí un instante, y lo primero que hizo fue arrancarse la mecha. El dolor le produjo un segundo síncope. Mi madre llegó a tiempo para evitar que los cirujanos locales ejecutaran su intento. Lo estuvo cuidando largos días en una sala de la fábrica, donde tenía que entrar descalza y de puntillas, por el dolor que sentía

* *Villa de Unión*, México, Fábula, 1940.

Lamento no haber mencionado en este poema el pintoresco episodio del barril de piedras.

mi padre con una sola vibración del piso de tarima. Mi hermano Bernardo recordaba todavía la llegada a Villa de Unión, en compañía de mi madre; y en su imaginación de niño se había grabado uno de aquellos siniestros rasgos que son la fantasía de la guerra: a la entrada de la plaza, en la esquina, había un ojo humano arrancado de cuajo y pegado al muro por efecto de una explosión.

De acuerdo con la Ordenanza Militar, y en el mismo sitio, mi padre recibió dos ascensos del Senado de la República, pasando de coronel a general de la brigada efectivo. Era la tercera vez, en la historia de nuestro ejército, que se daba la oportunidad de aplicar este precepto de la Ordenanza. Entiendo que los otros dos casos fueron Santa Anna y Miramón.

El pintor Francisco de P. Mendoza ha hecho, sobre este tema, un cuadro histórico (“¡Abajo las armas!”) que aún se conserva en la familia.

Mi padre había aprendido la esgrima de arma blanca con el maestro Guardado, que dejó un tratadito sobre la materia. Después de la herida en la derecha, aprendió a tirar las armas y a escribir con la izquierda. Su esgrima no era una esgrima de salón. Años después, yo mismo pude comprobar que tenía el puño muy duro y tendía siempre a desarmar al adversario de un corte. Ya se sabe, además, que el juego del zurdo es muy desconcertante.

He querido recoger aquí estas noticias, de una vez y aunque sea desarticulando la cronología del relato, tal como él me las refirió una tarde. Era invierno. Con el

frío solía resucitarle un dolorcillo en la mano derecha.* Esto dio ocasión a sus recuerdos.

* En “El arte de ver” (*Los trabajos y los días*, tomo IX de mis *Obras completas*), me he referido a la mano herida de mi padre, a su aprendizaje de esgrima con la zurda, y a sus ejercicios para recuperar poco a poco su escritura normal. Véase al final el desarrollo de su firma en tres etapas [p. 490].

7. DE TOLENTINO A CORONA

LA PROEZA de Villa de Unión, en la revista de las simbólicas siete heridas, nos ha hecho adelantar demasiado. Volvamos al año de 1870.

Este año fue, pues, fecundo en hazañas. Cumplida su comisión secreta, en febrero raptó de su cuartel al coronel Jáuregui, peleó en Mal Paso contra el general Martínez y salvó el depósito de su división en la retirada de Zacatecas. De marzo a octubre, anda en la campaña de Tamaulipas. A las órdenes del general Francisco Tolentino, era su ayudante de acuerdos.

No sé si entiendo bien a este jefe. Mi padre lo recordaba mucho y varias veces militó a su lado. Habían convivido en horas muy amargas, aunque no tanto como en los días del general Solís (1866): pues aquéllos eran tiempos en que la tropa comía tarde, mal y nunca. A veces, entre oficiales y asistentes se repartían escasos mendrugos, o los pedazos de la gallina atrapada por una soldadera. Otras veces, no había más que sancochar cueros del arnés para ir engañando al hambre. Se dormía a cielo abierto, sobre una tierra húmeda y esquiva. Los enfermos se curaban solos como bien podían. Mi padre, afligido de una retención que pudo ocasionarle la muerte, se sondeó a sí mismo con un alambre del chacó, previamente flameado. Los corazones se hacían duros, ante las miserias y penalidades constantes. Mi padre contrajo un padecimiento reumático de que nunca sanó del todo, y que si después se hizo muy llevadero, entonces llegó a extremos de gravedad. El tronco se le empezaba a torcer; los dolores eran agudísimos. Mientras Tolentino le dictaba sus órdenes, mi padre

solía quedarse desmayado sobre la mesa. Cuando volvía en sí, Tolentino, que paseaba de un lado a otro, le decía simplemente:

-Estoy esperándolo para que continuemos.

No era cruel, no: era insensible por necesidad. Nunca oí quejarse de él a mi padre. A su modo, Tolentino lo prefería y hasta lo necesitaba. Aun he creído entender que, en más de una ocasión, el muchacho imponía su voluntad a aquel general un tanto apático. Cierta conversación que sorprendí en mi infancia acaso esclarezca el enigma:

-Bernardo -decía el general Díaz, con voz grave y campanuda-, ¿cómo era, al fin, Tolentino?

-Mi general, un guerrero valiente y un jefe de muy escasa iniciativa- le contestó mi padre.

Las fuerzas del general Corona se juntaron por un instante con las del general Tolentino. Entre los Corona y los Reyes había una tradición de amistad y paisanaje. Don Ramón no había olvidado al muchacho que compartió con su hermano Pepe la aventura infantil de los "tejocotes", el aguerrido mozalbete que había militado a sus órdenes en la campaña de Querétaro. Considerando el estado de mi padre, obtuvo que Tolentino se lo cediera y lo llevó consigo a Guadalajara, para donde iba destinado. En adelante militaría a sus órdenes, salvo un breve entreacto en que volvió al lado de Tolentino.

Pero antes, Corona tuvo que solicitar para mi padre los cuidados de mi abuela. Los médicos del "Rey que

rabió" celebraron largas consultas. Dictaminaron que el enfermo bien podía morir o vivir. Pero -añadieron-, de vivir, que renuncie a tener familia, porque ha de quedar afectado para siempre. Mi abuela lo curó a "cubetazos" de agua, y yo solamente le he conocido más de una docena de hijos, sin los que le presta la fama. Por entonces recibió el grado de capitán en la ocasión que atrás se explica.

El año de 1872, el joven capitán tuvo a su cargo, en Guadalajara, la redacción del *Boletín Oficial de la 4ª División*. Corona necesitaba la ayuda de los hombres de su confianza, y su situación y su creciente renombre lo hacían blanco de frecuentes ataques. Lo censuraba, entre otras, la bien tajada pluma de don Alfonso Lancaster Jones, aquel joven dios, hermoso y rubio, dueño de singular cultura y de una envidiable posición, unido por siempre a mi padre por fraternales vínculos. Lo encontraremos más tarde en el curso de estas recordaciones, soberbio Apolo envejecido, nimbado por larga leyenda y hasta por la luz de su nombre, que evoca la guerra de las Dos Rosas y la imagen de los vendedores de la casa de York, casta de monarcas ingleses.

El capitán Reyes, improvisado por deber en las tareas periodísticas, no se sentía íntimamente con tamaños para medirse con su amigo. Y decidió, como Pedro Mudo en el *Mío Cid*, hacerse entender a su manera:

-Alfonso le dijo-, tengo que defender a Corona. Te quiero como a un hermano. Tú me conoces: si persistes en tus ataques, te corto las orejas.

No hubo más, se acabó esa pena. Don Alfonso alargó los brazos y estrechó efusivamente a mi padre.

Bien conocía Corona, y de tiempo atrás, la bravura de su ayudante. En cierta ocasión, encontrándose en Zapotlán, y a la hora en que jefes y oficiales se ponían a la mesa, hubo un tumulto en la ciudad. La gente, presa del pánico, huía por todas partes y arrancaba las puertas. Uno de los coroneles de la División de Corona, por lo demás buen combatiente y a quien nadie superaba en el manejo del caballo y las armas, acostumbraba darse esos gustazos de vez en cuando. Todos le temían, y en estado de embriaguez no distinguía a los amigos de los enemigos. Se había convertido en un peligro público y en un desprestigio de las armas liberales. El cine norteamericano nos tiene acostumbrados a estas escenas en los pueblecitos del Far West. Corona ordenó a Reyes que saliera a restablecer el orden *por cualquier medio y a toda costa*. Aún no acababa de comer, cuando Reyes se presentó para darle cuentas de que había cumplido su comisión.

-Pues, ¿qué pasaba? le preguntó Corona.

-Que el coronel, enloquecido, se había apoderado de una tienda, rompía a sablazos las botellas y, parapetado tras el mostrador, hacía fuego sobre los indefensos transeúntes. Le ordené en nombre de mi general que se diera preso. Prorrumpió en injurias contra mi general y contra mí, y se me echó encima sable en mano desde arriba del mostrador, apenas dejándome desenvainar.

-¿Y qué hiciste? gritó el general espantado.

-Lo recibí en mi espada -fue la fría respuesta-. Eran las órdenes recibidas.

8. LA NORIA

EL DESCONTENTO causado por la reelección de Juárez vino a condensarse -tras la derrota de la insurrección en San Luis Potosí y en Zacatecas, 1869 y 1870- en el levantamiento de Porfirio Díaz (1871). Habían acontecido ya sublevaciones en Tampico y en la Ciudadela de México, ambas sofocadas por el general Rocha, y los sublevados invocaban el nombre de Porfirio Díaz, aunque éste tardaba y aun exasperaba con su silencio a sus partidarios, cuando por fin lanzó el Plan de la Noria. Los porfiristas fueron batidos en Oaxaca por el general Alatorre, y el propio Porfirio fue atajado por Rocha en su marcha hacia México. Abandonó entonces la partida y huyó a Veracruz. Sobreviene una nueva derrota de sus partidarios, fortificados en la Bufa, que caen también ante los ataques de Rocha, aunque los vencidos logran todavía algunos éxitos parciales (Chihuahua, Topo Chico), no cuentan ya con la cooperación efectiva de Díaz.

Éste andaba errante por los Estados Unidos y, luego, algunos Estados mexicanos; y al fin fue a ocultarse en la Sierra de Álica para sólo reaparecer más tarde en Chihuahua (septiembre de 1872). Juárez había muerto, y Díaz se acogió desde Chihuahua a la gracia del presidente Lerdo y vino a presentarsele, mientras preparaba otro levantamiento que esta vez tendría mejor suerte. Por lo pronto, consideró preferible esperar algunos años; pues, como le decía su compañero Protasio Tagle, "no hay que pretender suplantar al novio de la siguiente boda".

Un contemporáneo y partícipe de los sucesos resume así las causas de aquel fracaso:

1) El manifiesto de la Noria; 2) la desaparición del general Díaz del teatro de los sucesos; 3) la (*postura*) del general Treviño; 4) la excesiva modestia del general Donato Guerra; 5) y por último, la repentina muerte de Juárez, en momentos en que los jefes revolucionarios se encontraban sin caudillo que les sirviera de centro de unión.*

Respecto a la primera causa o Plan de la Noria, baste recordar, para apreciar su inconsistencia, que comenzaba invocando el respeto a la Constitución de 1857, y después proponía una Convención de tres representantes por Estado, a fin de hacer otra Constitución y nombrar un nuevo presidente. Acababa con estas históricas palabras: "¡Que ningún ciudadano se imponga y perpetúe en el ejercicio del poder, y ésta será su última revolución!" Dice la Escritura que todos se encuentran un día con su pecado.

Respecto a la segunda causa o desaparición de Porfirio Díaz, después de que Alatorre se adueñó de Oaxaca, abandonada por Félix, hermano de Porfirio, fuerza es reconocer que, por lo pronto, el caudillo escogió realmente un buen escondite, el cual a la vez significaba para él una esperanza.

Al centro de aquel enjambre de hordas bravías (*el autor se refiere a los indios de Álica*) fue a parar Díaz, en su afán por ganarse prosélitos. Llegó por el corazón de la sierra hasta el pueblo de San Luis, donde Manuel Lozada tenía establecido el asiento de su cacicazgo; y fue a hacer, no antesala, porque allí no había salas, sino "antejaca", en la grotesca mansión del desalmado régulo. Y

* Ligera reseña que hace el C. Juan E. Guerra de los acontecimientos que tuvieron lugar en los Estados del Norte durante la última revolución, México, Imprenta en el Ex-Seminario, 1873.

para captarse su voluntad, conociendo la idiosincrasia religiosa del indio, fundió él mismo una campana para el templo de la aldea, la cual hasta hoy se conserva como recuerdo del paso, por aquellos abruptos lugares, del que pocos años más tarde llegó a ser el autócrata de México.**

Pero Lozada, que acariciaba otros sueños de grandeza, desairó a Porfirio Díaz. Y éste, que naturalmente no las tenía todas consigo en aquella madriguera, escapó no se sabe cómo, y al fin volvió a dar señales de vida en Chihuahua, según se ha dicho, cuando ya se propalaban las nuevas de su probable fallecimiento.

Respecto a la tercera causa o condición del general Treviño, sobre el cual recae la censura implacable de Guerra, su compañero de armas -entre acusaciones extremosas que es preferible pasar por alto y no soy llamado a calificar-, cabe advertir que, tras la derrota de Oaxaca, el foco principal del levantamiento se traslada al norte. En Monterrey, el general Treviño acababa de establecerse como gobernador del Estado, contra el licenciado Simón de la Garza y Melo. Los partidarios de éste se disponían a alzarse, cuando los mensajeros de Díaz lograron evitar un levantamiento local y medio reconciliar a los adversarios, para que las fuerzas del descontento se amalgamaran en la revolución antijuarista.

Sea que el bravo guerrillero Treviño se haya lanzado a la aventura sin preparación suficiente; sea que inspirara poca confianza a los generales Martínez y Quiroga, sus enemigos de la víspera en el conflicto local; sea, en general, la mala estrella de la revolución

**José López Portillo y Rojas, *Elevación y caída de Porfirio Díaz*, México, Librería Española, 1921.

de la Noria, ello es que la campaña se manejaba con tibieza y alejamiento. Faltaban municiones, la pólvora era de pésima calidad, los cañones mandaban sus proyectiles "a seis u ocho varas de distancia", se atacaban las plazas sin planes ni planos, no se prevenían las sorpresas del enemigo, se dictaban órdenes contradictorias, había traiciones y perfidias, recados a trasmano proponiendo a Juárez arreglos que éste rechazaba, y en suma, un verdadero caos. Se llegó a publicar en Monterrey una proclama que resultó inoportuna, con un nuevo plan que pretendía rectificar el de la Noria y lo dejaba peor que antes, nuevo plan que habría de darse a conocer después de la proyectada toma de Matamoros. La cual no llegó a realizarse y ni siquiera hacía falta. En efecto, se alcanzó aquella plaza del nordeste con fuerzas exhaustas, las cuales se retiraron en completa desmoralización, dejando en el camino más de la mitad de las bestias de tiro, muertas de hambre.

Respecto a la cuarta causa, o excesiva modestia del general Donato Guerra -quien, al levantarse en Zacatecas, previamente entregó el mando a su cargo y los fondos a su custodia, y quien realmente contaba con la voluntad de los demás jefes y acaso hubiera logrado mejor suceso-, importa reconocer que, en verdad, no quiso nunca desposeer a Treviño, aun cuando hubiera podido hacerlo por plebiscito, como Aristides contra Pausanias. Así, en Salinas del Peñón, reafirmó a Treviño en la jefatura y lo impuso con su propio prestigio.

La quinta y última causa, se explica por sí sola: el levantamiento contra Juárez perdió la bandera cuando éste murió (18 de julio de 1872) y Sebastián Lerdo de Tejada vino a ser su sucesor legal.

9. LA SOMBRA DE LOZADA

QUEDABA, pues, sin objeto el levantamiento provocado por la reelección de Juárez, sin objeto el Plan de la Noria proclamado por Porfirio Díaz. Lerdo de Tejada, presidente interino el 19 de julio de 1872, lo es en propiedad desde el 1° de diciembre del propio año hasta el 30 de noviembre de 1876.

Alboreaba el año 1873. Un hombre siniestro y extraño -a quien hoy, a la luz de las doctrinas en que entonces nadie soñaba, y con esa impunidad que consienten las interpretaciones retrospectivas, quieren algunos disfrazar bajo perfiles de precursor y aun apóstol, ora de la izquierda o de la derecha, cuando en verdad representaba un regreso a la barbarie y a la confusión de la horda primitiva-, el tuerto Lozada, tuerto como Aníbal y capaz de mantener también en constante sobresalto a las capitales, lanzó un llamado Plan Libertador, allá en su ciudad nativa, San Luis de Nayarit, que él bautizó "San Luis de Lozada".

Los libros repiten que era hijo de un Norberto García y de una Cecilia González, y que adoptó el nombre de su tío y protector José María Lozada. Los "hombres viejos", padres de la historia de que habla don Alfonso el Sabio, pretendían que era hijo de un inglés y de una india abandonada, la cual- lo había llevado consigo al seno de la tribu, donde se habían reconcentrado sus rencores atávicos y su apetito de venganza contra el violador blanco. Algunos han asegurado que su padre fue el propio Barron, acaudalado inglés de la firma Barron, Forbes & Co, rival de la no menos poderosa casa José María Castaños.

Estas empresas se disputaban entre sí el activo comercio que, por el puerto de San Blas, había convertido a Tepic en un importante centro de negocios. Los ingleses contrataron a su fiero bastardo, ya conocido por sus fechorías, para aplastar al competidor, hacer contrabando, pelear a mano armada contra los guardias aduaneros y gendarmes del puerto, y así lograron la delantera. Pero Lozada fue puesto fuera de la ley, y entonces emprendió su camino definitivo. Poco a poco, y ya de "hombre airado", se creó en Tepic, distrito que dependía de Jalisco, un verdadero cacicazgo.

Aquel vándalo, como se ha escrito, "pesó como un fardo de ignominia sobre la nación por quince años". Y después de su fusilamiento, el 19 de julio de 1873, todavía dejó una larga estela de bandolerismo por el país, y hubo que perseguir a sus cabecillas, a su "viborera", en largas y trabajosas campañas. Pues aquella gente contaba con las inaccesibles guaridas de la Sierra de Álica, por donde se perdía como manada de animales silvestres cada vez que se veía amenazada en las poblaciones.

Lozada había venido extendiendo su poderío por la región desde 1857.

...Personaje de funestos antecedentes, y que por una de esas complicaciones tan frecuentes en las guerras civiles se había transformado de salteador de caminos en general de la reacción, a cuyo servicio había puesto el prestigio adquirido por una serie de crímenes que hacen estremecer de horror e indignación.*

*Juan B. Híjar y Haro y José María Vigil, *Ensayo histórico del Ejército de Occidente*, México, Ignacio Cumplido, 1874.

Bajo su capitania, Tepic fue el primer Estado de Occidente que aceptó la Intervención francesa. Militó a las órdenes del Imperio, aunque a su manera irregular y anárquica, porque más bien se servía a sí mismo. Maximiliano y Bazaine que, en su desconcierto, hubieran querido contar hasta con los perros rabiosos, lo colmaron de honras para comprar así su ayuda. El primero le obsequió una valiosa espada; el segundo le hizo conceder una cruz de la Legión de Honor. Día hubo en que se le otorgó licencia para acuñar moneda. Más tarde, ya ni eso necesitaría, puesto que lo ajeno era suyo. Por octubre de 1868, el candoroso Payno se dejó decir que, a pesar de todo, Tepic, bajo Lozada, era modelo de orden y seguridad, los ladrones se habían acabado. Claro está: todos, menos uno.

Cuando Lerdo de Tejada era ministro, se opuso siempre, por algunas consideraciones de política personal, a acabar con el cacicazgo de Lozada. Cuando Lerdo de Tejada fue presidente, tuvo en sus manos la posibilidad de someterlo desde el primer instante. No lo hizo, antes se dejó iludir por falsas manifestaciones de amistad, desoyendo el consejo de los estadistas locales y de los jefes del ejército. Cuando abrió los ojos, ya era tarde. Y aunque se acabó con Lozada en la época de Lerdo, no se debió ello a providencias ni medidas de su gobierno, sino al efecto de acciones militares que caían de suyo, ante los desmanes, crueldades y violaciones del cacique.

Lozada, entretanto, mantenía como preso en Tepic al poseedor nominal de la autoridad legítima, Juan Sanromán, y hasta oponía el veto a las leyes que no eran de su gusto. Tal contemporización fue funesta. El gobierno apenas mantenía en la plaza una guarnición insignificante, en tanto que Lozada era capaz de

levantar de cuatro a cinco mil secuaces en veinticuatro horas.

El alzamiento definitivo de Lozada en 1873 estaba destinado a movilizar, al servicio de sus ambiciones, todas las fuerzas a la vista: el renacimiento del llamado espíritu reaccionario, provocado por la reelección de Juárez y por la siempre escasa simpatía de Lerdo; los resentimientos de los indios coras y huicholes su contingente principal-, por ciertas reivindicaciones agrarias desatendidas; el odio de castas que se proponía encender, con miras a provocar, como en el Haití de Toussaint Louverture, una degollina general de blancos; y hasta la devoción de Cristo bajo cuyo cándido nombre pretendían escudarse él y sus tenientes. Porque Lozada soñaba ya con ser un emperador del Pacífico o un rey montaraz del Oeste, si es que no lograba adueñarse del país entero.

No se ofenda a los enemigos de la Constitución Liberal confundiéndolos con Lozada. Tampoco lo aprueban los verdadero creyentes. Su guerra de castas era una traición a nuestra unidad nacional. En cuanto a las reivindicaciones agrarias, las desprestigió reduciéndolas a saqueos, y se limitó a repartir al principio unas cuantas haciendas entre sus allegados, con tan manifiesta injusticia que sus propios tenientes comenzaron a sublevársele. Hasta en su último instante fue desleal para ellos, culpándolos de cuantos errores él había podido cometer, y procurando dejar sembrado entre ellos el germen de la rivalidad y la discordia. Si los cabecillas se mantuvieron en armas, es porque cada uno hacía bando aparte y se había aficionado a la profesión.

El despojo tradicional de tierras es cosa en que todos han puesto mano, mal endémico en los pueblos que no alcanzan la madurez institucional. Si el campo mexicano hablara, comenzaría por quejarse de los aztecas y acaso también de los tarascos, que ya se les parecían mucho a última hora. Y es lástima que unos y otros no se hayan despedazado entre sí, para bien de los reinos libres y de sus graciosas culturas seculares. La queja se seguiría escuchando, enderezada luego contra el encomendero y la Iglesia feudal de la Nueva España, exceptuadas las nobles figuras apostólicas y los esfuerzos de lo que podemos llamar la Iglesia justa. Y, por último, la queja se volvería clamor de la Independencia en adelante.

Por lo pronto, las promesas eran buenas palabras. Manuel Lozada y sus tenientes Dionisio Jerónimo y Agatón Martínez son árboles que han de ser juzgados por sus frutos. Dejaban la virtud para mejor ocasión. Su pretendida reorganización social del país no era más que una morbosa complacencia en el desbarajuste. Lozada se trasladaba en masa, de picacho en ladera, con sus tribus fanatizadas, como los invasores de la más remota Edad Media. En sus campamentos se aposentaban las familias, de que él era patriarca sañudo con derecho inapelable de uso y abuso, de vida y muerte.

Era rapaz, feroz e inhumano. Caía sobre las poblaciones y las entraba a saco; raptaba a las mujeres, prendía fuego a las casas y asesinaba a diestra y siniestra. Y no solamente eso, sino que atormentaba a sus víctimas, para hacerlas morir lentamente, acribilladas por el puñal de sus infantes o por lanzas de sus jinetes. La horca y los despeñaderos eran su principal medio de acción. Sus soldados andaban desnudos, sin más vestidura que un taparrabo; adornaban con plumas sus sombreros de "soyate", y se alimentaban de "pinole" (maíz tostado hecho polvo y enduzaldo con azúcar negra). Eran unos verdaderos bárbaros, mandados por

un mestizo degenerado, igual en ferocidad a cualquier jefe de tribu africana.*

Antes de arrojarlos a los precipicios, desollaba a sus prisioneros las plantas de los pies y los hacía caminar sobre las peñas, o los ataba a los árboles para que sus montañeses ejercitaran en ellos la puntería. Tal era el Tigre de Álica; tal era el autor del plan "libertador" aparecido en San Luis.

¿Qué libertad pedían esos bárbaros? En la idea de libertad todas las razas de rapiña han deslizado unas gotas de veneno que completamente la pervierten. La libertad, en el orden político, es ante todo asunto de moralidad interior. Un pueblo que no es libre en sus existencia íntima ni responsable de sus actos no posee la libertad externa; no puede sentarse en los consejos de la libertad, y si emplea esta venerada palabra, sólo la emplea a mala parte. El salvaje de Europa o de América sólo quiere usarla en sus relaciones con el exterior. Para él significa el derecho al crimen y nada más que eso. Es un concepto de protesta, de defensa egocéntrica contra todo lo que tienda a limitar la propia irracionalidad y dirigirla, en bien de la humanidad toda, hacia el general servicio humano. Y acaba convirtiéndose exactamente en el concepto contrario, por afán de esclavizar al mundo en provecho de una casta igualmente esclava.

Para llevar a cabo su revolución, dividió Lozada a su gente -unos 12 mil hombres- en tres fracciones. La columna que avanzaba sobre Valparaíso, en Zacatecas, se retiró sin combatir ante el desastre de las otras. La que se dirigía sobre Mazatlán fue vencida por el

*J. López Portillo y Rojas, *op. Cit.*

general Cevallos. La tercera y más importante, con un grueso de 8 mil hombres y el Tigre de Álica a la cabeza, entró por Jalisco. El 28 de enero, en la Mojonera, a dieciséis kilómetros de Guadalajara, se encontró con las fuerzas del general Ramón Corona: unos 2 200 hombres. La batalla fue sangrienta y Lozada se dispersó en completo desorden, y no volvió a rehacerse nunca. El capitán Reyes ascendió en el campo mismo a comandante de Escuadrón por su directa participación en esta victoria. A él le tocó la honra de parar y desbaratar el primer choque con su columna de vanguardia.

Pero hubo más. Atrincherado Corona en una hacienda, resistió varios inútiles asaltos del enemigo. Y sobrevino uno de esos largos silencios que son todavía más insoportables en plena batalla. Pasaron varias horas. Corona ordenó a Reyes que saliera con un destacamento a explorar el campo, y Reyes se internó en los matorrales. Se oyeron nutridas descargas y luego, otra vez, un espantable silencio. Corona, angustiado, daba ya por perdidos a sus exploradores, cuando apareció Reyes, solo y desmontado, desgarrado el traje, la espada en la mano y, como Álvarez Fañez Minaya, "por el codo abajo la sangre destilando". Lo habían rodeado los adversarios, le mataron el caballo y acabaron con todos sus compañeros. Y él se había abierto paso, a tajos, entre la enseñada muchedumbre. Los informes que proporcionó sobre las posiciones de Lozada determinaron el triunfo.

La batalla de la Mojonera no es un hecho secundario en la historia particular de Jalisco. Si Lozada llega a adueñarse de Guadalajara, el efecto hubiera sido espantoso sobre el país entero, desviando acaso para

siempre el destino histórico de México, al corromper el sentido nacional de los inmensos fondos indígenas, y quién sabe si no se hubiera propagado también a otros lugares de América. Algún historiador se atrevió a evocar, en este punto, el caso de España contra los sarracenos, y el de Hunyadi contra la invasión otomana. Estas comparaciones sólo parecen hiperbólicas por esa humildad tradicional que nos hace imaginar nuestras vicisitudes como menos trascendentes que las vicisitudes de Europa.

10. GRANDEZA Y MISERIA DEL SOLDADO

HAY que entenderlo bien: esas tropas que nos dieron patria tenían que vivir, más de una vez, sobre el territorio que ocupaban; era su único recurso. Se explica así el pánico que cundía por poblados y villorrios al grito de "¡Ahí viene la tropa!", cuando aparecía la vanguardia de las soldaderas, esas Amazonas mexicanas que preceden a los ejércitos, les preparan comida y el campamento a puño limpio, y mueren junto a su hombre como Rosita en el corrido de Macario Romero:

¡Hora sí lo hicieron bien!

Ya mataron a Macario:

¡mátenme hora a mí también!

¡Ahí viene la tropa! ¡*Hannibal ad portas!* ¡Sálvese el que pueda! La hostilidad los rodea, la desconfianza los recibe. Se hacen los muy fieros para que los respeten. Exageran los malos modos, engruesan la voz. ¡Los pobres soldados! Acaban de jugarse la vida por el bien de las poblaciones, y sólo a la fuerza se lo pagan. Casi preferible pernoctar bajo las estrellas compasivas, bañarse en los charcos, aguantar hasta el límite los retortijones del hambre, las mordeduras de la sed, y luego olvidarlo todo en la refriega.

Poco a poco, hay alguna cara que sonríe, primero de mujer y al fin de hombre. Se cambian algunas conversaciones. Y el viejo vuelve al jacal diciendo:

-No parecen mala gente. Pero no les den mucha confianza, muchachas, porque estos de tropa son muy "relajos".

¿Pues no lo han de ser, con esa existencia arrastrada que Dios les dio? ¿Pues sí que habían de ser unos angelitos del cielo, para que se los comieran vivos los contrarios, que también están buenos! Aquí no hay más que herrar o quitar el banco, no hay más que "hacerse al fuste". Si hemos de ser amigos, bueno; y si no ¡aguante! Que la frecuentación de la muerte no enseñe a andarse con complacencias, y algún fuero ha de disfrutar el que se deja por ahí los pedazos para cumplir con el servicio.

Esto es antiguo como el mundo, se ha visto en todas partes. Y es en vano esconder la cara como los avestruces, queriendo ocultar vergüenzas comunes a la raza humana, o salir con remilgos porque en tal o cual guerra anárquica suceden algunas barrabasadas. Mala es la guerra, y por mucho que se legisle -y peor si no se la legisla, como en nuestras luchas calamitosas- tiene que ser siempre cosa mala. Con razón se ha dicho que el ignorar la muerte daba una manera de impunidad a los dioses gentiles. Con tanta razón puede añadirse que el oler la muerte todos los días provoca una disposición semejante.

¿Acaso es más digno de respeto el paisanaje que, por odio gratuito al soldado, le hace malas pasadas? No tiene nombre la maldad de aquellos guías rurales que condujeron al retén de mi padre, en las serranías de Durango, hasta una nidada de alacranes. Esos alacranes pequeños y amarillos matan a un hombre de un piquete. Y no sólo inspiran el temor del peligro cierto, sino que, como a todas las alimañas, no

podemos menos de considerarlos con un vago horror cosmogónico. Parece que adivináramos en los arácnidos y en todas las bestias menores, reducidos a la más simple expresión, a los sucesores irremediables del hombre, a los aniquiladores futuros...

Comenzaban a montar las tiendas. Mi padre se había metido ya en el leve catre de campaña, angosto como un féretro, cuando se empezaron a oír los gritos de la gente, atacada por los alacranes. Salió como estaba y se puso precipitadamente el capote. Dentro de una manga lo esperaba ya el enemigo, que al instante le descargó dos piquetes en el brazo derecho. Sintió la lengua envuelta en hilos y a poco perdió el conocimiento.

-El alacrancito ha de haber estado enfermo me decía mi padre-. Después de picarme, se quedó muerto.

-¿Y tú?

-Yo aquí estoy todavía.

¿Y aquel hombre que cortó el árbol a cuya sombra descansaba la tropa? Ellos se habían acostumbrado a hacer su casino debajo de aquel follaje generoso, sentados y tumbados en las raíces. Salían de excursión guerrera por los alrededores y volvían echando el alma, ansiosos de descansar bajo su árbol, de refrescarse un rato, de charlar, de dormir su breve tregua al cobijo de aquel dios silvestre.

¡Qué bien que se entiende el culto de los árboles en las religiones primitivas! ¡Y qué verdadero aire de deidad

natural, anterior al antropomorfismo de los Olimpos, tienen esos árboles gigantescos, plantados de pronto en la desolación de la tierra como a espera del caminante! Si hasta parece que infunden en su huésped cierta quietud vegetativa, cierta aceptación, cierta docilidad física doblada de cierta interior libertad de ensueño. No es otro el efecto de la droga, simbiosis del vegetal en el animal. Tal vez los árboles se contentan de no moverse por lo mucho que contemplan y sueñan. Los pájaros les cuentan las extrañas aventuras del vuelo, y con oírlos se satisfacen. Las brisas les hacen guiños y los sacan a bailar un poco, aunque sin moverlos de su lugar, como en tales danzas australianas que se ejecutan con el tronco y los brazos. Árbol de la tropa, padre tutelar de los valientes y de los afligidos: hay, en el torrente de mi sangre, una oculta gotita que agradece todavía tu ternura.

Cuando, después de limpiar de facinerosos el contorno con las escobas del plomo y los aceros, el destacamento volvió al lugar, no encontró ya el árbol.

-¿Quién lo ha talado? -preguntó mi padre iracundo.

-Lo cortó Fulano, mi jefe -le contestó un desgredado que se acercaba-. Dijo que lo iba a tumbar con su hacha para que no viniera aquí a amontonarse la tropa.

-¡Qué me lo traigan! Que me traigan a ese Fulano ahora mismo! Que ahora me lo llevo de leva, y ahora va a saber lo que es un árbol, lo que puede ser la sombra de un árbol para el soldado!

El otro parecía un elefante, sumergido en su poderosa plétora vital. Era uno de esos deficientes mentales a

quienes se les va todo en músculos. Bajo una sonrisa idiota y una aparente mansedumbre ocultaba instintos de gorila. No acertaba siquiera a medir sus fuerzas; sus juegos mismos resultaban de consecuencias fatales y eran de una funesta irresponsabilidad. Ya le había acontecido dejar a una mujer muerta en un abrazo de amor, y sólo se le ocurrió comentar:

-¡Qué delicadita! No me iba a durar nada.

Entre los burros se había declarado un raro mal, como una de aquellas epizootias que Apolo mandaba y conjuraba. Los soldados llevaban sus burros al aguadero, y a poco, herido de rayo, se les caía uno muerto. ¿Si sería el sol? ¿Si sería el agua envenenada?

Notaron que el hombre-elefante siempre andaba por las cercanías, y él mismo, con sus medias palabras y su sonrisa provocativa, venía a decirles:

-Ya se les murió otro burro. Vengan a ver.

¿Será posible? Aquel monstruo, sencillamente, tendía un burro de un puñetazo en la nuca, y luego se quedaba resollando fuerte de gusto, como en paroxismo de vigor.

Cuando le descubrieron el juego, lo "pasaron a tabaco" entre todos, con las baquetas de las carabinas, y allí lo dejaron retorciéndose en el suelo, y ojalá que lo hayan matado.

En nuestros días, lo hubiera defendido un casuista; lo hubieran llevado a un hospital de locos, y su "enajenación crepuscular" daría asunto a muy sabias

disertaciones. Los diarios llenarían planas enteras con sus retratos en distintas posturas. ¡Qué propaganda para él y para los especialistas que lo tuvieran bajo su observación y estudio! ¡Qué orgullosa familia, de contar nada menos que con un monstruo! Su abogado podría triplicar en adelante los honorarios. No faltarían jovencitas que se le declarasen por carta, dedicándoles fotografías en que le expresaran su anhelo de morir entre aquellos brazos gloriosos, capaces de estrangular a un burro...

Además de que no siempre es posible ser paciente con los desalmados. Aquel vejarrón, más duro y robusto que un roble, abusaba de la conmiseración que infundía su dolor paterno:

-¡Para eso se me fueron con la tropa mis dos muchachos del alma! Para que me los trajeran muertos en el primer encuentro! Me lo han de pagar, hijos del Diablo! Primero se llevó Dios a mi vieja, que en paz descase, y ahora estos tales me roban a mis muchachos del alma. Y me he quedado solo en el mundo cuando más falta van a hacerme. Pero yo me basto y me sobro para todos ustedes, hijos de esto y de lo otro, y todos me lo van a pagar.

-Pero, don Tobías, si nosotros no los sacamos a la fuerza de su casa, si ellos quisieron entrar en filas. Si nosotros no tenemos la culpa de que hayan caído. Si los queríamos y eran nuestros. Si hasta recobramos sus cuerpos a costa de otros dos de la tropa. Y murieron por la patria, como valientes, heridos de frente como mueren los hombres. Consuélese siquiera con eso, que más no podemos darle.

-¡Hijos de esto y de lo otro y de lo más allá! ¡Y con eso quieren consolarme!...

¡Ah, esto era ya demasiado! El hombracho los hostilizaba y befaba de día y de noche, no los dejaba ni a sol ni a sombra. Los humillaba en todas partes, y hasta era de temer que la gente se les subiera a las barbas cualquier día y comenzara a faltarles al respeto. Aquello podía parar nada menos que en un motín. Era una responsabilidad de guerra para el mando.

Y luego ¿qué mexicano aguanta que le mienten a su mamacita, así sea uno de esos bellacos que caen presos por tratarla a golpes? El mexicano se mata por una palabra, más aún por la persona.

Hasta que, colmadas las medidas, tanto hizo y tanto dijo el vejazo, que un oficialito ágil y nervioso, a quien ya le rebullía la sangre, no pudo más:

-¡Mire, viejo de la grandísima! Que le den un machete y, si es hombre, fájese conmigo. A ver si es verdad que vamos a pagarle todos una culpa con que no cargamos. Que al cabo está todavía bueno para pelear, y está desperdiciando el tiempo en gritos al aire.

No deseaba otra cosa el hercúleo viejo. Tomó el arma que le ofrecían, y se arremangó dejando ver unos brazos nudosos y curtidos. La gente hizo valla como en duelo de caballeros. El viejo se vino hecho un león contra el frágil oficialito. Pero éste lo recibió entre una tempestad de machetazos, y en un instante acabó con él y sus maldiciones y todos sus sapos y culebras. ¡Y todavía el oficialito lloraba, arrodillado junto al hombrón, entre la rabia y la pena que le roían el alma!

Tales cosas me contaba mi padre, haciéndome ver las grandezas y las miserias del soldado.

11. DEMONIOS Y ENDRIAGOS

TRAS la derrota de la Mojonera, Lozada volvió a internarse en la Sierra de Álica para continuar allá su pesadilla sanguinaria y oscura. El comandante Reyes, al mando de su columna, que dependía del coronel Andrés Rosales, fue comisionado para perseguir al cacique y a sus peligrosos tenientes.

...Aparte de sus elementos militares y muchos auxilios indígenas diseminados desde Jalisco hacia Nayarit y hasta Sinaloa, Lozada y los suyos contaban con poderosas ayudas económicas de empresas extranjeras interesadas en el negocio del mercurio. Reyes logró aprehender a Lozada, que fue ejecutado por Rosales en Tepic (Loma de los Metales), el 14 de julio de 1873. Cuentan las tradiciones que, horas antes de ser batido, Lozada enterró en la serranía parte de sus tesoros y después dio muerte a los que le ayudaron en ello, tesoros que han sido objeto de muchas buscas (*y que pasan a la categoría de nuestros tesoros folklóricos: el de Cuauhtémoc en el fondo del lago, el de Zapata en Cuernavaca...*).

Cuando el consejo de guerra sumarísimo juzgaba a Lozada, llegó un telegrama dirigido a los jueces militares. Y Reyes, comprendiendo que se trataba de una maniobra de las grandes compañías mineras para salvar a Lozada, se opuso a que se abriera hasta no terminar el acto, por ser otra cosa contraria a todas las leyes procesales del caso. Concluido el juicio y sentenciado el reo, se lo mandó ejecutar. Abierto el telegrama, se confirmaron las sospechas, pero la justicia se había cumplido.

Reyes siguió persiguiendo a los restos de las tropas de Lozada, y así atravesó la inmensa serranía occidental y bajó hasta Sinaloa, batiéndose sin cesar hasta limpiar absolutamente toda la región, por lo cual obtuvo el grado de teniente coronel...*

*Rodolfo Reyes, "Limpiando y ordenando", *El Universal*, México, 5 de agosto, 1946.

Álica, Sinaloa, Sonora: nombres guerreros, tañidos de alarma, redobles de rebato. Coras, huicholes, apaches. Pronunciados, héroes, bandidos. Fusilatas, degüellos e incendios, explosiones de polvorines, saqueos y cargas, rodar de cañones, gemidos de bestias azoradas; desorden, desorden de los elementos. ¿Cómo no se cansa el corazón de un pueblo entre sobresaltos tan incesantes?

Todos los orígenes están amasados de ignominias. Inconscientes e ingratos, hoy nos encaramos sobre los montones de cadáveres para columbrar un palmo de horizonte. Casi se impacienta la pluma, puesta a desentrañar unas cuantas perlas preciosas en ese lodazal rojo.

Aquella gente, a quien hacía falta todo el infierno para percatarse de la quemadura de la vida -tan cerca estaba de la indiferencia mineral- pretendió acabar con él lo mismo a fuerza de asaltos como de atentados personales. Los demonios andaban sueltos, como antes de que Salomón los encerrara en el camello. Éolo había desatado sus pellejos. Los cabecillas mantenían en agitación al país. Sus hordas luchaban conforme a la guerra de los monos y de las hormigas, que aquello ya no era cosa humana.

Lo veo, con su columna volante, hacer un alto en un campo de mogotes. Las hacinadas gavillas, formadas en orden regular, dan al paisaje una artificialidad graciosa, que revela ya la presencia de la labor y el ingenio. Aquello promete ser tierra organizada, educada por el trabajo, pacífica. Los surcos se alargan en rayas convergentes y se juntan allá en los términos. Reina una placidez de suelo agradecido, flota una conciencia de tarea bien acabada. Toda convida al

descanso. Conforme cae la tarde, parece aumentar la quietud. Ya sólo, como en Otón,

se escucha el agudísimo zumbido
del insecto apresado por la araña.

Pronto se podrá dormir a pierna suelta, un reposo muy bien ganado. A la queda, todos comienzan a recogerse. Una noche sin luna saca de ronda al indeciso fulgor de sus estrellas, porque hay en el aire un velo de humedad que apaga y ensombrece el campo. El cielo y la tierra se abrazan como en las vetustas cosmogonías. Los hombres descansan, y la oscuridad cobija el crimen.

Porque en medio de la negrura, aquellos mogotes comienzan a arrastrarse silenciosamente y van cercando a los soldados. La rueda se va recomponiendo en movimientos esporádicos. Un bulto avanza un poco, y para; luego otro, luego aquél. Y cuando ya casi han logrado un contacto pleno, los caballos, como los gansos de Capitolio, dan la alarma con espantados relinchos y despiertan a los soldados, que apenas tienen tiempo de huir, abandonando algunos pertrechos y cadáveres, mientras cada montoncito de rastrojo cae para atrás y deja salir a un salvaje armado, que cierra sobre ellos blandiendo el arma y dando chillidos infernales.

La larga campaña de Álica lo trae de una parte a otra por las anfractuosidades de la sierra. En junio de 1875, mi padre persigue al cabecilla Tranquilino Hernández y, poco después, al cabecilla Isabel González. Se vio entonces en el caso de reclutar gente para aumentar sus fuerzas. Al cabo de una semana, se consideró bien pertrechado.

Era en Santiago Ixcuintla, Tepic. Dormía el comandante en los altos del cuartel, cuando lo despertaron los gemidos de sus soldados, que morían alevosamente, apuñalados por los supuestos voluntarios, todos enemigos. Entretanto, gruesas columnas de González atacaban por fuera. En el primer instante, le mataron a la mayor parte de sus hombres. Salió como estaba, semidesnudo, acompañado de Cruz Ayala y el pequeño grupo que dormía también en el piso alto. Tuvo que conquistar la escalera grada por grada, gritando para llamar la atención de los asesinos y dar tiempo, así, a que sus supervivientes se recuperaran de sorpresa. Los que atacaban desde la calle habían ya logrado invadir el patio e hicieron fuego sobre él, astillándole el omóplato izquierdo. Siguió de frente, levantó el ánimo de los suyos, expulsó a los asaltantes y los persiguió tenazmente, dándoles alcance a lo largo de unas tres leguas. Veintitantos hombres bastaron para poner en fuga a más de doscientos.

La espada del comandante se cebaba de preferencia en los que parecían descollar y sostener la moral de los adversarios. Los pasaba de parte a parte y los iba dejando tendidos por el camino. Y al cabo, tanto entró y salió, que el acero se fue calentando al punto de destemplarse y torcerse. Aquella espada, echa casi un tirabuzón, se guardaba todavía en casa por los días de mi infancia.

Esto aconteció el 12 de septiembre de 1875. El 18 de noviembre, en la Puerta de Plateros, obligó a rendirse al cabecilla, con toda su gente armada, después de haberlo derrotado tres veces, y ascendió a teniente coronel.

Lo veo, cierta noche veraniega, durmiendo en un catre de lona, en el corral de su casa por el exceso de calor. Creo que fue en Rosario, donde tenía sus bases. Nervioso y de sueño ligero, alerta hasta en el reposo, que así viven siempre los que viven amenazados, lo despierta un leve ruido en el picaporte del portón del fondo, como de alguien que quisiera abrirlo desde afuera. Este portón daba a una especie de establo, que todavía se comunicaba a la calle por otra puerta.

Mi padre, que estaba descalzo, pudo acercarse al portón sin ser sentido y, por las rendijas de las tablas, alcanzó a ver unos bultos, un grupo que venía a sorprenderlo, aprovechando el descuido de la noche. Salió entonces a toda prisa por la puerta principal, en la calle opuesta, para traer un piquete de su cuartel. Pero cuando, "a paso veloz", su gente rodeó la manzana, apenas pudo descubrir a la masa de asaltantes, que doblaba la esquina y desaparecía misteriosamente, con ese don de disolverse en el aire, untarse en el suelo y desintegrarse de algún modo, que es uno de los mayores enigmas de estas razas.

Lo veo sentado en una mesa, escribiendo, abiertas las ventanas para que corra el aire, porque el tiempo era caluroso en mi Rosario. Mi madre, muy jovencita todavía, jugaba debajo de la mesa con las últimas muñecas que le quedaban, Mi padre rasgueaba en el papel, y luego leía para sí acompañándose como solía con ese ruidito gultural *jui, jui, jui, jui*- que ayudaba siempre su lectura: singular cronómetro, hecho sin voz y sólo de aliento, y al que iba comunicado el énfasis de las frases. De repente, los demonios lo agredieron a tiros desde las ventanas abiertas, sin más efecto que astillar las patas de la mesa, al lado de mi madre. Este

contraste de candor y de crimen es una síntesis acabada de aquellos días aciagos.

Se llegaba de su casa al cuartel por una calle que remaba en la plaza próxima, y allí se doblaba a la izquierda. En la esquina había un almacén de comestibles. La tienda daba sobre la plaza; pero en la calle lateral había una puerta accesoria, frente a la que pasaba mi padre todos los días y que sólo una vez se abría para entrar las mercancías y fardos. Esta calle tenía una de esas aceras altas de otros tiempos, que sobresalía más de medio metro sobre el arroyo.

Anochece. Según su costumbre, mi padre iba rumbo a la plaza, camino del cuartel. La puerta accesoria rechinó: era inusitado. El reflejo nervioso lo hizo saltar de la acera hasta media calle. En ese instante, salieron de aquella puerta dos hombres, puñal en mano. Al primero lo atajó con un disparo oportuno; el otro logró huir y escapar a nado por el río. Aquel salto inconsciente lo había salvado. Los hombres iban desnudos y bien embarrados de sebo, providencia del cuerpo a cuerpo. Si llegan a apoderarse del comandante, nada hubiera podido éste contra aquellas fieras resbalosas.

Entre las partidas que logró reducir, varios adoptaron la jefatura del vencedor y, según la ley de los guapos, se pusieron a sus órdenes. Yo conocí a uno, Ángel Díaz, "caballerango" de mi casa. Nos sirvió hasta su muerte. Traía el aroma del campo, componía "corridos", era borracho; pero el vino no le estorbaba, aunque estaba sordo y un poco embrutecido. "Cojitranco" por efecto de los balazos ("lunanco", dice el ranchero), tenía un cuadril algo salido. Cumplía muy bien con sus tareas. Se hubiera dejado matar por

cualquiera de nosotros. A su tiempo volveré a recordarlo.

Para entonces como dice cierto cronista anónimo que ni mi padre ni mi familia pudimos nunca identificar, y que algunas veces hemos sospechado haya sido don Joaquín Baranda, cuya amistad jamás se enfrió a pesar de ulteriores peripecias políticas, en que vino a ser la primera víctima del proyectado acuerdo entre mi padre y Limantour.

...el nombre de Reyes era ya un grito de guerra para sus soldados. Y que el mando estaba en manos de un jefe de gran carácter, resolución y energía, quedó plenamente demostrado por lo que aconteció cuando, habiendo ordenado un consejo de guerra la retirada de las fuerzas del Gobierno, el entonces coronel Reyes se manifestó en franco desacuerdo. Solicitó y obtuvo permiso para exceptuar de la orden general a las tropas que tenía bajo su mando inmediato. Volvió con ellas a Tepic, venció al enemigo en una sola carga de caballería, y regresó triunfante a la cabeza de su vanguardia.

12. CON LOS DEL SEXTO

YA SUS soldados habían aprendido a gritar “¡Aquí va Reyes!”, para desmoralizar al adversario. Aquellos valientes eran sus hijos, que así los amaba y castigaba como si fueran de su carne; entre el rigor y la solicitud que sólo sabe otorgar un padre verdadero, con aquella bronca llaneza que conviene al trato del superior, y aquella ecuanimidad medio envuelta en burlas o en sarcasmos tan propia de la caballería ¡Ay, mi 6º Regimiento, y qué mío eres, y cuán cerca estás de mi corazón! ¡Ay, bravos dragones de la muerte, y con cuánto amor y cuánta veneración os evoca, desde el silencio y la quietud en lo que han envuelto sus estudios, este vástago de combatientes, que nunca logró aplacar del todo ciertos estremecimientos hereditarios!

Los sargentos eran todos talludos, como aquel húsar con quien el padre de Victor Hugo recorría los campos de batalla, y todos se dejaban unas barbas hasta el pecho, para que, en medio de la refriega, los rasos los reconocieran y no se desorganizaran los cuadros.

Yo alcancé a dos supervivientes. Tiburcio Cháirez, que acabó de posadero en Linares, soñando todavía con la guerra y llorando a solas cuando los recuerdos lo ahogaban, amaba a sus corceles con una ternura que puedo llamar maternal. Los almohazaba cantando y rociándolos con buches de aguardiente legítimo, como quien los carga de fluido eléctrico. Y cuando una yegua se le murió en el parto, él mismo quiso darle el seno al potrillo, y se desgarraba la camisa buscándose las mamas peludas, enajenado de dolor. Del otro sólo guardo en mi imaginación la figura de un santo de palo

marfileño, adornado con una lengua barba encanecida. Le llamaba "Aurelia" a mi madre, y de repente, refiriéndose al general mi padre, se le escapaba todavía decir "mi coronel". Cuando vino de visita a México, se sentía de la familia, y así lo sentíamos nosotros.

Algunos, sin perder su lealtad guerrera, solían ser, en lo demás, unos redomados bribones, y hasta eso los agraciaba. Dos de ellos salieron maltrechos en un combate, y les vendaron las manos, que manaban una sanguaza purulenta. Allí, en el mismo campo de acción, se distribuyó una paga a la tropa. Vinieron a decirle a mi padre que los dos heridos habían instalado, entre unos tambores, un puesto de albures y estaban "pelando" a la tropa. Y así era. Los muy ladinos habían señalado las cartas con su misma sangre, hacían como que barajaban con aquellas manos pecadoras, y robaban a cuantos podían.

Los oficiales eran todos valientes, que también eso se contagia cuando no queda otra salida. Dos de ellos, enfurecidos de celos por una paloma de la cercana rancharía, se apoderaron de una pistola y se encerraron en el cuarto de guardia. Hicieron un pacto de tomarse por la mano izquierda, de alternarse el arma y no dispararse al corazón. Y entre "ahora a ti te toca, hermano" y "ahora, tú", desde afuera sólo se oyeron los tiros; los encontraron muertos, uno junto a otro y bien agarrados, en raro suicidio de amor y odio.

Mucho quiso y distinguió mi padre a su edecán Rendón, por su arrojo, su viveza, su simpatía y hasta su don animal para descubrir los rastros. Debe de haber sido muy campesino, muy baquiano. Preveía las mudanzas del tiempo y entendía los rumbos y las

estrellas; sabía esperar donde lo dejaban, y escuchar e interpretar las mil diminutas señales que hacen las cosas: lo que canta el pájaro, el olor del viento, el ruidito que se oye de lejos, pegando la oreja en tierra, y si son ganados o tropas. No había más ducho explorador, más avisado centinela, más mañoso defensor de un puesto avanzado; capaz de hacerse pasar por muchos, aunque fuera él solo, atacando por varias partes, desde los árboles y detrás de las peñas, de engañar al que lo descubriera, rebuznando o imitando el aullido del coyote; sensible al peligro como el venado, y tan súbito como éste para aparecer y desaparecer, deslizándose sin ruido, que no parecía pisar el suelo; un águila para el ataque, una anguila para la defensa, un toro para resistir a pie firme, una liebre para la carrera.

Pero lo afligía el feo vicio de la bebida; y emprendía entonces unas fugas desesperadas, y escapaba y no paraba hasta el mar. Volvía contrito, casi temblando de vergüenza, y se dejaba sumisamente castigar por mi padre, que lo recibía a puñetazos. Se morigeraba algún tiempo, y luego tenía otra recaída. Y una de tantas veces, para hacerse perdonar y regresar con alguna prenda de valor, quiso intentar el rapto de un jefe enemigo, el golpe clásico de Bernardo Reyes, que éste había ejecutado un día en Jáuregui. Pero Rendón lo imitó en mala hora.

No aparecía, y mi padre se impacientaba, preguntaba a todos y hasta mandaba gente en su busca. De pronto se dejaron ver unos arrieros con sus recuas; esos arrieros que trajinaban por los pueblos e iban de un campamento en otro haciendo dobles traiciones y alcahuaterías, a la vez que proveyendo algunas necesidades de los ejércitos. El cuerpo de Rendón

venía atravesado en una mula, con una misiva atada al cuello en que el jefe enemigo se disculpaba. No había sido su intención -explicaba-. No le agradaba matar hombres en riña. Pero Rendón se le había metido, medio ebrio y dando empujones a la guardia, hasta el cuarto donde él estaba contando el dinero, y lo había asaltado, obligándolo a defenderse. Creyendo habérselas con un ladrón, lo tendió de un tiro, y sólo después, al reconocerlo, había comprendido que se trataba de un rapto de locura, pues no ignoraba los antecedentes de aquel aguerrido adversario: "Lo acompaño, señor coronel, en sus sentimientos, y ya encontrará la ocasión de desquitarse cuando uno de estos días, tenga yo la honra de que nos veamos las caras en cualquier contacto de armas. Pero le aconsejo que, en adelante, les eche pialera a sus mulas, para que no se le anden saliendo del corral. Su sincero enemigo, etcétera."

¡Ay, aquel temerario tuvo la mala suerte, en el próximo "contacto de armas", de que se le atascara el rifle con que esperaba a mi padre! Se espantó, entonces, volvió grupas precipitadamente y "¡Va por ti, Rendón!"-recibió en los lomos y a quemarropa toda la carga de un revólver.

El caso, al menos, valió la recuperación de un pueblo que había caído en manos de aquellos facinerosos. El pueblo los recibió en triunfo. Por la noche les ofreció un baile y hubo un simulacro de alegría; porque una sombra de tristeza parecía cernirse sobre los del Sexto. Y un oficial que, en el baile, "se puso muy cuete" (¡esta gente no escarmienta!), como ya no aguantaba los botines de lujo, se sentó debajo de una mesa, se descalzó, y desde allí sacaba los pies y movía los dedos, exclamando: -¡Goza, goza, corazón!

13. DE TUXTEPEC EN ADELANTE

SEGÚN todas las apariencias, era propenso el presidente Lerdo de Tejada a malquistarse con sus colaboradores de mayor prestigio. El coronel Corona no pudo eludir esa ley fatal. En pago de su triunfo en la Mojonera y sus otros eminentes servicios, tuvo que aceptar el destierro dorado de la diplomacia. Destinado para ministro en Madrid, comenzó por pedir como secretario de Legación a su antiguo ayudante Reyes. Recapacitó en el último instante. No quiso atravesarse en la carrera del joven militar, que ya se prometía brillante, y se limitó a recomendarlo a su nuevo jefe, el general Donato Guerra, que ya antes había acompañado a Díaz en el levantamiento de la Noria. Guerra se aficionó pronto a mi padre; le había confiado muy delicadas comisiones y le proporcionó la ocasión de participar en acciones como la de Santiago Ixcuintla.

Declinaba el astro de Lerdo. Porfirio Díaz había hecho durante cuatro años la figura de un Cincinato, ya en traza de agricultor, ya de carpintero, y al fin de diputado. Vivía alerta y acechaba la hora propicia. En enero de 1876, se levantó en armas. No era el primero: ya, entre otros, lo había intentado, con mala suerte, el general Rocha, cuyo fracaso le costó abandonar el país. El Plan de Tuxtepec, entre cuyas "leyes supremas" se proclamaba "la no reelección del presidente y los gobernadores", y para cuya realización Porfirio Díaz asumió la jerarquía de generalísimo del Ejército Regenerador, "tuvo eco inmediato en muchos lugares de Oaxaca, Puebla, Jalisco, Guanajuato, Sonora, Sinaloa, Durango, Yucatán, Veracruz, Nuevo León y Tamaulipas; mas ya

no eran los soldados los que ejecutaban los levantamientos. Sus caudillos tenían que crearse elementos para la guerra".*

El general Ogazón y el ilustre Ignacio Vallarta el tío y el primo de Reyes- fueron porfiristas de la primera hora. El afán de Lerdo por hostilizar a Vallarta, durante la época en que éste fue gobernador de Jalisco, cuenta entre las causas de la extraña sordera política con que Lerdo consideró siempre la amenaza nacional de Lozada. Reyes no podía tener especial simpatía por Lerdo ni por su administración, y todavía la ingratitud para con su jefe Corona vino a confirmar su íntimo resentimiento. Ogazón y Vallarta lo invitaron a unirse al movimiento tuxpetecano. Reyes, con todo, prefirió mantener su lealtad militar y continuó en su servicio.

Por mayo, derrotó a los pronunciados en Ahuacatlán (Tepic), y al mes siguiente dio asimismo caza al coronel Vizcaíno, logrando expulsarlo del cantón.

Después se dirigió a Sinaloa, para someter a los sublevados. Había acontecido entretanto un hecho singular. Recibió una misteriosa cita nocturna en despoblado. Acudió a ella y se encontró de manos a boca nada menos que con su jefe respetado y querido, el general Donato Guerra, quien le manifestó que había resuelto adherirse al pronunciamiento de Porfirio Díaz, como segundo de éste, y que lo invitaba a acompañarlo. Nuevamente se rehusó Reyes, dominando los impulsos de su corazón:

*Bernardo Reyes, *El Ejército Mexicano*.

- Soy soldado le dije-, y Lerdo es el presidente legítimo. Si usted nos falta, mi general, tendré yo que asumir el mando. Si su resolución es inquebrantable, aléjese cuanto antes, y convengamos en un plazo.

Así se hizo. Donato Guerra solicitó su baja y se lanzó a su aventura revolucionaria, no sin una conmovedora escena de adioses. Aquellos dos hombres, unidos por un profundo afecto, sabían que el destino había de ponerlos frente a frente.

Y sucedió en Tamiapa (Sinaloa), uno de los más amargos deberes en la vida militar de mi padre. Era Guerra un caballero armado. No lo era menos su obligado contrincante. El encuentro se dio el 19 de agosto de 1876. Aunque con fuerzas muy inferiores, mi padre logró derrotar a Guerra, se apoderó de la mayor parte de su gente, y a él mismo lo tomó prisionero. Para la región de Occidente, este triunfo ahogó en su cuna al movimiento tuxpetecano.

Pesaban mucho en el ánimo de mi padre los antecedentes de la buena amistad, y el reconocimiento de las prendas de su antiguo jefe. Además, en aquella confusión nacional, los hombres iban arrastrados por una ciega fatalidad y era difícil erigirse en juez del prójimo. Por la noche, mandó ensillar un par de caballos, y él mismo condujo a su prisionero hasta el campo abierto, donde lo dejó en libertad, entregándolo a su suerte. El general Guerra fue a morir después en Chihuahua, a manos de las fuerzas del coronel Machorro, que también lo había capturado y que se vieron atacadas por número triple de enemigos. "La muerte de este caudillo escribe mi padre, haciendo justicia a su memoria fue muy sentida, pues siempre se

mostró honrado y leal; había sido un valiente militar y un sincero partidario político del general Díaz.”*

Pero Lerdo acabó de precipitar su desastre con su fraudulenta reelección. A Iglesias, presidente de la Corte de Justicia, incumbiría por ministerio legal la sucesión, si las pretendidas elecciones resultaban nulas. El Congreso declaró electo nuevamente a Lerdo.

Regresa mi padre a Tepic, como jefe de línea en Santiago Ixcuintla y todavía por el mes de octubre derrota en Rosario a otros sublevados, en dos victorias sucesivas.

Se consolidó, en Tecoac, el triunfo de Díaz. La defección de jefes importantes había acumulado fuertes contingentes bajo el mando de Reyes. Pero la tropa se pasaba a Díaz, la gente “se iba a la cargada”. Lerdo había abandonado el país, y mi padre se encontraba ante una situación indecisa. Iglesias, el “presidente legalista”, había asumido por un instante la presidencia en teoría, pero también se encontraba ya en los Estados Unidos, tras algunas infructuosas tentativas de resistencia contra Díaz. Reyes le hizo saber que se pondría a sus órdenes si regresaba a México a cumplir con su cargo. Pero Iglesias no volvió.

Reyes era ya coronel, ante las defecciones de varios jefes que emigraban al bando tuxtepecano. Tenía unos veinticinco años. Se encontraba a la cabeza de un ejército no vencido. Buscando por el campo revuelto de la República, sólo quedaba un reducto de la ley: el Congreso. Y al Congreso pidió órdenes, ofreciéndose,

* B. Reyes, *El general Porfirio Díaz*.

si era necesario, a marchar sobre Guadalajara en apoyo de la legalidad. Se le ordenó entregar el mando a un jefe designado por Manuel González, y presentarse ante el ministro de Guerra, en la ciudad de México. Obedeció, pues, y se consideró vencido sin ser derrotado..., en plena juventud y con una representación y un prestigio efectivos muy superiores a su grado.

Se presentó en México, en calidad de prisionero. Lo invitó Díaz a seguir en el mando. No quiso Reyes escucharlo, mientras no se definiera constitucionalmente la situación del vencedor. Pero era ya manifiesto que este solo hecho -mediando la buena amistad de los futuros ministros Ogazón y Vallarta-, dejaba la mano tendida. De aquí que, al asumir Porfirio Díaz la presidencia legítima, siguiendo su política general, lo confirmara en aquel coronelato provisional (“para que no se quite usted las charreteras que ganó derrotando a mi segundo Donato Guerra” le dijo), y le devolvió el mando de su 6º Regimiento en Tepic.

Fue entonces destacado a nuevas misiones pacificadoras, para evitar la anarquía que se venía encima: San Luis Potosí, Nuevo León, la Huasteca potosina, Rosario, Concordia. En Nuevo León, sometió al general Pedro Martínez sin combate, base de la perdurable amistad entre ambos.

Supongo que por entonces deben situarse sus tratos bélicos más o menos directos con las partidas de Heraclio Bernal; aunque en ciertas notas familiares se me dice que Bernal andaba ya entre la gente que lo asaltó en Santiago Ixcuintla. La cosa para mí no tiene importancia, pues el carácter de una época y de una

vida son aquí mi asunto, mucho más que un biografía metódica. Bernal es aquel que los corridos populares presentan, a lo Roque Guinart, como un bandido generoso:

¡Qué bonito era Bernal
en su caballito oscuro!
De miedo de la Acordada*
Se puso a fumar un puro.

¡Qué bonito era Bernal
en su caballo retinto,
con la pistola en la mano,
peleando con treinta y cinco!

¡Qué bonito era Bernal
en su caballo "jovero"!
Nunca robaba a los pobres,
Antes les daba dinero.

También he oído cantar corridos sobre el viaje de mi padre a Sonora, que ofrecen cierto paralelismo:

Decía Bernardo Reyes
al montar en su tordillo:
"Tengo ganas de pasear
por las calles de Hermosillo"

* ¿Se conservaba aún en el pueblo, para esta época, el nombre de una institución de policía rural creada en México a comienzos del siglo XVIII?

Decía Bernardo Reyes
al partir para Sonora:
"¡Qué gusto voy a tener
de probar el bacanora!"

Años después, bajo el presidente Manuel González (interregno de Porfirio Díaz), aconteció la hazaña de Villa de Unión, ya referida.

Corresponde este hecho a la represión del levantamiento de Márquez de León en Baja California, secundado en Sinaloa por el general Ramírez Terrón, quien para entonces se encontraba separado ya del servicio. El jefe de la zona, general Carbó, tuvo que abandonar el puerto de Mazatlán en seguimiento de Márquez de León, quien huyó de la columna del general Rangel y, a través del desierto, se encaminó a Sonora, donde fue derrotado. Entretanto, Ramírez Terrón se apoderó por sorpresa de Mazatlán. El coronel Reyes lo expulsó del sitio y después le dio alcance en Villa de Unión, donde aconteció lo que ya sabemos.

Pero antes se vio en un paso difícil. La sorpresa de Mazatlán, donde en ausencia de Carbó quedó con el mando interino, lo dejó de repente solo frente a gente sublevada, y tuvo que arrojar al mar y refugiarse en una de las islas vecinas. No sabía nadar: lo salvó su caballo. Por mucho tiempo, se conservó en la playa de Mazatlán una piedra con la inscripción conmemorativa de la proeza.

Mi hermano Bernardo lo recordaba, y me contaba también que cierto día, mientras mi padre se entretenía

en cazar por la costa, le dio a guardar unos pelicanos heridos que había atado con una cuerda. Los pelicanos arrastraban ya al niño hasta la orilla, cuando mi padre llegó a salvarlo a todo correr. Por cierto que, como el Cid bajo los muros de Zamora, perdió las espuelas en la carrera.

Durante los tres años siguientes, ya como general de brigada, mi padre extiende su acción militar por Sinaloa y Sonora, donde lo esperaban nuevas vicisitudes.

14. LA ETERNA HISTORIA *

LA ZONA MILITAR al mando provisional de Reyes comprendía las regiones de Sinaloa, Sonora y Baja California. Conozco algunos de los informes que, a partir del 25 de enero de 1881, envió al presidente Manuel González sobre la situación política y militar. Mal repuesto de sus heridas en el combate de Villa Unión, le decía desde Mazatlán: "Apenas puedo escribir con la mano izquierda." Le inquietaban las visitas de vapores norteamericanos que recorrían el litoral de Sinaloa con pretexto de recoger datos geográficos, y las rivalidades entre el comercio local y el norteamericano. Respecto a Sonora, temía que las próximas elecciones de mayo provocaran choques entre el actual gobernador Luis E. Torres y el candidato Carlos R. Ortiz. Se quejaba de incursiones de bandoleros del norte que atacaban a las caravanas de mexicanos y a veces, naturalmente, sufrían las venganzas de éstos, entre la mayor indiferencia de las autoridades en el Estado vecino de Arizona. Para más agravar aquella situación, acontece el levantamiento de unas partidas de apaches contra las tropas de Estados Unidos, a inmediaciones de nuestra frontera. De pronto se han reclutado hasta 600 salvajes, quienes, al verse hostilizados en aquel territorio extranjero, se refugiaron en el nuestro. Aún se ignoraba si las reservaciones cercanas varios millares de indios se unirían también al movimiento (23 de septiembre de 1881).

* Con los fragmentos sobre los indios bárbaros del norte (en este y en el siguiente número), se compuso el artículo "La tormentosa frontera", para la cadena "ALA" de Nueva York, que apareció en varios periódicos hispanoamericanos, por julio de 1958.

Entretanto, la envidiosa intriga se movía ya desde México. La Secretaría de Guerra hacía extrañamientos al general Reyes, de que luego se disculpaba por telégrafo, reconociendo su error. Y como el general Carbó, jefe y amigo muy estimado de mi padre, fue nuevamente nombrado comandante de aquella Zona Militar, el general Reyes nuevamente pasó a la categoría de subordinado en el mando.

A él no le pesaba: su entendimiento con Carbó era perfectamente amistoso y cordial; pero tanto el general Carlos Pacheco, ministro de Fomento, como el propio presidente González, que siempre lo trató en sus cartas de "Mi querido amigo y compañero", le escribían asegurándole que si, a pesar de la reconocida amistad entre el jefe y su segundo, éste ambicionaba ya el mando autónomo, gustosos atenderían sus deseos en cuanto a sus servicios por aquellas regiones no fueran indispensables como de momento lo eran. Pacheco quería que Reyes pensara ya en acercarse a México. Reyes miraba con cierto recelo esta posible visita a la capital. Además, la actitud francamente hostil de la Secretaría de Guerra para con él lo tenía afligido, y llegó a pedir a Pacheco que se le concediera su retiro "por invalidación de uno de mis miembros, sufrida en acción de guerra". Después de todo, añadía, "los servicios de los soldados de filas serán de poca utilidad para el porvenir de paz cuya perspectiva se abre ya ante nuestro país" (Mazatlán, 3 de noviembre de 1881). Así, en una hora de amargura, el joven general pensó un instante en alejarse. Pero tanto González como Pacheco se esforzaban por tranquilizarlo, desautorizando con sus palabras y disculpas la "falta de inteligencia" y los "descuidos" de la Secretaría de Guerra (González, 8 de noviembre de 1881; y Pacheco, 22 de abril de 1882).

Pues véase, en efecto, lo que a la sazón acontecía. Han llegado noticias comunicadas al general Reyes desde Hermosillo por el general Otero y por el gobernador del Estado, de que los apaches invaden los distritos de Zuharipa y Moctezuma, cometiendo innúmeros desmanes. En ausencia del general Carbó, que aún no se presenta, Reyes lo comunica al secretario de Guerra. Éste, en vez de darle crédito, ¡hace saber que sólo atenderá los informes que le envíe Carbó! (telegrama del 9 de enero de 1882).

Ahora bien, si se tratara de un asunto nuevo, sin antecedentes, todavía pudieran perdonarse la ligereza y el descreimiento del secretario de Guerra. Pero se trataba de una historia muy vieja. Entre México y los Estados Unidos -sin remontarnos mucho- existía ya un acuerdo del 29 de mayo de 1878, en virtud del cual ambos gobiernos se autorizaban mutuamente a permitir el paso de sus respectivas tropas a uno y a otro lado de las marcas, para mejor llevar a cabo la persecución contra los bárbaros levantiscos. Las bases de este acuerdo habían sido modificadas y renovadas en 14 de octubre de 1880. Aunque hubo pasajeras treguas en estos conflictos, el mal era un mal endémico, para cuyo remedio los dos gobiernos vecinos tenían ya preparada su acción común. ¿Cómo podía desconocerlo el secretario de Guerra, si su propio departamento había comunicado oportunamente las negociaciones entre ambos países a los jefes de las zonas militares del Norte?

En vista de semejante actitud, Reyes escribió al presidente y al general Pacheco solicitando nuevamente su retiro, y además por telégrafo el contenido de sus cartas. Ante la tardanza de México, telegrafía nuevamente el 30 de enero diciéndole que, si

hay dificultad en concederle el retiro por heridas de guerra, se le otorgue su baja. Sigue la callada por respuesta, y el 17 de febrero de 1882 Reyes escribe al presidente rogándole acuerde su solicitud, y le informa a la vez que, habiendo ya tomado posesión de la jefatura de la zona el general Carbó, éste ha comenzado por ordenarle que se traslade inmediatamente a Sonora para sofocar la ya temible invasión de los apaches, lo que él obedecerá desde luego, "sin hacer uso de mi credencial de diputado" (por Sinaloa), para dar una última prueba de su disciplina, su adhesión al gobierno y su cariño a su antiguo jefe el general Carbó.

Pero ya venía en camino otra carta del presidente (8 de febrero), en que éste reitera a Reyes su confianza, su esperanza de que Carbó continúe "la obra emprendida con tanto celo por usted para salvar al Estado de Sonora de la invasión de los apaches", y le repite que, si no desea permanecer en la zona, "yo, justo apreciador de sus merecimientos y relevantes aptitudes, lo colocaré en un puesto donde ocupe el primer lugar y tenga todas las consideraciones a que es acreedor". Y en 22 del propio mes, Pacheco escribía a mi padre que, habiendo pedido a Guerra aclaraciones sobre la conducta para él, cuando comunicó la invasión de apaches en Sonora, su común amigo el general Montesinos, alto funcionario de Guerra, "me manifestó que no lo habían hecho intencionalmente, sino por una mera distracción del jefe del departamento respectivo. Sirva a usted esto de satisfacción y tenga paciencia por ahora, que no estará lejano el día en que usted ocupe el lugar que a sus méritos corresponde". Por esos días, mi padre se traslada a Sonora en cumplimiento de su servicio.

Hallándose ya en Hermosillo, recibe del presidente González una carta sumamente expresiva y franca. Le

pide informes sobre Sonora, asegurándole que sólo puede fiarse a él en aquellos embrollados asuntos, que se guiará por lo que él le indique, y ofreciéndole por tercera vez concederle un mando supremo en que sólo dependa ya de la Presidencia de la República, si es que desea alejarse de su actual servicio y aun cuando no le declare sus razones (7 de marzo de 1882).

Entretanto, y antes de llegar esta misiva a sus manos, Reyes ha advertido que ya son muchas las equivocaciones de la Secretaría de Guerra, que agravio oficial exige un desagravio oficial e insiste en su solicitud de separarse del servicio. (Al general Pacheco, Hermosillo, 23 de marzo de 1882.)

El presidente González, por su parte, vuelve a sus manifestaciones de aprecio, lamenta que no hayan llegado a tiempo las cartas sucesivas que viene dirigiendo a Reyes, renueva sus ofertas, le envía copias de las dichas cartas que da ya por perdidas, deplora el extravío de tal correspondencia ("extravío que no puedo reputar casual", dice el Presidente) y le da amplias facultades militares y hacendarias para la campaña contra los apaches, felicitándolo por su primer triunfo en la acción de los Alisos (cartas de 9 de mayo y 20 de junio de 1882).

Mientras esto acontecía, el gobierno no había desoído la alarma comunicada por Reyes, pese a la actitud del secretario de Guerra. El Senado, en sesión secreta el 11 de mayo de 1882, autorizó la ejecución del acuerdo con los Estados Unidos sobre la tolerancia de tropas vecinas, mientras en Washington se hacía otro tanto, según telegrama dirigido por el ministro de México ante aquel gobierno (7 de julio de 1882).

El secretario de Guerra tuvo que comunicárselo así a los jefes y se quedó tan satisfecho como si nada hubiera pasado. He dejado de hablar a los hechos. Ellos pintan claramente la época y sus penalidades.

15. "¡CUÁNTO APACHE!"

CUANDO, en 1882, el general Reyes se traslada de Sinaloa a Sonora, se enfrenta con un problema de tres faces, íntimamente relacionadas entre sí.

Por una parte, la invasión de los apaches peligro de muerte para el Estado, que desde allende la frontera y también del Este se habían acercado hasta veinte kilómetros de Hermosillo, la capital.

Por otra parte, había comenzado ya la pugna entre el triunvirato Torres-Corral-Izabal y los grupos de Ortiz, Serna y Maytorena, padre del que había de ser gobernador del Estado en días de Madero.

Finalmente, la conducta del triunvirato y sus amigos, aliados aquí al gobernador Ortiz, contra los indios yaquis y mayos, residentes de mucho tiempo atrás en la región de Sonora, provoca resistencias y sublevaciones que hubieran podido evitarse con espíritu de justicia, merced a la buena disposición que estos indios llegaron a demostrar, y la verdadera cooperación que pronto prestaron al general Reyes, cuando los sumó a las fuerzas federales como auxiliares voluntarios de la campaña contra los apaches. Mas no se aprovechó esta posibilidad de conciliación, y tal fue el origen de la Guerra del Yaqui, absurda e impolítica.

Comencemos por los apaches. La civilización náhoa nunca llegó, ni con mucho, hasta lo que hoy son los Estados septentrionales de la República. El régimen español llamó indistintamente "chichimecas" a los

salvajes del Norte, confundiendo en uno, bajo el signo general de la insumisión, a varias familias. Entre ellas, a algunos elementos del centro que huían de la conquista y se "descivilizaban" en la existencia guerrera y azarosa. Esta maldición se prolonga por varios siglos; y todavía en el XIX quedaban por allá masas no incorporadas, revueltas con las incursiones bárbaras que bajaban de los Estados Unidos, y que bien pueden considerarse, por vaga que sea la denominación, como los herederos históricos, si no directamente étnicos, de los antiguos chichimecas, o "chichumecos" según los llamaba Góngora en un romance.

De cierta manera compendiosa, pueden abarcarse con la misma mirada todas las tribus que, durante el primer siglo de la Independencia, vagaban por el límite septentrional de Sonora, los desiertos donde se juntan los Estados de Chihuahua, Durango y Coahuila -"el fatídico Bolsón de Mapimí" que dice el historiador Vito Alessio Robles-, y los bárbaros abigeos que merodeaban en la desolada frontera del Bravo; las distintas tribus se alargaron hasta Nuevo León y Tamaulipas. A los apaches se mezclaban los comanches, lipanes y mezcaleros, y de los Estados Unidos emigraban los seminolas, mascogos y kikapús, además de otros que temporalmente bajaban de Texas, Nuevo México y Colorado.

Las reservaciones del vecino país atrajeron singularmente a los apaches y a los comanches, y fueron fijándolos más o menos, pero de modo irregular y esporádico. Verdaderos hijos del desierto, mal remolcados por la historia, organizaban sus asonadas o "malones", como dicen en la Argentina, amistiándose provisionalmente, aunque para dividirse luego, según

les conviniese o no pactar treguas con este o el otro gobierno. De las mismas reservaciones partían a veces los ataques sobre los pueblos mexicanos, y después los indios cruzaban el Bravo, para ir a disfrutar tranquilamente, y a la sombra de la ley, en la frontera texana, el botín de sus rapiñas. Por su lado, dueños del corazón del desierto, lipanes y mezcaleros se amalgamaron, llegaron a usar igual dialecto y tenían las mismas costumbres.

Los más siguen su vida salvaje; otros casi se civilizan, y aquéllos y éstos pelean entre sí. Astutos y engañosos, no acaban de someterse nunca. Sus promesas de amistad eran pausas entre una y otra fechoría. Ya se comprende que estos salteadores flotantes -entre ellos se reclutaron los guías de la invasión norteamericana- han complicado de mil modos los incidentes internacionales, bastante agudos ya de por sí, al extremo de resultar a veces en verdaderas cesiones de pueblos, como la que presenció José Vasconcelos en su infancia.

Tras las invasiones referidas en el capítulo anterior, de que fueron víctimas los pueblos de Zahuaripa y Moctezuma (enero de 1882), los apaches hicieron correrías, robos y matanzas por otros distritos.

Mientras Reyes, desde los pueblos, ventila sus diferencias personales con México, va adelantando su campaña. El 26 de junio, en Hermosillo, escribe al general Carbó, que se halla en Mazatlán, diciéndole: "Considero concluida la persecución." Pronto se le reunirá en Mazatlán, y entonces le explicará de palabra sus razones para desear separarse del servicio, lo que mucho le pesa por encontrarse en esos momentos a las órdenes de un jefe tan querido.

Poco a poco las cartas generosas de González han ido alcanzando a Reyes, por los distintos pueblos que recorría, y así lo hace saber Reyes a González desde Moctezuma el 1° de septiembre de 1882, comunicándole que, ante tan benévola actitud, desiste de su petición de retiro o baja, y manifestándole claramente que sólo se ha sentido agraviado por la actitud de la Secretaría de Guerra, y jamás por el hecho de que se le subordinara a Carbó, a quien estima de sobremanera. Y concluye resumiendo así su actitud: "Soy soldado, iré satisfecho a donde usted me destine, y deseo que se presenten nuevos trances como el de Villa de Unión para demostrar mi lealtad."

Con igual fecha, y en pliego aparte, le da cuenta de la nueva situación que guarda la campaña, las dificultades para combatir a los bárbaros en la estación de aguas, la escasez de sus tropas, la necesidad de licenciar a los auxiliares por razones de economía, la imposibilidad de contar con el pequeño Escuadrón de las Colonias Militares, desmoralizado por el constante cambio de jefes y la ineptitud de algunos de ellos, y su propósito de reunirse con el general Carbó en Mazatlán, aprovechando cierta pasajera tregua, para informarle verbalmente de todo lo hecho y de lo que falta por hacer (Moctezuma, Sonora, 1° de septiembre de 1882).

Reyes logró al fin expulsar a los apaches desde Sonora hasta la vecina jurisdicción militar de Chihuahua, entre el otoño de 1882 y la primavera de 1883. Para batirlos, pudo unir a sus elementos militares los que amistosamente le proporcionaron los yaquis -indios civilizados que peleaban contra los salvajes-, con su cacique "Cajeme" a la cabeza (José María Leyva). Los apaches se desbandaron por las serranías de

Chihuahua, y sus jefes Jú y Jerónimo, según convenio internacional, fueron entregados a los Estados Unidos. También contó Reyes con los elementos populares de Maytorena. Los vencidos, que eran todos indios lampiños, apodaron a su vencedor: "Papá Grande hocico peludo."

16. FIERAS DEL NORTE

A MODO de entreacto, como ilustración a las páginas anteriores y para que se aprecie otra fase de las campañas contra las fieras del norte, aunque ello no tenga relación directa con la vida de mi padre -que sí la tiene por cuanto al ambiente general -voy a contar de un libro curioso. En él se describen las operaciones militares de oriente a occidente, anteriores a las que el general Reyes desarrolló en sentido contrario, y ambos cuadros nos dan idea de lo que era aquella frontera tormentosa, no ciertamente "hospitalaria para todos los desterrados" -como diría El Nigromante-, pero sí ciertamente escenario de "la danza frenética, inspiradora de las cabelleras".

El mayor de caballería rural Blas M. Flores ofreció a mi padre -cuando éste ocupaba la Secretaría de Guerra y Marina- el manuscrito preciosamente caligrafiado de su *Reseña histórica de las campañas contra los salvajes en la frontera del Norte en los años de 1880 y 1881*, obra que había dado a la prensa en 1892. A primera vista, esta copia a mano parece posterior a la edición y acaso contenga aumentos o correcciones. La adorna un dibujo a colores de M. Ochoa, retrato del caique Arzate tomado de una fotografía, y la ilustran dos diseños de las ruinas de La Bavia, ruinas que datan del siglo XVIII, y un croquis del desierto de Coahuila y Chihuahua, a rumbo y a distancia, porque la campaña no permitía otra cosa.

El relato de Flores (de lejos comparable a la expedición de Mansilla contra los ranqueles en la Argentina, aunque de pluma más humilde) se refiere a invasiones de lipanes y mezcaleros -plaga secular de aquellas

comarcas, desde Lampazos (Nuevo León), pasando por el norte de Coahuila, hasta Chihuahua. Es decir, que cruza el Bolsón de Mapimí. El Diario se consagra a dos expediciones: la primera abarca del 5 de septiembre al 7 de octubre de 1880; la segunda, propuesta por el propio mayor Flores y realizada en los términos por él ofrecidos, va desde el 5 de mayo al 5 de julio de 1881, y paró en la rendición de Arzate y su tribu.

Tres columnas militares, a las órdenes de los coroneles Fructuoso García y Pedro Valdés, y del mayor Blas M. Flores, que partieron, las dos primeras de San Juan de Sabinas, y la tercera de Las Vacas, ahora llamada Villa Acuña, recorrieron gran parte del desierto, llegando hasta San Carlos en el Estado de Chihuahua.*

Observaba Flores que muchas de las regiones por él recorridas ofrecían campo virgen al trabajo y contenían riquezas potenciales. A su ver, hubiera convenido fundar en ellas algunas colonias militares como las antiguas, a condición de subvencionarlas puntualmente, y más cuando, debido a las inmediatas campañas anteriores, el peligro de los apaches había ya desaparecido. En su sentir, éste sería el mejor medio para redimir a las masas proletarias del interior, que arrastraban una existencia miserable, debido al escaso desarrollo de las industrias. Porque el temor de las anteriores turbulencias civiles había asustado extremadamente al capital, y los adinerados preferían esconder sus tesoros.

Allí decía el mayor Flores las montañas se revisten de hermosos bosques, preciosas maderas de construcción; allí hay copiosos manantiales de agua para el aprovechamiento industrial y agrícola; espaciosos valles provistos de variedad de forrajes y

plantas para sustento de la ganadería; montañas que encierran en su seno el oro, la plata y otros valiosos metales; y finalmente, se goza de un clima sano y benéfico, que conserva la salud y estimula el vigor.

Y más adelante se lamenta así, en una época que solía desdeñar sin distinguos la administración de la Nueva España:

Desde las sabias disposiciones del gobierno virreinal, que puso todo su empeño en conquistar el territorio para explotar sus cuantiosos elementos, los cuales bastaron para henchir el tesoro de la metrópoli, no han vuelto a tomarse determinaciones serias para perseguir a los salvajes guerreros del norte, quienes tantas y tan incontables víctimas han hecho en nuestras poblaciones. En efecto, las expediciones de jefes sagaces y experimentados sujetaron al dominio del gobierno la vastísima región comprendida por los Estados de Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila, Texas, Durango, Chihuahua, Sonora y California: área de millares de leguas de terrenos fértiles y abundantes en toda clase de riquezas naturales. La agricultura, la ganadería y la minería alcanzaron en poco tiempo un estado floreciente. Consumada la Independencia, pero especialmente después de la guerra con los Estados Unidos, que vino a desmembrar más de la mitad de nuestro territorio, y quizá la parte más rica, nada se ha hecho para asegurar de manera definitiva el bienestar y tranquilidad de nuestros pueblos ante las amenazas de los bárbaros o ante otra clase de invasiones... La frontera ha estado abandonada a sus propios esfuerzos, las más veces insuficientes.

El Diario de Operaciones está lleno de hazañas anónimas, de percances y privaciones. Allí los exploradores perdidos en la niebla; las huellas que de repente se interrumpen misteriosamente; las señales hechas en los magueyes por los apaches que huyen hacia el valle de los Hechizos, señales con que se comunican la alarma, así como las fogatas y humaredas. Hay estrechas cañadas donde apenas puede pasar un hombre solo, siempre expuesto a ser cazado por los centinelas enemigos; hay fugas por los

* Vito Alessio Robles, *Bosquejos históricos*, México, 1938, p. 226

vados del río Bravo hasta el territorio extranjero; hay escalamientos atrevidos como el de la Sierra Encantada; accidentados tránsitos por lugares que suenan a legendarios: Vado del Kikapú, Arroyo de la Zorra, Aguaje del Tulito, del Caballo, de la Parida, la Costura, río Pecos, la Espuela, el Cerro del Mosco, Arroyo Cíbolo, Vado del Moro, Pico Etéreo, Cañón de la Espada, Sierra del Burro, Cañón de los Cojos, Los Ciruelos, Puerto de la Gorriona, Loma del Desayuno.

Entramos en terrenos desconocidos, que el alfabeto visitaba por primera vez y que eran todavía una sombra gris en la Carta General de México publicada en 1863, terrenos a los que se iba bautizando conforme se penetraba en ellos, como Tinaja Bonita, Piedra Blanca, Jardín, Jaboncillos, etcétera. Palpita en estas páginas una mezcla de arrojo y curiosidad científica del explorador. Se rectifica la noción corriente de que aquellas zonas sean del todo inhabitables, estériles o desprovistas de agua. Pero sin negar que, en el abandono actual, haya trechos áridos donde, en efecto, se agotaban las botas, y había que aplacar la sed masticando la planta jugosa llamada *huapia*. Por las tierras no holladas, se abrían nuevos atajos. Se bajaba a veces por laderas tan pinas, que era indispensable desmontar y tirar de la cabalgadura.

Tampoco faltan consejos sobre la forma y manera en que ha de desarrollarse la guerra contra los salvajes, y las precauciones indispensables respecto a agua, acémilas, caballos, centinelas y escuchas; así como la conveniencia de atacar siempre por sorpresa y, a ser posible, a la madrugada. Averiguamos a este propósito que la gente del campo divide la noche en cuatro porciones: *prima* (6 de la tarde a 9 de la noche); *nona* (9 a 12 de la noche); *modorra* (medianoche a 3 de la mañana); y *alba* (de 3 a 6 de la mañana).

Arzate y Colorado eran caciques de un conjunto de tribus establecidas originariamente en Sabinas bajo Vidaurri, despojadas por Maximiliano, y que reaparecen a la caída del Imperio.

Son los hombres diestros jinetes, muy aficionados a las partidas de "conquián", muy dados a la embriaguez y singularmente feroces. Flores describe los tipos étnicos con especial cuidado, y da cuenta pormenorizada de sus costumbres, sus artes de cazadores, curtidores, ganaderos y hasta agricultores; sus comidas de cecina secada al sol o al fuego; su gusto por el tabaco; la indolencia masculina en aquel su remedo de hogar polígamo, donde las mujeres trabajan para su señor, confeccionando tal vez pastas de dátiles: la combatividad de las hembras que acompañan a su compañero en los encuentros armados, llevándole rifles, lanzas o arcos. Adoran al Capitán Grande y lo confunden con el sol. Tienen hechiceros y profetas. Usan amuletos protectores. Perseguían al oso negro, al leopardo, al tigre, al venado, al bura, al berrendo, al jabalí, al bisonte o cíbolo... y al hombre. Huían de la boa, el cascabel, el *pichicuate*, el coralillo y otros reptiles dañinos. El águila surcaba sus cielos; el ceniztle y el jilguero alegraban sus tupidas selvas.

Vestían *mitaza* o pantalón ajustado de gamuza, con un fleco a toda la costura; camisa de algodón cerrada en los puños y el cuello, y encima, el *coletto* de gamuza cuadrada, con ese agujero para la cabeza que en México llamamos impropriamente bocamanga. El coletto, ya suelto o bien ceñido con cinturón, muestra unos signos rojos que figuran toscamente soles y lunas, o cabezas de animales más o menos quiméricas. Calzan *thelmas*, también de gamuza, con tiras por el empeine y cierre del talón. Estas largas tiras no son un

mero adorno; sirven para borrar la huella. Las mujeres sólo se distinguen por el faldellín, y el mayor arreo de abalorios y chaquira bordada.

Todos cuidan esmeradamente su larga y negra cabellera que, partida por el medio, cae sobre los hombros, salvo dos cadejos que encuadran el rostro y cuelgan sobre los carrillos. Se pintan la cara de rojo y simétricas rayas negras. Usan collares pulidos de huesecillos blancos, pulseras y brazaletes, y arracadas de plata. Una trencilla, en lo alto del cráneo, sujeta el penacho de plumas de águila.

Las magníficas carabinas de caza, con que se familiarizaron desde principios del siglo XIX y que adquirirían en los mercados de Río Colorado o Angelina, habían sido ya suplantadas por rifles modernos de repetición; pero nunca abandonaron la lanza y el arco, cuyas flechas arrojaban a intervalos de diez segundos. Su arma defensiva era una rodela o *chimal* -varias capas de cuero crudo y diámetro de 45 cm.-, algo cóncavo y con presilla para el antebrazo izquierdo, dejando libre la mano al manejo de arco o rifle. El *chimal*, suficiente para atajar las flechas, o aun las balas de pólvora pobre -proyectiles de los viejos fusiles de percusión- comenzaba a ser un lujo, quién sabe si un estorbo.

Los dialectos variaban un poco según las tribus. Mientras el comanche es suave y claro y ya se lo había reducido a la escritura, el propiamente apache era gutural y chillón, grito de pájaro silvestre. El lipán, de palabras cortas, era un chorro de aspiraciones sólo interrumpido por las pausas respiratorias. Pero los mezcaleros lograban articularlo y se completaban con la mímica. Los seminole y mascogos, sin perder su

arcaico lenguaje, usaban ya indistintamente el español o el inglés. Los kikapús hacían una vocalización fluida en que deslizaban consonantes, transformando la *b* y la *v* en *p*, y la *r* en *n*.

17. DE SONORA A NUEVO LEÓN

HEMOS hablado de los apaches, primera fase del complicado problema con que Reyes se enfrentaría en Sonora, el año de 1882. La segunda fase - anunciamos- era la pugna entre el triunvirato Torres-Corra-Izabal y los grupos de Ortiz, Serna y Maytorena. El triunvirato tenía un embajador influyente ante el presidente González en la persona de Carlos Rivas. Tal pugna estuvo a pique de provocar una situación anárquica; instante crítico en que mi padre sostuvo la balanza y evitó un desbarajuste social. El Estado supo agradecerse, pero por acá en el centro comenzaron a inquietarse ante la incontenible ascensión de aquel nuevo astro por el noroeste del país y ante sus actitud de defensa de los yaquis y mayos desposeídos.

Sucede, pues -y aquí se enlazan la primera y la segunda faz del problema-, que el gobernador Carlos Ortiz, hombre impetuoso, comenzó a hostilizar a los indios yaquis y mayos. Éstos, aunque fuera de la obediencia oficial, vivían en paz con las autoridades y los vecinos. La gente de Ortiz fue rechazada. Los indios, si bien vencedores, se abstuvieron de salir de sus comarcas y manifestaron su respeto a Reyes, jefe de las fuerzas federales. El gobernador impuso préstamos, levantó tropas por su cuenta y alarmó inútilmente a la población. Guaymas y Hermosillo se rebelaron. El gobernador Ortiz fue depuesto. El jefe federal, Reyes -plenamente apoyado en este conflicto por el presidente González-, lo hizo escoltar hasta la frontera de los Estados Unidos para evitar mayores violencias, y cuidó de que recibiera el poder regularmente el gobernador interino designado por la Legislatura de Sonora. Pero la hostilidad desatada contra el yaqui y el mayo no pudo detenerse ya.

El triunvirato y algunos amigos de González, sostenidos por el ministro Carlos Pacheco, habían creado una compañía deslindadora para negociar con los terrenos baldíos. Su primer paso había sido el despojar a los indios yaquis y mayos, causa de anteriores disturbios. El Gobierno Federal ordenó sostener a las negociaciones por medio de las armas. Mi padre presentó un plan para resolver con ecuanimidad el conflicto y se ofreció a pedir su baja, si se le ordenaba atacar a los indios. Hizo notar los eminentes servicios y la noble índole de aquellas castas -verdadera guardia de frontera-, amén de su pacífica y tradicional posesión de los dominios que ocupaban. La opinión comenzó a excitarse. Hubo manifestaciones en Sinaloa, en Sonora y Baja California. Algún orador calificó al general de "Bayardo Mexicano". El Gobierno Federal consideró conveniente llamarlo a México.

Allí recibió ofrecimientos para que participase en el negocio de los despojos, que él desairó con indignación, enviando sus padrinos al emisario cortesano. El desairado sólo sabía herir por la espalda. Comenzó a incubar un rencor que se volvió con los años todo un mecanismo de ataque por parte de los llamados "científicos" y aquí no hay que inculparlos a éstos, pues sin duda la mayoría ignoraba el origen mismo de esta campaña y su grupo aún no se organizaba siquiera. Pacheco mandó a llamar a Reyes; no consiguió doblegarlo. Y, como no era ciego, declaró después: "Este muchacho es un valiente y un hombre de honor, pero no está de nuestro lado." En ocasión anterior, había llegado a llamarlo "el soldado del porvenir". El presidente González, que era generoso, prefirió encargar a mi padre de la 6ª Zona Militar con cabecera en San Luis Potosí, pero inauguró la Guerra del Yaqui.

Tal como he dicho, es éste uno de los lejanos orígenes del rencor contra mi padre, más tarde organizado en la campaña de los llamados "científicos". El otro está en la pacificación de Coahuila contra Garza Galán (1893), donde se selló su amistad con los hermanos Jesús, Emilio y Venustiano Carranza, y con el padre del general Urquiza, secretario de la Defensa Nacional bajo la Presidencia Ávila Camacho.

Entre el 12 de marzo de 1883 y el año de 1885, mi padre permaneció en la jefatura de la 6ª Zona Militar. Tampoco podían faltarle sinsabores. Los hermanos Díez Gutiérrez se alternaban en el gobierno y estaban hechos a disponer de los jefes militares para sus fines políticos. Además, el año de 1884, estalló, por el oriente del Estado, un alzamiento, sofocado con rapidez, que pudo llegar a ser grave.

Porfirio Díaz, tras el interregno de González, reasumió la Presidencia de la República el 30 de noviembre de 1884, y pronto vio la necesidad de enviar al norte un militar que fuera también diplomático. A mediados de octubre de 1885, mi padre entraba en Nuevo León.

18. INCIPIT VIT A NOVA

EN AQUELLAS horas de desaliento, cuando el joven guerrero creyó perder la confianza de sus jefes, las manifestaciones de caluroso afecto que recibió tanto del pueblo como de la Presidencia le devolvieron el ánimo perdido. "Renuncio -vino a decir- a mis peticiones de retiro y baja. Deseo que se presente otro caso como el de Villa de Unión en que pueda yo mostrar mi lealtad."

No se presentó más este caso. Pero, como ha dicho un biógrafo, cuando mi padre contemplaba, en conjunto, su obra en el occidente de la República sin contar ya con las hazañas de su primera juventud en contra de la invasión extranjera y, luego, del desenfreno anárquico, podía enorgullecerse de haber contribuido al bienestar de Sonora, haber dejado un buen consejo que pudo evitar la Guerra del Yaqui, haber ejercido una saludable tutoría contra los arrebatos de la demencia, y haber limpiado de apaches toda la región que tenía bajo su guarda.

Tras la relativa calma de San Luis, se abría a sus ojos, en Nuevo León, la obra verdadera y fundamental de su vida. Cuando ya el destino parecía agotado, aún reservaba nuevas y mayores sorpresas.

Cierto, como para los héroes de la tragedia antigua, tanta grandeza acabaría en dolor y despertaría las cóleras y las envidias olímpicas. También las humanas.

Algunos disfrazan su animadversión para aquella memoria bajo la capa de la censura política contra el

desvío del último instante. La suerte les ha dado un fácil pretexto, y se apoderan de él codiciosamente. Yo siempre he creído que la causa es otra; que aquí obra la incapacidad de admirar, flaqueza connatural de los humanos corazones. Pocos saben consolarse de no haber sido convidados al banquete en que se celebran las bodas de la Inteligencia y el Denuedo. ¿Pues no fue así como la Discordia arrojó un día su manzana? Aun de muy lejos, aun a distancia de siglos, hay quienes no logran dominar el resquemor y el resentimiento contra los privilegiados de la naturaleza. Y ciertamente, aquel extraordinario varón -hermoso por añadidura- era, además de sus virtudes públicas y su valentía y su pureza, un temperamento de alegría solar, una fiesta de la compañía humana, un lujo del trato, un orgullo de la amistad, una luz perenne y vigilante en a conciencia de los suyos. Diremos con Jorge Manrique: "No dejé tesoros, riquezas, ni vajillas."

En cambio:

¡Qué amigo de sus amigos!
 ¡Qué señor para criados
 y parientes!
 ¡Qué enemigo de enemigos!
 ¡Que maestro de esforzados
 y valientes!
 ¡Qué seso para discretos!
 ¡Qué gracia para donosos!
 ¡Qué razón!
 ¡Qué benigno a los sujetos,
 y a los bravos y dañosos,
 un león!

DIVAGACIÓN DE OTOÑO EN CUERNAVACA

REPITIENDO un poco lo que tengo dicho por ahí, voy a contar una breve historia: la historia del mundo, desde los orígenes hasta nuestros días. Cuando hayamos llegado al Nuevo Mundo, nos detendremos algunos instantes para averiguar lo que nos conviene hacer con América, este pedazo de planeta que nos ha tocado.

Dios creó el mundo en seis días y descansó el séptimo, de modo que inventó la semana. Para pasar el *week-end* no sabemos cómo se las arregló. Ahora, según dicen, pasa el *week-end* en Cuernavaca, que posee un clima privilegiado. Algunos habitantes de México y algunos visitantes del país vecino son de la misma opinión que Dios. Llegan a esta ciudad el viernes o el sábado de mañana, y el lunes ya están de regreso en su casa, entregados a sus habituales ocupaciones y aburrimientos.

Una vez lanzada la Creación, en las seculares evoluciones de la materia cósmica, la masa solar se dejó un día barrer por alguna fuerza misteriosa y desprendió de sí, como esas burbujas de jabón que se echan a volar con el soplo, una ronda de planetas. El nuestro, la Tierra, dicen que ha estado girando y buscándose a sí mismo desde hace varios miles de millones de años. Entre los animales que lo iban poblando, porque ya se sabe que todo edificio abandonado a sus propias fuerzas cría animales, hubo - hace acaso un millón de años- un lemúrido que se descolgó de la cola, se bajó de un árbol y decidió enderezarse, sentándose y al fin parándose sobre sus

patas traseras. A partir de ese instante, comenzó a contemplarlo todo a su alrededor, a mirar de lejos y a orientarse (origen de la conducta moral), y entonces el sentido del olfato, que antes le servía de brújula por los caminos de la vida, vino a ser sustituido por otro sentido más precioso y de mayor dignidad: el de la vista. Se desarrollaron las manos, el pulgar se volvió oponible; así se hizo el hombre.

Pero la Biblia nos cuenta la historia en una síntesis poética que muchos prefieren a las explicaciones de la ciencia evolucionista. Dios -nos dice- creó al hombre directamente, amasando el barro del suelo. Después, fabricó a la mujer con una de las costillas del hombre, reducida a oficio de plastilina. Cuando la pareja, por su desobediencia (desobediencia de que nació todo el destino humano) fue expulsada del Paraíso, entonces empezó la Historia. Pues en el Paraíso todo se daba gratis y no había necesidades. La Historia es hija de la Necesidad. El primer paso de la pareja humana tuvo que ser una doble obra de persuasión o domesticación. A espaldas de la pareja, se hallaba el iracundo Arcángel con la espada de fuego; frente a ella, la naturaleza feroz, las bestias, el lobo. Había que combatir en dos frentes, y la pareja humana comenzó por convertir al terrible Arcángel vengador en el dulce conductor de Tobías, y al lobo en ese sumiso y fiel amigo del hombre que es el perro. Aquí empezó la Historia.

Las etapas de la Historia bien pueden resumirse así: la edad del fuego, la edad de la agricultura, la edad de las ciudades y, por último, la edad de la ciencia, en que ahora vivimos. Aunque la edad de la ciencia venía preparándose desde antes de los griegos, pues su origen se confunde con los albores de la curiosidad intelectual, de cierto modo esquemático podemos

decir que la edad de la ciencia asume su carácter ya inconfundible hacia el siglo XVII, cuando se establecen los métodos capaces de conducir sistemáticamente a la investigación y al descubrimiento. Hace poco más de siglo y medio, esa aceleración de los hechos que podemos considerar como el síntoma de la Historia -pues en la Prehistoria nada pasaba o siempre pasaba la misma cosa- se resuelve en un ensanche de todos los órdenes de la acción y del pensamiento humanos. Hoy por hoy, en estos últimos años, las fronteras, en todos los sentidos -o mejor, los orígenes de las cosas- parece que se van alejando. Jean Rostand lo ha explicado muy claramente. El universo es más vasto de lo que un tiempo se pensaba; la Tierra, más vieja; el hombre, más antiguo. El ensanche no sólo afecta al tiempo y al espacio. Hay también un ensanche cada vez que aparece una nueva noción, cada vez que surge un poder nuevo. La matemática se ensancha con la anexión del transfinito; nuestro ser espiritual, con la exploración de la subconsciencia; la técnica, mediante la cibernética o pensamiento mecánico y mediante la física nuclear. El hombre mismo empieza a aumentar el dominio de su propia configuración: se mudan los sexos; se prestan de uno a otro hombre elementos del cuerpo humano mediante injertos apropiados, como si se tratara de muebles, autos o alhajas, a tal extremo que la idea de la persona parece perder su integridad natural, lo que tanto comienza a inquietar a los teólogos como a los juristas. Se pretenden aumentar algún día la eficiencia intelectual provocando cierta leve asimetría en los hemisferios cerebrales. Todas las disciplinas parecen volverse más profundas y más complejas. A tal punto, que algunos tienen ya miedo ante el desarrollo de la ciencia, pues como observó hace mucho Francis Bacon, en fórmula imperecedera que debiéramos recordar constantemente, "la ciencia, si se la absorbe

sin el antídoto de la caridad, no deja de ser un tanto maligna y venenosa para el espíritu". Y hoy piensan algunos, en efecto, que como decía Paul Langevin la justicia se halla en retardo con respecto a la ciencia.

No sabemos lo que nos prepara el porvenir. Sabemos, sí, que los progresos pueden ser previsibles hasta cierto punto, si consideramos con humildad nuestros principios científicos, no bajo la perspectiva de los sueños y las ambiciones, sino por el revés del antejo, bajo la perspectiva de los límites con que tropezamos, al menos hasta ahora. Pues los principios científicos son frecuentemente principios de impotencia, barreras.

Pero no nos perdamos en consideraciones técnicas que nos llevarían muy lejos. Volvamos al concepto de los ensanches, y apliquémoslo a un fenómeno mucho más tangible y de bulto: los ensanches geográficos. Ninguno más trascendental, sin duda, que el Descubrimiento de América, cuyas consecuencias todavía no se han agotado, porque todavía estamos "haciendo a América".

Los antiguos siempre sospecharon que hacia el Occidente, la región de la noche, la Tierra escondía algunos secretos. Los poetas soñaban con el reinado feliz del viejo Cronos, con estrellas nuevas, con escenarios maravillosos, como el de las Islas Bienaventuradas, donde todo se daría gratis; de modo que el sueño de la Edad de Oro, que Hesíodo situaba en el pasado, parecía situarse en el porvenir. Atisbos y adivinaciones, el furor humanístico del Renacimiento y los apremios comerciales parecían ya exigir el descubrimiento del Nuevo Mundo antes de que éste aconteciera. Un buen día los turcos se apoderan de

Constantinopla, cortan el camino de las mercaderías asiáticas rumbo a Europa; y entre otras cosas reducen la dieta europea, privándola momentáneamente de las especias. Sobreviene la conspiración de las cocinas y, por buscar un nuevo camino hacia el país de los condimentos, se da inesperadamente con América.

Ya hemos, pues, descubierto a América. ¿Qué haremos ahora con América? La mente humana, incansable en sus empeños hacia la conquista del bien social, empieza entonces a imaginar, en el orden teórico, utopías y repúblicas perfectas, a las que pudieran servir de asilo las nuevas regiones llenas de promesas; y en el orden práctico, a plantear empresas de ensanche político y religioso que no cabían ya en los límites de la vieja Europa. El alma humana se asusta a veces de su misma fuerza de idealidad, busca pretextos prácticos. Cuando Alejandro el Grande abandona sus empresas helénicas y panegeas y se alarga hasta las riberas del Ganges, no sabe ya bien lo que quiere: es un poeta de la conquista, está loco. Para no enloquecer de misticismo y de anhelos abstractos, los descubridores, los conquistadores, los colonos de América se dedican a la explotación a veces inicua de las colonias, y los domina el afán de enriquecimiento inmediato. Pero, por encima de todo ello, el ideal se ha puesto en marcha.

A partir de ese instante, entre las vicisitudes históricas, las vacilaciones, las contradicciones y los errores pues la vida no procede nunca en línea recta, América va apareciendo, a los ojos de los filósofos europeos y de los capitanes espirituales del Nuevo Mundo, como un escenario posible para los intentos de felicidad humana, para las nuevas aventuras del bien (aventuras que, de paso, confesémoslo, el mal aprovecha con

frecuencia). Lo mismo los misioneros religiosos de Iberoamérica que los padres peregrinos del Norte sueñan con modelar en nuestro Continente un mundo social sin compromisos con las equivocaciones hereditarias que el Viejo Continente se ve obligado a arrastrar consigo. Y ya en nuestros días, ante los desastres de Europa, América cobra el valor de una reserva de esperanzas. Su mismo origen colonial, que la obligaba a buscar fuera de sí misma las razones de su acción y de su cultura, la ha dotado precozmente de un sentido internacional, de una elasticidad envidiable para concebir como cosa propia el vasto panorama terrestre en especie de unidad y conjunto. Entre la vasta homogeneidad del orbe ibérico y el orbe sajón americano -los dos personajes de nuestro drama- la sinceridad democrática puede y debe officiar de nivelador, rumbo a la concordia u *homónoia* que decían los griegos. Las naciones americanas no son entre sí tan extranjeras como las naciones de otros continentes. Hace más de medio siglo que hemos aprendido a juntarnos para discutir y resolver cuestiones que a todos nos afectan, con una naturalidad y facilidad que nunca se han dado en Europa. Y las diversidades lingüísticas entre el español, el portugués, el inglés y el francés (las lenguas de nuestro Continente) no son una muralla infranqueable, si no unas redes permeables, dados los recursos actuales de la cultura y de la enseñanza.

Cuernavaca, 14-IX-1956.

American Literary Agency de Nueva York (Cadena A. L. A.), X-1956.

ÉRASE UN PERRO

POR la terraza del hotel, en Cuernavaca, como los inacabables mendigos y los insolentes muchachillos del chicle, van y vienen perros callejeros, en busca de un bocado. Uno ha logrado conmoverme.

Es un pobre perro feo, pintado de negro y blanco, legañoso y despeinado siempre. Carece de encantos y de raza definida, pero posee imaginación, lo que lo enaltece en su escala. Como el hombre en el sofista griego -fundamento del arte y condición de nuestra dignidad filosófica-, es capaz de engañarse solo.

Se acerca siempre sin pedir nada, a objeto de que la realidad no lo defraude. Se tiende y enreda por los pies de los clientes, y así se figura tener amo. ¿Algún puntapié, algún mal modo, alguien que lo quiere echar de la terraza? El perro disimula, acepta el maltrato y vuelve, fiel: nada solicita, sólo quiere sentirse en dependencia, en domesticidad humana, su segunda naturaleza.

Los amos no son siempre afables, pero él entiende; los tiempos son duros, la gente no está de buen humor, los países andan revueltos, el dinero padece inflación, o sea que el trozo de carne está por las nubes. Toynbee diría que cruzamos una "era de tribulaciones" (*age of troubles*), algo como haberse metido en una densa polvareda. El perro entiende. Por lo pronto, ya es mucha suerte tener amos, o forjárselos a voluntad.

A veces, una mano ociosa, a fuerza de hábito, le acaricia el lomo. Esto lo compensa de sus afanes: "Sí - se dice meneando el rabo-, tengo amo, amo tengo."

Hay algo todavía más expresivo cuanto a la ilusión del pobre perro, y es que se siente guardián del hotel, y gruñe a los demás perros y los persigue para que nadie moleste a sus señores ni mancille su propiedad.

Así, de espaldas a sus semejantes, sentado frente a su humana quimera, alza la cabeza, entra en éxtasis de adoración -y menea el rabo. (¿La "servidumbre voluntaria"?)

Novedades, México, 27 de diciembre del 1953.

CUERNAVACA

HABITUADO a viajar por necesidad y por afición, cuando José Dorantes volvió a nosotros, tras de vivir varios lustros en el extranjero, resolvió emprender las aventuras del peregrino en su patria. La verdad es que no se había alejado antes de conocerla realmente, pues su infancia y su primera juventud discurrieron en el claustro de la vida escolar. Además, la ciudad de México, donde ahora se concentraban los intereses de su trabajo, le resultaba fatigosa, no tanto por la decantada altitud, cuanto por ser asiento, cuando lo son siempre las capitales, de la "sofistería" literaria y el chismorreó político, plantas viciosas que singularmente crecen en los focos de los pueblos centrífugos. El gran vuelco operado en el país durante su ausencia, efecto del tiempo y de los cambios revolucionarios, disimulaba a sus ojos ciertas condiciones nacionales que él quería considerar como características y permanentes. Tal vez encontraría en la provincia aquella dulce cortesía mexicana, tan ponderada por los antiguos y que los contemporáneos tanto echaban de menos, la cual se adulteraba visiblemente en la gran ciudad. Aquí la celeridad de la existencia contemporánea y los vaivenes entre las capas sociales parecían revolverla un poco. José Dorantes recordaba con una sonrisa cierta máxima que oyó en labios del canciller argentino Saavedra Lamas: -Las capitales desvían el diagnóstico...

Por fortuna, el desarrollo de las carreteras y el recurso del automóvil -pues los ferrocarriles sólo eran ahora un último recurso- permitían recorrer la tierra en muchos sentidos con relativa seguridad, a pesar del vago bandolerismo endémico, rasgo folklórico en toda

región bañada por la sangre de Hispania fecunda; y el aeroplano abreviaba ya las distancias para los puntos cardinales: Mérida, Monterrey, Veracruz y Acapulco.

En sus días de la Escuela Preparatoria, por ejemplo, el viaje al Desierto de los Leones, que hoy es cuestión de minutos, resultaba una excursión atlética para fin de semana, y suponía una cadena de peripecias: tranvía eléctrico de México a Tacubaya, hoy región absorbida como un barrio más de la capital; tranvía de mulitas entre Tacubaya y Santa Fe, donde en el camino, conductor, cobrador y viajeros solían bajarse del vehículo para perseguir conejos a pedradas; y luego un buen trecho de marcha a pie que no dejaba de ser penoso, y más si se considera que había que cargar con mochila o bolsa de bastimentos para comer en el campo. Y todavía era menester pernóctar entre las ruinas del Convento de Cuajimalpa, a fin de disfrutar un poco el aire silvestre, perfumado de pino y cedro, y recobrar fuerzas para el regreso.

La literatura popular y la culta han consagrado la memoria de estas etapas. Por cuanto al pueblito de Santa Fe, hay por ahí una retahíla poética que dice:

Salí de México un día
camino de Santa Fe,
y en el camino encontré
un letrado que decía:
"Salí de México un día
camino de Santa Fe,
y en el camino encontré
un letrado que decía:..."

(y el motivo se repite aquí inacabablemente).

Y por cuanto al convento franciscano de Cuajimalpa, centro de alguna vieja industria vidriera, de que todavía quedaban huellas hace unos años, ahí aconteció cierta aventura, contada por Amado Nervo, entre los próceres de la generación modernista: Jesús Urueta, con la complicidad del escultor Contreras. Se disfrazó de fantasma nocturno, y anduvo toda una noche, tentando a Balbino Dávalos, quien, entre burlas y veras, se entregó al engaño de creerse atraído por una aparición de ultratumba. Y todavía hay que añadir, para uso de los que un día levanten la carta geográfica de la poesía mexicana que, al menor descuido, el viaje de regreso a pie -como le aconteció una vez a Dorantes en compañía de Acevedo, Vasconcelos, Henríquez Ureña y otros jóvenes de la generación del Centenario- nos mete por el volcánico pedregal de San Ángel, donde la heroína de Gamboa, tan Santa como pecadora, cayó en los brazos del sargento,

dejando su cuidado
entre las azucenas olvidado.

Uno de los sitios que primero atrajeron la curiosidad de José Dorantes fue Cuernavaca, a unos setenta y cinco kilómetros de la capital. Viaje cómodo y cómoda estancia. Buena carretera que, antes de trasponer el Ajusco, deja ver el panorama de México y Xochimilco, el valle y el espejo de los lagos, cruza las alturas desde donde se divisa Topilejo -pueblo incorporado también a la geografía literaria por cierto testimonio del indio Juan Peña- y, más allá de Tres cumbres o Tres Marias, levanta en un humilde tablar de cruces, otro testimonio más melancólico de nuestras vicisitudes políticas, único incidente que perturba la amenidad de la excursión.

Alternan con los bosques las llanuras de Zacatán, donde los turistas del Norte aseguran que hay una riqueza perdida en celulosa, tan útil para las industrias de guerra. Y luego aparece, abajo, la ciudad ya tibia y de discreto aire tropical, de cielo denso y respiración gustosa, en que alguna vez soñó Cortés instalar la capital de sus conquistas y donde erigió un palacio en cuyos frentes murales se ven hoy los frescos acusatorios de Diego Rivera: la lucha desigual de indios y españoles, los héroes regionales, el caudillo Morelos con trazas de autorretrato del artista, el jefe agrarista -Zapata sombrero, ojazos, bigotazos y machetote- junto a su precioso caballo blanco, que es un juguete con piernas de mujer. Aquí también quedan los despojos de la mansión y jardines en que buscaba esparcimiento el infausto Maximiliano, que quiso jugar a la invasión y al imperio, figurándose que la historia podía hacerse sin sangre.

Cuernavaca, durante la era porfiriana, vivía su lento sueño, levemente agitado en la superficie por las fundaciones de los mormones norteamericanos que se establecieron entre los alfareros del Salto de San Antón, dando, desde entonces, un toque de sensualidad a la provincia. La sensualidad, entonces casta, luego se matizaría con sabores perversos, cuando los prohombres revolucionarios y los nuevos ricos trasladasen a Cuernavaca su vida de orgía y de boato, cuando los turistas del Norte, establecieron allí su campamento, más o menos provisional, de asueto, de extravagancia, de desquite contra la morosidad puritana de sus costumbres nativas, o cuando la marejada internacional de naufragos de la guerra llevara hasta allí el relajamiento de su exasperación y de su aventura.

Tierra típica y de color local, por su sustancia comienzan a correr morbos extraños. El pueblo es hoy relativamente manso, porque acaso aplacan su sed la sed de tierra, vino y sangre de que ya hablaba hace cerca de un siglo el humanista García Icazbalceta, natural de la zona, ciertas conquistas institucionales, el dinero del turismo y el trato mayor con gente de diversas naciones. La paciente conscripción militar disciplina un tanto a los muchachos, los viste de limpio y los somete a la vida reglamentada de los grandes carteles construidos a las puertas de la ciudad. Pero sobre la población auténtica flota la nube exótica del party, el cabaret y el cocktail. El juego, desterrado ya de la Selva, se refugia en las residencias suntuosas de los nuevos barrios, en las terrazas de los hoteles. Los chicos piden limosna en inglés. Los diplomáticos extranjeros que han elegido aquel sitio para su retiro andan de guayabera y huaraches. Los espías y prófugos de Europa montan en silla vaquera y alternan con los jinetes populares en fiestas de septiembre. Las morenas de por acá se cuelgan adornos de plata, fabricados en Tasco al gusto de los Estados Unidos. Las rubias de por allá tejen en el peinado los estambres de colores de nuestras indias, y visten la blusa deshilada y la falda de colorines, ancha y ampona. Los refugiados españoles trajeron su aportación de alpargatas, los vástagos ya vencidos de la antigua aristocracia hispano-mexicana, se abandonan a la disipación. Los astros y las estrellas de Hollywood encontraban aquí, hasta hace poco, un fácil divorcio. Y de esta pequeña Babel va naciendo una mezcla de modas y maneras digna de la atención del sociólogo. Es esto un islote de gente que escapa de la vida: aquí se esconden los irregulares del sexo; los jóvenes que huyen el deber militar; los espías que han decidido no espiar nada, sino disfrutar simplemente su breve tránsito en la tierra; los cardíacos de la capital que han

renunciado a la lucha; los que no quieren saber nada del mundo ni sus turbulencias; los monjes de la voluptuosidad; los últimos individualistas.

No se imagina, quien visita por primera vez esta ciudad, la cantidad de sorpresas que ella esconde en su seno, bajo su apariencia de ciudad campesina. Junto a las artes populares, la industria de estampados ingleses. Junto al candor provinciano, los islotes refinados del vicio: *ces menus plaisirs qu'on appelle péchés*, dice Colette. Museos privados como la casa de Morrow, al lado de tascas miserables, o como la de Conway, que custodia verdaderos tesoros de la herrería mexicana en un parque de pasto inglés adornado con piedras arrancadas al puente de Londres. Pistas de golf únicas por su comodidad y belleza, y a poco andar, humildes carpas de artistas trashumantes, cuna acaso de algún futuro Cantinflas; ferias de humilde tiro al blanco, caballitos, comercio de chácharas y puestos de cacahuete. Los mariachis o murguistas de casa y al lado, la exótica plaga de máquinas musicales, orquestrolas o sinfonolas, y los afrentosos mugidos de los megáfonos que anuncian un viaje al ingenio azucarero de Zacatepec, a la pirámide del antiguo reino independiente del Tepozteco, o a las grutas de Cacahuamilpa. De pronto, dos calles más allá, el silencio, el patriótico silencio de nuestros poblados rurales. Después, la selva cruzada de rumores acuáticos, de cantos en falsete, de ladridos errantes, de rechinar de norias: en suma la soledad sonora.

De momento, no hay más que el 93 -le dijeron-. Es un cuarto pequeño como una celda, pero aislado por pasadizos y terrazas, con mucha luz y vistas al campo.

Pues me quedo con el 93.

Y la casualidad resultó ser la elección más sabia, pues el 93 no dejaba nada que desear. El hotel todo era un acierto del desorden. En vez de ese aire de penitenciaria, con células distribuidas en crujiás simétricas, que suelen tener los hoteles trazados según las reglas, donde la misma unidad de las perspectivas interiores hace perder el sentido de la orientación, éste había sido construido sin plan, por aditamento sucesivo de pisos, cuartos y pabellones, de suerte que ofrecía constantes sorpresas y cada departamento tenía su atractivo propio y era diferente a los demás. Edificado en un alto de aquel terreno irregular, en que a veces, las calles parecen suaves escaleras, la fachada está al nivel de la plaza Morelos y en el fondo hay que bajar dos pisos para llegar al jardín y la piscina. Y mientras en el piso que da a la calle se está en el centro de la ciudad, en el tercer piso se tiene la impresión de encontrarse en mitad del campo, por donde la vista se extiende espaciosamente sobre los aleros y tejados del primer término. Las masas de verdura corren hasta las montañas que rodean el horizonte. Se ve bajar la tempestad desde las cumbres septentrionales. Se oye el palpar de la locomotora. Por la noche, cintilan de tiempo en tiempo los faros de los autos que vienen de México haciendo esos por la cuesta. Sobre el vientre de ladera, como una cicatriz cesárea, se divisa la raya recta del tajo por dónde ruedan los maderos desde la cima al valle.

El hotel es un inmenso barco irregular montado en una ola de tierra y en la proa, el 93 se adelanta, alto y solitario, como camarote del capitán junto al puente de comando. Lugar apetecible para el que quiere estar a solas ante la naturaleza, leer en voz alta, hablar consigo mismo. Y con sólo descender, ya estamos de nuevo entre la fauna humana, entre las mesas de la galería que

se extiende por la fachada, entre las maletas y los viajeros, los mendigos y los vendedores ambulantes de sarapes, brazaletes y baratijas. El nombre del hotel Marik, nos recuerda que el viejo escandinavo Erik - gran aficionado a las orquídeas y coleccionista de pinturas- se enamoró de la negra Mary y fundió en uno de los dos nombres, así como quiso fundir las dos sangres. Erik dejó a Mary la herencia. Pero hubo pleito, y al fin se quedaron con el hotel las hijas legítimas de Erik, anteriores a su pasión senil, Bárbara y Carmencita.

El 93 consta de dos partes -alcoba y baño, aquella diminuta, éste espacioso- y queda abrazado al poniente y al sur por los corredores que lo separan de las demás habitaciones, mientras al norte y al este se abren dos terrazas espléndidas. Y el cuarto disfruta de dos ventanas tan bajas que casi se siente uno al aire libre. La terraza del norte, donde dan las ventanas, domina los pabellones bajos del interior, el tanque y jardines, las casas, las iglesias, la entrada de la población, los cuarteles, la carretera; la terraza del este donde da la puerta, deja ver el sol naciente, junto al Popo y al Izta, y más acá, las caprichosas bambalinas de roca de Tepoztlán. El sol, abriendo por la mañana la puerta, llega hasta la cama.

Los volcanes, transparentes a la madrugada, cuando los poderes de la tierra, iglesias y cuarteles, dejan oír los primeros toques de campanas y de clarines, se dejan ver poco a poco envueltos en un fulgor de azafrán, manchado de nubecillas negras y cruzado de bandas azules en abanico. El disco dorado asoma al fin. Las nubes se amontonan entonces y hacen desaparecer los picos nevados, que sólo vuelven a descubrirse entre los últimos celajes de la tarde, con los rayos horizontales

que les envía la gloria del poniente. Siempre igual y siempre cambiante, el drama del amanecer y el anochecer vale por sí solo, visto desde aquel aéreo balcón, la estancia en Cuernavaca.

La decoración del Tepozteco encuadra un escenario olímpico, que evoca las óperas wagnerianas a la vez que las indostánicas pagodas. El paisajista José María Velasco ha representado la puesta del sol en Cuernavaca, año de 1881, la misma que hoy José Dorantes contempla desde su mirador.

Por el flanco derecho, se columbra la calle de la fachada y, enfrente, la mansión Skipsie, fundada sobre el casco de una antigua finca porfiriana y remozada y arreglada a la inglesa, toda de rico de material en piedra, en rejas y en maderas, por cuyas ventanas se adivinan los interiores confortables; y más allá los rojos torreones del Palacio de Cortés que hoy hospeda a los poderes públicos. En pocos lugares pueden abarcarse tantas cosas de un solo vistazo. Fiesta de los ojos, lo es también de la imaginación, por las evocaciones históricas del antiguo reino indígena, del régimen de la Conquista, de la riqueza porfiriana, labrada en la economía doméstica, de la opulencia internacional traída más tarde por el petróleo.

Cuando José Dorantes colgó las escasas y ligeras prendas y ordenó en el gabinete los objetos de tocador, se sintió dueño del mundo. Disponía del punto de apoyo para manejar la célebre palanca. Estaba en el centro del universo y estaba solo. Y puso a prueba su posesión y su soledad entregándose a las delicias de la ducha y canturreando sus canciones francesas. Nadie podía oírlo. El agua caía sobre el mismo suelo, y era un gusto encharcarlo sin tener que preocuparse de las

goteras, que todo había sido previsto. Gorgoriteaba el caño. El vapor nublaba el espejo. Dorantes cantaba a "La Noisille", "Auprès de ma blonde", "Brave marin". Estaba en un reino encantado y, por unos minutos, la fatigosa visión de la ciudad de México, tan distante, se borró de su mente. Y al limbo se fueron las academias y universidades, los parlamentos, las redacciones de los diarios, los cenáculos y tertulias, los negocios y los cuidados.

*Auprès de ma blonde
qu'il fait bon, fait bon, fait bon,
auprès de ma blonde
qu'il fait bon dormir!*

-No es que me parezca mal su cocina. Seguramente no hace daño, que es lo más importante para el viajero. Pero la carne es algo dura y le hacen perder el sabor en una salsa monótona, igual para todos los guisos. Quiero ensayar lo que se come en el pueblo.

-Pues le daremos a usted algunas indicaciones con toda objetividad y lealtad -le contestaron-. Aquí al lado, en Heathers Plaza, hay excelente cocina. Pero el servicio resulta caro y excesivamente condimentado para todos los días. La encargada, esa que parece una griseta algo rechoncha, marchita y medio miope, fue en sus tiempos la campeona de bridge en Viena. Y vaya usted conociendo a la gente. Antes de Heathers, en la Nueva España, doña Pilar cultivaba la mesa española, que también encontrará usted en el Asturias, y acaso de mejor calidad. Al otro lado de la plaza, frente al Palacio de Cortés, no lejos del Correo, la fonda de Cárdenas prepara por encargo unos pollos y unos lechones que los conocedores encomian. Por la calle que conduce al

mercado, en "La India Bonita", hay cocina nacional, sencilla, limpia y muy barata. Por ahí suele caer el doctor Gupta, antiguo profesor de sánscrito en la Facultad de Letras de México. Tiene cara de garbanzo cocido en agua de cobre. Frente al otro parque, en el Bella Vista, o en el Astoria sobre la calle Morelos -la única pavimentada y con honores de carretera- las casas son más o menos como en este hotel, aunque los descontentos aseguran que ambas mesas superan un poquillo a la nuestra. No se fíe usted mucho. En la misma calle Morelos, más a la entrada y como quien va para el arco de la Virgen, hay un marinero inglés que prepara uno que otro plato al gusto sajón. También hay una salchichería de alemanes. Aseguran que hay quien viene desde México sólo para comer en el hotel Palacio, lo que parece exagerado. A la entrada del pueblo la mesa de Pepe es famosa en géneros italianos. Y ya en las afueras, la "Table d'hôte" de Mandel suele ser agradable. Y lo demás descúbralo usted por su cuenta y su riesgo, porque no está catalogado. Nuestro bar es el más recomendable, y único en los licores legítimos. Los otros pueden envenenarlo. En la terraza del Bella Vista, además, último recurso a la media noche porque aquí somos algo caseros y cerramos en cuanto podemos, le horrorizarán los frescos que pretenden representar bailes y fantasías regionales, y en vez del movimiento sólo dan la contorsión estática en imposibles posturas, con unos muñecones chillones y horripilantes. En la generación de Rivera, entre los ineptos discípulos. Y por "La Ofelia" no aparezca, que es cosa soez y pueblerina, aunque la hayan reformado ha poco por ver de dignificarla un tanto. Y ahora, señor, a orientarse solo y a escoger lo que más le guste.

Teodoro comenzó por dar la vuelta a la plaza, para admirar de cerca los magníficos laureles de India que

al amanecer y a la caída de la tarde hervían en la gritería de los gorriones. Descubrió el Morelos de Tamariz, encaramado como en un trono, con el pañuelo en la cabeza y la capa medio tumbada que le dan a un inesperado aire goyesco. Rodeó la carpa, a la sazón silenciosa y de donde, a primera noche, comenzaban a salir los tristes gañidos de los artistas trashumantes. Vio bajar y subir viajeros en los "turismos" o autos colectivos. Oyó gruñir los camiones de las Grutas. Procuró no oír la sinfonola que lloraba melodías de Lara o de Curiel en un cafetín de medio pelo. Pasó de ahí a la plaza Zapata, no sin echar una mirada a las curiosidades artísticas de sus amigos españoles Olga y Ramón Chorro; una mirada a la Nueva España, que doña Pilar gobierna a gritos y al buen modo del pueblo hispano; una mirada a la taberna de don Antonio, honrado gallego protector de los refugiados; una mirada a la tabaquería, gente toda con quien se sentía amistado por ser española y liberal; una mirada a las zapaterías que huelen a cuero mal curtido y exhiben en los escaparates sandalias femeninas de todos los colores y trazas; una mirada a los puestecillos callejeros de platería; una mirada a las telas de los hermanos Tillet, orgiásticos prófugos del servicio británico que fabrican vestidos y corbatas con telas más adecuadas para cortinas, y que llevan su extravagancia hasta estampar en faldas y blusas los fusilamientos de José Clemente Orozco, deleite de los incautos turistas norteamericanos; una mirada a la farmacia, que a lo mejor posee artículos ya imposibles en México, por la dificultad de la guerra; una mirada a la librería de truculencias y crímenes que responde peregrinamente al nombre griego de "Gnosis". Y dándose por satisfecho de esta primera inspección, se encaminó de una vez a "La India Bonita", para probar de lo más modesto.

La mayor sorpresa que ahí le esperaba era la delicadeza casi morbosa con que le sirvieron la comida, no sabía si por manos de mujer o de un ángel leve y transparente. Si no encontró allí a la india bonita, si a uno de esos ejemplares únicos de la finura popular que aún no desaparecen del todo. La sirvienta o lo que fuera atendía a su pequeña clientela con una cortesía suave, algo titubeante, José Dorantes se figuraba estar en China. Inconscientemente, bajó el tono de la voz al hablarle, temiendo herirla, y pensó en aquella mujer de quien decía Mallarmé a sus amigos: -Es tan tenue y frágil que cuando le dice uno "buenos días" se siente uno como si le hubiera dicho "mierda".

Había cuatro mesas. La comida era honesta y simple, en profundidad más que en superficie. Y por contraste con las músicas empalagosas que por todas partes se escuchaban, allí, a media voz, un radio esparcía las notas purísimas de Bach. Decididamente... (y no completó su pensamiento).

¿Tiene usted algo bueno que ofrecerme?

-Parece que los pichones están buenos, señor.

Y la sensitiva mujer de brisa, al decir esto, como si fuera una grosería afirmarlo por sí misma, dirigía una mirada levemente angustiosa a los clientes de las otras mesas, esperando de ellos el dictamen definitivo.

El presente Manual Técnico "ALFONSO REYES LA ILÍADA DE HOMERO (EN CUERNAVACA) Y OTROS TEXTOS", se terminó de imprimir en Enero del 2005, en los Talleres de Publicaciones Huella, S.A de C.V., ubicados en Calle Dos No. 34, Col. Adolfo López Mateos, Cuernavaca, Mor. México. Tel./Fax: 313-38-98/313-92-10. El tiro consta de 2000 ejemplares.

Hecho en México Printed in Mexico